

LAS TRABAJADORAS MADRILEÑAS DEL SIGLO XVIII. FAMILIAS, TALLERES Y MERCADOS

Victoria López Barahona



**Tesis doctoral dirigida por los profesores Santos Madrazo Madrazo
y José Miguel López García.**

**Departamento de Historia Moderna, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Autónoma de
Madrid. Junio de 2015.**

A Jose, mi compañero,
y Merce y Jesús, mis hermanos.

ÍNDICE

Introducción: el marco teórico

| | |
|---|----|
| <i>El género: la controversia en torno a un concepto</i> | 1 |
| <i>Clase: el continente perdido de la historiografía de las mujeres y el género</i> | 6 |
| <i>Trabajo y mujeres: la línea ideológica de la economía política</i> | 14 |
| <i>Mujeres e historia: objeto de estudio y fuentes</i> | 22 |

Parte I. El mundo del trabajo en una ciudad cortesana

| | |
|---|------------|
| Cap. 1. Madrid, su tierra y población: centros y periferias | 31 |
| <i>La población activa ¿Cuántas mujeres?</i> | 42 |
| Cap. 2. La economía urbana y el mercado de trabajo | 49 |
| <i>Industria rural y demanda urbana</i> | 65 |
| Cap. 3. Familia, oficio y gremio: la organización social del trabajo | 71 |
| <i>Unidades domésticas y relaciones laborales en los oficios artesanos</i> | 75 |
| <i>Mujeres y marco gremial: la política sexual del privilegio</i> | 79 |
| <i>Clase, género y división del trabajo: las trabajadoras pobres</i> | 91 |
| Cap. 4. Salario y condiciones de vida de la población laboral | 100 |
| <i>Las unidades domésticas dependientes y otras convivencias</i> | 107 |
| <i>Pobreza, trabajo y control social</i> | 113 |
| Cap. 5. El arte de sobrevivir en Madrid | 122 |
| <i>El crédito popular y otras formas de ayuda mutua</i> | 127 |
| <i>Los ilegalismos populares o el delito de pobreza</i> | 134 |

PARTE II. Oficios y actividades económicas de las madrileñas

| | |
|--|------------|
| Cap. 6. Criados, una categoría polisémica | 140 |
| <i>Las criadas de Madrid</i> | 146 |
| Cap. 7. Cuidadoras y mantenedoras: la “domesticidad” del empleo | 157 |
| <i>Las enfermeras del Hospital General</i> | 160 |
| <i>Las lavanderas: un ejército laboral invisible</i> | 164 |
| Cap. 8. Abastecedoras y distribuidoras: las plazas de mercado | 176 |

| | |
|---|----------------|
| <i>Pescado</i> | 184 |
| <i>Frutas y verduras</i> | 188 |
| <i>Tocino</i> | 198 |
| <i>Aves, huevos y caza</i> | 203 |
| <i>Carne y menudos</i> | 210 |
| <i>Las abastecedoras y distribuidoras en cifras</i> | 218 |
| Cap. 9. El Rastro: un motor femenino de la economía urbana | 223 |
| <i>De tratantas a tablaejas</i> | 226 |
| <i>El “gremio de mondongueras”</i> | 230 |
| <i>Seberas y traperas</i> | 240 |
| Cap. 10. Artesanas y comerciantes: las industrias de la ropa y su distribución | 244 |
| <i>Un vértice empresarial: las roperas de nuevo</i> | 247 |
| <i>Las “madres del lujo”: modistas, bateras y escofieteras</i> | 257 |
| <i>Las costureras</i> | 262 |
| <i>Ropavejeras, prenderas y baratilleras</i> | 265 |
| PARTE III. Relaciones de género y de producción en la industria textil madrileña | |
| Cap. 11. Un nuevo canal de aprendizaje: las escuelas-taller | 276 |
| <i>Las escuelas-taller de promoción estatal</i> | 278 |
| <i>Las condiciones de trabajo de las niñas y los niños en las escuelas-taller</i> | 289 |
| <i>El fomento de la ‘industria popular’ y el discurso de la ‘ociosidad’ femenina</i> | 301 |
| Cap. 12. La reglamentación de las escuelas-taller y el magisterio femenino | 308 |
| <i>Las condiciones de trabajo de las maestras de niñas</i> | 314 |
| <i>El perfil social de las maestras de niñas</i> | 321 |
| Cap. 13. Las relaciones laborales en el textil madrileño | 326 |
| <i>Maestras, fabricantas y maestras de niñas</i> | 327 |
| <i>Aprendizas, oficialas y “mujeres”</i> | 330 |
| <i>Trabajadoras forzadas</i> | 338 |
| Conclusiones | 347 |
| Bibliografía | 355 |
| Fuentes impresas | 380 |
| Índice de planos y tablas | 381 |

Introducción: el marco teórico

Esta investigación sobre las trabajadoras de Madrid en la Edad Moderna es esencialmente histórica. Se apoya en preguntas, que, cotejadas con los hechos, pretenden sacar a la luz lo que estas mujeres hicieron y el significado que le atribuyeron tanto las propias trabajadoras como las autoridades que elaboraron discursos sobre ellas. Subrayo la conjunción porque no acepto las invitaciones a sustituir las relaciones materiales por sus expresiones simbólicas, ni viceversa.¹ Trabajadoras es un término que engloba a un sexo/género y a una clase, que en el marco de la sociedad patriarcal de la Edad Moderna producen una doble subordinación y un criterio de fragmentación del mercado laboral. Sexo/género, clase y trabajo son, por tanto, las matrices conceptuales de esta investigación. Su definición la planteo a través de una reflexión, que creo insoslayable, sobre los cambios en los estatutos teóricos de que han sido objeto en las últimas décadas, a su vez vinculados a los cambios socio-económicos que han afectado a los colectivos sociales que son sus referentes.

El género: la controversia en torno a un concepto.

El género es una categoría de análisis que adoptaron los estudios feministas anglosajones, asociados a la llamada nueva historia social, en la década de 1970.² El postulado de que las relaciones de dominación basadas en la diferencia sexual no son un hecho natural sino social e histórico, hacía del sexo o de las relaciones de sexo un concepto demasiado connotado de biologismo -y por tanto propenso al determinismo biológico que se pretendía evitar- para definir con claridad dichas relaciones. Más que sustituir al concepto de sexo, dotaba a éste de una dimensión social y política. La nueva conceptualización sexo/género tuvo una favorable acogida y durante los años 80 su uso se generalizó, no sólo en el campo de la Historia, donde ya despuntaba la “historia de las mujeres”, sino en el resto de disciplinas sociales. Pero si el género se había

¹ Estas invitaciones provienen de historiadoras como Joan Scott, quien sostiene que “la pregunta *ya no es* tanto ¿Qué experimentaron las mujeres y qué hicieron en X siglo y en X cultura, sino cómo y por qué procesos el género ayudó a construir significados femeninos y masculinos e identidades distintas” (énfasis mío): Cfr. M^a Dolores Ramos, “Historia Social: un espacio de encuentro entre género y clase”, en G. Gómez-Ferrer Morant (ed.), **Las Relaciones de género**, Madrid: Marcial Pons, 1995, pp. 85-102. Esta investigación se ocupa más de la primera cuestión; sin embargo, no creo que ambos tipos de preguntas sean excluyentes: una y otra no cobran pleno sentido si no es en su interdependencia.

² En realidad, fue en el campo de la psicología donde primero se aplicó el concepto de género, en obras como la de Robert Stoller, **Sex and Gender**, Nueva York: Science House, 1968.

concebido hasta entonces como el comportamiento socialmente condicionado de ambos sexos, el pos-estructuralismo, con su axioma de que no existe más experiencia que la que el lenguaje construye, relegaba la categoría mujeres como objeto de análisis a favor del género y ofrecía la historia del género como alternativa a la historia de las mujeres.

Este giro no pasó desapercibido entre quienes vieron en él una posible vía de despolitización del feminismo, ya que la “perspectiva de género”, en lugar de la “perspectiva feminista”, abría un campo carente de la proyección crítica y reivindicativa del feminismo social.³ No creo baladí recordar que el feminismo de los años 60 y 70, a pesar de su heterogeneidad social y política, se manifestó como un movimiento crítico con el sistema establecido, y comprometido en su transformación con otros movimientos sociales. A este feminismo lo llamo “social” y lo distingo del académico y del institucional porque estos dos últimos ocupan posiciones de poder. El feminismo académico acabó fagocitando a unos “estudios feministas” a los que también contribuían mujeres no universitarias. Influido por éste, el feminismo institucional, desde las instancias gubernamentales, cooptaba el feminismo social incorporando algunas de sus reivindicaciones en los programas de los partidos políticos y creando organismos específicos (departamentos, consejerías, comisiones e incluso ministerios de la Mujer).⁴

El potencial desmovilizador del género tampoco escapó a estas instancias políticas, que lo incorporaron a su léxico y no tardó en convertirse en un Saturno devorador de las mujeres, el sexo y el feminismo, todo en uno. En estos ámbitos de poder, la palabra feminismo, y con ella el movimiento social que había hecho posible los actuales estudios, se desechaba y, en su lugar, se repartía la insignia menos problemática del “género”, que podían lucir en la solapa casi todas las sensibilidades políticas ya que, a diferencia del feminismo social, el género no ponía en cuestión el horizonte político y económico en el que se inscriben las instituciones que trabajan por la igualdad.⁵ El feminismo de la diferencia facilitaba esta labor de ingestión del feminismo social al

³ Joan Hoff, “Gender as a postmodern category of paralysis”, **Women's History Review**, 3/2 (1994), pp. 149-168.

⁴ Esta clasificación no diferencia personas sino funciones, de modo que no estamos diciendo que toda persona que ocupa un cargo académico o político no forma parte del feminismo social.

⁵ Véase el análisis de Lourdes Méndez, “Una connivencia implícita: “perspectiva de género”, “empoderamiento” y feminismo institucional”, en R. Andrieu y C. Mozo (coords), **Antropología Feminista y/o Género. Legitimidad, poder y usos políticos**, Sevilla: El Monte, 2005, pp. 203-226.

postular que la lucha *ya no es* contra la opresión, sino que “la cuestión se traslada al plano simbólico, ámbito donde se produce la efectiva liberación de la mujer”.⁶

El trasiego del género por los despachos de los políticos, los departamentos universitarios y los medios de comunicación acabó por transformarlo en un sinónimo de mujeres. Casi cualquier cosa relativa a ellas se etiquetaba como género, algo que el común de las mortales no llegábamos a entender e incluso resultaba ofensivo, teniendo en cuenta que, en castellano, género es también mercadería.⁷ Esta metonimia, en absoluto neutral desde el punto de vista ideológico, estructuraba un campo, las mujeres, en términos de uno de sus elementos, el género, que siempre enunciado en singular denotaba que género sólo hay uno, el femenino. Y también ocultaba que, en nuestro contexto cultural, el género da origen a dos constelaciones, la femenina y la masculina, y –lo que es más importante– que entre ellas se ha dado históricamente una relación de dominación-subordinación responsable, entre otras cosas, de que el relato de la Historia haya sido durante mucho tiempo de género.⁸

Pronto el género vino a sustituir también al sexo. En el discurso académico y político ya no se hablaba de violencia sexista o contra las mujeres, sino de “violencia de género”, y la noción de relaciones entre los sexos se reemplazaba por la de “relaciones de género”. Esta polisemia suscitaba preguntas como la de Alicia a Humpty-Dumpty: “La cuestión

⁶ Énfasis mío. Cito de M^a Dolores Ramos, “Reflexiones sobre el pensamiento italiano de la diferencia sexual: su influencia en la historia de las mujeres en España”, en Pilar Pérez-Fuentes Hernández (ed.), **Subjetividad, cultura material y género. Diálogos con la historiografía italiana**, Barcelona: AEIHM/Icaria, 2010, p. 83. Estas posturas abren la puerta al ultraconservadurismo –y, por tanto, al antifeminismo–, que culpa a las mujeres trabajadoras del fracaso escolar y la drogadicción de sus hijos, acusa al que llama “feminismo radical” por representar la “cultura de la muerte frente a la de la vida” y sostiene que la “sublime misión” de las mujeres es “dar la vida y hacerla vivible”, por supuesto, en el seno del hogar y la familia heteronormativa. Esto no lo expresaba la Conferencia Episcopal española, sino el Club Cultural Onsares, en “Un concepto nuevo: Feminismo de la diferencia”, en M. D. Ramos y M. T. Vera (eds.), **El trabajo de las mujeres. Pasado y presente**, Seminario de Estudios Interdisciplinarios de la Mujer, Universidad de Málaga, tomo I, Málaga: Diputación de Málaga, 1996, pp. 65-72. Es lamentable que a alegatos de este tipo, marcadamente antifeministas y despojados de rigor científico, se les dé pábulo en obras colectivas como la citada, que, por otro lado, contiene interesantes aportaciones. Pero explica que mujeres implicadas en movimientos ultracatólicos puedan afirmar, sin rubor, que son “feministas moderadas, no radicales”, como hizo Ana Botella en una entrevista televisiva cuando aún era concejal del Ayuntamiento de Madrid.

⁷ Así lo expresaba una lectora en el diario ADN (jueves 10 de enero de 2008) en su carta titulada **Las mujeres no somos un género**: “¿Desde cuándo las mujeres somos “género”, que es como suele denominarse, por ejemplo, a la mercancía de un puesto de frutos secos? (...) dejemos ya de emplear ese estúpido anglicismo que confunde la condición sexual con un concepto gramatical.”

⁸ Así lo entendieron las investigadoras feministas Davidoff y Hall en su construcción de la identidad masculina en la Inglaterra victoriana; pero esta veta no la han explotado los posteriores “estudios de género”, lo que sin duda también ha aportado su grano de arena a la asimilación género-mujer.

es ¿Cómo puede usted hacer que una palabra signifique tantas cosas a la vez?”, a lo que aquél responde: “La cuestión es ¿Quién manda aquí?”. En efecto, el repintado semántico del género se filtraba acríticamente en los departamentos universitarios porque el término comenzaba a ser “un género que se vende bien” y atraía subvenciones.⁹ Lógicamente, esta hipóstasis restaba validez teórica y coherencia política al concepto, como señalaban las críticas que comenzó a suscitar.¹⁰ Incluso desde posturas posestructuralistas, impulsoras de su inicial reificación, se reconocía que el género “incluye a las mujeres sin nombrarlas y así parece no plantear amenazas críticas”. Joan Scott venía a rescatarlo como “categoría útil para el análisis histórico”, proponiendo una definición del mismo que englobaba dos dimensiones: como “forma primaria de relaciones significantes de poder” y como “elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias que distinguen los sexos”, que en este caso comprendería los símbolos, los conceptos interpretativos, las instituciones y organizaciones sociales, la economía, la política y la identidad subjetiva.¹¹ Una definición abarcadora en exceso para una sensibilidad posmoderna, no exenta de problemas.¹²

La distinción entre sexo y género, que surgió de la antropología social en los años 70 y 80, definía este último como el producto de representaciones, espacios, prácticas y expectativas que se asignan a hombres y mujeres como si fuera algo que derivara natural y necesariamente del sexo.¹³ El género expresa unas diferencias jerárquicas –al tiempo que las produce– entre lo masculino y lo femenino. Opera, por tanto, en el contexto de unas relaciones de poder explicativas de la opresión de las mujeres, lo que sitúa el concepto de género en estrecha relación con otro –también controvertido–, que es el de patriarcado, ese pacto implícito entre caballeros, previo al *contrato social*, para someter a las damas, como lo resume Carole Pateman en un texto ya clásico.¹⁴ El

⁹ La cita es de María Jesús Izquierdo, “Uso y Abuso del Concepto de Género”, en M. Vilanova (comp.), **Pensar las Diferencias**, Barcelona: Universitat de Barcelona/Institut Català de la Dona, 1994, pp. 31-54.

¹⁰ Véase Silvia Tubert, “La crisis del concepto de género”, en S. Tubert (ed.), **Del sexo al género. Los equívocos de un concepto**, Madrid: Cátedra/Universidad de Valencia/Instituto de la Mujer, 2003, pp. 7-37.

¹¹ Joan W. Scott: “El género: una categoría útil para el análisis histórico”, en J. S. Amelang y M. Nash, **Historia y Género: las mujeres en la Europa Moderna y Contemporánea**, Valencia: Edicions Alfons el Magnànim, 1990, pp. 23-56.

¹² Tubert, “La crisis del concepto...”, *op. cit.*, pp. 14-15.

¹³ Gayle Rubin, “The traffic in women: notes on the political economy of sex”, en R. Reiter (ed.), **Toward an Anthropology of Women**, Nueva York: Monthly Review Press, 1975, pp. 157-210.

¹⁴ Carol Pateman, **The Sexual Contract**, Cambridge: Polity Press, 1988.

género, por tanto, sería “el procedimiento y el resultado” de ese poder patriarcal de apropiación del cuerpo y el trabajo de las mujeres, de nombrar, valorar y asignar espacios a cada sexo, que adquiere formas diversas en distintos contextos históricos y culturales.¹⁵

En el feminismo de inspiración posmoderna, el género se convierte en un producto discursivo, en el que quedan oscurecidas las estructuras que hacen posible el poder de imponerlo. Los movimientos *queer*, que agrupan a personas transexuales y transgénero, confundiendo signo con referente, van más allá y sostienen que el sexo y el cuerpo son asimismo construcciones discursivas.¹⁶ Esta especie de asimilación del sexo por el género ha contagiado también a una parte de la historiografía. Así, Gisela Bock recomendaba que, por lo que respecta al estudio del pasado, se prescindiese de la “biología” y se utilizase el género “de una manera extensa: abarcando no sólo esa parte de la vida de las mujeres y de los hombres que se muestra claramente como un producto cultural, sino también esa otra parte que queda, o se supone que queda, al margen de la cultura”.¹⁷ En efecto, nada queda al margen de la cultura; sin embargo, no todo es cultura, del mismo modo que lo simbólico es real pero lo real contiene elementos que no son simbólicos. Si convenimos que tanto el sexo como el género son derivados de las relaciones sociales, entonces pierde sentido la distinción conceptual, pero con ello no sólo tiramos el agua de la bañera y al niño con ella, sino que también corremos el riesgo de que, culturizando el sexo, acabemos naturalizando el género.

Más bien, entonces, deberíamos preguntar ¿Es el sexo o el sistema sexo-género una categoría útil para el análisis histórico? En el marco de esta investigación sí, ya que el sexo es un criterio de división jerarquizada del trabajo social, que el género naturaliza. En la historia del pensamiento occidental, las mujeres y los hombres han sido conceptuados en función de su sexo. Sólo en los casos de androginia biológica, el sexo ha sido producto de una decisión arbitraria, al no existir en el universo simbólico

¹⁵ Cristina Molina, “Género y poder desde sus metáforas. Apuntes para una topografía del patriarcado”, en S. Tubert (ed.), **Del sexo al género...**, *op. cit.*, pp. 123-159/131.

¹⁶ Véase Judith Butler, **El género en disputa: el feminismo y la subversión de la identidad**, México: Paidós, 2001.

¹⁷ Gisela Bock, “La historia de las mujeres y la historia del género: aspectos de un debate internacional”, **Historia Social**, 9 (1991), pp. 55-77.

dominante un género correspondiente.¹⁸ Es el sexo, identificable socialmente a través de unos marcadores que son al mismo tiempo físicos y socio-culturales (gestos, lenguaje, indumentaria ...), lo que determina la adscripción social de los individuos a unos u otros trabajos, entendidos ya no sólo como tareas sino como relación laboral, en función de otras divisiones como la edad, la etnia y la clase social.¹⁹

Asumo, por tanto, con J. Scott, que el género es una “forma de relaciones significantes de poder”, como significantes son todas las relaciones sociales. No hay orden social que no tienda a ejercer una acción simbólica orientada hacia su propia perpetuación “dotando realmente a los agentes con las disposiciones, prácticas y propiedades, comenzando con las del propio cuerpo, que les reconocen los principios de división”.²⁰ Pero ello no me lleva a aplicar el concepto de “relaciones de género” como sinónimo o sustituto de relaciones entre hombres y mujeres o relaciones entre los sexos, ni creo necesario transmutar el concepto de división sexual del trabajo por fórmulas alternativas como “división genérica del trabajo” o “división del trabajo por género”, porque no quita ni añade nada a la comprensión de las relaciones de explotación en el contexto de la sociedad patriarcal y feudo-corporativa del Madrid del siglo XVIII. Pero hablaré de modelos, patrones o ideologías de género en el análisis de los discursos de la economía política, para referirme a los ideales de hombre y mujer emanados de ellos y su grado de adecuación a la práctica del mundo del trabajo, es decir, a las relaciones reales entre los sexos en los contextos laborales.

Clase: el continente perdido de la historiografía de las mujeres y el género

Los niveles de estratificación social y su interrelación constituyeron un tema vertebral en la literatura feminista, como testimonian los debates de los 70 y 80 del pasado siglo. Las historiadoras marxistas comenzaron a relacionar sexo y clase como divisiones sociales que se fundamentan en las estructuras de dominación y explotación en el marco

¹⁸ En abril de 1682, se dio uno de estos casos en una parroquia de Madrid, cuyo cura solicitó el dictamen de un “cirujano latino”, que “reconoció su naturaleza de varón”, para proceder al bautismo de la criatura: María F. Carbajo Isla, **La población de la villa de Madrid desde finales del siglo XVI hasta mediados del siglo XIX**, Madrid: Siglo XXI, 1987, pp. 8-9.

¹⁹ Para el Madrid del XVIII, podemos documentar el travestismo entre las mujeres para poder desempeñar ocupaciones reservadas a los varones, como las de herrero o soldado.

²⁰ Pierre Bourdieu, **El Sentido práctico**, Madrid: Taurus, 1991, p. 237.

del sistema capitalista.²¹ Posteriormente, cuando desde las cátedras se proclamaba la irrelevancia social y política del trabajo asalariado, aun cuando la mayoría de la población laboral seguía dependiendo de un salario, también se puso empeño en convencernos de que la clase social ya no tiene peso político y teórico, porque ha sido sustituida por otro tipo de diferencias -de género, sexualidad, identidad étnica o diversidad religiosa- como *locus* para el análisis y la acción política. Con todo, estas diferencias no obstan para que la estructura de clase que permite la acumulación de capital se mantenga y siga condicionando la desigualdad de género y ésta la desigualdad de clase, como resulta de comprobar quiénes están sufriendo con mayor intensidad los ataques a los derechos económicos, sociales y políticos aplicados en los últimos años en el contexto europeo: las mujeres de la clase trabajadora.²²

En los estudios feministas de inspiración posmoderna, la clase queda en un lugar marginal, si no inexistente, sencillamente porque se asocia al campo conceptual del marxismo y otros “grandes relatos”. Resulta antipático a la sensibilidad posmoderna reconocer el papel de la clase en las divisiones sociales. Así, la influyente Joan Scott incurre en contradicción al sostener que el objetivo de la “nueva historia” que propone, es redefinir el género y reestructurarse “con una visión de igualdad política y social que comprende no sólo el sexo, sino también la clase y la raza”, cuando unas líneas antes ha puesto en duda la validez teórica de “la letanía de clase, raza y género”, alegando que no son términos paritarios. Según esta autora, mientras que la “clase” se apoya en “la sofisticada teoría de Marx de la determinación económica y del cambio histórico, “raza” y “género” no comparten esas connotaciones”. Es decir, se ve precisada a confundir la clase con la teoría de la clase, además de despojar a la raza y al género de determinaciones económicas e históricas.²³

En esta línea de “confrontación” con lo que tenga resonancias marxistas, Gisela Bock arremete contra la historia social por su concepción restringida de “lo social”, al considerarlo sólo como lo “relativo a la clase” y concebir las razas o los sexos como

²¹ Véase, por ejemplo, Judith L. Newton, Mary P. Ryan y Judith R. Walkowitz (eds.), **Sex and Class in Women's History. Essays from feminist studies**, Londres: Routledge & Kegan Paul (History Workshop series), 1983.

²² Para el caso español, véase Juan Torres y Lina Gálvez, **Desiguales. Mujeres y hombres frente a la crisis financiera**, Barcelona: Icaria, 2010; y Juan Torres, “Recortes de Rajoy: las mujeres cargan con la peor parte”, publicado en www.altereconomia.org el 6 de febrero de 2012.

²³ Scott, “El género ...”, *op. cit.*, p. 25.

pre-sociales o “biológicos”.²⁴ No se molesta en citar ejemplos porque este tipo de argumentos, que obvian la tradición feminista dentro de la historia social misma, se han convertido en axiomas.²⁵ Estos esfuerzos por enmendar la plana a la “modernidad” no evitan, sin embargo, que la clase se resista a ser desalojada, de modo que esta autora ve necesario “contemplar las relaciones de las mujeres entre sí, y conocer las relaciones de conflicto y de solidaridad”, para concluir que “las diferencias que aparecen dentro de un mismo sexo son tan grandes como las que se hallan dentro de una misma clase”.²⁶ En efecto, la diferencia mayor dentro de un mismo sexo es la clase social, y dentro de una misma clase, el sexo. Tampoco pierde la clase validez teórica por el hecho de que no sea igual el concepto de clase para los hombres que para las mujeres –del mismo modo que el género no es igual para hombres y mujeres- o que las relaciones entre mujeres de las distintas clases “pueden ser diferentes a las de los hombres”. Pero el problema del determinismo de la clase no se soluciona sustituyéndolo por el del género, como hace esta autora cuando sentencia que la experiencia de clase se fundamenta en el género.²⁷

La clase social como “diferencia” pasa desapercibida en el llamado “pensamiento de la diferencia”, a pesar de que -o quizás porque- el feminismo académico posee un marcado sesgo de clase. Se vela con ello el hecho de que las mujeres que ocupan altos cargos políticos y académicos comparten con sus colegas varones el poder de la palabra, de nombrar y hablar sobre las “otras”, que normalmente son habladas;²⁸ y que sus medidas políticas y diagnósticos sociales tienen unas implicaciones muy diferentes para ellas que para otras mujeres. En la primera cumbre europea de “Mujeres en el Poder”, celebrada en Atenas en 1992, las allí reunidas denunciaban la existencia de un déficit democrático entre hombres y mujeres, cifrado en porcentajes desequilibrados de presencia en diferentes espacios de poder a nivel europeo. Para solventar esta desigualdad en el acceso a la plena ciudadanía –como forma de “empoderar” a las mujeres-, proponían un

²⁴ Es conveniente aquí recordar que lo social o más concretamente la clase social tiene efectos biológicos plasmados en la esperanza de vida, la incidencia de enfermedades, etc.

²⁵ Bock, “La historia de las mujeres...”, *op. cit.*, p. 72.

²⁶ *Ibidem.*, p. 73.

²⁷ *Ibidem.*, p. 75. Otra cosa es lo que se sostiene en el interesante estudio de Miren Llona González, “La construcción de la identidad de la clase obrera en el País Vasco. Género y respetabilidad de clase, dos realidades inseparables”, **Vasconia**, 35 (2006), pp. 287-300.

²⁸ Las relaciones entre el poder y el uso de la palabra son analizadas por Mariluz Domínguez y Luis Oquendo en “Si me permiten hablar...”, **Escritos**. Revista del Centro de Estudios del Lenguaje, 26 (2002), pp. 51-65, tomando el testimonio de Domitila Barrios de Chungara, la única mujer trabajadora, esposa de un minero, que participó en la tribuna del Año Internacional de la Mujer, organizada en México en 1975, cuyo discurso –o contradiscurso- estuvo salpicado por la expresión que da título al artículo.

sistema de paridad en la representación política, las llamadas cuotas. Esta es, sin embargo, una idea que deja fuera o ensombrece la situación de quienes se ven impedidas, de hecho, a ejercer de ciudadanas, como es el caso de muchas amas de casa, de las trabajadoras precarias y quienes ni tan siquiera tienen reconocida legalmente esa condición, algo que afecta a las mujeres migrantes.²⁹

En esa misma cumbre, la paridad en la representación política se justificaba con el argumento de que las mujeres aportan un prisma *diferente* desde el que abordar la organización de las relaciones sociales, siguen códigos de conducta a nivel moral y social menos jerárquicos, funcionan más democráticamente y están más dispuestas a alcanzar compromisos. Es decir: las mujeres somos diferentes y nuestra diferencia nos hace mejores para la política, postulado cuyo fundamento las mujeres que actualmente ocupan altos cargos en la administración de los Estados y Supra-Estados se encargan de deconstruir. Pero el mismo pensamiento de la diferencia aporta explicaciones: estas últimas no han “elegido libremente ser mujeres” y se comportan como hombres, lo cual vuelve a ocultar que, en realidad, dichas féminas defienden unos intereses de clase que tienen que ver con la reproducción de unos privilegios que priman sobre cualquier noción de solidaridad de género, especialmente si ésta ha de ser interclasista e interétnica. Las mujeres de la clase dirigente, que hoy sostienen las políticas neoliberales, tienen interés en mantener e incluso aumentar la opresión y explotación de otras mujeres. En nuestro país, la evidencia no requiere mayor glosa.³⁰

La acción del feminismo institucional ha mostrado en su conjunto la misma prelación de intereses de clase, asociados a los programas de sus partidos políticos, ya que, de otro modo, habrían priorizado la condena sistemática del ajuste estructural impuesto por el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional a los países llamados del Tercer Mundo; ajuste causante de pobreza y reducción de los servicios públicos que afecta más a las mujeres. Habrían priorizado la denuncia y lucha contra los poderosos *lobbies* ultra-

²⁹ Esta cumbre reunió a ministras, eurodiputadas y miembros de una Red europea sobre las Mujeres y la Toma de Decisiones. **El País** recogió algunos de sus debates en el suplemento **Temas de nuestra época**, año VII, núm. 269/Jueves 4 de marzo de 1993, bajo el título “Mujeres y Poder”.

³⁰ No me resisto, sin embargo, a señalar que una de las primeras medidas que tomó M^a Dolores de Cospedal, como presidenta de la Comunidad Autónoma de Castilla-La Mancha, fue suspender el suplemento autonómico que cobraban las viudas con pensiones más bajas y cortar las subvenciones a los pisos de acogida de mujeres maltratadas sin recursos, así como la ayuda económica que se les prestaba hasta encontrar un empleo. Es decir: su primer zarpazo fue dirigido a las con-géneres más vulnerables de su señorío, sin que se le torciera la peinetita o se le rebelaran los santos estrógenos, que sepamos.

religiosos que les impiden el acceso a la salud sexual y reproductiva; contra las multinacionales que en sus interminables redes de subcontratación explotan la mano de obra femenina en condiciones que se acercan a las épocas que aquí analizamos; y contra la impunidad que goza la “violencia de género” si en ella median la clase y/o los intereses políticos.³¹ Cuando no sólo la ciudadanía *de facto*, sino también los derechos humanos están negados a una mayoría de mujeres y hombres en el mundo, es porque la dominación de clase, de sexo y de etnia permanece. Esto no habrán de seguir ignorándolo las corrientes de la diferencia y posmodernas del feminismo, si no quieren acabar siendo “un matrimonio bien avenido” con el capitalismo de casino responsable de la actual debacle económica, social y política que afecta a los trabajadores y especialmente a las trabajadoras.³²

La clase es también una categoría útil para el análisis histórico, independientemente del colectivo –o la figura- social que enfoquemos. En nuestro caso, como hemos señalado más arriba, la palabra “trabajadoras” denota una clase y un sexo, porque su referente lo constituyen mujeres que están en relación directa con la producción de bienes y servicios y por el grado de necesidad que les impele a establecer relaciones con el mercado para su supervivencia y la de sus familias, bien sea intercambiando los productos de su actividad o su propia fuerza de trabajo. Yo las llamo “clase trabajadora”, y no se trata de una abstracción, sino de una realidad. Cuestiones aparte son si estas mujeres, por tener experiencias en común, se reconocían junto con los hombres como miembros de una misma clase, y si la experiencia de clase de estas mujeres era distinta a la de los hombres de su misma condición.

³¹ Recuerdo aquellas costosas campañas que denunciaban a los talibanes por excluir a las mujeres de la escuela y obligarlas a llevar burka, que cesaron cuando, una vez instalado un gobierno títere en Afganistán, las mujeres siguieron llevando burka. Estas campañas no se han aplicado a la denuncia del feminicidio de Ciudad Juárez, cuyas víctimas son en su mayoría jóvenes trabajadoras de las maquilas, en un Estado alegadamente democrático que es aliado de EE.UU. Una leve reprimenda de la ONU al gobierno mejicano es lo único que han conseguido las asociaciones que luchan contra la impunidad de estos horrendos crímenes sexistas. Tampoco se indaga en el feminicidio de Honduras, que también engrosa la lista oficial de “democracias”.

³² Parafraseo el título del famoso artículo de Heidi Hartmann, “The Unhappy Marriage of Marxism and Feminism: Toward a more Progressive Union”, **Capital and Class**, 3/2 (1979), pp. 1-33. La corriente extrema de la diferencia ha decretado “el final del patriarcado”, según nos informa María-Milagros Rivera Garretas en “Sexual la historia probando con el feudalismo”, en P. Díaz Sánchez, G. Franco Rubio, M.J. Fuente Pérez (eds.), **Impulsando la historia desde la historia de las mujeres**, Huelva: Servicio de publicaciones de la Universidad de Huelva, 2012, pp. 49-60. Pero millones de mujeres trabajadoras en el mundo, que siguen sin ver reconocida –con hechos- su aportación al sostenimiento de la economía mundial, aún no se han enterado.

Las clases no son unidades discretas, de límites precisos, característica que para algunos autores le resta validez u operatividad analítica.³³ Muchos estudios señalan que dentro de una clase social definida en sentido amplio, existe una gran variedad de situaciones, tanto en lo relativo a las recompensas económicas, como en los conjuntos de ideas y creencias. El propio Marx observó que la división social y técnica del trabajo operaba dentro de las clases para producir “una infinita fragmentación de intereses y rangos”, lo cual plantea el llamado “problema de los límites”.³⁴ Pero éste no debería ser un problema, si tenemos en cuenta que los límites, lejos de ser barreras, son en realidad el *locus* de las relaciones. Las mujeres que componían la “clase trabajadora” en el Madrid del Setecientos presentan, en efecto, unas líneas internas de fragmentación que las jerarquizan por niveles de renta y prestigio. En el vértice de esta jerarquía se halla una elite del mundo del trabajo, una mediana burguesía industrial y comercial. La base la componen las trabajadoras pobres, sean autónomas, asalariadas, destajistas, desempleadas o forzadas.³⁵ Ninguna de estas clases constituye un estanco, ni siquiera en una sociedad que aún se define estamental, pues los procesos de movilidad no son infrecuentes. En esta división tiene mucho que ver la propiedad de los medios de producción y, más aún, de los medios de reproducción del sustento, donde entran en juego lo que Bourdieu llama las “especies de capital”: económico, cultural, social y simbólico.

Hay quienes objetan la aplicación del concepto de clase a las sociedades precapitalistas.

³⁶ Sin embargo, en estas también se da una división del trabajo que determina relaciones de apropiación y dominación, nexo del que derivan todas las relaciones de poder y prestigio que estratifican las sociedades históricas.³⁷ Por ello creo necesario identificar a nuestra “clase de trabajadoras”, de manera preliminar, atendiendo a sus aspectos estructurales –vinculados a la división y el proceso de trabajo–, lo cual no es una simple

³³ Por ejemplo, William Reddy, “The concept of class”, M. L. Bush (ed.), en **Social Orders & Social Classes in Europe since 1500: Studies in Social Stratification**, Londres y Nueva York: Longman, 1992, pp. 13-25.

³⁴ Cfr. Huw Beynon, “Class and historical explanation”, en M. L. Bush (ed.), **Social Orders...**, *op. cit.*, pp. 230-249.

³⁵ Adapto aquí el término inglés *labouring poor*, que creo define con más exactitud que, por ejemplo, clases populares, al amplio segmento del mundo del trabajo que depende de un jornal o salario.

³⁶ Una obra de referencia es la de Roland Mousnier, **Les Hiérarchies sociales de 1450 à nos jours**, París: Presses universitaires de France, 1969, influenciada por la escuela funcionalista de Talcott-Parsons.

³⁷ Pierre Vilar, **Iniciación al vocabulario del análisis histórico**, Barcelona: Crítica, 1982, pp. 107-142. Como señala este autor, ¿puede afirmarse que en las sociedades de clases actuales no hay corporaciones que gozan de privilegios reconocidos por ley?

tarea de clasificación, sino una investigación empírica y teórica en la naturaleza de la sociedad madrileña del Setecientos. A esto se añade otro elemento, el del entendimiento subjetivo, que también requiere investigaciones –que aquí no nos proponemos– del lenguaje del trabajo, ya que es el lenguaje social lo que moviliza el significado en el interés de individuos o grupos particulares.³⁸

La sociedad española del Setecientos encontraba su definición a caballo entre viejas pervivencias estamentales y una cada vez más pujante estructura clasista. Seguía vigente, en esencia, la construcción ideológica de origen altomedieval del cuerpo social dividido en tres órdenes jerarquizados, cuyo vértice era el rey y cuyo principio constitutivo y organizador era el honor.³⁹ Esta construcción ideológica ocultaba la contradicción entre los que producían y los que vivían del producto ajeno, gracias a “la existencia y permanente actualización de unos mecanismos de extracción de renta de carácter extraeconómico”.⁴⁰ El clero y la nobleza formaban los estamentos superiores que, como tales, disfrutaban de unos privilegios (fiscales, jurídicos y políticos) y eran beneficiarios del reparto del excedente. Precisamente era la capacidad para apropiarse del excedente lo que determinaba las distancias entre los órdenes y dentro de un mismo estamento, desde el grande de España al hidalgo pobre, o desde el obispo al cura de misa y olla. El estatuto privilegiado era un elemento de diferenciación social que se superponía, reforzándolos, a los factores derivados del desigual reparto de la renta y la riqueza.⁴¹

En los albores de la Edad Moderna europea, el desarrollo económico había propiciado una mayor división del trabajo y una diversidad más acusada en la estructura social, en la que el dinero era el poderoso caballero. La riqueza seguía siendo en la práctica el principio distribuidor de los honores y deshones, realidad que se trasluce en el

³⁸ Véase John B. Thompson, *Studies in the theory of Ideology*, Cambridge: Polity Press, 1984. Una visión distinta, en William H. Sewell, Jr., *Trabajo y revolución en Francia. El lenguaje del movimiento obrero desde el Antiguo Régimen hasta 1848*, Madrid: Taurus, 1992. Edward P. Thompson, en *La formación histórica de la clase obrera en Inglaterra*, vol. I, Barcelona: Crítica, 1989, pp.XIII-XIV, se une a la corriente de intelectuales marxistas que cuestionan el reduccionismo economicista en el interior de esta tradición y sostienen que el lugar económico no basta en la determinación de las clases sociales; lo político y lo ideológico desempeñan igualmente un papel muy importante.

³⁹ Véase José Antonio Maravall, *Poder, honor y élites en el siglo XVII*, Madrid: Siglo XXI, 1984, p. 41.

⁴⁰ Alberto Marcos Martín, *España en los siglos XVI, XVII y XVIII. Economía y sociedad*, Barcelona: Crítica, 2000, p. 267

⁴¹ *Ibidem*.

lenguaje de las mismas clases dirigentes, que hablan de la “gente regalada” por oposición a la “gente del trabajo”.⁴² Una época en la que, en los medios rurales, lo esencial no era ya la distinción entre nobles y plebeyos, sino entre propietarios y jornaleros, porque había surgido una clase acaudalada de individuos en el estamento más bajo, desprovisto de honor, que los tratadistas barrocos llaman *mediocritas* o “partes medianas”, y era aspirante a compartir el régimen del honor.⁴³ Sus miembros se diferenciaban de la nobleza terrateniente y de toga por su necesidad de generar un ingreso a través de algún tipo de actividad lucrativa; y de la mayoría de la población trabajadora por la posesión de propiedad y la exención del trabajo manual. El ingreso, especialmente el que se materializaba en consumo, era un marcador reconocible de su posición social.⁴⁴

En el Madrid del siglo XVIII podemos apreciar diferencias en esta *mediocritas*. Había, por un lado, una “clase media ascendente” que aspiraba a incorporarse al estilo de vida de la nobleza a través de las uniones matrimoniales y las oportunidades que ofrecía la venta de cargos, títulos, jurisdicciones, arrendamiento de rentas y otros oficios. En ella encontramos familias dedicadas al gran comercio, nacional o internacional, que compaginaban con actividades financieras. Su manifestación más señera en la corte era la corporación de los Cinco Gremios Mayores, representantes del capital mercantil y asentistas de la Corona.⁴⁵ Había también profesionales con fortunas que les permitían, por ejemplo, alcanzar regidurías. Los intereses de estos grupos aspiraban a fundirse con los de las clases dominantes a las que servían.⁴⁶

Había otro grupo de esta clase media –menos conocido– en el que encontramos diversos profesionales (escribanos, médicos, boticarios, docentes...), así como maestros artesanos, tenderos y tratantes. Estos últimos, a los que llamaré “clase media laboral”,

⁴² Archivo de la Villa de Madrid (en adelante AVM), Libros de Acuerdos, 18 de febrero de 1561.

⁴³ José Antonio Maravall, **La cultura del Barroco. Análisis de una estructura histórica**, Barcelona: Ariel, 1975, pp. 79-80. Desde el siglo XVII, del privilegio de pertenecer a una orden caballeresca se excluía a quienes ejercieran una actividad mercantil, pero esta exclusión sólo alcanzaba a los pequeños tenderos y no a los mercaderes en grueso, los que ejercían el comercio internacional o marítimo y los asentistas reales, como pone de relieve el mismo J. A. Maravall en **Poder, honor...**, *op. cit.*, pp. 71 y 111.

⁴⁴ Véase un análisis para un período más tardío del caso británico en John Seed, “From ‘middling sort’ to middle class in late eighteenth and early nineteenth-century England”, en M. L. Bush (ed.), **Social Orders & Social Classes** ..., *op. cit.*, pp. 114-135.

⁴⁵ Véase Jesús Cruz, **Los notables de Madrid. Las bases sociales de la revolución liberal española**, Madrid: Alianza, 2000.

⁴⁶ Véase Mauro Hernández Benítez, **A la sombra de la corona. Poder local y oligarquía urbana (Madrid, 1606-1808)**, Madrid: Siglo XXI, 1995.

forman parte de nuestro estudio a través de su mitad femenina. Sus actividades lucrativas derivaban de un trabajo manual, lo que hasta 1784 –con la norma que eliminaba el estigma de vileza que pesaba sobre él- les cerraba las puertas del privilegio. Por añadidura, el hecho de que algunos oficios o artes recibieran el calificativo de liberales -y no mecánicas- marcaba una diferencia de estatus a sus practicantes que, si bien podía capacitarlos para ocupar cargos públicos como el de alcalde de Barrio, no siempre implicaba mayor nivel de ingresos. Al contrario, el estigma de vileza y deshonor que pesaba sobre los curtidores, tablajeros y menuderos del Rastro no les restaba bienestar material. En general, no parece que esta clase media laboral tuviera expectativas de ascenso social; se contentaba con mantener y reproducir sus negocios, ya que cabía la posibilidad de que llegara a ser una “clase descendente” en coyunturas adversas, fundiéndose con el grueso de trabajadores pobres.

Lo que distinguía a la clase media laboral de los trabajadores pobres no era sólo la propiedad de los medios de producción, que en cierta medida conservaba aún el mundo del trabajo, sino también la propiedad de los “medios de reproducción del sustento”, independientemente de otros medios materiales que se pudieran poseer, ya que no siempre garantizaban la obtención de un producto o su acceso al mercado.⁴⁷ Por ejemplo, algunos artesanos que eran dueños de sus locales y herramientas, se veían en la necesidad de trabajar para otros como oficiales. Esto explica, en cierto modo, la “pluriactividad” que caracteriza a buena parte de la población laboral del período, y la variedad de medios de subsistencia alternativos al ingreso por el trabajo.

Trabajo y mujeres: la línea ideológica de la economía política

En Madrid, como en el resto de ciudades de la época, las mujeres están presentes en todos los ramos de la industria, los servicios y la agricultura (las huertas de la periferia urbana y el cuidado del ganado destinado al consumo), mediante unas relaciones laborales que analizaré en los siguientes capítulos. Las mujeres casadas de clase trabajadora siempre desempeñaron tareas remuneradas, aunque no fuesen constantes o suficientes para cubrir el sustento. Este trabajo formaba parte de los valores tradicionales y la cultura de las clases subalternas. A diferencia de lo que sucedía con

⁴⁷ Aunque se aplica a las sociedades actuales, es más pertinente si cabe en las de los siglos modernos: Susana Narotzky, **New directions in economic anthropology**, Londres: Pluto Press, 1997, p. 217.

las mujeres de otras clases, se esperaba de ellas que aportasen recursos al fondo familiar y ellas mismas lo consideraban parte de sus obligaciones como esposas y madres.⁴⁸ Esta realidad, que podemos documentar para la Edad Moderna, debería llevarnos a matizar y adjetivar el tópico de “la incorporación de la mujer al mercado de trabajo”, como si fuese un fenómeno surgido en la segunda mitad del siglo XX. Con ello se silencia a toda una clase de mujeres que nunca se han apeado de dicho mercado.

El trabajo femenino fue la base de la subsistencia de las familias en los siglos modernos, igual que en la actualidad. Sin embargo, en la primera mitad del siglo XX, el discurso de la economía, la sociología y la historia concibió el trabajo como sinónimo de actividad masculina a cambio de un salario. Este concepto restringido, que oscurecía las otras relaciones capital-trabajo y a las trabajadoras, era heredero de los primeros desarrollos de la economía política, que tuvieron lugar precisamente en la época que analizamos. En Adam Smith y David Ricardo, la noción de “subsistencia familiar” sólo se aplicaba en el caso de que el asalariado fuese un hombre, puesto que se asumía, sobre presupuestos ideológicos, que el salario femenino era “un coste de reproducción estrictamente individual”.⁴⁹ En estos discursos se dio todo el protagonismo a las actividades mercantiles frente a aquellas desempeñadas en el ámbito familiar, estableciendo una vinculación de la economía con el mercado. Como muchos de sus contemporáneos, Smith consideraba que la actividad de las trabajadoras pobres debía quedar supeditada a su función de cuidadoras (reproductoras de la fuerza de trabajo). Con ello, la economía política trazaba una frontera ideológica que dejaba el trabajo necesario (no remunerado) de las trabajadoras fuera de la ciencia económica, en los dominios de la naturaleza.⁵⁰

Esta expulsión del paraíso de la economía arrastraba al empleo remunerado de las mujeres, ya que en el discurso de la economía política y los moralistas, éste se convertía

⁴⁸ Esto era así a nivel europeo. Véase Olwen Hufton, “Mujeres, trabajo y familia”, en G. Duby y M. Perrot (eds), **Historia de las mujeres**, vol. 3. Del Renacimiento a la Edad Moderna, Madrid: Taurus, 2006, pp. 33-74.

⁴⁹ Maribel Mayordomo Rico, “Precursores: del trabajo de las mujeres y la Economía Política”, **VII Jornadas de Economía Crítica**, Universidad de Castilla-La Mancha, Albacete, 3-5 de febrero, 2000, pp. 1-25 (disponible en formatos CD-Rom y Pdf).

⁵⁰ Hubo, no obstante, intentos de integrar el trabajo femenino en la ciencia económica a cargo de John Stuart Mill, Harriet Taylor y Barbara Bodichon: Mayordomo Rico, “Precursores...”, *op. cit.*, p. 13. La relación entre el trabajo doméstico y la economía política ha sido tratada por autoras feministas como Mariarosa Dalla Costa, y por Maurice Dobb, **Teorías del valor y de la distribución desde Adam Smith. Ideología y teoría económica**, Buenos Aires: Siglo XXI, 1975.

en una extensión de las tareas domésticas y era desplazado desde el campo semántico del trabajo al de la “ayuda”, para remarcar el carácter subsidiario que *debía* tener y justificar de este modo su menor precio.⁵¹ La frontera ideológica de la economía política, con sus exclusiones y desplazamientos, esbozaba la separación entre lo público y lo privado -asimilados a lo mercantil y lo doméstico respectivamente-, que se consolidó a partir del traslado de la producción fuera de la unidad doméstica. La conversión de la actividad –retribuida y no retribuida- de las mujeres en un no-trabajo forma parte, por tanto, del proceso de acumulación originaria de capital, porque “en vez de resultado histórico es fundamento histórico de la producción específicamente capitalista”.⁵² La reproducción de la fuerza de trabajo, que se realiza fuera del mercado, constituye un factor de reproducción del capital mismo y constituye la “fase oculta” de dicho proceso.⁵³

La crítica de la economía política, elaborada por Karl Marx, no reintrodujo el trabajo doméstico en su teoría del valor, entre otras cosas porque no formaba parte de su objeto de estudio: la producción y el intercambio de mercancías.⁵⁴ Lo hizo a partir de la década de 1960 de la mano de las feministas de las corrientes marxista y radical. El marco teórico de la crítica contaba con herramientas analíticas útiles para abordar el trabajo que no entra en la esfera del intercambio o que mantiene otras formas de relación con el capital distintas de la salarial. Las décadas de los 70 y 80 dan testimonio del debate surgido en torno a la relación entre patriarcado y capitalismo, cuyo objetivo era mostrar cómo las mujeres están sujetas a un doble sistema de explotación al que el marxismo clásico no había prestado la debida atención.⁵⁵

La nueva perspectiva abrió posibilidades para el estudio de las relaciones sociales de sexo en el interior del marxismo, como se puede observar en publicaciones como *New*

⁵¹ Un interesante análisis de la metáfora “trabajo es ayuda”, en Susana Narotzky, **Trabajar en familia. Mujeres, hogares y talleres**, Valencia: Alfons el Magnànim, 1988.

⁵² Karl Marx, **El Capital**, libro I, vol. 3, México: Siglo XXI, 1976, p. 776.

⁵³ Concepto acuñado por Mariarosa Dalla Costa en **El poder de las mujeres y la subversión de la comunidad**, México/Madrid: Siglo XXI, 1975, y desarrollado en Leopoldina Fortunati, **L’arcano della riproduzione. Casalinghe, prostitute, operati e capitale**, Venecia: Marsilio Editori, 1981.

⁵⁴ F. Engels aportó, no obstante, una de las primeras explicaciones de la subordinación femenina.

⁵⁵ Así lo ponían de manifiesto historiadoras del trabajo como Anne Davin, para quien la historia laboral tendía a dar como algo dado la división sexual del trabajo, más que a contemplarla como un objeto de estudio y una categoría de análisis: “Feminism and Labour History”, en R. Samuel (ed.), **People’s History and Socialist Theory**, London: Routledge & Kegan Paul, 1981, pp. 176-187. Los encuentros y desencuentros con los colegas marxistas los exploraba también Heidi Hartmann en un artículo mucho más citado: “The Unhappy Marriage...”, *op. cit.*

Left Review, *Journal of Social History* o *History Workshop Journal*, que fue desde sus inicios un espacio de lucha para las historiadoras feministas. En este ambiente de debate, investigación y acción política, se dieron importantes avances en el ámbito de la historia social y la historia del trabajo.⁵⁶ La clase, el conflicto, el modo capitalista de producción, la división sexual del trabajo, el patriarcado, las esferas pública y privada, la reproducción y la producción, aportaron el marco conceptual de un enfoque social y feminista de la historia del trabajo.⁵⁷ Estas investigaciones, junto a los estudios que comenzaban a redescubrir el trabajo no salarial al calor de las nuevas tendencias posmodernas del “fin del salariado”, han contribuido a reubicar el trabajo doméstico y otras formas no retribuidas de actividad en el concepto de trabajo.⁵⁸ En esta línea, Maria Mies define la producción como “producción para la vida y para la subsistencia”.⁵⁹ Trabajo, por tanto, es –y esta es la definición que adoptamos en esta investigación– la producción de bienes y servicios orientada a la satisfacción de las necesidades humanas, independientemente del tipo de relación bajo la cual se realice. Las mujeres hemos asaltado la ciudadela de la economía política –y de su crítica– y dejado claro que una cosa es la economía y otra la ciencia económica.

El influjo del pensamiento posmoderno en los círculos feministas estimuló un renovado interés por el estudio del orden simbólico que emana de toda relación social y toda producción material. Pero, en vez de hacer hincapié en las mediaciones que operan entre ambas dimensiones (hecho y representación), asumía el postulado posestructuralista de que la realidad la construye el lenguaje.⁶⁰ Esta nueva orientación, llamada “giro lingüístico”, invitaba a “rupturas” con el marxismo y cualquier otra teoría social que

⁵⁶ Lo reconocía un importante historiador marxista: “La aparición en años recientes del movimiento feminista ha puesto en duda todo el paisaje mental del pensamiento socialista: la sexualidad y el patriarcado no pueden derivarse sencillamente de las relaciones de propiedad; ni pueden los modos de producción –o los conceptos de la conciencia de clase– seguir divorciados de las cruciales mediaciones del hogar”: Raphael Samuel, “Historia y Teoría”, en R. Samuel (ed.), **Historia Popular y Teoría Socialista**, Crítica: Barcelona, 1984, p. 63.

⁵⁷ Como afirmaba Catherine Hall en **White, Male and Middle Class. Explorations in Feminism and History**, Oxford: Polity Press/ Blackwell, 1992, p. 10.

⁵⁸ Tal como habían propuesto anteriormente Annette Kuhn y Annmarie Wolpe en **Feminism and Materialism**, Londres: Routledge & Keagan Paul, 1978, entre otros.

⁵⁹ Maria Mies, **Patriarchy and Accumulation on a World Scale: Women in the International Division of Labour**, Londres: Zedpress, 1986. Véase también Marilyn Power, “Social Provisioning as a starting point for Feminist Economics”, **Feminist Economics**, 10/3, 2004, pp. 3-19.

⁶⁰ Como señala Raphael Samuel, puede decirse que, con ello, el posestructuralismo “subvierte su propia empresa –la exploración del inconsciente cognoscitivo y cultural– al abolir la tensión dialéctica sobre la que en última instancia reposa cualquier idea del orden simbólico”: R. Samuel, “Historia Popular, Historia del Pueblo”, R. Samuel (ed.), **Historia Popular, Historia del Pueblo**, Barcelona: Crítica, 1984, pp. 15-47.

aborde la problemática de la subordinación. En el campo de la Historia, bajo los nombres de “historia post-social”, “nueva historia” o “historia discursiva”, el giro lingüístico aboga por el abandono de la noción de causalidad social o realidad objetiva y su sustitución por el “discurso”. Las plausibles sospechas de determinismo lingüístico se ponen a salvo reintroduciendo la realidad por la escalera de servicio. Así, las prácticas sociales que las “mujeres populares” desarrollaron en algunos países latinoamericanos a mediados del siglo XX no se debieron a un “determinismo causal de la pobreza”, sino a la “mediación discursiva que les dio significado e hizo que las mujeres desarrollaran su subjetividad y construyeran su objeto de lucha: la subsistencia”.⁶¹ Pero no se explica qué relación causal hay entre la mediación discursiva y el hecho de la pobreza, ni por qué estas mujeres convirtieron en su principal objetivo de lucha la subsistencia y no, por ejemplo, el ocio. Una cosa son las relaciones de fuerza que hacen posible las de apropiación y otra las relaciones de sentido, que informan la conciencia de dichas relaciones. Ambas se condicionan recíprocamente, por lo que es contraproducente confundirlas o mutilarlas.

Las argumentaciones posmodernas reforzaron y ampliaron asimismo al llamado feminismo de la diferencia dentro del campo historiográfico, que introdujo su concomitante giro, con la dosis habitual de rupturas, desde el análisis de la posición social de las mujeres hacia la construcción de identidades y representaciones.⁶² El pensamiento extremo de la diferencia, emanado de centros como la Librería de Mujeres de Milán, toma por axioma que el sexo es una especie de esencia que impregna nuestros cuerpos y mentes, queda pegado a todo lo que tocamos, hacemos, deseamos o pensamos, y se prolonga hacia el cosmos en una partición sexual del cielo de las ideas. Esta partición radical implica que hay –y debe haber- una “sociedad de los hombres” y una “sociedad de las mujeres”, una “cultura femenina” y una “cultura masculina”, y así podemos continuar con las éticas, los paradigmas, los modelos, en los que el pensamiento de la diferencia encasilla y homogeneiza a todos los hombres y todas las mujeres. Claro que se acepta que una parte domina a la otra, a pesar de que esta otra

⁶¹ Sigo el argumento de Lola G. Luna, **El sujeto sufragista, feminismo y feminidad en Colombia, 1930-1957**, Cali: La Manzana de la Discordia, Centro de Estudios de Género, Universidad del Valle, 2004, p. 43.

⁶² Véanse las exposiciones sobre el tema de Seyla Benhabid, “Desde las políticas de la identidad al feminismo social: un alegato para los noventa”, en E. Beltrán y C. Suárez (eds), **Las ciudadanas y lo político**, Madrid: Instituto Universitario de Estudios de la Mujer, UAM, 1996; y Celia Amorós, **Tiempo de Feminismo. Sobre feminismo, proyecto ilustrado y postmodernidad**, Madrid: Cátedra, 1997.

posee unos valores, inherentes a su diferencia, que podrían ser muy útiles para mejorar el mundo, si se reconocieran. La dominación de las mujeres por los hombres debe cesar, pero esto sólo es posible desde el orden simbólico y de los valores, que es donde se produce dicha dominación.⁶³

Ser “del mismo sexo que la madre” otorga a las mujeres –según estas autoras- una sabiduría especial que ningún hombre comparte, un conocimiento “al que no se le ocurre, por ejemplo, empezar dividiendo entre objetivo y subjetivo, y proseguir clasificando en compartimentos estancos, como es propio y distintivo del conocimiento universitario de raíz masculina”;⁶⁴ un conocimiento que busca una “identidad alejada de los esquemas dicotómicos masculino-femenino, superior-inferior”.⁶⁵ Esto se defiende desde una posición teórica que previamente ha elaborado sus propias ocurrencias divisorias, estancas y dicotómicas. La historia, según esta perspectiva, “no ha reconocido a las mujeres en el marco de la *polis*, ni en el ámbito del conocimiento”. La propuesta, por tanto, consiste en una “política de la separación”, la creación de unos “espacios discursivos e historiográficos propios frente a la filosofía patriarcal”.⁶⁶ Desde este ámbito propio, “la historia es la historia de las mujeres”, que no necesita ni quiere incorporarse a nada.⁶⁷

Para las teóricas de esta corriente de la diferencia sexual, igual que las mujeres modernas y “liberadas” acaban del lado de la “sociedad masculina”,⁶⁸ las historiadoras que no reconocen la di-visión sexual del mundo no son independientes desde el punto de vista simbólico, ya que, al “creerse el principio de igualdad de los sexos”, se sirven de “paradigmas masculinos pretendidamente neutros”.⁶⁹ En cambio, las historiadoras ubicadas en el pensamiento de la diferencia sexual “analizan, básicamente, las ideas, las

⁶³ Empar Pineda y Celia Amorós ya señalaron las implicaciones conservadoras de la tendencia extrema de la diferencia. También Christine Delphy critica esta corriente, a la que llama “neo-femeneidad”, ya que no hace más que remarcar los estereotipos clásicos en la materia, y le adjudica connotaciones reaccionarias: Delphy, **Por un feminismo materialista. El enemigo principal y otros textos**, Barcelona: La Sal, edicions de les dones, 1982, p. 108.

⁶⁴ M^a. Milagros Rivera Garretas, “La historia viviente”, en P. Pérez-Fuentes Hernández (ed.), **Subjetividad, cultura...**, *op. cit.*, pp. 62-63.

⁶⁵ M^a Dolores Ramos, “Reflexiones sobre el pensamiento italiano de la diferencia...”, *op. cit.* p. 82.

⁶⁶ *Ibidem.*, p. 92.

⁶⁷ Rivera Garretas, “La historia ...”, *op. cit.* p. 59.

⁶⁸ En palabras de Luisa Muraro, vid. “La diferencia como corte simbólico en la investigación histórica: límites y potencialidades”, en P. Pérez-Fuentes (ed), **Subjetividad, cultura...**, *op. cit.*, pp. 48 y 51.

⁶⁹ Rivera Garretas, “La historia...”, *op. cit.* p. 58. Esta historiadora sostiene en el debate del libro **Subjetividad, cultura...** ya citado, que Isabel la Católica empezó siendo mujer y terminó siendo hombre porque expulsó a los judíos (p. 109).

experiencias, las agencias culturales y los sentimientos que se alejan de la óptica del dominio para centrarse en las relaciones de amor e intercambio”.⁷⁰

Mirar para otro lado es lo que se nos propone; ignorar que la dominación masculina se produce en el orden social, moral y simbólico, ya que el semántico también es un campo de la lucha de sexos, de clases y de etnias, y la violencia simbólica que ejerce sobre las mujeres, por ejemplo, la publicidad, está ahí materialmente producida. Pero no sólo. La subordinación se produce en el orden social, material y político –la explotación laboral, la negación de hecho de la ciudadanía, la violencia física contra las mujeres-. La subordinación tiene una causa social y es parte del concepto de opresión. Todo conocimiento que no reconoce la opresión social la favorece objetivamente. Sólo si no perdemos de vista la óptica de la doble subordinación, podemos entender la persistencia de una división sexual del trabajo, que mantiene a las mujeres en ocupaciones inferiores, tanto en la esfera pública como privada, por mucho que aporten valores -que sin duda lo hacen-, como también algunos hombres, aunque ello no les lave la culpa de su probable machismo. La subordinación de las mujeres es parte del mismo proceso que ha generado la explotación de las colonias, de las naciones periféricas, en la economía mundial, como señala Maria Mies. Así, aunque la naturaleza de su trabajo pueda variar según la clase, la raza y el contexto geográfico, la suma de su trabajo asegura la reproducción y el crecimiento de la economía mundial.⁷¹

Nuestra investigación no feminiza ni masculiniza el estudio del trabajo de las mujeres; lo vincula a la sociedad, que se compone de hombres y mujeres, negros y blancos, pobres y ricos. Si alguien quiere calificar esto de “pretendidamente neutro”, está en su derecho. Aquí no repartimos carnés de feminidad, masculinidad o neutralidad. El concepto de división sexual del trabajo, que es central en esta investigación, no es un modelo masculino, ni femenino, porque los modelos no tienen sexo, lo tienen los agentes sociales que los construyen. Es un concepto que forma parte del bagaje teórico de la historia social feminista y resulta útil para analizar la estructura y dinámica del mundo del trabajo, así como sus expresiones simbólicas, experiencias, percepciones y disposiciones de los agentes sociales. En los rituales reproches a los “grandes modelos”, por no dar cabida a la diversidad y complejidad de las sociedades, se suele olvidar que

⁷⁰ Ramos, “Reflexiones...”, *op. cit.* p. 75.

⁷¹ Kathryn Ward, **Women Workers and Global Restructuring**, Ithaca, NY: ILR Press, Cornell University, 1990, pp. 4-5.

el marco teórico feminista, vigente en la década de los 70 del pasado siglo, ha sido útil para captar los mecanismos de producción y reproducción del sistema hegemónico masculino.

El concepto de división sexual del trabajo que aplicamos en esta investigación no designa tanto el reparto de tareas o la segregación ocupacional, como la desigualdad en el acceso a los medios de producción y el control de la actividad laboral. Es decir, la división sexual del trabajo va ligada al estatus del trabajo considerado en su conjunto, del cual la tarea constituye sólo una parte. Nuestro cometido es el de aplicar la categoría división sexual del trabajo al empleo femenino, en relación con el ámbito de la reproducción social.⁷² Desde la disciplina antropológica, autoras como Harris y Young distinguieron tres niveles en el concepto de reproducción: la reproducción social, la reproducción de la fuerza de trabajo y la reproducción biológica; la regulación de esta última formaría parte de la reproducción social, mientras que la reproducción de la fuerza de trabajo participaría de la función doméstica de la reproducción social. Es decir, la reproducción engloba procesos que pueden incluso llegar a entrar en conflicto.⁷³

El concepto de división sexual del trabajo permite, pues, vincular producción y reproducción. Marx puso de manifiesto que todo proceso social de producción es al propio tiempo de reproducción porque ambos aspectos se interrelacionan en el flujo constante de su renovación.⁷⁴ Y en la misma senda Foucault afirma que la acumulación de capital y la acumulación de personas no se pueden separar como no pueden hacerlo las dos caras de una misma moneda. Producción y reproducción son, pues, una unidad,

⁷² Lo cual no supone “romper” o “reconceptualizar”, como se sugiere en C. Borderías, C. Carrasco y C. Alemany (comp.), **Las mujeres y el trabajo. Rupturas conceptuales**, Barcelona, Icaria/FUHEM, 1994, pp. 77 y ss. Supone, por el contrario, el desarrollo y perfeccionamiento de estudios previos.

⁷³ Olivia Harris y Kate Young, “Engendered structures: some problems in the analysis of reproduction”, en J. S. Kahn, y J. Llobera (eds), **The Anthropology of Pre-capitalist Societies**, Londres: Macmillan, 1981, pp. 109-147. Véase también, Junko Yanagisako, “Family and Household: the Analysis of Domestic Groups”, **Annual Review of Anthropology**, 8 (1979), pp. 161-205; Felicity Edholm, Olivia Harris y Kate Young, “Conceptualizing Women”, **Critique of Anthropology**, 3 (1977), pp. 101-130; Ryana Rapp, Ellen Ross y Renate Brithental, “Examining Family History”, **Feminist Studies**, 5 (1979), pp. 174-200; Claude Meillassoux, **Mujeres, graneros y capitales**, México: Siglo XXI, 1977; Karen Sacks, “Engels revisited: Women, the Organization of Production and Private Property”, en R. Reiter (ed.), **Toward an Anthropology of Women**, N. York: Monthly Review Press, 1975, pp. 211-234.

⁷⁴ Karl Marx, **El Capital**..., *op. cit.* libro I, vol. 2, p. 695.

aunque a menudo de carácter contradictorio más que funcional.⁷⁵ Lo importante no es que las tareas o actividades sean productivas o improductivas, generadoras de valores de uso o de cambio, sino la relación bajo la cual se desempeñan. Cocinar, por ejemplo, puede ser visto como un trabajo reproductivo cuando se realiza para el mantenimiento familiar, pero entra en la esfera del intercambio cuando lo cocinado se vende por las calles.⁷⁶

La peculiaridad del trabajo doméstico radica en que produce valores de uso y no de cambio, no está regido por la ley del valor, pero únicamente puede ser entendido en directa relación con esta ley.⁷⁷ Esta investigación no aborda la actividad doméstica de las trabajadoras, porque ésta es invisible en las fuentes que manejamos, si exceptuamos las literarias. El discurso de las clases dominantes está plagado de alusiones a los “cuidados” que las mujeres deben aplicar a sus familias, que se traduce en tareas de cocinado, lavado, cosido, fregado, etc. Podemos suponer, con cierta plausibilidad, que las que no contaban con servicio hacían estas tareas, que eran penosas en su mayor parte, aunque otra cuestión es la frecuencia con que se realizaban. Hay que tener en cuenta que en el Madrid del siglo XVIII, una parte importante de las familias trabajadoras vivía en cuartos, habitáculos minúsculos, que no solían tener hogar, por lo que la vida y el trabajo se hacían sobre todo en la calle. En estas situaciones, el trabajo doméstico se reducía a la mínima expresión.

Mujeres e historia: objeto de estudio y fuentes.

Una vez sugerí, en un curso sobre mujeres marginadas en la Edad Moderna, que algunas de éstas podían ser trabajadoras en situación precaria. Una historiadora observó al respecto: “ya sabemos que siempre ha habido verduleras”. En efecto, desde el antiguo Egipto. Pero no creo que este sea motivo para obviarlas como sujetos históricos y por

⁷⁵ Nanneke Redclift, “The Contested Domain: Gender, Accumulation and the Labour Process”, en N. Redclift & E. Mingione (eds.), **Beyond Employment. Household, Gender and Subsistence**, N. York: Basil Blackwell, 1985, pp. 92-125.

⁷⁶ Como ya señalaran Harris y Young, “Engendered structures...”, *op. cit.*

⁷⁷ Luis Enrique Alonso, “Sobre el estatuto teórico del trabajo doméstico en la economía política marxista”, en **Actas de las I Jornadas de Investigación Interdisciplinaria, Nuevas Perspectivas sobre la mujer**, Seminario de Estudios de la UAM, Madrid, 1982, pp. 191-200. Un brillante análisis sobre el trabajo doméstico, en Cristine Delphy, **Close to Home: a materialist analysis of women's oppression**, Londres: Hutchinson, 1981. Una buena síntesis del debate sobre el trabajo doméstico, en Felisa Chinchetu Pérez, “El trabajo de las mujeres en el espacio económico: situación actual y perspectivas”, M. D. Ramos y M. T. Vera (eds.) **El Trabajo de las Mujeres...**, *op. cit.*, pp. 25-44.

tanto objeto de estudio. En estas páginas pretendo rescatar a estas mujeres de la “prepotencia de la posteridad”, parafraseando a Thompson.⁷⁸ Mostraré la importancia de las verduleras y otras distribuidoras para la economía del Madrid del Setecientos, y veremos cómo algunas fueron prósperas tratantes, mientras que otras, revendedoras ambulantes o sin licencia, cayeron presa de las redadas de pobres y por tanto en la marginalidad. También documentaré otras actividades que ejercieron las mujeres en el ámbito industrial y mercantil. El objetivo es ofrecer un panorama de la estructura ocupacional femenina y profundizar en tres sectores que fueron claves, tanto para la economía capitalina, como para el empleo de mano de obra femenina: el servicio doméstico, con inclusión de la lavandería y la enfermería, el comercio de abastos y la industria y distribución de textiles nuevos y usados. Enfoco estas actividades, y las relaciones laborales bajo las cuales se ejercieron, en la intersección de tres niveles institucionales: la familia, entendida como unidad doméstica, el mercado y el Estado.

Este objeto de estudio pasa por demostrar que las mujeres de la clase trabajadora madrileña no estaban sumidas en la improductividad y la ociosidad que le atribuye el discurso ilustrado y los actuales análisis que se basan en el mismo. La actividad femenina se detecta en todos los sectores de la economía urbana y bajo todo tipo de relaciones laborales, incluidos los empleos serviles a cambio de limosna, que también contribuyen a la reproducción social. Ello a pesar de que, a lo largo del siglo XVIII, mediante una serie de regulaciones –ya esbozadas en la segunda mitad del XVI- se encarrila el empleo femenino hacia dos ámbitos: la servidumbre doméstica y el trabajo domiciliario en el textil y la confección (más otro que no entra en nuestro objeto de estudio: la prostitución), actividades que tienen lugar en la unidad doméstica. En consecuencia, las trabajadoras van perdiendo protagonismo en sectores como el abastecimiento, mientras lo ganan o lo recuperan en el textil y la confección, donde al mismo tiempo aumenta el grado de proletarización. Intentaré demostrar, en definitiva, que la profundización en la división sexual del trabajo involucra aspectos económicos y extraeconómicos –principalmente la acción política del Estado absolutista- y contribuye a la fragmentación del mercado laboral, en un período en el que el capitalismo se va imponiendo en las industrias textiles.

⁷⁸ Thompson, **La formación histórica** ..., *op. cit.*, p. XVII. En esa “posteridad” también incluyo al propio historiador británico, que no se ocupó mucho de las obreras.

El tradicional sesgo androcéntrico de las fuentes históricas, más que el de los propios investigadores, es responsable de que las incursiones en el mundo del trabajo de la Edad Moderna se hayan escorado hacia los gremios y corporaciones de oficio, que acabaron siendo de monopolio masculino, y hacia los trabajadores varones en general, que son los registrados en los censos. No obstante, el estudio de las corporaciones artesanales y sus relaciones con los mercados de trabajo extra-gremiales ha desvelado la existencia de redes informales de producción y distribución, en las que se ocupaba el grueso de la población sub-registrada, en gran media compuesta por mujeres. Toca por tanto desbrozar este terreno haciendo nuevas preguntas a las fuentes, no sólo por hacer visible a este colectivo –la mitad del mundo del trabajo-, sino porque la invisibilidad en que ha permanecido impide abarcar la complejidad de las relaciones laborales y los mecanismos de la subordinación en las sociedades modernas. Las trabajadoras aportan una nueva perspectiva desde la cual enriquecer y reconsiderar la historia del trabajo.

Los temas que relacionan mujeres y actividad económica, trabajo, oficio o industria suelen estar ausentes en los fondos documentales. Ha sido necesario explorar fuentes de muy variado tipo para extraer información -cualitativa en su mayor parte- sobre el trabajo femenino en Madrid. De ahí que, en la recopilación y tratamiento de este material, me haya sentido como una Isis recogiendo pacientemente los restos dispersos de Osiris para recomponer su cuerpo y devolverle la vida. Habría sido deseable aportar cifras de actividad y series salariales. Sin embargo, Madrid no es una excepción a la norma del sub-registro o ausencia de las mujeres en las fuentes, caso del censo de artes y oficios de 1757 o los censos generales de 1789 y 1797. Con todo, partimos de ellos como base para realizar algunas estimaciones y conjeturas sobre el número de mujeres activas.

Madrid no cuenta con las respuestas generales ni particulares del catastro de la Ensenada, ni el Archivo Histórico General conserva las actas de los juicios celebrados por la Sala de Alcaldes de Casa y Corte, principal tribunal de justicia de la capital y su Rastro. La documentación de la Junta de Comercio y Moneda, creada en 1679, ha desaparecido casi enteramente, aunque parte de dicha información sobrevive en el trabajo recopilatorio –las famosas Memorias- de Eugenio Larruga en la década de 1780. Sin embargo, los Libros de Gobierno y Acuerdos de la citada alta magistratura así como los papeles del Ayuntamiento proporcionan datos cuantitativos sobre los oficios del

abastecimiento y distribución de alimentos, área de capital importancia para las autoridades locales y centrales, y por tanto sometida a una doble y a menudo contradictoria reglamentación. Los listados de los tratantes (gallinería, fruta y verdura, carne, despojos, pescado y tocino principalmente) y sus dependientes, junto a las matrículas de puestos de la plaza Mayor, han permitido aproximarnos a la cifra de actividad femenina en este sector a finales del Antiguo Régimen. Otros oficios para los que se ha podido aproximar cifras han sido las lavanderas, sobre el censo de lavaderos y bancas de 1758, y las maestras de niñas, a partir de la documentación de la Junta y Diputaciones de Caridad. Por otro lado, el cálculo de las empresarias de algunos oficios agremiados se ha efectuado a través de las actas de sus juntas. La cuantificación del amplio resto de trabajo femenino permanece en la sombra, aunque la información cualitativa puede al menos ayudarnos a intuirlo.

A la Sala de Alcaldes llegaban muchas instancias de mujeres que solicitaban licencia para desempeñar alguna actividad, ponían demandas o eran denunciadas. Los trabajos perseguidos –prostitución, venta ambulante- y las actividades ilegales –mendicidad, contrabando...-, cuya vigilancia y castigo también eran competencia de la Sala, nos orientan sobre la incidencia de este tipo de prácticas entre la población femenina, que hemos completado con los informes policiales de los corregidores, los alcaldes de Cuartel y la Superintendencia de Policía a partir de 1782. La presidencia del Consejo de Castilla recibió asimismo memoriales de personas castigadas con el encierro correccional en los hospicios de Corte y San Fernando, que contribuyen a nuestro conocimiento del mundo del subempleo y la miseria en la capital, un sector del mercado de trabajo que es invisible en las estadísticas.⁷⁹ No obstante, los recuentos, regulaciones, disposiciones y sanciones efectuados por las instancias gubernamentales ofrecen una visión desde arriba y fragmentada del mundo del trabajo urbano y que, especialmente en el caso de las mujeres, apenas aflora.

El recurso a las fuentes privadas ha sido obligado. No contamos con ninguna biografía, diario, libro de cuentas o epistolario de mujeres involucradas en actividades

⁷⁹ La documentación relativa a los hospicios ha sido magistralmente tratada por Jacques Soubeyroux en “El encuentro del pobre y la sociedad: asistencia y represión en el Madrid del siglo XVIII”, **Estudios de Historia Social**, 20-21 (1982), pp. 7-225. Los datos de la Mesa de Madrid de la Presidencia del Consejo de Castilla han aportado otra importante base documental para profundizar en este sector periférico del mercado de trabajo femenino. Un adelanto de esta investigación lo ofrecí en **El Cepo y el Torno. La reclusión femenina en el Madrid del siglo XVIII**, Madrid: Fundamentos, 2009.

económicas, pero sí con las escrituras notariales, custodiadas en el Archivo Histórico de Protocolos de Madrid, que incluyen testamentos, dotes, declaraciones de pobreza, inventarios, formación de compañías, juntas gremiales y obligaciones. El rastreo de este fondo documental ha permitido sacar a la luz aspectos, ocultos en las normativas, relativos a la actividad de los oficios, las remuneraciones, las estrategias familiares de reproducción, los niveles de renta y consumo de las familias, los ajuares domésticos, el capital social y determinados rasgos culturales inherentes a la posición de las mujeres dentro de las corporaciones y unidades familiares.

Las fuentes notariales reflejan sobre todo a la elite laboral urbana, ya que el grueso del trabajo en la ciudad ha dejado muy poco rastro en las escribanías. Este vacío lo cubren en parte las escrituras del Hospital General y su sucursal femenina de La Pasión, instituciones donde ingresaba gente de casi toda condición social, pero sobre todo trabajadores y población flotante que, según la gravedad de su situación, dictaban sus últimas voluntades en forma de declaraciones de pobreza, la mayoría de las veces, o testamentos en algunos casos. Se han recogido 600 de estas escrituras, para todas las décadas del siglo XVIII, que, junto a los memoriales referidos de la Mesa de Madrid, han facilitado la tarea de sacar a flote el empleo sumergido, las estrategias de supervivencia, la vida material y social de las mujeres de las clases populares madrileñas, para alcanzar una visión desde abajo del mundo del trabajo urbano.⁸⁰

Ha sido obligada también la consulta de tratadistas contemporáneos, especialmente Eugenio Larruga y Pedro Rodríguez de Campomanes, cuyos discursos, que son al mismo tiempo objeto de esta investigación, adquieren nuevos significados a la luz de los datos empíricos. La bibliografía es otra apoyatura importante. El trabajo de las mujeres ya no es, afortunadamente, un recién llegado, razón por lo que algunas de las cuestiones aquí abordadas para el Madrid del XVIII lo han sido ya para otros lugares y períodos. El movimiento feminista de los años 60 y 70 del pasado siglo abrió este campo de estudio en el seno de la historia social y lo expandió a las otras

⁸⁰ Del Hospital se conservan las escrituras de los siglos XVII, XVIII y primeras décadas del XIX. El vaciado sistemático de estos libros y el tratamiento de sus datos nos ofrecería una visión de largo alcance y profunda del trabajo y otros aspectos de la vida de las clases populares en el Madrid moderno, pero esta es una tarea que requeriría el concurso de un equipo de investigación para realizarla en un tiempo razonable. Una síntesis sobre el debate de las declaraciones de pobreza como fuente para la historia social, en Fernando Sánchez Escobar, **Con el último aliento. Las declaraciones de pobreza en los Hospitales General y de la Pasión de Madrid (1767-1808)**, Madrid: Bubok, 2012.

especialidades. De modo que la historia económica, la historia de la familia, la demografía histórica, la historia cultural y la historia de las mujeres y del género tienen algo que aportar a la historia del trabajo femenino, sin olvidar las importantes contribuciones de la antropología social. Cinco décadas de dedicación han producido notables avances teóricos y empíricos, cuya referencia exhaustiva desbordaría los límites de una investigación.⁸¹

Los siglos XIX y XX y las regiones europeas que lideraron el tránsito a la revolución industrial son, en general, los ámbitos espacio-temporales más explorados por la historiografía del trabajo, si bien el estudio de la etapa previa a la industrialización tomó un fuerte impulso en las décadas 1950-1970, estimulado por los debates sobre la transición del feudalismo al capitalismo, la teoría de la Protoindustrialización y las revisiones relativas a los orígenes y naturaleza de la revolución industrial.⁸² El desarrollo de la economía protoindustrial en diversas regiones europeas, ha dado lugar a estudios que iluminan aspectos importantes del trabajo de las mujeres en las manufacturas rurales y urbanas, además de aportar enfoques valiosos para el análisis de la producción y las relaciones laborales. Me refiero a los conceptos de *Kaufsystem* y *Verlagssystem*, dos sistemas productivos en los que las unidades domésticas son el eje central. En España se han realizado sensibles avances en el conocimiento de las manufacturas rurales y urbanas, lo que constituye otra referencia importante para este trabajo.⁸³

⁸¹ Algunas de las aportaciones más importantes en el ámbito europeo referidas a la Edad Moderna son las siguientes: L. Tilly y J. W. Scott, **Women, Work and Family**, Nueva York: Routledge, 1978; B. A. Hanawalt (ed.), **Women and Work in Preindustrial Europe**, Indiana University Press, 1986; P. Hudson y W. R. Lee (eds.), **Women's Work and the Family Economy in Historical Perspective**, Manchester University Press, 1990; K. Honeyman y J. Goodman, "Women's Work, gender conflict, and labour markets in Europe, 1500-1900", **Economic History Review**, 4 (1991), pp. 608-628; M. Berg, "What difference did women's work make to the industrial revolution?", **History Workshop**, 35 (1993), pp. 22-44; R. Brithenthal, S. Stuart y M. Wiesner (eds.), **Becoming Visible. Women in European History**, Boston: Houghton Mifflin Company, (3ª ed.), 1998.

⁸² Me refiero sobre todo a Peter Kriedte, Hans Medick y Jürgen Schlumbohm, **Industrialización antes de la industrialización**, Barcelona: Crítica, 1986; Maxine Berg, **La era de las manufacturas**, Barcelona: Crítica, 1987; idem, "Women's work, mechanisation and the early phases of industrialisation in England", en P. Joyce (ed.), **The Historical Meaning of Work**, Cambridge: Cambridge University Press, 1987, pp. 64-96; S. Ogilvie y M. Cerman (eds.), **European Proto-industrialization**, Cambridge: Cambridge University Press, 1996; y R. DuPlessis, **Transiciones al capitalismo en Europa durante la Edad Moderna**, Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 2001.

⁸³ R. Ros Massana, **La industria textil lanera de Béjar (1680-1850), La formación de un enclave industrial**, Valladolid: Junta de Castilla y León, 1999; J. A. Nieto Sánchez, **La Protoindustrialización en Castilla, 1350-1850**, Tesis doctoral inédita, Universidad Autónoma de Madrid, 1999; R. Hernández García, **La industria textil de Astudillo en el siglo XVIII**, Palencia: Cálamo, 2002; J. Torras Elias, **Fabricants sense fàbrica. Els Torelló, d'Igualada (1691-1794)**, Vic: Eumo Editorial, 2006.

La investigación específica en el trabajo de las mujeres, en las edades media y moderna, se adelantó en Inglaterra y Francia con las obras de la socialista fabiana Alice Clark y el historiador Léon Abensour, respectivamente. Su estela ha sido seguida por importantes historiadoras sociales como Olwen Hufton y Natalie Zemon Davis.⁸⁴ La historiografía española no cuenta con una tradición tan dilatada, y su menor escala productiva se caracteriza además por una mayor abundancia de monografías sobre los siglos recientes. No obstante, el interés por las etapas previas se plasma en los diferentes estudios locales y colecciones de artículos publicados en los últimos años.⁸⁵ Las investigaciones en curso, orientadas a reconstruir los índices de actividad femenina, pueden servir de estímulo a futuros análisis comparativos y ampliar el panorama del trabajo de las mujeres en la España moderna, que cuenta ya con una proyección internacional.⁸⁶

Para el caso concreto del Madrid moderno, el mundo del trabajo en general permaneció como un terreno incógnito hasta hace pocas décadas. El brillo de la Corte y los cortesanos eclipsó, como en tantos otros aspectos, a la Villa y los villanos. Afortunadamente, la situación ha cambiado y hoy conocemos los rasgos de la estructura y dinámica de la producción y las relaciones laborales en Madrid y su alfoz; y también nos resultan ya familiares los agentes sociales que conforman el mundo del trabajo,

Recientemente ha visto la luz el interesante libro de Julie Marfany, **Land, Proto-Industry and Population in Catalonia, c. 1680-1829. An Alternative Transition to Capitalism?** Surrey: Ashgate, 2012.

⁸⁴ Alice Clark, **Working Life of Women in the Seventeenth Century**, Londres: Routledge and Son, 1919. La obra de Abensour, **La femme et le féminisme en France avant la Révolution** fue publicada hacia 1923, como nos informa Natalie Zemon Davis en “‘Women’s History’ in Transition: The European Case”, **Feminist Studies**, 3/3-4 (1976), pp. 83-103.

⁸⁵ Por ejemplo, A. Muñoz Fernández y C. Segura Graíño, (eds.): **El trabajo de las mujeres en la Edad Media hispana**, Madrid: Asociación Cultural Almudayna, 1988; Paulino Iradiel, “Familia y función económica de la mujer en actividades no agrarias”, **Coloquio Hispano-francés sobre la condición de la mujer en la Edad Media**, Madrid: Universidad Complutense/Casa de Velázquez, 1986, pp.223-259; M. Ortega y M. Matilla (eds), **El trabajo de las mujeres. Siglos XVI-XX**, VI Jornadas de Investigación Interdisciplinaria sobre la mujer, Madrid: UAM, 1996; Marta Vicente, “El treball de les dones en els gremis de la Barcelona moderna”, **L’Avenc, Revista d’Historia**, 142 (1990), pp. 36-39; María Asenjo González, “Las mujeres y el trabajo en las ciudades de la Corona de Castilla (siglos XIII-XV) Integración marginación”, **Atti delle “Settimane di Studi” e altri Convegni**, 21. **La Donna nell’economia secc. XIII-XVIII**. Prato, 1990, pp. 553-561; C. Borderías, C. Carrasco y C. Alemany (comps.), **Las mujeres y el trabajo...**, *op. cit.*; Juanjo Romero Marín, “La Maestría Silenciosa: Maestras artesanas en la Barcelona de la primera mitad del siglo XIX”, **Arenal**, 4/2 (1997), pp. 275-294; Serrana M^a Rial García, **Mujer y actividad económica en la Galicia moderna**, tesis doctoral inédita. Universidad de Santiago de Compostela, 2002; Francisco Ramiro Moya, **Mujeres y trabajo en la Zaragoza del siglo XVIII**, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2012.

⁸⁶ Se están llevando a cabo proyectos para la reconstrucción de los índices de actividad femenina en España entre 1750 y 1890, como el dirigido por Carmen Sarasúa, inserto en el proyecto europeo “Reconstructing the female labour force participation rate in Western Europe, 18th and 19th centuries”, financiado por el European Science Foundation y dirigido por Jane Humphries y la propia Carmen Sarasúa.

desde una visión que trasciende los parámetros normativos y discursivos.⁸⁷ El presente estudio se inserta en esta corriente. Dicho de otra manera, esta investigación se inscribe en un análisis materialista que no descuida los aspectos simbólicos y subjetivos de las relaciones sociales, pauta que han seguido, por un lado, la corriente marxiana de Gramsci, Bajtin, Williams y Thompson, y, por otro, la corriente feminista que entendió los hechos económicos también en clave cultural e ideológica.⁸⁸

La exposición de este estudio se divide en tres partes temáticas. La primera aborda el marco socio-demográfico, laboral y político de Madrid como Villa y Corte, desde la perspectiva de sus relaciones con el entorno rural. Se hace hincapié en la estructura del mercado de trabajo, el entramado normativo e institucional que lo regula y las condiciones de vida de la población trabajadora, a manera de contextualización y definición de las presiones estructurales sobre el empleo femenino. Se introduce aquí el análisis de la relación familia-oficio en el esquema de la organización social del trabajo y su división por sexos. La segunda parte acerca el foco a la muestra de oficios elegida para esta investigación, clasificados por sectores. En el capítulo sobre el abastecimiento y la distribución de alimentos, se toma como *locus* del análisis las plazas Mayor y del Rastro, espacios donde se superponen distintos tipos de mercado y se imbrican las relaciones laborales con las redes de sociabilidad y parentesco. La tercera parte se dedica a las transformaciones que introducen las normativas reformistas en el trabajo femenino del sector textil. Se toma como hilo conductor la evolución de las escuelas-taller estatales, las condiciones laborales de niñas y maestras de niñas, como contexto

⁸⁷ Juan Carlos Zofío Llorente, **El trabajo en la manufactura madrileña en la segunda mitad del siglo XVI: El artesanado en una ciudad preindustrial y cortesana**. Memoria de licenciatura inédita, Universidad Complutense de Madrid, 1997; mismo autor, **Gremios y artesanos en Madrid, 1550-1650**, Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2005; José Ubaldo Bernardos Sanz, **No sólo de pan... ganadería, abastecimiento y consumo de carne en Madrid (1450-1805)**, Tesis doctoral inédita, Universidad Autónoma de Madrid, 1997; Teresa Prieto Palomo, **El abastecimiento en Madrid y el sistema de obligados (1560-1630)**, tesis doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid, 2003; Concepción de Castro, **El pan de Madrid. El abastecimiento de las ciudades españolas del Antiguo Régimen**, Madrid: Alianza, 1987; José Antolín Nieto Sánchez, **Artesanos y mercaderes. Una historia social y económica de Madrid (1450-1850)**, Madrid: Fundamentos, 2006; Carmen Sarasúa, **Criados, nodrizas y amos. El servicio doméstico en la formación del mercado de trabajo madrileño, 1758-1868**, Madrid: Siglo XXI, 1994. Dos visiones de conjunto, en David Ringrose, **Madrid y la economía española, 1560-1850. Ciudad, Corte y País en el Antiguo Régimen**, Madrid: Alianza, 1985, y José Miguel López García (dir.), **El impacto de la Corte en Castilla. Madrid y su territorio en la época moderna**, Madrid: Siglo XXI/EUROCIT, 1998.

⁸⁸ Los estudios feministas no esperaron a la emergencia del pos-estructuralismo para atender la importancia de la reproducción de los universos simbólicos imputados a lo femenino y lo masculino, como recordaba Judith Newton en "Family Fortunes: 'New History' and 'New Historicism'", **Radical History Review**, 43 (1989), pp. 5-22.

para un análisis de los principios ideológicos que rigieron dichas instituciones, su relación con la política de pobres y la reorganización del mercado de trabajo. Concluimos con una estimación de los cambios y permanencias observables en la pauta ocupacional femenina en el período de estudio y los posibles contrastes con otras capitales europeas contemporáneas.

Son muchas las personas que han hecho posible esta investigación y facilitado una larga tarea que no se ha beneficiado directamente de ninguna ayuda estatal. Tengo la satisfacción de pertenecer a un equipo de investigación, el *Grupo Taller de Historia Social*, que está de posada en el departamento de Historia Moderna de esta universidad. Con sus actuales miembros –Santos Madrazo Madrazo, José Miguel López García, Jesús Agua de la Roza, Álvaro París Martín, Manuel Martín Polo, Juan Carlos Zofío Llorente, Fernando Sánchez Escobar y José Antolín Nieto Sánchez- he compartido muchos de los contenidos de esta investigación; con José Nieto, además, una vida en común. También he recibido la ayuda y el estímulo de otros colegas, como Fernando Vivo, María Teresa Díez y los profesores José Ubaldo Bernardos Sanz, Fernando Andrés Robres, Mauro Hernández, Enrique Llopis, Carmen Sarasúa, Pilar Díaz, Cristina Segura y Rebecca Haidt. Algunos de ellos han leído y comentado partes de esta investigación. Doy las gracias a Fernando Velasco Medina por su ayuda en la elaboración del material gráfico, y a Jesús Agua por esto mismo y por una grata colaboración en el seno del Grupo Taller y el *European Labour History Network*.

He tenido, sobre todo, la suerte de contar con un director de lujo, el profesor Santos Madrazo, que ha dirigido realmente esta tesis, como lo hizo anteriormente con mi trabajo para la obtención del Diploma de Estudios Avanzados en Historia Moderna, y me ha orientado, apoyado y transmitido entusiasmo desde el primer momento. El profesor José Miguel López García ha puesto su grano de arena como co-director. Dos grandes profesionales a los que admiro y con los que me une una gran amistad. De modo que en este contexto tan favorable, las carencias y los fallos de esta investigación son de responsabilidad sólo mía.

PARTE I. EL MUNDO DEL TRABAJO EN UNA CIUDAD CORTESANA

Cap.1. Madrid, su tierra y población: centros y periferias

La centralidad geográfica de Madrid adquiere un carácter político permanente en 1606, con el establecimiento definitivo de la Corte.¹ Desde esta ciudad se gobiernan los territorios de la monarquía así como los señoríos de los numerosos nobles absentistas, afincados al calor de la Corona. Entre estos últimos, obviamente, también hay mujeres, como la condesa de Lemos, Rosa María de las Nieves de Castro y Centurión; rodeada de una pléyade de criados, contadores, abogados y oficiales, dirige a sus vasallos de las mayordomías de Galicia, los feudos de Nápoles y Sicilia y los estados de Cataluña, Aragón, Valencia y el Rosellón; y lo hace desde su palacio de Madrid, ubicado en la plaza de Santiago, muy cerca de la residencia regia.²

Sobrepuesta a la Villa, la Corte ejerce su poder a través de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte, una alta magistratura dependiente del Consejo de Castilla. Este tribunal, compuesto de 12 miembros en la segunda mitad del XVIII, controla política, judicial y policialmente el ámbito de la capital y su territorio circundante, el denominado Rastro de la Corte. Este último comprende un radio de 5 leguas (unos 28 kms) en torno al Palacio Real, área que se mantiene estable hasta 1780, cuando se amplía a 7 leguas sólo en lo que se refiere a la recogida de “vagos”. Este triple control –político, judicial y policial- dota a la Sala de competencias que se superponen a las del propio Concejo de la Villa (el Ayuntamiento), lo cual genera tensiones entre alcaldes y regidores, que en ocasiones derivan en abierto conflicto.³

¹ Sobre la construcción de Madrid como capital, Alfredo Alvar Ezquerro, **El nacimiento de una capital europea. Madrid entre 1561 y 1606**, Madrid: Turner/Ayuntamiento de Madrid, 1989.

² Ignacio Atienza, “De lo imaginario a lo real: la mujer como señora/gobernadora de estados y vasallos en la España del siglo XVIII”, en Georges Duby y Michelle Perrot (dirs.), **Historia de las mujeres en Occidente**, vol. 3, Madrid: Taurus, 1993, pp. 669-687.

³ Un estudio exhaustivo de esta institución, en José Luis de Pablo Gafas, **Justicia, gobierno y policía en la Corte de Madrid: La Sala de Alcaldes de Casa y Corte (1583-1834)**, tesis doctoral inédita, Universidad Autónoma de Madrid, 2000. Una síntesis, en idem, “La Sala de Alcaldes de Casa y Corte, 1561-1834”, en V. Pinto Crespo y S. Madrazo Madrazo (dirs.), **Madrid. Atlas histórico de la ciudad. Siglos IX-XIX**, Barcelona: Lunwerg, 1995, pp. 276-282.

Como otras capitales, el Madrid del Setecientos depende para su supervivencia del entorno rural inmediato. Este espacio, en parte comprendido en el Rastro de la Corte, abarca cerca de 40 pueblos, algunos hoy absorbidos por la capital, caso de Vallecas, los Carabancheles, Hortaleza, Fuencarral, y otros. Dicho espacio -la Tierra o alfoz- podemos definirlo como una circunscripción administrativa, un territorio fiscal, perteneciente al “señorío urbano corporativo”, del que la ciudad extrae rentas, bienes, servicios y mano de obra. A su vez, la Tierra recibe estímulos de la ciudad, principalmente a través de su demanda, lo que tiene efectos en la diferenciación socio-profesional de los pueblos.⁴ Este intercambio, sin embargo, resulta asimétrico, debido a que las formas de propiedad en el campo apenas han alterado los mecanismos tradicionales de extracción y distribución de la renta agraria, lo cual frena el dinamismo de las aldeas. Por ejemplo, en Vallecas, Alcorcón, Las Rozas, Majadahonda, Chamartín, Hortaleza, Canillas y Canillejas, más de la mitad de los vecinos carece de tierra. Y la mitad de las fincas está en manos de residentes en la capital, llámense nobles, eclesiásticos o particulares. Esta elite controla las tierras del alfoz y el señorío de ellas. En número predomina el pequeño propietario, aunque no alcanza al de vecinos sin bienes que responden a los apelativos de jornaleros, mozos de mulas, cavadores, podadores, criados, pastores, trabajadores a lo que salga, pobres de solemnidad, mendigos, etc.⁵

La sombra de la Corte es muy alargada. El *hinterland* de Madrid –o su impacto sobre el territorio circundante- no se detiene en los límites de la Tierra, sino que se extiende hacia localidades de las dos Castillas, que están obligadas a suministrar a la capital trigo y pan según un sistema compulsivo de abastecimiento llamado Pan de Registro. Ya en 1620 la superficie de éste había alcanzado su máximo: un radio de 20 leguas (unos 110 kms) en torno a la Corte. Muchas de estas localidades están asimismo obligadas a suministrar cebada para las Caballerizas Reales.⁶ El combustible que consume la ciudad, en forma de carbón vegetal, procede de localidades, algunas de las cuales, en el

⁴ La cita, en Santos Madrazo, José Ubaldo Bernardos, Francisco Javier Hernando y Carlos de la Hoz, “La Tierra de Madrid”, en S. Madrazo y V. Pinto, **Madrid en la época moderna: Espacio, sociedad y cultura**, Madrid: UAM/Casa de Velázquez, 1991, pp. 27-68. Véase también José Miguel López García (dir.), **El impacto de la Corte en Castilla. Madrid y su territorio en la época moderna**, Madrid: Eurocit/Siglo XXI, 1998.

⁵ Madrazo *et al*, “La Tierra de Madrid”..., *op. cit.*, p. 52.

⁶ López García (dir.), **El impacto de la Corte**..., *op. cit.*, esp. pp. 335-369.

siglo XVIII, distan 200 kms de la capital.⁷ En la esfera manufacturera, el *hinterland* madrileño rebasa asimismo la frontera del alfoz, ya que la expansión de la pañería en la nebulosa industrial de Toledo y Guadalajara está en buena medida organizada por empresarios madrileños.⁸

La ciudad, no obstante, está físicamente delimitada por una cerca construida durante el reinado de Felipe IV, que no se rebasará hasta bien entrado el siglo XIX.⁹ En el exterior de dicha cerca se hallan las huertas, tejares, hornos de cal, lavaderos, ventas, dehesas carniceras..., todo ello orientado al suministro urbano protagonizado por 200 familias en la década de 1780.¹⁰ Una vez atravesadas las puertas de la cerca, que sirven de aduana, la morfología de la capital exhibe patrones diferenciados. Las casas de la nobleza, el clero y los funcionarios se arraciman en torno a Palacio. Añádase que el eje este-oeste impide la expansión urbana, ya que en ambos extremos se sitúan las residencias regias del Palacio de Oriente y el Buen Retiro. Por este eje discurre la vía primaria más importante de la ciudad, transitada por la comitiva real en sus traslados. Está formada, de oeste a este, por las calles de Almudena, Platerías, Mayor, Alcalá y Carrera de San Jerónimo, que a su vez conecta las plazas de la Villa, Mayor y Puerta del Sol, donde se bifurca en los dos ramales de Alcalá y Carrera de San Jerónimo. Junto a la calle de Atocha, que atraviesa el sureste hasta el santuario homónimo, estos son los itinerarios habituales de las ceremonias monárquicas (véase plano 1).¹¹

En los arrabales, por contra, se concentra la población trabajadora. Las remesas de inmigrantes que recibe Madrid pueblan sobre todo los ensanches, acometidos durante el reinado de Felipe IV, de la zona septentrional (cuarteles de Maravillas y Barquillo) y meridional (San Francisco, Lavapiés y parte de San Sebastián. Son estos distritos los que presentan mayor densidad de familias artesanas, talleres, mesones y almacenes,

⁷ J. U. Bernardos, J. Hernando, G. Madrazo y J. A. Nieto, "Energy consumption in Madrid, 1561 to c.1860", en G. Massard-Guilbaud y S. Mosley (eds.), **Common Ground. Integrating the Social and Environmental in History**, Newcastle upon Tyne: Cambridge Scholars Publishing, 2011, pp. 311-39.

⁸ José Antolín Nieto Sánchez, "Nebulosas industriales y capital mercantil urbano. Castilla la Nueva y Madrid, 1750-1850", **Sociología del Trabajo**, 39 (2000), pp. 85-108.

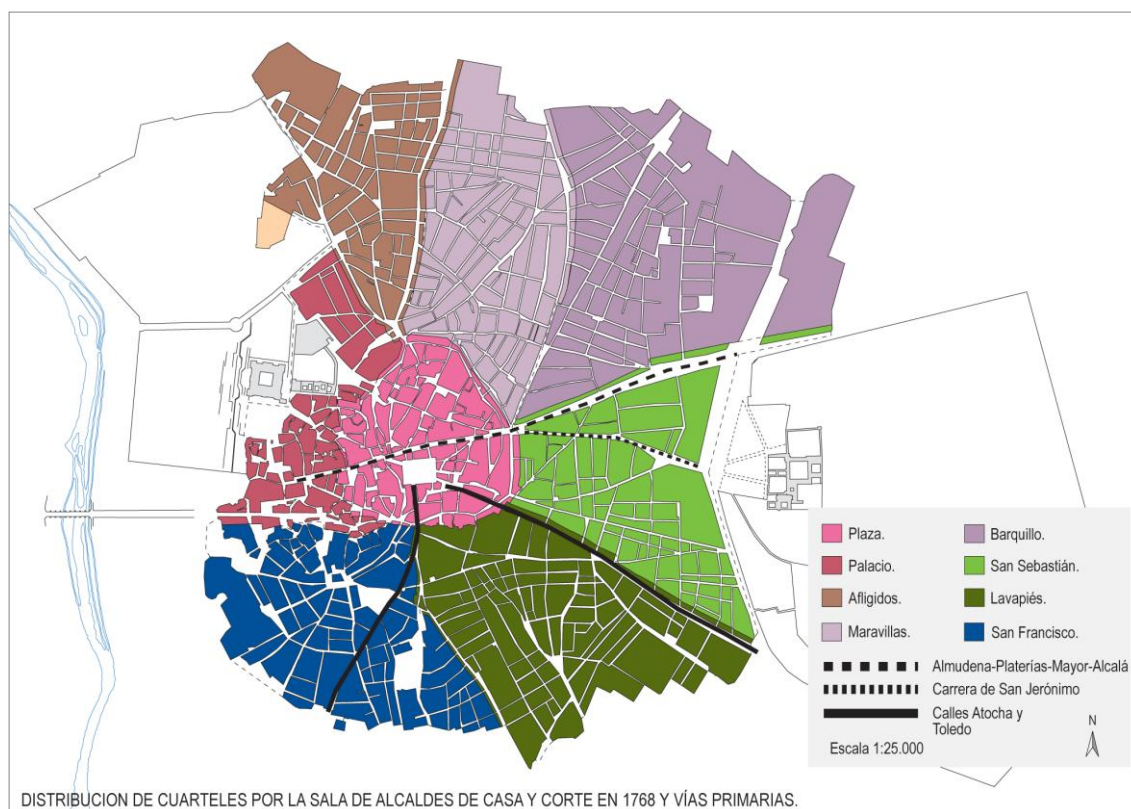
⁹ Rubén Pallol Trigueros, **La ciudad sin límites. Transformación urbana, cambio social y despertar político en Madrid (1860-1875)**, Madrid: Los Libros de la Catarata, 2013.

¹⁰ Archivo Histórico Nacional (en adelante, AHN), Consejos, leg. 923, exp. 16.

¹¹ J. Jurado, F. J. Marín, J. L. de los Reyes y M. J. del Río, "Espacio urbano y propaganda política: las ceremonias públicas de la monarquía y Ntra. Sra. de Atocha", en S. Madrazo y V. Pinto (dirs), **Madrid en la época moderna ...**, *op. cit.*, pp. 219-263.

mientras que el centro se destina a las residencias palaciegas, recintos religiosos e intercambios mercantiles. Destaquemos, asimismo, que el parcelario urbano está dividido en cuarteles o zonas de control administrativo y policía, supervisadas por los alcaldes de la Sala, cuyo número varía a lo largo del tiempo (véase plano 1). Dicha división se solapa con la jurisdicción de las 13 parroquias que hay en la ciudad.¹²

Plano 1. Vías primarias de Madrid y división por Cuarteles de 1768



Continuando con el atractivo de la Corte, a Madrid afluye un enorme caudal de rentas, calculado en más del 17 por ciento del generado en la Corona de Castilla a mediados del XVIII, porcentaje equiparable al tráfico de mercancías y personas.¹³ Por las puertas de la referida cerca de 1625 entra cada día un promedio de 300 carros y 1.800 caballerías

¹² La evolución de este eje primario, en Francisco José Marín Perellón, “La morfología del casco en la edad moderna: ejes y plazas”, en V. Pinto y S. Madrazo (dirs), **Madrid. Atlas Histórico de la ciudad. Siglos IX-XIX**, Barcelona/Madrid: Lunweg/Fundación Caja Madrid, 1995, pp. 94-103. Sobre las parroquias y otras instituciones eclesiásticas, Virgilio Pinto Crespo, “La Iglesia, organización y presencia”, en *ibidem*, pp. 296-323.

¹³ El dato de la renta, en López García (dir), **El impacto de la corte...**, *op. cit.*, p. 267.

cargadas,¹⁴ al margen de la entrada de las 3.000 personas anuales, unas de paso, otras temporalmente y otras para quedarse. Estamos hablando de una capital que, en 1630, tras un proceso de crecimiento vertiginoso, se acerca a los 140.000 habitantes. En lo sucesivo, la población de Madrid se estanca o crece muy lentamente; habrá que esperar a 1740 en que se reinicia un aumento que convierte los 150.000 habitantes de esta última fecha en unos 190.000 a la conclusión del siglo.¹⁵

Este crecimiento, como el de 1561-1630, es producto de la llegada de personas de diversas procedencias, entre las que destacan los campesinos empobrecidos de la Corona de Castilla.¹⁶ David Ringrose caracterizó la población madrileña del período moderno por la coexistencia de un “núcleo” estable y una “corteza” fluctuante compuesta por inmigrantes y transeúntes.¹⁷ Precisaré, por mi parte, que situar a los inmigrantes –reducidos a una sola categoría- en la corteza, supone homogeneizar a unos inmigrantes que son heterogéneos y penetran toda la estructura demográfica de la capital, incluido el núcleo estable, como sugiere que entre un 53 y un 70 por ciento de las personas que se casan en la ciudad –y, por tanto, en muchos casos, se establecen y forman familias- no sean de origen madrileño.¹⁸ En suma, la inmigración construye núcleo y también corteza, siendo las fronteras entre uno y otra difíciles de trazar con exactitud. Las personas foráneas que se asientan y forman familias en la capital pasan a ser vecinos de ella, en tanto que sus descendientes son tenidos por naturales. A partir de aquí penetramos en una vasta corteza demográfica cuyos patrones de movilidad conviene distinguir, especialmente en lo que respecta a su componente laboral. Pero, antes, conviene adelantar que la composición social de la inmigración en el Madrid de la época moderna incluye todos los estamentos y clases. No huelga decirlo, porque a menudo se tiende a encuadrar en la categoría de inmigrantes sólo a quienes llegan para engrosar el mercado de trabajo.

¹⁴ Este promedio se calcula para los siglos XVII y XVIII. Véase S. Madrazo “Los servicios urbanos: el transporte en la ciudad”, en S. Madrazo y V. Pinto (dirs), **Madrid. Atlas Histórico...**, *op. cit.* p. 254.

¹⁵ María F. Carbajo Isla, **La población de la villa de Madrid desde finales del siglo XVI hasta mediados del siglo XIX**, Madrid: Siglo XXI, 1987, p. 227.

¹⁶ El deterioro de las condiciones de vida de esta población rural es la espoleta de la migración a la capital. Un análisis exhaustivo de estas condiciones para las localidades de la Tierra de Madrid, en López García (dir), **El impacto de la Corte...**, *op. cit.*, esp. pp. 267-288.

¹⁷ David R. Ringrose, **Madrid y la economía española, 1560-1850**, Madrid: Alianza Editorial, 1985, p. 50.

¹⁸ Carbajo Isla, **La población de Madrid...**, *op. cit.* pp. 119-120.

La estacionalidad es el rasgo que caracteriza a buena parte de los trabajadores inmigrantes de Madrid. Los ritmos de ida y vuelta están marcados por la distancia y el tipo de actividad. La primera describe varios círculos concéntricos en torno a la capital. El más próximo corresponde a los aldeanos y aldeanas de la Tierra, que entran y salen de la ciudad diariamente a proveer de bienes y servicios a sus habitantes; por ejemplo, las hueveras de Fuencarral y las hortelanas de esta localidad, Leganés y Carabancheles, o los vecinos de Hortaleza y Canillas, que traen en sus borriquillos la ropa lavada de los madrileños. De zonas más alejadas de ambas Castillas llegan hombres y mujeres durante los meses de baja actividad agraria a trabajar a jornal y retornar a sus lugares en la temporada alta. Este patrón anual también lo observan quienes recorren distancias mayores, como los campesinos gallegos que bajan a segar los campos de cereales del entorno capitalino.¹⁹ Los esparteros, cañameros y vidrieros del sudeste de Madrid, Castilla la Nueva, Murcia y Valencia acuden los meses de septiembre a la feria de San Mateo, que se celebra en la plaza de la Cebada, permaneciendo algunos hasta final de año vendiendo de manera ambulante. Madrid también es testigo de la entrada anual de las carretas de carbón para surtir a la treintena de carbonerías repartidas por la ciudad. Un ciclo más irregular, no tanto sujeto a los ritmos agrarios como a la demanda cortesana, describen los canteros vascos, cántabros y gallegos, que se trasladan en cuadrillas a las grandes obras de construcción de la ciudad o los Reales Sitios. Por otra parte, las nodrizas cántabras consumen estancias superiores al año –la lactancia suele prolongarse hasta dos- para luego regresar a sus localidades, repitiendo viaje en ocasiones tras un nuevo parto.²⁰

Otro patrón de migración diferente es el de los trabajadores que, después de un tiempo en la ciudad, deciden probar fortuna en otros lugares; o los que en un momento dado se ven obligados a abandonarla, como los numerosos pobres que periódicamente son

¹⁹ Es la “emigración golondrina” que caracterizó Antonio Meijide Pardo en **La emigración gallega intrapeninsular en el siglo XVIII**, Madrid: CSIC, 1960.

²⁰ Carmen Sarasúa, “Leaving home to help the family? Male and female temporary migrants in eighteenth and nineteenth-century Spain”, en P. Sharpe (ed.), **Women, Gender and Labour migration. Historical and Global perspectives**, Londres: Routledge, 2001, pp. 29-59.

desterrados por las autoridades cortesanas.²¹ Hay, por último, en la periferia de la corteza demográfica, un segmento de transeúntes de muy diversa extracción social, que recalán en Madrid en su tránsito a América, vienen a visitar familiares, realizar trámites burocráticos o solicitar puestos en la administración. Estos últimos, muy numerosos, son los llamados “pretendientes”. Todos ellos constituyen la densa nube de población flotante de la capital, que no sale en los censos y se ha estimado en un quinto de sus moradores. Jerónimo de Uztáriz lo definía como ese conjunto de “pasajeros, trajineros, pretendientes y otros de que suelen estar llenos los mesones y posadas”.²²

Madrid cuenta, por tanto, con una enorme corteza demográfica, como refiere Ringrose, compuesta por los inmigrantes temporales y la población flotante. Pero más problemático resulta –y es mi segunda objeción- asociar el núcleo y la corteza con ciertas categorías socio-profesionales, como hace el referido autor al sostener que “la nobleza, el comercio, las profesiones liberales y burocráticas y la industria artesana son las características del núcleo”, mientras que “el servicio doméstico y los trabajos eventuales y sin cualificar se relacionan con la corteza”.²³ Aquí pisamos un terreno más resbaladizo, ya que, en primer lugar, buena parte de quienes ejercen las ocupaciones asociadas al núcleo –siempre que concedamos a la nobleza el estatuto de ocupación- son personas inmigradas, que, de acuerdo a su propia clasificación, deberían situarse en la corteza; por ejemplo, los nobles foráneos que atrae el reinado del primer Borbón, Felipe V, entre los cuales se hallan los duques de Atri, Populi, Berwick y Príncipe Pío; o los maestros extranjeros que trae la Corona para sus Reales Fábricas, algunos de los cuales permanecen pero otros retornan a sus países. En segundo lugar, muchas personas dedicadas al servicio doméstico y otros oficios sin cualificación son residentes estables y con arraigo en la capital, lo que las situaría en el núcleo. Además, el grado de cualificación no siempre se corresponde con el de estabilidad laboral. Hay oficios cualificados sujetos a períodos de inactividad: de las 25 imprentas que hay en Madrid en

²¹ Desde que el rey puso sus reales en Madrid en 1561, incluido el paréntesis vallisoletano, la Sala de Alcaldes promulgó sucesivas órdenes para que los pobres de la ciudad que necesitasen mendigar pidiesen licencias y a los forasteros se les devolviese a sus lugares de origen.

²² Carbajo Isla, **La población de Madrid...**, *op. cit.*, p. 159, nota 3. Véase también Ramón Lanza García, “Trabajadores y pretendientes. Notas sobre la inmigración a Madrid en el siglo XVII y principios del XVIII”, en A. Marcos Martín (ed.), **Hacer Historia desde Simancas. Homenaje a José Luis Rodríguez de Diego**, Valladolid: Junta de Castilla y León, 2011, pp. 467-490.

²³ Ringrose, **Madrid y la economía...**, *op. cit.*, p. 54.

la década de 1780, sólo 7 u 8 están activas todo el año, lo que genera un alto desempleo entre sus oficiales.²⁴ Por el contrario, hay oficios no cualificados que se ejercen durante todo el año porque responden a una demanda más elástica, como la lavandería, aunque durante los meses fríos se minorase la intensidad de su trabajo.

La población de Madrid no encaja en categorías tan estrictas: ni el núcleo ni la corteza se hallan específicamente relacionados con determinados tipos de actividad. Por otro lado, la movilidad espacial es un rasgo estructural de la población de Madrid, de la que da el primer ejemplo la Casa Real con sus desplazamientos periódicos y regulares a los Reales Sitios (San Ildefonso, El Escorial, Aranjuez y El Pardo). Estos traslados ponen en marcha un gran volumen de personas y recursos, razón de que no sea infrecuente hallar en la documentación referencias a trabajadores y trabajadoras que “siguen los reales sitios”.²⁵

Arriba esboqué los patrones referidos a la distancia y periodicidad de los flujos migratorios; ahora toca analizar su composición por sexo. Las fuentes demográficas señalan que hay más mujeres que varones en la migración de corta y media distancia, al revés de lo que ocurre en el largo recorrido. Esta pauta emerge incluso cuando aisbamos muestras de población reducidas: de 246 mujeres que ingresan en el Hospital de La Pasión en distintos momentos del siglo XVIII, de Madrid y su provincia procede el 39,5%, de Castilla la Nueva el 19,3%, de Castilla la Vieja el 15,5%, y el resto de Galicia y Asturias. Y de 152 personas de ambos sexos de la misma institución y período, la mitad de los 89 varones son gallegos y asturianos (36,7% y 18,3% respectivamente), mientras que entre las 63 mujeres un 62 por 100 son naturales de Madrid y Castilla la Nueva.²⁶ En lo que se refiere a la larga distancia, predominan los varones sobre las mujeres. Con todo y ello, conviene ser cautos a la hora de establecer una correlación estricta entre distancia y sexo, como advierte Carmen Sarasúa matizando la

²⁴ El dato lo ofrece Eugenio Larruga y Boneta, **Memorias políticas y económicas sobre los frutos, comercio, fábricas y minas de España**, Madrid: Imprenta de Antonio Espinosa, 1788, tomo III, p. 22.

²⁵ Por ejemplo, el sastre viudo Matías de Aguilar se ha empleado como criado en las “jornadas de los Reales Sitios”: Archivo Histórico de Protocolos de Madrid (en adelante AHPM), prot. 24.809, f. 7, 14 enero 1773. A su vez, los vecinos de estos Reales Sitios estaban obligados a la prestación de determinados servicios, como posada, arreglo de caminos o abastecimiento.

²⁶ Ambas estadísticas son de elaboración propia a partir de los datos contenidos en las declaraciones de pobreza y testamentos del Hospital General y de La Pasión, custodiados en el Archivo Histórico de Protocolos de Madrid (véase apéndice de fuentes primarias).

caracterización de Ringrose, ya que el esquema se desdibuja si nos concentramos en zonas alejadas de la periferia.²⁷ El hecho de que a Madrid llegasen menos mujeres que varones de estas distancias obedece 1) a las estrategias familiares características de aquellas zonas, 2) al estigma social que recae sobre la movilidad de las mujeres, especialmente si van sin compañía masculina, y 3) a las normativas que la obstaculizan, como la prohibición de que las mujeres participen en las cuadrillas que desde Asturias y Galicia bajan a segar a la Tierra de Madrid.²⁸

Veamos ahora la composición por sexo, edad y estado civil. En la Villa y Corte predominan las personas adultas y de sexo masculino y un alto porcentaje de célibes. La escasa presencia de infantes no se explica sólo por la mortandad posnatal, ya que, en Madrid, los valores de ésta no se desvían de la norma en las poblaciones de la Edad Moderna: entre 1781 y 1787 sobreviven el 60,2 por ciento de los nacidos. Es la inmigración de personas adultas la responsable de que la pirámide poblacional madrileña se estreche por su base.²⁹ Madrid es asimismo una ciudad de célibes. Descontado el clero (más de 5.000 personas), en 1787 los solteros representan el 55,5 por ciento de los varones y el 46,3 por ciento de las mujeres. Los casados equilibran los sexos, ya que se cifran en el 39,8 y el 39,4 por ciento respectivamente, mientras que en los viudos la diferencia se dispara del lado de las féminas, como veremos después. Claro que si la soltería arroja cifras tan abultadas es debido a que se toman como referencia todas las cohortes de edad, incluida la de los niños de 0 a 7 años, aun cuando el matrimonio y la viudez comienzan a aparecer a partir de los 16. Por tanto, si restamos a los menores de esta edad, los porcentajes se reducen al 32,6 de los varones y el 22,7 de las mujeres, lo que da la primacía a las personas casadas, aunque la soltería aún representa una proporción significativa. Si sumamos el numeroso clero, donde los varones triplican a las mujeres, se puede sostener que el madrileño prototipo es un adulto célibe de sexo masculino.

²⁷ Carmen Sarasúa, **Criados, nodrizas y amos. El servicio doméstico en la formación del mercado de trabajo madrileño, 1758-1868**, Madrid: Siglo XXI, 1994, p. 32.

²⁸ A estas disposiciones restrictivas se refiere Florentino A. López Iglesias, "Oficios y actividades de las mujeres ovetenses en el Antiguo Régimen", en M. Ortega y M. J. Matilla (eds.), **El trabajo de las mujeres. Siglos XVI-XX**, VI Jornadas de Investigación Interdisciplinaria sobre la mujer, Madrid: UAM, 1996, pp. 117-126.

²⁹ Carbajo Isla, **La población de Madrid...**, *op. cit.*, pp. 189-191.

La tasa de masculinidad de la población madrileña es la más alta de todas las ciudades de la península. Ello no es consecuencia de los valores de aquella en el momento del nacimiento, sino en la edad adulta. Las tasas de masculinidad que muestran los censos de 1768 y 1787 (incluyendo a los eclesiásticos y las personas internadas) confirman que hay 105,3 varones por cada 100 mujeres en la primera fecha y 109,7 varones por cada 100 mujeres en la segunda. En el Censo de Godoy de 1797, la tasa de masculinidad desciende a 103, lo que indica un aumento de mujeres en la población de Madrid a lo largo del último tercio del XVIII, hecho que corrobora la *Demostración General* de 1804, donde la cifra se acerca al equilibrio con el 101,1.³⁰

Recordemos que la tasa de masculinidad varía atendiendo a la edad y el estado civil. En todos los recuentos demográficos que acabamos de referir hay una cohorte en la que las mujeres superan invariablemente a los varones, la que comprende a personas entre 16 y 25 años, con una tasa de masculinidad de 95,3. Esta característica responde, según Carbajo Isla, a que en este segmento de edad es mayor la inmigración femenina, que en gran proporción se destina a la servidumbre doméstica. El declive de la tasa de masculinidad es asimismo evidente en otros grupos de edad. En 1768 las personas de más de 50 años son varones en su mayoría, pero en 1787 se invierte la tendencia, con una tasa de masculinidad de 97,1, siguiendo la pauta de la población del Antiguo Régimen. Y en 1797, cuando por primera vez se desagrega el grupo de más de 50 años en varias cohortes, comprobamos que a partir de los 60, las mujeres son mayoría (excepto en el grupo de más de 100 años), al igual que sucede en el recuento de 1804, donde las cuatro personas centenarias son mujeres.³¹

La disminución progresiva de la tasa de masculinidad a partir de los 50 años casa con que el estado civil más repleto de mujeres sea la viudez, a pesar de que ésta a menudo afecta a personas muy jóvenes. En los censos que manejamos, las viudas superan a los viudos hasta llegar a triplicarlos en 1787, representando entre el 14 y el 15 por ciento de la población femenina total.³² Madrid destaca sobre el resto de ciudades españolas por albergar la mayor proporción de viudas, lo que sugiere su importancia en la corriente

³⁰ *Ibidem*, p. 63.

³¹ *Ibidem*, pp. 175-212.

³² *Ibidem*, p. 192.

migratoria hacia la capital. Junto a ellas, las casadas con maridos ausentes hinchaban el conjunto de unidades domésticas que, *de iure* –en el caso de las primeras- o *de facto* –en el de las segundas- están encabezadas por una mujer, así como el de aquellas unidades compuestas de mujeres solas no emparentadas. Sólo en la muestra de las 246 ingresadas en el hospital de La Pasión, citada más arriba, las casadas sin marido suponen un significativo 19 por ciento de las mujeres de este estado. A raíz del decreto de la Sala de Alcaldes de 4 de noviembre de 1802 ordenando la expulsión de estas mujeres, se hicieron censos en 3 de los 10 cuarteles existentes, en los que aparecen 117 pertenecientes a dicha categoría. Unas pocas son nobles, esposas de funcionarios y protegidas por fuero militar, siendo mayoría las mujeres de las clases subalternas, que en buen número caen bajo la etiqueta de “las que tienen a sus maridos en presidio o que no tienen noticia de ellos ni saben su paradero”. Este conjunto de mujeres solas -viudas y casadas sin marido- posee, por tanto, un importante peso cuantitativo en la ciudad no reconocido hasta ahora.³³

No se ha podido precisar el tipo de familia predominante en la Villa durante los siglos modernos.³⁴ Todo parece indicar que, entre los trabajadores, era la nuclear, integrada por dos generaciones, con filiación cognaticia, residencia neolocal y, de acuerdo con el sistema jurídico castellano, herencia bilateral equitativa entre todos los hijos, divisible a partes iguales sin distinción de sexo.³⁵ La media de hijos se ha estimado en 3,4 para la década de 1787-1797, una cifra baja comparada con la de París o Barcelona, pero superior a la de Londres. Otro factor a tener en cuenta es el período medio de fertilidad. Se estima, según datos del Censo de Floridablanca, que la mujer se casa en Madrid a una edad próxima a los 25 años, superior a la del conjunto del país, lo que reduce a dos

³³ AHN, Consejos, legajo 9.461. Una visión en un contexto más amplio, en María José de la Pascua Sánchez, **Mujeres solas. Historias de amor y de abandono en el mundo hispánico**, Málaga: Diputación de Málaga, 1998. En las mujeres solas entran asimismo las que permanecen solteras, que también han sido objeto de atención a nivel europeo; véase por ejemplo: J. M. Bennett y A. M. Froide (eds), **Single Women in the European Past 1250-1800**, Filadelfia: University of Pennsylvania Press, 1999; y Bridget Hill, **Women Alone: Spinners in England, 1660-1850**, Yale University Press, 2001.

³⁴ Así lo apunta Jesús Bravo en **Familia busca vivienda. Madrid, 1670-1700**, Madrid: Fundación Matritense del Notariado, 1992, p. 13.

³⁵ Paloma Cepeda Gómez, “La situación jurídica de la mujer en España durante el Antiguo Régimen y Régimen Liberal”, en M. C. García Nieto (ed.), **Ordenamiento jurídico y realidad social de las mujeres**, Actas de las cuartas Jornadas de Investigación Interdisciplinaria, Seminario de Estudios de la Mujer, Madrid: UAM, 1986, pp. 181-193.

décadas la vida fértil.³⁶ Este rasgo sitúa a Madrid más cerca del patrón matrimonial de la Europa del norte que la del sur.³⁷

La esperanza de vida para el conjunto de la población española, es corta en ambos sexos; se estima que no supera los 30 años.³⁸ Sin duda, en Madrid no ayudan las condiciones en que se desenvolvía la vida de sus moradores: polvo que se levantaba en las calles no pavimentadas, carencia de conducción de aguas residuales, acumulación de basura y estado de las viviendas de la población laboral. La corta esperanza de vida explica en parte la abundancia de segundas, terceras e incluso cuartas nupcias, y que con frecuencia los hijos no sobreviviesen a los padres. La muestra de pacientes del hospital de La Pasión arriba citada contiene un 40 por ciento de viudas entre las cuales destaca la proporción de las que no tienen ningún vástago a la hora de dictar su última voluntad. En definitiva, la estructura demográfica de Madrid responde al patrón de las ciudades del Antiguo Régimen, donde –a diferencia del campo– es distintiva la elevada tasa de masculinidad, declinante a lo largo del período, el inflado número de viudas y personas solteras y, sobre todo, el aporte constante de efectivos de otras regiones peninsulares.

La población activa ¿Cuántas mujeres?

Activa -se dice- es la persona que está empleada o busca estarlo, entendiendo por empleo la producción de bienes y servicios para el mercado. Esta concepción restrictiva de la actividad, esbozada ya por los economistas políticos del XVIII, deja fuera de foco toda la producción que las unidades domésticas y las comunidades locales destinan a su propio consumo, sin pasar por el mercado, cuyo mayor protagonismo corresponde a las

³⁶ Carbajo Isla, **La población de Madrid...**, *op. cit.*, pp. 72-75.

³⁷ Sobre el patrón matrimonial del norte de Europa, Tine De Moor y Jan Luiten van Zanden, "Girlpower. The European Marriage Pattern (EMP) and labour markets in the North Sea region in the late medieval and early modern period", **The Economic History Review**, 63/1 (2010), pp. 1-33. Pero, más que el de Madrid, el patrón que mejor se acopla al noreuropeo es el de la Galicia suroccidental, ya que aquí el promedio de edad de acceso al matrimonio de las mujeres se estima en 25⁷ años y el índice de soltería definitiva es elevado, del 14,8 por ciento: Camilo Fernández Cortizo, "Emigración estacional, explotación campesina y comportamientos familiares: Los canteros de la Galicia sudoccidental (siglo XVIII)", en F. Chacón Jiménez y Ferrer i Alós (eds.), **Familia, casa y trabajo**, Universidad de Murcia/Seminario Familia y elite de poder en el Reino de Murcia. Siglos XV-XIX, Murcia, 1997, pp. 261-274.

³⁸ Alberto Marcos Martín, "Viejos en la ciudad. La estructura de edad de la población en los núcleos urbanos españoles del Antiguo Régimen", en F. García González (coord.), **Vejez, envejecimiento y sociedad en España, siglos XVI-XXI**, Cuenca: Universidad de Castilla La Mancha, 2005, pp. 67-100.

mujeres. El hecho de que sean ellas quienes cargan con la mayor parte de esta producción no mercantil tiene consecuencias en sus formas de acceso al empleo.

La relación de una persona con la actividad económica está medida por tres elementos básicos: la edad, la clase social y el sexo, aunque la etnia juega también un papel importante, caso de los gitanos. Si en las sociedades actuales el inicio y el término de la edad activa están regulados por ley, en el Antiguo Régimen era la propia naturaleza la que solía dictar estos límites. De los niños de 1 a 7 años no se esperaba que trabajasen, aunque sabemos de niñas de 5 y 6 años que entraban a servir. Para el conjunto del país se estima que los 10 años era el promedio de edad de incorporación al mercado de trabajo.³⁹ En Madrid, entre los 7 y 16 años tenían lugar la mayoría de los aprendizajes en ambos sexos.⁴⁰ Las 23 niñas que entran como aprendizas en la fábrica de sedas de Salvador García en la década de 1780 se sitúan en esas edades, siendo las más frecuentes los 11 y 12 años, aunque desconocemos si algunas han estado empleadas antes de esa edad.⁴¹

El tope superior de la edad activa es más elástico. La ausencia casi generalizada de pensiones de viudedad o retiro alarga la actividad hasta que el cuerpo aguante, si no se cuenta con otros recursos; de ahí que encontremos septuagenarias y octogenarias empleadas; por ejemplo, María de Oñoro, vecina de la calle de Leganitos, que tiene 71 años y con su oficio de lavandera se mantiene y paga el cuarto;⁴² o Rosa Parra, de 89 años, que vende frutas verdes y secas en las Cuatro Esquinas de San Antón (cuartel de Barquillo).⁴³ Para la clase de los trabajadores pobres, vida y actividad son prácticamente la misma cosa. El empleo o la búsqueda del mismo sólo se agotan por incapacidad física derivada de enfermedad o accidente, casos nada infrecuentes que podían ser provocados por la propia actividad laboral, aunque los atropellos en la vía pública y las peleas con

³⁹ Carmen Sarasúa, “¿Activos desde cuándo? La edad de acceso al mercado de trabajo en la España del siglo XVIII”, en J. M. Borrás Llop (ed.), **El trabajo infantil en España (1700-1950)**, Barcelona: Icaria, 2013, pp. 63-89.

⁴⁰ J. A. Nieto Sánchez y J. C. Zofío Llorente, “El acceso al aprendizaje artesano en Madrid durante la Edad Moderna”, en S. Castillo (coord.), **Mundo del trabajo y asociacionismo en España**, Actas del VII Congreso de Historia Social de España, Madrid: AHS/Libros de la Catarata, 2014, anexo en CD.

⁴¹ AHPM, prots. 19.819, ff. 163-197 (25 junio-10 julio 1787), ff. 221-227 (31 agosto-10 septiembre 1787) y ff. 241-269 (6 octubre -17 diciembre 1787).

⁴² AHN, Consejos, leg. 39.823, exp. 2.

⁴³ AHN, Consejos, leg. 2.877, exp. 2.

armas eran también una realidad cotidiana. La invalidez entre los varones debía de ser relativamente alta, pues al ya referido número de familias encabezadas por mujeres hay que sumar las unidades domésticas donde es la esposa la que aporta el único o principal ingreso debido a la incapacidad del marido. Es significativo que, en 1800, de las 53 solicitantes de puestos de venta en la plaza Mayor, que consta son casadas, 17 (el 32 por ciento) hacen explícita esta circunstancia. Otras 9, entre esposas y viudas, refieren que sostienen con su trabajo a padres, madres o hijos adultos impedidos.⁴⁴

Personas en edad activa puede haber muchas en una población dada, pero no todas están igualmente dispuestas a sostenerse de los rendimientos de su trabajo. La realeza, el estamento nobiliario y el alto clero tienen un grado de necesidad cero de acceder a un empleo remunerado, ya que se mantienen de la extracción del excedente. Reducido es asimismo el de aquellas personas no privilegiadas pero propietarias de casas, tierras o inversiones. Por ejemplo, en 1727, Teresa de Montefur posee una casa de varios pisos en la calle Mayor, portal de Roperos, cuyo arrendamiento le reporta 2.850 reales anuales, pero no es el único inmueble que posee.⁴⁵ No son estos sectores sociales los que engrosan la población activa, sino aquellos cuya supervivencia depende sólo de las rentas de su trabajo, lo que atañe especialmente a las clases subalternas, que representan más del 70 por ciento de la población total.⁴⁶

El sexo es la otra variable que media en la relación de un individuo con el empleo. En Madrid, como en el resto de sociedades modernas, el acceso de las mujeres a la actividad económica y el mercado de trabajo no se realiza en condiciones de igualdad respecto del varón, debido a su posición subordinada en el seno de la familia patriarcal. Es en este ámbito donde se produce la experiencia primaria de la división sexual del trabajo, que orienta el esfuerzo femenino, como arriba señalé, hacia esa parte de la producción que no pasa por el mercado: la crianza, el cuidado y el mantenimiento de la casa, dominio y propiedad del cabeza de familia, en unos casos con el fin de reproducir a los trabajadores y en otros a los propietarios. Los humanistas ya lo repetían como un

⁴⁴ *Ibídem.*

⁴⁵ AHPM, prot. 15.019, f. 495: “Arrendamiento otorgado por doña Teresa de Montefur a favor de Matías Merino y María de Montes”, 23 enero 1727.

⁴⁶ José Miguel López García, **El Motín contra Esquilache. Crisis y protesta popular en el Madrid del siglo XVIII**, Madrid: Alianza Editorial, 2006, p. 18

mantra: “para las mujeres, la casa hará las veces de toda república” -Luis Vives *dixit*-. Por tanto, el empleo de los talentos y la fuerza laboral femenina en la producción de bienes y servicios para el intercambio –ámbito de la república masculina-, se considera una anomalía que conviene evitar actuando desde las instituciones, como veremos más adelante.

Sin embargo, recordando la frase de Galileo, dicho trabajo se mueve: en todas las sociedades modernas el empresariado y los asalariados tienen una parte femenina, cuyo tamaño varía según los sectores de actividad, la época y el lugar. Ello a pesar de que la vida activa de las mujeres está particularmente condicionada por el ciclo vital. Las que tienen hijos pequeños y personas dependientes a su cargo se ven compelidas a dedicar su tiempo en estos cuidados, restándolo al empleo, si no cuentan con un sustituto. Las obligaciones domésticas recortan el acceso a la actividad económica, especialmente cuando se carece de medios para suplirlas a través del mercado o de terceras personas. Por otro lado, la actividad, su ciclo y características están en estrecha relación con otro aspecto de la división sexual del trabajo: el grado de acceso a los recursos productivos, que en el caso de las mujeres presenta mayores limitaciones. En definitiva, son factores de oferta y demanda los que interactúan en la posición desventajosa de las mujeres dentro de la esfera de la actividad económica, como señalan Sarasúa y Gálvez. Y son factores sociales los que están detrás de que, a pesar de esta desventaja, la actividad femenina en Madrid sea una realidad de bulto, aunque tapada, como trataré de explicar a lo largo de este estudio.⁴⁷

Los censos demográficos y de artes y oficios de la segunda mitad del XVIII, a falta de otras fuentes más precisas, han servido de base para calcular el porcentaje de población activa de Madrid, que se ha situado entre un 30 y 35 por ciento del total de habitantes.⁴⁸ Sin embargo, dichos censos presentan problemas para calcular ratios de actividad. En primer lugar, no se hicieron con la finalidad de contar a la población activa. En segundo

⁴⁷ Carmen Sarasúa y Lina Gálvez, “Mujeres y hombres en los mercados de trabajo ¿Privilegio o eficiencia?”, en C. Sarasúa y L. Gálvez (eds.), **¿Privilegios o eficiencia? Mujeres y hombres en los mercados de trabajo**, Alicante: Universidad de Alicante, 2003, pp. 9-33.

⁴⁸ Ringrose, **Madrid y la economía...**, *op. cit.* pp. 52-53. El autor no especifica si por población activa entiende hombres y mujeres, o sólo hombres y excepcionalmente mujeres tal como sugieren las fuentes, por lo que cabe la duda de si esta imprecisión se reconoce como un problema.

lugar, no reflejan todos los empleos ni todas las categorías ocupacionales. En tercer lugar, éstas no se desagregan por sexos y, finalmente, ni tan siquiera definen las categorías socio-ocupacionales en que dichos censos encuadran a la población registrada (lo que es pedir demasiado a una fuente pre-estadística).⁴⁹

Veamos algunos ejemplos. En el *Censo de Artes y Oficios* del Catastro del marqués de la Enseñada (1757), el apartado de “comercio” registra a los titulares de las tiendas y sus mancebos, pero no a los demás dependientes que, por otras fuentes, sabemos tenían (aprendices, servidumbre). Respecto al comercio de abastos, el sub-registro es llamativo. Cuenta a los individuos del gremio de tratantes de fruta y verdura, polleros y menuderos, junto a sus “criados” cuya cifra omite. Nombra, pero no contabiliza, a los que ejercen fuera del gremio, a las “mujeres revendedoras y mozos” –la mayor parte del sector-, y deja fuera otros oficios del ramo como hueveros, pescaderos y tablajeros de carne y tocino, probablemente por haber pasado ya en esas fechas a ser dependientes de la administración de la Junta de Abastos y quizás por ello englobados en la categoría “criados” o “jornaleros”. Tampoco especifica el número de los “mozos de mesa y fregadores” que emplean los hosteleros y figoneros. En el apartado de “artes y oficios”, los censados son casi todos varones (maestros, oficiales, aprendices, meseros y algunas viudas ...), pero no registra el trabajo domiciliario ni el que se realiza en las unidades domésticas. Por último, aunque no menos importante, el censo de 1757, como los posteriores, no sólo omite la mayor parte de la actividad femenina, sino que también discrimina en su tratamiento al conjunto de mujeres al no considerarlas una categoría sociológica. Por ejemplo, el capítulo de “vecinos útiles” separa a éstos por *estados*, pero no lo hace en el apartado de viudas, que aparecen englobadas en una cifra total. A la hora de contar las “almas”, las masculinas son desagregadas en tres categorías socio-ocupacionales, mientras que las femeninas lo son por edad y estado civil (“mujeres y niñas”, por un lado, y “viudas”, por otro).⁵⁰

⁴⁹ Tampoco registran el trabajo domiciliario, el trabajo por horas y todo el que se desarrolla en el seno de las unidades domésticas, que constituyen los centros de producción por excelencia, ya que éste se subsume en el “cabeza de familia”. Sobre ello llama la atención Sarasúa en **Criados, nodrizas...**, *op. cit.* pp. 7-11.

⁵⁰ Antonio Matilla Tascón, “El primer catastro de la villa de Madrid”, **Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos**, tomo LXIX/ 2 (1964), pp. 463-523.

Las deficiencias de estos censos para Madrid aconsejan elevar el porcentaje de población activa desde el 30 a más del 40 por ciento de sus moradores. Pero, si complicado resulta calcular la cifra de población activa general, la dificultad aumenta si queremos hallar la particular femenina, ya que conocemos el número total de mujeres, su distribución por edades y estado civil; pero no, por las razones expuestas, su estructura social y ocupacional. El Catastro de la Enseñada mete a 10.676 personas en el amplio e impreciso cajón de “sirvientes de todas clases y edades”, por lo que desconocemos si en esa cifra se cuentan mujeres y qué tipo de trabajadores encierra la etiqueta “sirvientes”. El Censo de 1787 desagrega más categorías socio-profesionales, pero seguimos sin saber si los 8.935 “jornaleros” incluyen a las mujeres que trabajan a jornal, o qué porcentaje de éstas corresponde a los 17.273 que caen bajo la rúbrica de “criados”.

Lo único que nos queda es aproximarnos a la actividad femenina durante la segunda mitad del XVIII en Madrid, es decir, cuántas mujeres habría empleadas o buscando empleo. Para ello, podemos adoptar el procedimiento del secretario de la Real Sociedad Económica Matritense, Antonio de la Cuadra, en 1775. Aplicando criterios de edad y clase social, calcula que de las 65.500 mujeres que contaba la capital en 1768, descontando las ancianas, los niños y las damas nobles, quedarían 40.000 aptas para el trabajo.⁵¹ Lo que significa que habría un 61 por ciento de mujeres en disposición de ser empleadas, es decir población femenina potencialmente activa. Un porcentaje similar se obtiene del Censo de 1787.⁵²

¿Cuántas de éstas tenían empleo o lo buscaban? El secretario de la Matritense asegura que, de las aptas para el trabajo, sólo tienen ocupación 15.000, es decir, el 37,5 por ciento del total de mujeres potencialmente activas. Es muy probable que este dato sea tan arbitrario como el mío, dado que no consta que se hiciera ninguna matrícula del empleo femenino en esas décadas; y que, además, esté subestimado, teniendo en cuenta

⁵¹ Cfr. Jacques Soubeyroux, “Pauperismo y relaciones sociales en el Madrid del siglo XVIII (1)”, **Estudios de Historia Social**, 12-13 (1980), p. 187.

⁵² En esta fecha hay, en el estado secular, 71.776 mujeres. Restamos las párvulas y la mitad de la cohorte de entre 7 y 16 años, teniendo en cuenta a las que empiezan su vida activa a los 10 y las que no se incorporan al mercado de trabajo; un cuarto de la cohorte de más de 50 años, para descartar a la parte que puede corresponder a las muy ancianas o impedidas, y otro cuarto de nobles y rentistas, lo que nos da 42.009 mujeres.

que sólo considera “ocupación” la que se hace de continuo al menos durante 200 días al año. Me atrevo a aventurar, por tanto, que en 1787 la cifra de mujeres ocupadas o buscando ocupación podía estar en una horquilla de 25.000 a 30.000, quizás el doble de lo que deduce de la Cuadra; es decir, en torno a un 60 por ciento de las mujeres potencialmente activas que hemos extraído del censo de Floridablanca, lo que equivale al 37 por ciento del total de población femenina.

Hay varios factores que avalan la importancia cuantitativa del empleo femenino en el Madrid del Setecientos. Aunque para los economistas políticos, el trabajo remunerado de las mujeres es una anomalía y algo subsidiario, la excepción comúnmente aceptada es la de aquellas casadas con trabajadores pobres, de quienes se espera que redondeen el corto jornal de su marido y saquen sus hijos adelante con algún empleo. Es el caso de las esposas de las dos terceras partes de los asalariados que ganan menos de 6 reales al día –cuando trabajan-.⁵³ Hemos visto que la elevada incidencia de la discapacidad física del cabeza de familia convierte a estas mujeres en las principales sustentadoras, situación en la que también se hallan las viudas y casadas sin marido. Sus hijas las ayudan en sus menesteres o se van a ganar el sustento sirviendo en otra casa. Por otro lado, dentro de la clase media laboral, las artesanas, fabricantes y comerciantes, cuando enviudan, en los casos en que tienen margen para elegir, deciden mantenerse en ese estado y seguir al frente del negocio. No sólo la necesidad económica, sino también la búsqueda de una independencia personal, que desafía la dominación masculina, estimulan a las mujeres al desempeño de una actividad lucrativa.⁵⁴

No obstante, ni la actividad ni el empleo son datos estáticos. La historia laboral de un trabajador autónomo o asalariado está jalonada por etapas de ocupación y paro, según los ritmos de la demanda y las características de su sector productivo. Entre los trabajadores pobres especialmente, la alternancia también se manifiesta en las relaciones laborales: de un empleo libre, como asalariada, a un empleo forzado, como reclusa; o como trabajadora autónoma en ciertas épocas y como jornalera o asalariada en otras.

⁵³ Soubeyroux, “Pauperismo y relaciones sociales...”, *op. cit.*, p. 46.

⁵⁴ Estudios recientes sobre el peso de la fuerza laboral femenina en perspectiva histórica demuestran que fue mayor de lo que las estadísticas oficiales reflejan, lo cual fundamenta la estimación al alza que he realizado. Véase Jane Humphries y Carmen Sarasúa, “Off the Record: Reconstructing Women’s Labour Force Participation in the European Past”, *Feminist Economist*, 18/4 (2012), pp. 39-67.

Salvo los autónomos y empresarios, cuyo trabajo suele encuadrarse dentro de un mismo oficio a lo largo de su vida activa, una parte importante de los asalariados y precarios observan un patrón de pluriactividad sincrónica, simultaneando más de una ocupación, y diacrónica, cambiando de un empleo a otro incluso en sectores de actividad diferentes. Todo lo cual exige examinar las oportunidades que ofrecía Madrid a su población trabajadora.

Cap. 2. La economía urbana y el mercado de trabajo

Como otras capitales europeas, Madrid inclina el peso de su economía hacia el sector terciario: el comercio y los servicios. La Villa y Corte exhibe una abigarrada nómina de altos funcionarios, banqueros, cambistas, hombres de negocios, militares de alta graduación e institutos religiosos, sin que falten los agentes mercantiles que hacen de Madrid “el emporio del comercio de España”.⁵⁵ La reunión de estas elites burocráticas, eclesiásticas, financieras y comerciales, unidas a las nobiliarias y la misma Casa Real, explica que Madrid sea también una ciudad de criados o servidores.⁵⁶ Por el contrario, en la economía madrileña tiene muy poco peso el sector primario, reducido a las huertas extramuros y el ganado destinado al consumo de la ciudad. La industria es modesta si la comparamos con Londres, París o Barcelona, aunque en absoluto despreciable. La demanda suntuaria de las elites urbanas, junto a la de productos básicos del resto de la población (alimento y vestido), son los dos ejes que articulan la estructura productiva madrileña, volcada en la satisfacción de la demanda interna, claro que mientras por sus puertas penetra todo tipo de mercaderías procedentes de España, Europa y Ultramar, por ellas sólo salen libros, naipes, tapices, salitre, papel sellado y algunas sedas y cueros.

La Casa Real es una especie de “estado dentro del Estado” de la economía urbana, al igual que sucede en otras capitales europeas.⁵⁷ Como consumidora, la institución regia posee vías propias de provisión de alimentos –por supuesto, los más selectos-, y de otros bienes y servicios. Cuenta para ello con un abultado elenco de servidores

⁵⁵ La cita es de Larruga, *Memorias...*, *op. cit.*, tomo I, p. 79.

⁵⁶ Este tema lo analizo en la parte II.

⁵⁷ Por ejemplo, Londres, como muestra Leonard D. Schwarz en **London in the age of industrialisation: entrepreneurs, labour force and living conditions, 1700-1850**, Cambridge University Press, 1992, p. 21.

organizados en una estricta jerarquía de funciones, desde los criados nobles de cámara hasta los galopines de la Real Cocina o las mozas que friegan sus dependencias, pasando por los artesanos de Corte. En su vertiente productora, la Casa Real erige fábricas de productos de lujo, como la de porcelanas del Buen Retiro, la de tapices extramuros de la ciudad o las escuelas de relojería y platería fundadas en la década de 1770. Estos establecimientos van a satisfacer el consumo palaciego y embellecer la imagen de la monarquía.⁵⁸ La Casa Real es quizás el mayor centro de empleo de la capital. Entrar en el mercado de trabajo generado por esta institución reporta remuneraciones más altas, pensiones o retiros. Según la posición que se ocupe en la jerarquía de la servidumbre, se facilita la adquisición de capital social y prestigio.⁵⁹

Fuera de las dependencias regias, el grueso de la actividad económica de la ciudad se desarrolla en las plazas, espacios donde confluyen y se articulan industrias, comercios y servicios. El centro neurálgico es la plaza Mayor o, más bien, el conjunto de plazas formado por las de la Puerta de Guadalajara, Santa Cruz y Mayor, esta última con sus calles adyacentes de Amargura, Boteros, Sal, Postas, San Cristóbal, Mayor, Toledo y Atocha. En este entorno se agolpa lo más granado del comercio urbano: las lujosas tiendas de mercería, especiería, joyería, droguería, pañería, lencería y sedería, que forman la poderosa corporación de los Cinco Gremios Mayores; las de ropería, manguitería, sombrerería, pasamanería, cordonería, bordados, platería, tirados de oro y bronces. La plazuela de Santa Cruz es un hervidero de zapaterías así como un mercado de mano de obra de criados, peones de la construcción, mozos de cuerda y nodrizas.

En la plaza Mayor, el comercio de manufacturas selectas convive con el mercado de abastos, toda una enorme constelación de puestos de fruta y verdura, volatería, huevos, carne, tocino, pescado y otros alimentos, que colmata su cuadrilátero central y parte de los portales. En este espacio se alzan los edificios de las principales instituciones vinculadas con el abastecimiento: la Casa de la Panadería, la Carnicería Mayor y el Peso Real (véase plano 2).

⁵⁸ José A. Nieto Sánchez, **Artesanos y Mercaderes. Una historia social y económica de Madrid (1450-1850)**, Madrid: Fundamentos, 2006, p. 353.

⁵⁹ José Jurado Sánchez, “La Corte y las instituciones de la monarquía”, en V. Pinto & S. Madrazo (dirs.), **Madrid. Atlas histórico...**, *op. cit.*, pp. 260-267.

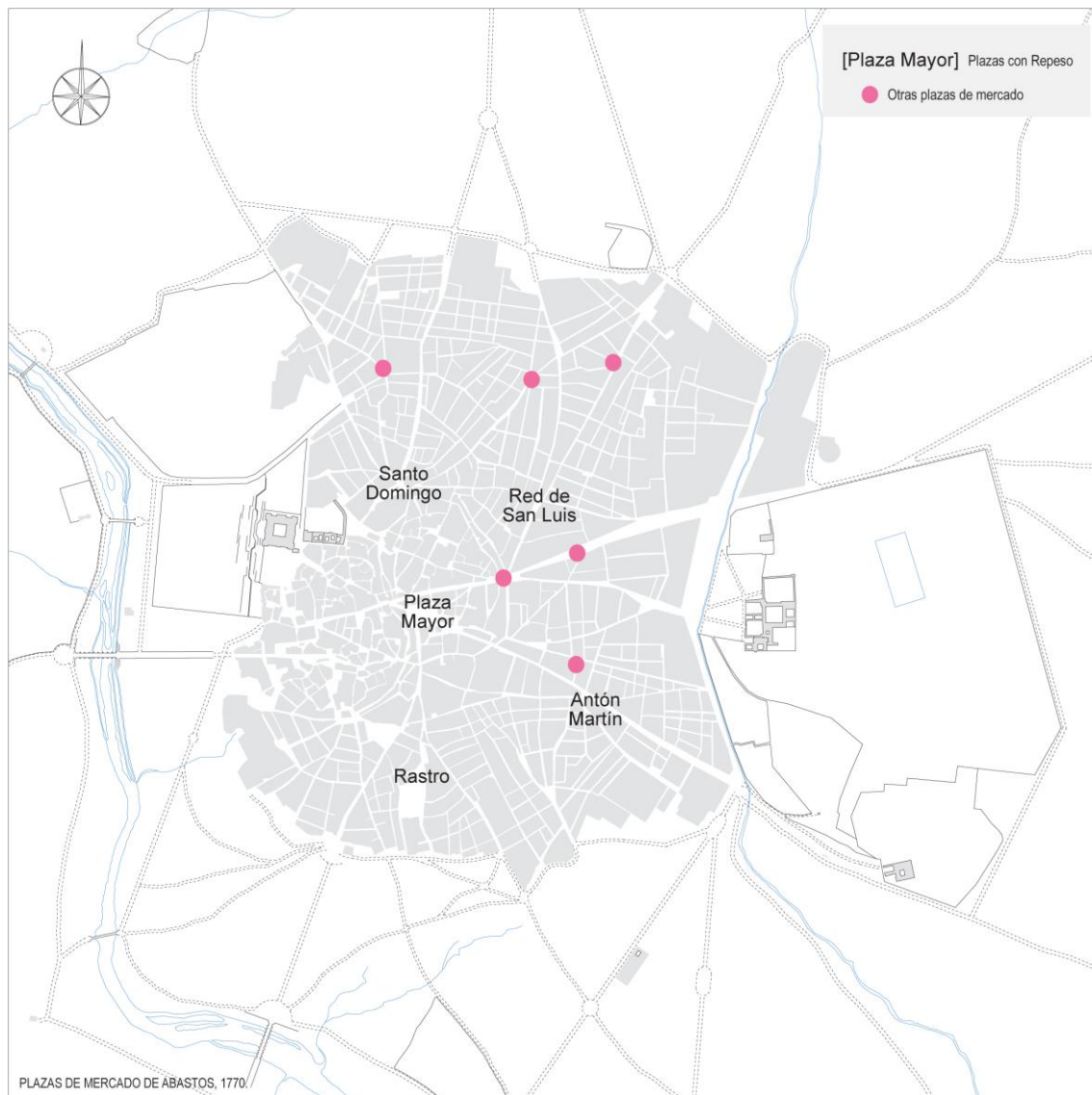
Plano 2. La plaza Mayor en el siglo XVIII



La plaza Mayor es el centro administrativo de un mercado que tiene ramificaciones en otras plazas de la ciudad, en concreto, las de Santo Domingo, Antón Martín, Red de San Luis y Rastro, donde se ubican los repesos de Villa y de Corte, con anexos en las de San Ildefonso, el Gato y Matute, calle Alcalá y Puerta del Sol. Como uno de los centros del poder político, la plaza Mayor es también el lugar donde se celebran las ejecuciones (más tarde trasladadas a la plaza de la Cebada), los autos de fe y otras ceremonias; y se transforma en coso taurino en determinadas festividades.⁶⁰

⁶⁰ Sobre la plaza Mayor, Jesús Escobar, **La plaza Mayor y los orígenes del Madrid barroco**, San Sebastián: Nerea, 2007.

Plano 3. Plazas de abastos de Madrid y lugares de venta de alimentos en el siglo XVIII



Después de la plaza Mayor, la plazuela del Rastro y su entorno, en el arrabal meridional, es el espacio económicamente más dinámico de la ciudad. Su cercanía al matadero la convierte, al menos desde el siglo XVI, en un centro integrador de todos los oficios relacionados con la distribución de la carne de carnero y las industrias que tienen como materia prima algún subproducto de las reses, caso de los curtidores, cuyas tenerías dan nombre a la calle principal; los zurradores, los fabricantes de velas de sebo, etc.⁶¹ Pero,

⁶¹ Sobre los oficios de la carne y el cuero que se dan cita en el Rastro entre los siglos XVI y XVII, Juan Carlos Zofío Llorente, **Las Culturas del trabajo en Madrid, 1500-1650. Familia, oficio y sociabilidad**

al menos desde la década de 1740, el Rastro alberga otros tipos de comercio, pues es plaza de abastos que, además de carne, distribuye verduras, pescados, etc., como señalé más arriba; y, en domingos y festivos, cuando no hay mercado, es la sede de la mayor concentración de puestos de ropa y menaje de segunda mano de toda la ciudad.⁶² Próxima al Rastro, la espaciosa plaza de la Cebada aloja otros tipos de comercio y manufacturas, como la espartería, la loza, el carbón y el hierro viejo, cuya venta está a cargo de los llamados chapuceros. Aquí se celebra anualmente la citada feria franca de San Mateo, que atrae numeroso público.

Sólo el mercado de abastos que tiene lugar en las plazas arriba descritas ocupa a un considerable número de operarios, hombres y mujeres (tratantes, revendedores, hortelanos, arrieros, mozos, criadas, acarreadores, etc.). Hay que tener en cuenta que en el mercado capitalino tienen un papel destacado las subsistencias, que suponen el 55 por ciento de los valores en circulación, y más del 40 por ciento del grueso del comercio.⁶³ Por otro lado, el abasto se relaciona estrechamente con las economías campesinas de las aldeas de la Tierra así como con todos los oficios del procesamiento y comercio de alimentos y bebidas, que suponen otro importante nicho de empleo. Sólo en panaderías y tahonas se censan 971 trabajadores en 1757, a los que hay que sumar los empleados en las tiendas de aceite y vinagre, tabernas, confiterías, bodegones, pastelerías, mesones, alojerías, hosterías, figones y botillerías, además de la espesa nube de puestos fijos y ambulantes de aguardiente, agua de nieve, buñuelos, ollas mondongueras, bodegones de puntapié, etc. No es extraño, pues, que el abasto de productos agropecuarios y la hostelería movilicen el mayor volumen de recursos en la economía urbana y sea, por tanto, una importante fuente de actividad laboral y empresarial.

El comercio de manufacturas, por su parte, genera menos puestos de trabajo pero en su seno se produce la mayor acumulación de capital, especialmente en el sector del lujo. Este renglón está liderado por los Cinco Gremios Mayores, que arriba vimos ubicados

en el **artesanado preindustrial**, Tesis doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid, 2001; y Teresa Prieto Palomo, **El abastecimiento en Madrid y el sistema de obligados (1560-1630)**, Tesis doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid, 2003.

⁶² José A. Nieto Sánchez, **Historia del Rastro. Los orígenes del mercado popular de Madrid, 1740-1905**, Madrid: VisionNet, 2004.

⁶³ José Ubaldo Bernardos Sanz, "Mercado y abastecimiento, 1561-1850", en V. Pinto y S. Madrazo (eds.), **Madrid. Atlas histórico...**, *op. cit.* p. 232.

en la céntrica zona de la Plaza Mayor y que poseerán un fastuoso palacio en la actual plaza de Benavente: los mercaderes de seda, en su tradicional asentamiento de la Puerta de Guadalajara; los joyeros en la calle Mayor; los pañeros en el portal oriental de la misma –llamado por ello Portal de Pañeros–; los merceros y especieros en el lateral opuesto, entre las calles de Postas y el portal de Santa Cruz; y los lenceros, más dispersos, en las calles de Postas, Mayor y Toledo. El ascenso económico y político de esta corporación de gremios, cuyas familias proceden en su mayor parte del País Vasco, Navarra y Cantabria, arranca en el siglo XVII y tiene mucho que ver con la privatización de lo público con que se salda la crisis de esa centuria.⁶⁴ El pacto entre la Corona y los Cinco Gremios termina de sellarse en 1733, cuando obtienen la gestión exclusiva de las rentas provinciales de la villa de Madrid (tercias, alcabalas y servicios), a cambio de adelantar a la Hacienda Real nueve millones de reales. Cada uno de estos gremios forma compañías comerciales por acciones, y en 1763 se mancomunan en la *Compañía General de Comercio*, “un auténtico *trust* con funciones de banco industrial, depósito, giro y crédito”, cuyos negocios adquieren un alcance mundial.⁶⁵

Las 278 familias que componen los Cinco Gremios Mayores en 1757 son, por tanto, el sinónimo del gran comercio, una institución privilegiada, prácticamente para-estatal, que se hace con la gestión del abasto de la ciudad y de algunas Reales Fábricas, controla la Aduana y utiliza su poder para ejercer el monopolio de su comercio, desplazando a la competencia -aunque no siempre con éxito- y protegiendo sus *demarcaciones* –zonas de influencia de sus tiendas- de la introducción de otros comerciantes.⁶⁶ Ellos poseen la exclusiva de la venta al detalle de los productos de lujo que comercializan, aunque, de hecho, se han convertido también en comerciantes al por mayor. Ello no impide que sus ordenanzas prohíban explícitamente a los 85 lonjistas, mayoristas de los que se proveen, la venta al detalle de los géneros privativos de los Cinco Gremios en sus “lonjas

⁶⁴ Este ascenso ha sido analizado desde distintas perspectivas por Miguel Capella Martínez y Antonio Matilla Tascón, **Los Cinco Gremios Mayores de Madrid. Estudio crítico-histórico**, Madrid: Cámara de Comercio e Industria, 1957; Nieto Sánchez, **Artisanos y mercaderes...**, *op. cit.*; Jesús Cruz, **Los notables de Madrid ...**, *op. cit.*; y Guillermo Pérez Sarrión, “Intereses financieros y nacionalismo: la pugna entre mercaderes banqueros españoles y franceses en Madrid, 1766-1796”, **Cuadernos de Historia Moderna**, 7 (2008), pp. 31-72

⁶⁵ Nieto Sánchez, **Artisanos y mercaderes...**, *op. cit.*, p. 315.

⁶⁶ José A. Nieto Sánchez, **La organización social del trabajo en una ciudad preindustrial europea: las corporaciones de oficio madrileñas durante el feudalismo tardío**, Memoria de licenciatura inédita, Madrid: UAM, 1993, pp. 158-161.

cerradas”. Esta misma prohibición se extiende a las tiendas de modistas y bateras que, a mediados de siglo, proliferan en la ciudad.⁶⁷

El comercio de manufacturas no se agota, obviamente, en los Cinco Gremios. Hay una serie de establecimientos con dedicación a la venta de hierro nuevo (en bruto o trabajado), cristalerías, diamantes, loza, libros, madera, ferretería y quincallería, botones, ropa y menaje de segunda mano; un comercio de materias primas y productos semi-elaborados como la lana, el esparto y el carbón; y unas tiendas, especie de abacerías, que mezclan en su oferta manufacturas y comestibles. Estas son las 242 tiendas pertenecientes al llamado *gremio menor de joyería, mercería, especiería y droguería*, un título que sugiere competencia con dos de los Cinco Gremios, si no tenemos en cuenta que las tiendas del gremio menor no ocupan las demarcaciones de los mayores, no compiten en el tipo de artículos que comercializan, pero sobre todo que sus beneficios totales no alcanzan a los de las 49 del gremio mayor de paños, que de los cinco, es el que registra menores ganancias. En realidad, cada tendero no llega, de media, a los 3.000 reales anuales, lo que cuadra con otras evidencias que apuntan a que una parte de ellos son pobres, y con que su nombre más común fuese el menos pomposo de “tenderos de aceite y vinagre”.⁶⁸

En casi todas las tiendas de manufacturas o materias primas, sean de lujo o no, los trabajadores se reparten en tres categorías ocupacionales: mancebos, aprendices y criadas, cuyo número depende del tamaño del negocio. Las “criadas de la tienda” tienen como principal cometido alimentar a los mancebos y aprendices y mantenerles la ropa, aunque probablemente realizaran otras tareas auxiliares en el establecimiento. Los mancebos son los encargados de la tienda, en quienes los dueños delegan la dirección de aquélla y con los que a menudo establecen compañías. Caso muy distinto es el de los

⁶⁷ Las lonjas mayoristas no estaban agremiadas y se situaban en la plazuela del Ángel y las calles de Carretas, Atocha y Relatores: Larruga, **Memorias...**, *op. cit.*, tomo I, p. 93. Las ordenanzas de 1783, en *idem*, pp. 112 y ss.

⁶⁸ Así aparece consignado incluso en el Catastro de 1757. Algunos de los géneros de las tiendas de aceite y vinagre eran, aparte de estos dos referidos, azúcar, especias, hierbas, confituras, pastelillos finos, conservas, jaleas, frutos secos, aceitunas, alcaparras, legumbres, escabechados, huevos, queso, algodón en rama e hilado, papel de todo tipo, cubiertos, agujas, alfileres, hilos, corchetes, dedales, velas, quincallería, cintas de seda y plata, torzales, presillas, sedas, cartillas y catecismos, agujetas, guantes, gorros, ligas, calcetas, naipes, cañones para escribir, tinta, husos, ruecas, palos de teñir, vidriado ...: Larruga, **Memorias...**, *op. cit.* tomo I, pp. 354-61.

vendedores ambulantes, autónomos o por cuenta ajena, que por sí solos recorren las calles y plazas de la ciudad ofreciendo alfarería, artículos textiles, abalorios, gacetas, coplas y comedias, agujas, hilo y otros productos menudos, nuevos o usados, de que suelen estar compuestos los cajones de los buhoneros o “tiendezuelas volantes”. Por ejemplo, el de Isabel García en 1745 contiene hebillas blancas, doradas y de acero, papeles de alfileres, ligas manchegas y de seda ordinarias, cordones de seda, alfileteros, navajas, cajas, rosarios y unas tenazas.⁶⁹

En el comercio madrileño de manufacturas destaca una comunidad de mercaderes-fabricantes que moviliza más mano de obra que las tiendas de comerciantes, tratantes o tenderos. Suelen ser maestros artesanos que acumulan cierto capital y se embarcan en una producción de mayor escala que venden en sus propias tiendas, como, por otro lado, es común en casi todos los talleres y fábricas. En el ramo de la confección, el ejemplo más representativo es el *gremio de mercaderes de ropería*, más conocido como “roperos de nuevo”, especializados en la factura de prendas listas para llevar. Desde 1637, fecha en la que se separan del gremio de sastrería para formar una corporación independiente, sus tiendas aparecen ubicadas en la plaza Mayor y su entorno, concretamente en las calles de Amargura, Boteros, Postas, Toledo y Mayor –uno de cuyos portales se denomina el Portal de Roperos-. Las 43 familias que en 1757 componen el gremio son la cima empresarial de la confección en Madrid, como veremos en la parte II.

Por otro lado, los más de centenar y medio de prenderos (tratantes en ropa usada) y traperos registrados en el Censo de 1757, unidos a los 32 ropavejeros y 311 zapateros de viejo, dan fe de la importancia del reciclaje y comercio de artículos de segunda mano. Como señalé anteriormente, la plaza de Santa Cruz es un punto de reunión de zapaterías, sobre todo de viejo, a cuyos practicantes se conoce como los “zapateros de la Manzana de Santa Cruz”. Tanto éstos como los ropavejeros y prenderos dirigen su oferta a una demanda cuantitativamente notable que a su vez amplía el circuito de lo usado en el mercado popular del Rastro. Ellos son, por tanto, la punta del iceberg de un

⁶⁹ AHPM, prot. 24.797, f. 107: “Declaración de pobre de Isabel García”, 25 noviembre 1745. Isabel es natural de Ávila, está casada en terceras nupcias, probablemente con un ciego, y no tiene hijos. Sobre la importancia de la venta de buhonería en Europa, Laurence Fontaine, **History of Pedlars in Europe**, Londres: Polity Press, 1996. Para el Madrid del siglo XVII, María Dolores Ramos Medina, **Casas de negocios y comerciantes en el Madrid de los Austrias (1634-1700)**, Madrid: UNED, 2004.

sector que no es en absoluto marginal, como se ha demostrado para otras capitales europeas, y emplea un considerable número de trabajadores no cualificados de ambos sexos.⁷⁰

Otro canal de venta al público de las manufacturas son los propios obradores donde se procesan, que tradicionalmente funden industria y comercialización. De hecho, entre los artesanos, “tienda” es el término más común para referirse al obrador o taller. Estas tiendas son, por consiguiente, también fábricas y a menudo residencia de la familia artesana, salvo en industrias que requieren desplazamiento, como la cantería, o cuyo voluminoso instrumental, fuentes de energía e imperativos de tipo ambiental requieren que el trabajo de transformación se lleve a cabo en un espacio separado, como en el caso de las tenerías donde se realiza el curtido de las pieles.⁷¹ La mayor parte de la producción industrial, que se elabora con los medios artesanales tradicionales, sale de estos obradores, generalmente, de pequeño tamaño y descapitalizados, dirigidos por un maestro-cabeza de familia. A mediados del XVIII, hay en Madrid 83 oficios artesanos en los ramos del metal, construcción y mobiliario, textil y cuero, y una producción miscelánea que incluye impresores, peluqueros, maestros de hacer coches, arcabuceros y organeros, entre otros. Los efectivos de la industria rebasan a los del comercio de materias primas y manufacturas.⁷²

Una parte importante de los oficios artesanos se organiza en corporaciones llamadas, según su tipo, gremios, artes o comunidades. Más del 44 por ciento de los trabajadores censados en 1757 estaban integrados en alguna de estas corporaciones. Desde la instalación de la Corte, las autoridades reales se muestran interesadas en la formación de gremios, en parte para ampliar la base fiscal y en parte para mantener encuadrada a la población trabajadora. A comienzos del XVIII, lejos ya del ideal artesano de “desigualdad limitada”, la polarización social en la comunidad artesanal es un hecho.

⁷⁰ Miles Lambert, ‘Cast-off Wearing Apparell: The consumption and distribution of second-hand clothing in northern England during the long Eighteenth century’, **Textile History**, 35/1 (2004), pp. 1-26; el caso de Madrid, en V. López Barahona y J. A. Nieto Sánchez, ‘Dressing the Poor. The Provision of Clothing among the Lower Classes in Eighteenth-Century Madrid’, **Textile History**, 43/1 (2012), pp. 24-43. Para un contexto geográfico y cronológico más amplio, L. Fontaine (ed.), **Alternative Exchanges. Second-hand circulations from the sixteenth century to the present**, International Studies in Social History, 10, Oxford/Nueva York: Berghahn Books, 2008.

⁷¹ Zoffio Llorente, **Las culturas del trabajo...**, *op. cit.*, pp. 450-454.

⁷² Nieto Sánchez, **Artisanos y mercaderes...**, *op. cit.* pp. 328-329.

Algunos maestros prósperos controlan el acceso a las materias primas y copan los cargos gremiales. Hay, en el extremo opuesto, maestros que dependen de los encargos de otros colegas y maestros sin taller que trabajan como oficiales.⁷³

Paralela a la actividad agremiada, y atravesándola por varios puntos, existe una industria sumergida de producción doméstica dirigida por trabajadores y trabajadoras autónomos, que venden al público. Este tipo de industria es espacialmente apreciable en el sector textil desde el siglo XVI, haciendo competencia a los talleres agremiados. Entre sus actores principales están, por un lado, los propios oficiales, que hacen por su cuenta determinados encargos, contraviniendo las ordenanzas del gremio; y, por otro, los trabajadores extra-gremiales, en su mayoría mujeres, como las costureras, modistas, bateras, lenceras, escofieteras, calceteras, cinteras, etc., algunas de las cuales dirigen negocios prósperos. A mediados del XVIII hay un importante empresariado textil femenino y un asalariado muy abundante que opera tanto para los maestros gremiales como para estos otros empresarios y empresarias sin sujeción a ordenanzas. Sobre ello volveré en la II y III parte.

A partir de 1750, acompañando el aumento demográfico y la afluencia de familias aristocráticas, se produce un incremento de la demanda de manufacturas, que a su vez repercute en el comercio, el transporte y el mejoramiento urbanístico. El número total de artesanos se incrementa en un 55 por ciento hasta 1797. Crecen las industrias, tanto en la capital como en el entorno rural, y el capitalismo comienza a asentarse en el ámbito manufacturero. Estos cambios traen consigo nuevos agentes sociales. El Estado, embarcado ahora en una política de disolución del mismo marco gremial que había contribuido a consolidar, estimula el establecimiento de maestros independientes mediante subvenciones o franquicias, tal como refleja la Real Orden de 18 de junio de 1756. La Junta de Comercio es el organismo encargado de canalizar la concesión y seguimiento de estas ayudas, que son centrales en la política de sustitución de las importaciones y el consiguiente equilibrio de la balanza comercial. No obstante, como

⁷³ *Ibidem*, pp. 405-412. Algo similar ocurre en Lisboa, véase Nuno Luís Madureira, **Mercado e Privilégios. A Indústria Portuguesa entre 1750 e 1834**, Lisboa: Estampa, 1997, pp. 231 y ss.

señala José Nieto, la libertad de industria y comercio que favorecen las franquicias acaba por convertirse en un nuevo privilegio.⁷⁴

En la figura del *fabricante*, beneficiario de las franquicias, concurren no pocos artesanos extranjeros (flamencos, franceses, italianos) y catalanes, cuyo vínculo con la administración les capacita para poner el escudo de armas reales en las puertas de sus establecimientos. Entre 1745 y 1787 funcionan unas 40 de esas franquicias, la mayor parte dedicadas a los artículos de lujo textiles y de cuero. En algunas se produce una concentración de operarios en grandes talleres. Por ejemplo, en 1784, los hermanos Izquierdo mantienen uno de tirados de oro y pasamanos en la plazuela del Clavel con 88 operarios que surten a una tienda de la calle Mayor, mientras que en la de la plaza de la Cebada hay 96 empleados. No todos arrojan cifras de empleo tan altas, pero el promedio de los tiradores de oro es bastante elevado: 44 en cada uno de los nueve talleres de 1784.⁷⁵

El Estado absolutista favorece igualmente la creación, a partir de 1775, de las Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País, institución que reúne a los notables de la ciudad con el fin de promover las manufacturas. La Matritense funda varias fábricas en el Hospicio y otros internados como el Real Colegio de los Desamparados y el de Santa Isabel, articula redes de *putting-out* en la ciudad y su entorno rural, amén de una serie de escuelas-taller, diseminadas en los barrios de la capital, donde trabajan sobre todo niñas. El Fondo de Expolios y Vacantes también subvenciona fábricas textiles como la situada en la calle de Mira el Río, en el cuartel de Lavapiés, de la que asimismo dependen varias escuelas-taller en la capital y alrededores. Esta industria, y las transformaciones que trae consigo en el estatuto laboral de las mujeres, serán analizadas con detalle en la parte III.

La Casa Real, como vimos arriba, sostiene sus propias manufacturas. A las ya referidas de porcelanas y tapices, se suman la fábrica de la Moneda, la de Naipes, en la que hay 11 oficiales y 4 oficialas en 1700, y la de Salitre, elemento esencial para la elaboración

⁷⁴ Nieto Sánchez, *Artesanos y mercaderes...*, *op. cit.*, pp. 291 y 360-364.

⁷⁵ *Ibídem*, p. 364.

de la pólvora destinada al armamento militar.⁷⁶ Esta última se erige en el Portillo de Embajadores, en el extremo del arrabal meridional, y requiere una enorme cantidad de fuerza de trabajo, calculada en unos 1.500 hombres. Emplearse “en el salitre” es un recurso temporal para los varones de familias pobres, desde niños a ancianos. Muchos inmigrantes temporales recorren largas distancias para trabajar por un tiempo en esta fábrica, o incluso gentes de paso aprovechan sus estancias para sacar un jornal.⁷⁷ Por el contrario, la mano de obra femenina es mayoritaria en la fábrica de tabacos, de fundación más tardía (1790), ubicada asimismo en la calle Embajadores. En 1809 da empleo a 800 mujeres, subiendo en décadas posteriores hasta los tres millares.⁷⁸

Como otras capitales, ser sede de la Corte deja su impronta en la industria madrileña; de ahí que en ésta predominen unas calidades, las suntuarias; unas fases de transformación, las de acabado, y una rama de actividad, la construcción y el mobiliario. Lujo, acabado y construcción forman lo que José Nieto ha llamado la “tríada capitalina”.⁷⁹ Si juntamos estos tres niveles explicamos la proliferación de marmolistas, ebanistas, tallistas y ensambladores, tapiceros, doradores, etc. Una producción orientada a las elites urbanas, para las que se acondicionan lujosas residencias. La construcción reúne una serie de oficios especializados y gran cantidad de mano de obra no cualificada. Sólo en la erección del nuevo Palacio Real (1734-1765) se emplean unos 5.000 peones.⁸⁰ Son asimismo las elites urbanas las únicas consumidoras de coches, con sus tapicerías de seda y dorados, en cuya factura se ocupan 323 operarios a mediados de siglo, y las que destacan en la adquisición de relojes, pelucas, vidriado fino, pinturas, esculturas,

⁷⁶ Los oficiales y oficiales “de la estampa de los naipes” pleitean el 28 junio 1700 para que se les paguen los salarios: AHPM, prot. 14.408, f. 19.

⁷⁷ Las cifras de la fábrica de salitre, en AHN, Consejos, libros 1.369 f. 332 y 1.377, f. 570. Sus números se doblaban en determinadas coyunturas, como nos informa Joseph Townsend, **Viaje por España en la época de Carlos III (1786-1787)**, Madrid: Turner, 1988, p. 111. Por los expedientes de la policía de vagos sabemos que trabajar o haber trabajado “en el salitre” se considera un atenuante de la pena por vagancia.

⁷⁸ Sobre la fábrica de tabaco y sus trabajadoras, Claude Morange, “De manola a obrera (la revuelta de las cigarreras de Madrid en 1830. Notas sobre un conflicto de trabajo)”, **Estudios de Historia Social**, 12-13 (1980), pp. 307-321; Sergio Vallejo, “Las cigarreras de la Fábrica Nacional de Tabacos de Madrid”, en L. E. Otero y A. Bahamonde (eds.), **Madrid en la sociedad del siglo XIX**, vol. II, Madrid: UC, 1986, pp. 135-149; y Paloma Candela Soto, **Cigarreras madrileñas: trabajo y vida (1888-1927)**, Madrid: Tecnos, 1997.

⁷⁹ Nieto Sánchez, **Artesanos y mercaderes...**, *op. cit.*, p. 12.

⁸⁰ Francisco Javier de la Plaza Santiago, **Investigaciones sobre el Palacio Real nuevo de Madrid**, Valladolid: Universidad de Valladolid, 1975.

vajillas, joyas, cubiertos de plata, libros, espadas, así como vestidos y calzados lujosos con complementos de bordados, encajes, botones y cordones finos.

El textil, el cuero y el metal, que son, por este orden, los ramos con mayores efectivos después de la construcción y el mobiliario, también combinan las fases de acabado con la producción suntuaria. En Madrid se hila, se carda lana, se tiñe, se teje lienzo y seda, se trenzan el esparto y el cáñamo, pero la abrumadora mayoría en este ramo corresponde a los confeccionistas. Sólo en la sastrería se ocupan 1.369 personas, según el censo de 1757, a las que hay que sumar 184 en roperías y muchas más en los talleres sumergidos y la producción domiciliaria a que arriba hice mención, que se complementa con cordones y botones (106 operarios), pasamanerías (155), golillas (112), bordados (76), hilos de oro y plata (22). En la mayoría de las fábricas privilegiadas se juntan asimismo el lujo y el acabado, como vimos más arriba. El cuero sigue la misma tendencia. En Madrid se curten y zurran pieles –industria de larga tradición en la ciudad–, pero los efectivos de sus talleres se quedan cortos ante los 173 guarnicioneros y, sobre todo, los 900 zapateros de obra prima. Por su parte, el metal señala la primacía del lujo y el acabado en la preponderancia de los plateros, con 479 operarios en 1757, sobre el resto de los oficios del ramo (cerrajeros, doradores a mate, relojeros, batidores de oro, cuchilleros y espaderos, latoneros, estañeros, caldereros y herreros de grueso y menudo).

La industria es quizás, junto a las profesiones liberales, la que ocupa la mayor parte de la mano de obra especializada y formalmente cualificada que se ofrece en la ciudad, aunque también incorpora trabajo que no tiene reconocida cualificación, como el de las mujeres, o está en proceso de alcanzarla, caso de los aprendices. Pero no es el sector que absorbe los excedentes de mano de obra que arroja el campo castellano y engrosan la migración de la miseria hacia la capital. Sólo los jóvenes varones de estas familias depauperadas pueden aspirar, en el mejor de los casos, a entrar de aprendices en un taller o fábrica, lo cual no les exime de realizar determinadas tareas serviles que los sitúa en un punto equidistante entre el servicio doméstico y la instrucción profesional.⁸¹

⁸¹ J. C. Zofío Llorente, “Trabajo y socialización. Los aprendices en Madrid durante la segunda mitad del siglo XVI”, en E. Martínez Ruiz (dir), **Madrid, Felipe II y las ciudades de la Monarquía. Las ciudades: capitalidad y economía**, tomo II, Madrid: Actas, 2000, pp. 521-535.

A pesar de la notable actividad industrial, Madrid es sobre todo, como señalé al inicio del capítulo, una economía terciarizada, incluso si descontamos el comercio. La capitalidad lleva consigo una enorme cantidad de servicios administrativos que van desde el humilde cartero a los altos cargos del Estado pasando por la burocracia ministerial, unos 6.000 entre empleados de la administración central y municipal, y otros 3.000 dependientes de la Casa Real, a mediados de siglo, y con tendencia al alza.⁸² Los profesionales liberales (escribanos, abogados, médicos, profesores, periodistas, escritores) superan los 1.758 individuos en 1757. Estos son la cúspide de calificación formal y prestigio de una pirámide de servicios que incluye, en un escalafón inferior, a maestros de primeras letras, maestras de niñas, barberos sangradores, cirujanos, comadronas, enfermeras, boticarios, peluqueros, cómicos ...; y reposa en una extensa y variopinta base de oficios serviles y desvalorizados, en la que el servicio doméstico ocupa un lugar destacado. Sobre él volveré en la parte II.

No obstante, conviene no olvidar, como parecen hacer los censos del período, que en esta miscelánea de servicios no cualificados hay muchos realizados a pie de calle que son esenciales para el fluido desenvolvimiento de la vida urbana. Entre ellos destacan los relacionados con el acarreo y el transporte (arrieros, cargadores, mozos de cuerda, esportilleros, conductores de calesas y coches, mozos de mulas, mozos de carros, etc.). Rodado, a lomo o a pie, el transporte, junto a los servicios de limpieza, abasto de agua y alumbrado de calles, utiliza una importante porción de mano de obra masculina. Por otro lado, los varios cientos de posadas secretas y conventillos, último escalafón de los servicios de hospedaje en la capital, son un recurso para hombres y mujeres que cuentan con viviendas de más de una habitación. El lavado de ropa da empleo a una miríada de mujeres pobres, como veremos pronto. Por último, en la base de la pirámide de servicios se halla la prostitución, visible en los espacios públicos cuando la ejercen

⁸² Jesús Espinosa Romero *et al*, “Consolidación y límites de la ciudad en el siglo XVIII”, en V. Pinto & S. Madrazo (dirs), **Madrid. Atlas histórico...**, *op. cit.*, p. 198. Véase también Ángel Bahamonde y Luis Enrique Otero, “Madrid, de capital imperial a región metropolitana. Cinco siglos de terciarización”, **Papeles de Economía Española**, 18 (1999), pp. 18-30.

mujeres sin recursos, a veces como complemento de empleos que no dan para mantenerse.⁸³

Construcción y servicios no cualificados, especialmente el servicio doméstico, son, por consiguiente, los dos ámbitos de actividad que absorben los mayores excedentes de mano de obra. Para los inmigrantes que llegan en busca de empleo, el acceso a este mercado de trabajo se realiza por varias vías. Lo más frecuente es que los ya establecidos en la ciudad hagan de cabezas de puente para parientes o paisanos, que normalmente se incorporan a los mismos oficios. El caso de los aguadores asturianos es paradigmático.⁸⁴ Pero también hallamos multitud de varones asturianos y gallegos entre los mozos de las Caballerizas reales o nobiliarias, los criados de estas casas, los mozos de las tahonas y de los puestos del mercado. No sólo las redes familiares, sino también el paisanaje –a menudo interconectados– estructuran la reproducción de los oficios. En las tiendas de los Cinco Gremios Mayores, casi todos los mancebos son del mismo origen que sus amos, al igual que en las roperías.⁸⁵

Hay otras vías de acceso al mercado de trabajo cuando se carece de este capital social, como acudir a ofrecerse a las plazas de Santa Cruz o la Cebada, si se busca empleo de peón, criado, mozo de cuerda, criada o nodriza; recurrir a agencias de colocación, función que a menudo desempeñan intermediarios informales como las tabernas, bodegones y personas particulares que pueden ser incluso pobres del Hospicio. En 1782 uno de éstos le ofrece a Manuela de Coca, soltera de 50 años, encontrarle otro “acomodo” después de dejar la casa en la que había servido.⁸⁶ Desde 1758, otro

⁸³ Hay abundantes referencias a la prohibición de la prostitución durante los años de la guerra de Sucesión; véase, por ejemplo, AHN, Consejos, libs. 1.289, f. 155, y 1.292, f. 116. En la segunda mitad del XVIII hay una concentración de prostíbulos populares en la calle de San Antón (cuartel de Barquillo) y también se menciona el barranco de Lavapiés.

⁸⁴ Sobre este oficio y la inmigración asturiana en la corte, Juan Jiménez Mancha, **Asturianos en Madrid. Los oficios de las clases populares (Siglos XVI-XX)**, Gijón: Muséu del Pueblu d’Asturies, 2007, esp. cap. II. Las plazas de aguador, unas 900, se compraban. Por ejemplo, en 1791, el asturiano Juan del Cueto, casado en su tierra, ha pagado nada menos que 1.000 reales por la suya: AHPM, prot. 24.823, f. 21: “Testamento otorgado por Juan del Qüeto”, 3 febrero 1791. Fuera de la cofradía de los aguadores asturianos, también hay mujeres que ejercen esta ocupación, como Blasa María González, natural de Madrid, viuda sin hijos, que en 1748 posee una plaza de aguadora en la fuente de las Recogidas: AHPM, prot. 24.797, f. 187: “Declaración de Blasa María González”, 9 agosto 1748.

⁸⁵ Juan Carlos Sola Corbacho, “El papel de la organización familiar en la dinámica del sector mercantil madrileño a finales del siglo XVIII”, **Historia Social**, 32 (1998), pp. 3-21.

⁸⁶ AHN, Consejos, leg. 39.821, exp.5.

importante canal para conectar oferta y demanda de empleo es el *Diario Oficial de Avisos de Madrid*, que contiene secciones específicas para anuncios de este tipo, en los que normalmente se hace referencia a una tercera persona o establecimiento donde se “dará razón”.⁸⁷

El problema es que, hacia 1780, a pesar del crecimiento industrial, la estructura productiva de Madrid se estanca, apenas hay innovación técnica e inversión, y el aumento de “los hijos de la miseria” conduce a que la demanda de puestos de trabajo supere la oferta, incluso en los sectores que tradicionalmente la habían absorbido, como la construcción y el servicio doméstico, lo cual hincha las bolsas de subempleo y desempleo, especialmente en los barrios más pobres de la capital.

Puede decirse que, en la segunda mitad del Setecientos, se ha consolidado un mercado laboral fragmentado por diferencias de cualificación, donde el obrero especializado conforma un núcleo de empleo relativamente estable, medianamente remunerado y socialmente reconocido; por contra, el trabajador “a lo que salga” se agrupa en una periferia de empleo inestable, escasamente retribuido y socialmente desvalorizado. En realidad, no se trata de un mercado, sino de varios mercados de trabajo. Ya vimos que la Casa Real genera el suyo propio, al igual que los gremios y los colegios profesionales. Hay, por tanto, un sector formal del mercado de trabajo, regulado por instituciones estatales y laborales, y un sector informal, laboralmente no regulado pero socialmente controlado.⁸⁸ Por otro lado, el mercado de trabajo “libre”, compuesto por individuos no sometidos a servidumbre y esclavitud, se solapa con el mercado de trabajo “no libre” que representan las personas esclavizadas y penadas. Aunque este último sea de tamaño más reducido que el primero, presentan puntos de conexión, como veremos en la parte III. La posición social, el sexo y la edad marcan todas estas líneas de fragmentación, de modo que las mujeres y los campesinos pauperizados poseen mayor peso en la periferia del mercado laboral y su sector informal, así como una mayor importancia relativa en el trabajo forzado. La estructura ocupacional revela asimismo una segregación por líneas

⁸⁷ Sarasúa, **Criados, nodrizas...**, *op. cit.*, p. 65.

⁸⁸ Lo que José Nieto pone en términos de “dualización” en “La formación de un mercado de trabajo dual: las artesanas madrileñas en la Edad Moderna”, en P. Díaz, G. Franco y M. J. Fuente, **Impulsando la historia desde la historia de las mujeres. La estela de Cristina Segura**, Huelva: Universidad de Huelva, 2012, pp. 269-278.

de género, más destacada a medida que avanza el siglo, con la presencia de sectores y oficios considerados femeninos o masculinos.

Industria rural y demanda urbana

El campo es el lugar del sector primario por excelencia, ya que casi todo el peso de su economía recae en las actividades agrícolas y ganaderas. Más arriba vimos cómo las localidades de la Tierra de Madrid se hallan mediatizadas por sus obligaciones con la Villa y Corte, a través del Pan de Registro y otras cargas que protegen el abastecimiento de la urbe. Los campesinos, sin embargo, disponen de formas de abastecimiento propias, y la abundancia de materias primas facilita el desarrollo de una modesta industria que se dirige en parte al autoconsumo y en parte al mercado. Debemos tener en cuenta, como señalábamos en el capítulo primero, que el 60 por ciento de los habitantes del territorio cercano a Madrid no son dueños de los predios que trabajan, lo que les obliga a buscar ingresos complementarios, máxime cuando se privatizan los recursos colectivos tradicionales, comunales y propios, pues ambos tan sólo equivalen al 5 por ciento de la extensión del alfoz.⁸⁹

Los estudios sobre la protoindustrialización han puesto de relieve las ventajas comparativas que ofrecían las zonas dedicadas a la agricultura para acoger el sector industrial, ya que los periodos de baja actividad agraria liberan manos, mientras que el ganado exige dedicación continua.⁹⁰ En las tierras de labor del entorno rural madrileño se compagina el cultivo de alimentos con el de materias primas que luego se transforman en productos industriales. Por ejemplo, en el sudeste de la actual provincia de Madrid, el cultivo del cáñamo se alterna en las tierras de regadío con cereales y legumbres. En tierras menos fértiles, como las del señorío de Buitrago, se especializan

⁸⁹ López García (dir), **El impacto de la Corte...**, *op. cit.* pp. 174 y 255-257.

⁹⁰ El concepto de protoindustrialización fue acuñado por Franklin Mendels, "Proto-industrialization: the first phase of the industrialization process", **Journal of Economic History**, XXXII (1972), pp. 241-261. Su aplicación práctica, en Peter Kriedte, Hans Medick y Jürgen Schlumbohm, **Industrialización antes de la Industrialización**, Barcelona: Crítica, 1986. El debate posterior, en el monográfico de la revista **Continuity and Change**, 8/2 (1993). Y para una segunda ola de estudios proto-industriales, Sheilagh Ogilvie & Markus Cerman (eds.), **European proto-industrialization**, Cambridge U. P., 1996. Un enfoque específico sobre el trabajo femenino en este contexto, Gay L. Gullickson, "Amor y poder en la familia protoindustrial", en Maxine Berg (ed.), **Mercados y manufacturas en Europa**, Barcelona: Crítica, 1995, pp. 184-209.

en el lino, mejor adaptado a ese tipo de suelo.⁹¹ Las dos zonas referidas ilustran las relaciones entre estructura agraria y dedicación industrial. En las 31 aldeas del señorío de Buitrago, perteneciente al duque del Infantado, el 57 por ciento de la tierra pertenece a los concejos y al Común de la Villa y Tierra. Las ordenanzas del Común respetan el cultivo de los linajes y éste se realiza en los terrenos de aprovechamiento colectivo donde su riego tiene preferencia. Por el contrario, en las Vegas del Tajo y Tajuña, es la pobreza derivada de la carencia de tierras y recursos comunales lo que arrastra a los campesinos a la industria del esparto.⁹²

La abundante cabaña ovina que pasta en las cercanías de Colmenar Viejo facilita que esta localidad se convierta, al menos desde el siglo XVII, en uno de los principales centros pañeros del entorno rural madrileño y que posea una importante industria de curtido y zapatería.⁹³ La pañería basta también se desarrolla en Getafe, San Sebastián de los Reyes, Las Rozas, Fuenlabrada, Leganés y los pueblos de señorío de Colmenar de Oreja y Chinchón, localidad esta última de donde procede el paño con que se visten muchos trabajadores madrileños.⁹⁴ A su vez, los mataderos de Madrid, donde se sacrifican al día millares de carneros, ofrecen a estas pañerías y a los curtidos una fuente alternativa de materia prima. Otros artículos textiles del entorno rural son la lencería de Pinto y los estambres de Rejas. Pero la manufactura rural no se agota en el textil. Los lugares de Alcorcón, Cadalso de los Vidrios, Valdemaqueda y San Martín de Valdeiglesias se dedican a la alfarería. En Vallecas, Vicálvaro, Barajas, Meco, Las Rozas, Majadahonda y Ajalvir hay una importante producción panadera. A las curtidurías de Colmenar Viejo hay que añadir las de Alcobendas, Pozuelo de Alarcón, Colmenar de Oreja, Getafe y Móstoles; y en los dos Carabancheles se instalan fábricas de jabón.⁹⁵

⁹¹ Grupo' 73, **La economía del Antiguo Régimen. El señorío de Buitrago**, Madrid: UAM, 1973, pp. 113-121.

⁹² Nieto, **Artesanos y mercaderes...**, *op. cit.*, pp. 389-392; Luisa Utanda Moreno, **Geografía agraria de la comarca "Las Vegas"**, Aranjuez: Ediciones Doce Calles, 1996.

⁹³ Félix Asenjo Sanz, **Aproximación a la historia de la industria textil rural. Colmenar Viejo en el siglo XVIII**, Ayuntamiento de Colmenar Viejo, 1984.

⁹⁴ Son numerosas las referencias al paño de Chinchón en los ajueres de los varones que dictan sus últimas voluntades en el Hospital General, especialmente referido a prendas exteriores como capas, calzones y chupas.

⁹⁵ Para la mayoría de estas actividades, Alejandro Peris Barrio, **La artesanía en la provincia de Madrid: evolución histórica y localización espacial**, Madrid, tesis doctoral inédita, UCM, 1988; y López García (dir.), **El impacto de la Corte...**, *op. cit.*, pp. 421-435.

El grueso de esta producción sale de pequeñas unidades domésticas a través de unas pautas de división del trabajo que inclina la dedicación de las mujeres hacia las manufacturas y la de los hombres hacia la comercialización de las mismas durante los tiempos muertos del trabajo agrario en mercados y ferias. Se trata de una industria independiente en la que la unidad doméstica asume la producción y la distribución o bien vende aquélla a un comerciante (*Kaufsystem*). En Alcorcón, las mujeres se colocan al frente de los hornos, incluso utilizando el trabajo asalariado de otras vecinas. Sus maridos alternan la agricultura con la venta de la cerámica en Madrid.⁹⁶ En la pañería, ambos sexos participan en la producción, aunque mediante una división de tareas que asigna a las mujeres la preparación de la lana, el cardado e hilado, mientras los hombres tejen y abatanan. En el lino, ellas se ocupan del cultivo, empozado y preparación de la hilaza (machacado, espadado, rastrillado) e hilado final, en tanto que el tejido es realizado por los maestros de Buitrago, Braojos, Garganta y La Hiruela.⁹⁷ En el esparto y el cáñamo, la hilaza es tarea femenina y la distribución cosa de hombres. Cuando el volumen de producción aumenta, la unidad doméstica incorpora trabajadores asalariados. En este caso hablamos de un *Kaufsystem* desarrollado que genera redes más o menos extensas de *Verlagssystem* o *putting out*, generalmente dentro del propio vecindario y en lugares próximos. En otros sectores, la segregación de tareas es menos nítida, como en la panadería de Vallecas donde hombres y mujeres acuden a los hornos.

Una parte de esta producción rural se destina al mercado capitalino, a unos precios inferiores a los urbanos, pese a apear con los gastos de transporte y los derechos aduaneros exigidos a la entrada de la ciudad. Sin duda, el bajo coste de la mano de obra contribuye a ello. Así, por ejemplo, en 1682, María Cabello, vecina de Rejas, elabora junto a su hija estambres para vender en Madrid, a 8 y 9 reales la libra, mientras que los laneros urbanos lo hacen a 14 o 15.⁹⁸ Los artesanos madrileños acusan la competencia de los productores rurales, de ahí que las ordenanzas de los gremios extiendan su

⁹⁶ V. López Barahona y J. A. Nieto Sánchez, "Industria doméstica y demanda cortesana: el vidrio de Alcorcón en la Edad Moderna", en **Actas del II Congreso del Instituto de Estudios Históricos del Sur de Madrid "Jiménez de Gregorio"**, Madrid: Instituto de Estudios Históricos del Sur de Madrid "Jiménez de Gregorio", 2004, pp. 169-176.

⁹⁷ Grupo'73, **La economía del Antiguo Régimen...**, *op. cit.*

⁹⁸ Nieto Sánchez, **Artesanos y mercaderes...**, *op. cit.*, pp. 245-46.

jurisdicción al Rastro de la Corte, lo que les capacita para visitar los talleres de sus localidades. Esta intrusión genera tensiones a lo largo de los siglos XVII y XVIII, ya que los campesinos se resisten a plegarse a las condiciones de las corporaciones urbanas y persisten en la venta directa de sus artículos en el mercado capitalino. De hecho, el estímulo de la demanda madrileña lleva a algunos agentes mercantiles de las propias localidades industriales a acaparar el producto local, con ventaja en la fijación de precios para el mercado madrileño. Esto se produce, por ejemplo, en los pueblos donde se trabaja el esparto, que suministran al gremio de esparteros de Madrid.⁹⁹

Es la demanda de la ciudad la que explica el crecimiento de las modestas pañerías de Getafe, Colmenar Viejo, Las Rozas, Chinchón y Colmenar de Oreja, las alfarerías de Alcorcón así como industrias más alejadas, como la manchega de calcetas, medias y gorros, o la sedera de Toledo, que consigue expandirse a partir de 1730 gracias al privilegio de poder vender sus géneros al por mayor y menor en Madrid.¹⁰⁰ Los productores rurales, con raíces en la arriería o la venta ambulante, están al corriente de las fechas y el funcionamiento de los mercados locales. Como vimos más arriba, la feria de San Mateo, en la plaza de la Cebada, atrae a los esparteros y vidrieros, habituales de los mesones cercanos que les sirven de almacenes. Otras ferias importantes son las de Buitrago, donde se venden frisas, lino y reses vacunas; la de Ocaña, que da salida a los paños de Chinchón; y la de Valdemoro, que, a mediados del Setecientos se ha convertido en un mercado internacional al ser la puerta de entrada de los paños de más consumo en la capital. Los mercaderes de Madrid también acuden a esta feria junto a los intermediarios catalanes y las compañías francesas establecidas en dicha localidad.¹⁰¹

Los privilegiados no se muestran inclinados a proteger o favorecer las industrias de sus vasallos, excepto si ven una veta de ganancia en los arrendamientos de molinos u otros medios de producción, como en el caso de la jabonería de Aravaca, Leganés, Getafe y Chinchón en la primera mitad del siglo XVIII, que reporta sustanciosos beneficios a la

⁹⁹ *Ibídem*, p. 251.

¹⁰⁰ Larruga, **Memorias...**, *op. cit.*, tomo I, p. 176 y tomo VII, p. 291.

¹⁰¹ Desde 1727, el mercado madrileño se convierte en uno de los más importantes para las fábricas textiles catalanas. Véase Jaume Torras Elias, **Fabricants sense fàbrica. Els Torelló, d'Igualada (1691-1794)**, Vic: Eumo Editorial, 2006, pp. 159-192.

Casa de Campo Alange.¹⁰² Es el Estado, a través de la Junta de Comercio, el que, a partir de 1680, toma una serie de medidas para atajar los problemas que aquejan a las industrias locales. Uno no menor es la salida masiva de lana basta destinada al mercado exterior, que a finales de la centuria anterior acusan sobre todo los tejedores de jerga de Getafe, así como los pañeros de Colmenar Viejo, donde un centenar de hilanderas elevan una queja a dicha Junta por esta extracción de lana. Hacia 1730 los pañeros de esta localidad y los de Colmenar de Oreja reciben subvenciones consistentes en la exención de oficios y cargas concejiles, alojamientos, quintas y relevos de tropas así como un trato judicial preferente.¹⁰³

Las subvenciones más sustanciosas, sin embargo, van a parar a los agentes mercantiles, asentistas y grandes fabricantes foráneos, para la erección de las llamadas *manufacturas centralizadas*, que requieren gran inversión en capital fijo. En éstas se da una concentración productiva que intenta evitar el desfalco de materias primas por los tejedores domésticos y alejar a éstos de las obligaciones agrícolas que dificultan el rápido cumplimiento de los encargos. Las primeras protofactorías de este tipo, dedicadas a las pañerías de alta calidad, se fundan a comienzos del XVIII por iniciativa de particulares que se han destacado en el apoyo económico a la causa de Felipe V. Es el caso de José Aguado, director de una compañía de víveres, al que se concede la gestión de una fábrica de paños finos en Valdemoro, su localidad natal y miembro de su oligarquía. En 1712 emplea a 476 artesanos en 34 telares, casi un tercio de los habitantes de la villa. Un caso similar es el del navarro Juan de Goyeneche, tesorero del ejército con experiencia en los asientos y contratos militares. En 1710 establece en La Olmeda de la Cebolla, donde había una pañería de autoconsumo local, una manufactura que, nueve años después, ocupa a más de 800 hombres, mujeres y niños. En 26 telares elaboran paños finos, sombreros y ante destinados al ejército, para evitar su importación. En 1715, Goyeneche construye todo un núcleo industrial en un lugar próximo a La Olmeda, al que llamaría Nuevo Baztán en recuerdo a su lugar de origen. En él se erigen las dependencias fabriles y las viviendas de los operarios. Abre, además,

¹⁰² Mauro Hernández Benítez, **A la sombra de la Corona. Poder local y oligarquía urbana (Madrid, 1606-1808)**, Madrid: Siglo XXI, 1995, pp. 133-137.

¹⁰³ Larruga, **Memorias...**, *op. cit.*, tomo IX, pp. 216-220.

una tienda en Madrid, en su residencia de la calle Alcalá, donde vende los productos manufacturados.¹⁰⁴

Estas experiencias coinciden en el tiempo y en problemas con la Real Fábrica de Paños de Guadalajara, la gran realización estatal del XVIII en Castilla. Las que hemos citado arriba languidecen tras la muerte de sus fundadores, pero otros agentes ajenos a la comunidad rural, especialmente asentistas, mercaderes, miembros de la nobleza y la burocracia cortesana, se introducen en las industrias del cuero, el jabón y el textil. En 1746 se funda la *Compañía de Curtidos de Pozuelo*, que emplea a 95 trabajadores y hace fuertes inversiones en norias y molinos de corteza. En Carabanchel Bajo, los Cinco Gremios Mayores, que monopolizan el abasto de sebo capitalino, poseen una imponente fábrica de jabón que abastece la ciudad y gran parte de Castilla y Galicia. En Carabanchel Alto, Cabarrús regenta otras dos jabonerías. Mas la inversión no se agota en las cercanías de Madrid. La *Compañía de Mercaderes de la Puerta del Sol* se introduce en la industria del encaje del Campo de Calatrava, con 3.730 encajeras a sus órdenes, de la que toma el relevo, a comienzos del XIX, el catalán Félix Torres. La *Compañía de Lonjistas*, además de dirigir el *Verlagssystem* del alfoz toledano, comienza a administrar en 1785 la fábrica textil de Valdemoro, que fuera fundada por José Aguado, solo que ahora produce artículos de seda, lana, lino, hilo, estambre y un producto nuevo, el algodón. Los fabricantes catalanes José Solernou y Lorenzo Guarro regentan molinos papeleros en Orusco y Ambite, dos localidades de la ribera del Tajuña.

En la segunda mitad del XVIII la industria rural se expande. El incremento de la demanda de construcción en la corte da un empujón al empleo de multitud de trabajadores no especializados en Coslada, Getafe, Rivas, Velilla, Villaverde y Vicálvaro, donde se produce piedra y yeso que son transportados a la capital. Pero es Fuenlabrada, localidad especializada en los paños de jerga, donde la industria rural alcanza su máxima expresión, ya que, a pesar de lo rudimentario de sus herramientas, a fines del reinado de Carlos III arroja una producción de 193.500 varas de paño anuales, haciéndose un hueco en el *ranking* pañero nacional. Esta producción viene avalada por

¹⁰⁴ Nieto Sánchez, *Artisanos y mercaderes...*, *op. cit.* pp. 258-260.

el número de operarios: 258 mujeres y 215 hombres, que se dedican a hilar, escarmenar y hacer canillas para los 43 telares corrientes, de modo que en 1787 la pañería da sustento al 32 por ciento de los fuenlabreños.

Sin embargo, tanto ésta como las industrias textiles de Colmenar Viejo y Chinchón van decayendo a medida que avanza el siglo. Mientras los mercaderes salvan el cuello de botella del abastecimiento, los productores domésticos siguen con los mismos problemas derivados de la exportación masiva y acaparamiento de la lana por una minoría de tratantes y fabricantes. En circunstancias de crisis agrarias y comerciales, los ingresos de los pequeños productores disminuyen, se ven obligados a acudir al préstamo y caen en la dependencia de los mercaderes. Estos problemas explican que, en 1773, la duquesa del Infantado fundase el Monte de Piedad de Colmenar Viejo, destinado al alivio y socorro de los vecinos, en especial los dedicados a la pañería. La crisis finisecular supone un cambio dramático para la industria rural, que se ve sacudida por los efectos de las transformaciones manufactureras de algunos países europeos, la industrialización catalana y la caída en picado del suministro de lana entre 1800 y 1830.

En el campo conviven, por tanto, una producción doméstica mayoritaria de *kaufsystem* y unas fábricas semi-centralizadas y privilegiadas que requieren una importante inversión de capital fijo. Las mujeres representan más de la mitad de la fuerza laboral de estas industrias, especialmente en la alfarería, el esparto y el cáñamo y el textil. En este último ramo, la hilatura es la fase del proceso productivo más exigente en mano de obra, dada la ausencia de mecanización y tratarse de una actividad mayoritariamente femenina.¹⁰⁵

Cap. 3. Familia, oficio y gremio: la organización social del trabajo

Al igual que en el campo predomina la pequeña industria de base doméstica, en la ciudad, como adelanté en el capítulo 2, la mayor parte de la producción y la distribución

¹⁰⁵ Carmen Sarasúa en “El peso de las manufacturas en la estructura del empleo española del siglo XVIII”, **XI Congreso Internacional de la AEHE** (Madrid, septiembre 2014) demuestra la importancia cuantitativa de la actividad femenina en la industria rural de Castilla-La Mancha, lo que desdibuja la idea tradicional sobre el abrumador predominio del sector primario en esta región. Lo mismo se puede aplicar a la industria rural madrileña.

de mercancías tiene lugar en talleres y tiendas de tamaño reducido. Esta actividad está sujeta a regulación administrativa, especialmente en el aspecto fiscal. Los productores directos conservan cierto grado de autonomía en cuanto a la propiedad de los medios de producción, incluidos los conocimientos y destrezas, así como el control sobre el proceso de trabajo y el mercado laboral. En la industria, que se mantiene a nivel puramente artesanal, las operaciones de transformación y la transmisión de las habilidades técnicas se rigen por unos usos y costumbres, históricamente desarrollados, que Fernando Díez llamó la “estructura de oficio”, con su jerarquía de tres grados básicos: aprendizaje, oficialía y maestría. Cuando dicha estructura de oficio adquiere forma jurídica, a través de la redacción de unas ordenanzas y la sanción de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte, se transforma en gremio o corporación, una más de las muchas que componen la sociedad feudo-corporativa del Antiguo Régimen. El gremio, expresión positiva del oficio, dota a éste y sus integrantes de una identidad en la esfera pública, adquiere funciones ceremoniales y de representación en los eventos ciudadanos, así como el derecho a controlar y vigilar toda actividad desarrollada dentro de su marco de competencia profesional, en un área jurisdiccional que, en Madrid, traspasa la cerca de la ciudad, como hemos visto en el capítulo anterior. No obstante, algunos gremios sólo se reconocen como instituciones encargadas de la recaudación y pago de impuestos, y con poder para actuar judicialmente como colectivo (artes, comunidades, colegios, cabildos ...).¹⁰⁶

Los primeros estudios sobre la industria en Madrid en el siglo XVIII tomaron como base documental las ordenanzas gremiales, la cara más visible de los oficios.¹⁰⁷ A partir de la década de 1990, una nueva corriente de investigación sobre el mundo del trabajo preindustrial, sustentada en la exploración y contraste de otras fuentes, advertía del peligro de confundir gremio y oficio, norma y práctica: ni todas las actividades industriales se agremiaban, ni todos los artesanos de un oficio agremiado se incorporaban a él, ni siempre la práctica de la corporación se acoplaba a sus ordenanzas.

¹⁰⁶ Fernando Díez, **Viles y mecánicos. Trabajo y sociedad en la Valencia preindustrial**, Valencia: Alfons el Magnànim, 1990.

..., *op. cit.*, pp. 13 y 35-37; y Nieto Sánchez, **La organización social del trabajo**..., *op. cit.*, pp. 39-42.

¹⁰⁷ Por ejemplo, Miguel Capella Martínez, **La industria en Madrid. Estudio histórico crítico de la fabricación y artesanía madrileñas**, 2 vol., Madrid: Artes gráficas y ediciones, 1962; y Ángel López Castán, “El arte de guadamacileros de Madrid en el siglo XVI. Estudio histórico artístico y jurídico de su organización corporativa”, **Boletín del Museo e Instituto “Camón Aznar”**, XVI (1986), pp. 89-101.

Desde esta otra perspectiva se hacía asimismo más visible el inextricable vínculo de oficio y familia, pues de ésta, a diferencia del gremio, no se puede prescindir para la realización y reproducción de aquél.¹⁰⁸ El análisis de las relaciones entre el oficio y el gremio desenterró el rol de la unidad familiar como el tercer pilar de la organización social del trabajo. La imbricación de estos tres niveles institucionales –familia, oficio y gremio- tenía su plasmación material en la unidad espacial -o funcional- que constituía la casa-taller-tienda del artesano en muchos oficios. Esta diferenciación analítica nos ayuda a penetrar en el engranaje de la organización de la producción y es crucial para ubicar el trabajo femenino en ella.

No obstante, el concepto de familia que debemos aplicar en este contexto no es tanto el de vínculos de consanguinidad como el de conjunto de personas que un cabeza de familia mantiene en su casa, tal como lo entendían los contemporáneos; conjunto que solía incluir también a no parientes.¹⁰⁹ En los siglos modernos, la casa estaba a menudo ligada a la explotación de unos recursos propios, agrarios en el medio rural, industriales o comerciales en el urbano. De hecho, *casa* era el término común en la España moderna para nombrar la empresa o negocio, en la mayoría de los casos familiar. En inglés hay dos palabras para diferenciar la casa como espacio físico de residencia (*house*) y como unidad cooperativa vinculada a unos recursos (*household*). En castellano, casa posee ambos sentidos. Dado que es este último el que interesa resaltar, opto por singularizarlo en el concepto de *unidad doméstica*.¹¹⁰ Por ésta entendemos una unidad económica cooperativa, que tiene por finalidad la satisfacción de las necesidades físicas y

¹⁰⁸ Algunos trabajos pioneros han sido los ya citados de Díez, **Viles y mecánicos...**; y Nieto Sánchez, **Artisanos y mercaderes...**; a los que cabe añadir Juan Carlos Zofio Llorente, **Gremios y artesanos en Madrid, 1550-1650. La sociedad del trabajo en una ciudad cortesana preindustrial**, Madrid: CSIC/Instituto de Estudios Madrileños, 2005; Jaume Torras Elías, “Gremio, familia y cambio económico. Pelaires y tejedores en Igualada, 1695-1765”, en J. Nieto y V. López (eds.), **El trabajo en la encrucijada. Artesanos urbanos en la Europa de la Edad Moderna**, Madrid: Libros de la Catarata, 1996, pp.115-133; y Juanjo Romero Marín, “La Maestría Silenciosa: Maestras artesanas en la Barcelona de la primera mitad del siglo XIX”, **Arenal**, 4/2 (1997), pp. 275-294.

¹⁰⁹ Según el diccionario de Sebastián de Covarrubias (año 1611), familia “en común significación vale la gente que un señor sustenta dentro de su casa, de donde tomó el nombre de padre de familias (...) Y debaxo desta palabra familia se entiende el señor y su muger, y los demás que tiene de su mando, como hijos, criados, esclavos”; aunque también incluye la acepción de consanguinidad: quienes “pertenecen a una misma sangre por rama masculina”.

¹¹⁰ Paulino Iradiel Murigarren, para otro marco cronológico, lo llama “agregado doméstico”, una “unidad de residencia y de consumo que podría funcionar también como unidad de producción”: “Familia y función económica de la mujer en actividades no agrarias”, **Coloquio Hispano-francés sobre la condición de la mujer en la Edad Media**, Madrid: Ediciones de la Universidad Complutense, 1986, pp. 223-259.

emocionales de sus miembros, y se caracteriza por ciertas desigualdades o desequilibrios de poder entre generaciones y sexos.¹¹¹

Además de económico, la unidad doméstica es un ámbito político, donde la máxima autoridad recae en el varón, cabeza de familia y subsidiariamente, o en su defecto, en la mujer. En el mundo artesanal, la imbricación de unidad doméstica-oficio-gremio está representada en la figura del padre de familia, quien, además de este título, ostenta el de maestro del oficio e individuo del gremio, en su caso. Y es a través de él como el resto de los miembros de la unidad doméstica adquieren una identidad colectiva, que queda ligada a los derechos de acceso a unos recursos productivos (local, herramientas, conocimientos, materias primas, mano de obra, capital). Cuando se carece de todos o parte de estos recursos, como sucede a buena parte de los trabajadores urbanos aun en el sector artesanal, también hablamos de unidad doméstica, ya que en ella sigue habiendo una cooperación dirigida a la satisfacción de unas necesidades comunes, y la carencia de medios de producción no la despoja de sus funciones económica y política. En todo caso, cabe distinguir entre *unidades domésticas independientes*, dirigidas por un trabajador autónomo o empresario (fabricante o comerciante), y *unidades domésticas dependientes* cuando están encabezadas por un asalariado, por ejemplo, un oficial, mancebo, criado o jornalero. En el primer caso, la unidad doméstica lo es de producción y consumo; en el segundo, estamos ante una unidad de consumo que puede a la vez producir para el autoabastecimiento y por cuenta ajena para el mercado, como sucede entre los trabajadores domiciliarios del *putting out system*, que operan en sus casas con el concurso de otros miembros de su familia.¹¹²

Conviene tener en cuenta, sin embargo, que la unidad doméstica no es estática y uniforme, ya que cambia constantemente según los ritmos del ciclo generacional; y las necesidades y posibilidades de trabajo varían de acuerdo a los recursos materiales y sociales de que disponga.¹¹³ Generalmente, la unidad doméstica se funda sobre la

¹¹¹ Adopto la definición de Tine de Moor y Jan Luiten Van Zanden, “Girlpower: the European marriage pattern...”, *op. cit.*, p. 3.

¹¹² Kriedte, Medick y Schlumbohm, **Industrialización...**, *op. cit.*, pp. 65-113.

¹¹³ Stuart Woolf, “The Southern European Family Again. Some Perspectives of Research”, en F. Chacón Jiménez y Ferrer i Alós (eds.), **Familia, casa y trabajo**, Universidad de Murcia / Seminario Familia y élite de poder en el Reino de Murcia. Siglos XV-XIX, Murcia, Universidad, 1997, pp. 37-47.

familia nuclear –matrimonio con o sin hijos-; pero no es despreciable el número de las encabezadas por solteros, viudos, parejas de hermanos e incluso personas no emparentadas. En Madrid, la composición estándar de una unidad doméstica independiente dentro del artesanado es la que integra al matrimonio, los hijos, los aprendices, uno o dos criados asalariados y otros tantos no asalariados, entre los cuales suele haber huérfanos o viudas pobres en acogimiento. Este grupo de no asalariados los englobamos en el término “agregados”.¹¹⁴ La unidad doméstica pierde miembros cuando los jóvenes –sean hijos o agregados-, se emancipan o forman nuevas familias; pero puede incorporar otros en su lugar, ya sean criados o nuevos esposos tras la muerte de uno de los cónyuges. Si quien fallece es el marido, la viuda ocupa su lugar en la jefatura de la unidad doméstica hasta que contraiga nuevas nupcias o el hijo varón alcance la mayoría de edad.

Para entender la organización de la producción en la industria madrileña, es necesario ubicar a mujeres y hombres en la compleja unidad económica y social que es el marco doméstico. Dejo para otro capítulo la problemática de las unidades asalariadas, para centrarme en las que he llamado independientes, que son las principales protagonistas de la producción de bienes de consumo en la ciudad. Veamos, en primer lugar, bajo qué tipo de organización y relaciones laborales tiene lugar dicha producción.

Unidades domésticas y relaciones laborales en los oficios artesanos

Centrémonos en los oficios textiles, aunque el modelo no difiere mucho de otros ramos industriales, y partamos del ejemplo del maestro Felipe de la Cruz Ojeda, representativo de los pequeños talleres de sastrería. En agosto de 1740, su unidad doméstica se compone de él, su esposa, dos aprendices, una criada y un criado. Su única hija se ha casado y formado su propia familia. También ha tenido a un oficial, al que debe algún dinero así como a la mujer de un colega sastre que le ha hecho una cantidad de ojales.¹¹⁵ Aunque la fuente no es explícita en este aspecto, podemos sugerir que

¹¹⁴ Tomo el término de Selina Gutiérrez Aguilera, en “Mujeres trabajadoras. La subsistencia en el Buenos Aires del siglo XVIII”, **El Futuro del Pasado**, 3 (2012), pp. 67-90.

¹¹⁵ AHPM, prot. 15.552, s/f.: “Declaración de pobre de Felipe de la Cruz Ojeda”, 24 agosto 1740. Es muy posible que en el modesto taller de Ojeda, uno de los aprendices al menos trabajara realmente como oficial, para recortar costes salariales, y al oficial le contratara sólo en determinadas coyunturas.

todos o casi todos los miembros de su “familia” (la esposa, los aprendices y los criados) participan en la confección de las prendas. El maestro, por tanto, obtiene la mano de obra por dos canales, uno intradoméstico y otro extradoméstico. Por el primero entran la esposa, los aprendices y los criados con los cuales establece distintas relaciones laborales. Mientras que sus aprendices y criados reciben un salario,¹¹⁶ su esposa no es remunerada al estar sujeta a un tipo de relación laboral que llamaré “trabajo recíproco”.¹¹⁷ Por el canal extradoméstico, el maestro se beneficia del trabajo del oficial y de la mujer del colega, a quienes paga un salario o una cantidad por pieza producida.

Hay, por consiguiente, dos tipos de trabajadores que se incorporan a la producción del taller: los remunerados, que pueden ser miembros o no de la unidad doméstica, y los no remunerados o “recíprocos”, que invariablemente lo son. Entre estos últimos debemos diferenciar a los “productores domésticos consanguíneos”, que son la esposa y los hijos del maestro, de los “sirvientes domésticos”, que suelen ser agregados (criados no asalariados, niños o adultos acogidos). La diferencia es pertinente por cuanto los primeros tienen derechos sobre el patrimonio de la unidad doméstica —en forma de gananciales, dote, legítima...—, mientras que los segundos carecen de ellos. Ambos grupos, sin embargo, participan en el proceso de producción o en tareas auxiliares necesarias al mismo, aunque su trabajo se subsume en las relaciones familiares y por ello no se considera una relación laboral. Es probable que, en la práctica, no hubiese una delimitación clara entre el trabajo recíproco y el doméstico (el realizado para el autoconsumo familiar); pero es útil separarlos conceptualmente, ya que, a diferencia de este último, el primero se aplica a la producción de mercancías.

En resumen, las unidades domésticas independientes del sector artesanal combinan tres tipos de relación laboral: a) el trabajo autónomo del cabeza de familia, que llamamos

¹¹⁶ A todos ellos les debe un resto de sus salarios. A uno de los aprendices le paga 400 reales por año y medio de servicio, aparte del mantenimiento.

¹¹⁷ Adopto el concepto de “trabajo recíproco” siguiendo el modelo de las relaciones laborales del **International Institute of Social History** en el proyecto **Global Collaboratory on the History of Labour Relations** (collab.iisg.nl-web-labour relations). No es un término que me satisfaga, porque hablar de “reciprocidad” oscurece en cierto modo las relaciones jerárquicas que organizan la actividad doméstica y las tensiones que pueden surgir entre sus miembros. Sin embargo, lo adopto a falta de una mejor alternativa.

empresario cuando contrata a más de tres empleados,¹¹⁸ b) el trabajo asalariado de los dependientes extradomésticos y parte de los intradomésticos, y c) el trabajo recíproco de los productores domésticos consanguíneos y sirvientes. El caso de los aprendices es ambivalente. Lo más frecuente es que reciban una retribución monetaria y/o en especie, aparte de la manutención, a la conclusión del aprendizaje; aunque hay casos en los que los padres o tutores del aprendiz pagan al maestro por su enseñanza. Por su parte, los dependientes externos de la unidad doméstica son siempre remunerados. Los oficiales entran en esta categoría, pero también las mujeres –sean o no esposas de maestros y oficiales-, que realizan determinados trabajos en o para el taller a cambio de una retribución, normalmente monetaria. El trabajo asalariado femenino para los maestros y fabricantes no sólo está presente en el ramo textil; los curtidores, por ejemplo, según sus ordenanzas de 1697, dan las badanas, cordobanes y suelas a algunas mujeres, que llaman costureras, para que las cosan en sus casas.¹¹⁹ El mismo esquema, en cuanto a la composición y organización de las unidades domésticas, cabe aplicar a las encabezadas por un fabricante agraciado con las franquicias, salvo que, en estos casos, los asalariados extradomésticos pueden completarse con el trabajo forzado o semi-forzado de la población internada en instituciones y de las niñas y niños pobres de los vecindarios, como veremos en la parte tercera. El trabajo esclavo es excepción en el mundo de los oficios del Setecientos, ya que su mayor concentración la hallamos entre la servidumbre de casas nobles o adineradas.¹²⁰

Acerquemos el foco a la esposa del maestro. Está ampliamente demostrado que en las sociedades europeas de la Edad Moderna, las mujeres de los artesanos solían ser sus asistentes, ya fuese realizando las tareas de preparación de la materia prima y remate del producto final, llevando la contabilidad –en libros que ellas mismas custodiaban-, estando al frente de la tienda, pues industria y comercio se funden en el taller artesanal,

¹¹⁸ Siguiendo el criterio de la clasificación de relaciones laborales del **Global Collaboratory** arriba citado.

¹¹⁹ Larruga, **Memorias...**, *op. cit.*, tomo III, pp. 4-10.

¹²⁰ Como puede comprobarse en José Miguel López García, “La esclavitud en Madrid a finales del Antiguo Régimen”, en R. Franch Benavent, F. Andrés Robres y R. Benítez Sánchez-Blanco (eds.), **Cambios y resistencias sociales en la Edad Moderna: Un análisis comparativo entre el centro y la periferia mediterránea de la Monarquía hispánica**, Madrid: Sílex, 2014, pp. 193-202.

o incluso enseñando a los aprendices u otros miembros de la unidad doméstica.¹²¹ Que la esposa ejerce el oficio del marido -maestro u oficial- es especialmente visible en el sector textil, pero hay casos en que es ella la única que ejerce. Por ejemplo, en 1644, Alonso Villagrán tiene el título de maestro del arte de la seda, aunque, en realidad, quien maneja el telar es su consorte, que había sido viuda de un maestro de toquería y gasas para el que había trabajado.¹²² Incluso en el caso más común en que los maridos realizan la actividad, las esposas también participan con su trabajo recíproco. Los fabricantes de Igualada, durante el conflicto que sostuvieron con los maestros tejedores, fueron explícitos en este aspecto: las mujeres que ellos podían emplear trabajaban siempre subordinadas a un tejedor, igual que hacían “las más mujeres de los Maestros [tejedores] sirviendo a sus Maridos y Amos”.¹²³

Además de trabajar junto al marido, las esposas de los maestros y oficiales lo hacen también para otros colegas, como la mujer que ha cosido ojales para Felipe de la Cruz. En este caso la relación no es “recíproca”, sino salarial. Al saltar al ámbito mercantil, este trabajo femenino compite con el de los oficiales, que se organizan para combatirlo. De esta tensión entre mujeres y oficiales se hacen eco los Alcaldes de Casa y Corte ya desde el siglo XVII: “Váse introduciendo que algunas mujeres acudían a trabajar en casas de Sastres, y sin duda era el jornal menor y mejor lo cosido, mas esto no se lo consintieron los oficiales conjurándose para no acudir a los Maestros que ocupasen mujeres *mas que las suyas propias*...”.¹²⁴ Una situación que no varía en la centuria siguiente.

¹²¹ Marta Vicente Valentín “Mujeres artesanas en la Barcelona moderna”, en VV.AA, **Las mujeres en el Antiguo Régimen. Imagen y realidad (s.XVI-XVIII)**, Barcelona: Icaria, 1994, pp. 62 y ss.

¹²² AHN, Consejos, lib. 1.229, f. 605.

¹²³ Torras Elias, “Gremio, familia...”, *op. cit.*, p. 133.

¹²⁴ AHN, Consejos, lib. 1.420, f. 189 (énfasis mío): “Advertencias para el ejercicio de la Plaza de Alcalde de Casa y Corte”. A nivel europeo, la oposición de los oficiales a las mujeres está ampliamente documentada: para Alemania, Merry Wiesner, “Guilds, Male bonding and Women’s Work in Early Modern Germany”, **Atti delle “Settimane di Studi” dei Istituto Internazionale di Storia Economica**, Prato: Istituto Internazionale di Storia Economica “F. Datini”, 1990, pp. 655-669; para Inglaterra, Maxine Berg, “Women’s work, mechanization and the early phases of industrialization in England”, en P. Joyce (ed.), **The Historical Meaning of Work**, Cambridge University Press, 1987, pp. 64-96; para otros lugares del continente, Catherina Lys y Hugo Soly, “An irresistible phalanx”: journeymen associations in Western Europe, 1300-1800”, en C. Lis, J. Luccasen y H. Soly (eds.), **Before the Unions: Wage Earners and Collective Action in Europe, 1300-1850**, International Review of Social History, 39, 1994, Supplement 2, pp. 11-52.

En resumen, en el medio artesanal, el trabajo femenino y las relaciones a través de las cuales se desempeña están mediatizados por el tipo de relación con el cabeza de familia, maestro o fabricante. Dicho cabeza es el que determina las diferentes relaciones como trabajadoras recíprocas, asalariadas o autónomas cuando el primero fallece y es la viuda quien se hace cargo de la empresa familiar. Las esposas, hijas y viudas de maestros o fabricantes, versadas en el oficio, constituyen, de este modo, un bien productivo que se aplica en los talleres o tiendas y cuyo esfuerzo no se considera trabajo en el oficio sino parte de sus obligaciones familiares.

Mujeres y marco gremial: la política sexual del privilegio

Vimos en el capítulo 2 cómo el artesanado madrileño experimenta un gran desarrollo corporativo a partir del establecimiento de la Corte en 1561. Hasta 1600, al menos 18 oficios se dotan de ordenanzas; en 1625 su cifra se eleva a 36, y llegan a 63 a mediados del XVIII. Aparte de las motivaciones políticas y fiscales del Estado absolutista para favorecer la formación de gremios, debemos tener en cuenta que éstos constituyen, en realidad, la única institución en la que los trabajadores tienen representación política, una identidad en la esfera pública, dado que están vetados en el Concejo y en el resto de órganos de gobierno de la ciudad.¹²⁵ Como institución, el gremio marca unos límites normativos que definen el tamaño de las unidades de producción, el carácter de las relaciones laborales, el acceso al trabajo y, por tanto, la reproducción social de las familias y del oficio en su conjunto. Mientras que las mujeres pueden ser propietarias de los talleres y transmitirlos, el oficio o *arte* es un patrimonio que hay que salvaguardar al tiempo que se demuestra destreza en él, pero son los varones quienes se apropian de este recurso. Como afirma Juan Carlos Zofío, los “artesanos defendieron con saña los derechos adquiridos sobre el oficio como derechos patriarcales”.¹²⁶ Las ordenanzas aprobadas por los órganos de gobierno a partir de 1561 para la mayor parte de oficios industriales prohíben a los maestros tomar mujeres como aprendizas, lo que significa negarles el único canal de aprendizaje formal y, por tanto, el acceso a la maestría. ¿Fue

¹²⁵ Nieto Sánchez, **Artisanos y mercaderes...**, *op. cit.*, pp. 134-37; y Mauro Hernández Benítez, “El cierre de las oligarquías urbanas en la Castilla moderna: el Estatuto del concejo de Madrid (1603)”, **Revista Internacional de Sociología**, 45/1 (1987), pp. 179-198.

¹²⁶ Zofío Llorente, **Gremios y artesanos...**, *op. cit.*, pp. 391-93.

esto siempre así? ¿Podemos hablar de una expulsión de las mujeres del seno gremial o más bien de una no incorporación?

Hasta que no se avance en el estudio del trabajo de las mujeres en el Madrid bajo-medieval, no podremos dar respuesta a esta pregunta. Entre las últimas décadas del siglo XVI y primeras del XVII, hay indicios de “maestras” en el tejido de lienzo, industria que se asentaba fundamentalmente en el campo circundante. Juan Carlos Zofío ha localizado algunas cartas de examen de mujeres provenientes de Alcalá de Henares, Valdilecha y Las Rozas, entre 1566 y 1596.¹²⁷ Ya entrado el siglo XVIII, Antonia García relata que, cuando contrajo matrimonio, “se hallaba siendo maestra en el ejercicio de tejedores de lienzo”.¹²⁸ Debo insistir en que hablamos de mujeres en los gremios, no en los oficios, donde en los siglos medievales su protagonismo ya está fuera de duda.¹²⁹ La literatura sobre el trabajo femenino en la Europa del Antiguo Régimen ha abierto un debate sobre la evolución o involución del estatus económico y laboral de las mujeres en el tránsito de la Edad Media a la Moderna. En el capítulo de conclusiones insertaré el caso de Madrid en este debate general. De momento, me centraré en un aspecto concreto del mismo: la posición de las mujeres en los gremios, pues es un elemento imprescindible para analizar la relación entre dichas instituciones, la organización de la unidad doméstica y las relaciones de género.

Los estudios llevados a cabo en el ámbito europeo indican que, en la Edad Media, hubo en muchas ciudades corporaciones de oficios que incorporaban mujeres, e incluso gremios enteramente femeninos -no sólo textiles- en núcleos como París, Ruán y Colonia; pero con posterioridad, esta situación varía hacia normas restrictivas e incluso, en algunas regiones, se prohíbe expresamente la participación femenina.¹³⁰ El caso más notable se produce en Alemania, donde se comprueba la masculinización de los títulos

¹²⁷ *Ibidem*, p. 431.

¹²⁸ AHPM, prot. 15.337, s/f: “Traspaso de telar que otorgaron Joseph Ramos y Antonia García, su mujer, a favor de Nicolás Rodríguez”, 9 marzo 1720.

¹²⁹ Véase al respecto, A. Muñoz Fernández y C. Segura Graiño (eds), **El trabajo de las mujeres en la Edad Media hispana**, Madrid: Asociación Cultural Al-mudayna, 1988; María Asenjo González, “Las mujeres y el trabajo en las ciudades de la Corona de Castilla (siglos XIII-XV). Integración, marginación”, **Atti delle “Settimane di Studi” e altri Convegni, 21. La Donna nell’economia secc. XIII-XVIII**. Prato: Istituto Internazionale di Storia Economica “F. Datini”, 1990, pp. 553-561.

¹³⁰ James R. Farr, **Artisans in Europe, 1300-1914**, Cambridge: Cambridge University Press., 2000, pp. 37-41.

ocupacionales a partir de la segunda mitad del XV.¹³¹ Por el contrario, en algunas urbes de Francia, Holanda e Italia, especialmente Venecia y Florencia, persisten las maestras en gremios tanto mixtos como sólo femeninos a mediados del XVII, sobre todo en el ramo textil.¹³² Y en París y Ruán, bajo la influencia de la política colbertista, se impulsaron nuevos gremios femeninos como los de costureras y floristas.¹³³ Se trata de excepciones de una tendencia hacia el progresivo cierre gremial en favor de los varones. Incluso en las ciudades señaladas, con pujantes industrias textiles, sólo un pequeño porcentaje de artesanas logró un estatus de cualificación y prestigio como industriales independientes.¹³⁴

Clare. H. Crowston cuestiona la tesis del declive del estatuto laboral femenino en el período moderno sobre la base de que “estos siglos vieron el avance de las mujeres en la actividad económica”. El problema es que la autora confunde gremio con oficio cuando se pregunta: “¿Los monopolios gremiales equivalieron realmente a una exclusión de las trabajadoras de esos sectores de la economía?” Una cosa es el estatuto femenino en el marco gremial (si eran o no miembros de pleno derecho independientemente de su estado civil), y otra su papel en el oficio, esto es, en la actividad económica. La respuesta, para el caso del Madrid moderno, es clara y ya la hemos expresado en lo que va expuesto y lo que en adelante demostraré: la prohibición de las mujeres en los gremios no supuso su exclusión de los oficios. Hay, por tanto, una pregunta previa: ¿El monopolio patriarcal del gremio equivalió realmente a la exclusión de las trabajadoras de esta organización laboral? En este caso la respuesta es sí, si nos limitamos a las corporaciones artesanales. El hecho de que en Madrid, Barcelona, Lyon o Bolonia, las

¹³¹ Merry Wiesner, “Guilds, Male bonding and Women’s Work in Early Modern Germany”, **Gender and History**, 1 (1989), pp. 125-137. También Sheilagh Ogilvie, “How Does Social Capital Affect Women? Guilds and Communities in Early Modern Germany”, **American Historical Review**, 109/2 (2004), pp. 325-359, especialmente, pp. 332-339.

¹³² Christopher F. Black, **Early modern Italy. A Social History**, Londres: Routledge, 2001, p. 89.

¹³³ Clare H. Crowston, “Women, gender and guild in early-modern Europe: an overview of recent research”, **International Review of Social History**, 53 (2008), pp. 19-44; Cynthia Truant, “The Guildswomen of Paris: Gender, Power, and Sociability in the Old Regime”, **Proceedings of the Annual Meeting of the Western Society for French History**, 15 (1988), pp. 130-138; Judith G. Coffin, “Gender and the Guild Order: The Garment Trades in Eighteenth-Century Paris”, **The Journal of Economic History**, 54/4 (1994), pp. 768-793. Elisabeth Musgrave ha observado asimismo un aumento en la participación gremial de las mujeres en el Nantes del XVIII: “Women and the craft guilds in eighteenth-century Nantes”, en G. Crossick (ed.), **The Artisan and the European Town, 1500-1900**, Aldershot: Ashgate, 1997, pp. 151-171.

¹³⁴ Lo pone de relieve Daryl M. Hafer, **Women at work in preindustrial France**, Pennsylvania State University, 2007, p. 36.

mujeres participaran ampliamente en el mercado de trabajo y la producción informal, no significa que siguieran sin poder acceder a la maestría formal y, por tanto, a ser miembros de pleno derecho de un gremio, dirigir un taller y contratar mano de obra.¹³⁵

La formación de gremios exclusivamente femeninos, en aquellos oficios practicados mayoritariamente por mujeres, como la lencería o la costura, en algunas ciudades de Francia y los Países Bajos, en cierto modo corrobora que la solución al cierre corporativo patriarcal fue en algunos casos la segregación ocupacional, lo cual reforzó los roles de género.¹³⁶ En Madrid, aunque no podemos asegurar que hubiese presencia femenina en los oficios agremiados durante la Baja Edad Media, es posible, sin embargo, demostrar, primero, que desde comienzos del XVII las corporaciones capitalinas emprenden una verdadera cruzada contra la maestría femenina; y, segundo, que las mujeres que son mayoría en determinados oficios textiles, como, por ejemplo, las costureras o las lenceras, no logran formar gremios independientes a imitación de sus homólogas francesas. En este sentido, el caso de Madrid se aproxima más al modelo descrito para las ciudades alemanas que al patrón francés o norditaliano; pero reitero que profundizaré más en las conclusiones.

En el siglo XVII, las ordenanzas de los gremios artesanos, además de prohibir a los maestros admitir aprendizas en sus talleres, ponen trabas a sus hijas y viudas para que puedan continuar por sí solas al frente del negocio. La hija que hereda el obrador del padre –o de la madre– no puede dirigirlo porque el oficio no le pertenece, de modo que se la obliga a poner a un oficial examinado o a casarse con un miembro de la corporación. A las viudas se les estipula el plazo de un año para que cumplan estos requisitos, de lo contrario, el gremio está capacitado para actuar legalmente y cerrarle el negocio. En las primeras décadas del XVII, son múltiples las súplicas que las viudas de

¹³⁵ En la misma línea argumental que Crowston se sitúan Marta Vicente, “Images and Realities of Work: Women and Guilds in Early-Modern Barcelona”, en A. Saint-Saëns & M. Sánchez (eds), **Spanish Women in the Golden Age: Images and Realities**, Westport: Greenwood publishing Group, 1996, pp. 127-139; y Dora Dumont, “Women and Guilds in Bologna: The Ambiguities of 'Marginality'”, **Radical History Review**, 70 (1998), pp. 4-25.

¹³⁶ Para los Países Bajos, véase Ariadne Schmidt, “Women and Guilds: Corporations and Female Labour Market Participation in Early Modern Holland”, **Gender and History**, 21/1 (2009), pp. 170-189.

maestros elevan pidiendo amparo a la Sala de Alcaldes.¹³⁷ Ésta, que no puede legislar contra unas ordenanzas que tienen la aprobación del Consejo de Castilla, en la mayor parte de los casos se limita a prorrogarles unos meses los plazos asignados. Con todo, los magistrados hacen alguna excepción. En 1606, María Ana de Araso, viuda de maestro pasamanero, que llevaba ejerciendo este oficio durante más de 25 años, y a su avanzada edad tenía a un niño y una niña como aprendices, fue denunciada por los veedores del gremio, que pretendían reducirla a la mendicidad, pero la Sala les ordenó que no la molestasen.¹³⁸

El gremio tiene potestad legal para prohibir el ejercicio del oficio a personas sin la carta de maestría. Si son mujeres casadas, se las invita a que trabajen por cuenta ajena en el taller de algún maestro. En 1648 los veedores del gremio de pasamaneros denuncian ante la Sala de Alcaldes a Mateo Ruiz de Aranda, marido de María de Ortega. El motivo es que ésta tiene telares en su casa, en contravención de las ordenanzas del oficio, que prohíben a toda persona no examinada poder “usar ni trabajar” en su casa si no es en la de un maestro, “como muchas otras mujeres hay casadas con personas de diferentes oficios y *van a trabajar con diferentes maestros* del dicho oficio”.¹³⁹ Con todo, debió de haber incumplimientos a esta norma, como sugiere que, en la actualización de las normas de la referida corporación en 1677, sus cuatro primeros capítulos se dediquen a regular la participación de las mujeres en los talleres. Se prohíbe a los maestros “recibir y tener a ninguna mujer por aprendiz”, y a ellas que puedan “usar de dicho Arte”, a no ser que sean esposas de algún maestro examinado, lo que vuelve a confirmar el trabajo recíproco de aquellas como parte de sus obligaciones familiares. A las hijas de maestro se les permite trabajar en el oficio a condición de que sean solteras y estando en casa de maestro examinado. A las viudas se les concede el plazo de un año y un día, durante el cual pueden mantener el obrador con los mismos trabajadores. Pasado dicho período, podrán ella y sus hijos, si son del arte, seguir con él, pero sin poder recibir aprendices y

¹³⁷ Algunos ejemplos en V. López Barahona, **Las trabajadoras madrileñas de la Edad Moderna**, trabajo de investigación inédito para la obtención del Diploma de Estudios Avanzados, Universidad Autónoma de Madrid, 2004, pp. 52-55, inédito.

¹³⁸ AHN, Consejos, lib. 1.200, f. 476.

¹³⁹ Énfasis mío: AHN, Consejos, lib. 1.233, f. 752.

oficiales. Tanto las hijas solteras como las viudas que se casen con alguien ajeno al oficio pierden estos derechos.¹⁴⁰

El cierre corporativo de los cabezas de familia-maestros no significó el cese de la actividad productiva de las mujeres, como revelan las propias ordenanzas que acabamos de referir, sino su conversión en un instrumento versátil en manos de los gremios. Las hijas y esposas de maestros aportan mano de obra a la unidad de producción, no son dueñas del arte, pero sí transmisoras del mismo y de los medios asociados por vía hereditaria o dotal y a veces también por medio de privilegio gremial. Ejemplo de este último es la “carta de gracia de maestra cerrajera” que las ordenanzas de este oficio reservan a los veedores que tengan hija única durante el año que dura su cargo, para que, si se casa con oficial del gremio –y sólo en este caso-, se la transfieran a su consorte.¹⁴¹ El matrimonio es una vía de acceso a la maestría para muchos oficiales. Por otro lado, la titularidad masculina de la maestría funciona a veces como tapadera de la actividad independiente de la esposa dentro del matrimonio. Al ejemplo citado más arriba podemos añadir la denuncia que el gremio de caldereros interpone en 1729 contra un maestro latonero, Alonso Rivas, por tener a la venta unas piezas de cobre de factura no conforme con las ordenanzas. Pero Rivas no ejerce esta actividad, ya que es labrador y se ocupa en ello “la mayor parte del año” fuera de su casa. La latonera es su mujer, Josefa Illana, que “corre con el ejercicio de latonería y comercia”.¹⁴²

Las viudas toman el relevo en la dirección de la unidad doméstica y, por tanto, en la del oficio, pero sólo de forma provisional y subsidiaria, pues ya hemos visto que las ordenanzas pergeñan mecanismos para que el arte vuelva a la línea masculina, su propietaria formal. La viudedad representa, en general, un hito crucial en la vida de una artesana, pues en él confluyen la necesidad de recapitular un pasado contable y la de planear un futuro bastante incierto, sobre todo cuando el saldo de la recapitulación es negativo. En una economía que se sustenta en el crédito, con frecuencia las viudas heredan negocios con más deudas que haberes, por lo que, tras saldar aquéllas, con

¹⁴⁰ Archivo General de Simancas (en adelante AGS), Consejo Supremo de Hacienda, Junta de Comercio y Moneda, leg. 330, exp. 30.

¹⁴¹ Un ejemplo de este documento, en AHPM, prot. 21.512, f. 79: “Carta de gracia de maestra cerrajera a favor de María Francisca de Paula de la Torre”, 5 diciembre 1796.

¹⁴² AHN, Consejos, lib. 1.316, f. 134.

suerte, apenas les quedan recursos para su mantenimiento. Estas circunstancias, sin embargo, no las ponen a salvo del acoso corporativo. Si la viuda sin hijos varones quiere continuar con el negocio, se ve obligada a casarse con alguien del oficio. Esto es lo que le exigen en 1638 a la viuda curtidora Jerónima de Guadalajara los veedores del gremio: que “se ha de casar o que no ha de usar dicho oficio de curtidor”.¹⁴³ En 1705, Ana de Almarza, viuda de carpintero, decide contraer matrimonio con el oficial que tiene a su cargo. La Sala de Alcaldes, respetando la norma de excepción gremial, le otorga un plazo de seis meses, en el transcurso del cual su futuro marido debe obtener la carta de maestría, a cambio de las tasas de examen que van a engrosar las arcas del gremio.¹⁴⁴ Las ordenanzas de los esparteros estipulan que los oficiales que se casen con una viuda de maestro, si se hallan “háviles y capaces”, pueden solicitar la carta de examen una vez contraído el matrimonio.¹⁴⁵ No es extraño, pues, que las viudas, por humildes que sean sus negocios, representen un excelente partido en el “mercado” matrimonial del artesanado, en especial para los miembros del mismo oficio o de otros relacionados. Ellas no sólo aportan conocimientos y habilidades sino también una dote que a menudo incluye unos bienes de cierta entidad (taller, herramientas, stocks, deudas a favor ...).

La dote de una viuda o hija de maestro es un recurso que los artesanos adquieren fuera del circuito mercantil. Por ejemplo, en 1778, el oficial cerrajero Antonio Cadenas se casa con Vicenta Pabón, soltera, hija de maestro del mismo oficio y huérfana de ambos padres. En su dote, cuyo valor es de 9.053 reales, se incluye la tienda de cerrajería con todas sus herramientas y pertrechos. Ello le permite al oficial alcanzar el grado de maestro, y a Vicenta continuar con la tienda abierta.¹⁴⁶ Es frecuente asimismo que los contrayentes sean de oficios distintos, pero relacionados. Por ejemplo, María Hernández, soltera, hija de un vaciador de plata, se casa con un bordador viudo. En este caso, la dote de 8.305 reales no incluye la tienda.¹⁴⁷ Tampoco la incluye la de Micaela de la Villa, hija de un “maestro-fabricante de sombreros”, huérfana de ambos padres,

¹⁴³ AHN, Consejos, lib. 1.224, f. 118.

¹⁴⁴ AHN, Consejos, lib. 1.287, f. 113.

¹⁴⁵ AHPM, prot. 15.396, f. 94: “Acuerdo del gremio de esparteros para examinar a un oficial de maestro de él”, 6 agosto 1721.

¹⁴⁶ AHPM, prot. 21.152, f. 381: “Escritura Carta de pago y recibo de Dote...”, 14 octubre 1778.

¹⁴⁷ AHPM, prot. 17.495, s/f: “Carta de pago y recibo de Dote...”, 25 febrero 1767.

que se casa con un maestro sastre viudo. Pero probablemente, aparte del ajuar y de 550 reales con que el gremio dota a las hijas de sus miembros, tanto en este caso como en el arriba citado, la novia aporta también sus destrezas.¹⁴⁸ No son raros, sin embargo, los matrimonios entre personas con oficios no relacionados. En 1759, la viuda Josefa Carrascosa es una “individua del gremio de mercaderes de vidrio, vidriado y barros de esta Corte”. Se casa con otro viudo, Juan Montero, de oficio ebanista. La dote que le entrega, de 25.463 reales, la ha adquirido “con su industria y trabajo” y en ella va incluida la tienda, heredada de su primer marido. De este modo, al nuevo se le abre la posibilidad de incorporarse al oficio de su esposa, pues las dobles maestrías no son escasas.¹⁴⁹

Hay viudas con recursos en oficios agremiados que se mantienen en dicho estado al frente de sus negocios, poniendo a un oficial examinado en el taller, como exigen las ordenanzas. Es el caso de María López, que en 1759 es el miembro más acaudalado de la corporación de cabestreros, con 17 oficiales en su casa-tarazana.¹⁵⁰ En 1770, María Herrero, se titula “maestra vidriera” cuando firma el recibo de cobro de los 813 reales que le debía el conde de Salvatierra “por varias obras que había hecho en su oficio”.¹⁵¹ En la primera década del siglo XIX, en una coyuntura crítica, algunas de estas artesanas independientes acuden, junto a otros fabricantes, a la Junta de Comercio para solicitar ayudas. Así vemos a la impresora Inés de la Hoz Fernández, viuda con tres hijas.¹⁵² Ana Caumón y Ángela Cuéllar son dos afinadoras de oro y plata, hija y viuda respectivas de dos miembros del oficio: la primera, ya huérfana, pide el título de “afinadora de la Casa de la Moneda” por haber perfeccionado el método para separar dichos metales; la segunda, con tres hijos y escasos medios, solicita “abrir obrador”, para lo cual es examinada por el visitador de la Junta, que la encuentra sumamente hábil. Este caso

¹⁴⁸ AHPM, prot. 17.494, f. 752: “Carta de pago y recibo de Dote...”, 2 diciembre 1764.

¹⁴⁹ AHPM, prot. 17.493, f. 145: “Carta de pago y recibo de Dote...”, 27 octubre 1759.

¹⁵⁰ AHPM, prot. 17.493, f. 88: “Acuerdo y poder del gremio de cabestreros de esta Villa”, 14 mayo 1759.

¹⁵¹ AHPM, prot. 15.891, f. 132: “Carta de pago de 813 reales otorgada por María Herrero ...”, 27 enero 1770. Ni siquiera se detiene el escribano, o ella misma, en reflejar su estado civil en ninguno de los documentos adjuntos, lo cual constituye una excepción en las escrituras notariales, especialmente cuando son mujeres los otorgantes.

¹⁵² AGS, Consejo Supremo de Hacienda, Junta de Comercio y Moneda, leg. 319, exp. 27.

revela que el trabajo recíproco de las esposas de artesanos no se restringía al sector textil.¹⁵³

A partir de 1784, con la norma que legaliza el trabajo de las mujeres en los oficios considerados “propios de su sexo”, hallamos oficialas en algunos ramos ajenos a los textiles, aunque no a la moda y el lujo. En 1790, los alemanes Sebastián Nickel y Felipe Beck, “artífices plateros en el ramo de bisutería”, contratan a Teresa Oliver, soltera, mayor de 25 años, como “oficiala pulidora” por un período de tres años. Cuando no haya tanto trabajo como para emplearse todos los días, Teresa recibirá un jornal de 9 reales, que serán 10 cuando los encargos aumenten y se ocupe de continuo. Sólo se descontarán los días festivos, los de baja por enfermedad y los que falte voluntariamente. Este jornal puede verse aumentado si la oficiala trabaja horas extra. El horario normal es, en invierno, de 7 a 12 h., y de 15 h. hasta el anochecer; y de 8 a 12 h. y de 14 a 19 h. en verano. Si fuese preciso trabajar de noche, se le pagarán las veladas “como es costumbre”: si es desde el anochecer hasta las 22 h., medio jornal; desde esa hora hasta la medianoche, un jornal; y por el resto de la noche, otro. El salario, por tanto, es monetario, no contempla parte en especie. Al desconocer lo que en esta década ganaba un oficial pulidor, no podemos determinar si se daba una diferencia salarial por sexo.¹⁵⁴

Desconocemos si artesanas como Teresa Oliver alcanzaron la maestría. Lo cierto es que la calificación formal de la destreza es un asunto determinado por el sexo del artesano y forma parte, por tanto, del haz de relaciones que estructura la división sexual del trabajo. La esposa de un maestro puede llegar a trabajar tanto o más que un oficial, pero, a diferencia de éste, sin salario ni posibilidad de impugnar sus condiciones laborales apelando a ordenanza alguna, dado que su trabajo es propiedad del cabeza de familia y por este motivo sólo está sometido a las normas de éste, no a las del gremio. La hija de un maestro agremiado puede aprender el oficio tanto mejor que un aprendiz; pero su cualificación será informal y sólo le será lícito ejercer bajo el ropaje jurídico del vínculo

¹⁵³ AGS, Consejo Supremo de Hacienda, Junta de Comercio y Moneda, legs. 315, exp. 1; y 316, exp. 38, respectivamente.

¹⁵⁴ AHPM, prot. 19.030, f. 497: “Contrata que otorgaron doña Josefa Blanco, viuda, y doña Teresa Oliver, su hija, con don Sebastián Nickel y don Felipe Beck, artífices plateros”, 8 septiembre 1790. Madre e hija firman la escritura.

matrimonial o, si cuenta con recursos suficientes, mediante la contratación de un maestro. Vicenta Salgado, por ejemplo, soltera mayor de 25 años, tiene un taller de tapicería en el que trabaja un “profesor del arte”, al que da cama, manutención, vestido y 2 reales diarios.¹⁵⁵

El destierro de las artesanas de la organización gremial no significa que fuesen apartadas de la producción, sino que su trabajo se escoró hacia otro ámbito y tipo de relaciones. Podemos sostener, por tanto, que las artesanas ejercían el oficio en el ámbito de la unidad doméstica de producción, pero no *en* el gremio sino *para* el gremio, ya fuese a través del trabajo recíproco, del asalariado o del trabajo forzado, porque también hallamos a reclusas en hospicios y cárceles que producen para determinados mercaderes-fabricantes. Las artesanas madrileñas no son miembros de pleno de derecho de las corporaciones de sus oficios, porque se les niega la capacidad de ser persona jurídica en el ámbito laboral y, por consiguiente, el acceso a la maestría; y ni siquiera llegan a formar gremios femeninos en aquellas actividades donde son abrumadora mayoría, como en la lencería o la costura, al contrario que sus contemporáneas francesas, aunque una excepción pudo llegar a ser la de las modistas, de las que trataré en la segunda parte. Esta pauta se mantiene a lo largo de todo el período moderno, pues los cambios legislativos del último tercio del XVIII, aunque flexibilizan las condiciones de las viudas e hijas de maestros, conciernen al trabajo femenino fuera del marco gremial, como veremos en la tercera parte.

El panorama cambia cuando no hay un *arte* en juego, como es el caso de la actividad comercial. Los gremios mercantiles, en general, permiten a las viudas continuar al frente del negocio, sin límite alguno, e incorporarse como individuos de pleno derecho, aunque no acceder a los cargos de los mismos y, en algunos casos, delegan en los

¹⁵⁵ Cuando éste contrae matrimonio, Vicenta establece compañía con él, subiéndole el estipendio a 8 reales diarios y la mitad de los beneficios netos: AHPM, prot. 21.152, f. 337: “Escritura de compañía otorgada por doña Vicenta Salgado y don Gregorio Sanz Bernal...”, 20 agosto 1778. Llama la atención que, contrariamente a lo que es habitual en compañías entre una mujer y un varón, nada se estipula para el caso que ella contraiga matrimonio. Parece que Vicenta no lo contemplaba, como sugiere su mención a que “rige por sí su persona y bienes, sin estar sujeta a tutor u otra persona”. En la centuria precedente afloran asimismo hijas de maestros que lograron ascender en el escalafón profesional. Véase el caso de Fausta Gutiérrez, tapicera como su padre, en M^a Teresa Cruz Yabar, **La tapicería en Madrid (1570-1640)**, Madrid: Instituto de Estudios Madrileños/CSIC, 1996; y el de Luisa Roldán, hija de Pedro Roldán, maestro escultor, a la cual se ha calificado como la primera escultora española, en M^a Victoria García Olloqui, **Luisa Roldán, la Roldana: nueva biografía**, Sevilla: Guadalquivir, 2000.

mancebos o en familiares su representación en las juntas. Esta es una pauta frecuente en la cúpula del comercio madrileño, la Compañía de los Cinco Gremios Mayores. Por ejemplo, en 1770, Josefa Facunda, con tienda en la calle Mayor, solicita que “se la tenga por una de los individuos de los mismos” y apodera a un pariente de su marido para que, en su nombre, pueda concurrir a dichas reuniones.¹⁵⁶ Sólo a las hijas y viudas de agremiados se les permite el acceso a la corporación. Esta es una costumbre que no siempre se hace explícita en las ordenanzas, lo que parece que abrió un resquicio a otras mujeres para colarse en la organización de otros gremios comerciales. Lo vemos entre los tenderos de aceite y vinagre, que, como sabemos, se hacían llamar gremio menor de joyería, mercería, especiería y droguería. En 1806 optaron por revisar sus estatutos para dejar clara la exclusividad de sus hijas y viudas, dado que “muchas mujeres, ocultando su estado, y tal vez por cohonestar su mal vivir, han intentado entrar por individuos del gremio a pretexto de que no hay ordenanza que lo prohíba”.¹⁵⁷

En general, los gremios del comercio, el procesamiento de alimentos y la hostelería presentan mayor número de mujeres en sus juntas gremiales. Aparte de la citada corporación de tenderos, lo vemos en los bodegoneros, confiteros, mercaderes de hierro, yeseros, alojeros, tratantes en ropa usada y menuderos.¹⁵⁸ En la mayor parte de estos oficios, el fin de la agremiación se reduce al reparto de los impuestos y la posibilidad de actuar colectivamente como persona jurídica. En el caso de los tratantes de ropa usada y menaje de casa –*vulgo* prenderos-, el único requisito para ingresar en el gremio es tener “casa tienda” abierta, por lo que no sólo viudas sino también solteras pueden afiliarse si cumplen esta condición. Ahora bien, si la soltera contrae matrimonio, las ordenanzas obligan al marido a incorporarse al gremio para poder seguir con la actividad.¹⁵⁹

Vemos, por tanto, que, a pesar de la mayor apertura que presentan estos oficios mercantiles a la agremiación femenina, ésta sigue estando constreñida por el estado civil, ya que, en el momento que una mujer del gremio contrae matrimonio, debe

¹⁵⁶ AHPM, prot. 16.293, f. 35: “Poder para incluirse en los gremios, que otorga doña Josefa Facunda Franco, viuda de don Marcos Ruiz de Tejada”, 4 junio 1770.

¹⁵⁷ AGS, Consejo Supremo de Hacienda, Junta de Comercio y Moneda, leg. 318, exp. 1.

¹⁵⁸ Antonio Manuel Moral Roncal, **Gremios e Ilustración en Madrid (1775-1836)**, Madrid: Actas Editorial, 1998, pp. 111-113.

¹⁵⁹ Las ordenanzas de este gremio, en Archivo de la Villa de Madrid (en adelante AVM), Corregimiento, 1-51-38, año 1824.

delegar su representación en el marido. Sólo las solteras y viudas que permanecen en ese estado pueden actuar por sí mismas, como individuos independientes. La excepción a esta norma la hallamos en el gremio de menuderos, donde las casadas mantienen derechos de pertenencia al gremio, como veremos con detalle en la segunda parte. Sin embargo, ni siquiera en esta feminizada corporación las mujeres acceden a sus cargos, que invariablemente recaen en los miembros varones o los esposos de las titulares. En este punto también los gremios madrileños son más restrictivos que los de París, Ruán o Reims, donde tanto en las corporaciones mixtas como femeninas, en la industria y el comercio, algunas mujeres pueden ocupar dichos cargos.¹⁶⁰

En resumen, las mujeres participan activamente en casi todos los oficios de la industria y el comercio urbanos, reforzado por el hecho de que el oficio está íntimamente ligado a la familia, es decir, a la unidad doméstica, dentro de la cual –o para la cual– trabajan, de forma no retribuida y retribuida, como productoras domésticas consanguíneas, sirvientes domésticas y asalariadas, y son piezas clave en la reproducción del oficio como transmisoras de los medios de producción y maestras “silenciosas”, como las denomina Juanjo Romero.¹⁶¹ En estas unidades independientes, cuando la mujer es cabeza de familia, actúa como trabajadora autónoma o empresaria, si ocupa a más de 3 asalariados. Ahora bien, en los oficios artesanos su pericia no se reconoce porque les está legalmente prohibido acceder al canal formal de aprendizaje que sólo el gremio monopoliza, de modo que a las artesanas se les priva de un recurso productivo, la cualificación, que les impide alcanzar el estatus de maestra y, por consiguiente, dirigir legalmente sus talleres y a sus operarios. Los gremios mercantiles, por el contrario, ponen menos obstáculos a la participación femenina, pero esta no se realiza en igualdad de condiciones con los varones, incluidos aquellos en que son mayoría las mujeres, ya que en ningún caso son nombradas para los puestos de dirección y representación de la corporación. El sistema gremial, por tanto, contribuye a consolidar una fragmentación del mercado de trabajo por líneas entrecruzadas de género y cualificación, que escora a las mujeres hacia el sector informal y las tareas peor remuneradas. Hay, con todo, una minoría de artesanas independientes, dentro y fuera del marco corporativo, que logran mantener negocios prósperos, como veremos a continuación.

¹⁶⁰ Hafter, **Women at work...**, *op. cit.*, p. 43.

¹⁶¹ Romero Marín, “La maestría silenciosa ...”, *op. cit.*

Lo expuesto hasta aquí ha sacado a la luz dos de esos puntos de intersección entre el trabajo femenino y el sistema gremial, que ya señalé en el capítulo 2: uno es el trabajo recíproco como esposa, hija o agregada; otro es el asalariado –a menudo domiciliario- como “mujer” –término que a menudo se emplea como categoría ocupacional- o, a partir del último tercio del siglo, como oficiala.

Hemos visto también que la oferta de trabajo femenina se ve condicionada por su relación subordinada respecto del varón en el ámbito familiar; subordinación que perpetúan las instancias estatales y eclesiásticas, que sancionan lo legal y lo moral aplicado a las mujeres, como explicaré a continuación. La norma dictada por la costumbre y la ley restringe sus oportunidades de desempeñar una actividad independiente. Ello no las impide ejercer de forma sumergida o legalmente –a partir de las últimas décadas del XVIII- como “fabricantas”, maestras de niñas, etc., y vivir de ese trabajo holgadamente. Sin embargo, las restricciones y condicionamientos se agudizan si estas pertenecen a la clase de los trabajadores pobres.

Clase, género y división del trabajo: las trabajadoras pobres

La mayoría de hombres y mujeres que integran el mercado de trabajo de la capital se ocupan en oficios que requieren esfuerzo físico y la intervención de las manos. Como propias de los grupos subordinados, desde los orígenes de la Edad Moderna, las clases dominantes sostienen que dichas actividades son *viles* y por tanto deshonran a quienes las ejercen; de ahí que nadie, de quien se pueda probar que tiene antepasados trabajadores, pueda aspirar al estatuto de nobleza.¹⁶² El sistema de dominación produce la denigración ritual de los trabajadores manuales y de las clases populares en general, a quienes genérica y despectivamente se encierra en la categoría *vulgo*.¹⁶³ La misma cosecha de insultos reciben las mujeres en el discurso eclesiástico, sobre el que se basa

¹⁶² José Antonio Maravall, “Trabajo y exclusión. El trabajador manual en el sistema social español de la primera modernidad”, en A. Redondo, (ed.), **Les problèmes de l'exclusion en Espagne (xvie-xviie siècles). Idéologie et discours**, París: Publications de La Sorbona, 1983, pp. 135-159; también Díez, **Viles y mecánicos...**, *op. cit.*

¹⁶³ Es parte del “discurso público” de las clases dominantes, que analiza James C. Scott en **Los dominados y el arte de la resistencia**, Tafalla-México: Txalaparta, 2003.

el ordenamiento jurídico y las leyes del reino.¹⁶⁴ Por tanto, ser mujer y trabajadora –o pobre, que viene a ser lo mismo– implica estar sujeta a un doble vilipendio y a un mayor riesgo de marginación social.

La naturaleza moral e intelectualmente inferior que se atribuye tanto al vulgo como a las mujeres justifica la exclusión de uno y otras, esto es, de la mayoría de la población, del ejercicio de la política. En Madrid la expulsión de los más altos *oficios de república* afecta desde época temprana a los trabajadores manuales.¹⁶⁵ Todas las mujeres, independientemente de su posición social, están asimismo excluidas de estos oficios y de las universidades, que facilitan el acceso a ellos.¹⁶⁶ En los siglos modernos aparece claramente definida una división jerarquizada entre el trabajo manual y el intelectual, en la cual este último se asocia al sexo masculino y a las clases que conforman las elites de poder.¹⁶⁷ Corolario de esta división es la que en el siglo XVIII se establece entre las *artes liberales* y las *mecánicas* –o artes y oficios–, con sus respectivos grados de honor y vileza. Es a lo largo de esta centuria cuando determinados oficios que habían sido considerados mecánicos, como los pintores o los maestros de obras –después arquitectos–, adquieren el estatuto de artes liberales.¹⁶⁸

En esta estructura jerárquica de división del trabajo social, las mujeres de las clases subalternas parecen tener una única vía expedita: el trabajo mecánico y servil. Sólo las clases altas generan excepciones en mujeres que alcanzan una formación universitaria o llegan a ser artistas reconocidas en la literatura o las artes plásticas. Por ejemplo, María Isidra Quintina de Guzmán, hija de los marqueses de Montealegre, es nombrada

¹⁶⁴ La inferioridad moral de las mujeres es un axioma en el discurso católico desde San Pablo. Véase, por ejemplo, María Luisa Candau Chacón, “Literatura, género y moral en el Barroco hispano: Pedro de Jesús y sus consejos a “Señoras y demás damas”, *Hispania Sacra*, LXIII, 127 (2011), pp. 103-131; Eukene Lacarra Lanz, “Representaciones de las mujeres en la literatura española de la Edad Media (escrita en castellano)”, en I. Zavala (coord.), **Breve historia feminista de la literatura española (en lengua castellana)**, Barcelona: Anthropos, 1995, pp. 21-68; M^a Victoria López Cordón, “La conceptualización de las mujeres en el Antiguo Régimen: los arquetipos sexistas”, *Manuscripts*, 12 (1994), pp. 79-107; y Julia Varela, **El nacimiento de la mujer burguesa**, Madrid: La Piqueta, 1997.

¹⁶⁵ Hernández Benítez, “El cierre de las oligarquías...”, *op. cit.*

¹⁶⁶ El proceso de expulsión de las mujeres de la enseñanza superior lo analiza Varela en **El nacimiento de la mujer...** *op. cit.*, capítulo IV.

¹⁶⁷ En el sentido que le da J. A. Maravall en **Poder, honor y elites en el siglo XVII**, Madrid: Siglo XXI, 1984.

¹⁶⁸ Véase Julián Gállego, **El pintor, de artesano a artista**, Granada: Diputación Provincial de Granada, 1976; y Pedro Navascués Palacio, “Sobre titulación y competencias de los arquitectos en Madrid (1775-1825)”, *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, 11 (1975), pp. 123-136.

“maestra y doctora en filosofía y letras humanas” por la Universidad de Alcalá, a la tierna edad de 17 años.¹⁶⁹ La norma, sin embargo, vincula a la mayoría de mujeres de las clases no privilegiadas. Son éstas quienes soportan una presión estructural que las empuja hacia ámbitos de actividad y relaciones laborales que tienen fuertes puntos de conexión con su rol de reproductoras en el seno de la familia, como es el caso de las posaderas o las criadas que examinaré más adelante. En otros términos: el patrón de división sexual del trabajo –y del mercado laboral- que se gesta a lo largo de los siglos modernos es producto de la “división del trabajo sexual”, en palabras de Bourdieu, o del “contrato sexual”, en las de Pateman, sobre el que se construye y reproduce el orden patriarcal.¹⁷⁰

Si bien la familia es el lugar donde la dominación masculina se manifiesta más claramente, donde se impone la experiencia precoz de la división sexual del trabajo y la representación que legitima esa división, “el principio de perpetuación de estas relaciones de fuerza materiales y simbólicas se sitúa en lo esencial fuera de esta unidad, en unas instancias como la Iglesia, la Escuela o el Estado”, señala Bourdieu.¹⁷¹ En efecto, en Madrid, el empeño de las autoridades cortesanas por canalizar la mano de obra de las mujeres de las clases subalternas hacia la servidumbre doméstica se hace patente desde la propia instalación de la Corte en 1561, a través de una serie de disposiciones a las que en seguida me referiré. Un período, el Barroco, en el que se desarrollan dos procesos con importantes conexiones entre sí. En primer lugar, el reforzamiento del orden patriarcal emanado de los principios del Concilio de Trento. En segundo lugar, la criminalización de las prácticas asociadas a la pobreza, a través de la cual las clases populares adquieren un estatuto de peligrosidad social, siendo las mujeres pobres quienes lo sufren con mayor intensidad.¹⁷²

¹⁶⁹ Se trata, no obstante, de un título que no la capacita para formar parte del claustro. La noticia y la prolija descripción del pomposo ceremonial que lleva consigo el nombramiento, en Biblioteca Nacional/Hemeroteca digital (en adelante BN/HD), **Mercurio de España**, junio de 1785, p. 85.

¹⁷⁰ Pierre Bourdieu, **El Sentido práctico**, Madrid: Taurus, 1991, p. 237; y Carol Pateman, **The Sexual Contract**, Cambridge: Polity Press, 1988, p. 16.

¹⁷¹ P. Bourdieu, **La dominación masculina**, Barcelona: Anagrama, 2000, p. 140.

¹⁷² Sobre el cambio en la percepción de la pobreza hay abundante bibliografía. Para el caso español, es destacable, entre otros trabajos, la compilación del Seminario de Historia de la acción social, **De la beneficencia al bienestar social. Cuatro siglos de acción social**, Madrid: Consejo General de Colegios Oficiales de Diplomados en Trabajo social y Asistentes sociales/Siglo XXI, 1986; y Pedro Carasa Soto, “La historia y los pobres: de las bienaventuranzas a la marginación”, **Historia Social**, 13 (1992), pp. 77-99.

El establecimiento de la Corte produce un impacto sobre el conjunto del mundo del trabajo urbano. Las décadas finales del siglo XVI y primeras del XVII conocen una creciente conflictividad social a consecuencia de las disposiciones de la Sala de Alcaldes dirigidas a reprimir determinados aspectos de la sociabilidad y la cultura laboral de las capas populares. No era sólo que criadas y criados pusiesen ciertas condiciones para entrar en una casa a servir –“exceso” que ya piden atajar las cortes de Madrid de 1563-, sino también que los artesanos demandaban alzas salariales y realizaban huelgas y otras acciones de protesta como medidas de presión. El Pregón general para la buena gobernación de la Corte de 1585 intenta poner coto a la sociabilidad popular en las tabernas, la asistencia a espectáculos públicos fuera de los horarios permitidos, y refuerza la vigilancia de quienes viven en posadas. La inquietud social que ello provoca se agudiza con la implantación de impuestos que gravan el consumo de los pobres, y deriva en motín cuando el Bando de Policía de 1591 ordena reubicar los puestos de venta de artesanos y comerciantes.¹⁷³

Estas medidas van también dirigidas a controlar el hinchado sector pauperizado de la ciudad, que crece con los continuos aportes del éxodo rural. La mendicidad se transforma en delito, punible con el destierro o los azotes, si se ejerce sin matrícula y licencia. La movilidad de quienes ejercen la servidumbre doméstica entra asimismo en la lista de prácticas a reprimir, con especial vigilancia sobre las criadas. Las autoridades exigen a las mujeres ponerse a servir en una casa y permanecer en ella bajo la autoridad del cabeza de familia. Servir en una casa “honesta” representa para las jóvenes el aprendizaje de las tareas que más adelante están llamadas a realizar como esposas y madres, además de asegurarles tanto el “recogimiento” necesario para salvaguardar su “honra”, como la permanencia bajo tutela. Únicamente las solteras mayores de 25 años y las viudas están legalmente capacitadas para gobernar sus personas y bienes, aunque de forma más efectiva cuando disponen de recursos suficientes para eludir la servidumbre.¹⁷⁴

¹⁷³ Ángel González de Amezúa y Mayo, “El bando de policía de 1591 y el Pregón general de 1613 para la Villa de Madrid”, **Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo**, 38 (1933), pp. 141-179.

¹⁷⁴ A todas las mujeres, sin embargo, de cualquier estado y edad, las leyes del reino les reconocen el derecho a testar, uno de los pocos rincones de autonomía jurídica que poseen en la Castilla de la Edad Moderna. Véase, Paloma Cepeda Gómez, “La situación jurídica de la mujer en España durante el Antiguo

La infracción de las leyes y costumbres que regulan la actividad de las criadas y otras trabajadoras produce un delito, *la vagancia*, y una delincuente, la *vagamunda*, a la cual se castiga con una pena consistente en el destierro y la vergüenza pública, y que a partir de la segunda década del XVII se complementa con la reclusión, siguiendo los consejos de los humanistas de confinar a los pobres de ambos sexos para hacer de ellos una fuerza útil.¹⁷⁵ Desde 1565, la regulación del servicio doméstico se realiza interviniendo la actividad de las agencias de colocación de criadas y criados, conocidas como “padres o madres de mozas”. En 1607, las instrucciones se dirigen a que acomoden a las aspirantes dentro del plazo de tres días desde su llegada a la agencia, pasados los cuales, si alguna no acepta ninguna oferta, los agentes de colocación deben expulsarla de la casa y dar cuenta a la justicia para que sea castigada por vagamunda. Tres años después, a estos padres y madres se les exige guardar un libro de asiento con todo lujo de detalles sobre las entradas y salidas de las criadas, y se les instruye para que no vuelvan a recibir a ninguna hasta pasados seis meses desde que dejaron de servir.

En 1610 se funda en Madrid el llamado “recogimiento de la Galera”, primera cárcel femenina, con el propósito explícito de castigar a las mujeres “que no quieren someterse a servir y las vagamundas”.¹⁷⁶ Es decir, como medio coactivo para orientarlas hacia la servidumbre evitando que optasen por otras vías de mayor autonomía personal. Dice al respecto Suárez de Figueroa, refiriéndose a las criadas: “para castigo de sus muchas faltas, se fundó ha poco, por traza del Dr. Cristóbal Pérez de Herrera (...) cierto recogimiento con nombre de “Galera”, a que se condenan las delincuentes y vagabundas

Régimen y Régimen Liberal”, en M. C. García Nieto (ed.), **Ordenamiento jurídico...**, *op. cit.*, pp. 181-193.

¹⁷⁵ Michel Cavillac (ed.), **El Amparo de Pobres de Pérez de Herrera**, Espasa-Calpe, Madrid, 1975. Para el debate entre Pérez de Herrera y Giginta, y los cambios acaecidos en el modelo asistencial de la corte, José Luis de los Reyes Leoz, **Madrid, laboratorio de pobres**, tesis doctoral inédita, Universidad Autónoma de Madrid, 2003. Sobre el trabajo “útil” de los pobres en el discurso ilustrado, Fernando Díez, **Utilidad, deseo y virtud. La formación de la idea moderna del trabajo**, Barcelona: Península, 2001, pp. 69-101; y Alberto Marcos Martín, “Carità e società nella Spagna moderna”, en **Assistenza e solidarietà in Europa, Secc... XIII-XVIII, Atti della “Quarantaquattresima Settimana di Studi”, 22-26 aprile 2012**, Florencia: Firenze University Press, 2013, pp. 399-417.

¹⁷⁶ AHN, Consejos, lib. 1.389, f. 627.

(...) En este lugar se disciplinan sus cuerpos y se humillan sus bríos, haciéndolas trabajar para sustentarse”.¹⁷⁷

El escritor se equivoca quizás en cuanto a la paternidad de la nueva institución, ya que el reglamento que se adopta para la Galera es el que redacta Magdalena de San Jerónimo; pero no parece errar en lo relativo a su régimen punitivo.¹⁷⁸ En 1608, poco antes del destierro morisco y en el cargado ambiente contrarreformista, la Corona aboga por aplicar hierro a las “mujeres vagantes, ladronas, alcahuetas y otras semejantes”.¹⁷⁹ La Galera de las mujeres –así llamada por el equivalente destino a galeras que se reservaba a los varones- se crea y consolida en las primeras décadas del siglo XVII, precisamente durante el proceso de implantación de las normativas laborales citadas, lo que apunta a la relación entre trabajo y reclusión como mecanismo del control social sobre las mujeres e instrumento de coacción y castigo ejemplar para las infractoras. En esta persecución el discurso moral se confunde con el económico: se castiga a las mujeres porque se desvían del modelo cristiano de mujer sumisa, obediente y dependiente del varón; pero también por negarse a servir.

En 1614, como consecuencia de un nuevo auto del Consejo de Castilla “para remediar los excesos de las mozas de servicio”, indicio irrefutable de la poca efectividad que hasta entonces había tenido la regulación, la Sala de Alcaldes recopila las normas dispersas en una amplia disposición que afectaría a la capital. Ninguna moza puede estar en la ciudad sin amo o sin registrarse en el libro de la agencia más de cuatro días u ocho para las que lleguen de fuera; les queda prohibido poner condiciones, tales como pedir ración o un día libre a la semana, la quincena o el mes, o el tiempo que fuera para salir de la casa “so color de tener negocios o personas a quienes ver”. Las infractoras serán

¹⁷⁷ Cfr. Miguel Herrero García, **Oficios populares en la sociedad de Lope de Vega**, Madrid: Castalia, 1977, p. 50.

¹⁷⁸ El reglamento de Magdalena de San Jerónimo, titulado “Razón y Forma de la Galera”, en Isabel Barbeito Carnero, **Cárceles y mujeres en el siglo XVII**, Madrid: Castalia, 1991.

¹⁷⁹ Este proyecto se considera el primer reglamento de las cárceles femeninas. Véase Gema Martínez Galindo, **Galerianas, corrigendas y presas. Nacimiento y consolidación de las cárceles de mujeres en España (1608-1913)**, Madrid: Edisofer, 2002, pp. 38-39.

tratadas como vagabundas y desterradas. En el caso de otras penas (la reclusión), se procederá “como en las demás causas criminales”.¹⁸⁰

Para encarrilar con mayor eficacia a las jóvenes de las familias pobres hacia la servidumbre doméstica, se les corta el acceso a otras vías laborales. La economía cortesana, como hemos visto, ofrece algunas alternativas al servicio doméstico, tanto en otro tipo de servicios como en el comercio o la industria. Aunque no impliquen mayor ingreso o seguridad material, estos empleos remunerados garantizan cierto grado de autonomía y libertad de movimientos. Pero esto es precisamente lo que se pretende cercenar a las trabajadoras. Desde la instalación de la Corte en Madrid, la reacción monárquico-señorial contra las que no se adaptan al modelo de mujer sancionado en Trento se traduce en una batería de trabas legales a la actividad en determinados oficios, que puede considerarse un episodio de la “lucha de sexos”. Hemos visto que los gremios artesanos, con el beneplácito del gobierno, vetan a las mujeres la entrada en sus filas, privándolas así del único canal de aprendizaje formal en los oficios mecánicos. En la década de 1580 se prohíbe a las viudas taberneras ir a comprar el vino que despachan, aun si es el único oficio que practican y tienen familias que mantener.¹⁸¹ Tampoco pueden las mujeres solteras menores de 40 años vender en calles y plazas, sea en puesto fijo o ambulante, ni despachar en tabernas, mesones, etc., según un auto de 30 de agosto de 1610, el mismo en que se funda la Galera, bajo pena de cien azotes y pérdida de la mercancía.¹⁸² Las mismas restricciones por estado civil y edad se aplican al extendido ejercicio de coger puntos a las calzas o abrir cuellos, que asimismo se llevan a cabo en la vía pública.¹⁸³

¹⁸⁰ Herrero García, **Oficios populares...**, *op. cit.*, pp. 49-54. La pena de destierro convertía realmente en vagamundas a aquellas criadas que no podían volver a sus lugares de origen, por carecer de parientes u otros motivos, lo que las obligaba o a infringir el extrañamiento y retornar a la corte –cosa que no era infrecuente– o a retomar el camino en otra dirección, con el riesgo en ambos casos de ser prendidas de nuevo.

¹⁸¹ AHN, Consejos, lib. 1.197, f. 57.

¹⁸² Un auto que se vuelve a publicar en 1644, prueba de que en ese tiempo no había dado mucho fruto la prohibición: AHN, Consejos, lib. 1.249, f. 65.

¹⁸³ AHN, Consejos, lib. 1.199, f. 187. Son fechas en que las autoridades cortesanas todavía pugnan, a fuerza de bandos, contra la arraigada costumbre de los trabajadores de sacar sus pertrechos a la calle y faenar allí, a las puertas de sus locales, lo que demuestra que todavía no había una separación nítida entre el espacio privado de los talleres o tiendas y el espacio público de portales, calles y plazas.

En cuanto a las vagabundas, durante el siglo ilustrado su asociación simbólica a la servidumbre doméstica sigue constituyendo el eje central del discurso de las elites: “no hay lavanderas *ni quien sirva*” –se quejan los Alcaldes-, porque las pobres andan ocupadas en vender por las calles todo género de artículos, lo que hace “henchir la República de vagamundas”, y así “poco trabajadas y bien comidas y con dineros sobrados ¿en qué vicios no darán?”.¹⁸⁴ La venta ambulante y cualquier otra actividad realizada en la calle contravienen la norma de “recogimiento” –confinamiento en el hogar- que es clave en el modelo de mujer dictado por la moral dominante. Y esta contravención se castiga. En primer lugar, vertiendo sobre la infractora descalificativos tales como practicar la “ociosidad”, la “vagancia” o darse al “vicio”, siendo su conducta sospechosa de encubrir la práctica permanente de la prostitución.¹⁸⁵ En segundo lugar, construyendo instituciones en las que recluir a las contraventoras. A la Galera y el Hospicio del Ave María, también llamado de Corte, se suma, a partir del motín popular de 1766, el correccional de San Fernando, con mucha mayor capacidad para encerrar a las tachadas de vagabundas y otras delincuentes, como veremos más adelante.¹⁸⁶

La mujer pobre que no desea someterse a servidumbre ni observa el recogimiento que se le exige -porque no puede o no quiere- se convierte en el paradigma del vicio y el mal, encarnación de la Eva pecadora, por contraposición al modelo de virtud y bondad representado por la Virgen María. En el “no sujetarse a servir” la dominación de clase y de género se imbrican para producir un delito que es únicamente imputable a las féminas menesterosas. Muchas niñas y jóvenes, sobre todo si son huérfanas, pasan buena parte de su mocedad entre la casa de sus amos, que a menudo son parientes, y el Hospicio, ya que el cabeza de familia tiene también potestad para ordenar el encierro correccional de quienes viven bajo su tutela. A María Josefa de Castro, de 17 años, natural de Segovia, la había mandado su madre a Madrid con un tío suyo para que la pusiera a servir; pero por no aguantar en las casas donde la había colocado, éste ordena su ingreso en el Hospicio.¹⁸⁷ María González, procedente de Lugo, tiene 24 años en

¹⁸⁴ AHN, Consejos, lib. 1.420, ff. 136, 137, 163 y 175.

¹⁸⁵ Curiosamente, también a las criadas se las relaciona con la prostitución en el discurso ilustrado, a pesar de que se supone ejercen un oficio idóneo para su sexo y clase y, por tanto, lícito.

¹⁸⁶ Sobre esta institución, Jacques Soubeyroux, “El encuentro del pobre y la sociedad: asistencia y represión en el Madrid del siglo XVIII”, *Estudios de Historia Social*, 20-21 (1982), pp. 7-225/ 109-114.

¹⁸⁷ AHN, Consejos, leg. 39.821, exp. 5.

1781 y es soltera. Su hermana la había internado cinco años antes “por no parar a servir” y ahora la reclama porque en su pueblo la necesitan para que cuide de su madre.¹⁸⁸ A Manuela Viñas, de 16 años, también la había ingresado su hermana en un “colegio” de su localidad natal, Béjar. La sacó de allí una viuda residente en Madrid para que la sirva, pero en 1786 la ingresa en el Hospicio para corregir su “genio terco”, pidiendo posteriormente que se la devuelvan.¹⁸⁹ En 1783, otra huérfana de 15 años, Francisca Gutiérrez, había pasado cuatro años en el correccional de San Fernando a petición de su primo por “no poderla mantener ni querer servir”. El abogado al que había servido su madre durante muchos años la reclama, con la condición de que “no arreglándose en sus procedimientos se la devolverá al hospicio”.¹⁹⁰

Muchas mujeres pobres desafían con la defensa de su autonomía personal los condicionantes ideológicos y legales que las empujan hacia la servidumbre y la tutela permanente, bien sea del amo o del marido. Ramón de la Cruz representa en uno de sus sainetes a este prototipo femenino transgresor a través del personaje de Aquilina, joven andrajosa, criada de una viuda. Las desavenencias con su ama la determinan a abandonarla y llevarse con ella la ropa de la colada como prenda por el salario que la adeuda. El alguacil y el casero la encuentran y la obligan a volver para arreglarse con su ama o, al menos, “dar cuenta de su persona”, a lo que la muchacha protesta:

“¡Yo cuenta! Mis padres no sé quién fueron; parientes no los conozco; tutores los aborrezco; amos, mandan demasiado; me fastidian los cortejos, y por no tener marido que me mande, tengo hecho voto de castidad: vean si tendré, fuera del cielo, yo a quién dar cuentas de mí”. Cuando el alguacil le pregunta que, en tal caso, por qué está sirviendo, Aquilina responde: “Porque no quiero *golver* al *Hespicio*”.¹⁹¹

¹⁸⁸ AHN, Consejos, leg. 49.676.

¹⁸⁹ AHN, Consejos, leg. 9.435.

¹⁹⁰ AHN, Consejos, leg. 39.823, exp. 1.

¹⁹¹ Ramón de la Cruz, “La Petra y La Juana”, en **Doce Sainetes**, Barcelona: Labor, 1972, p. 318.

Cap. 4. Salario y condiciones de vida de la población laboral

Madrid absorbe un enorme caudal de renta que se reparte de forma muy desigual. La Casa Real, la nobleza, el clero y la burocracia, que representan menos del 12 por ciento de los habitantes de la capital, acaparan el 80 por ciento de la renta disponible y el 48 por ciento de la riqueza producida en la ciudad; de modo que a los trabajadores, que conforman la mayoría de la población, sólo les queda el 24,5 por ciento de la renta urbana. Son estas clases productoras, no obstante, las que, tanto en Madrid como en su Tierra, pagan regularmente una serie de contribuciones que gravan el producto bruto agrario (tercias reales), el patrimonio del tercer estado (servicio de los pecheros), las transacciones comerciales (alcabalas, cientos) y el consumo de productos de primera necesidad como vino, carne, aceite y vinagre (sisas reales y municipales). Con estas últimas contribuciones, el pueblo llano de Madrid sufraga la red de hospitales, hospicios y albergues a los que recurre en las situaciones de extrema necesidad.¹⁹²

A mediados de siglo, sólo una minoría de entre el 10 y el 15 por ciento de los trabajadores madrileños percibe ingresos superiores a los 10 reales diarios, mientras que las dos terceras partes ganan menos de 6, teniendo en cuenta que los días laborables oscilan entre 180 y 250 al año según el tipo de actividad.¹⁹³ En torno a un 40 por ciento de trabajadores viven al borde del nivel de subsistencia, afectados por el subempleo y el paro estructural. Este grupo incluye a una parte de ese 60 por ciento de maestros y 71 por ciento de oficiales que en 1757 ingresan entre 5 y 9 reales al día, poco más que los peones de la construcción, cuyo jornal es de 4 a 6 reales.¹⁹⁴ Eugenio Larruga reconoce que “raro es el artífice que en Madrid no muere miserable”.¹⁹⁵ Aunque no se puede generalizar, pues la corte contaba con artesanos muy bien retribuidos, abundan casos como el de Joseph García, maestro tejedor. En 1775, con motivo de sus segundas nupcias, hace inventario de sus bienes, que incluyen dos telares, un modesto ropero y ajuar de casa, todo lo cual es tasado en 1.627 reales.¹⁹⁶

¹⁹² López García (dir.), **El impacto de la Corte...**, *op. cit.*, p. 267.

¹⁹³ Los datos de los salarios proceden del Censo de Artes y Oficios de 1757.

¹⁹⁴ Soubeyroux, “Pauperismo y relaciones sociales...”, *op. cit.* pp. 45-64; y Nieto Sánchez, **Artesanos y mercaderes...**, *op. cit.* pp. 436-444.

¹⁹⁵ Larruga, **Memorias...**, *op. cit.*, tomo I, p. 276.

¹⁹⁶ AHPM, prot. 19.814, f. 222: “Capital de bienes otorgado por Mariana de Mata...”, 8 diciembre 1775.

La situación empeora a partir de 1790, incluso entre los artesanos que han gozado de las franquicias de la Junta de Comercio. Por ejemplo, Santiago Ubón, fabricante de medias de seda, con más de una docena de telares, suscribe en 1799 una declaración de pobreza ante notario, en la que asegura no poseer nada más que “el corto producto de su ejercicio de hacer medias de seda”. En 1806, el rey pide a la Junta que lo auxilie. El informe a que da lugar dicha petición incluye una carta de Ubón en la que señala que “de dieciséis años a esta parte se han suprimido en Madrid 18 fábricas. Conforme han ido falleciendo sus dueños y maestros, los más de ellos en el hospicio, se han deshecho los telares para venderlos por hierro viejo, no por su inutilidad sino por la decadencia y falta de trabajo y de operarios que los pudiesen comprar o alquilar”. Estos trabajadores han fallecido con la epidemia de 1804 o se han ido a buscar “otros arbitrios”.¹⁹⁷

En los críticos primeros años del XIX, a la Junta de Comercio llegan peticiones de ayuda por parte de artesanos y comerciantes, la mayor parte rechazadas. Francisco Javier Garrido, tejedor de lino, cáñamo y algodón, es uno de ellos. Alega que, antaño, en sus 16 telares, “el pobre artesano hallaba donde tejer las hilazas que a ratos perdidos en las noches de invierno y a su voluntad, había trabajado *su familia*”, pero ahora ve con dolor cómo los operarios se dispersan “unos buscando trabajo dentro y fuera del Pueblo (...) algunos enfermos por la indigencia, muchos muertos por el contagio, y todos sin pan...”. En el inventario adjunto de los bienes y materiales que tenía en su fábrica, Garrido hace una pequeña anotación: “el teñido y blanqueado se debe al cuidado y esmero de mi mujer”.¹⁹⁸ Otra evidencia del invisible trabajo recíproco de las esposas de artesanos.

¹⁹⁷ AGS, Consejo Supremo de Hacienda, Junta de Comercio y Moneda, leg. 322, exp. 10. Su declaración de pobre, en AHPM, prot. 19.554, f. 436, 8 junio 1799. En esta fecha, Ubón es viudo y vive con sus padres y su hijo de 8 años. Un aspecto poco tenido en cuenta, que obstaculiza el progreso de las manufacturas en la capital, es la inseguridad de los locales, ya que las ayudas de la Junta de Comercio dejan al albur del salvaje mercado de alquiler este importante renglón, anteponiendo el interés de los caseros. El propio Ubón es un ejemplo, pero hay muchos más casos de artesanos y artesanas que se ven urgidos a desalojar sus locales, con los consiguientes perjuicios.

¹⁹⁸ Énfasis mío. AGS, Consejo Supremo de Hacienda, Junta de Comercio y Moneda, leg. 316. La epidemia y el hambre de 1804 en Madrid fueron responsables del espectacular incremento de las defunciones de ese año, 11.307, un 90,6 por ciento más que en el anterior: Carbajo Isla, **La Población de Madrid...** *op. cit.*, p. 99.

Si esta es la situación a la que se ven abocados los trabajadores cualificados al acabar la centuria, en el 40 por ciento de pobreza, paro y marginación, calculado para mediados del XVIII, la peor parte recae sobre aquellos que carecen de dichas cualificaciones, como los trabajadores “a lo que salga”, o que no les son reconocidas, como sucede con las artesanas. Es el caso de peones de la construcción, jornaleros, lavanderas, hilanderas, costureras, trabajadoras domiciliarias, enfermeras, nodrizas de la Inclusa, criadas, mozos y mozas de las plazas de abastos, tiendas, tabernas y bodegones; aguadores, poceros, vendedoras y vendedores callejeros, mozos de distinto tipo (de cuerda, de limpieza, de mulas, de carros ...), faroleros, esportilleros y peones de la Real Fábrica de Salitre. Estos trabajadores ganan 4 reales o menos al día y la mayor parte son inmigrantes que engrosan los arrabales septentrionales y meridionales de la capital. En las coyunturas de crisis agrarias, como las acaecidas a finales de las décadas de 1770 y 1790, la inmigración de la miseria se acrecienta y tira de los salarios a la baja, mientras los precios de los alimentos y los alquileres experimentan subidas. Se ha estimado que en Madrid el coste de la vida aumenta un 15 por ciento entre 1690-99 y 1783-92. Por el contrario, los salarios reales de los trabajadores no cualificados del sector servicios inician un descenso en 1733 que se agudiza a partir de 1760, lo que certifica que el poder adquisitivo de estos trabajadores en 1790-99 es un 43 por ciento menor que en 1680-89.¹⁹⁹

Esta evolución de los salarios en Madrid proviene del Colegio de Santa Isabel, e incluye una desagregación por sexos en lo tocante al sector servicios. Para el caso de las mujeres, en el capítulo del trabajo no cualificado, se ha tomado como referencia el salario de las criadas, que, como veremos, varía poco al ser la parte en especie la que más influye en el ingreso real. De ahí se colige que la retribución media de estas trabajadoras desciende relativamente poco entre las dos últimas décadas del siglo XVII y finales del XVIII, estimándose la parte en especie en el 66,4 por ciento del total. Por el contrario, en el caso de las trabajadoras cualificadas del sector servicios (las maestras de los distintos talleres donde se aplican las colegialas), la oscilación a la baja de sus

¹⁹⁹ Enrique Llopis Agelán y Héctor García Montero, ‘Precios y salarios en Madrid, 1680-1800’, **Investigaciones de Historia Económica**, VII/2 (2011), pp. 295-309/ p. 304. Otros cálculos realizados para la segunda mitad del XVIII alcanzan un resultado similar en cuanto a los empleos masculinos no cualificados, ya que fijan en un 41 por ciento la pérdida de poder adquisitivo de los peones de la construcción: López García, **El motín contra Esquilache...**, *op. cit.* p. 201.

salarios reales es más acusada que en los varones, cayendo un 33,4 por ciento en el período referido.²⁰⁰ En conjunto, la evidencia indica, primero, que los salarios femeninos descienden un 14 por ciento, la mitad que los masculinos; y segundo, que el diferencial salarial por sexo se reduce en la mano de obra no cualificada y se amplía en la cualificada.²⁰¹

El predominio de los servicios no especializados en la población activa de la capital explica la ligera reducción de la brecha salarial entre hombres y mujeres; pero ésta, en general, persiste. La menor remuneración de la mano de obra femenina es un fenómeno generalizado en la Europa Moderna, sobre todo a partir del siglo XVI.²⁰² Madrid no es una excepción, aunque, lamentablemente, los datos sobre los salarios de las trabajadoras son escasos y dispersos, cronológica y ocupacionalmente, lo que imposibilita el tratamiento estadístico. Conocemos los ingresos de las asalariadas de algunas instituciones como la Inclusa o el Hospital, en concreto, los de las nodrizas y lavanderas, pero no podemos compararlos con los masculinos, en el primer caso por razones obvias, y en el segundo porque, aunque en el Setecientos persisten algunos hombres dedicados a la lavandería, no hay datos sobre sus remuneraciones. Por otro lado, los salarios de quienes trabajan para instituciones difieren de los que lo hacen en el sector privado. Probablemente, el diferencial salarial por sexo variase en distintos ámbitos de actividad y períodos concretos, e incluso parece que hubo paridad retributiva en determinados oficios. Por ejemplo, en 1775, los bordadores, un arte no agremiado, afirman que son unos 140 individuos, “de los cuales unos 7 tienen obradores como en calidad de Maestros, y los demás trabajan por Oficiales, y entre éstos hay unas 6 Mujeres, que ganan lo mismo que los Oficiales...”²⁰³ En 1804, un anuncio en el Diario ofrece el mismo jornal de 9 reales a hombres, mujeres o muchachos por recoger cargas de guijo.²⁰⁴ Sin embargo, estas excepciones no alteran el patrón dominante de la

²⁰⁰ Las fuentes para la retribución de las maestras ratifican esta tendencia. De ello me ocupo en la parte III.

²⁰¹ Llopis y García, “Precios y salarios...”, *op. cit.*, pp. 27-28.

²⁰² Catharina Lis y Hugo Soly, **Pobreza y capitalismo en la Europa preindustrial (1350-1850)**, Madrid: Akal, 1985, pp. 94 y ss.

²⁰³ Énfasis mío. AHN, Consejos, leg. 1.051, exp. 18.

²⁰⁴ HD/BNE, **Diario de Madrid**, martes 8 de mayo de 1804.

desvalorización de la mano de obra femenina e infantil, el otro renglón de fuerza laboral sub-remunerada.²⁰⁵

En Madrid, durante los siglos modernos, son numerosos los comentarios sobre la incapacidad de las mujeres para mantenerse exclusivamente de su trabajo, debido a sus exiguas remuneraciones. Ya a comienzos del siglo XVII, la inspiradora de la Galera, Magdalena de San Jerónimo, aunque aboga por castigar severamente a las vagamundas, no deja de reconocer que las “doncellas buenas” para serlo “trabajan de día y de noche, y con todo eso no alcanzan para vestirse un vestido honesto, ni aún allega todo su trabajo para poderse sustentar”.²⁰⁶ En 1775, los miembros del Consejo de Castilla, en un informe sobre la petición de Francisco Tolosa para abrir una “escuela” de bordados, argumentan para rechazar dicha pretensión que este oficio, de gran consumo en la corte, debería ser sólo femenino, por cuanto “las mujeres se contentan con menos estipendio”.²⁰⁷ El propio Campomanes, por estas fechas, señala en sus *Discursos* que “es incomparablemente mayor el jornal de un oficial o maestro, que el de una mujer” lo que sin duda se contempla como una ventaja para el fomento industrial.²⁰⁸

Del hecho de que entre los salarios femeninos haya cantidades nominales iguales a las que hallamos en trabajadores varones, no podemos colegir que estemos ante una paridad. Por ejemplo, en la década de 1780, la joven Francisca Alonso asegura que gana un jornal de 6 reales hilando para la fábrica de paños Mira el Río, equivalente a lo que entonces ganan los peones de albañil y muchos oficiales; pero no se trata de las mismas ocupaciones ni sabemos las horas que una y otros emplean para ganar dicho jornal.²⁰⁹ El diferencial salarial por sexo responde a factores políticos e ideológicos, que, por supuesto, algo tienen que ver con la economía. En el sistema de valores que inspira la moral dominante, las mujeres ocupan los niveles inferiores, lo que legitima que su fuerza de trabajo tenga por analogía una remuneración más baja.

²⁰⁵ Sobre la situación de la infancia, Jesús Agua de la Roza, “Infancia y pobreza en el Madrid del Setecientos”, en J. Hernando, J. M. López, J. A Nieto (eds.), **La Historia como arma de reflexión. Estudios en homenaje al profesor Santos Madrazo**, Madrid: UAM, 2012, pp. 21-35.

²⁰⁶ Barbeito Carnero, **Cárceles y mujeres...**, *op. cit.*, p. 75.

²⁰⁷ AHN, Consejos, leg. 1.051, exp. 18.

²⁰⁸ Conde de Campomanes, **El fomento de la industria popular y la educación popular de los artesanos**, Oviedo: Grupo Editorial Asturiano, 1991, p. 237.

²⁰⁹ AHN, Consejos, leg. 9.433.

El pensamiento económico dio varias explicaciones a la disparidad salarial entre hombres y mujeres. A mediados del XIX, Stuart Mill apuntaba tres motivos: las menores necesidades de las mujeres al no ser la fuente principal de ingresos familiares; la costumbre, cuando existen diferencias de salarios entre ambos sexos dentro de un mismo tipo de empleo; y la concentración de la mujer en determinados empleos, provocada por la ley o la costumbre. Los mismos factores están presentes en la mayor parte de los trabajos posteriores sobre el tema, a los que se añaden la menor productividad de las mujeres debido a su carencia de formación, el escaso número de alternativas ocupacionales, su menor movilidad y la regulación sindical.²¹⁰

Los factores aludidos son, no obstante, más que causas del inferior salario femenino, consecuencias de la desventaja de la que parten las mujeres en el mercado laboral, debido a su posición subordinada dentro de la familia patriarcal. La ciencia económica da por sentado que ellas no son la fuente principal de ingresos, función que corresponde al cabeza de familia, “ganador del pan”. Pero, en realidad, cuando afirman que ellas “no son” las principales sustentadoras, lo que quieren decir es que “no deben ser”, pues si bien la mayoría de los economistas de finales del XIX consideran que la incorporación de la mujer al mercado de trabajo es positiva, tienden a mostrar reticencias. Marshall, en los *Principios de Economía* (1890), escribe: “los salarios de las mujeres están subiendo rápidamente en relación con el de los hombres. Esto constituye un gran beneficio en cuanto tiende a desarrollar sus facultades, pero es un perjuicio en cuanto las induce a olvidar el *deber* que tienen de formar un verdadero hogar y de *invertir sus esfuerzos en el capital personal que representa el carácter y las aptitudes de sus hijos*”.²¹¹ Es, por tanto, la división sexual del trabajo en el seno de la familia patriarcal la que produce la discriminación salarial, que funciona como un desincentivo. De ahí que, ya desde el siglo XVIII, el discurso de las clases dominantes conceptualice el trabajo remunerado de las mujeres como una “ayuda”, un complemento del masculino, lo que justificaría su

²¹⁰ José M. Rodríguez Rodríguez, **La discriminación salarial de la mujer en España**, tesis doctoral inédita, Universidad Autónoma de Madrid, 1990, p. 11

²¹¹ Énfasis mío, *Ibidem*, p. 15, nota 8. Véase también Mary Nash, “El mundo de las trabajadoras: identidades, cultura de género y espacios de actuación”, en J. Paniagua, J.A. Piqueras y V. Sanz (eds.), **Cultura social y política en el mundo del trabajo**, Valencia: Centro Francisco Tomás y Valiente UNED Alzira-Valencia/Fundación Instituto de Historia Social, 1999, pp. 47-67.

depreciación. Campomanes vuelve a ilustrarnos: “Quedarán, pues, ... cuatro millones [de mujeres] útiles para emplearse honestamente en tales industrias y *ayudar* al sustento de su respectiva familia”.²¹²

Las menores oportunidades ocupacionales de las mujeres y sus retribuciones más bajas, sin duda, contribuyen a la pauperización de buena parte de la población laboral femenina de la capital, especialmente si se trata de mujeres solas con cargas familiares. No obstante, la pérdida de poder adquisitivo que afecta al salario masculino, sobre todo a partir de 1760, convierte en imprescindibles los ingresos, por pequeños que sean, de los otros miembros de la unidad doméstica, específicamente de las mujeres y los menores, que dan el tono a la movilidad del mercado de trabajo en la corte.

Tanto la pérdida de poder adquisitivo como el diferencial salarial por sexo y edad son factores que explican la pobre dieta de los trabajadores, reducida al pan llamado “de jornaleros y artesanos”, hecho con harinas bastas y salvado, junto a un puchero de garbanzos con alguna hortaliza y algo de tocino para almorzar y cenar. La carne, de precio elevado, se sustituye por menudos y despojos de vacuno y ovino, cuyo consumo es sinónimo de pobreza. La lavandera Fermina Collado, vecina de El Escorial, casada con un jornalero, declara ante la justicia que son pobres porque “se alimentan de callos o bofes, bazos de vaca y sopas de ajo”.²¹³ Por este menú, un peón de albañil en la corte abona la mitad de sus ingresos anuales. Si éste está casado con una criada y tienen un hijo, el gasto asciende hasta dos tercios de los ingresos monetarios de estas unidades domésticas dependientes, como hemos llamado a las encabezadas por asalariados.²¹⁴ El alimento es la mayor partida de su gasto, quedando poco para la vivienda, el ajuar doméstico y el vestido.

²¹² Conde de Campomanes, **El fomento de la industria**..., *op. cit.*, p. 42.

²¹³ En 1790 este matrimonio es acusado de robo de dinero. Archivo de la Real Chancillería de Valladolid (en adelante ARCHV), pleitos criminales, caja 325-327.

²¹⁴ López García, **El Motín contra Esquilache**..., *op. cit.* pp. 201-205.

La vivienda denuncia el deterioro de las condiciones de vida de las clases populares en la Villa y Corte, así como el pequeño tamaño de sus unidades domésticas. La concentración de la propiedad inmobiliaria es responsable de que la gran mayoría viva de alquiler, como ocurre en otras capitales europeas.²¹⁵ Pero, además, el caserío urbano no se ha incrementado al ritmo que lo han hecho los vecinos, lo que ha desembocado en unos altos índices de hacinamiento –600 habitantes por hectárea se calcula para las viviendas populares de la Plaza Mayor en 1751-. Ello provoca también una gran compartimentación de los inmuebles de alquiler, de modo que los trabajadores con menores ingresos habitan en cuartos, sótanos o buhardillas, carentes de hogar y, por supuesto, de agua corriente, letrinas y conducción de aguas fecales, lo cual propicia que la vida se haga en la calle.²¹⁶ Estos habitáculos oscuros y mal ventilados representan un fuerte gravamen para sus economías. Se estima que, a mediados del Setecientos, la distancia entre los alquileres y los salarios reales supera los 21 puntos. El precio de un cuarto en la céntrica plazuela de la Leña equivale al 19,4 por ciento de la retribución de un peón que trabaje 220 días al año; mientras que para alquilar otro de pésima calidad en la calle Santa Ana –cerca del Rastro- debe gastar al menos el 11,5 por ciento de los referidos ingresos.²¹⁷

Los salarios de supervivencia generan mecanismos autorreguladores como la nupcialidad tardía –por encima de los 25 años-, que acorta la tasa de fertilidad y aboca al recurso de la exposición de los recién nacidos, especialmente en los períodos críticos. Si a comienzos del siglo XVIII el número de expósitos era del 11 por ciento de los nacidos en la ciudad, en 1752 la cifra se eleva al 15 y supera el 35 por ciento en 1804.²¹⁸ Estos rasgos sociodemográficos condicionan el pequeño tamaño de las familias trabajadoras, con uno o dos hijos de media. Si se añade el alto porcentaje de población flotante, no avecindada, se explican la versatilidad de las formas de convivencia que se dan entre la población laboral de la Villa y Corte.

²¹⁵ *Ibidem*, p. 40. En París, cerca del 80 por ciento de sus habitantes vive de alquiler. Raffaella Sarti, **Vida en familia. Casa, comida y vestido en la Europa moderna**, Barcelona: Crítica, 2003, p. 24.

²¹⁶ López García, **El motín contra Esquilache...**, *op. cit.*, p. 40.

²¹⁷ *Ibidem*, pp. 44-45

²¹⁸ Soubeyroux, “Pauperismo y relaciones sociales ...”, *op. cit.*, p. 71

Los estudios realizados para el ámbito europeo ratifican lo que expuse en el capítulo 3 respecto a la unidad doméstica: entre los pobres de las ciudades, ésta no es sólo un grupo de parentesco, sino una “colectividad” de trabajadores cuyo tamaño y composición pueden variar considerablemente a lo largo del tiempo.²¹⁹ Si por unidad doméstica entendemos una unidad económica cooperativa dirigida a la satisfacción de las necesidades de sus miembros, la evidencia indica que, por un lado, en Madrid no siempre estos miembros viven bajo el mismo techo, lo que es en parte consecuencia de las exiguas dimensiones de las viviendas. La unidad doméstica se desarrolla en un espacio –la casa-, pero sus límites no necesariamente coinciden con los muros de ésta.²²⁰ Por otro lado, es frecuente que uno o más miembros de la misma residan por algún tiempo fuera del hogar familiar precisamente como parte de su contribución al sostenimiento del grupo. De ahí que muchos de los que llegan a Madrid a aprender un oficio o a trabajar de forma temporal lo hagan para añadir un ingreso más al presupuesto familiar. Tal solución reporta a sus unidades domésticas un doble beneficio, ya que con la ausencia temporal de un miembro se reduce el consumo en beneficio de los que permanecen; y, además, con los ingresos monetarios adquiridos durante la migración, la unidad doméstica hace frente al pago de impuestos o la compra de tierras y ganado.

En Madrid hay matrimonios que reservan parte de su presupuesto para atender a las necesidades de otros miembros, frecuentemente ascendientes, con los que no cohabitan. Por ejemplo, en 1780, Isabel de Torres, viuda de 60 años, vive en un cuarto enfrente del de su hija y yerno, carpinteros, cuyo alquiler le pagan.²²¹ Es difícil, sin embargo, con los datos disponibles, establecer el grado de cooperación de estos “agregados” externos respecto de la unidad doméstica. En otros casos comprobamos que el espacio residencial permite la cohabitación y la cooperación: Magdalena López, viuda y ciega de 57 años, reside con su hija y su yerno, oficial guarnicionero, y contribuye al sustento

²¹⁹ Richard Jütte, **Poverty and Deviance in Early Modern Europe**, Cambridge: Cambridge U. P., 1994, p. 86.

²²⁰ De ello ya llamó la atención Francisco García González en su estudio de la Sierra de Alcaraz, en el que demuestra que los muros que separaban las viviendas “podían ser en realidad invisibles”: “Más allá del padrón: El espejismo de la familia nuclear”, en F. Chacón y Ll. Ferrer i Alós (eds.), **Familia, casa y trabajo...**, *op. cit.*, pp. 331-344.

²²¹ AHN, Consejos, leg. 39.821, exp. 5

familiar con lo que obtiene cantando oraciones en las puertas de conventos e iglesias;²²² Inés Martínez, de 64 años, vive con su hija y yerno, albañil, y recibe una pensión de la hija del gobernador de Alicante a la que había criado, que probablemente aporta al presupuesto familiar;²²³ Beatriz Micaela Hernández, viuda de 56 años, comparte vivienda con su hija y yerno, maestro sastre, y aporta al sustento común vendiendo en los portales de Santa Cruz las calcetas que ella misma elabora.²²⁴

Ya señalé que el matrimonio no siempre constituye el núcleo de las unidades domésticas; las hay también compuestas por hermanos, como la de Manuel y María García, ambos viudos, y la hija soltera de esta última;²²⁵ o la de Bartolomé Núñez, soltero de 60 años, su hermana, probablemente viuda, y sus tres sobrinas pequeñas.²²⁶ La convivencia es frecuente asimismo entre personas solteras del mismo oficio. Josefa Fuentes, de 18 años, de Madrid, ocupada en confeccionar cofias, vive en la calle del Barco con otra joven, Antonia Pérez, con la que había trabajado en algunas casas cuando ejercía de criada.²²⁷

Los inmigrantes, las criadas “desacomodadas”, los oficiales sin recursos y otros jóvenes solteros comparten cuarto de manera permanente o temporal. En este tipo de convivencias, más que una unidad doméstica en los términos en que la hemos definido, estamos ante casos de personas que simplemente comparten alojamiento por ser el único medio de poder sufragar el alquiler, sin que la cooperación vaya más allá. El viudo Juan Reylo, de 33 años, oficial zapatero, acoge en su cuarto a dos hermanas cuando se quedan sin casa donde servir, dándole por la comida y la cama un real diario.²²⁸ En 1764, José Gómez y otros diez o doce canteros cántabros llegan para trabajar en la obra del convento de San Francisco. José y su mujer, Josefa Jiménez, alojan en la casa que han alquilado en la calle de Calatrava a un herrero, dos primos, un tío y tres paisanos del mismo oficio. Otros tres viven en un cuarto cercano. Entre todos se reparten los gastos de alquiler, comida, alumbrado, etc. Josefa prepara comidas y cenas como forma de

²²² AHN, Consejos, leg. 49.671.

²²³ AHN, Consejos, leg. 39.826, exp. 2.

²²⁴ AHN, Consejos, leg. 49.676.

²²⁵ AHN, Consejos, leg. 39.823, exp. 1.

²²⁶ AHN, Consejos, leg. 49.671.

²²⁷ AHN, Consejos, leg. 39.823, exp. 1.

²²⁸ *Ibidem*. Acaba emparejado con una de ellas, por lo que arrestan a ambos acusados de amancebamiento.

pago de la parte que le corresponde. Denunciados por los alcaldes, el cabeza de familia alega que “la mucha pobreza les precisa a unos y a otros a unirse para que con su pobre jornal puedan vivir”.²²⁹

Entre los trabajadores pobres, es borrosa la línea que distingue la unidad doméstica de la casa compartida, o a la criada de la posadera. En 1784, Águeda Cano se define como “ama de gobierno” de don Juan Gómez; pero, en realidad, no trabaja en casa de éste sino que le tiene como huésped en la suya a cambio del mantenimiento.²³⁰ En una ciudad capital con un grueso segmento de transeúntes e inmigrantes estacionales, desde muy pronto se desarrollan servicios de alojamiento que, aparte de mesones y fondas, incluyen posadas y conventillos. En estos últimos pernoctan “pobres gentes, ya vagantes y perdidas, ya trabajadores, aguadores, esportilleros y de este tenor”, en palabras de Ricardo Wall.²³¹ En 1781 hay uno situado en la calle Huerta del Bayo (Lavapiés), regentado por un ciego vendedor de gacetas.²³²

Las posadas son mucho más numerosas. Entre ellas se da, a lo largo de la Edad Moderna, una distinción entre las públicas y las secretas, sin que haya indicios en las fuentes que indiquen la diferencia. Ni siquiera lo desvela el informe que Jovellanos dedica a las posadas secretas, cuando el gobierno planea su suspensión.²³³ Eran casas particulares cuyos dueños o, más comúnmente, arrendatarios, tomaban huéspedes, estando obligadas a poner una tablilla en la puerta que las anunciara. Jovellanos define las posadas secretas como simple reunión de personas que de común costean los gastos del alquiler, pero otras evidencias sugieren que esta definición se queda corta, ya que también ofrecen a sus huéspedes cama, comida, lavado y cosido de ropa.

La inmigración estacional y la población flotante conforman la principal demanda de las posadas, aunque también constituyen una preocupación para las autoridades de la

²²⁹ AHN, Consejos, lib. 1.351, f. 377.

²³⁰ AHPM, prot. 24.818, f. 57: “Declaración de pobre otorgada por Águeda Cano”, 22 febrero 1784.

²³¹ AHN, Consejos, leg. 51.495.

²³² En este conventillo se albergó, junto a otros pobres, Clara Esteban Cano, procedente del Campo de Gibraltar, viuda de un sargento del regimiento de Granada, que había venido a la corte a visitar al conde de Bornos para que le diese una limosna e irse a El Ferrol a ver a un hijo suyo, clarinete de las milicias de Lugo. Por alojarse en este lugar se la recluyó en San Fernando: AHN, Consejos, leg. 39.821, exp. 5.

²³³ Gaspar Melchor de Jovellanos, **Carta dirigida al conde de Floridablanca sobre posadas secretas**, Colección de varias obras en prosa y verso, tomo II, Madrid: Imprenta de D. León Amarita, 1830.

ciudad, como adelanté en el capítulo 3. Periódicamente, desde 1640, se suceden los autos prohibiendo establecer posadas sin colocar tablilla que las anunciase. En 1652, la Sala obligaba a los regentes de tales establecimientos a registrar a los huéspedes y dar cuenta de los mismos al alcalde de Cuartel, previendo multas y otras penas a los infractores. En 1665 se elabora una relación de los forasteros alojados en mesones y posadas de la capital, que se repite durante los años de la guerra de Sucesión.²³⁴ La orden de 1652 sobre la colocación de tablillas y el informe a los alcaldes de Cuartel vuelven a publicarse en 1724 y 1744, señal de que ambas disposiciones no han dado el fruto esperado.

Las posadas públicas y secretas se reparten por todo el parcelario urbano, con especiales concentraciones en las calles de Silva, Cava Baja, Angosta de San Bernardo, Olivo y Caños del Peral. Es difícil conocer su número exacto, pero hay datos para sostener que se acercaba a las 400 en la segunda mitad de la centuria. Algunas alojan a personas de cierta distinción social y otras a trabajadores pobres. Estas diferencias sociales se reproducen en los posaderos y las posaderas. En 1784, doña Josefa Yasares y doña Nicolasa Herranz de la Peña, ambas viudas de escribanos reales, protestan porque el de Cuartel les ha puesto sendas multas de 6 ducados por no tener puesta la tablilla en la puerta de sus “posadas de caballeros”. Ambas alegan estar “destituidas de todo amparo”, la una con tres hijos y la otra con una hija, que, por su condición, no pueden emplearse como criadas de personas particulares, y la única posibilidad de ganarse el sustento es recibir en sus casas “personas de calidad”. Recurren la obligación de poner tablilla porque ello “desdice de las notorias cualidades y común concepto del estado y empleo de sus consortes” y supone un “borrón” para sus hijos. La Sala les concede la prerrogativa de no ponerla.²³⁵

Esta excepción no se hace con otras posaderas que incumplen las normas. En el mismo año, se impone otra sanción de 6 ducados a Feliciana Carratala y su hija, soltera de 25 años, vecinas de la calle de las Velas (cerca del Rastro), por no haber dado parte al alcalde de los huéspedes que alojan y no tener tablilla puesta. Feliciana suplica a la Sala, pues la multa es elevada y ha tenido que empeñar algunas alhajas. Alega que las

²³⁴ Lanza García, “Trabajadores y pretendientes...”, *op. cit.*, p. 479.

²³⁵ AHN, Consejos, leg. 2.803, exp. 49.

personas que alberga son parientes que están de paso por Madrid, y que ella y su hija, como pobres que son y “mocita” ésta, se mantienen “con la costura, lavado y planchado de ropa”. El alcalde por su parte informa que Feliciano, al tener que pagar un elevado alquiler, le había pedido permiso para alojar huéspedes, lo que consintió con la condición de que diese cuenta de ellos, y que es falso el parentesco que alega. Los testigos ratifican la versión del alcalde: Feliciano aloja a toreros a los que da cama, comida, cena y remienda la ropa; también suele hospedar a los trajineros que vienen en septiembre a la feria de San Mateo, y recientemente ha arrendado una pieza a un oficial albañil soltero.²³⁶

Feliciano sabe perfectamente cuál es la mejor excusa para esconder su actividad, pues pretender que sus huéspedes son en realidad parientes suyos de paso por Madrid entra dentro de lo verosímil. Como sabemos, no pocas familias acogen temporalmente a parientes o paisanos, generalmente inmigrantes recién llegados, y no sólo en calidad de criados domésticos. Por ejemplo, en 1765, Juana Alcalde, natural de Budia (Guadalajara), es viuda con 26 años y dos hijos. Llega a la corte para ponerse a servir y se aloja en casa de su prima, que se mantiene de hacer medias y está casada con un albañil. Tras ocho meses buscando casa sin éxito, la recogen “de limosna” en una taberna donde se emplea “a lo que la mandan”.²³⁷ Para los trabajadores que no tienen red familiar ni ahorros para pagarse una habitación, las cosas se complican. En 1791, la ronda del alcalde del Barrio de la Comadre encuentra pernoctando en el portal de un escribano del Consejo a una pareja de asturianos: ella, Teresa del Castillo, ha servido en Aranjuez y él es un oficial sastre soltero que no tiene casa.²³⁸

Los trabajadores itinerantes (arrieros, cómicos, toreros, feriantes ...) que no pueden ser acogidos por parientes, necesitan alojarse a un precio asequible durante su estancia en la corte, donde tanto el hospedaje como el alquiler de habitaciones es escaso y caro, como reconoce Jovellanos; de ahí que sólo vea inconvenientes en el proyecto de suspender las posadas secretas. Tenemos muy pocos datos sobre el precio de éstas. En 1785, María

²³⁶ *Ibidem*.

²³⁷ AHN, Consejos, lib. 1.352, ff. 637-38. Juana es condenada a 4 años en la Galera por estar tratando “ilícitamente” con un tambor del regimiento de las Guardias Valonas.

²³⁸ AHN, Estado, leg. 3.011: “Diario del alcalde de barrio, Pedro Regalado García Fuertes”. Teresa también es enviada a la Galera.

Gutiérrez, viuda sin hijos, natural de La Puebla de Montalbán, cobra a sus huéspedes entre 4 y 5 reales diarios por la cama, la comida y el cuidado de la ropa. Como es habitual en la economía diferida imperante, algunos huéspedes le deben diversas cantidades por el alojamiento en la pensión, que van desde los 14 meses de un criado al año que le adeuda un cantero.²³⁹

Aunque no es una actividad exclusivamente femenina, muchas mujeres, sobre todo viudas, se ganan la vida como posaderas secretas, un servicio muy demandado en la corte. Probablemente contrataran criadas que les ayudasen en la atención de los huéspedes, lo que incluía el alimento, el cuidado del vestido, de la ropa de cama y probablemente la limpieza de la habitación. Unas tareas domésticas, en definitiva, por las que tanto las patronas como sus sirvientas reciben una remuneración al no realizarlas para sus propias familias. En suma, unidades domésticas de pequeño tamaño, viviendas compartidas, conventillos, posadas secretas, acogimientos temporales, refugios en portales, zaguanes ... son formas de convivencia y alojamiento con las que la clase de trabajadores pobres sortea la escasez y el elevado precio de la vivienda en Madrid.

Pobreza, trabajo y control social

En la Europa moderna, trabajo y pobreza son aspectos inseparables, incluso para muchos trabajadores cualificados. La equiparación de pobre y trabajador es explícita en los tratadistas de temas económicos y sociales, desde los humanistas del XVI a los ilustrados del XVIII. Hasta mediados del XIX a los obreros se les designa con el apelativo de “pobres”. El discurso popular, menos explorado, tampoco está exento de dicha equiparación: “es pobre por estar atenido a su jornal” declara en 1791 un carpintero sobre otro colega de oficio en un pleito por desahucio; “es pobre porque para mantenerse se halla aplicada a un trabajo por no tener otros bienes de que poderlo hacer”, afirma en 1801 una oficiala cardadora de su compañera.²⁴⁰ En el tema de la pobreza caben escalas y valoraciones diversas, pero en todas las épocas la economía y, en particular, el mercado de trabajo, han sido condicionantes de sus niveles y

²³⁹ AHPM, prot. 24.818, f. 219: “Declaración de pobre de María Gutiérrez”, 2 septiembre 1785.

²⁴⁰ Ambos casos respectivamente, en ARCHV, pleitos civiles, caja 686-3; y pleitos criminales, caja 453-1.

composición.²⁴¹ Incluso lo “social” es definido por el marco del mercado. Implícita o explícitamente, los estudios sobre el pauperismo y la marginación social establecen la frontera entre integración y marginación en el tipo de relación con el mercado laboral.²⁴² Sin embargo, en el Madrid del XVIII, el acceso a dicho mercado no es condición suficiente para cubrir las necesidades básicas, lo que obliga a buena parte de la población laboral a recurrir a una serie de prácticas de supervivencia en las que cabe compartir cuartos, como hemos visto, y otras que examinaré más adelante.

Sus condiciones de vida se deterioran a partir de 1760, cuando Madrid se ve afectada por una crisis de subsistencia, vinculada al hundimiento de la producción agraria en el interior peninsular. La escasez del trigo provoca una prolongada subida de precios: en los primeros meses de 1766, el precio del pan pasa de 0,7 a 1,4 reales, debido a la liberalización del comercio del grano que pone en marcha Esquilache, ministro de Carlos III.²⁴³ La Junta de Abastos, encargada de la provisión de vino, aceite, carne y pescado, tampoco puede evitar la subida del precio de estos mantenimientos, que soportan una elevada fiscalidad, por lo que dicha institución comienza a ser objeto de una creciente impopularidad. La miseria planea sobre amplios sectores de las clases populares y las enfermedades contagiosas proliferan como consecuencia de la escasez, lo que provoca un incremento de las defunciones: entre 1761 y 1765 fallece en Madrid más del 14 por ciento de la población.²⁴⁴

La subida de los precios de los mantenimientos viene acompañada del aumento de la carga impositiva derivada de los costosos fastos de recepción de Carlos III, la erección de edificios emblemáticos como la Casa de Correos en la Puerta del Sol o la nueva Aduana en la calle de Alcalá, así como el ambicioso plan de transformar Madrid en una corte limpia, ordenada y segura. El jueves santo de 1766, el ataque contra el uso de las capas y chambergos, es decir, contra el atuendo masculino de las clases bajas de Madrid, colma el vaso de los agravios populares y prende la chispa de una revuelta en la que los hombres y mujeres del pueblo llano toman durante varios días la ciudad

²⁴¹ Como señala Stuart Woolf, **Los pobres en la Europa moderna**, Barcelona: Crítica, 1989, p. 21.

²⁴² Por ejemplo, Soubeyroux, “Pauperismo y relaciones sociales...”, *op. cit.*, p. 28.

²⁴³ Esquilache es la forma castellanizada de Squillache.

²⁴⁴ López García, **El Motín contra Esquilache...**, *op. cit.*, p. 94.

provocando el pánico entre las clases dominantes.²⁴⁵ La revuelta, que deja varios muertos y multitud de heridos, se sofoca con las promesas del rey de cumplir las demandas de los amotinados y no tomar represalias. El monarca incumple su palabra. Depone a Esquilache y suprime la Junta de Abastos. Pero, al no encontrar cabecillas a los que dar castigo ejemplar, el conde de Aranda, al frente del nuevo gobierno, dirige una serie de redadas que barren la ciudad, especialmente sus arrabales, con el objetivo de prender a los responsables directos de aquella “vergonzosa revolución”: la masa depauperada de la población madrileña, que para los gobernantes constituye “la ínfima plebe”, “lo más vil y despreciable”, “la hez de la República”.²⁴⁶

Desbordada la capacidad de las instalaciones para la custodia de los detenidos en dichas redadas, que ascienden a más de un millar, Aranda improvisa locales en uno de los edificios abandonados de la Real Fábrica de Guadalajara en el real sitio de San Fernando de Henares. Nació así el llamado, significativamente, “depósito de pobres” o “casa de corrección” de San Fernando, que pronto adquiere también la denominación de hospicio y se pone bajo la administración del que había en la corte desde 1673. Esta nueva institución se hará tristemente famosa por su función de auténtica cárcel de pobres y por ser, junto a la Galera, el destino de las calificadas como “vagabundas”, “malentretenidas” y “abandonadas”. A partir de 1782, el cuartel de mujeres de San Fernando se convierte en una penitenciaría femenina para todo el reino.²⁴⁷

La reclusión de pobres no afecta sólo a indigentes, desempleados y pequeños delincuentes, o los que ciertas corrientes denominan “marginados sociales”.²⁴⁸ En otro

²⁴⁵ Algunos autores interpretaron esta revuelta como orquestada por una conspiración nobiliaria; por ejemplo, Vicente Rodríguez Casado, **La política y los políticos en el reinado de Carlos III**, Madrid: Rialp, 1962. Sin embargo, otros estudios demuestran la autonomía con la que operaron las clases populares en este episodio; por ejemplo, Pierre Vilar, “El “motín de Esquilache” y las “crisis del antiguo régimen””, **Revista de Occidente**, 107 (1972), pp. 199-249; Jacques Soubeyroux, “Le “motín de Esquilache” et le peuple de Madrid”, **Caravelle**, 31 (1978), pp. 59-74; y más recientemente López García, **El motín contra Esquilache...**, op. cit.

²⁴⁶ Estas y parecidas expresiones, en la correspondencia que mantiene Roda, Secretario del Despacho de Gracia y Justicia, con Aranda: AGS, Gracia y Justicia, leg. 1.009.

²⁴⁷ Sobre el cuartel de mujeres de esta institución, M^a Isabel Correcher Tello, **La revuelta del cuartel de mujeres del hospicio de San Fernando de 1786: aspectos jurídicos y sociales**, Alcalá de Henares: Ayuntamiento de Alcalá de Henares/Centro asesor de la Mujer, 1998.

²⁴⁸ Algunos estudios caracterizan el “mundo de la marginación” como una especie de residuo de “gentes ociosas, maleantes y vagos”: M^a Dolores Pérez Baltasar, **Mujeres marginadas. Las casas de recogidas de Madrid**, Madrid: Gráficas Lormo, 1984, p. 3.

lugar demostré que una parte importante de las personas encerradas bajo la acusación de vagos, mendigos u ociosos pertenecen a familias trabajadoras perfectamente estructuradas y forman parte del contingente laboral de la corte.²⁴⁹ El encierro de pobres es un fenómeno que aparece íntimamente ligado al mundo del trabajo en una doble dimensión. En primer lugar, porque tanto en términos absolutos como relativos, las cárceles y hospicios albergan mayoritariamente a personas pertenecientes a las clases subalternas, que son, por tanto -o están socialmente orientadas a ser-, fuerza laboral. En segundo lugar, trabajo y reclusión se unen en el propio trabajo forzado a que se somete a las personas penadas según sexo y edad, como veremos en otro capítulo.

El motín de 1766, cuya sombra planeará sobre las cabezas de los privilegiados, marca un antes y un después en la llamada policía de pobres, que a partir de entonces se convierte en un verdadero instrumento de terror para amplios segmentos del mundo del trabajo. La política de profilaxis social instaurada en la etapa post-motín contempla tres objetivos: primero, fijar a la población trabajadora en parroquias y barrios mediante el refuerzo de la persecución de la “itinerancia”; segundo, recoger a todos los catalogados como vagos, malentretenidos y mendigos para emplearlos en las obras públicas, el ejército, la marina y las manufacturas privilegiadas; y tercero, actuar contra la cultura de las clases populares, especialmente en las esferas laboral, asociativa y festiva. Para la consecución de estos objetivos, que, como vimos más arriba, estuvieron en la agenda real desde el establecimiento de la Corte en Madrid, se ponen a punto los mecanismos de control ya existentes y se crean otros a través de reformas en el gobierno, la administración de justicia y la policía de la corte. En apoyo de esta política, se reinstaura la Pragmática de Felipe V, que imponía en 1734 la pena capital para los robos cualificados y los hurtos simples cuyo valor fuese superior a 750 reales.²⁵⁰

Bajo la potestad de la Sala de Alcaldes y el Corregimiento de Madrid, en el mismo año de 1766 se militariza la Comisión de Vagos, para la vigilancia, aprehensión, leva o expulsión de los “vagos, ociosos y malhechores”. Los detenidos por sus rondas, tras un

²⁴⁹ Victoria López Barahona, **El cepo y el torno. La reclusión femenina en el Madrid del siglo XVIII**, Madrid: Fundamentos, 2009.

²⁵⁰ Ángel Alloza, **La vara quebrada de la justicia. Un estudio histórico sobre la delincuencia madrileña entre los siglos XVI y XVIII**, Madrid: Libros de la Catarata, 2000, p. 154.

breve interrogatorio, son conducidos a un vivaque situado en la Casa de Correos de la Puerta del Sol, donde el alcalde que preside la Comisión vuelve a tomarles declaración, disponiendo de un plazo de dos horas para dictar sentencia. Los apresados pueden ser liberados bajo apercibimiento, sancionados con una multa, desterrados o enviados a la cárcel de Corte, desde donde los varones esperaban destino a los presidios del Prado, para ser utilizados en obras públicas; al ejército o la marina (si daban talla, edad y condición física suficientes), o enviados a los presidios extrapeninsulares.²⁵¹ Las mujeres son invariablemente recluidas en el Hospicio del Ave María, el correccional de San Fernando y la cárcel Galera. Para reforzar la recogida de pobres se implica al ejército. Las ordenanzas de 1768 capacitan a los jefes militares para destinar patrullas de infantería a las rondas de vigilancia y aprehensión en sus distritos.²⁵²

El registro minucioso de la población depauperada de Madrid se agiliza a través de una nueva ordenación del espacio urbano, que entra en vigor en ese mismo año de 1768. De 11 cuarteles (unidad administrativa) con que contaba la capital desde 1749, se pasa a 8 subdivididos cada uno en otros tantos barrios. Si bien los cuarteles se ponen bajo la autoridad de ocho de los doce magistrados que componen la Sala de Alcaldes de Casa y Corte, en los barrios (64 en total) se instaura una nueva figura, el *Alcalde de Barrio*, que viene a cumplir las expectativas de los grupos privilegiados de implicar a las capas medias en el mantenimiento del orden. Este cargo, elegido por votación entre los vecinos “honrados”, se pone bajo la autoridad del alcalde de Cuartel correspondiente, actúa en su circunscripción como una especie de juez de paz, tiene encomendada la vigilancia de los espacios públicos y, lo más importante, la realización de censos de su vecindario para determinar el número y situación de los pobres, así como el registro de las entradas y salidas de gente en las casi 400 posadas que hay en Madrid; un cometido este último que, contemplado en las leyes de policía desde el siglo XVI, había sido de escasa aplicación hasta entonces.²⁵³

²⁵¹ Cuando se concluyeron las obras del Prado, el presidio se trasladó al Puente de Toledo: Ruth Pike, **Penal servitude in Early Modern Spain**, Madison/Londres: University of Wisconsin Press, 1983, pp. 90-93.

²⁵² Fernando Hernández Sánchez, “La Corte envidiable” (Delincuencia y represión en el Madrid de Carlos III, 1759-1788)”, en Equipo Madrid, **Carlos III, Madrid y la Ilustración. Contradicciones de un proyecto reformista**, Siglo XXI, Madrid, 1988, pp. 331-353.

²⁵³ Francisco Javier Guillamón, **Las reformas de la administración durante el reinado de Carlos III (Un estudio sobre dos reformas administrativas de Carlos III)**, Madrid: Instituto de Estudios de la

En 1778 se fundan las *Diputaciones de Caridad* en cada barrio con fines asistenciales, dependientes de la Junta General de Caridad. Están integradas por nobles, clérigos y representantes de la clase media. Su labor se centra en brindar ayuda a los pobres que son considerados verdaderos y, por tanto, merecedores de ayuda, previamente censados por el alcalde de Barrio; aunque también uno de sus cometidos consiste en buscar los medios para ampliar la oferta de trabajo y combatir de este modo el desempleo.²⁵⁴ El Estado absolutista tiene afán de centralizar y controlar los canales asistenciales, que considera una cuestión de Estado y, por tanto, una competencia civil a la cual la eclesiástica debe supeditarse; pero los fondos han de salir de los bolsillos privados de “ciudadanos patriotas” –con el ejemplo de la Casa Real- a través de cuestaciones caritativas, donaciones o legados. A medida que avanza el siglo, la capacidad recaudatoria de dichas Diputaciones disminuye, a la par que se eleva el nivel de necesidad entre la población trabajadora así como el número de pobres, “vagos y malentretenidos” que alimentar en unos hospicios, cárceles y correccionales cada vez peor dotados.²⁵⁵

En la década de 1780 la policía de pobres está en entredicho aun entre cierto sector del funcionariado y el ejército. Ahora en Madrid proliferan la disidencia política y la protesta social proliferan en tertulias y corrillos, pasquines, libelos, anónimos y publicaciones clandestinas, que tienen un denominador común: la crítica al soberano y su gobierno. Esta situación da pie a Floridablanca para perfilar un nuevo cuerpo policial, la *Superintendencia General de Policía para Madrid y Rastro*, la primera policía política y secreta de la Villa y Corte, fundada por Real Decreto de 20 de marzo de 1782. Para dirigir el nuevo organismo, supeditado directamente a la autoridad del monarca a través de su Secretaría de Estado, se nombra a Bernardo Cantero de la

Administración Local, 1980; Enrique Martínez Ruiz, **La seguridad pública en el Madrid de la Ilustración**, Madrid: Ministerio del Interior, 1988; Mauro Hernández Benítez, “Carlos III, un mito progresista”, en Equipo Madrid, **Carlos III, Madrid y la Ilustración**, Madrid: Siglo XXI, 1988, pp. 1-23; y de Pablo Gafas, **Justicia...**, *op. cit.*, pp. 246-248 y 442-447..

²⁵⁴ Soubeyroux, “El encuentro del pobre...”, *op. cit.*, pp. 126-141.

²⁵⁵ Las dificultades financieras de los hospicios de Madrid y San Fernando, en Soubeyroux, “El encuentro del pobre...”, *op. cit.*, pp. 103-104.

Cueva, que desde su anterior cargo de Teniente de corregidor era hombre curtido en labores policiales.²⁵⁶

El texto de esta Real Orden dispone que se ha de prender a los “gariteros” (jugadores), a quienes se encuentren en la calle en días y horas de trabajo y después de la medianoche sin justificación, a los “matuteros” (contrabandistas) de jabón, aceite y vino que venden por los lavaderos de la ribera, a los “saltimbancos, saludadores, los que andan con linternas mágicas, marmotiñas, perros y gatos amaestrados”, a los que “siendo robustos” andan por Madrid y pueblos vendiendo “turrón, melcochas, buñuelos, tortas, arquillos y otras golosinas sin tener otro oficio”, a los que venden por las calles “frutas, tostones y cosas semejantes”; pero también a “los jornaleros y a los que teniendo oficio dejan de ejercitarse y ocuparse en ellos la mayor parte del año...”. Como vemos, en la nómina tradicional de la vagancia se ha abierto lugar explícito a los que trabajan a jornal y los desempleados.²⁵⁷

A las rondas de vigilancia de la Comisión de Vagos, la Sala de Alcaldes de Casa y Corte, el Juzgado de la Villa y el Corregimiento, este último encargado de los pueblos de la jurisdicción de Madrid, se suma la de la Superintendencia General de Policía. Todas estas rondas deben observar el procedimiento previsto en la Instrucción del 13 de marzo de 1778, en la que se ordena a sus responsables el envío semanal de informes de la actividad de sus patrullas a la Sala de Alcaldes para que ésta los remita al Consejo de Castilla y éste al primer secretario de Estado, que entre 1777 y 1792 fue el conde de Floridablanca. Sin embargo, es posible que cierta prevención, por las consecuencias que podrían traer las detenciones y castigos arbitrarios, estuviese tras la Orden del 6 de febrero de 1783 pidiendo que dichos informes incluyan los nombres, la edad y la pena

²⁵⁶ Sobre esta institución y su evolución, Antonio Risco, “Espacio y control social: la Superintendencia General de Policía para Madrid y su rastro (1782-1808)”, en S. Madrazo y V. Pinto, **Madrid en la época moderna...**, *op. cit.*, 1991, pp. 97-127; Ana María Fernández Hidalgo, “La seguridad ciudadana en Madrid durante el siglo XVIII: La Superintendencia General de Policía y la Comisión Reservada”, **Anales del Instituto de Estudios Madrileños**, XXXIII (1993), pp. 321-365; Álvaro París Martín, “Mecanismos de control social en la crisis del Antiguo Régimen: la Superintendencia General de Policía”, en A. Jiménez Estella y J. Lozano Navarro (eds.), **Actas de la XI Reunión Científica de la Fundación Española de Historia Moderna**, vol. I, Granada: Universidad de Granada, 2012, pp. 838-851.

²⁵⁷ AHN, Consejos, leg. 1.285, exps. 1-4

impuesta a todas las personas prendidas, incluso cuando hayan sido puestas en libertad después de pagar una multa.²⁵⁸

Una parte de estas listas se han conservado aunque con importantes lagunas. Solo para 1786 contamos con la totalidad de los informes semanales de las tres rondas principales, las de la Comisión de Vagos, la Sala de Alcaldes y la Superintendencia de Policía. En ese año se produce una fuerte subida del precio de los alimentos –el pan pasa de 37,5 a 43,5 maravedíes-, y las reclusas de San Fernando organizan un sonado motín, curiosamente el día 8 de marzo, que es duramente reprimido.²⁵⁹ De los informes referidos se desprende que las tres rondas mencionadas detuvieron a 3.347 personas a lo largo del año, lo que representa, como señala Soubeyroux, nada menos que el 10 por ciento de las personas activas –censadas- de la capital. Las mujeres equivalían al 22'36 por ciento. De los detenidos se puso en libertad bajo amonestación al 44 por ciento. En general, la vagancia, la mendicidad, los delitos contra el orden moral, la embriaguez, el juego, el desempleo y el robo son por este orden los cargos más frecuentes.²⁶⁰ En el caso particular de las mujeres, los delitos contra el orden sexual y matrimonial (amancebamiento, adulterio, abandono de hogar) constituyen la primera causa de detención, seguidos de la mendicidad, la vagancia y el hurto.²⁶¹

En el inicio del XIX, la llegada masiva de campesinos expulsados de sus lugares por el hambre desborda rápidamente las posibilidades de acogida de las instituciones de asistencia madrileñas, debilitadas ahora por el cierre del correccional de San Fernando y el traslado de sus internos al hospicio de Corte, el letargo de las Diputaciones de Barrio y la falta de dotación presupuestaria. Solo entre julio y diciembre de 1801 la restablecida Comisión de Vagos detiene a 1.158 personas. En 1803 los detenidos

²⁵⁸ Soubeyroux, “El encuentro del pobre...”, *op. cit.*, p. 159

²⁵⁹ Sobre este motín, Correcher Tello, **La revuelta del cuartel de mujeres...**, *op.cit.*; y López Barahona, **El cepo y el torno** ..., *op. cit.*, esp. pp. 204-212, donde también se analiza otro conflicto protagonizado por las reclusas de San Fernando en 1792.

²⁶⁰ *Ibidem*, pp. 160-63.

²⁶¹ Los delitos contra la moral sexual no sólo incluyen la prostitución, sino también comportamientos que no entrañan una relación sexual propiamente dicha, pero que se consideran contrarios a la “honra” y la “decencia” que debe guardar toda mujer, por ejemplo: tratar con hombres no relacionados por parentesco o recibirlos en la propia casa; hablar, vestir o adoptar gestos desenfadados, andar por la calle en horas nocturnas, frecuentar tabernas, garitos y otros espacios reservados al público masculino, o conducir libremente su sexualidad. Una serie de conductas que Lotte Van de Pol denomina “putaísmo” para diferenciarlas de la prostitución: **La puta y el ciudadano**, Madrid: Siglo XXI, 2005, capítulo 1.

ascienden a 2.325.²⁶² La crisis de 1804 atesta las calles de pobres y moribundos y las autoridades se ven precisadas a abrir refugios en todos los cuarteles de la ciudad.²⁶³ A esta fase de asistencia le sigue a partir de enero de 1805 otra de represión con una redada de los mendigos de la capital en la que participan todas las rondas de policía: en menos de cinco meses, de enero a mayo, se arresta a 3.468 pobres. Con estos ya no se sigue el procedimiento habitual de interrogatorio, sentencia y condena, sino que son trasladados directamente al hospicio en donde se los reagrupa por obispados de procedencia para repatriarlos en carretas que se alquilan al afecto.²⁶⁴

En las teorías que los ilustrados elaboran para explicar el atraso económico del país se produce esa pirueta metonímica característica de la ideología en sentido estricto, que consiste en dar la vuelta a la realidad tomando, en este caso, las consecuencias por las causas. De este modo, el contingente de pobres que acude a la capital aparece como el desencadenante de los obstáculos al progreso nacional. Se crea con ello la ficción de un enemigo interior, un *otro* diferente, ajeno y opuesto a la razón, la ley y el orden, que amenaza el sistema social. Esta ficción hunde sus raíces en los propios albores de la modernidad, cuando en Europa la pobreza comienza a ser despojada del ropaje virtuoso de la tradición medieval para transformarse en un problema de orden social que debe ser combatido.²⁶⁵

En el siglo XVIII esta idea permanece en esencia inalterada, aunque el aumento del pauperismo se ve acompañado de un recrudecimiento de la criminalización de quienes lo padecen.²⁶⁶ La consigna se resume en que el campesino inmigrante abandona voluntariamente sus ocupaciones y familias para venirse a la corte a holgar, lo que

²⁶² AHN, Consejos, leg. 9.471.

²⁶³ Sobre la crisis de 1804, M^a Victoria Vara Ara, “Crisis de subsistencia en el Madrid de comienzos de siglo, 1800-1805”, en L. E. Otero Carvajal y A. Bahamonde Magro (eds.), **Madrid en la Sociedad del siglo XIX**, vol. II, Madrid: Siglo XXI, 1986, II, pp. 245-266. Sobre estos años difíciles, véase también William Callahan, **La Santa y Real Hermandad del Refugio y Piedad de Madrid (1618-1832)**, Madrid: Instituto de Estudios Madrileños, 1980, pp. 156-158; y Enrique Llopis Agelán y Felipa Sánchez Salazar, “La crisis de 1803-1805 en las dos Castillas: subsistencias, mortalidad y colapso institucional”, texto presentado al **XVI Seminario de Historia Económica**, Bernardos (Segovia), 16 junio 2014.

²⁶⁴ Soubeyroux, “El encuentro del pobre...”, *op. cit.*, p. 187

²⁶⁵ Pedro Trinidad Fernández, “Penalidad y gobierno de la pobreza en el Antiguo Régimen”, **Estudios de Historia Social**, 48-49 (1989), pp. 7-64.

²⁶⁶ Criminalización que sigue vigente hoy. Un ejemplo entre muchos es el intento del alcalde de Tarragona de hacer un censo de los mendigos de la ciudad, a los que acusa de embriaguez, estar controlados por mafias, molestar el libre tránsito y la actividad comercial: **Público.es**, 17 junio 2014.

consigue fácilmente a través de la caridad que administran las instituciones eclesiásticas (las sopas de los conventos, por ejemplo) y muchos particulares. Este tipo de caridad, según los ilustrados, desincentiva a los pobres a trabajar, pues el objetivo patriótico, la caridad bien entendida, debe consistir en socorrerlos haciéndolos “útiles”. Los campesinos pauperizados que se agolpan a las puertas de las iglesias y conventos y recorren las calles y plazas más concurridas de la capital buscándose la vida son, según el discurso oficial, ociosos voluntarios, vagos y malentretenidos, pobres “de vicio”, culpables de su miseria. Así, en 1781, el director del Hospicio, Luis Álvarez de Mendieta, puede afirmar, sin sonrojo, que los mendigos son “casi todos forasteros, por donde se conoce que son holgazanes y que vienen divagando de su tierra para mantenerse aquí sin trabajar a expensas de la piedad indiscreta de muchos que fomentan con ella la ociosidad ...”.²⁶⁷ Las Luces no alcanzan a iluminar las bases estructurales de la pauperización de las clases productoras del agro castellano, que obviamente repercuten en la capital de la Monarquía hispánica.

Cap. 5. El arte de sobrevivir en Madrid

Además de los señalados hasta aquí, hay otros factores que agravan la situación de la población trabajadora en la Villa y Corte. Entre ellos cabe reseñar que las retribuciones no se perciben con regularidad, dándose el caso de que el trabajador o trabajadora fallezcan sin haber cobrado parte de sus emolumentos y que la deuda pase a sus herederos. Si en los presupuestos domésticos el *cuánto* se va a ingresar por el trabajo representa un dato incierto, debido a los ritmos discontinuos del empleo, no menos lo es el *cuándo*. Las familias artesanas y comerciantes sufren la morosidad de los clientes, especialmente destacada en el estamento nobiliario.²⁶⁸ Por ejemplo, en 1779, el marqués de Rejas le debe 4.700 reales al Jaime Casanova, maestro sastre.²⁶⁹ Tampoco la Casa Real paga puntualmente a sus trabajadores. A Jerónimo Arias, mozo de la Real Caballeriza, se le deben 2.244 reales de un jornal que en 1702 es de 3 reales y 5

²⁶⁷ AHN, Consejos, leg. 49.676.

²⁶⁸ Sin duda, esta morosidad nobiliaria contribuye a la ruina de muchas familias, especialmente de aquellas dedicadas a la producción suntuaria, hasta el punto de que la Corona se vio impelida a emitir la Real Cédula de 16 de septiembre de 1784 que obligaba a los nobles a pagar las deudas contraídas con los artesanos.

²⁶⁹ AHN, Consejos, leg. 49.684.

maravedíes.²⁷⁰ En 1753, Francisca Mendoza espera cobrar lo que Felipe V dejó a deber a su marido como mancebo de sus Caballerizas de Mulas, que asciende a 3.948 reales.²⁷¹ Estas dilaciones se extienden asimismo a las pensiones estipuladas para las viudas, viudos e hijos de los servidores del rey y las que graciosamente conceden algunas casas nobiliarias a sus criados. Diego Osorio no ha podido disfrutar de la “merced” a la que tiene derecho como viudo de una criada de la hija de la reina madre.²⁷²

El retraso en el abono de los salarios es común en todos los sectores ocupacionales tanto si el empleador o cliente es un particular o una institución. A Juan Rivero le debe el obligado de la limpieza más de cinco meses de un jornal de 4 reales en 1745.²⁷³ El 21 por ciento de 569 personas que dictan sus últimas voluntades en el Hospital General y de La Pasión a lo largo del XVIII, declaran ser acreedoras de diversas sumas por retribuciones, salarios y pensiones. Si tomamos una muestra de 152 entre quienes explicitan su ocupación o la de sus familiares, dicho porcentaje se eleva al 44 por ciento. Junto a ello, la ausencia de cobertura por enfermedad o muerte, condicionan la génesis de una serie de actitudes y prácticas de supervivencia que caen dentro y fuera de la legalidad, un complejo sistema de vínculos, obligaciones y dependencias que imbrica el ámbito doméstico en el más amplio tejido de relaciones de oficio, vecindad, paisanaje y amistad.²⁷⁴ Entre dichas prácticas, que son generalizables a todos los trabajadores de la Europa moderna, destacan la formación de hermandades de socorro, las redes informales de crédito, el acogimiento, la pluriactividad, el recurso a las instituciones asistenciales, el amancebamiento, la mendicidad, el hurto y los pequeños fraudes.

²⁷⁰ AHPM, prot. 24.786, f. 53, 15 mayo 1702.

²⁷¹ AHPM, prot. 24.799, f. 43, 21 mayo 1753.

²⁷² AHPM, prot. 24.791, f. 106, 9 agosto 1720.

²⁷³ AHPM, prot. 24.797, f. 1, 6 enero 1745.

²⁷⁴ La documentación del Hospital de La Pasión ha servido asimismo de base para estudios sobre estos aspectos en períodos concretos; por ejemplo, Miguel Ángel García Sánchez, “Mujeres pobres y sociabilidad en el Madrid moderno. El Hospital de la Pasión, 1565-1700”, **Torre de los Lujanes**, 52 (2004), pp. 203-232. Disiento con este autor en la caracterización de los pobres como un “microcosmos” (p.232), ya que, si de tamaño se trata, le encaja mejor a los ricos. Por otro lado, la concepción de la pobreza como una cultura escamotea el hecho de ser resultado de un tipo concreto de relaciones de producción y dominación, en las que cada grupo social genera sus expresiones culturales. También son importantes los estudios de Jesús Javier Piñero Rodríguez, **Inmigración pobreza y condiciones de vida en el Madrid de la guerra de Sucesión: Un estudio de las declaraciones de pobreza de los hospitales General y de La Pasión (1701-1715)**, Trabajo de fin de Master, inédito, Universidad Autónoma de Madrid, 2012; y sobre todo el de Fernando Sánchez Escobar, **Con el último aliento. Las declaraciones de pobreza en los Hospitales General y de la Pasión de Madrid (1767-1808)**, Madrid: Bubok, 2012.

En la década de 1970, Olwen Hufton identificó este conjunto de prácticas de supervivencia y lo llamó “economía de la improvisación”.²⁷⁵ Posteriormente, incorporando los aportes de la antropología económica y la sociología, se englobó dicho conjunto inestable y cambiante de recursos en el concepto “estrategias de supervivencia”²⁷⁶. Por tales entendemos el producto de una elección no enteramente libre, ni siquiera a menudo explícita y consensuada entre los miembros de la unidad familiar, sino condicionada por la serie de riesgos, incertidumbres y constreñimientos derivados de unas relaciones de producción en tránsito desde unas formas feudales a otras capitalistas. Ferrer Alòs denominó “estrategias de adaptación” a las que aplican las unidades domésticas para reproducirse a nivel de la subsistencia, mientras que las “estrategias de acumulación” implican a familias que pueden poner sus recursos al servicio del aumento de su riqueza o prestigio social.²⁷⁷ Las economías domésticas y sus estrategias sólo pueden ser explicadas si se relacionan con las condiciones sociales en que se han forjado y en las cuales se manifiestan.

Aquí examinaré algunas estrategias de adaptación o supervivencia que vinculan a los trabajadores pobres de la capital y sus unidades domésticas, poniendo especial atención en el segmento femenino. Como he venido señalando, las desigualdades de clase y género se yuxtaponen en el caso de las trabajadoras pobres reduciendo sus posibilidades de acceso a los medios de vida, aun cuando el ordenamiento jurídico castellano las favorece como perceptoras en igualdad con los varones en la transmisión de los bienes. Las situaciones carenciales se agravan en el caso de las mujeres solas especialmente si tienen menores a su cargo. Conviene, no obstante, distinguir las prácticas de supervivencia lícitas, que examino a continuación, y las ilícitas, de las que me ocupo en otro apartado.

²⁷⁵ Olwen H. Hufton, **The Poor of Eighteenth-Century France, 1750-1789**, Oxford: Clarendon Press, 1974.

²⁷⁶ Especial influencia ha tenido este concepto de “estrategias” como parte de las estrategias de reproducción biológica, social y cultural, desarrollado por Pierre Bourdieu en “Les stratégies matrimoniales dans le système de reproduction”, **Annales ESC**, 27 (1972), pp. 1.105-1.127. Una versión revisada, en **El Sentido práctico...**, *op. cit.* La bibliografía sobre el tema es amplia a nivel europeo; véase una síntesis y estado de la cuestión en Laurence Fontaine y Jürgen Schlumbohm “Household Strategies for Survival: An Introduction”, **International Review of Social History**, 45 (2000), pp. 1-17. En España destaca el estudio de Montserrat Carbonell i Esteller, **Sobreviure a Barcelona. Dones i assistència al segle XVIII**, Vic: Eumo Editorial, 1997.

²⁷⁷ Llorenç Ferrer Alòs, “Familia y grupos sociales en Cataluña en los siglos XVIII y XIX”, en F. Chacón Jiménez, J. Hernández Franco, A. Peñafiel Ramón (eds.), **Familia, grupos sociales y mujer en España, (s. XV-XIX)**, Murcia: Universidad de Murcia, 1991, pp. 119-135.

Aunque no suele incluirse en el conjunto de estrategias de supervivencia, tanto en Madrid como en el resto de ciudades españolas y europeas, las cofradías y hermandades de socorro son instituciones enraizadas en el mundo del trabajo, cuyo fin principal es la previsión y cobertura de los gastos derivados de la enfermedad y la muerte, previendo asimismo ayudas para huérfanos y viudas. Las cofradías -asociadas a los gremios- son las redes protectoras de que se dotan los maestros, oficiales y sus familias. Poseen un carácter religioso al situarse cada una bajo la advocación del santo patrón del oficio; por tanto también desempeñan una función ceremonial en las festividades religiosas y una más profana de comensalía y sociabilidad.

Con los mismos objetivos de protección frente a las enfermedades, la muerte y otras contingencias, las hermandades de socorro son asociaciones ajenas a los gremios, ya que reúnen a trabajadores de uno o varios oficios. No por casualidad, desde inicios de la década de 1770, muchas de las 225 asociaciones de este tipo censadas en Madrid se asientan en barrios con abundante población asalariada. Las hay constituidas sólo por mujeres. De estas conocemos algunos detalles por la renovación de las ordenanzas que el Consejo ordena realizar en 1792. Así, por ejemplo, la hermandad de mujeres de Santa María de Gracia, sita en la plaza de la Cebada, está probablemente integrada por vendedoras. Fundada en 1764, sus estatutos estipulan una cuota de entrada de 33 reales y una semanal de 28 maravedíes. El monto de la cobertura en caso de enfermedad varía según el carácter de ésta: si es “tabardillo, dolor de costado o calentura constante”, se socorre a la hermana con 10 reales diarios; pero si requiere intervención de cirujano, se le dan cuatro socorros de una vez. En caso de parto “feliz”, se asiste a la parturienta con 24 reales; y en caso de “malparir” (aborto), con la mitad. Si la hermana cae presa en la cárcel, se le dan cuatro socorros por una vez, siempre que la prisión sea “por causa honrosa” -esto es, por los gajes del oficio, como veremos en la parte II-. No se olvida el maltrato marital, ya que si la cofrade es herida por este motivo y fallece, se le cubrirá el entierro como a las demás, pero a su esposo “no se le entregará cosa alguna”, y si no deja hijos ni otros herederos “que no sea el marido”, se invertirá dicho socorro en misas por su alma.²⁷⁸

²⁷⁸ AHN, Consejos, leg. 1.689, exps. 16-24. La violencia machista es un fenómeno generalizado en el Madrid moderno, que afecta a las mujeres de todas las clases sociales, aunque las que carecen de recursos materiales, sociales y educativos para combatirlo están más desprotegidas. Las fuentes abundan en

Estipulaciones muy similares respecto a las enfermedades, los partos y los casos de maltrato marital presenta en sus estatutos la hermandad de socorro de Nuestra Señora de las Nieves y Jesús Nazareno, que en 1792 está integrada por “mujeres de zapateros y vendedoras de comestibles”, todas vecinas de la plazuela de Santa Cruz y Lavapiés. Para pertenecer a ella no hay que sufrir “achaques constantes ni ser de crecida edad”. La cuota de entrada se fija en 33 reales y diariamente contribuye cada una con 16 maravedíes (unos 14 reales mensuales), que el Consejo de Castilla ordena rebajar a la mitad. En caso de prisión, se ayuda a la hermana con 60 reales de una vez, siempre que sea “por causa decente”. Tanto en esta hermandad como en la anterior, el Consejo ordena que donde dice “causa honrosa o decente” se sustituya por “no procediendo la prisión de causa indecorosa”, ya que, a diferencia de las afiliadas, las autoridades consideran que la infracción de las normas del mercado no dejan a salvo la honra o la decencia. Sabemos el oficio de los maridos de las casadas porque, en este caso -pero no en el anterior- el Consejo exige que se incluya la licencia marital. De las 34 de este estado, 12 tienen por maridos a oficiales o maestros zapateros, otras 15 a vendedores de comestibles (hortelanos, verduleros, tocineros, pasteleros, todos de la plaza Mayor) y el resto a un carpintero, un carretero, un sastre, un campanero, un sepulturero, un platero y un “trabajador”.²⁷⁹

No todos los trabajadores pueden acceder a estos mecanismos de ayuda mutua, ni éstos protegen de todos los imprevistos. Las declaraciones de pobreza y testamentos suscritos por los pacientes del Hospital General demuestran que el retraso en la percepción de jornales o la ausencia de los mismos en caso de desempleo o enfermedad, suelen suplirse con la petición de préstamos. Por otro lado, la falta de liquidez que afecta a las economías domésticas dependientes remite a la persistencia de esa parte en especie que solía incluir el salario, así como a las vías alternativas de obtención de ingresos que a menudo pasaban por la búsqueda de trabajos complementarios, pequeños tratos o el empeño de ropa y enseres. En 1764, Manuel López es oficial carpintero y, además, se

referencias a esta violencia, que por supuesto incluye también el estupro, la violación y otros abusos sexuales. Véase Margarita Ortega López, “Protestas e las mujeres castellanas contra el orden patriarcal privado durante el siglo XVIII”, **Cuadernos de Historia Moderna**, 19 (1997), pp. 65-89.

²⁷⁹ AHN, Consejos, leg. 1.462, exp. 19. Sobre las hermandades, Elena Sánchez Madariaga, “De “la caridad fraternal” al “socorro mutuo”: las hermandades de socorro de Madrid en el siglo XVIII”, en S. Castillo, **Solidaridad desde abajo. Trabajadores y socorros mutuos en la España contemporánea**, Madrid: UGT, 1994, pp. 31-50; y de la misma autora, **Cofradías y sociabilidad en el Madrid de la Edad Moderna**, Tesis doctoral inédita, Universidad Autónoma de Madrid, 1996.

emplea en sacar la basura de las caballerizas del marqués de Grimaldi. Un mozo gallego le disputa este puesto y Manuel acaba en el Hospital General con varias heridas y contusiones.²⁸⁰ Francisco Cantero redondea su jornal como mozo de la tahona de la calle del Carnero con lo que obtiene de la venta de pana a sastres y otros particulares.²⁸¹ El barrendero Gregorio López, al que la Villa adeuda más de 400 reales de su ración, tiene una cama a medias con un compañero para su alquiler; e Isabel Sánchez completa sus ingresos trabajando como comadrona con el alquiler de sábanas y de una cama con toda su ropa.²⁸²

Las prendas de vestir y el menaje se ponen en circulación para obtener liquidez, mediante la venta en los mercados de segunda mano o su empeño en el Monte de Piedad, tiendas y casas particulares.²⁸³ La escasez de dinero explica asimismo la búsqueda de préstamos y la importancia decisiva de contar con redes sociales que faciliten su obtención.²⁸⁴ Esta cualidad del capital social de poder convertirse en capital económico y garantía de seguridad, legitima la inclusión de los factores sociales y culturales en el análisis de las estrategias de supervivencia.

El crédito popular y otras formas de ayuda mutua

Acreedores casi permanentes de retribuciones, salarios, pensiones y legados –pues las herencias no percibidas son relativamente frecuentes–, no es extraño que muchos trabajadores se vean obligados a endeudarse para adquirir los mantenimientos básicos. En este punto es preciso distinguir los ámbitos mercantil y no mercantil. Todo el

²⁸⁰ AGS, Gracia y Justicia, leg. 808.

²⁸¹ AHPM, prot. 24.826 f. 227, 24 agosto 1797.

²⁸² AHMP, prots. 24.797, f. 71, 14 septiembre 1745, y 24.818, f. 173, 30 junio 1783.

²⁸³ Sobre la función de la ropa como reserva de valor, Victoria López Barahona & José Nieto Sánchez, “Dressing the Poor...”, *op. cit.* En la documentación de los Montes de Piedad se basan los estudios sobre el crédito popular realizados en el ámbito español. Para el caso de Barcelona, Montserrat Carbonell Esteller, “Using Microcredit and Restructuring Households: Two Complementary Survival Strategies in Late Eighteenth-Century Barcelona”, *International Review of Social History*, 45 (2000), pp. 71-92.

²⁸⁴ El crédito en la Europa Moderna ha despertado el interés de algunos historiadores sociales y económicos; por ejemplo, Craig Muldrew, “Interpreting the market: the ethics of credit and community relations in early modern England”, *Social History*, 18/2 (1993), pp. 163-183; Laurence Fontaine, *L'économie morale, pauvreté, crédit et confiance dans l'Europe préindustrielle*. París: Gallimard, 2008. Para el caso de Madrid, yo misma profundicé en el tema en V. López Barahona, “Estrategias de supervivencia y redes informales de crédito entre las clases populares madrileñas del siglo XVIII”, en J. Hernando, J. M. López y J. A. Nieto (eds.), *La Historia como arma de reflexión. Estudios en homenaje al profesor Santos Madrazo*, Madrid: Universidad Autónoma de Madrid, 2012, pp. 37-50.

circuito de distribución forma una cadena de créditos sucesivos. Los minoristas adquieren al fiado de los mayoristas unas mercancías que, a su vez, fían a sus clientes. El calderero francés, José Corete, ambulante, declara que varios vecinos de Vicálvaro, Vallecas, Barajas y San Fernando le deben los importes de varias calderas que él no ha pagado todavía a un mercader de los Cinco Gremios Mayores, un latonero y una calderera.²⁸⁵ Están también las deudas con bodegoneros, tenderos de aceite y vinagre, taberneros, aguardenteros, tahoneros, puestos de los mercados, prenderías, roperías, pañerías y lencerías. Conocemos las largas listas de deudores en los libros de asiento de estos comercios y en la memoria de sus dependientes. Así, en 1773, el mozo de tahona Manuel Montalto nos sorprende detallando que ha fiado “para su mantenimiento” 74 panes a la guarnicionera de la calle Carretas, 6 al zapatero que vive en la misma casa, 42 al barbero de la calle de Alcalá, 17 a la prendera de la calle San Antón... y así hasta más de una veintena de parroquianos.²⁸⁶

Sin embargo, el crédito por mantenimientos es más abundante en la esfera no mercantil. Aparte de las deudas en comercios, son frecuentes los préstamos entre familiares, vecinos, compañeros, paisanos y otros conocidos por comida, ropa y alojamiento. Por ejemplo, Isabel Portales, viuda de un carbonero, ha recibido de un librero de la calle del Correo 725 reales en varias ocasiones “para alimentos”.²⁸⁷ Las principales fuentes de crédito son los ambientes sociales donde se desenvuelve la vida cotidiana de los trabajadores: el oficio, la familia, el vecindario y el paisanaje. Se trata, obviamente, de niveles de relación que frecuentemente se solapan. Familia y oficio son, como hemos visto, dos realidades estrechamente asociadas en las sociedades modernas, al igual que oficio y vecindario. Los inmigrantes suelen tener hermanos y otros parientes en la corte que se emplean en el mismo sector, como ocurre entre los aguadores asturianos o los criados gallegos, y que a menudo también residen en el mismo barrio, caso de los trabajadores del mercado de la carne del Rastro. El crédito dentro del oficio circula tanto en sentido vertical, entre empleadores y empleados, como horizontal, entre colegas. El oficial zapatero Tomás Rodríguez debe a su maestro más de 300 reales y 50 a otro del mismo gremio; aunque hay bastantes ejemplos de operarios que son

²⁸⁵ AHPM, prot. 24.809, f. 89, 6 abril 1771.

²⁸⁶ AHPM, prot. 24.809, f. 32, 15 febrero 1773.

²⁸⁷ AHPM, prot. 24.797, f. 121, 28 diciembre 1745.

acreedores de sus patronos, como María González, que sirve al halconero del rey, al que ha prestado diversas cantidades a pesar de que ella no ha visto un solo real en 10 años de servicio.²⁸⁸ No obstante, el crédito entre iguales tiene mayor incidencia. El albañil José Martínez ha prestado varias cantidades a un compañero, un peón, un mozo de sillas y un zapatero.²⁸⁹

La familia se considera el ámbito primario de asistencia. El préstamo entre familiares suele darse por alimentos o para ayuda del negocio. A Miguel López Terras, lanero, con tienda en la plaza del Duque de Alba, su hijo y su sobrino le han prestado 5.000 reales para la compra de géneros.²⁹⁰ La mayoría de los inmigrantes solteros declaran ser deudores o acreedores de algún pariente colateral, que a menudo también trabaja en la corte. El asturiano Antonio Fernández, mozo de tahona, ha recibido de su hermano 384 reales en varias veces.²⁹¹ El albañil Francisco Andín, que a la hora de dictar su declaración no ha cobrado de la Hacienda Real los salarios de su padre, debe a su cuñada 1.018 reales de comida, vestuario y alquileres, y parte de su herramienta se la ha fiado un tendero.²⁹²

Ente los inmigrantes, las relaciones crediticias con vecinos y paisanos suelen desdoblarse entre las que han dejado en sus lugares de origen y las que contraen en la capital. Los vecinos aparecen a menudo como depositarios de los ajuares personales cuando el trabajador ingresa en el hospital y como receptores o donantes de préstamos monetarios. El mozo Antonio Praíño, por ejemplo, se ocupa en uno de los lavaderos cercanos a la Puerta de Fuencarral y sus acreedores, dos corraleros, un tahonero y una lavandera, son vecinos y trabajadores del barrio.²⁹³ Lo único que debe la lavandera Antonia de Moya, viuda con una niña adoptada, son 34 reales que le ha prestado un vecino de la casa, amén del empeño de dos guardapiés en el Monte de Piedad por 60 reales.²⁹⁴ Entre paisanos, las redes crediticias funcionan como seguros ante las incertidumbres de la capital. El gallego Antonio Montero, que ha trabajado en uno de

²⁸⁸ AHPM, prot. 24.797, f. 62, 16 mayo 1746.

²⁸⁹ AHPM, prot. 24.799, f. 183, 7 noviembre 1752.

²⁹⁰ AHPM, prot. 24.818, f. 194, 19 agosto 1784.

²⁹¹ AHPM, prot. 24.818, f. 276, 13 octubre 1783.

²⁹² AHPM, prot. 24.818, f. 143, 17 marzo 1785.

²⁹³ AHPM, prot. 24.809, f. 181, 22 octubre 1772.

²⁹⁴ AHPM, prot. 24.818, f. 125, 26 abril 1786.

los puestos de agua de nieve de la Puerta del Sol, prestó 478 reales a dos paisanos mientras estuvieron en la corte.²⁹⁵ Bernardo Pinedo ha repartido casi 600 reales entre doce paisanos que se emplean como criados y vendedores en los Reales Sitios.²⁹⁶

El crédito popular funciona a modo de puertas giratorias: se es deudor y acreedor a un tiempo. Veamos algunos ejemplos. María García, una de las muchas casadas con maridos ausentes que habitan en la capital, ha prestado 35 reales a la mujer de un zapatero y otros 23 a un cochero, y ella debe a su tío, tratante en hierro viejo en el Rastro, 229 reales, tiene varios empeños con una tendera y una verdulera del mismo mercado y también adeuda los alquileres del cuarto.²⁹⁷ El cantero José Toriño, que trabaja en El Escorial, ha prestado 140 reales a un compañero y él debe 84 a otros colegas de la cuadrilla y a la posadera.²⁹⁸ Isabel de Parra y Pedro Nieto solo declaran deudas en contra de su caudal. La primera, viuda, es revendedora de verdura, género que debe a un vecino de la plaza de Santa Cruz que se lo entrega al fiado.²⁹⁹ El segundo, mayordomo de coches, mientras espera que la Casa Real le abone 6 años de atrasos, está en deuda con un criado, una ropera, un colega de oficio y otras personas que no recuerda cuando dicta su declaración.³⁰⁰ Por último, el grupo más afortunado aunque minoritario está representado por personas como Josefa Castellano, vecina de la calle de la Paloma, que no debe nada y es acreedora de varios cientos de reales prestados a unas vendedoras del Rastro y un carpintero de esa vecindad.³⁰¹

Las redes informales de crédito se caracterizan por la ausencia de ese tipo de interés o precio del préstamo que suelen cargar los prestamistas y usureros a sus prestatarios. En las declaraciones de pobreza y testamentos consultados, la única referencia al interés es precisamente la que subraya esta característica. El cantero y ganadero Francisco Zelayeta, que opera en el Real de San Vicente, nos habla de un herrador de la corte que le entregó 4.000 reales para su tráfico de cantería “sin interés alguno”.³⁰² Tampoco el

²⁹⁵ AHPM, prot. 24.808, f. 287, 18 diciembre 1771.

²⁹⁶ AHPM, prot. 24.809, f. 201, 27 noviembre 1772.

²⁹⁷ AHPM, prot. 24.797, f. 250, 25 noviembre 1748.

²⁹⁸ AHPM, prot. 24.809, f. 184, 28 agosto 1771.

²⁹⁹ AHPM, prot. 24.818, f. 199, 2 agosto 1783.

³⁰⁰ AHPM, prot. 24.797, f. 27, 1 abril 1745.

³⁰¹ AHPM, prot. 24.823, f. 137, 6 junio 1792.

³⁰² AHPM, prot. 24.809, f. 131, 20 julio 1773.

monto de la deuda se actualizaba con el índice de precios, de modo que Bernabela Velasco precisa que a un carbonero le debe cierta cantidad de carbón “al precio que tenía antes de la subida” y a otro “al precio del día”.³⁰³ Debido a la reciprocidad del crédito, no había recargo, ni en las transacciones comerciales ni en los acuerdos privados.

En lo concerniente a las normas que rigen las redes crediticias informales, es preciso distinguir de nuevo los ámbitos mercantil y no mercantil. Las deudas que se contraen con bodegoneros, taberneros o tahoneros son normalmente registradas en los libros de asiento de aquéllos o en vales y recibos. En muchos casos se trata de establecimientos a los que se acude con asiduidad porque se hallan en el vecindario o en las cercanías de los lugares de trabajo. Aunque el deudor suele también llevar “cuenta y razón” de lo que debe; en ocasiones, la confianza en el comerciante –a menudo paisano del propio cliente– relaja dicho control, de modo que abundan expresiones como “se estará a lo que él/ella digan” o “lo que dijere bajo su conciencia”. Por ejemplo, el mozo farolero del Prado, Manuel Potelo, cuyo jornal en 1773 es de 3 reales, dice deber al bodegonero de la comida fiada “lo que él diga”.³⁰⁴ De este modo, las clases populares están en buena medida vinculadas por redes de dependencia social y económica basadas únicamente en la palabra y la confianza implícita en su cumplimiento.³⁰⁵

La confianza, la reciprocidad y la solidaridad son los tres valores que sustentan las redes crediticias entre los trabajadores. La obtención de préstamos o ayudas depende en primera instancia del crédito o reputación de la persona que lo solicita, o bien, en caso de ser ésta desconocida, de las relaciones cercanas (parientes, colegas, vecinos, paisanos, amos, párrocos y otras autoridades) que puedan avalarla. Ante la ausencia de avales, o para asegurar la obtención de ulteriores préstamos, el peticionario ofrece –o le exige– la entrega de una prenda. Hoy por ti, mañana por mí, la reciprocidad está en la base de unas relaciones crediticias que solían responder a necesidades o “urgencias” de

³⁰³ AHPM, prot. 24.826, f. 273, 8 octubre 1787.

³⁰⁴ AHPM, prot. 24.809, f. 199, 11 noviembre 1773.

³⁰⁵ Las mismas pautas rigen para los trabajadores de Lisboa del siglo XVIII, como demuestra María Manuela Rocha, “Entre nosaltres n’hi ha prou amb la paraula: les xarxes de credit no formal des d’una perspective històrica”, *Recerques*, 39 (1995), pp. 171-190. Algo que también fue resaltado por López García, *El motín contra Esquilache...*, op. cit., pp. 65-69.

la vida diaria, como alimentarse, vestirse, pagar el alquiler del cuarto, costear el tratamiento de una enfermedad o afrontar los gastos derivados de la estancia en prisión. Juan Martínez, mozo del corral de la Cruz, le facilita a su paisano, que está en la cárcel, el dinero necesario para hacerle más llevadero el encierro.³⁰⁶ Los trabajadores se prestan unos a otros sabiendo que la devolución puede dilatarse en el tiempo, ser improbable o imposible. Juan Fernández debe 350 reales a un conocido por haberle mantenido “mientras estuvo desacomodado”, que sólo puede pagar de la legítima de sus padres.³⁰⁷ Teniendo en cuenta la frecuencia con que las legítimas y otros legados no llegaban a quienes correspondían por derecho, podemos hacernos idea del riesgo que conllevaba este tipo de préstamos. Por su parte, la alojera Alfonsa López “duda tenga efecto la cobranza” de los 600 reales de vellón que le debe un matrimonio de cabreros desde hace 12 años.³⁰⁸

Los límites entre el préstamo y la ayuda desinteresada son en algunos casos difíciles de trazar. La solidaridad implica tanto el crédito recíproco como la simple donación o “socorro”, que como tal, en teoría, no contempla devolución. En la documentación consultada, algunas de estas ayudas se prestan a personas que tienen créditos o herencias pendientes, pues, en última instancia, las deudas a favor son reservas de valor. Por ejemplo, la viuda María de Zayas lleva un tiempo siendo mantenida por un platero de oro, ya que espera recibir los 4.000 ducados que desde hace 17 años le corresponden por la herencia de su hermano, que a su vez los había recibido de la casa nobiliaria donde había servido.³⁰⁹ La francesa María Dirungarey no ha cobrado 2.700 reales de los 4 años que estuvo sirviendo al cocinero del embajador de Francia y la asiste un paisano.³¹⁰

También se socorre a quienes no cuentan con créditos pendientes ni esperanzas de heredar. Los niños huérfanos son acogidos por sus familiares (normalmente tíos o hermanos mayores), pero también por personas con las que no tienen lazos de parentesco. Quienes gozan de una posición económica desahogada, como muchos

³⁰⁶ AHPM, prot. 24.814, f. 205, 26 junio 1779.

³⁰⁷ AHPM, prot. 24.786, f. 131, 13 septiembre 1703.

³⁰⁸ AHPM, prot. 24.799, f. 100, 15 octubre 1753.

³⁰⁹ AHPM, prot. 24.786, f. 130, 11 noviembre 1702.

³¹⁰ AHPM, prot. 24.802, f. 4, 8 enero 1760.

miembros de la clase media laboral, son más proclives a este tipo de adopciones. Por ejemplo, el maestro cabestrero Nicolás Pelegrín, viudo sin hijos, nombra heredero al huérfano que ha criado “desde muy corta edad”.³¹¹ De hecho, la adopción de expósitos es abundante entre los matrimonios de artesanos y comerciantes, como demuestran las escrituras de prohijamiento de los libros del Hospital, institución de la que dependía la Inclusa y el colegio de los Desamparados. Sin embargo, no he hallado ninguna escritura de este tipo otorgada por una familia noble.

Las declaraciones de pobreza y testamentos demuestran asimismo que la atención desinteresada a personas enfermas sin red familiar en la corte la prestaban mujeres fundamentalmente, y eran mayoría también en el acogimiento de personas adultas destituidas. Fausta Villar, viuda con tienda de sastrería, tiene en su casa a una pariente, también viuda, con dos hijas pequeñas, a las que mantiene.³¹² La vallecana María de Lose declara que hace muchos años otra viuda “la tiene de limosna en su casa”.³¹³ A María Teresa de los Santos, natural de Orán, esclava que había sido de un indiano, la tiene recogida “de caridad” la esposa del criado de los pajes del duque de Arcos.³¹⁴ Podemos suponer -aunque este dato no se explicita- que las personas acogidas, que pasan a ser *agredadas* de las unidades domésticas, como vimos en el capítulo 3, prestaran algún servicio en las casas a modo de contraprestación. Lo que reflejan sus últimas voluntades es que invariablemente nombran herederos de los bienes que por cualquier motivo les pudieran corresponder a quienes las han socorrido, como muestra de gratitud.³¹⁵

³¹¹ AHPM, prot. 19.138, f. 255, 19 julio 1760.

³¹² AHPM, prot. 17.394, f. 404, 10 marzo 1770. Cuando Fausta sufre la parálisis del brazo izquierdo, los gastos que ello le ocasiona más las deudas que arrastra el negocio, la determinan “con todo su dolor” a desalojar a su “parienta”, solicitando seguidamente a su oficial –y también cuñado- y a su mujer que se mudasen a su casa para cuidarla, a cambio de dejarles la dirección del taller y las ganancias.

³¹³ AHPM, prot. 24.802, f. 43, 5 marzo 1760.

³¹⁴ AHPM, prot. 24.802, f. 10, 14 enero 1761.

³¹⁵ En otros casos es evidente que se espera contraprestación de la persona acogida, como muestra el ejemplo del comerciante de ropería Manuel Quirós, casado en segundas nupcias, en cuyo primer testamento deja explícito que a la hermana de su anterior mujer, una viuda pobre que ha permanecido en su casa “por caridad que le ha hecho”, no se le den salarios, si los pide, porque, aunque ha ayudado en algunas cosas, “no le ha excusado de tener siempre una criada”: AHPM, prot. 18.248, f. 5, enero 1751.

Hay, como señalé más arriba, otro tipo de prácticas de supervivencia que constituyen delitos, como el hurto de dinero, comida o ropa, castigados incluso con la pena capital. Recordemos que en 1766 Carlos III reedita la pragmática de Felipe V para los casos de robos cualificados. El 26 de junio de 1771, María Ortiz espera ser ahorcada por diecisiete hurtos efectuados en las casas donde ha trabajado como criada, aunque finalmente recibe el indulto.³¹⁶ Entre las mujeres apresadas por la Comisión de Vagos y la Superintendencia de Policía en 1786, las detenidas por la comisión de delitos contra la propiedad representan el 14,47 por ciento. Es el cuarto delito numéricamente más importante precedido por los relativos a la moral sexual, la mendicidad y la vagancia.³¹⁷ También entran en esta clase delictiva los pequeños fraudes, como la venta de cédulas de comunión. En 1786, Isabel de Frutos, casada de 46 años; Agustina Laso, soltera de 50, y Teresa Gómez, casada de la misma edad, son condenadas a 8 años en San Fernando por “comulgar sacrílegamente vendiendo las cédulas”. Ya sea comulgando a propósito en varias ocasiones para obtener el certificado —de donde se infiere el sacrilegio—, ya sea falsificándolo, en la corte no es difícil encontrar compradores, pues es un requisito para eludir las duras sanciones que conlleva la inobservancia anual de este sacramento.³¹⁸

Otras prácticas de supervivencia que no entrañan atentados contra la propiedad o contra las personas son consideradas delitos, como parte del proceso de criminalización de la pobreza al que hice mención. Las parejas de hecho o amancebamientos, nada infrecuentes entre los pobres, derivadas de la indiferencia religiosa o de la imposibilidad de costear los gastos de una boda, suponen un atentado contra las leyes sagradas del matrimonio, en un ordenamiento jurídico en el que pecado y delito se confunden.³¹⁹ Sin embargo, entre los delitos sin víctima el más practicado por los trabajadores pobres es la mendicidad. La petición de limosna es uno de los ilegalismos populares más recurrentes

³¹⁶ AGS, Gracias y Justicia, leg. 804.

³¹⁷ López Barahona, **El cepo y el torno...**, *op. cit.* p. 137.

³¹⁸ *Ibidem*, p. 142.

³¹⁹ Entre 1665 y 1766 la Sala procesó a 1.374 reos acusados de amancebamiento, como puede comprobarse en A. Alloza, **La vara quebrada de la justicia...**, *op. cit.* p. 190; pero se evitaba el proceso si la pareja contraía matrimonio.

a lo largo de la Edad Moderna, tanto en el campo como en las ciudades, prolongándose en Madrid hasta el siglo XIX.³²⁰ En 1786, la mendicidad solo es superada por la vagancia entre los cargos contra las más de tres mil personas que fueron detenidas en la capital por la policía de pobres. Analizando por sexos, del total de acusados de mendicidad en ese año, las mujeres ascienden al 43,70 por ciento, cifra muy superior al 22,36 por ciento que, recordemos, suponen éstas en el total de detenidos, lo que sitúa la mendicidad femenina, como ya apuntara Soubeyroux, en una mayoría relativa entre los arrestados por las rondas de policía.

En la mendicidad hay tres aspectos que llaman la atención. En primer lugar, su incidencia relativamente mayor entre las mujeres, ya que son ellas las más pobres entre los pobres, en un contexto tardofeudal, patriarcal y católico, que las relega a meros instrumentos reproductivos y a que su fuerza de trabajo apenas posea valor de cambio. En segundo lugar, su papel como actividad complementaria al trabajo remunerado que ayuda a redondear unos ingresos mínimos, o como única fuente de recursos en casos excepcionales. En tercer lugar, su persistencia en las postrimerías del Antiguo Régimen, que no sólo posee una dimensión religiosa ligada a la virtud cristiana de la caridad, sino también política, como mecanismo de prevención de la conflictividad social, y económica, ya que aporta el mínimo vital necesario para la reproducción del mercado de mano de obra madrileño.

La mendicidad no afecta sólo, ni siquiera la considerada “profesional”, a una minoría más o menos amplia de pobres marginales, sino también a una parte de la población trabajadora del campo y la ciudad a lo largo de toda Europa.³²¹ La limosna o cualquier donativo de carácter privado constituyen una forma de redistribución y reapropiación de la riqueza perfectamente asumida y legitimada tanto por el donante como por el receptor. No en vano, la caridad es un elemento constitutivo de un orden social en el que dar y recibir expresan los lazos clientelares basados en los valores de familia, estatus,

³²⁰ A. Bahamonde Magro y J. Toro Mérida, “Mendicidad y paro en el Madrid de la Restauración”, *Estudios de Historia Social*, 7 (1978), pp. 353-384.

³²¹ Como señala Jütte, *Poverty and Deviance...*, *op. cit.* p. 98. También en el Londres del XVIII, la mendicidad afecta mayoritariamente a las mujeres con niños: Tim Hitchcock, *Down and Out in eighteenth-century London*, Londres y Nueva York: Hambledon and London, 2004, pp. 37.

honor y respeto.³²² El donante ayuda a su alma y, de paso, previene la violencia de los pobres, cada vez más numerosos, contra sus propiedades o persona; el receptor ve aliviada en alguna medida su necesidad sin arriesgarse al robo, el hurto o la estafa, delitos duramente castigados, incluso, como sabemos, con la pena capital.

El recurso a la petición pública de limosna es una forma de redondear unos ingresos insuficientes, pero también la única ancla de supervivencia durante las situaciones de desempleo, enfermedad, convalecencia o traslado. En el otoño de 1790, la viuda lavandera Victoria Abendaño se halla con un ataque de reumatismo, enfermedad muy común entre las de su oficio. Acude a su compañía su hija, María García, casada con un soldado del regimiento de América –ausente probablemente de la corte–, que también ha caído enferma y a consecuencia de ello ha perdido el empleo, ya que está criando a un hijo del conde de Cancelada y se le corta la leche. En el memorial para solicitar la libertad de su madre, encerrada en San Fernando por pedir limosna en la plaza Mayor, alega que la enfermedad de su progenitora, el gasto en medicinas para que a ella le volviese la leche y el no poder volver a ejercer de nodriza hasta su total restablecimiento, habían puesto a ambas “en estrecheces”.³²³

A las numerosas familias sin recursos que habitan en la capital y su Rastro la enfermedad les conduce a la mendicidad pública, sobre todo si las Diputaciones de Caridad de sus respectivos barrios no tienen incluidos a sus miembros en la lista de pobres “verdaderos” o si las arcas de la Diputación se encuentran vacías. En noviembre de 1779, Catalina Huerta, de 50 años, natural de San Clemente (Cuenca), cuyo estado civil y ocupación desconocemos, lleva un año en el Hospicio. Reconoce que pidió ya que había estado ocho días enferma en su cuarto sin medios para convalecer.³²⁴ En diciembre de 1780 María de Oñoro, viuda de 71 años, natural de Los Santos de la Humosa, es detenida por el Teniente de corregidor, aunque, según ella, la arrestó “sin más motivo que verla decaída de salud por estar convaleciente de una grave enfermedad”. Suplica la dejen en libertad para que pueda “a costa de su sudor ganar su

³²² Woolf, **Los pobres...**, *op. cit.*, p. 36

³²³ AHN Consejos, leg. 9.433.

³²⁴ AHN Consejos, leg. 39.821, exp. 5.

sustento” y que pidan informes a sus vecinos de la calle de Leganitos para probar que es lavandera y que con esa actividad se mantiene y paga su cuarto.³²⁵

El cese temporal de la actividad laboral es recurrente en muchos sectores, sobre todo en la construcción, donde se emplea mucha mano de obra inmigrante, especialmente en otoño e invierno cuando las inclemencias del tiempo obligan a parar las obras. En estos paréntesis la mendicidad suple la carencia de ingresos, aunque a veces a un coste muy alto. En 1780 Ana Ureña, de 70 años, natural de Villamayor de Calatrava y vecina de la calle de Toledo, lleva recluida casi dos años por haber salido a pedir limosna aquel invierno en que su marido, José Ambrosio, de oficio albañil, se hallaba en paro. Ella misma solicita que la liberen con la promesa de volver a su tierra.³²⁶ En 1791 se halla reclusa en San Fernando María Tomasa de Otero, viuda de 59 años. Su hijo, peón de albañil, asegura que “por la intemperie del tiempo y por ser cortos los días, han cesado y se hallan paradas muchas de las obras”; cuando llevaba una semana sin ganar su acostumbrado jornal, su madre, “instada y seducida por otra mujer”, empezó a pedir limosna a la plazuela del Ángel, lo que había ocasionado su detención.³²⁷ En febrero de 1783 sale de San Fernando, tras tres meses de internamiento, Juana Hernández, de Madrid, viuda de 33 años con un hijo. Su hermana escribe y firma por sí misma el memorial donde explica que Juana “se ingeniaba a su labor y sin embargo de que con algún trabajo lo pasaba ella y su hijo, no necesitaba valerse de la mendiguez, hasta que llegó el caso de faltarle su dicha ingeniatura y se vio, por no tener otro arbitrio, en la precisión de pedir limosna”.³²⁸

Los 4 reales diarios que perciben un peón de albañil o un mozo de la fábrica de salitre apenas alcanzan para la propia manutención y mucho menos para sostener una familia con un solo hijo. Esto lo saben perfectamente las autoridades. Por ejemplo, en 1780 María Santos, de 60 años, natural de Loeches, lleva varios meses encerrada. Su marido es Dionisio García, de 54, que se define jornalero y solicita en varias ocasiones la libertad de su mujer, que “le hace mucha falta en casa”. El alcalde confirma que esta

³²⁵ AHN Consejos, leg. 39.823, exp. 2.

³²⁶ AHN, Consejos, leg. 39.821, exp. 5.

³²⁷ AHN, Consejos, leg. 9.433

³²⁸ AHN, Consejos, leg. 39.823, exp. 8.

familia se reduce al matrimonio y se mantiene con “el corto jornal de un peón de albañil, cuando tiene en qué emplearse”; en estos términos –añade– “no podrá evitarse que ella, viéndose libre, continúe la mendicidad”.³²⁹ Sin embargo, para los grupos dominantes, la mendicidad de estos trabajadores es un “vicio trascendental a todos los holgazanes”.³³⁰ La situación empeora cuando quien aporta el ingreso principal es la esposa. En 1784, un oficial carpintero, Juan de la Peña, pide la libertad de su mujer, Josefa Blanco, de 44 años. Él no puede ejercer más su oficio porque de una enfermedad se le ha paralizado las manos y depende del jornal de su parienta que lava ropa en varias casas. Como no es solvente, se deniega su petición y es don Manuel Gutiérrez, relojero de cámara del infante don Luis y maquinista del Real Seminario de Nobles, quien se obliga de “cuidar de que la referida Josefa no mendigue y en caso necesario de mantenerla”.³³¹

Son las viudas pobres, sin embargo, carentes del apoyo masculino, el grupo social más propenso a la indigencia. La costurera Catalina Horonce, irlandesa, viuda de 60 años, lleva casi tres años recluida en San Fernando por mendicidad; pero esta mujer, que probablemente llegó a España junto a otros irlandeses traídos por el gobierno para trabajar en las Reales Fábricas, se había ganado la vida cosiendo, componiendo medias y planchando con esmero durante todo el tiempo que residió en Madrid: en 1786 pide el indulto para marcharse a Irlanda con una hija que tiene allí.³³² Cinco años atrás, la viuda Tomasa Gómez, de 40 años, trabaja junto a su hija de 15 en su cuarto de la calle de Fuencarral para un maestro cotillero. Ellas forman parte, por tanto, del contingente de jornaleras que contratan los talleres artesanos. No sabemos lo que recibían de jornal, pero yendo por la noche a cobrar a casa del maestro y no encontrándole en ella, “no tenían un cuarto ni siquiera para comprar una vela”, por lo que viendo venir a un caballero por la calle, Tomasa se aventuró a pedirle una limosna, con la mala suerte de que se trataba de un alcalde de Corte que, por supuesto, la prendió.³³³ El trabajo por encargos está sujeto a salarios de miseria, de ahí que estas mujeres se vean precisadas a elegir entre la desnutrición y la petición de préstamos o limosnas.

³²⁹ AHN, Consejos, leg. 39.821, exp. 5.

³³⁰ AHN, Consejos, leg. 49.671.

³³¹ Este caso y el anterior, en AHN Consejos, leg. 49.679.

³³² AHN Consejos, leg. 39.835, exp. 5.

³³³ AHN Consejos, leg. 49.676.

En general, los trabajadores con menos recursos consideran la mendicidad como un mal menor, una actividad legítima en situaciones de desempleo, discapacidad, enfermedad o convalecencia. Y esta opinión aflora en algunas declaraciones, cuyos autores justifican la mendicidad con motivos que creen lícitos. En determinadas circunstancias, mendigar es algo honroso de lo que, por tanto, no hay que avergonzarse. Esta idea atraviesa muchos memoriales y la expresa perfectamente el que eleva León Francisco López, cuya esposa, Tomasa Roca, se halla reclusa por este motivo. Los dos son ancianos y ejercen el oficio de lavanderos. León, aunque no reconoce abiertamente el cargo de mendicidad, pide la libertad de su mujer alegando que “no sería extraño” que la sorprendiesen pidiendo, ya que ella se hallaba enferma y él achacoso, “y no creyendo que dicha Orden [la prohibición de pedir limosna] se entendiese a los menestrales honrados, que les falta por enfermedad u otro accidente el trabajo, y socorro de la Diputación de barrio, se atrevería acaso a contravenir a ella, lo primero por subvenir de un *medio honroso* a sus achaques y escasez, y lo segundo por no incurrir en el vilipendioso y detestable vicio del robo”.³³⁴

Hemos visto que la mendicidad, práctica asociada al pauperismo, es un delito punible con la reclusión forzosa en los Hospicios de Corte o de San Fernando, en el caso de las mujeres y los varones no aptos para otros destinos, y una actividad sobre la que recaen los estigmas de la vileza, el vicio y el deshonor. Buena parte de quienes piden limosna en Madrid son trabajadores, ya sea porque su fuerza de trabajo no encuentra acomodo en un mercado laboral muy saturado, o bien porque, si tienen empleo, este es inestable e insuficiente para cubrir las necesidades básicas de alimento, vestido y alojamiento, y hacer frente a imprevistos. En esta tesitura, la mendicidad es una actividad más lucrativa que el trabajo asalariado, una estrategia de supervivencia o adaptación ante situaciones excepcionales, pero no infrecuentes, de enfermedad, desempleo, convalecencia o desplazamiento.

³³⁴ Énfasis mío. AHN, Consejos, leg. 39.823, exp. 8.

PARTE II. Oficios y actividades económicas de las madrileñas

Cap. 6. Criados, una categoría polisémica

Hay un acuerdo entre los historiadores en calificar a las urbes modernas como ciudades de criados, ya que sus números sobrepasan con creces a los otros grupos ocupacionales. Madrid no es una excepción. El censo de 1757 registra 13.584 individuos: 10.676 sirvientes de todo tipo y 2.908 de librea.¹ Es más que probable que estas cifras no incluyan a las criadas, algo que también ocurre en el censo de 1787, por lo que habría que doblar los 13.584 criados de 1757 o los 18.209 de 1787. En ambos casos se acercaría al 20 por ciento de la población total madrileña. Este porcentaje apenas se aparta de lo que se ha calculado para las principales ciudades europeas.²

Las cifras apuntadas se corresponden con una vasta heterogeneidad en cuanto a la composición, funciones y relaciones laborales que constituyen el colectivo de sirvientes. En él se acoplan multitud de tareas, unas no cualificadas (limpieza, atención personal, compra de víveres, etc.) y otras cualificadas (secretaría, contabilidad, atención médica, instrucción, etc.), sin olvidar la variedad de relaciones laborales que van desde la esclavitud hasta el trabajo asalariado.³ Según la casa en la que se empleen, los servidores pueden ser “criados para todo tráfago”, incluido el que tiene que ver con la actividad económica del empleador, o realizar tareas específicas (lavandería, lactancia, costura, peluquería, enseñanza, transporte, etc.), así como vivir o no bajo el techo del amo. Sin duda, criado es “demasiado concepto”.

Tanto la abundancia como la versatilidad de los criados responden a la realidad socio-laboral que hemos examinado en el capítulo 3, en la que la *casa* no es sólo la residencia de la familia, sino también el lugar donde se desarrolla la actividad económica. Probablemente, una de las causas de que, a pesar de su importancia cuantitativa, los criados hayan permanecido como el grupo ocupacional menos estudiado radique en haberlos considerado trabajadores no productivos, especialmente cuando, aplicando un

¹ Los criados de librea de Madrid superaban en número a los que reunían las 22 provincias de la Corona de Castilla: López García (dir.), **El impacto de la Corte...** *op. cit.*, pp. 406-407.

² Olwen Hufton la cifra en el 20 por ciento en “Mujeres, trabajo y familia...”, *op. cit.*, pp. 33-74/37.

³ En el siglo XVIII, el volumen de esclavos alojados en las residencias de la nobleza, el clero, la burocracia real y las clases medias oscilaría entre 6.000 y 15.000, como puede comprobarse en López García, “La esclavitud en Madrid ...”, *op. cit.*, p. 194.

cierto presentismo, se traduce automáticamente “casa” por espacio privado y “criado” o “sirviente” por “servicio doméstico”. Este último, según lo entendemos en la actualidad (el servicio personal a un individuo, su casa y familia), es sólo una parte de lo que implica el trabajo de los criados en las sociedades modernas, para las cuales toda persona que trabaja por una remuneración es un “sirviente”.⁴

Por fortuna, en las últimas décadas ha revertido la tendencia al olvido de los sirvientes.⁵ Madrid cuenta con una investigación pionera que cubre la segunda mitad del XVIII y la primera del XIX.⁶ Para etapas previas no disponemos de esa necesaria monografía. En el capítulo 3 examiné la regulación a que fue sometida la actividad de las criadas a raíz del establecimiento de la Corte en 1561, dirigida a restringir su movilidad y cercenar su capacidad de negociación, pero, en lo que sigue, no pretendo sino contribuir a la discusión sobre el significado del término criado o servidor en la sociedad moderna y los problemas que plantea su definición; mi segunda pretensión persigue centrar el foco en las criadas domésticas del Madrid del XVIII a través de lo que ellas mismas reflejan en sus escrituras notariales (declaraciones de pobreza, testamentos y dotes, principalmente). Esta documentación privada abre una rendija para penetrar en la composición social de este colectivo, sus condiciones laborales, experiencias, costumbres y relaciones con los empleadores.

En el Madrid del XVIII, la categoría “sirviente” o “criado” se aplica a personas de ambos sexos y todas las clases sociales. A una tradición medieval se debe que los nobles titulados formen parte de la servidumbre de la Familia Real. Esta elite remata el vértice de una rígida jerarquía de rangos y funciones que reproduce la sociedad feudo-corporativa del Antiguo Régimen. En 1802, la relación que publica el *Diario de Madrid*

⁴ También en la Inglaterra del XVIII “el amplio significado de la palabra sirviente resume las cualidades comunes de todas las versiones de relación laboral”: Carolyn Steedman, “The servant’s labour: the business of life, England, 1760-1820”, *Social History*, 29/1 (2004), pp. 1-29.

⁵ Aparte de la obra citada arriba, cabe señalar Cissie Fairchilds, **Domestic enemies: servants and their masters in Old Regime France**, Baltimore: J. Hopkins University Press, 1983; Raffaella Sarti, “Domestic Service as a Bridging Occupation” y “Who are servants? Defining Domestic Service in Western Europe (16th-21st centuries)”, en S. Pasleau y I. Schopp (eds.), **Proceedings of the “Servant Project”**, vols. 2 y 3, Liège: Université de Liège, 2006, pp. 3-59; Aurelia Martín Casares, “Free and Slave Domestic Service Legislation, Gender and Social Practice in Spain”, en A. Fauve-Chamoux (ed.), **Domestic Service and the formation of European Identity. Understanding the Globalization of Domestic Work, 16th-21st centuries**, Berna/Berlín: Peter Lang, 2004, pp. 189-209; y Aurelia Martín Casares y Bernard Vincent, “Esclavage et domesticité dans l’Espagne moderne”, en M. Cottias, A. Stella, y B. Vincent (coords.), **Esclavage et dependences serviles. Histoire compare**, París: L’Harmattan, 2006, pp. 127-137.

⁶ Sarasúa, **Criados, nodrizas...**, *op. cit.*

de las criadas de la reina María Luisa es explícita al respecto. En el primer plano, sitúa a las nobles: la marquesa de Montealegre, *camarera mayor*; la marquesa de Blanchiforte y la condesa de Buñols, *damas*; la marquesa viuda de Perijá, *señora de honor*. En el segundo lugar, a las mujeres con tratamiento de doña: María Clara Mella, María Luisa Navacerrada y Magdalena Navacerrada, *camaristas*; Josefa Guoy y María Tavares, *azafatas*; y Cayetana Júcar y Arroyo, *dueña*. Y en el tercer nivel, a las que no tienen ese tratamiento: Felipa Ocaña y Dionisia Pérez, *mozas de retrete*; María de San Pedro, *enfermera*; Antonia Díaz, *guarnecedora*; y Paula Pandeavenas, *costurera*. En estas listas se suele omitir el tropel de mozos y mozas que realizan las tareas más duras y serviles en cocinas y caballerizas.⁷

Junto a su función económica, los criados poseen un importante valor simbólico como signo de ostentación. El número de éstos, sus libreas y carruajes hacen visible al público la posición social del amo. En Madrid residen familias de la nobleza que se rodean de innumerables sirvientes. El conde de Oñate, por ejemplo, tiene 76 en su palacio de la calle Mayor en 1729.⁸ En estas servidumbres, son los hidalgos y miembros de familias distinguidas los que ocupan el escalafón más alto, pero se observa en ellas una escrupulosa jerarquía según una minuciosa división de funciones acordes a la posición social de quienes las desempeñan: “mayordomos, secretarios particulares, gentileshombres, pajes y maestros de pajes, maestros de sala, ayos, ayudas de cámara, porteros de estrados, guardarropas, faroleros, enfermeros y enfermeras, jefes de repostería y cocina, reposteros, cocineros, tineleros y criados de tinelo, metes de hotel, dispenseros, caballerizos, sotas, volantes, cazadores, lacayos, cocheros, mozos de caballos y de mulas, porteros de calle, otros criados de librea y caballeriza, mozos de espuela, jardineros, compradores, camareros y camareras, amas, segundas, criadas de

⁷ La representación masculina se compone del *secretario de la camarería mayor* con su ayudante, más el *tesorero de la reina* y su sustituto; el *mozo de oficio de la guardarropía*; el *mozo de oficio honorario de la guardajoyas*; el *platero diamantista*, el *peluquero*, el *portamuebles* y el *oficial de sastre*. Todos, menos estos dos últimos, con tratamiento de don: HD/BNE, **Diario de Madrid**, 16 septiembre 1802, p. 2. En sus viajes, la Familia Real movilizaba un ejército de “criados”: sólo entre 600 y 700 siguieron a Felipe IV a Andalucía en 1624. Una lista de estos servidores y sus funciones, en Santos Madrazo, **El sistema de transportes en España, 1750-1850**, tomo I, Madrid: Turner/Colegio de Ingenieros de Caminos, 1984, pp. 66 y 87, nota 49.

⁸ Carbajo Isla, **La población de Madrid...**, *op. cit.*, p. 163, nota 6. Como componente del consumo suntuario, la servidumbre se vio sujeta a una minuciosa regulación legal –de escasa efectividad– para limitar su número, como señala Sarasúa, **Criados, nodrizas...**, *op. cit.*, p. 80.

criadas, dueñas, amas de llaves, amas de gobierno, nodrizas, doncellas, cocineras, niñeras ...”.⁹

Los rangos altos y medios de la servidumbre real y aristocrática, o lo que en la época se llaman criados “de escaleras arriba”, gozan de ventajas respecto al conjunto de los criados. Perciben salarios más altos, aunque graduados según la jerarquía. Por ejemplo, un cocinero gana, en la segunda mitad del XVIII, 90 reales al mes y un ayuda de cámara casi 200.¹⁰ Los criados “de escaleras abajo” son también agraciados con pensiones y otras dádivas. Los duques del Infantado tienen por costumbre pagar el entierro de sus sirvientes pobres, como indica una de ellas, Rosa González, en 1754.¹¹ Manuela Álvarez, viuda de un ayuda de la Real Sausería, ha sido barrendera de retrete de la infanta María Teresa, por lo que goza de una pensión de 5 reales diarios.¹²

Los criados mayores o de escaleras arriba cuentan a su vez con personas a su servicio. María Teresa Lozano, “camarista de la reina viuda” y esposa de un coronel de Dragones, ha gozado durante casi 30 años del servicio de Cecilia Morset, primero como nodriza y después para “servirlos de criada”.¹³ La clase media urbana (criados reales, funcionarios, profesionales liberales, militares de graduación, ricos comerciantes ...) mantiene un promedio de 4-5 sirvientes en la segunda mitad del XVIII.¹⁴ En este grupo el número de empleadores aumenta, aunque disminuye el de criados que cada uno posee a la par que el tamaño de sus residencias. Dichos empleadores representan una importante demanda de mano de obra servil. En la muestra de 75 criadas que hemos recogido para este estudio, 40 hacen explícitas las ocupaciones de los amos. En 29 casos (72,5%) se trata de la familia real, nobles, criados de nobles, profesionales liberales, mercaderes, funcionarios, clérigos y militares.¹⁵

⁹ Relación de criados que aparece en el reglamento para la contribución o “servicio anual sobre criados, mulas y caballos, tiendas, posadas y casas de juego”, del que sólo está excluido el estamento eclesiástico, publicado en HD/BNE, **Mercurio de España**, diciembre de 1802, pp. 97-104. Nótese que las funciones desempeñadas por mujeres se enumeran en último lugar.

¹⁰ Sarasua, **Criados, nodrizas...**, *op. cit.*, p. 223.

¹¹ AHPM, prot. 24.799, f. 101: “Declaración de pobre otorgada por Rosa González”, 22 junio 1754.

¹² AHPM, prot. 17.494, f. 707: “Testamento otorgado por doña Manuela Álvarez”, 1 agosto 1764. Otra cosa es que estas pensiones se percibieran regularmente.

¹³ AHPM, prot. 18.752, ff. 15-18: “Poder para cobrar salarios de Cecilia Morset”, 26 julio 1760.

¹⁴ Sarasúa, **Criados, nodrizas...**, *op. cit.*, p. 104.

¹⁵ Véase Tabla 1 en el siguiente apartado.

Los servidores suelen realizar su trabajo de dos maneras. En unos casos, residen bajo el techo del amo; reciben alojamiento, comida, a veces ropa y una cantidad de dinero como parte del salario; o bien sirven sólo por la manutención. En ambas situaciones, pasan a ser un miembro de la familia, esto es, de la unidad doméstica. En otros casos, el criado acude desde su propia casa a la del amo por unas horas al día o a la semana. El grado de dependencia personal del primero respecto del segundo -o lo que propiamente llamamos *servidumbre*- está modulado por la relación entre lugar de trabajo y de residencia, relación a su vez condicionada por la edad, el estado civil y la situación personal del sirviente (si es huérfano, por ejemplo, o viuda sin red familiar). Por ello es pertinente diferenciar a quienes residen en la casa del amo, a los que llamaré *criados domésticos*, subdivididos en asalariados y no asalariados, de los *criados extra-domésticos* o externos, cuyas relaciones con el empleador se aproximan más al contrato entre dos agentes teóricamente libres e iguales, dentro de las restricciones inherentes a una sociedad paternalista.

En el Madrid moderno, como en otras ciudades europeas, la diferencia entre criados domésticos y extra-domésticos no se aprecia socialmente, o no halla expresión en el lenguaje. De ahí que a lo largo del XVIII se siga llamando “criadas” a las que se contratan en los puestos del mercado para despachar o pesar los productos, como veremos más adelante, o a las que atienden en bodegones y mesones. La confusión conceptual de *casa* como lugar de residencia y como negocio, y de *servicio* como servicio personal y de la casa, explica que a mediados del Setecientos, las ofertas y demandas de empleo que se publican en los periódicos bajo el epígrafe “Amos y criados”, incluyan tanto a la “criada para la cocina, que sepa guisar bien y coser”, como al “mancebo que desea acomodarse con algún maestro sastre a jornal o por piezas”, o al “sujeto que se ejercita en dar lecciones por las casas de leer, escribir y gramática”.¹⁶ Criado es un término genérico que engloba a toda persona que trabaja por una remuneración, monetaria o en especie, especialmente, aunque no sólo, en las ocupaciones menos cualificadas de la industria, el comercio y los servicios, independientemente de que sea doméstico o extra-doméstico. Lo mismo se puede decir de la palabra “amo”, que aparece como genérico de empleador.

¹⁶ HD/BNE, *Diario noticioso, curioso, erudito y comercial*, 16 marzo 1758, p. 3.

En los primeros años del XIX, la imposición de un gravamen por criado, que tiene como fin reducir el número de estos servidores entre las clases acomodadas, hace que los legisladores se esfuercen en identificar ciertos elementos definidores de los criados y generadores de diferencias en el seno del colectivo. El citado reglamento de 1802 explicita lo que se entiende por criados: una nómina extensa que comienza con la prolija relación de los sirvientes de las casas nobles y acaudaladas –más arriba desglosada-, pasa por “los demás criados y criadas” con cualquier denominación que sirvan “a la persona o a la casa”, y termina con los pajes de bolsa de los secretarios, los amanuenses de los abogados, procuradores y notarios, incluyendo también a los mancebos de las tiendas de todas clases “aunque sean parientes, no siendo hijos o teniendo compañía en los negocios del amo” y los dependientes de fondas, hosterías, casas de juego, etc., tanto hombres como mujeres.¹⁷

Criado es quien trabaja al servicio *personal* de un individuo, pero también al servicio de una *casa*, en el sentido amplio ya referido de unidad de producción, negocio o “ejercicio propio o perteneciente al patrimonio u oficio del amo”, tal como explica el reglamento; un oficio que engloba a servidores domésticos y extradomésticos. No obstante, se aprecia un intento por diferenciar el servicio de la persona del servicio para la casa, al quedar exceptuados de la categoría “criados” –y, por tanto, de gravamen- aquellos que se ocupan *a tiempo completo* en las labores del campo, el pastoreo y en “artes y oficios prácticos y menesteres que ejerza el cabeza de familia o sus hijos”. Es decir, no son criados aquellos trabajadores que sólo se emplean para producir los bienes y servicios adscritos al negocio familiar o de la casa; pero no están exceptuados quienes compaginen estas actividades con el “servicio a las personas”.¹⁸

Esta diferencia conceptual se perfila asimismo en otras regiones europeas, como queda patente en la clasificación que realiza Walter Thomas Williams en 1804. Sitúa, por un lado, a los “servidores domésticos” (*menial servants*), que “viven dentro de las paredes de una casa”; y, por otro, a los “servidores no domésticos (*not menial servants*), a los que define como “trabajadores (*labourers*) que no tienen suficiente propiedad de la que vivir y no se emplean en ningún arte”.¹⁹ Es interesante a este respecto que, en el tránsito

¹⁷ HD/BNE, *Mercurio de España*, diciembre de 1802, pp. 97-104.

¹⁸ *Ibidem*.

¹⁹ Steedman, “The servant’s labour ...”, *op. cit.*, p. 11.

del XVIII al XIX, los trabajadores que en Madrid “no se emplean en ningún arte”, es decir, los que se ocupan en oficios no cualificados, no parecen definirse a sí mismos como “servidores” o “criados”, sino como “trabajadores”. En 1791 el alcalde del Barrio de la Comadre (cuartel de Lavapiés) se queja de que no puede prender a los “vagos” inmigrantes que llegan a su distrito porque se ponen a cubierto de sospecha diciendo que son “trabajadores”.²⁰ Son cambios semánticos que se aprecian claramente en las dos últimas décadas del Setecientos en el registro popular, así como en el de los empleadores, que pasan del “servidor” al “jornalero” para referirse a sus asalariados no cualificados.²¹

Las criadas de Madrid

Con los antecedentes expuestos, es legítimo preguntarse por los criterios que aplicaron los encargados de los censos de 1757 y 1787. Tampoco la documentación notarial permite discernir cuándo estamos ante criados y criadas domésticas, extra-domésticas u otro tipo de asalariadas, dado que no es norma de los notarios incluir en los datos del otorgante su ocupación, edad y domicilio. La presencia de términos como “servidumbre”, “servidor” o “amo” podría servirnos de guía segura si no conservaran el significado polisémico ya descrito. Algunos casos son ilustrativos. Magdalena Jerez es acreedora de 1.638 reales de la sociedad que formaron dos mujeres de origen francés, probablemente dedicada a la producción o comercio de artículos textiles, ya que quien compra la deuda es un maestro bordador. De esa cantidad, algunos cientos de reales son por salarios adeudados “en su servidumbre”.²² La duda de si estamos ante una criada doméstica o una trabajadora externa cobra más peso cuando sabemos que las mujeres que cosen para los mercaderes de ropería son referidas en los testamentos como “la que me sirve” o “que sirve en mi casa”.²³

En la referida muestra de 75 escrituras, que cubren todo el siglo XVIII –aunque no he vaciado los cien años completos–, se puede afirmar que las otorgantes son criadas domésticas. El grueso de esta muestra corresponde a declaraciones de pobreza y

²⁰ AHN, Estado, leg. 3.011, exp. 1.

²¹ Esto se aprecia, por ejemplo, entre los mercaderes de ropería, de los cuales hemos vaciado escrituras que cubren todo el siglo XVIII.

²² AHPM, prot. 20.261, s/f, “Don Juan Lafontaine, fianza de acreedor...”, 23 octubre 1787.

²³ La *Academia Usual* (1780) dice que “oficio *servil* se llama en la República al mecánico o bajo, a distinción de los liberales o nobles”.

testamentos suscritos en el Hospital de la Pasión, sucursal femenina del General. En esta institución ingresaba gente de toda condición social, pero especialmente trabajadoras y trabajadores residentes o transeúntes, que dictaban allí sus últimas voluntades según la gravedad de su situación.

Tabla 1. Criadas en Madrid: naturaleza, estado civil y número de hijos (1700-1802)

| Estado civil | Solteras | Casadas | Viudas | N/C | Total |
|---------------------|-----------------|----------------|---------------|------------|--------------|
| | 34 | 16 | 21 | 4 | 75 |
| Naturaleza | | | | | |
| Madrid y provincia | 8 | 7 | 6 | | 21 |
| C. la Nueva | 10 | | 7 | | 17 |
| C. la Vieja | 4 | 3 | 2 | | 9 |
| Galicia/Asturias | 8 | 3 | 4 | | 15 |
| Cataluña/Valencia | 1 | 1 | 1 | | 3 |
| P. Vasco/Nav/Rioja | 2 | 1 | 1 | | 4 |
| Andalucía | | 1 | | | 1 |
| No consta | 2 | | 1 | 2 | 5 |
| Nº de hijos | | | | | |
| 0 | | 12 | 13 | | 25 |
| 1 | | 1 | 3 | | 4 |
| 2 | | 2 | 2 | | 4 |
| 3 + | | 1 | 3 | | 4 |

Fuente: Elaboración propia a partir de **AHN**, Consejos, legs. 39.842/1, 9.461, lib. 1.352, f. 637; **ARCHV**, pleitos criminales. 112-7; **AHPM**, prots. 15.016, f. 100; 17.490, f. 113; 17.491, f. 109; 17.494, f. 594, 707; 17.500, s/f(25/8/78); 18.752, f. 594; 19.608, f. 459; 19.444, f. 201; 19.554, f. 594; 24.786, ff. 24, 90, 12, 56, 98, 154; 24.789, ff. 139, 45; 24.791, ff. 31, 35; 24.792, ff. s/f(2/7/25), s/f(7/1/26); 24.795, ff. 115, 179, 143, s/f(15/5/37), 148, 20, 59, 121; 24.797, ff. 13, 95, 62, 45, 102; 24.799, f. 58, 101, 239; 24.802, f. 4; 24.805, ff. 344, 366; 24.809, ff. 131, 45, 96, 20; 24.810, f. 2; 24.814, f. 51, 71, 169, 103, 175, 87, 335, 370; 24.818, ff. 113, 195, 57, 172, 196, 171; 24.823, ff. 40, 60, 148, 221; 24.826, ff. 167, 481; 24.836, f. 505.

Los datos relativos a su procedencia, estado civil y número de hijos revelan los rasgos que ya se han observado en las servidoras domésticas de la capital. El perfil típico responde a una mujer soltera que procede de Madrid, su entorno rural y Castilla la Nueva, aunque en la muestra destaca el número de las que llegan de Galicia y Asturias. Las solteras, sin embargo, se ven acompañadas por una notable representación de las casadas, de las que constan dos con marido ausente, y las viudas. Al desconocer la edad de la otorgante ignoramos también la de sus hijos, que son escasos, ya que el 70 por ciento de las 37 casadas y viudas carece de ellos. En 40 casos conocemos la posición social y ocupación de los amos: más del 72 por ciento son nobles, criados de nobles, clérigos, funcionarios, profesionales liberales, militares y comerciantes; en el resto se

agrupan dos comediantes, un panadero, un maestro sastre, un bodegonero, una calcetera, una dependiente del abasto de tocino y un estanquero.

En el capítulo 3 se dijo que la mayoría de las niñas y jóvenes de las familias pobres se destinan a la servidumbre. En unos casos llegan con las familias a las que ya sirven; en otros, vienen para servir en las casas de parientes o paisanos residentes en la corte, o en las que éstos previamente conciertan. La omisión de la edad impide estimar qué porcentaje representan las menores de 16 años. Sabemos que niñas de 7 a 9 años forman parte de este contingente laboral, sobre todo si son huérfanas. Por ejemplo, la joven Pascuala Martí, natural de Valencia, ha servido “desde su tierna edad” a su paisano Antonio Vicente, que llega desde esa ciudad a la corte para ejercer como ayuda de cámara del duque de Alba.²⁴ Otra joven huérfana es Teresa Chamboni, que, según declara, tiene 18 años “poco más o menos” y dice estar sirviendo a un preceptor de gramática.²⁵

Las jóvenes sirvientes pasan a estar bajo la patria potestad del amo o ama, que frecuentemente es pariente y en ocasiones también tutor legal de la menor. Antonia López, por ejemplo, se ha criado con su padrino, que es asimismo su amo y probablemente único familiar, puesto que le nombra heredero de los bienes que le pudieran pertenecer.²⁶ También vimos que buena parte de las jóvenes huérfanas pasan su infancia y mocedad entre la casa del amo y el hospicio. Es bastante razonable que estas huérfanas sirvientes compusiesen el grueso de criadas domésticas no asalariadas – recompensadas, en el mejor de los casos, con una modesta dote para contraer matrimonio-; y que fueran también numerosas entre los “sirvientes domésticos” que contribuían con trabajo recíproco a la producción de la unidad doméstica del maestro artesano, como vimos en el capítulo 3.

¿Se extendía la tutela del amo y, por tanto, el deber de obedecerle, a las criadas domésticas adultas? En el Madrid del XVI, los amos de las grandes casas tenían potestad para supervisar los matrimonios y separaciones de sus criados, conceder

²⁴ Previamente, el amo había depositado en la Caja de Huérfanos de Valencia 600 reales en concepto de salarios ganados hasta entonces, para cuyo cobro, una vez cumplida la mayoría de edad, Pascuala apodera a un sastre de aquella ciudad: AHPM, prot. 17.500, s/f.: “Poder para cobrar 600 reales de doña Pascuala Martí”, 25 agosto 1778.

²⁵ AHPM, prot. 24.814, f. 87: “Declaración de pobre otorgada por Teresa Chamboni”, 19 abril 1780.

²⁶ AHPM, prot. 24.814, f. 175: “Declaración de pobre otorgada por Antonia López”, 27 junio 1780.

permisos de salidas, infligirles castigos físicos e incluso transferirlos a otras casas como si de bienes muebles se tratase.²⁷ No obstante, los frecuentes cambios de casa por iniciativa de criados y criadas, que las autoridades pretenden combatir, sugieren que, a medida que aumenta la edad de la criada, la tutela es menos efectiva. En el siglo XVIII, una parte al menos de estas trabajadoras actúa con independencia a la hora de buscar nuevos amos si las condiciones en las que sirven no les satisfacen. Sin embargo, no podemos valorar hasta qué grado se habían aflojado los lazos de dependencia personal en aquella centuria, es decir, si estamos ante una “servidumbre” o más bien ante un “servicio”, aunque el discurso de políticos y moralistas continúa ensalzando las relaciones de carácter paternalista entre amos y criados.

En las postrimerías del Antiguo Régimen, el cambio de casa por parte de las criadas, y de éstas por parte de los empleadores, está plenamente asumido, a pesar de la tajante oposición de las autoridades. Lo ejemplifica bien la palentina María Redondo, “criada de servicio” en 1802, soltera de 24 años. Ha trabajado en 5 casas y en todas han dado buenos informes de ella, aunque uno de los amos le recrimina estas mudanzas. Asimismo, un diamantista francés da fe de la movilidad de los propios empleadores: se fue de la corte y ella quedó sirviendo a su oficial, en la calle Amor de Dios.²⁸ Pero aún persiste la asimilación del trabajo al espacio económico y político de la *casa*, y, por tanto, el tratamiento de los criados domésticos como miembros de la *familia*, incluso en el habla popular. En el citado sainete de Ramón de la Cruz, “La Petra y la Juana”, la viuda de militar a la que sirve la joven Aquilina se refiere a ésta como “mi familia”.²⁹

La consideración del criado como miembro de la unidad doméstica posee un claro reflejo en las disposiciones testamentarias, tanto de amos como de criados. Es costumbre entre los empleadores legar bienes a sus sirvientes domésticos, incluso si ya no trabajan para ellos. El mercader de ropería, Sebastián Rodríguez, deja 500 reales a

²⁷ Véase, por ejemplo, Miguel Nieto Nuño (ed.), **Diario del Conde de Pötting. Embajador del Sacro Imperio en Madrid (1664-1674)**, Madrid: Ministerio de Asuntos Exteriores, 2 vols., 1990. Algunos ejemplos sobre el discurso moralizante sobre criados y criadas en el Setecientos, en Sarasúa, **Criados, nodrizas...**, *op. cit.*, pp. 226-28.

²⁸ ARCHV, pleitos criminales, caja 112-7. La prenden durante un traslado a su localidad natal junto a un paisano, acusada de “malentretenida”. Los buenos informes de sus amos la libran de la reclusión pero no de la obligación de permanecer en su pueblo, sin poder volver a Madrid salvo con pasaporte.

²⁹ Ramón de la Cruz, “La Petra y La Juana”, en **Doce Sainetes...**, *op. cit.* p. 310.

Manuela Garrote, “que fue mi criada, en atención a su buena ley”.³⁰ Pero no parece que este acto de generosidad fuese siempre o únicamente consecuencia de una relación personal satisfactoria, ya que, al menos entre la clase media mercantil, es frecuente extender estas mandas a “los criados que estuviesen sirviendo en mi casa al tiempo de mi fallecimiento”, es decir, a personas a las que aún no se conoce, lo que revela que la gratificación se hace al servicio –signo de distinción del empleador- tanto o más que al servidor. El legado a personas anónimas encaja asimismo con la referida movilidad de los criados. Y, por supuesto, como vimos al hablar de las redes de crédito, es frecuente que amos anteriores deban salarios a la criada cuando ésta comienza a trabajar para otra casa.

También se dan casos en los que el servidor elige al amo para ejercer la función de albacea o testamentario. En la muestra son más de la cuarta parte: el 26’5 por ciento de las 64 declaraciones testamentarias, lo cual sugiere que o bien la criada no cuenta con relaciones en la ciudad, o es el amo la persona que le merece mayor confianza. Las criadas que nombran albaceas o testamentarios a sus amos revelan, en general, agradecimiento por el trato recibido. Esta gratitud se manifiesta a veces con la renuncia voluntaria al salario. Por ejemplo, María García de Rueda, soltera, sirve a don Gregorio de Plaza, en la calle Alcalá. Declara que éste no le debe nada en concepto de salario, porque, aunque ha servido en su casa cinco años, la ha “asistido con todo lo necesario” y “tratado como si fuera una hija”.³¹ Florencia Méndez está casada en segundas nupcias y tiene dos hijas. Cuando enviudó de su primer marido, se mantuvo en ese estado durante doce años, los tres primeros en su cuarto, cuidando de su hija, y el resto sirviendo. En este intervalo tuvo a su segunda hija, de 13 años, a quien su amo ha “asistido y mantenido” en su casa “de limosna”. Da “repetidas gracias” a su amo, don Joseph Jiménez, y pide que no se le exija nada por sus salarios.³²

En el siglo XVIII, los contratos entre amos y criados son verbales. No he hallado ninguno en la documentación notarial.³³ Por tanto, desconocemos las condiciones bajo

³⁰ AHPM, prot. 14.435, f. 286: “Testamento de Sebastián Rodríguez y Antonia Merino Abad, su mujer”, 7 octubre 1722.

³¹ AHPM, prot. 24.795, f. 115, “Testamento de María García de Rueda”, 22 agosto 1736.

³² AHPM, prot. 24.814, f. 169: “Declaración de pobre otorgada por Florencia Méndez”, 27 junio 1780.

³³ En el siglo XVI, la escrituración era una práctica más corriente. Juan Carlos Zoffo localizó al menos 200 escrituras de “servicios y soldadas” para la segunda mitad de esa centuria, 168 de las cuales son de mujeres: Zoffo Llorente, **Gremios y artesanos...**, *op. cit.*, pp. 437-442.

las cuales se establecían: composición del salario, términos de pago, días libres, tareas a realizar, etc. Sin embargo, no parece que en todos los contratos verbales se hicieran explícitos dichos términos. La viuda María González, por ejemplo, declara que su amo le debe diez años de salario “en lo que él regule en conciencia en cada mes, respecto de no haberse ajustado cuando entré a servirle”.³⁴ El grueso de la remuneración de los criados es en especie: manutención, vestuario, cama, donaciones de ropa y calzado que desechan los amos, junto a un salario monetario que oscila según la categoría de la casa y del sirviente, y mandas ocasionales, como hemos visto. A veces la retribución es sólo en especie, así como los adelantos a cuenta de la parte monetaria. A María González su amo le ha entregado un vestido y 20 reales como adelanto de sus salarios.³⁵ María Catalina Blanco también ha recibido a cuenta una basquiña de grodetur, que –se queja– está “usada y reteñida de negro”, a pesar de que ella ha tenido que poner la cama y el ajuar de ésta.³⁶ Rafaela Agraz es acreedora de 14 meses de retribución y ha percibido 20 reales y un par de zapatos de 14 reales.³⁷

La parte monetaria de la retribución –sea salario, pensión, “prebenda” o donación– la hacen explícita 24 de las 75 criadas de la muestra. El salario, que conocemos en 15 casos, oscila entre los 75 reales mensuales de la criada del tahonero del embajador de Francia en 1760,³⁸ y los 5 reales al mes de Brígida Cascajares, una viuda con cuatro hijos; aunque ella no está conforme con la “cuenta galana” que ha hecho su amo, un sacerdote.³⁹ La mayor parte refleja un estipendio de 20 reales al mes. Este ingreso monetario permanece inalterado desde 1712 a 1780. Incluso cuando no se acuerda entre las partes al comienzo del servicio, dicha cantidad se toma como referencia: la citada María González, en 1746, estima que el salario que en su día no ajustó debe ser de 20 reales. Este estancamiento del salario monetario no sorprende si tenemos en cuenta que la inflación a lo largo de ese período hace que aumente el valor relativo de lo percibido en especie (vivienda, alimento y ropa a veces), lo que a su vez incrementa el salario real. Este es uno de los factores que convierten el servicio doméstico en una ocupación ventajosa respecto de otros trabajos asalariados.

³⁴ AHPM, prot. 24.797, f. 62: “Declaración de pobre de María González”, 16 mayo 1746.

³⁵ AHPM, prot. 24.795, f. 179: Sin título, 17 diciembre 1736.

³⁶ AHPM, prot. 24.809, f. 131: “Declaración de pobre otorgada por María Catalina Blanco”, 19 junio 1771.

³⁷ AHPM, prot. 24.805, f. 344: “Declaración de pobre otorgada por Rafaela Agraz”, 16 enero 1766.

³⁸ AHPM, prot. 24.802, f. 4: “Testamento que otorgó María Dirungarey”, 8 enero 1760.

³⁹ AHPM, prot. 24.795, f. 121: Sin título, 4 septiembre 1738.

Si en el siglo XVI el amo se obligaba a cubrir las bajas por enfermedad del sirviente,⁴⁰ en el XVIII no siempre fue así, pues la criada, si cae enferma, se traslada a casa de un familiar -si lo tiene en la corte- y costea por sí misma los gastos de su curación. Por ejemplo, la viuda María González, pide que de los salarios que le adeuda su amo se descuenten cuatro gallinas que éste le envió a casa de su sobrina mientras estuvo enferma.⁴¹ Pero hay excepciones: Juana Herráez, viuda de un ebanista, declara que su ama le ha costeado los gastos de su enfermedad e incluso los de una nodriza para el niño que tuvo fuera del matrimonio, ya fallecido.⁴² Dominga López, también viuda, sirve a un sacerdote que la ha asistido en sus enfermedades y que, por tanto –según declara- no tiene ninguna deuda con ella.⁴³ María Antonia Rodríguez confirma que su amo ha sufragado los gastos que ha tenido en el largo período que lleva enferma en su casa.⁴⁴

Junto a las criadas que tienen “mucha satisfacción de su amo”, como Antonia de la Plaza,⁴⁵ están aquellas otras que mantienen relaciones tensas. Uno de los puntos de fricción más frecuentes es la morosidad de los empleadores, como vimos en el capítulo 5, que a veces se denuncia judicialmente, sobre todo cuando la criada cuenta con recursos que le permiten costear el procedimiento. Así, Antonia González, natural de Granada, casada sin hijos, ha puesto pleito a su amo, el abogado don Joseph Seris, del cual no ha recibido el salario de cinco años, a razón de 20 reales al mes. Para hacer frente a los gastos del pleito, tiene empeñada una ejecutoria de nobleza y una merced de hábito en una joyería de la plazuela de San Ildefonso. Nombra heredera de esta deuda a su prima, mujer de un peón de albañil que vive en el barrio del Barquillo, a condición de que haga decir 50 misas por su alma.⁴⁶

Peor es la situación de la ya referida Cecilia Morset, una catalana viuda, que en 1732 se contrata en casa de un coronel de Dragones y su mujer, camarista de la reina. Primero sirve como nodriza a cambio de un salario de 45 reales mensuales por 27 meses de lactancia; a continuación pasa a servirles de criada, ajustando sus estipendios en 20

⁴⁰ Así lo indican, entre otras evidencias, las escrituras aportadas por Juan Carlos Zofío arriba citadas.

⁴¹ AHPM, prot. 24.797, f. 62: “Declaración de pobre de María González”, 16 mayo 1746.

⁴² AHPM, prot. 24.809, f. 45:, 13 febrero 1772.

⁴³ AHPM, prot. 24.818, f. 195: “Declaración de pobre de Dominga López”, 27 julio 1783.

⁴⁴ AHPM, prot. 17.494, f. 594: “Declaración de pobre otorgada por María Antonia Rodríguez”, 29 enero 1764.

⁴⁵ AHPM, prot. 24.810, f. 2: “Declaración de pobre de María Antonia Plaza”, 6 enero 1774.

⁴⁶ AHPM, prot. 24.797, f. 45: Sin título, 16 febrero 1747.

reales. En 1760, sus amos han fallecido, la niña que crió está casada, ella se encuentra vieja y pobre y no ha percibido ni un real; sin embargo, no ha puesto pleito, limitándose a apoderar a un conocido para que, en su nombre, cobre de los herederos lo que le pertenece por derecho “habiendo gastado su salud en dicha asistencia y servicio”.⁴⁷ Manuela Valverde, viuda con tres hijas, es acreedora del salario de 15 años que sirvió a un abogado de los Reales Consejos.⁴⁸ La morosidad de los amos no debía ser infrecuente, a la vista de que no faltan los que ordenan a sus herederos no dejar de pagar a la criada, como hace el cirujano Juan Manuel Icuza, natural de Rentería: “a mi criada, Francisca, no se la eche de casa, y en caso de que no quiera estar se le pague hasta el último maravedí que se la debe”.⁴⁹

Ni los salarios, ni los legados, retiros o pensiones se cobran con regularidad, no siendo raro que la criada o criado fallezcan sin haberlos percibido. Estos casos (28 en la muestra) representan algo más del 37 por ciento y algunos son llamativos. En 1700, Teresa Romero, una soltera huérfana, natural de Alcalá de Henares, a quien su ama legó 100 ducados en dinero y ajuar de cama y cocina, no ha recibido todavía esta herencia porque la retiene el hermano de aquélla, que es un tratante en madera.⁵⁰ En 1712, Manuela Aguado, natural de Hortaleza, casada sin hijos, es, a la hora de firmar su última voluntad, acreedora de un legado que el ama de su difunta hermana dejó a ésta, consistente en 320 ducados y todos los trastos de espetera, que nunca cobró, de modo que es ella, como legítima heredera, la que tiene derecho a reclamarlo. A ello se suma que su actual amo, don Juan de Mella, le debe los salarios de 10 años.⁵¹ En 1720, a Catalina Domínguez, natural de Salmerón (Guadalajara), viuda con cinco hijos, la agració su amo en su testamento con un real diario por los días de su vida, pero ya han pasado 5 años y no ha visto ni un cuarto.⁵² En 1748, a Manuela Valverde, natural de Algete (Madrid), viuda con tres hijas, los herederos de su amo, abogado de los Reales Consejos, le adeudan 2.000 reales correspondientes a 15 años de salarios (a razón de 11 reales al mes).⁵³ En 1797, Mariana del Mozo es todavía acreedora de doce años de una

⁴⁷ AHPM, prot. 18.752, f. 15: “Poder para cobrar salarios de Cecilia Morset”, 26 julio 1760.

⁴⁸ AHPM, prot. 24.797, f. 102: “Declaración de Manuela Valverde”, 19 mayo 1748.

⁴⁹ AHPM, prot. 24.792, s/f: “Testamento otorgado por don Juan Manuel Icuza”, 28 abril 1725.

⁵⁰ AHPM, prot. 24.786, f. 90: “Declaración y última voluntad de Teresa Romero”, 18 septiembre 1700.

⁵¹ AHPM, prot. 24.789, f. 139: “Declaración de Manuela Aguado”, 27 septiembre 1712.

⁵² AHPM, prot. 24.791, f. 35: Sin título, 4 marzo 1720.

⁵³ AHPM, prot. 24.797, f. 102: “Declaración de Manuela Valverde”, 19 mayo 1748.

pensión de 4 reales diarios que le fue otorgada a su abuela materna por el duque del Infantado –extensible a dos generaciones- por haber sido criada en su casa.⁵⁴

Las relaciones personales entre amos y criadas poseen gran complejidad. Los contratos orales impiden conocer cómo se efectuaba la negociación entre las partes, qué tipo de condiciones se pactaban y cuáles quedaban implícitas. Pero a través de las declaraciones y los recursos al crédito se sabe que la casuística es muy diversa. Algunas recibían adelantos sobre los salarios, como vimos arriba, e incluso préstamos de sus amos. Mariana Fernández, que sirve a un panadero, pide que se le paguen 45 reales.⁵⁵ El caso contrario es más sorprendente pero no menos frecuente. María Gutierrez, sirviente de un abogado, es acreedora de diez días de salario y cuatro pesos que le ha prestado.⁵⁶ Más extraño resulta que a Manuela Valdés, una viuda que se ha vuelto a casar en terceras nupcias, su dueña la duquesa de Uceda no sólo le deba sus estipendios, sino que haya tenido que “suplir con su dinero que producía su ejercicio, manteniendo la casa, y haber vendido cuanto tenía para suplirlo”.⁵⁷ Otra viuda, María González, que sirve al halconero del rey, declara que éste le debe, aparte de sus salarios, las siguientes partidas: 287 reales, “un doblón de a ocho en oro de 20 pesos”, y 20 reales que le dio para comprar una mantilla a otra criada, amén de 8 reales y peso y medio que le entregó en otra ocasión.⁵⁸

Aunque la mayoría de criadas son pobres a la hora de dictar sus últimas voluntades, muchas con deudas en contra, prendas empeñadas y salarios o legados no cobrados, la posición social del amo, el cargo que ocupe dentro de la servidumbre de su casa y el capital social de la sirvienta influyen en su capacidad de ahorro y consumo. Por ejemplo, María Díaz, viuda, es la “mujer de gobierno” del mercader de hierro, Francisco de Mollinedo, en la calle de Toledo, al que designa como testamentario. Tiene dos primos maestros sastres en la corte, a quienes nombra herederos. Su amo le guarda 540 reales, un maestro sastre le debe varios cientos, y algunas cantidades menores una viuda y un matrimonio sillero. Como es habitual, distribuye parte de su ajuar entre amigas, conocidas y parientes: un guardapiés de camelote y dos cuadros a la esposa de su primo,

⁵⁴ AHPM, prot. 24.826, f. 167: “Declaración testamentaria de Mariana del Mozo”, 10 julio 1797.

⁵⁵ AHPM, prot. 24.795, f. 59, Sin título, 5 mayo 1738.

⁵⁶ AHPM, prot. 24.795, s/f, Sin título, 14 mayo 1737.

⁵⁷ AHPM, prot. 24.795, f. 20, Sin título, 4 febrero 1738.

⁵⁸ AHPM, prot. 24.797, f. 62, Sin título, 16 mayo 1746.

un guardapiés de bayeta verde y algo de dinero a la mujer que la ha atendido en su enfermedad; a otra que también la cuida le lega 30 reales, a una pobre huérfana, una cama de nogal, un colchón y una frazada, y a otra mujer de Chinchón, un colchón “poblado de lana”.⁵⁹ Por su parte, Vicenta García, también viuda, posee un ajuar de ropa que denota la posición social de su ama, residente en Palacio. En él hallamos, entre otras prendas, dos vestidos de seda, otro vestido de cotonía de muselina “de ramitos”, otro más de indiana, un deshábille, unas hebillas de similor y seis o siete pañuelos de muselina.⁶⁰

A veces no es tanto la posición social de la familia para la que sirve como el ambiente laboral en que ésta se desenvuelve lo que favorece la posición de la trabajadora. Por ejemplo, en el mercado de abastos, donde las redes de paisanaje, parentesco y vecindad componen una tupida malla protectora, encontramos algunas sirvientas de “criadas del abasto” (arrendatarias de puestos en el mercado) en esta situación. La asturiana Mariana López, soltera, es “moza sirvienta” en “casa y compañía” de Juana Arroyo, dependiente del abasto de tocino. Manifiesta su satisfacción declarando que se halla “bien pertrechada” de toda la ropa “necesaria y decente para su uso”. Además, tiene la nada despreciable suma de 7.000 reales “ganados de su trabajo y ahorrados de sus salarios”, que le guardan entre su ama y un paisano, a los que nombra albaceas.⁶¹

Lamentablemente, apenas he hallado información sobre las dotes que llevan las criadas domésticas al matrimonio, debido tanto a que no solían escriturarse como a ignorar si la dotante es una criada doméstica, pues, como indiqué, la ocupación no figura entre los datos personales que se referencian en estas cartas. El ejemplo de Mariana López, que ha ahorrado 7.000 reales parece excepcional (si gana 20 reales al mes, necesitaría 30 años para juntarlos). Comenzar el servicio a edad temprana influye en la cantidad que puede ahorrar la criada para reunir su dote, así como la mayor o menor generosidad del amo a quien sirve. La joven Juana Negro, por ejemplo, lleva más de 7 años en casa de don Antonio Allier, como “doncella de labor”. Éste, en atención a su “mayor fidelidad, aplicación y celo”, ser pobre y huérfana de padre, le hace entrega de 8.000 reales en oro y plata para que, independientemente del salario, le sirva como “ayuda para tomar

⁵⁹ AHPM, prot. 15.016, f. 100: “Testamento de doña María Díaz”, 10 septiembre 1708.

⁶⁰ AHPM, prot. 24.823, f. 148: “Disposición testamentaria que otorgó Vicenta García”, 27 junio 1792.

⁶¹ AHPM, prot. 19.444, f. 201: “Testamento de Mariana López”, 24 marzo 1783.

estado de religiosa o casada o los convierta en lo que más fuese su voluntad, y remedie sus necesidades si llegare el caso de salir de casa del otorgante”.⁶² Las familias nobles suelen estipular, aparte de las pensiones que no siempre pagan a tiempo, algunas dotes para las criadas que hayan servido en la casa y tomen estado. En 1725, el conde de Placén, por ejemplo, entrega a tal efecto 750 reales. Una de sus criadas, Dominga Vázquez, le pide en su última voluntad que distribuya esa cantidad en misas por su alma, en atención a haber permanecido soltera.⁶³ Conocemos también la dote de Agustina Calvo. Ha servido a un oficial de Rentas provinciales, con el que ha ahorrado 3.917 reales, y va a contraer matrimonio con un maestro de obras.⁶⁴

Las tareas que desempeñan las criadas no siempre se limitan a la atención personal, la limpieza y el mantenimiento de la casa, sino que colaboran en el negocio familiar, especialmente cuando sirven a una familia de artesanos o comerciantes. En un pleito que en 1677 se entabla entre el gremio de tejedores y torcedores de seda y dos artesanas competidoras, éstas afirman en su descargo que sólo hacen “algunas medias trabajándolas en sus casas por sus mismas personas y criadas”.⁶⁵ El teatro popular del siglo XVIII también ofrece ejemplos de modistas o costureras que se valen de sus criadas para la confección de las prendas.⁶⁶ So capa del servicio doméstico, se contratan trabajadores para realizar tareas cualificadas, aunque en algún caso la criada no considera que formen parte de su quehacer; por ejemplo, Inés Antonia Gutiérrez ha servido al conde de Oñate y reclama a su guardarropa algunos reales por los cortinajes y ropa de sillería que hizo.⁶⁷

Hemos visto hasta aquí que el servicio doméstico es el sector ocupacional al que se ven constreñidas las mujeres, de todas las edades, ya sean solteras, casadas o viudas, que carecen de medios de vida en la corte. Es un oficio en progresiva feminización debido a que, para la mayoría de las jóvenes de las familias pobres, es el único empleo al que

⁶² AHPM, prot. 19.608, f. 459: Sin título, 15 septiembre 1781.

⁶³ AHPM, prot. 24.792, s/ f: “Declaración de Dominga Vázquez”, 7 enero 1726.

⁶⁴ AHPM, prot. 17.491, f. 109: “Carta de pago y recibo de dote ...”, 27 julio 1754.

⁶⁵ AVM, Secretaría, 3-432-6. También en Valencia, los maestros del gremio de la seda ponen a sus criadas a devanar: Fernando Díez, “La crisis gremial y la reorganización de la producción y del trabajo en la sedería valenciana (Finales del siglo XVIII y principios del XIX)”, en V. López y J. A. Nieto (eds.), **El trabajo en la encrucijada...**, *op. cit.*, p. 138.

⁶⁶ Véase Rebecca Haidt, **Women, Work and Clothing in Eighteenth-century Spain**, Oxford: Voltaire Foundation, University of Oxford, 2011, p. 93.

⁶⁷ AHPM, prot. 24.818, f. 172: “Declaración de pobre que otorgó Inés Antonia Gutiérrez”, 23 julio 1784.

pueden optar. Dado que los censos del XVIII no separan por sexos a los criados, desconocemos la proporción que corresponde a cada uno. Sin embargo, a mediados de la centuria siguiente el servicio doméstico en Madrid aparece claramente feminizado.⁶⁸ Las casas nobiliarias ya no cuentan con ejércitos de sirvientes, que inflaban la proporción de varones. Las familias burguesas optan por la mano de obra más barata de mujeres y niñas para unas tareas que se limitan al cuidado personal y de la casa, no al negocio del amo.

En teoría, servir en una casa tenía algunas ventajas, ya que se recibía alojamiento, comida, un corto salario monetario, a veces también vestido y alguna “prebenda” o legado, aunque no siempre se percibían o se cobraban a tiempo. Que estas ventajas se ampliasen o aminorasen dependía de las relaciones personales establecidas con los amos. Pero había asimismo inconvenientes: el alargamiento de la jornada de trabajo, ya que la criada doméstica debía estar disponible a cualquier hora del día o la noche, la multiplicidad de tareas y la sujeción a la autoridad del amo, que a menudo rebasaba el ámbito de lo laboral para extenderse a lo personal. Podemos añadir, aunque esto raramente se hace explícito en los documentos notariales, la frecuencia con que las criadas eran objeto de acoso o abusos sexuales en el ámbito doméstico. Como hipótesis sostengo que, en el Madrid del Setecientos, los criados representan el punto de intersección de unas formas feudales de relación y otras que esbozan al trabajador “libre”, a medida que el mercado de trabajo capitalista se expande sin destruir del todo las relaciones serviles.⁶⁹

Cap. 7. Cuidadoras y mantenedoras: la “domesticidad” del empleo

Es un patrón generalizable a toda la Europa moderna la existencia de empleos desempeñados mayoritaria o exclusivamente por mujeres, que son una extensión de las actividades que como esposas y madres realizan en el seno familiar. Los roles de género actúan, por tanto, como facilitadores del acceso de las mujeres a la producción para el mercado de los bienes y servicios que son los que normalmente producen a nivel

⁶⁸ Sarasúa, **Criados, nodrizas** ..., *op. cit.*, pp. 262 y ss.

⁶⁹ Una interesante reflexión al respecto, en Leonora Davidoff, **Between two Worlds: Historical perspectives on gender and class**, Cambridge: Polity Press, 1995. La característica dual del servicio doméstico, a caballo entre la servidumbre y el trabajo asalariado, también se subraya en López García (dir.), **El impacto de la Corte** ..., *op. cit.*, pp. 401-403.

doméstico. A este fenómeno lo llamo la “domesticidad” del empleo. El caso más emblemático es quizás el servicio doméstico, aunque también, en estrecha relación con éste, los servicios de restauración (hostelería, venta de comida y bebidas preparadas), el mantenimiento de la ropa (lavandería y costura), los cuidados personales o sanitarios (lactancia, obstetricia, enfermería). Todos estos casos registran una abultada proporción de actividad femenina (absoluta en el caso de la lactancia por razones obvias).

Esta investigación no penetra en todos estos oficios, numerosos en el renglón de la restauración y hostelería (bodegoneras, mesoneras, posaderas, taberneras, aguadoras, alojeras, vendedoras de agua de nieve, aguardenteras, etc.). Los servicios que aquí exploramos, amén del abastecimiento y la distribución de alimentos, que serán analizados en el capítulo siguiente, la enfermería y la lavandería. De esta última actividad contamos con un estudio de amplio espectro cronológico.⁷⁰ En lo que sigue, el análisis de las lavanderas se ceñirá al contexto madrileño del Setecientos.

En lo que respecta a la lactancia, la obstetricia y la enfermería, huelga decir que son esenciales para la conservación de la vida. En el siglo XVIII, asistir a las parturientas sigue siendo una labor femenina, aunque hubo algunos varones en el oficio, llamados parteros. La corporación médica, área de la que las mujeres han sido expulsadas, prepara el terreno para la penetración masculina. El Protomedicato y, a partir de 1780, el Colegio de Cirujanos, favorecen la aparición de los “comadrones” en uno de los pocos espacios en que las mujeres eran claramente preponderantes. No está tan lejana la secular asociación de las denominadas parteras, comadronas o matronas con la hechicería y la alcahuetería, el ocultamiento de partos vergonzosos, la colaboración en abortos e incluso infanticidios, todo ello facilitado por la privacidad del paritorio, que solía ser la casa de la parturienta. Sin embargo, el Protomedicato alega razones científicas y jurídicas, más acordes con el espíritu de la Ilustración, para vetar a las parteras y parteros, por cuanto son personas imperitas que suponen un peligro sanitario. Tienen también otro peligro, el de “abusar jurídicamente de su oficio”, ya que las

⁷⁰ Carmen Sarasúa, “El oficio *más molesto, más duro*: El trabajo de las lavanderas en la España de los siglos XVIII al XX”, **Historia Social**, 45 (2003), pp. 53-77.

matronas suelen ser llamadas a declarar por los tribunales civiles y eclesiásticos en los procesos por matrimonio, sucesiones y mayorazgos.⁷¹

Estas preocupaciones conducen al establecimiento de una normativa que obliga a las matronas o comadronas a ser examinadas por el Colegio de Cirujanos para poder ejercer, con los requerimientos de demostrar limpieza de sangre y buena conducta. En la práctica, empero, son mayoría las que ejercen sin titulación, al menos eso es lo que se desprende del censo de matronas que conocemos para Madrid, realizado en 1790. En él se registran 28 ó 29 practicantes (hay un caso dudoso), cifra que se nos antoja muy baja en relación con la de la población femenina. En el mejor de los casos, sólo 10 poseían titulación. Sus domicilios se concentran en los cuarteles de Maravillas, Lavapiés y Barquillo, donde la densidad de población trabajadora es más elevada. En cuanto a su estado civil, tienen más peso las casadas (16), seguidas de las viudas (5); del resto desconocemos el dato. La media de edad se mueve entre la más joven, que tiene 40 años y la mayor, 76. Sus maridos son sobre todo artesanos: uno de la Casa Real, dos cirujanos, un criado, un arriero, un peluquero y un tahonero.⁷²

La lactancia mercenaria tiene una amplia demanda en la corte, ya que es costumbre entre las clases acomodadas contratar nodrizas para criar a sus retoños hasta alcanzar los dos años. Representa, por ello, una oportunidad de empleo para las mujeres tras un parto. La capital, de hecho, atrae a nodrizas de muchos puntos del país, de las cuales las pasiegas son especialmente apreciadas. En unos casos, la nodriza se traslada a la casa de la empleadora y permanece allí como parte del servicio doméstico; en otros, acoge al lactante en su propia vivienda. Esta última opción es frecuente entre las mujeres del entorno rural madrileño, pues las familias urbanas prefieren ese ambiente más sano para los recién nacidos. La ciudad chupa de la teta del campo también en el sentido literal. La remuneración de las nodrizas es, en general, más alta que la de las criadas, aunque se asimilan en cuanto a las condiciones laborales, que varían según la posición de la familia empleadora. Las peores retribuciones y condiciones de trabajo recaen sobre las

⁷¹ Eduardo Montagut Contreras, “Comadronas en el Madrid de fines del Antiguo Régimen”, **Torre de los Lujanes**, 18 (1991), pp. 173-183. Véase también Teresa Ortiz Gómez, Protomedicato y matronas. Una relación al servicio de la cirugía, **Dynamis**, 16 (1996), pp. 109-120; de la misma autora, “From hegemony to subordination. Midwives in Early Modern Spain”, en M. Hilary (ed.), **The Art of Midwifery**, Londres: Routledge, 1993, pp. 95-114; y María Tausiet Carlés, “Comadronas-brujas en Aragón en la Edad moderna: mito y realidad”, **Manuscrits**, 15 (1997), pp. 377-392.

⁷² Montagut Contreras, “Comadronas en el Madrid...”, *op. cit.*, pp. 181-185.

nodrizas de la Inclusa, que se reclutan entre las mujeres más pobres de la metrópolis madrileña y el mundo rural: las hay internas, que dan de mamar simultáneamente a un mínimo de dos infantes, mientras otras lo hacen en sus propios domicilios.⁷³ Probablemente, una de las razones de la alta mortandad de los expósitos en el último tercio del XVIII fuese la escasa calidad de la leche de unas mujeres malnutridas que, durante la crisis finisecular, llegaron a lactar hasta a cuatro mamones a la vez en una institución saturada.

Sobre la atención de los enfermos, cabe afirmar que la mayor parte de las dolencias leves es competencia de las mujeres, que cuidan a los enfermos de sus familias mediante la aplicación de unos conocimientos o “remedios caseros” transmitidos oralmente de generación en generación. Y fuera de la propia familia, las fuentes notariales ratifican que son también féminas quienes mayoritariamente auxilian a parientes, vecinos y conocidos cuando enferman. Las boticas venden las medicinas y elaboran las recetas magistrales; los barberos sangradores aplican determinados remedios; y los médicos y cirujanos asisten a los pacientes que pueden permitirse esta atención ayudándose de enfermeros y enfermeras. Añadamos que, para el grueso de la población trabajadora, la atención sanitaria privada representa un desembolso fuera de su alcance. Pero en Madrid funciona un centro público, el Hospital General, con su sucursal femenina de La Pasión, situados en las calles de Atocha y Santa Isabel (cuartel de Lavapiés), donde también se ubican otros hospitales, asilos, orfanatos y la Galera. Ambos centros sanitarios emplean a trabajadoras que se ocupan del cuidado, aseo y mantenimiento de los enfermos.

Las enfermeras del Hospital General

El Hospital General de Madrid, producto de la reunificación de los hospitales medievales que tuvo lugar en 1587, es la cabeza de la red sanitaria de la ciudad durante la Edad Moderna. En la década de 1770, recibe la visita de John Howard, quien destaca el gran tamaño del edificio, las enfermerías o salas (sucias y ruidosas por los numerosos visitantes) equipadas con una doble hilera de camas de hierro, una para cada paciente;

⁷³ Sarasúa, **Criados, nodrizas** ..., *op. cit.*, pp. 141-142. En el XVIII la lactancia mercenaria es objeto de polémica en los círculos ilustrados. Véase al respecto, Mónica Bolufer Peruga, “Actitudes y discursos sobre la maternidad en la España del siglo XVIII: la cuestión de la lactancia”, **Historia Social**, 14 (1992), pp. 3-22.

las escaleras y corredores amplios y luminosos y los dos depósitos de agua; añade que en ese momento se hallan ingresados 589 hombres y 302 mujeres, estas últimas en espera de que se acabasen las obras del hospital de La Pasión.⁷⁴ La diferencia numérica entre ambos sexos responde a que se destinan menos salas para ellas, situación que permanecerá inalterada en el futuro.⁷⁵

El Hospital General y su filial femenina tienen por finalidad curar los cuerpos y las almas de los enfermos, aspectos indisociables desde la propia fundación de estos establecimientos, que, en el Setecientos, siguen bajo la responsabilidad de los religiosos Obregones. Cada sala está presidida por el altar de un santo, del que toma el nombre (sala del Salvador, de San Roque, de Santa Cruz, etc.). Allí van a curarse de las dolencias o a morir asistidos los “jornaleros, menstruales y sirvientes, que no hallan otro recurso”, como afirma el fiscal Campomanes en 1767.⁷⁶ No obstante, en este centro también recala gente de posición elevada, ya que son frecuentes los ingresos de urgencia de personas que sufren accidentes en las calles (atropellos, agresiones ...), o bien de aquellas que están de paso en la ciudad, caen enfermas y han agotado sus recursos económicos, caso de los llamados “pretendientes” o de quienes llegan para resolver pleitos. Esta es probablemente la situación de José de Espinar, natural de Valladolid, que posee un vínculo de mayorazgo y está en la corte siguiendo una demanda contra el marqués de Fuente Pelayo por un censo impagado. Debió de verse en apuros porque en su testamento, que dicta en el Hospital en 1754, lega a Ana Blanco, alias la Carrasqueña, viuda vendedora de aves, 450 reales en atención a “las muchas veces que me ha socorrido con dinero y asistido en mi enfermedad”.⁷⁷

En cuanto al personal adscrito al Hospital General, el Censo de Floridablanca (1787) lo cifra en 402, sin desagregar por sexos. Los médicos y cirujanos han recibido un buen trato historiográfico, no así el personal subalterno, del que sólo se hace mención a los

⁷⁴ José Luis de los Reyes Leoz, “La nueva fábrica del hospital general de Madrid en el siglo XVIII”, en J. Hernando, J. M. López y J. Nieto (eds.), **La Historia como arma de reflexión...**, *op. cit.*, pp. 61-78.

⁷⁵ En 1789 hay 17 salas para hombres y 11 para mujeres, que ascienden a 38 y 15 respectivamente en 1804: Sánchez Escobar, **Con el último aliento...**, *op. cit.*, p. 57.

⁷⁶ Cfr. Pedro R. García Barreno, “El Hospital General de Madrid. CDXXV años de historia (PDF, p. 59). Véase también del mismo autor, “El Hospital General de Madrid (Parte III): de Campomanes y Floridablanca a nuestros días”, **Arbor: Ciencia, pensamiento y cultura**, 613 (1997), pp. 93-130.

⁷⁷ Este es sólo uno de los ejemplos que ilustran la implicación femenina en el cuidado desinteresado de los enfermos: AHPM, prot. 24.799, f. 99: “Testamento otorgado por Don Josef de Espinar”, 22 junio 1754.

“sirvientes”, “mozos” (que hacen las camas, cargan con los enfermos, trasladan los cadáveres a la capilla ...), “mancebos sirvientes” o “enfermeros servidores”, encargados de aplicar los remedios prescritos por los médicos, atender a la alimentación, limpieza y alivio de los convalecientes.⁷⁸ También sabemos poco de las enfermeras, que eran mayoría en La Pasión. Los protocolos notariales abren una rendija para penetrar en este sector ocupacional.⁷⁹ En la tabla 2 se recogen las disposiciones testamentarias de 26 empleadas de esta institución entre 1700 y 1785. De entrada, ponen de manifiesto la variedad de títulos ocupacionales de que se componía el colectivo. La “madre del hospital” o la “madre de la sala” (6 casos en la muestra) aluden a la encargada de proveer lo necesario para el cuidado de las enfermas de cada una de las salas y vigilar el trabajo de las “enfermeras”, bien representadas en la muestra (10 casos). Hay también 2 boticarias, un “ama de sacerdotes”, 3 “madre de colchones”, una “madre de la convalecencia”, una “enfermera de la cocina”, y una “ropera” que provee de camisas a los internos; la ropa de cama y los vestidos de los empleados se lavan regularmente; el Hospital tiene lavaderos en la ribera del río, como veremos en el siguiente apartado, y consume unas 16.000 varas de lienzo al año.⁸⁰

Tabla 2. Las enfermeras de La Pasión por estado civil, naturaleza y número de hijos (1700-1785)

| Estado civil | Solteras | Casadas | Viudas | N/C | Total |
|--------------------|----------|---------|--------|-----|-------|
| | 8 | 8 | 9 | 1 | 26 |
| Naturaleza | | | | | |
| Madrid y provincia | 6 | 4 | 7 | | 17 |
| Castilla la Nueva | 1 | 1 | 1 | | 3 |
| Castilla la Vieja | | 2 | | | 2 |
| Galicia y Asturias | 1 | 1 | | | 2 |
| No consta | | | 1 | 1 | 2 |
| Nº de hijos | | | | | |
| 0 | | 5 | 7 | | 12 |
| 1 | | 1 | 1 | | 2 |
| 2 | | 2 | | | 2 |

⁷⁸ García Barreno, “El Hospital General ...”, *op. cit.*, p. 46.

⁷⁹ Cuando caían enfermos, los empleados del centro eran atendidos como unos pacientes más y, según la gravedad, dictaban sus últimas voluntades en forma de declaraciones de pobreza o de testamentos en menor medida. Estos documentos indican que en La Pasión no había enfermeros, lo cual puede parecer obvio a la vista de la segregación sexual que se practicaba en los internados; pero, sorprendentemente, tampoco los hallamos, como tales “enfermeros” en las salas masculinas, donde, por el contrario, son frecuentes las últimas voluntades de otras categorías como cirujanos, practicantes y capellanes.

⁸⁰ AHPM, prot. 24.805, f. 538: “Obligación de lienzo a favor de don Juan Bautista Joaquín Winthuysen” (fabricante de lienzo de los Reales Hospitales), 8 octubre 1766.

| | | | | | |
|---|--|--|---|--|---|
| 3 | | | 1 | | 1 |
|---|--|--|---|--|---|

Fuente: Elaboración propia a partir de **AHPM**, prots. 24.786, ff. 98, 3; 24.789, ff. 139, 12, 19, 15, 128; 24.791, ff. 8, 67, 91; 24.792, f. 25, s/f (10/6/25), s/f (8/7/25), s/f (20/7/25); 24.795, ff. 29, 89, 123, 86, 51; 24.797, ff. 75, 93, 210, 118, 124; 24.805, f. 210; 24.818, f. 163.

Como se desprende de la tabla antecedente, más del 60 por ciento de estas empleadas han nacido Madrid y su provincia. Sus estados civiles presentan un ligero predominio de las viudas; es significativo, sin embargo, que, de las 8 casadas, 3 tienen al marido ausente. Sumando casadas y viudas (17), vemos que la amplia mayoría (12) no tiene hijos. Ninguna posee bienes inmuebles u objetos de valor más allá de ajuares domésticos (ropa, mobiliario y menaje), parte de los cuales legan a otras mujeres, normalmente parientes, amigas y compañeras de trabajo. Solamente una, con un ajuar destacable, dicta testamento; es la boticaria María Catalina Casela, soltera, natural de Madrid, que tiene varias deudas y deja herederos a sus cuatro hermanos.⁸¹ Ninguna de ellas sabe firmar, excepto la otra boticaria, Francisca Solari, casada, natural de Madrid, que también refiere deudas y varios empeños.⁸² La madre de colchones Ana Perales es viuda sin hijos, pero tiene dos nietos y una hija adoptiva a la que había sacado de la Inclusa con 6 años. A su nieta le prestó alguna ropa para que la empeñase y se lo perdona; a su nieto le lega una basquiña para que la venda y se compre una capa, y deja como albacea y heredera a su prohijada.⁸³ Hija de la Inclusa es asimismo la enfermera María Eugenia, soltera, natural de Madrid.⁸⁴ Si hay algo concluyente es que las empleadas del Hospital son trabajadoras pobres.

En la nómina de esta institución también hay empleadas no libres; son esclavas que se dedican al alivio de los enfermos y otras tareas. Por ejemplo, María Antonia de Aro, soltera, 34 años y de probable de origen caribeño por las señas de su fisonomía; en 1700 es propiedad de don Isidro Camargo, a quien el marqués del Carpio se la había mandado desde Nápoles. Como en otros casos, Camargo se había deshecho de ella donándola al Hospital. Después de 10 años de servicio, la dirección decide concederle la libertad en atención a los “actos virtuosos” que ha dispensado a las enfermas y su buena conducta.⁸⁵ Del mismo modo, la negra Teresa de Jesús, de 18 años, es la esclava de una

⁸¹ AHPM, prot. 24.792, s/f: “Testamento de María Catalina Casela”, 10 junio 1725.

⁸² AHPM, prot. 24.805, f. 210: “Declaración de pobre de Francisca Solari”, 18 agosto 1765.

⁸³ AHPM, prot. 24.818, f. 163, “Declaración de pobre de Ana Perales”, 7 abril 1785.

⁸⁴ AHPM, prot. 24.791, f. 67, “Declaración de María Eugenia”, 1 mayo 1720.

⁸⁵ AHPM, prot. 24.786, f. 29: “Carta de manumisión de María Antonia de Aro”, 1700.

viuda de un autor y representante de comedias. En 1729 cumple la voluntad de su esposo de donarla al Hospital “para que sirva a las enfermas”.⁸⁶

Estas trabajadoras, como la mayoría del personal, se alojan en el centro, en los cuartos reservados al efecto. Este alojamiento junto a la comida forma parte de su salario en especie. No hay datos sobre sus horarios, aunque a veces se alargan las jornadas y se hacen turnos de noche. La parte monetaria del salario es escasa. En 1725 es de 16 reales al mes para una empleada con el título de enfermera. Igual cantidad reciben una madre de colchones y una enfermera de la cocina en 1746, aunque en 1785, una madre de colchones ya gana 35 reales al mes más la ración, lo que confirma que el salario monetario de las enfermeras se incrementa en la segunda mitad del XVIII. Claro que estas cantidades no siempre se perciben o se retrasa su cobro hasta el final del servicio. En la muestra citada, hay 7 empleadas a las que se deben meses e incluso años. Aparte de estas remuneraciones monetarias y en especie, las enfermeras se benefician de los legados que sus pacientes acomodados les hacen en ropa o alhajas, en agradecimiento por sus cuidados. En fin, los servicios sanitarios en instituciones hospitalarias son un nicho de empleo para trabajadoras de todos los estados, predominando aquellas que no poseen cargas familiares. Esta actividad comparte características con el servicio doméstico, ya que las empleadas son internas, aunque con algún tiempo libre, y su remuneración comprende una parte importante en especie.

Las lavanderas: un ejército laboral invisible.

En la Edad Moderna, la carencia de agua corriente en la mayoría de las viviendas convierte el lavado de la ropa en una labor extra-doméstica, pues exige desplazarse a los cursos de agua destinados a tal fin (ríos, arroyos, lagunas o fuentes). Es un trabajo que requiere tiempo y fuerza física. Hay prendas que cuadruplican su peso una vez mojadas, al margen de exigir varias manos según el grado de suciedad. La ropa del Hospital, por ejemplo, había que “desmugrarla muy bien”, es decir, aplicar las cenizas que hacían las funciones de lejía, en calderos de agua muy caliente; acto seguido había que “sacar las manchas a jabón a excepción de aquellas que no puedan salir, y después se le ha de echar colada fuerte”. La colada había de hacerse con suficiente ceniza, pasada por

⁸⁶ AHPM, prot. 24.788, f. 589: “Carta de donación”. Agradezco a José Miguel López García el haberme facilitado esta referencia.

cedazo “para que no se apedree la ropa”. Tras estas operaciones, se procedía al aclarado y al secado en el tendedero (vertical, en cuerdas sujetas con estacas).⁸⁷ Cabe precisar que muchas prendas no requerían dos coladas, o incluso ninguna si la suciedad podía salir con el jabón.

Aunque desde el siglo XVI –si no antes–, el lavado de la ropa aparece incluido en el repertorio de obligaciones domésticas de las mujeres, la necesidad de desplazarse a los cursos de agua y el mucho tiempo empleado facilitan que se desarrolle como servicio que se ofrece en el mercado, es decir, como actividad remunerada, y que cada vez más familias lo contraten. Tampoco es extraño que, en Madrid, comenzase siendo un oficio de varones, pues requería mucha fuerza física. Sin embargo, en el Setecientos, aunque hay evidencia de lavaderos, nos hallamos ante una actividad feminizada. La demanda de lavandería en Madrid, aparte de estimular las industrias del jabón y la lejía, genera también la especialización de algunos pueblos del alfoz, como Canillas y Hortaleza. En estas dos localidades de señorío, cien de sus 180 vecinos se dedican a esta actividad, las mujeres lavando y los hombres acarreando la ropa, en viajes de ida y vuelta, a lomo de asno o mula.⁸⁸ Pero estos sólo cubren parte de una demanda que engloba prácticamente a la población madrileña que no es indigente. La capital dispone de un ejército de lavanderas que prestan sus servicios a particulares o instituciones (conventos, hospitales, hospicios, Inclusa ...), bien como trabajadoras autónomas, que contactan directamente con los clientes y pactan las condiciones, o como asalariadas, ya que en este sector se desarrolla un empresariado subcontratista que ocupa un gran número de operarias. Si en la base del oficio hallamos sobre todo mujeres, en el nivel empresarial la presencia masculina es mayoritaria.

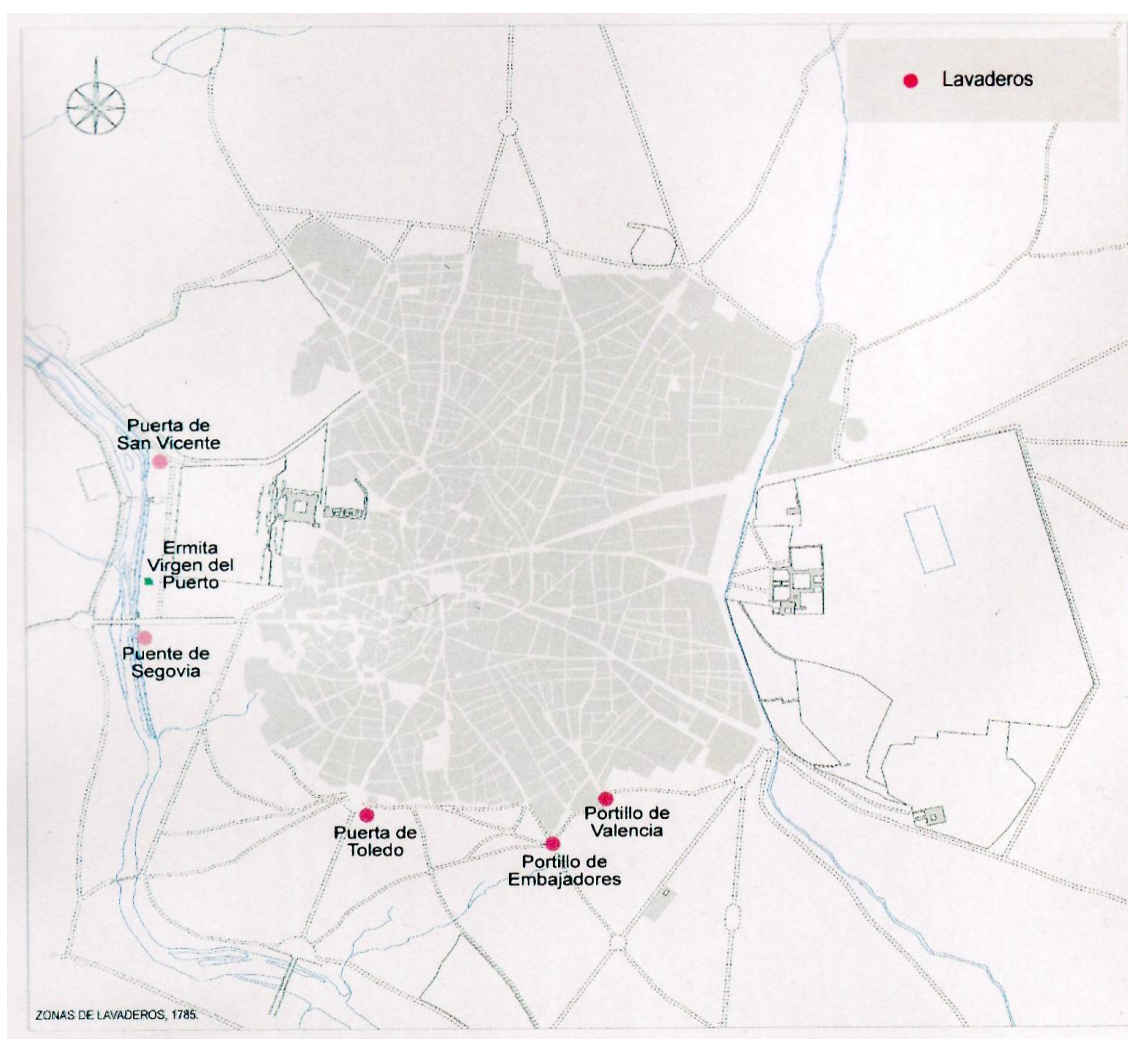
En Madrid, la ribera del Manzanares, que recorre las afueras de la ciudad de oeste a sureste, es el lugar destinado al lavado de la ropa. En un principio, los edificios llamados casas lavadero se situaban en el suroeste, desde el puente de Segovia hasta la Puerta de Toledo. Pero antes de mediar el Setecientos se aprecia que la ribera noroeste, desde el Puente de Segovia hasta la ermita de Nuestra Señora del Puerto, se halla salpicada de conglomerados de bancas (apoyaderos de las lavanderas), establecidos por

⁸⁷ AHPM, prot. 24.802, f. 189: “Obligación de lavar la ropa sucia de los Reales Hospitales por tiempo de un año, otorgada por Manuel López, vecino de esta Corte”, 10 noviembre 1760.

⁸⁸ S. Madrazo, J. U. Bernardos, J. Hernando y C. de la Hoz, “La Tierra de Madrid”, *op. cit.*, p. 66.

particulares sin sanción gubernamental.⁸⁹ No son, por tanto, instalaciones legalizadas pero sí toleradas. Probablemente la irrupción de estos conglomerados de bancas respondiese a la necesidad de los vecinos de los barrios septentrionales de tener un acceso más cercano al río, ahorrándose el largo camino hasta los lavaderos del suroeste. Por otro lado, ya no es la Puerta de Toledo el límite sur de estos lavaderos, pues los encontramos más al este hasta los portillos de Embajadores y Valencia.⁹⁰ No obstante, la mayor concentración de estas instalaciones se produce en el entorno del Puente de Segovia, frontero al cuartel de San Francisco (véase plano 4).

Plano 4. Zonas de lavaderos en Madrid, 1750-1800



⁸⁹ Desconocemos cómo eran estas bancas en el siglo XVIII; probablemente estaban hechas de madera y se instalaban en puntos fijos, formando grupos o conglomerados. Tampoco tenemos representaciones o planos de los lavaderos, que eran inmuebles dotados asimismo de bancas y otros equipamientos, como veremos en seguida.

⁹⁰ Los lavaderos de las Puertas de Toledo, Embajadores y Valencia no se surtían del agua del río sino de las fuentes urbanas ubicadas en sus cercanías.

A mediados del XVIII, el Ayuntamiento compra los conglomerados de bancas a los antiguos propietarios para arrendarlas y así engrosar las arcas municipales; pero los lavaderos propiamente dichos continúan en manos privadas, tanto de particulares como de instituciones, sobre todo religiosas (conventos, cofradías, memorias de misas ...), siendo el lavadero del Hospital General el único que podemos considerar de titularidad pública. En 1750, los conglomerados reúnen un total de 1.142 bancas y 24 banquillos. Tres años después, en 1753, el Ayuntamiento registra 887 bancas, que se han cedido a 27 arrendatarios en contratos anuales. Entre estos hay 7 mujeres. El número de bancas que corresponde a cada concesionario varía desde las 139 de Antonio Sánchez, hasta las 12 de Juan de Lemus, siendo la media de 32. Por cada una de ellas los arrendatarios pagan al ayuntamiento 2 maravedíes al día (1 real y 26 maravedíes al mes).⁹¹ En 1758, las bancas suben a 960 y el número de arrendatarios se mantiene (7 mujeres y 19 varones): los mismos nombres en 11 casos que en 1753, incluidas 4 mujeres.⁹²

A estas bancas se suman los 17 lavaderos que están en activo según el censo de 1758: ocho pertenecen a instituciones religiosas,⁹³ uno al Hospital General, cinco a particulares y de tres se desconoce la titularidad. Los 17 lavaderos tienen 1.978 bancas, lo que supone un promedio de 116 en cada uno de ellos, aunque hay uno de 38 y otro de 225. Si se suman las 960 reflejadas en el párrafo anterior, arrojan una cifra de 2.938. Tanto en el caso de los lavaderos como de los conglomerados de bancas, el terreno que ocupan sus tendederos es asimismo municipal.

El número de lavaderos aumenta en las décadas posteriores. En 1784, los 17 lavaderos de 1758 se convierten en 25. Estos 8 adicionales pertenecen a particulares: el marqués de Castel Rodrigo posee el más septentrional, en torno a la Puerta de San Vicente, junto a otro que pertenece a los Padres Jerónimos.⁹⁴ Los propietarios de lavaderos los arriendan durante períodos de 3 años, exigiendo una renta que varía según el propietario, el lavadero y el momento. Así, en 1755, la archicofradía sacramental de San Pedro y San Andrés arrienda un lavadero por 821 reales al año (a razón de 2,23 reales

⁹¹ Sarasúa, "El oficio más molesto...", *op. cit.*, pp. 63-64.

⁹² AGS, Gracia y Justicia, leg. 785.

⁹³ Estos son: Congregación de San Roque, cofradía del Cristo de las Injurias, un convento de monjas de Toledo, Padres Agonizantes, cofradía de San Andrés, Padres de la Victoria y Padres de San Juan de Dios.

⁹⁴ El censo extramuros, en AHN, Consejos, leg. 923, exp. 16.

diarios) a Santiago Almira.⁹⁵ En 1771 el funcionario Diego Rodríguez Canseco percibe una renta anual de 1.460 reales de la viuda Rosa Gallego y su hijo, Jacinto Varela.⁹⁶ En 1779 doña María Ana García Guantes Orozco y Manzanares ingresa 2.000 reales (casi 5,5 reales diarios) que le paga un matrimonio compuesto por Juan García Conde y Alfonsa Cobo, la cual ya tenía experiencia en el negocio pues era arrendataria de 20 bancas dos décadas antes.⁹⁷ Caso distinto es el Hospital General con su sucursal de La Pasión, administrado por la Real Junta de Hospitales. Aquí hablamos de un volumen de ropa que supera a cualquier lavadero, ya que incluía miles de prendas de cama, colchones, el vestuario del personal dependiente y las camisas de los enfermos. Por consiguiente, la mano de obra que requiere el lavadero del Hospital es también mayor. El arrendamiento de las instalaciones lo realiza esta institución mediante concurso público, que gana normalmente quien puja más bajo. En 1760, se comienza la subasta con 20.000 reales anuales, y se acaba con 17.200, ofrecidos por quien a la postre resultó ser su adjudicatario, Manuel López.⁹⁸

Estos arrendatarios, tanto de lavaderos como de conglomerados de bancas, alquilan a las lavanderas los banquillos e incluso los instrumentos necesarios a la colada que sólo se hallan en los lavaderos. En 1755, estos concesionarios, entre los que hay dos mujeres, cobran a las lavanderas autónomas por las bancas 6-8 maravedíes diarios, pero a muchas se las arriendan a razón de 10 reales al mes (más de 11 maravedíes diarios). Los arrendatarios de las bancas municipales cobran todos 8 maravedíes diarios a las lavanderas en la misma fecha. Una década antes, en 1747, hay referencia de un lavadero que alquiló las bancas por 4 reales al mes.⁹⁹ Pero los arrendatarios también contratan lavanderas a jornal cuando, como en el caso del Hospital, tienen que cumplir encargos en plazos señalados. En la contrata citada de 1760 de esta institución, se hace explícito que será de cuenta de Manuel López “satisfacer el importe de salarios y raciones que llevasen las lavanderas y demás empleados”. Entre estos últimos están los guardas del lavadero y los mozos que realizan tareas auxiliares. Pero también tiene derecho López,

⁹⁵ AHPM, prot. 18.897, f. 146: “Escritura de arrendamiento de un lavadero de la Archicofradía Sacramental de San Pedro y San Andrés, a favor de Santiago de Almira”, 7 agosto 1755.

⁹⁶ AHPM, prot. 17.497, s/f: “Escritura de arrendamiento de una casa lavadero de don Diego Rodríguez Canseco, a favor de Rosa Gallego y Antonio Barela”, 16 junio 1771.

⁹⁷ AHPM, prot. 19.143, f. 314: “Arrendamiento de una casa lavadero junto al Puente de Segovia, tocante al patronato de doña Ángela Rey...”, 11 julio 1779.

⁹⁸ AHPM, prot. 24.802, f. 189, 10 noviembre 1760.

⁹⁹ Hay, por tanto, una gran oscilación en el precio diario de las bancas: AGS, Gracia y Justicia, leg. 785; y AHPM, prot. 24.797, f. 67: “Declaración testamentaria de Pedro Martínez”, 7 abril 1747.

una vez satisfecha la demanda diaria del Hospital, a alquilar las bancas, pertrechos y tendederos para su propio beneficio.

El lavadero en el Madrid del Setecientos es algo más que una instalación para el lavado de ropa, lo que explica no sólo que casa lavadero sea su nombre común, sino también que en las escrituras de arrendamiento se explicite que lo alquilado es la instalación con sus “entradas y salidas, usos, costumbres y servidumbres, pertenencias de río y demás”. Normalmente, los lavaderos incluyen bancas, calderos y “hogares” para calentar el agua y aplicar la colada. El que pertenece a María Ana García Guantes, en el Puente de Segovia, tiene calderas, calderos, una calderilla y una tinaja empotrada para el agua. En 1773, María Patricia Martínez, poseedora de una casa lavadero en la misma zona, encarga a un maestro de obras el remoce del edificio y su ampliación con cuartos nuevos, en los que instalar seis hogares con sus chimeneas, y en uno levantar un tabique para que sirva de alcoba.¹⁰⁰

Aparte de su porción de ribera, la casa lavadero tiene cuartos habilitados para la colada, guardar la ropa que las lavanderas dejan por la noche y almacenar leña, banastas, sogas, rodilleros, varas para sujetar los toldos, tramas de estera para los tendederos, horcones, tableros, banquetas, garabatos y jícaras. Alguna también dispone de patios –en los que hay habitaciones–, aparcamiento de carros, a veces un terreno sembrado de trigo e incluso casas anejas donde se alojan dependientes u otros trabajadores. En uno de los lavaderos del Puente de Segovia, perteneciente a Joseph de la Cuesta, viven en 1784 nueve familias, entre ellas las de un aguador, un oficial albañil, un vendedor de aguardiente, tres lavanderas y dos peones de albañil. Otra casa lavadero de esta zona, propiedad de María Munini, da cobijo a un trajinero, un bodegonero, una guisandera, una lavandera y un lavadero, con sus respectivas familias. Pero hay lavaderos de menor entidad, como los sitios extramuros de la Puerta de San Vicente, que sólo alojan a una familia, a veces la del propio arrendatario, o solamente un “mozo que duerme allí”.¹⁰¹

La presencia de bodegoneros, taberneros, aguardenteros y guisanderas se explica por la necesidad que tienen las lavanderas y otros trabajadores de estas zonas emplazadas

¹⁰⁰ AHPM, prot. 19.442, f. 210: “Escritura de obligación entre partes ...”, 10 marzo 1773.

¹⁰¹ AHN, Consejos, leg. 923, exp. 16.

fuera de la cerca de avituallarse durante sus largas jornadas de trabajo. El establecimiento de tabernas y puestos de comida está sistemáticamente prohibido por las autoridades, pues sospechan que allí se despacha mercancía de contrabando. En 1777 se deniega la petición hecha por un cocinero para poner bodegones en las inmediaciones del Puente de Segovia y vender en ellos “los comestibles necesarios a las lavanderas y otras personas que en aquellas inmediaciones trabajan”.¹⁰² Ante estas negativas, tienen que apegarse con la “mala y adulterada comida y bebida” que, según se quejan las propias lavanderas, “las dan a subidos precios” los arrendatarios de los lavaderos.¹⁰³ Los vetos a la instalación de puestos de avituallamiento no logran acabar con esta actividad. La referida contrata del General estipula que, si ocurre el “accidente de vender allí vino u otro cualquier género que esté prohibido”, es obligación del concesionario dar pronta noticia a la Junta de Hospitales. También se le advierte de que con ningún pretexto ha de dar pasto a ninguna cabalgadura.

No es difícil estimar el número de lavanderas profesionales que hay en Madrid a mediados del Setecientos. Si partimos de las 2.938 bancas que había en 1758, que eran usadas por otras tantas lavanderas, éstas sobrepasarían los tres millares, cifra que aumenta a medida que lo hace la población madrileña. En 1787 esas 3.000 lavanderas representarían algo más del 7 por ciento de la población activa femenina de la Villa y Corte, estimada en 42.000 mujeres). Estaríamos, por tanto, ante un oficio cuyos guarismos no alcanzan a los peones de albañil o las criadas domésticas, pero compiten con los más nutridos de la corte, como sastres, zapateros, mozos de tahona o los mismísimos aguadores. Un oficio tan duro como útil –en el sentido que le daban los ilustrados-, pero desvalorizado, material y simbólicamente, porque lo ejercen mujeres y sobre todo pobres, sin traba alguna, aunque no sea “apropiado a las fuerzas y decoro femeniles”. Jovellanos saca a flote las contradicciones subyacentes en el intento de los legisladores del último tercio del XVIII por regular los oficios permitidos a las mujeres tomando como criterio esas “fuerzas y decoro” que se les atribuyen:

“Yo conozco, y todos conocemos, países, no situados bajo los distantes polos, sino en nuestra misma península, donde las mujeres se ocupan en las labores más duras y penosas ... donde trabajan a la par del hombre en todas sus

¹⁰² AHN, Consejos, lib. 1.365, f. 482.

¹⁰³ AGS, Gracia y Justicia, leg. 785.

ocupaciones y ejercicios. Aún hay algunos en que nuestras mujeres parece que han querido exceder a las de los pueblos antiguos. Entre ellos, el oficio de lavaderos se ejercía casi exclusivamente por hombres ¿Puede haber otro más molesto, más duro, más expuesto a incomodidades y peligros? Pues este ejercicio se halla hoy a cargo de las mujeres exclusivamente en las cortes y grandes capitales ... ¿Dónde, pues, está la desproporción o repugnancia del trabajo con las fuerzas mujeres?”¹⁰⁴

En la segunda mitad del Setecientos, y probablemente en las décadas anteriores, la lavandería es el empleo de las mujeres pertenecientes a la clase de trabajadores pobres, por el que perciben ínfimas remuneraciones. Su vida al borde de la indigencia explica que las lavanderas sean visibles en la Comisión de Vagos y las rondas de la policía. No es fácil localizarlas en la documentación notarial, debido a la referida costumbre de omitir la ocupación del otorgante, siendo más frecuentes las referencias a ellas en las escrituras de terceras personas. En la tabla 3 se identifican 24 lavanderas, entre las que predominan claramente las viudas (75%). Su procedencia no consta en 13 casos, ya que se han extraído de la documentación policial, que no suele reflejar este dato, aunque sí la edad en 11 de ellas: la más joven tiene 40 y la mayor 74, siendo la media de 58,6 años. Entre las casadas y viudas destacan las que tienen un solo hijo o hija, incluida una niña adoptada.

Tabla 3 Lavanderas: estado civil, naturaleza y número de hijos (1717-1793)

| Estado civil | Solteras | Casadas | Viudas | N/C | Total |
|---------------------|----------|---------|--------|-----|-------|
| | 1 | 4 | 18 | 1 | 24 |
| Naturaleza | | | | | |
| Madrid y prov. | | 2 | 2 | | 4 |
| Castilla la Nueva | | | 3 | | 3 |
| Castilla la Vieja | 1 | | 2 | | 3 |
| Galicia y Ast. | | | 1 | | 1 |
| No consta | | 2 | 10 | 1 | 13 |
| Nº de hijos | | | | | |
| 0 | | 1 | 4 | | 5 |
| 1 | | | 10 | | 10 |
| 2 | | | 1 | | 1 |
| 3 + | | | 2 | | 2 |
| No consta | | 3 | 1 | | 4 |

¹⁰⁴ *Informe dado a la Junta general de Comercio y Moneda sobre el libre ejercicio de las artes*, 1785: Cfr. Sarasúa, “El oficio más molesto...”, *op. cit.*, p. 53.

Fuente: elaboración propia a partir de **AHPM**, prots.: 24.795, ff. 6, 35; 24.797, ff. 53, 67; 24.809, f. 26; 24.818, ff. 125, 295; **AHN**, Consejos, legs.: 923/16, 9.433, 9.437, 39.821/5, 39.823/1, 49.667/1, 49.671, 49.676/77; lib. 1.304, f. 30; Estado, leg. 3.011.

Hemos visto que hay un empresariado del servicio de lavandería en el que las mujeres son francamente minoritarias. Lo contrario sucede en el nivel del trabajo autónomo, asalariado y forzado que atiende la demanda pública y privada. En los internados para huérfanas y los hospicios, son las propias internas las que se ocupan del lavado de la ropa. Se trata de un trabajo embridado que se concibe como parte de la disciplina y de su manutención. En la cárcel de la Galera, sin embargo, al ser administrada por la Junta de Hospitales, probablemente la ropa fuese enviada al lavadero del General, pues no hemos hallado reclusas que se encargaran de esta labor, como sí lo hacían de la costura y remiendo de la ropa del Hospital.¹⁰⁵ Otras instituciones contratan con lavanderas autónomas, que suelen percibir remuneraciones más altas y probablemente recurran a otras lavanderas. Por ejemplo, en 1717, Teresa Mingo se encarga de lavar la ropa de la enfermería de la Cárcel de Corte. Le deben 660 reales por 6 meses de trabajo, cantidad que supone menos de 4 reales diarios.¹⁰⁶ En 1752, el colegio de Niñas de la Paz paga a la lavandera 60 reales al mes; las dos que trabajan para los Desamparados perciben casi la mitad, 34 reales, lo que sugiere que esta actividad se encarga a las propias internas.¹⁰⁷ Sin embargo, las lavanderas que están a sueldo de la Inclusa cobran 5 reales diarios, que aumentan a 7 a partir de 1774 y a 8 desde 1801.¹⁰⁸

Menos rastro documental han dejado las lavanderas que servían a particulares. Por supuesto, algunas “seguían” los Reales Sitios, como la viuda Dionisia González, que en 1773 pide la libertad de su hijastra de 18 años, encerrada en San Fernando.¹⁰⁹ Normalmente se encargan de más de una casa, lo que indica una remuneración que se había de compensar con la intensificación del trabajo. Desconocemos cuánto ganaban y en qué condiciones trabajaban estas lavanderas. Es muy probable que no fuese una ocupación diaria, especialmente en invierno por las inclemencias y las avenidas del río. En un memorial de los propietarios de lavaderos, éstos afirman que “de los seis días de

¹⁰⁵ López Barahona, **El cepo y el torno**..., *op. cit.*, p. 185.

¹⁰⁶ AHN, Consejos, lib. 1.304, f. 30.

¹⁰⁷ Los datos de Los Desamparados y Niñas de la Paz, en Archivo Regional de la Comunidad de Madrid (en adelante ARCM), Diputación Provincial, leg. 5.124/01. Agradezco esta referencia a Jesús Agua de la Roza.

¹⁰⁸ Soubeyroux, “Pauperismo y relaciones sociales...”, *op. cit.*, p. 51.

¹⁰⁹ AHN, Consejos, leg. 9.433.

la semana, sólo dos son los del tráfico de lavar, y el resto apenas aparece gente, y menos cuando hace mal tiempo, que entonces se pasa mucho tiempo sin poder lavar”. Claro que esto hay que tomarlo con cautela, ya que el objetivo de los propietarios era mostrar que sus ganancias no eran tan abultadas como para ser gravadas con otro impuesto.¹¹⁰

A ello se añade que las lavanderas pagan por el uso de la banca de 6 a 10 reales mensuales, a lo que hay que sumar que las casas lavaderos “las llevan muy subido precio por las coladas, atados y desatados de la ropa, custodia de ella de noche...”.¹¹¹ El jabón es otro renglón que corre de su cuenta y no es un producto barato. En 1738, la arroba de este higiénico producto se vende en la tienda de aceite y vinagre de María González a 30 reales. En la lista de deudores destaca un número de lavanderas (8) y lavaderos (5) por compra de este artículo. La mayoría de lavanderas deben entre 15 y 38 reales, algo menos que otras mujeres, que acumulan hasta 92 reales de deuda, caso de Teresa de las Bayetas y la llamada “Soldada moza”, mientras que la “Soldada vieja”, con una deuda de 30 reales por una arroba de jabón, ha dejado en prenda una sábana de lienzo nueva.¹¹² Por otro lado, el acarreo de la ropa de las casas al lavadero y viceversa a veces requiere de asistentes, que suelen ser familiares o “mozos” a quienes se recompensa con una limosna o algo de comida. Así lo dice Melchor Fernández, asturiano, casado de 64 años, que declara ante la Comisión de Vagos ser “mozo de cordel, que lleva y trae la ropa a las lavanderas que se lo solicitan”.¹¹³

En cuanto a las remuneraciones, en 1746, a María Bello uno de sus clientes le debe “cerca de dos años de lavarle la ropa, que pasará de diez pesos”, es decir, 150 reales.¹¹⁴ En 1783, Antonia de Moya cobra a un cliente 12,5 reales por semana (50 mensuales).¹¹⁵ Mucho menos percibe ese mismo año la lavandera de un mozo gallego, a la que debe 5 meses de lavado a razón de 6 reales cada uno.¹¹⁶ Ingresos ínfimos que ratifican la necesidad de diversificar la clientela. Estos estipendios disminuyen aún más en los núcleos rurales. En San Sebastián de los Reyes, otro gallego soltero paga a su lavandera

¹¹⁰ AGS, Gracia y Justicia, leg. 785.

¹¹¹ *Ibidem*.

¹¹² AHPM, prot. 16.296, f. 468, “Carta de pago y recibo de dote otorgada por Joseph Fernández Collar a favor de María González, su mujer”, 23 febrero 1738.

¹¹³ AHN, Consejos, leg. 49.667.

¹¹⁴ AHPM, prot. 24.797, f. 53: “Declaración de pobre de María de Bello”, 23 abril 1746.

¹¹⁵ AHPM, prot. 24.818, f. 125: “Declaración de pobre de Antonia de Moya”, 26 abril 1783.

¹¹⁶ AHPM, prot. 24.818, f. 296: “Declaración de pobre de Antonio Carpintero”, 2 noviembre 1783.

60 reales al año.¹¹⁷ Y en Villanueva de la Cañada, un viudo abona 66 reales anuales a la suya.¹¹⁸

No es extraño en estas condiciones de precariedad, que algunas lavanderas encuentren en el contrabando de aceite, jabón o vino, e incluso en la mendicidad, un recurso para redondear unos ingresos de mera subsistencia. Sus unidades domésticas, especialmente entre las viudas, se reducen a la mínima expresión. Algunas son pájaros de extramuros que hacen sus nidos en los propios lavaderos. En uno del Puente de Segovia reside en 1784 Ana Lozano, viuda de 59 años, con su hija de 16, también lavandera. En el mismo vive sola otra viuda, Francisca Serrano, de 42. En otro lavadero se aloja María Sánchez, también viuda de 40 años, con un hijo y una hija adolescentes. En la zona septentrional, frontera al cuartel del Barquillo, habita sola en un tejero otra del mismo estado y oficio, Teresa Ortega, de 60 años. Y en una casa-juego de bolos cercana, junto a otros vecinos, Luisa Martín mantiene sola a 3 hijos y una hija menores de edad.¹¹⁹

El recurso a prácticas ilícitas como el contrabando o la mendicidad convierte a las lavanderas y sus hijos en presa fácil de las rondas de policía. En los primeros años de la década de 1780, los alcaldes de la Comisión de Vagos envían a San Fernando a varias lavanderas acusadas de pedir limosna. En 1780, a María Gómez, de 70 años, consigue sacarla de la reclusión su hijo, oficial guarnicionero.¹²⁰ En esa fecha lleva nada menos que tres años recluida Antonia Fernández, de 54, prendida cuando volvía del río, cuyo hijo también logra que la excarcelen después de varias instancias.¹²¹ En una situación similar se encuentra Micaela González, de 70 años, con tres hijos mayores que aseguran se mantiene de su trabajo y lo que ellos le aportan.¹²² Ya vimos también a María de Oñoro, de 71 años, que no tiene hijos que la respalden y suplica ella misma que la liberen y pueda “a costa de su sudor ganar su sustento”. Todas ellas son viudas y algunas de avanzada edad. Pero también hay solteras y casadas en las listas de detenidos, como Casilda Murga, de 51 años, soltera; se queja de que la prendieron sólo

¹¹⁷ AHPM, prot. 24.818, f. 52: “Declaración de pobre de Domingo González”, 21 febrero 1784.

¹¹⁸ AHPM, prot. 24.818, f. 106. “Declaración de pobre de Francisco Calvo”, 5 mayo 1784.

¹¹⁹ AHN, Consejos, leg. 923, exp. 16.

¹²⁰ AHN, Consejos, leg. 39.821, exp. 5.

¹²¹ *Ibidem*.

¹²² AHN, Consejos, leg. 39.821, exp. 8.

por ir mal vestida, pues “no da para tanto la piedra de un río”;¹²³ y Manuela López, de 54 años, casada con un oficial salador.¹²⁴

Los familiares de las lavanderas también son presa de las rondas. Por ejemplo, María Peinado pide la libertad de su esposo, Joseph Antonio Hermida, de 44 años, detenido por la Comisión de Vagos, asegurando que es “un buen hombre y la ayuda en su oficio”.¹²⁵ En otros casos, las lavanderas piden la libertad de sus hijos adolescentes, como la viuda Inés Rodríguez con su único vástago de 14 años.¹²⁶ Cuando estas mujeres ya no pueden trabajar por su avanzada edad o los frecuentes achaques de reuma, bronquitis y otras afecciones producidas por su actividad, quedan al amparo de sus hijos, si los tienen y pueden ayudarlas, o al de la caridad, caso de María Fernández, de 74 años, ha sido lavandera para el Horno de la Mata, donde ahora le dan las sobras de la comida, según declara al alcalde que la prende para demostrar que no estaba pidiendo limosna.¹²⁷

Se considera parte de las responsabilidades domésticas de las mujeres, como madres, esposas, hijas o criadas el cuidar de la ropa de los miembros de la unidad doméstica, lo que significa lavarla, coserla, zurcirla y a menudo confeccionarla. Por tanto, una parte de esta actividad se realiza fuera el mercado. A pesar del esfuerzo físico que requiere, y de ser considerado indecoroso para las féminas, al tener que descubrirse los brazos y las piernas al contacto con el agua, como trabajo remunerado se feminiza. De este modo, tanto su precio como su consideración social disminuyen. El grueso de sus practicantes son mujeres pobres, especialmente viudas, cuya vida activa sólo termina cuando lo hace su resistencia física, a veces en edad avanzada. Los empresarios del sector se benefician de esta mano de obra de escaso coste, alquilándoles las bancas y pertrechos o tomándolas a jornal. Las fábricas de jabón tienen en ellas a un sustancioso renglón de la demanda. Las lavanderas, que no salen en la foto fija de los censos de artes y oficios, componen un ejército laboral invisible pero crucial para las economías de subsistencia de la población más humilde y la “decencia” en el vestir –imperativo social- de nobles y plebeyos en la brillante corte borbónica.

¹²³ AHN, Consejos, leg. 49.671.

¹²⁴ AHN, Consejos, leg. 39.821, exp. 5.

¹²⁵ AHN, Consejos, leg. 49.676.

¹²⁶ AHN, Consejos, leg. 9.437.

¹²⁷ AHN, Consejos, leg. 49.667, exp. 1.

Cap. 8. Abastecedoras y distribuidoras: las plazas de mercado

La historiografía europea sobre el trabajo femenino ha destacado el protagonismo de las mujeres en los mercados de abastos de las ciudades modernas. Los estudios coinciden en que las trabas puestas a su actividad en los oficios especializados de la industria y los servicios canalizó esta mano de obra hacia la distribución de alimentos en la esfera mercantil.¹²⁸ Como responsables de la provisión y preparación de los víveres necesarios para el mantenimiento familiar, las mujeres desarrollaron un profundo conocimiento de los tipos y calidades de los alimentos, su procedencia, formas de distribución y evolución de los precios. Este bagaje les capacitaba para moverse como peces en el agua agitada del comercio de abastos. Es visible asimismo su papel en las protestas, alborotos y motines contra la carestía de los productos de primera necesidad y la alteración de precios, en defensa de unos principios que E. P. Thompson resumió en el concepto de “economía moral”.

Madrid responde al mismo patrón. El abastecimiento, sobre todo la venta al detalle, fue uno de los mayores nichos de empleo para multitud de mujeres de la clase trabajadora, después del servicio doméstico y la lavandería. Lo fue, en general, para los trabajadores de ambos sexos que llegaban a la capital desde otras partes del reino. Hay que tener en cuenta que las subsistencias suponían más del 40 por ciento del comercio madrileño.¹²⁹ Por otra parte, el abasto ponía en estrecha relación la economía capitalina con las aldeas de la Tierra y con los oficios del procesamiento de alimentos y la restauración. Se trata, por tanto, de un sector estratégico tanto para el desenvolvimiento de las economías rural y urbana, como para el mantenimiento del orden social.

El abastecimiento de Madrid en la Edad Moderna cuenta con importantes estudios. Gracias a ellos conocemos las formas organizativas del aprovisionamiento de la capital, la procedencia de subsistencias básicas como el trigo, la carne y el pescado y los niveles

¹²⁸ Por ejemplo, Merry Wiesner, “¿Buhoneras insignificantes o mercaderes esenciales? Las mujeres, el comercio y los servicios en Nuremberg durante la Edad Moderna”, en J. S. Amelang y M. Nash (eds.), **Historia y género: las mujeres en la Europa Moderna y Contemporánea**, Valencia: Alfons el Magnànim, 1990, pp. 177-189; y Danielle Van den Heuvel, “Partners in marriage and business? Guilds and the family economy in urban food markets in the Dutch Republic”, **Continuity and Change**, 23/2 (2008) pp. 217-236.

¹²⁹ José U. Bernardos Sanz, “Mercado y abastecimiento ...”, *op. cit.* pp. 232-243.

de consumo de estos productos en la ciudad, entre otros aspectos.¹³⁰ Estas páginas pretenden arrojar luz sobre la distribución en los mercados, la organización del trabajo y las relaciones laborales, condiciones para enmarcar la actividad femenina en este sector. Ello requiere una aproximación a ras de tierra, desde las propias plazas de mercado, lugares densos por el elevado número y amplia variedad de transacciones que en ellas realizan los agentes involucrados en el abastecimiento; unos espacios sometidos a fuerte presión por cuanto, además de centros económicos, son también arena del poder político y reflejo de las tensiones y contradicciones de una ciudad cortesana.

En la plaza Mayor, centro administrativo del mercado de abastos, se ubica el Peso Real, símbolo del poder del monarca, que administran regidores y alcaldes de Corte a través de fieles ejecutores, alguaciles y escribanos. Allí se pesan las mercancías que llegan para su comercio y se les pone precio (postura) antes de ir a los puestos de venta al público, llamados cajones, tablas, mesas o tinglados. Otros dos organismos centrales del abasto, la Casa de la Panadería y la Carnicería Mayor, presiden dos de las fachadas interiores de la plaza; y, aunque en el Setecientos va cayendo en desuso, la argolla se alza también allí para castigo ejemplar de los infractores (véase plano 2, página 51). Este centro del abastecimiento tiene ramificaciones en otras plazas de la ciudad: Santo Domingo, San Ildefonso, Red de San Luis, Antón Martín y Rastro, dotadas de sus respectivos Repesos; y aun se extiende a las plazas de Santa Cruz, Puerta del Sol, El Gato y Matute (véase plano 3, página 52). A este complejo, los contemporáneos lo llaman abreviadamente “plaza Mayor y plazuelas”. No obstante, la venta de comestibles, en puestos fijos y ambulantes, se desarrolla en casi todas las calles y plazas de la capital, de manera notable en la segunda mitad del XVIII.

La presión que soportan las plazas del abasto deriva sobre todo de su estricta regulación y vigilancia. Es una prioridad política garantizar el aprovisionamiento fluido,

¹³⁰ Los trabajos más importantes son los de Concepción de Castro, **El pan de Madrid. El abasto de las ciudades españolas del Antiguo Régimen**, Madrid: Alianza, 1987; José Ubaldo Bernardos Sanz, **No sólo de pan... ganadería, abastecimiento y consumo de carne en Madrid (1450-1805)**, tesis doctoral inédita, UAM, 1997; mismo autor, **Trigo castellano y abasto madrileño. Los arrieros y comerciantes segovianos durante la Edad Moderna**, Valladolid: Junta de Castilla y León, 2003; y Teresa Prieto Palomo, **El abastecimiento en Madrid y el sistema de obligados (1560-1630)**, tesis doctoral inédita, UCM, 2003. Véase también, para Canarias contemporánea, M^a Elisa Torres Santana, “Las vendedoras de Lanzarote y el abastecimiento cotidiano de la isla en el siglo XVII”, en J. L. Pereira Iglesias, J. M. Bernardo Ares y J. M. González Beltrán (coords.), **V Reunión Científica de la Asociación Española de Historia moderna**, vol. 2, 1999, pp. 457-470.

especialmente del pan, para prevenir el descontento popular que podía provocar la carestía. Este seguimiento tiene asimismo una importancia económica de primera magnitud para la Villa, pues la recaudación de las sisas o impuestos sobre el consumo de los productos de primera necesidad supone, a mediados del XVIII, el 80 por ciento de los ingresos totales del Ayuntamiento, sin contar lo recaudado previamente en las puertas de entrada a la ciudad.¹³¹ Pero no es sólo la Villa la que tiene las competencias sobre el abasto, sino también la Corte; de ahí que haya Repesos de ambas instituciones en las plazas. El alcalde semanero, así llamado por hacer por semanas el turno en los Repesos de Corte, vigila que la plaza esté bien abastecida, se informa de la calidad de los mantenimientos, organiza inspecciones y juzga las denuncias recibidas. La Sala de Alcaldes y el Concejo se reparten la fijación de las posturas. Ambos organismos dirimen los conflictos que se plantean sobre fraude en pesos y medidas, mal estado de los productos, presencia de revendedores en horario no permitido, etc. No obstante, esta distribución de competencias no es en absoluto pacífico: están en pugna ámbitos de poder muy concretos y menudean los conatos de violencia entre regidores y alcaldes. La escasa coordinación institucional, que a veces se traduce en la promulgación de normas contradictorias, genera inseguridad e inestabilidad entre los vendedores y el público de las plazas.¹³²

Las autoridades de Villa y Corte imponen sus leyes en el mercado de abastos. Esta doble regulación se hace triple a partir de 1782, cuando se funda la Superintendencia General de Policía, a la que se dota de competencias en el mercado. Pero, en los intersticios de este edificio normativo, opera la ley de los trabajadores, que no está escrita sino inscrita en la costumbre y los acuerdos verbales. Las autoridades, dejando a un lado sus desavenencias, alertan al público contra los vendedores, siempre sospechosos de defraudar en el peso; contra los revendedores, a los que se hace responsables de la subida de los precios; y contra los ambulantes, a quienes se moteja de vagos. Entre los motivos que les impulsan a ello, uno no menor es que el dinero detraído de las “denunciaciones y prisiones” contribuye a financiar las instituciones asistenciales. En los choques entre Sala y Ayuntamiento subyace también el interés económico, dado que, como apunta J. U. Bernardos, “el mercado es una de las fuentes de renta donde las instituciones sacan tajada económica e influencia política, tanto a

¹³¹ López García (dir.), **El impacto de la Corte...**, *op. cit.*, p. 310.

¹³² Bernardos Sanz, “Mercado y abastecimiento...”, *op. cit.*, pp. 232-244.

nivel colectivo como individual”. Por consiguiente, los trabajadores del mercado viven atrapados en la pinza que ejercen, por un lado, los funcionarios reales y municipales, y, por otro, el público.

El contingente laboral del mercado es variopinto y podemos distinguir en él dos categorías básicas: los proveedores-vendedores, por un lado, y los sólo vendedores, por otro, con varias subcategorías. Entre los primeros están los trajineros o arrieros-trajineros, que cuentan con caballerías para transportar los productos al mercado capitalino, donde los venden al por mayor y al detalle. Son de dos tipos. Unos traen y comercializan su propia producción (hortelanos, criadores de aves, etc.). La mayoría de estos provienen de las huertas extramuros y los lugares del alfoz. Otros son vecinos de Madrid o localidades cercanas, que se trasladan a los lugares productores para comprar al por mayor y vender al detalle en las plazas. El primero de estos dos grupos tiene mejor consideración y preferencia en el mercado, por cuanto la política oficial va dirigida a laminar la acción de intermediarios para mantener los precios bajos y dar menos pábulo al fraude. El segundo grupo de arrieros trajina con producción ajena; en el ramo de la fruta y la verdura, sus integrantes son llamados “coritos”, quizás por el origen asturiano de una parte de ellos.¹³³ Todos los arrieros-trajineros venden en el entorno del Peso Real y en el resto de plazuelas. Un segundo tipo de proveedores son los tratantes de varios ramos (gallinería, fruta, menudos ...). En algunos casos también poseen caballerías propias, en otros se conciertan con arrieros o contratan agentes en los focos productores para proveerse al por mayor. Venden en puestos cedidos por la Villa o en propiedad, pero sujetos a impuesto, donde sus dependientes despachan al público. Los tratantes son los únicos trabajadores del mercado que se organizan en gremios.

En la categoría de vendedores, cuando la provisión del cajón se realiza directamente por la Administración central, están los “dependientes del abasto”, una especie de contratistas-asalariados de la Junta de Abastos, primero, y la Real Dirección, después, que sólo se ocupan de la gestión del puesto o puestos que cada uno tiene asignados, a cambio de una remuneración fija mensual con la que deben cubrir los gastos de almacén, herramientas y contratación de personal auxiliar. Por otro lado los llamados “revendedores” comercializan la mercancía que compran a los arrieros-trajineros o a los

¹³³ La voz “corito”, en el diccionario **Academia Usual** de 1780, es el “nombre que se daba, según Covarrubias, a los Montañeses y Vizcaínos, y hoy es apodo con que algunos motejan a los asturianos”.

tratantes. Normalmente sólo cuentan con un puesto –dos a lo sumo-, por el que entregan una fianza a la Villa. En la venta al público trabajan también las mujeres y los hombres que son empleados por los hortelanos, tratantes, dependientes del abasto y algunos vendedores, para asistir en los puestos. Son los asalariados del mercado, mujeres a las que se denomina unas veces “criadas”, otras “vendedoras” y otras “pesadoras”; y varones o “mozos del trabajo”, que se ocupan de acarrear las mercancías desde los almacenes hasta los puntos de venta, descargar los carros de los arrieros en el Peso Real y otras tareas auxiliares. Por último, aunque no menos relevante, los denostados “regatones”, “atravesadores” y “chalanés”, así como los perseguidos ambulantes, forman una especie de mercado sumergido e ilegal dentro y fuera de los focos de distribución.

Hay, pues, en las plazas de mercado, un nivel empresarial, formado por los tratantes, que ponen un capital inicial y contratan más de tres asalariados; un grueso segmento de trabajo autónomo donde confluye la mayoría de vendedores y revendedores; y otro, no menos cuantioso, de trabajo asalariado. A estos tres niveles habría que añadir el volumen indeterminado de trabajo recíproco que vincula a los parientes (esposos e hijos principalmente) que asisten en los puestos. Todos ellos están activos en los distintos ramos del abastecimiento (pescado, fruta, verdura, gallinería, carne, etc.), aunque hay muchos operarios que trabajan en más de uno. Por ejemplo, en 1784, Tomasa Heras asiste con su marido en una mesa de cabrito y ella sola se emplea de cobradora en una tabla de pescado abadejo, en la plaza Mayor; Domingo García, vecino de la plazuela del Gato, se ocupa como “mozo del trabajo con tablajeros de tocino, pescado y demás que se le proporciona”. Para los trabajadores “a lo que salga”, el mercado es un vivero de oportunidades. Juana Maceda vende verduras “y demás que se le proporciona” en las Cuatro Esquinas de San Antón, donde vive.¹³⁴

El otro colectivo que da vida al mercado es el de los compradores. Básicamente, está compuesto por las mujeres de las familias pobres que no tienen servicio doméstico y acuden regularmente a la plaza más cercana. En 1793 Gabina Mas, casada, y Catalina Torres, viuda, vecinas del Pasadizo del Rastro, compran diariamente en la plaza homónima, por lo que son llamadas como testigos en un pleito entre los tablajeros de

¹³⁴ AHN, Consejos, leg. 969, exp. 11.

tocino y los administradores del ramo.¹³⁵ Junto a ellas están las criadas y criados de las familias pudientes, que se ocupan de esta tarea, de la misma forma que lo hacen los “mozos de compra” que suelen trabajar para varias casas. Las personas de cierta posición social eluden pisar las plazas de mercado, espacios bulliciosos, a veces malolientes, donde el ruido de los carros y las herramientas se mezcla con los gritos de los vendedores. Pero sobre todo los evitan porque son espacios que el pueblo bajo de Madrid hace suyos. Un maestro de hacer cuerdas de instrumentos manda a su criado a negociar con las resueltas mondongueras su provisión de cordillas.¹³⁶ Los vendedores ambulantes o “callejeros” justifican ante las autoridades lo útil de su actividad, porque hay “muchas personas de calidad con cortos medios para poder mantener un criado [que de este modo] gozan del alivio de comprar lo que pasa por la puerta de su casa”.¹³⁷ Los únicos miembros de las clases acomodadas que pisan las plazas son los alcaldes semaneros o sus ministros, los fieles, alguaciles, escribanos, para las labores de vigilancia y policía.

El abastecimiento experimenta una serie de cambios que culminan en la década de 1740 con la constitución de la Junta de Abastos, lo que supone una creciente centralización del sistema, que afecta también a la distribución y los mercados. A partir de entonces, se emprenden reformas de la plaza Mayor y plazuelas –en 1756, 1772, 1791 y 1800–, con el objeto de reducir y reubicar sus puestos. En 1756, la reorganización del Peso Real afecta sobre todo a los cajones de fruta y pescado. Las medidas liberalizadoras en el comercio y precio de los comestibles, puestas en marcha en la década de 1760, se ven interrumpidas con la disolución de la Junta de Abastos a raíz del motín contra Esquilache. En la década de 1770, la rigidez de la oferta provoca una subida de los precios y la introducción, en los mecanismos de distribución, de una red de intermediarios y revendedores. La Sala se dedica por su cuenta a conceder licencias y las zonas más concurridas de la ciudad se llenan de una nube de puestos de minoristas que causan problemas de circulación en un espacio ya de por sí saturado debido al diseño de la trama urbana. Buena parte de la titularidad de este pequeño comercio minorista, entre fijo y ambulante, recae en las mujeres de las familias pobres, afectadas por la inseguridad e irregularidad del empleo, que venden los productos que compran en

¹³⁵ AHN, Consejos, leg. 1.464, exp. 3.

¹³⁶ AHN, Consejos, lib. 1.320, ff. 241-247.

¹³⁷ AHN, Consejos, lib. 1.280, ff. 355-363.

los pueblos de alrededor o a los arrieros y trajineros, a veces saliendo a su paso – “atravesándolos”- antes de su llegada a las puertas de la ciudad o dentro de ésta.¹³⁸

Los cambios producidos por las sucesivas reformas alteran la rutina de los trabajadores del mercado, unas veces en beneficio y otras en detrimento de sus condiciones de vida y trabajo. Pero es entre 1782 y 1785 cuando la tensión se incrementa hasta rozar el motín, debido a la acción de Bernardo Cantero, Superintendente general de policía. Aunque creado con el fin de combatir la disidencia política y reforzar la persecución de los vagos, a este nuevo organismo, dependiente de la Secretaría de Estado, se le dota, curiosamente, de competencias en el mercado.¹³⁹ Nada más asumir su nuevo cargo, Cantero ordena una recolocación de los puestos en las plazas y plazuelas, rescinde licencias, impone fuertes multas, prohíbe a los ropavejeros y prenderos poner puesto en la feria anual de San Mateo y emprende una auténtica cruzada contra los callejeros. Su más denostado alguacil, apodado “Manolón”, obliga a los vendedores a rehacer los cajones y tinglados y encargar la obra a un carpintero compadre suyo. Manolón acepta, además, sobornos, extorsiona a los vendedores y los maltrata física y verbalmente, sin reparar en las mujeres, a las que “da de golpes y puntillones con otros tratamientos que las hacen prorrumpir en maldiciones”. A unas y otros, Cantero o sus alguaciles les embargan sus bienes y los envían presos a la cárcel de Villa o a San Fernando, en régimen de incomunicación y sin apelación posible a instancia superior.¹⁴⁰

La inquietud social que suscitan estas actuaciones se expresa en un anónimo que recibe el gobernador del Consejo de Castilla. En él se le amenaza con incendiar su casa y montar una “peor que la de Esquilache” si no entrega la cabeza de Cantero. Los comisionados que se destinan a identificar la autoría del anónimo fracasan en su cometido, pero todos coinciden en haber oído decir en los corrillos de la plaza Mayor y la plazuela del Rastro, e incluso dentro de la Cárcel, que el Superintendente le quita a la gente “su modo de vivir en sus tratos lícitos” y lamentan que “no hubiese quien les tirase un trabucazo”, entre otras expresiones de descontento.¹⁴¹ Bernardo Cantero pasará, de hecho, a los anales por su proverbial crueldad y corrupción. Todavía en 1800,

¹³⁸ Bernardos Sanz, “Mercado y abastecimiento...”, *op. cit.*, p. 468.

¹³⁹ Sobre la Superintendencia, véase la bibliografía citada en el cap. 4, p. 119.

¹⁴⁰ AHN, Consejos, leg. 856, exp. 13. En 1787 Mariano Colón y Larrátegui toma el relevo al frente de la Superintendencia, organismo que es abolido en 1792 y reinstaurado con el nombre de Juez de Policía para Madrid y su Rastro en 1804: AHN, Consejos, lib. 1.285, ff. 78-122.

¹⁴¹ *Ibidem.*

una vendedora pide la concesión de un puesto de fruta atendiendo a que nunca ha sido multada, ni siquiera “en la época que dirigió (...) el difunto señor don Bernardo Cantero, en medio del rigor que observaba para el buen servicio del Público...”.¹⁴²

En agosto de 1791, la plaza Mayor sufre un voraz incendio, que la reduce parcialmente a escombros, lo que obliga a emprender obras de reconstrucción. Los problemas en el abastecimiento se agudizan en esta década, cuando los efectos de la crisis agraria se hacen sentir en la carestía de los alimentos y el incremento de la población inmigrante. La reforma de los puestos de la plaza en estas fechas refleja la lucha entre alcaldes y regidores, con el Corregidor a la cabeza, por la competencia sobre la concesión de licencias. La Sala establece en 1792 un reglamento para regular la venta de comestibles y otros productos en Madrid. A fines de siglo es el corregidor quien toma las riendas de un nuevo intento de reforma de los puestos en la plaza Mayor, que, en 1800, superan los 800 cajones, tablas y tinglados. Pero, a pesar de estos cambios, que tienen entre sus objetivos la reducción del número de cajones, no se logra frenar la proliferación de puestos de venta. Como afirma José Ubaldo Bernardos, las acusaciones que realizan alcaldes y regidores sobre venta de comestibles por encima de las posturas y la abundancia de revendedores “encubren el estancamiento de la oferta de productos y el fortalecimiento de un mercado paralelo que elude los mecanismos tradicionales de control”. El alza de precios de 1797-98 tiene dramáticas consecuencias en los inicios del Ochocientos. Desde 1801 los precios de los cereales comienzan a subir como no lo habían hecho hasta entonces. La situación en el interior peninsular se agrava rápidamente, las calles de Madrid se llenan de personas que huyen de la miseria y buscan alivio en la beneficencia pública, que vive al borde del colapso al igual que los mecanismos institucionales del abasto.¹⁴³

Este es sucintamente el ambiente en el que se desenvuelve el trabajo en las plazas de mercado en el Madrid del Setecientos. Como es habitual en la sociedad feudo-corporativa, los oficios del abastecimiento se reproducen por medio de relaciones de parentesco y paisanaje, lo que da lugar a una marcada “endotecnia”. No es infrecuente que miembros de una misma familia se ocupen en varios ramos del abastecimiento, diversificando de este modo los riesgos y abriendo oportunidades para otros allegados al

¹⁴² Instancia de Francisca Martínez: AHN, Consejos, leg. 2.877.

¹⁴³ Bernardos Sanz, **No sólo de pan...**, *op. cit.* pp. 570-571.

mundo del mercado. Las listas de tratantes y vendedores de la plaza Mayor y plazuelas están plagadas de apellidos repetidos, alguno de los cuales podemos rastrear en el largo alcance de dos siglos. Los esposos se transmiten los puestos unos a otros, a sus descendientes y parientes colaterales; los empresarios contratan el trabajo asalariado de paisanos o familiares de colegas. Veamos con más detalle esta maraña de relaciones personales y laborales en diferentes ramos del abasto, para enmarcar la participación de las mujeres, extraer sus características y valorar su evolución a lo largo del siglo.

Pescado

Muy demandado en períodos de vigilia por imperativo eclesiástico, el pescado llega a las tablas de las plazas por varias vías. Hay arrieros-trajineros que lo transportan desde los puertos hasta Madrid por su cuenta, por encargo de la administración del abasto o por la iniciativa privada de los tratantes en pescado.¹⁴⁴ Este género llega fresco -curado al aire o cecial y después remojado para su venta-, aunque también se vende en salazón y escabechado. Las especies más consumidas son el congrio, el mero, la merluza, el salmón y especialmente el bacalao, llamado “abadejo”. La actividad femenina en este ramo presenta una notable disparidad según el agente que adjudica y suministra las tablas. Así comprobamos que en las provistas por la administración del abasto –sea a través del sistema de obligación o, a partir de 1744, de la Junta de Abastos- la participación femenina es mayoritaria, mientras que las surtidas por la iniciativa privada de los tratantes están en manos masculinas. El listado de “pesadores de pescado de la Red [de San Luis]”, que en 1650 dan fianza para ocupar las tablas y se les reparta el pescado fresco, suman 22 personas, de las que 19 son mujeres. En otro listado de pesadores realizado en el mismo año, los registrados son 27, entre los que hay 24 mujeres.¹⁴⁵ Sin embargo, en la lista de tratantes de 1669 sólo hay 8 mujeres, que equivalen al 25 por ciento del total.¹⁴⁶

El “gremio de tratantes en pescados frescos y salados” va disminuyendo su número a lo largo del XVIII, probablemente como consecuencia de la política de reducción de

¹⁴⁴ J. U. Bernardos Sanz, “El abastecimiento y consumo de pescado en Madrid durante el Antiguo Régimen”, Comunicación presentada al **VII Congreso de la Asociación de Historia Económica**, Zaragoza, 2001, p. 5.

¹⁴⁵ AHN, Consejos, lib.1.235, ff. 194 y 233.

¹⁴⁶ AHN, Consejos, lib. 1.254, f. 21.

puestos emprendida en las sucesivas reformas de la plaza Mayor. Sin embargo, su influencia en el sector no decrece a la par. Cada tratante posee varias tablas, el grueso de ellas en la plaza Mayor y algunas más en el resto de plazuelas. En 1702 son 14 individuos, que descienden a 8 en 1756, cifra que se mantiene en 1782, al tiempo que las tablas que controlan bajan de 62 a 50 en este último período, sólo en la plaza Mayor.¹⁴⁷ Se trata de un grupo con cierto capital, que permite a los miembros mejor situados el acceso a puestos en la administración del abasto. Es el caso de Francisco de Icaza, nombrado por la Junta de Abastos administrador del ramo. Otros incluso escalan hasta la misma Junta. El tratante Antonio Pando es en 1746 uno de sus “ministros”, sin que se halle incompatibilidad en su doble calidad de juez y parte. En ese año, otro miembro del gremio, Andrés de Coro, es el encargado de proveer el pescado a las Reales Casas.¹⁴⁸ Cuando la Junta de Abastos es abolida en 1766, se retorna al sistema de las contratas privadas u obligaciones, y otro rico tratante, Antonio Martínez de Ventades, puja por hacerse con la correspondiente a este ramo, lo que indica que puede disponer un elevado volumen de capital.¹⁴⁹

La posición socio-económica de algunos tratantes de pescado explica el tratamiento de don que sistemáticamente reciben, caso único entre los gremios del abastecimiento. Como arriba señalé, sus miembros poseen cada uno un número de tablas que, en 1756, oscila entre 4 y 15. En la lista de 1782 hallamos, sin embargo, a dos con una sola tabla, pero no pertenecen a las familias más pudientes. Una es Gertrudis Fernández Barredo, apellido que encontramos también en el ramo de frutería. Quienes lideran el *ranking* de puestos entre 1756 y 1782 son los Martínez de Ventades y los Pando, con 15 y 14 respectivamente. Una parte de estos cajones los dan en arriendo a terceras personas por una renta anual que oscila entre 250 y 380 reales, más el pago de las sisas municipales a que estaba sujeta cada tabla –la llamada “sisa del cuarto de palacio”.¹⁵⁰

La presencia femenina en este grupo empresarial no supera las 3 mujeres, normalmente viudas de miembros del gremio. En 1772, Francisco de Icaza ha fallecido y le sustituye en el gremio su viuda, doña María Felipa de Sabar. Ninguno de los tratantes, ni siquiera los que en 1782 quedan reducidos a la posesión de un solo cajón, tiene contacto con el

¹⁴⁷ AHN, Consejos, lib. 1.287, f. 399 y AVM, Secretaría, 1-176-1.

¹⁴⁸ AGS, Gracia y Justicia, leg. 804.

¹⁴⁹ Bernardos Sanz, “El abastecimiento y consumo de pescado...”, *op. cit.* p. 7.

¹⁵⁰ AVM, Secretaría, 1-177-2 y 1-176-1.

despacho del género. Para ello están sus asalariadas, criadas o “vendedoras”. En 1702, los 8 puestos de Domingo Fernández son atendidos por 19 criadas; los 3 de Francisco Bermejo por 17, entre las que hay un varón; y el único cajón que posee doña María Bermejo ocupa a 9 criadas, con otro varón en la nómina.¹⁵¹ En 1723 son 74 las vendedoras que trabajan para los tratantes, cifra que se mantiene estable hasta 1728, pues para fechas posteriores no hay referencias al número de vendedoras.¹⁵²

Junto a los puestos del gremio de tratantes persisten los repartidos y suministrados por la administración, que, como arriba señalé, inflan el porcentaje de mujeres titulares hasta alcanzar el cien por cien. Las tablas de la plaza Mayor, en la calle llamada del Pulgar, suman 48 en 1714, todas de titularidad femenina.¹⁵³ En 1739, las personas que han pagado la *sisa del cuarto de palacio* por los cajones que regentan suman 39 titulares (16 mujeres), con un total de 148 cajones: 79 en la plaza Mayor, 10 en Red de San Luis, 12 en Santo Domingo, 13 en Antón Martín, 27 en el Rastro y 7 en San Ildefonso. La mayor parte de ellos no son miembros del gremio de tratantes –sólo hay cuatro apellidos coincidentes-, sino arrendatarios de puestos cedidos por la administración del abasto o por la propia corporación mercantil.¹⁵⁴

En 1746, con motivo de un pleito entre los alcaldes de Corte y la recién creada Junta de Abastos, por un conflicto de competencias en la fijación de posturas, llaman a declarar a 8 vendedoras de pescado fresco de la calle del Pulgar. De ellas 2 son viudas, 5 casadas y 1 soltera. Algunas están emparentadas con los tratantes, caso de Catalina González, esposa de Andrés de Coro, proveedor de la Casa Real y hermano de dos miembros de la corporación a partir de 1756. Otras pescaderas están relacionadas con los vendedores de fruta.¹⁵⁵ Tres décadas después, entre 1782 y 1785, se cuentan 21 mujeres titulares de los puestos de abadejo en la plaza Mayor. En esta nómina hay hermanas como Isabel y María de Soto o María y Gregoria Camarero (esta última ya aparece en la lista de 1746 como vendedora de pescado fresco). También figura Teresa del Valle, apellido que se

¹⁵¹ AHN, Consejos, lib. 1.287, ff. 399-429.

¹⁵² AHN, Consejos, lib. 1.310, ff. 51-63, y lib. 1.314, f. 15.

¹⁵³ AHN, Consejos, lib. 1.299, f. 641.

¹⁵⁴ AVM, Secretaría, 3-282-1.

¹⁵⁵ AGS, Gracia y Justicia, leg. 804.

repite desde mediados del siglo XVII hasta finales del XVIII en este y otros ramos del abastecimiento.¹⁵⁶

Tanto los tratantes como los titulares de las tablas no atienden personalmente sus puestos, sino que se sirven de las criadas para pesar y despachar así como de algún mozo para el acarreo. En 1793, la Sala de Alcaldes avisa a 10 “tablajeros de pescado” para que cumplan la orden de estar presentes en los puestos junto a sus criadas y no delegar en éstas. Entre estos tablajeros hay 4 mujeres que vemos en el oficio al menos desde la década anterior; concretamente Eugenia Meléndez, Teresa del Valle, Juana López y Josefa Fernández. Como indiqué más arriba, las fuentes no ofrecen información para la segunda mitad del siglo sobre el número de asalariadas que atiende cada tabla de pescado.¹⁵⁷

Como es común a todos los ramos del abasto, los tablajeros y tablajeras de pescado acusan la competencia de quienes, sin licencia ni pago de sisas, venden el que consiguen por su cuenta. En 1752, los tratantes exigen que se cumplan las providencias gubernativas contra las “mujeres, mozos y muchachos” que venden al por menor el género que es privativo del gremio.¹⁵⁸ Por otro lado, si esta venta ilegal plantea competencia a los titulares de las tablas, la presión de las autoridades les esquilma. En 1782, un grupo de 21 pescaderos, en el que hay 12 mujeres, deciden emprender una acción legal contra las excesivas multas que pagan a los oficiales de los Repesos de Villa y de Corte. Estas penas derivan en muchos casos, según alegan, de que los compradores –se alude directamente a “criados”- lo repesan cuando, por varios motivos que enumeran, el pescado mojado ha perdido algo de peso. Piden, por tanto, que no se repese a los compradores el pescado mojado si no van directamente de la tabla al Repeso y siempre en presencia del juez del mismo, acordando una regla fija en cuanto a las faltas o mermas culpables o no. Este y otros pleitos similares indican que la política de penas económicas por faltas en el peso tiene un fin extractivo, amparado en la defensa del interés público. Por otro lado, las bajas remuneraciones de los dependientes del abasto también propician la comisión de estas faltas.¹⁵⁹

¹⁵⁶ AHN, Consejos, leg. 969, exps. 2-11.

¹⁵⁷ AHN, Consejos, leg. 1.464, exp. 3.

¹⁵⁸ AVM, Secretaría, 1-177-2.

¹⁵⁹ AHN, Consejos, leg. 969, exps. 2-11.

En resumen, si en la cúpula del oficio de pescadería las mujeres son minoría, lo contrario sucede cuando salimos del marco gremial. En las tablas gestionadas por la administración del abasto, la presencia femenina aumenta, siendo mayoritaria en las de abadejo así como en el trabajo asalariado en todos los tipos de puestos, pues el número de criados varones en la pescadería es testimonial. Hay asimismo una venta de ranas, galápagos, cangrejos y peces de río, que no compite con el pescado, cuya venta está también a cargo de mujeres. En 1800 éstas poseen de 8 a 9 puestos en la plaza Mayor. Por consiguiente, lo que el público ve en las tablas de pescado de las plazas son rostros femeninos, así como en la venta ilegal que se practica en torno al Peso Real y otros lugares en mesas improvisadas o de manera ambulante.

Frutas y verduras

Dentro del abasto madrileño, ambos ramos son dos de los que implican a un mayor número de personas. No en vano, la fruta (verde y seca), la verdura y las legumbres componen una de las partidas alimenticias de mayor consumo en la capital, después del pan. Aquí los tratos de larga distancia no son tan abundantes como en el caso del pescado; el área de provisión se ciñe a las huertas extramuros y el ámbito rural circundante, aunque algunas frutas llegan desde Valencia y Aragón. En esta actividad participan proveedores-vendedores (arrieros y trajineros, campesinos, hortelanos y tratantes); vendedores o revendedores, que se surten de aquéllos; criadas y mozos contratados a jornal para el despacho y otras tareas; “atravesadores”, “chalanés” o “regatones”, que infringen las leyes del mercado; y vendedores ambulantes o en puestos portátiles, llamados “callejeros”, sin licencia o con una temporal. Por último, los mesones circundantes, especialmente numerosos en la calle de Alcalá, son lugares de cita de los arrieros además de servir como almacenes y puntos de comercialización de sus productos.

Verdura y fruta son dos ramos distintos del abasto, con sus respectivas regulaciones y vías de distribución. Buena parte de la verdura que llega al mercado capitalino la cultivan los hortelanos extramuros, también llamados hortelanos de la Villa, situados en las zonas de Abroñigal, Migascalientes, Aluche y Atocha. Estos productores están agremiados, aunque no hemos hallado sus ordenanzas. Sus integrantes son los dueños o más bien los arrendatarios de las huertas, entre los que se aprecia una escasa presencia

de mujeres, sólo 4 entre los 39 miembros de 1715, proporción que apenas varía en las décadas siguientes. Para el despacho de su género disponen en esa fecha de 131 puestos repartidos en las plazas Mayor, Antón Martín, San Ildefonso, Red de San Luis, Rastro y Santo Domingo. Estos puestos o cajones no los atienden personalmente los individuos del gremio, sino sus esposas o las criadas que contratan para ello. En 1715, el número de éstas es de 128, de las que 75 se emplean en la plaza Mayor y 25 en el Rastro. Sólo tres varones aparecen en esta nómina de asalariados.¹⁶⁰

A finales de la centuria, a pesar del aumento demográfico que ha experimentado Madrid, los puestos de verdura en las plazas han crecido poco, debido probablemente a la política de reducción de las autoridades. En 1800, sólo en la plaza Mayor, los hortelanos de Villa poseen 65 cajones. Siguen siendo varones en su mayoría; sólo hay 5 propietarias en sus filas, una de las cuales es la duquesa de Alba. No es la única noble que tiene huertas extramuros, también las poseen el conde de Polentinos, el marqués de Villescas, el de Casasola, el Seminario de Nobles y el mismísimo monarca. Éstos, por supuesto, no las trabajan, sino que las dan en arriendo a los hortelanos. Los cajones que tienen asignados en las plazas son atendidos por las esposas o las criadas de estos últimos. Pero el gremio de hortelanos no compone el grueso del oficio. Aun contando con el trabajo asalariado que contrata, con creces le superan los puestos de los trabajadores autónomos, los llamados vendedores y revendedoras de verdura, que en 1800 ascienden a 246 sólo en la plaza Mayor. En este segmento la proporción de mujeres aumenta considerablemente, pues suman 136, el 55,2 por ciento del total. Y aun crece hasta casi el cien por cien en el reducido grupo de campesinos de Leganés, los Carabancheles, Villaverde y Fuencarral, que vienen a diario a vender su producción antes de las 9 de la mañana o, como mucho, antes del medio día, para así darles tiempo a retornar a sus lugares. En 1799, encontramos en la plaza de Antón Martín a 10 de estas campesinas y un varón, y algunas decenas más en el resto de plazuelas.¹⁶¹

El nutrido grupo de revendedores, es decir, aquellos que comercializan la producción ajena, se surten de los arrieros-trajineros que llegan para vender su producción, están obligados a hacerlo directamente al público durante la mañana y sólo a partir de una hora se les autoriza a saldar los restos a otros vendedores y revendedores. Las

¹⁶⁰ AHN, Consejos, lib. 1.302, ff. 41, 146 y ss., y 243-44.

¹⁶¹ AHN, Consejos, leg. 2.877.

autoridades del mercado favorecen la venta de los productores directos, que ahorra intermediarios y mantiene el precio bajo. No obstante, la oferta por esta vía no alcanza a cubrir la demanda de verdura de la ciudad, por lo que hay una red de arrieros y trajineros que acuden a las localidades del contorno, con sus propias caballerías, a comprar el género que después ofertan en las plazas. A éstos, como vimos más arriba, se les conoce popularmente como “coritos”. En 1800, cuando tiene lugar una reordenación y reducción de los cajones de la plaza Mayor, el arriero Jerónimo Arjona subraya que no es corito, ya que vende lo que él cultiva, y para demostrarlo exhibe los recibos de haber pagado los diezmos. Por su parte, Benito Cuervo se define “trajinero de primera compra”, que se surte de las huertas de la comarca. Pone por delante que su mérito consiste en que, cuando la hortaliza escasea en ellas, sale a buscarla a Toledo, Alcalá de Henares, Aranjuez y otros lugares más alejados. En este ramo de la arriería y el trajineo de verdura hay escasa representación de mujeres: por ejemplo, en 1800, la viuda Teresa Resa, con puesto en plaza Mayor, se titula “trajinanta”.¹⁶²

Las mujeres son más visibles en un tipo de trajineo sumergido y denostado que es el de las llamadas regatonas, chalanas o atravesadoras. Desde el siglo XVII, estas vendedoras son perseguidas por las autoridades de Villa y Corte. Las acusan de salir fuera de la ciudad a “atravesar” los carros de verdura, o incluso dentro de ella antes de que lleguen al Peso Real, para después vocear el género por calles y plazas. En realidad, a comienzos del XVIII dichas vendedoras están haciendo un servicio a los hortelanos extramuros, ya que, según estos mismos declaran, si no fuesen a comprarles la cosecha, ni la corte se abastecería, ni ellos darían salida a su producción, aparte de que les evita tener que desplazarse a los mercados.¹⁶³ Estos acuerdos entre hortelanos y chalanas no son del agrado de los alcaldes. En 1715, les conminan a que se acerquen a la corte a vender la hortaliza ellos mismos con sus mujeres o criadas. Los hortelanos, alegando que no pueden desatender sus tierras, solicitan permiso para nombrar criadas y que la Sala les proporcione las correspondientes licencias de venta en la Plaza Mayor y resto de plazuelas. La alta magistratura acepta; pero tiempo después se descubre que algunos hortelanos han “hecho nombramientos de muchas vendedoras, suponiendo eran sus criadas” cuando en realidad la mayoría eran chalanas que, mezcladas con sus esposas y

¹⁶² *Ibidem.*

¹⁶³ Pero este sistema no es el que siempre se había seguido. En la centuria precedente, concretamente en 1669, los puestos de hortelanos sólo en la plaza Mayor eran 32, para los cuales había 35 vendedoras, que no eran otras que sus propias esposas y sus criadas: AHN, Consejos, libro 1.254, f. 25.

servidoras, disputan con éstas para “levantar toda la hortaliza”. La Sala revoca la autorización; pero tanto las criadas como las chalanas continúan siendo indispensables a los hortelanos en las décadas siguientes.¹⁶⁴

Aparte de las criadas y mozos, cuyo número no podemos precisar, el grupo con más efectivos en el mercado legal de la verdura es el de los revendedores que arriendan un solo cajón o dos a lo sumo, pagando una fianza por el puesto. Son ellos y ellas quienes los atienden, ayudados a menudo por familiares, normalmente el cónyuge o algún hijo o hermano. La reforma de la plaza Mayor que se lleva a cabo entre 1800 y 1802 les afecta especialmente. En la primera fecha hay registrados 311 puestos de verdura en dicho espacio, sin contar los que por las mañanas atienden las hortelanas de Leganés, Villaverde, etc. En 1802 quedan reducidos a 208.¹⁶⁵ Siendo el único medio de vida de estas familias, que, en muchos casos, han ocupado sus cajones durante varias décadas, las personas privadas del puesto se ven con avanzada edad y destituidas. En octubre de 1801, Francisca Manso eleva un escrito al Consejo de Castilla en el que afirma que estuvo vendiendo verduras en la plaza Mayor durante muchos años, con licencia de los alcaldes de Cuartel, hasta que, con motivo de su arreglo, se la echó de ella. En atención a que es una de las verduleras más antiguas, cuya avanzada edad le impide buscarse otros medios para mantenerse ella y a su familia, solicita un puesto de los que están vacantes en el mercado de Las Rozas.¹⁶⁶ Francisca ve atendida su petición, pero no sabemos la suerte de casos como el de las viudas Margarita Ortega y Gregoria Navarro, quienes, después de muchos años vendiendo en esa plaza, hacen presente “su total ruina quedándose las suplicantes sin tener con qué poder alimentarse ni a su pobre familia”.¹⁶⁷

El reordenamiento de la plaza Mayor da lugar a solicitudes de personas que se han visto privadas del puesto y piden la renovación de la licencia, han sido reubicadas en un lugar desventajoso o solicitan un cajón por primera vez. La fianza que deben adelantar de 550 reales por uno de fruta o verdura representa un desembolso elevado para las economías de estas familias. Las solicitudes para vender verdura, fruta y, en menor medida, legumbres, aves, huevos, caza y cominos, corresponden a 227 personas y 190 puestos (37 compartidos por parientes, amigos y matrimonios). En esta muestra las mujeres son

¹⁶⁴ AHN, Consejos, lib. 1.302, ff. 41 y 243-244.

¹⁶⁵ AHN, Consejos, leg. 2.877, y leg. 2.095, exp. 26.

¹⁶⁶ AHN, Consejos, leg. 39.819, exp. 5.

¹⁶⁷ AHN, Consejos, leg. 2.877.

mayoría (153, el 67,4%). Como puede verse en la tabla 4, entre las que declaran su estado civil predominan las casadas (47,7%), de una media de edad de 46,5 años, siendo la más joven de 28 y la mayor de 79. Llama la atención que el número de hijos de casadas y viudas supera la media de las familias trabajadoras de Madrid, ya que el 66% de las 54 que declaran este extremo tienen 3 o más vástagos a su cargo. Sólo 28 anotan el oficio del marido, que en la mayoría de los casos vende con ellas en el puesto (11), algunos se ocupan en la trajinería y el resto en los empleos de jornalero, pocero, peón de albañil, oficial de obra prima, portero, carretero de la limpieza, guarda, mozo de caballerizas y demandadero.¹⁶⁸

Tabla 4 Vendedoras de la plaza Mayor en 1800 clasificadas por estado civil, edad y número de hijos

| Estado civil | Casadas | % | Viudas | % | No consta | % | Total |
|---------------------|----------------|----------|---------------|----------|------------------|----------|--------------|
| | 73 | 47,7 | 30 | 19,6 | 50 | 32,6 | 153 |
| Edad | | | | | | | |
| No consta | | | | | | | 79 |
| 20-29 | 1 | | 0 | | 0 | | 1 |
| 30-39 | 9 | | 4 | | 7 | | 20 |
| 40-49 | 12 | | 4 | | 6 | | 22 |
| 50-59 | 8 | | 4 | | 6 | | 20 |
| 60-69 | 4 | | 1 | | 2 | | 7 |
| 70-79 | 0 | | 3 | | 1 | | 4 |
| Nº de hijos | | | | | | | |
| No consta | | | | | | | 99 |
| | | | | | | | |
| 1 | 2 | | 3 | | 0 | | 5 |
| 2 | 7 | | 4 | | 2 | | 13 |
| 3 | 12 | | 4 | | 4 | | 20 |
| 4 | 1 | | 1 | | 2 | | 4 |
| 5 + | 7 | | 0 | | 0 | | 7 |
| Sin especificar | 4 | | | | 1 | | 5 |

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos consignados en AHN Consejos, leg. 2.877

Como adelanté en la primera parte, un número significativo de estas mujeres -más del 20%- hacen explícito que su trabajo es indispensable para sustentar a sus familias debido a que sus maridos, hijos o padres están imposibilitados por su avanzada edad o, más frecuentemente, una enfermedad o un accidente laboral. El cónyuge impedido a

¹⁶⁸ *Ibidem.*

menudo ayuda en el puesto. Por ejemplo, el de Joaquina Martínez Alba, paralítico de cintura para abajo; el de Isabel Fernández, que se rompió un brazo podando los árboles del Prado; el de Isabel López, tullido de una pierna por haberle atropellado el carro de la limpieza; el de Antonia Moreno, peón de albañil, impedido por habersele caído sobre el pecho una piedra, que “la ayuda en ir a Leganés a traerle las hortalizas”; o el de Lorenza Ortega, jornalero enfermo, motivo por el que ella se “auxilia” vendiendo verduras en la plaza Mayor “como otras pobres”. En otros casos el marido no tiene trabajo, como el de la verdulera Eugenia Abad, con tres hijos pequeños. La ausencia del esposo implica asimismo que la mujer debe buscarse los medios para mantenerse ella y sus vástagos. Juana Estélez, casada con un soldado del regimiento de Zaragoza, con dos hijos menores, solicita junto a su madre, viuda, un puesto de verdura para compartir, ya que siendo la una de avanzada edad y la otra, “sin marido que la mantenga y a su familia, están constituidas en la mayor miseria”. Otro dato indicativo de la pobreza de estas familias es que a menudo dos mujeres comparten un puesto. Por ejemplo, Pascuala López tiene 30 años y ya es viuda con dos hijas pequeñas. De la misma edad es su compañera, Juana González, con otros dos menores a su cargo, que está enferma de tercianas. María Ocaña y María Pintado, ambas casadas con familia, piden que no las separen pues ello perjudicaría sus ventas.¹⁶⁹

Estas solicitudes demuestran que no hay solteras menores de 40 años al frente de los puestos, lo que sugiere que ha surtido efecto la ley, vigente desde la centuria precedente, que prohíbe a estas mujeres trabajar en el mercado. Sin embargo, el hecho de que las jóvenes solteras estén ausentes entre los titulares de puestos, no significa que no trabajasen en los mismos. No pocas de las solicitantes hacen referencia a que se dedican al oficio desde su tierna edad, presumiblemente asistiendo a sus padres y sucediéndoles en la tenencia del puesto. Por ejemplo, Gertrudis Luengo, viuda de 79 años, afirma que lleva desde los 12 vendiendo verdura en la plaza Mayor.

La fruta es, después de la verdura, la segunda partida más importante en número de puestos en plazas y calles. La cúpula del oficio es el “gremio de tratantes de frutas verdes y secas”, que incluye también legumbres. Según sus ordenanzas de 1771, para pertenecer a esta corporación se ha de contar con 11.000 reales en efectivo y un número

¹⁶⁹ *Ibidem.*

de arrieros corresponsales en los pueblos cultivadores. Dichos arrieros han de traer las cargas de fruta con certificado de que son para los tratantes, sin que éstos puedan adquirirlas por su cuenta de los muleros que llegan al Peso Real para venderlas directamente al público. Estos extremos representan puntos de fricción constante con las contradictorias disposiciones de las autoridades de Villa y de Corte, ya que unas obligan a todos los arrieros sin excepción a pasar primero por el Peso Real, y otras reconocen la prerrogativa de los que surten a los tratantes de ir directamente a las casas de éstos. La fruta seca y las legumbres pueden asimismo adquirirlas los tratantes en el Peso Real, pero sólo a partir de la hora que establecen las autoridades, que suele ser el mediodía, mientras que a los arrieros les queda prohibido vender al por mayor a ningún vendedor antes de dicha hora, como vimos más arriba. Los tratantes se reservan la facultad de vender el género que les sobre a los “callejeros que andan voceando por las calles, para el más pronto abasto de aquellos vecinos que, por falta de medios, no pueden mantener criados que les vayan por ellos, ni su calidad les permite salir a buscarlos”. Esta es otra evidencia de los tratos bajo cuerda entre los tratantes y las chalanas y vendedoras ambulantes, como vimos para el caso de la verdura.¹⁷⁰

La Villa tiene concedidos a los tratantes en fruta varios puestos en la plaza Mayor y plazuelas para vender el género, pagando cada uno 2 ducados anuales en concepto de sisa del *cuarto de palacio*. A sus criadas les está prohibido comprar fruta a los arrieros; sólo pueden vender la que sus amos les suministran. Viudas e hijas de agremiados suceden a éstos en la dirección de los cajones y pasan a ser individuos de la corporación, hasta que contraen nupcias, a no ser que el nuevo cónyuge quiera incorporarse. En el capítulo octavo de unas ordenanzas anteriores a las citadas de 1771, perdidas en un incendio que sufrió la sacristía de parroquia de Santa Cruz, se estipula que los agremiados pueden suceder a “las vendedoras” particulares de fuera del gremio después de su muerte, dado que es éste el que paga las cargas anejas a sus cajones, de modo que estas mujeres sólo los disfrutan por los días de su vida. Esta norma, aunque no se hace explícita en las nuevas ordenanzas, permanece vigente a lo largo del siglo.¹⁷¹

¹⁷⁰ AGS, Consejo Supremo de Hacienda, Junta de Comercio y Moneda, leg. 326: “Ordenanzas de los tratantes de frutas verdes y secas de esta Corte probadas por el Consejo”.

¹⁷¹ *Ibidem*.

Al igual que el ramo de verdura, la proporción de mujeres aumenta cuando descendemos del nivel empresarial al trabajo autónomo y asalariado. En 1738, la proporción de mujeres entre quienes regentan cajones de fruta en la plaza Mayor es del 45,5 por ciento (31 de 68 titulares). Entre todos reúnen 164 cajones. Destacan Juana López con 12 y Manuela Abad con 7, junto a Pedro Fernández y Pedro Abad con 9 cada uno, pero ocurre que estos cuatro son miembros del gremio de tratantes.¹⁷² La norma entre los vendedores no agremiados es poseer un cajón o dos a lo sumo. El recuento de 1755 de la plaza Mayor arroja la cifra de 169 cajones de fruta pertenecientes a 55 personas, de las que 27 (el 49%) son mujeres. De nuevo, hay una mezcla de tratantes, arrendatarios, criadas y criados así como mujeres que tienen cedidos los cajones por los días de su vida. Los miembros del gremio que podemos identificar son 13 ó 14, de los que sólo 5 son mujeres. Una es la referida Manuela Abad, ahora con 8 cajones, 3 de ellos compartidos con otros tratantes. Otra es Olalla López, con 7, uno compartido con otra mujer.¹⁷³ El caso de Olalla llama la atención por la forma de diversificar la transmisión de sus cajones: En 1756 lega dos a sus sobrinos, Juana y Francisco Castaño; otros dos a una criada suya, María López; uno más a María Pérez, viuda del vendedor de fruta Esteban Cadenas; y un sexto cajón a otra criada suya llamada Tomasa, que se halla vacante por haberse casado con alguien ajeno al oficio, un criado de la casa de Benavente.¹⁷⁴

Algunos de estos tratantes y vendedores diversifican su actividad adquiriendo cajones de otros mantenimientos. Así vemos que Manuela Abad regenta una tabla de cabrito en la plaza Mayor y otra compartida con su sobrina, Lorenza Postigo, que tiene parientes en el gremio de fruteros. También se involucran en el trato de cabrito algunos agremiados, como Juan de la Pedrera, el mayor propietario de cajones de fruta, con 15; y María Martínez, hija de Manuela Abad, cada uno de los cuales surte 3 tablas.¹⁷⁵ Por desgracia, los repartimientos de cajones de 1756 y 1757 no ofrecen datos sobre las criadas que los tratantes en fruta contratan para atenderlos. En este último año los tratantes siguen siendo 14, entre los que hay 4 mujeres, todas viudas. Manuela Abad posee ahora 6 cajones en la plaza Mayor, uno en la Red de San Luis y otro en el Rastro. María Postigo administra 10 en plaza Mayor y uno más en Santo Domingo; Ana María

¹⁷² AVM, Secretaría, 3-282-1.

¹⁷³ AVM, Secretaría, 1-177-4.

¹⁷⁴ AVM, Secretaría, 1-177-2.

¹⁷⁵ AVM, Secretaría, 1-177-4.

López, 5 en plaza Mayor. Dominga Martínez, con 3 cajones en la misma plaza y uno más en el Rastro, fallece en estas fechas y la sucede su hija, María Fernández.¹⁷⁶

En 1758 la Junta de Abastos procede a una nueva reestructuración de los cajones de fruta de la plaza Mayor. Se intenta dejar toda la fachada de la Casa de la Panadería despejada y abrir espacio en torno al edificio del Peso Real, para que quede bien visible. Los puestos más solicitados son justamente los que se hallan enfrente de la Panadería, también llamada “acera del sol”. Este nuevo reparto no es del agrado de algunos tratantes: Juan de la Pedrera, Ana María López, Toribio Morodo y Antonio Martínez declaran “hallarse sumamente agraviados y perjudicados en privarles del uso de algunos cajones que antiquísimamente habían poseído”, y se quejan de que los nuevos asignados son “de ningún comercio e inservibles para su trato”. Por esta razón, deciden no respetar el nuevo reparto y ocupan sus antiguos puestos, lo que genera fricciones con otros individuos del gremio, que han cedido de mejor o peor grado a la decisión de la Junta. A petición de los apoderados de la corporación, el 26 de octubre el juzgado de Villa comprueba que hay mozos y criadas en cajones que por el nuevo reparto ya no corresponden a sus amos, y se les indican los que en adelante deben ocupar. Esta es otra evidencia de que el trabajo a pie de puesto corre de parte de las criadas o arrendatarias de los concesionarios.¹⁷⁷

Los tratantes en fruta, al igual que los de pescado, no suelen tocar la mercancía, ni pisar el cajón y mucho menos despachar al público. Para eso están las empleadas y las personas a quienes arriendan algunos de sus puestos, que a su vez se ayudaban de criadas. No se aprecia en los tratantes en fruta tanta influencia política, ni tantos dones y doñas como en los del pescado; pero sí se observan diferencias entre sus miembros. Juan de la Pedrera, por ejemplo, hereda de su madre, Juana López, citada más arriba, la provisión de fruta a las Casas Reales, y probablemente los 12 cajones que tenía en 1738. El hijo los aumenta a 20 en 1756 (16 en la plaza Mayor) y a 23 en 1782 más las tres tablas de cabrito, a pesar de la reducción de puestos acaecida entre ambas fechas. Su influencia en el gremio, del que ocupa el cargo de apoderado, no es ajena a sus

¹⁷⁶ AVM, Secretaría, 1-177-3.

¹⁷⁷ *Ibidem.*

contactos en la Casa Real o a la vara de alguacil que posee su hermano, Vicente de la Pedrera.¹⁷⁸

Los cajones de fruta, en efecto, disminuyen. Los pertenecientes a los tratantes pasan de 121 en 1756 (94 en plaza Mayor) a 113 en 1774 (73 en dicho espacio) y 112 en 1782.¹⁷⁹ Pero esta merma no se reparte por igual. El marido de María Martínez tiene 8 puestos en 1756; una vez ésta queda viuda los aumenta a 12 en 1774 y a 14 en 1782, más las 3 tablas de cabrito que mantiene. En el mismo período, Juan de la Pedrera pasa de 20 a 19 y después a 23; Manuela Abad aparece con 8 cajones en 1756, su pariente José Abad los incrementa a 11 en 1774 y 1782, mientras Antonio Martínez pasa de 10 a 7; Dominga Martínez y después su hija, María Fernández, permanecen con 4 cajones a lo largo del período señalado, al igual que María López. El número total de agremiados se mantiene más o menos estable: 14 en 1756 y uno menos en las siguientes dos décadas. María Postigo, sobrina de Manuela Abad, fallece, pero desconocemos la línea de sucesión de los 11 cajones que poseía en 1757. María Pérez, a quien Olalla López lega un puesto en 1756, es viuda del tratante Esteban Cadenas, y en 1774 ya cuenta con 9 cajones más, que legará a sus dos hijas. Por último, la viuda de Domingo Rodríguez, María Noguera, pasa de 4 a 5 cajones en 1782.¹⁸⁰

La presencia de mujeres, tanto en el gremio de tratantes en fruta como en el de hortelanos, es baja y suele limitarse a las viudas. La excepción la encontramos en la referida María Fernández, soltera que toma dentro de la corporación el testigo de su madre, la viuda Dominga Martínez. Entre los vendedores y revendedores titulares de cajones la proporción de mujeres se incrementa notablemente. Más arriba vimos que en 1738 y 1756, de los casi 170 cajones de fruta que hay en la plaza Mayor, la titularidad femenina roza el 50 por ciento, incluidas aquellas que los disfrutan por los días de su vida. Este porcentaje se eleva en las criadas que se contratan para atender los puestos, aunque, lamentablemente, la documentación no refleja el volumen de esta mano de obra ni su reparto por puestos; y se incrementa más cuando nos adentramos en el submundo de las vendedoras ambulantes o callejeras que no cuentan con licencia. Hay, con todo, algunas curiosas excepciones. Si, en la verdura, la venta de lechugas y escarolas está a

¹⁷⁸ AVM, Secretaría, 3-282-1, 1-177-4 y 1-176-1.

¹⁷⁹ AVM, Secretaría, 1-177-4; AHN, Consejos, leg. 671, exp. 24; y AVM, Secretaría, 1-176-1.

¹⁸⁰ *Ibidem*.

cargo de varones casi en exclusiva, igual sucede en la fruta con los limones y melones: son masculinos los nombres de los 40 vendedores de limones que hay en la plaza Mayor en 1800. La presencia de mujeres en la comercialización de estos productos es testimonial, probablemente porque estuviese a cargo de los mismos arrieros que los traían –de Valencia principalmente- al mercado; un sector el de la arriería donde las mujeres son minoría.

Tocino

La carne de cerdo, llamada tocino, se comercializa fresca, en salazón, adobada y en salchicha. Su precio no es tan elevado como el de las carnes de ovino y vacuno, por lo que su consumo está más extendido entre las familias trabajadoras; de hecho, es un ingrediente que no falta en el cocido diario. En las primeras décadas del XVII, pululaban por las calles de Madrid mujeres con cajones de puerco fresco, salchicha y adobado, cuya presencia molestaba a los alcaldes de Corte, que decidieron ponerles coto penalizándolas con vergüenza pública y cuatro años de destierro.¹⁸¹ En 1616, María Morena se quejaba de que no la permitían vender puerco fresco y salchichas en la plaza, a pesar de que tenía hijos y un marido que llevaba más de un año enfermo en cama. El de Francisca Bravo estaba en su tierra “cobrando un poco de hacienda” y ella debía alimentar a sus tres vástagos.¹⁸²

En esta etapa, los tratantes en tocino, también llamados tablajeros, tenían puestos asignados en la plaza Mayor, pero persistía la costumbre, que las autoridades se esforzaban por combatir a golpe de bando, de salir de los puestos fijos para vender en sus contornos y de manera ambulante. Las familias de los tratantes observaban el mismo tipo de organización que veremos más adelante entre los proveedores de carne de ovino: los maridos iban a las ferias y mercados de ganado y las esposas pesaban y despachaban el género en las tablas. Los tablajeros protestaban ante el Consejo de Castilla porque los alguaciles de Villa y Corte ponían a sus mujeres fuertes multas y les prohibían su actividad, cuando –según alegaban- vendían su “hacienda propia”.¹⁸³ El alto tribunal tuvo que ceder, ya que, como señala Teresa Prieto, si ellas no pesaban,

¹⁸¹ AHN, Consejos, lib. 1.206, f. 269.

¹⁸² AHN, Consejos, lib. 1.214, ff. 459 y ss. También suplican una viuda con hijos, María Hernández, y otra posible viuda, Lucía del Puente, que afirma que sólo cuenta con su oficio para mantenerse.

¹⁸³ AHN, Consejos, lib. 1.214, f. 474.

ellos no iban a las ferias.¹⁸⁴ Que oficio y familia eran inseparables queda patente en el hecho de que las contratas que los obligados del abasto de tocino hacían con los tablajeros incluían al matrimonio y a sus criados. Los tratantes pagaban una fianza y se recibían un salario de los obligados, que raramente se cobraba porque los tablajeros se quedaban con la recaudación de lo que vendían al público.¹⁸⁵

Desde 1643 un auto de la Sala de Alcaldes, a instancia de los pasteleros de la corte, obligaba a los “tratantes en puerco fresco y salado” a vender la manteca únicamente a aquéllos. En 1666 los incumplimientos provocan que el auto se vuelva a publicar y se reconviene a las tablajeros Isabel Hernández y María Rubia, tratantes en puerco fresco; y Juan de Nava y Ana Núñez, tratantes en tocino.¹⁸⁶ Debemos tener en cuenta que el número de tablas de este abasto, como en la carne, no era tan elevado en la plaza Mayor y plazuelas como las de pescado, fruta y verdura. Con todo, la presencia femenina es relevante. Lo es aún más entre las criadas, llamadas pesadoras, que contrataban para sus puestos. Con motivo de un recuento de estas empleadas realizado en 1673, María Rubia vuelve a entrar en escena con 4 pesadoras; su compañero Isidro Rodríguez con otras 4; María López con 5; Pedro de Guzmán con 10; y Catalina del Valle con 3.¹⁸⁷

Para el Setecientos desconocemos el número de asalariadas que emplean los tablajeros de tocino. A partir de 1743, con el proceso de centralización del aprovisionamiento en marcha, el tocino pasa a ser competencia de la Junta de Abastos al igual que el abadejo, las velas de sebo, el aceite y el carbón. En 1756, para el surtido de tocino se destinan 4 cajones en la plaza Mayor.¹⁸⁸ En 1767, tras el motín y la disolución de la Junta, el tocino sigue corriendo a cargo de la administración pública, aunque se concede el derecho de venta libre a los criadores y demás personas que trafiquen en la corte.¹⁸⁹ En la década de 1780, los tablajeros a quienes se adjudican estos cajones públicos se llaman “dependientes del abasto de tocino”. En 1782 se mancomunan con los tablajeros de pescado contra los porteros y alguaciles del Repeso, los cuales obligan a los compradores a ir a repesar en cualquier momento desde que adquieren dichos géneros

¹⁸⁴ Prieto Palomo, **El abastecimiento...** *op. cit.*, p. 49

¹⁸⁵ *Ibidem*, p. 491.

¹⁸⁶ AHN, Consejos, lib. 1.252, ff. 244-247.

¹⁸⁷ AHN, Consejos, lib. 1.258, f. 4.

¹⁸⁸ AVM, Secretaría, 1-177-4.

¹⁸⁹ Más detalles sobre los cambios en la organización del abasto de tocino y carne a mediados del Setecientos, en Bernardos Sanz, **No sólo de pan...**, *op. cit.*, p. 464-70.

en las tablas, un pretexto para denunciarles y multarles. En esta fecha, el oficio está bastante poblado de mujeres; lo son 7 de los 11 que otorgan poder para pleitear: cinco viudas, Dominga y María Alba –apellido que hemos visto en el ramo de la fruta-, Juana Mayo, María Gancedo y Teresa Blanco; y dos casadas, María López y María Gallo.¹⁹⁰

Este pleito con los funcionarios del Repeso revela asimismo que la alianza no es sólo entre tablajeros de tocino y pescado sino también entre éstos y otros trabajadores del mercado –mozos, criadas, revendedoras- e incluso compradores. Los diez testigos que, entre ellos, se llama a declarar lo hacen a favor de los tablajeros. Algunos dicen que han visto a varios compradores tirar las “añadiduras de hueso o rancio”, sin intención maliciosa, antes de ir a repesar; que un ministro del Repeso que iba con una mujer para repesar un trozo de tocino, sacaba una navaja, cortaba la “raidura” y se la echaba a una perrita que llevaba con él; y a un cliente que, una vez despachado, dejaba el hueso en la tabla. Otros declaran que las veces que han visto repesar el tocino no se ha reconocido merma.¹⁹¹

En este caso también aflora la rivalidad entre el Ayuntamiento y la Sala de Alcaldes. El fiscal de esta última reconoce que “la detención y ruido de estas denuncias sólo tienen por objeto sacar dinero a todo género de tratantes con causas aparentes y afectadas”. El administrador del abasto, por su parte, ve en los cortos salarios que perciben los tablajeros de tocino, respecto a los de la carne, y los gastos que tienen que arrostrar, la causa de que a veces defrauden en el peso. Los 12 que en 1782 sirven las tablas tienen asignado, desde 1771, entre 10 y 14 reales diarios, según estén en la plaza Mayor o en las plazuelas. Con ese ingreso deben pagar a dos personas para el despacho de la tabla, que ya no son “pesadoras”, como vimos para la centuria precedente, sino un “oficial” y un “mozo”, este último para transportar el género al Saladero y a los almacenes que tienen para guardarlo en la calle de la Lechuga. Al oficial algunos le dan 6 reales diarios y otros 3 reales y la comida; al mozo le dan de 50 a 60 reales al mes y la manutención. Deben abonar, además, el gasto de los alquileres de sus almacenes y las herramientas. También sienten un agravio comparativo con respecto a los tablajeros de la carne, que reciben 24 reales diarios y se les regula por merma media libra en cada carnero.¹⁹²

¹⁹⁰ AHN, Consejos, leg. 269, exps. 2, 3, 5-9-11.

¹⁹¹ *Ibidem.*

¹⁹² *Ibidem.*

Otro pleito iniciado en 1792 enfrenta a las autoridades del Repeso con los Cinco Gremios Mayores, que en estas fechas administran el abasto, sobre la presunta mala calidad del tocino que se vende en las tablas. En 1791 se fijan edictos en las puertas de las carnicerías que reproducen lo decretado por el Consejo, y en letra distinta lo mandado por los capitulares, a saber: que en los pesos de cuarterón no se incluya parte alguna de tocino extranjero (de procedencia sarda) y éste se fiscalice exclusivamente en los pesos mayores. Los tablajeros registrados son 12, la mitad mujeres. Continúan en el oficio María Gancedo, María Gallo, Teresa Blanco y María Alba. No aparece María López, que está casada con un Gallo. Si al menos hasta la década anterior, las tablaieras casadas aparecen encabezando sus tablas y como pleiteantes -con el permiso marital requerido-, en los pleitos suscitados en el Repeso en la última década del siglo se nombra a sus esposos como representantes: María Gancedo lo está por Manuel del Campo; Juana Rodríguez -que no figura en la lista de 1782- por su consorte Manuel Rodríguez; María Gallo por Joseph Villalba y Teresa Blanco por Manuel Alba. Su pariente María Alba es viuda al igual que Antonia Rodríguez. Por su parte, María García está en representación de su marido Baltasar Velasco, ausente de la corte, como administradora de sus bienes. Los apellidos se repiten revelando las relaciones de parentesco que articulan el acceso al oficio. Joseph Gallo, dueño de otra tabla de tocino, tiene como criado a Pedro Gallo. Y entre los tablajeros varones está Juan Bautista Montoro y Dulac, apellidos que veremos de nuevo en el ramo de la carne.¹⁹³

Los sucesos que motivan el pleito referido tienen lugar en agosto de 1792, cuando el regidor del Repeso, el conde de la Vega del Pozo, se presenta en la plaza con un escribano, un médico cirujano y un verdugo, y requiere a Teresa Blanco, María Gancedo y otras tablaieras, que le conduzcan a sus almacenes para sacar el tocino extranjero y quemarlo, alegando que estaba estropeado. Ellas le dicen que antes debía dar parte a los amos del género -los Cinco Gremios-. Otros dos testigos le aconsejan hacer pruebas al tocino antes de tomar resolución tan drástica; éstos son Juan de Luarca, dueño de un almacén de pescado y tratante en ganado de cerda, y Josef Soler, hostelero en Puerta Cerrada. Pero el conde rechaza altivamente estas sugerencias y ordena poner el tocino en un carro y llevarlo al Repeso para quemarlo (lo que practicaría el verdugo).

¹⁹³ Esto y lo que sigue, en AHN, Consejos, leg. 1.464, exp. 3.

Esta escena, acontecida a la puerta de los almacenes y la posterior preparación de la pira de leña en la plaza Mayor para la quema del tocino, suscita la curiosidad de la gente que se indigna contra los tablajeros. Mientras tanto, Josef Soler, el hostelero, toma un trozo del tocino decomisado y se lo lleva para preparar un cocido con él, saliendo éste “sin corrupción alguna y aún mejor si cabe que si hubiera echado en el mismo del nacional”. Pero, como señala una de las tablaieras, Teresa Blanco, que firma su declaración con torpe caligrafía, son “indecibles las vejaciones que sobre este asunto experimentan”.

Otra testigo es Francisca López, mujer de Josef Gallo. En su declaración, que no firma por no saber, sostiene que la revisión que el médico y el cirujano habían hecho del tocino sardo, dándolo por malo, había sido superficial, pareciéndole que el diagnóstico estaba hecho de antemano. Francisca incluso se atrevió a aconsejar al señor conde que pensase bien lo que iba a hacer, pero la desautorizó espetándole “¡calle, bachillera!”. También le advirtió que había de dar parte a los propietarios del género, a lo que el conde respondió que allí no había más amo que él. María Gallo, mujer de Josef Villalba, ofrece el mismo testimonio. A Manuel Alenza, dueño de otro puesto y apoderado de los tablajeros, le parecía una “tropelía” lo que había hecho el conde, aun cuando Luarca y el hostelero se habían negado a dar una opinión sobre el tocino hasta que no se hiciese un reconocimiento del mismo con todas las garantías, siendo testigo de ello un alquilador de mulas vecino de la calle de la Lechuga.

Luarca, tratante en ganado de cerda, declara que habiendo sido requerido para examinar el tocino en disputa, lo hizo sin encontrar ningún defecto en él, pero estas diligencias habían atraído sobre ellos a un público que profería “mil insolencias contra los abastecedores”, por lo que le dijo al regidor: “señor, yo aquí no reconozco más tocino porque se va tumultuando la plaza”. El comerciante ratifica asimismo el parcial reconocimiento que habían hecho el médico y el cirujano traídos por el regidor, que echaban más leña al fuego vociferando que el motivo de que muriera tanta gente en Madrid era por la mala calidad del tocino sardo. Él, como perito nombrado por la Villa, junto a otros cuatro más, había podido por fin llevar a cabo el examen de las partidas requisadas y no había encontrado ni una libra de tocino en malas condiciones, de ahí que el cocido que había preparado el hostelero saliese tan bueno.

Hemos visto que los tablajeros de tocino son dependientes del abasto, en realidad, una especie de contratistas-asalariados de la administración pública, que a su vez se sirven de personal auxiliar para sus tablas. Ya no se trata, como el siglo anterior, de pesadoras, sino de criados y mozos. Las mujeres mantienen paridad con los varones en la tenencia de los puestos de tocino a lo largo del Setecientos. En la matrícula de los cajones del referido producto que había en la plaza Mayor en 1800, sólo aparecen 6 de la administración del abasto, de los 12 que se censaron en 1792, quizás porque aquí están excluidos los 4 que había en Red de San Luis y los 2 del Rastro. En Antón Martín hay en 1800 8 tablas más de tocino, y otras 2 en la plazuela del Gato. Los dueños de los seis puestos antes citados son María Gallo, Manuel Alenza, Josef Gallo, María Gancedo, Manuel Alba y Atanasio Calvín, que había sido criado de Teresa Blanco. Hay, además, otras 17 tablas de tocino a cuenta de particulares, de las que 7 están encabezadas por mujeres.¹⁹⁴ Son 23 tablas de tocino en total, que en 1802 quedan reducidas a 20.¹⁹⁵

Aves, huevos y caza

Las gallinas, pavos, perdices, faisanes y toda clase de volatería, junto a lo que genéricamente se llamaba caza, principalmente menor, son productos caros que, por tanto, sólo son frecuentes en las mesas selectas. No ocurre esto con los huevos, cuya demanda es muy elevada, ya que a la de particulares se añade la de los conventos y la de pasteleros y confiteros, al ser los huevos, como la manteca, ingredientes esenciales. La provisión de estos artículos permanece a lo largo de los siglos modernos en manos privadas, aunque vigilada por alcaldes y regidores, que han de regular sus precios y garantizar suministro. Hay personas con caballerías propias que salen a los pueblos del contorno, e incluso arriendan la caza menor de los cotos de la Tierra, para traer gallinería y caza a la capital. Son los tratantes, que venden en los puestos señalados en la plaza Mayor, en la zona conocida como “la gallinería”. Por otro lado, en la misma ciudad hay casas con corrales que comercializan sus excedentes en el mercado. Quienes trafican con aves también lo hacen con huevos, tarea a la que se suman muchas revendedoras. Hay asimismo un pueblo del alfoz especializado en el suministro de huevos, Fuencarral. La provisión de estos alimentos es, al menos desde comienzos del XVII, un oficio marcadamente femenino, pero este rasgo se difumina con el tiempo.

¹⁹⁴ AHN, Consejos, leg. 2.877, exp. 2.

¹⁹⁵ AHN, Consejos, leg. 2.095, exp. 26.

Desde la vuelta de la Corte a Madrid, en 1606, los alcaldes ponen empeño en controlar la venta libre y ambulante de gallinería en la ciudad, encauzándola a los lugares fijos de la plaza Mayor, Antón Martín y Red de San Luis, aunque todavía en 1619 se pregona que “las gallineras” no deben salir de sus puestos para vender huevos por las calles. Los magistrados reales obligan a las proveedoras, bajo severas penas, a poner su género bien visible en unas estacas con escarpías que se instalan en los puestos, penalizando su ocultamiento. Las posturas o precios que regulan la gallinería no siempre satisfacen a “las tratantas”. En 1616, año de escasez de trigo, protestan enérgicamente por posturas que no cubren los gastos que deben arrostrar. Estas medidas de control dan lugar, en 1626, a la promulgación de unas ordenanzas que se entregan a 15 mujeres. Entre otros extremos, se estipula que deben traer a vender a la corte los conejos cazados en los sotos del río Jarama, y venderlos a no más de 3 reales los de mayor peso.¹⁹⁶

Si en el trato del tocino vimos una división del trabajo, que orientaba a los varones al desplazamiento a las ferias de ganado y a las mujeres a la venta en el mercado urbano, la gallinería, en un principio, no parece seguir el mismo patrón. Eran las propias mujeres quienes salían con sus caballerías –normalmente mulas o machos- a comprar al por mayor en las aldeas de la Tierra y vender el género en la capital, ayudadas de criadas o pesadoras. Sólo por enfermedad se las permitía nombrar una persona que las sustituyera en el cometido de desplazarse a los lugares de provisión. Para ser tratantes, debían poseer cabalgaduras propias y registrarlas periódicamente, pues estaban sujetas al pago de un impuesto. Por estos registros conocemos la identidad, estado civil y domicilio de las mismas en la década de 1630. La lista de 1638 incluye a 25 mujeres -18 casadas y 7 viudas- más 8 matrimonios. Es frecuente que posean dos machos cada una, llegando a un máximo de 8 en el caso de María Ibarra. Otra gallinera prominente era Isabel de La Parra, proveedora de la Casa Real, a la que en 1650 se concedió un puesto en la Puerta del Sol, además del que poseía en la plaza Mayor.

Por otro lado, estaban las vecinas de Madrid que tenían corrales, llamadas corraleras. En 1641, la Sala de Alcaldes permite a nueve de ellas vender los huevos en la gallinería de

¹⁹⁶ Guadalupe Méndez Muñoz, “Oficios de la mujer en Madrid, en el siglo XVII: las gallineras”, **Anales del Instituto de Estudios Madrileños**, XXVII (1989), pp. 667-676.

la plaza Mayor al precio de 8 maravedíes cada uno: un artículo caro.¹⁹⁷ No obstante, al igual que en la fruta y verdura, había un comercio ilegal que hacía la competencia a las tratantes y las corraleras autorizadas. En 1630, las gallineras María de la Paz y Ana López, en representación del grupo, informaban a la Sala de la presencia de “chalanas” que, sin tener cabalgaduras propias, compraban gallinas y huevos a forasteros para vender por las calles. La Sala estaba preocupada también por la actividad callejera de muchas mujeres que vendían huevos ofreciéndolos como frescos cuando, según el fiscal, no lo eran, ya que se los compraban a los arrieros que los traían de fuera de la corte, los “beneficiaban” en sus casas lavándolos con agua tibia y después los vendían a 10 maravedíes la unidad. Pero esta preocupación no se basaba tanto en el posible fraude a los compradores, como en el hecho de que estas mujeres, algunas “muy mozas y de buen parecer”, con este oficio tan “beneficioso, no quieren tratar de otro género de trabajo”, por lo que la suprema magistratura ordenaba su castigo. En la primera parte ya vimos cuál era ese otro género de trabajo que las autoridades consideraban idóneo para estas mozas y, por tanto, no punible: la servidumbre doméstica.¹⁹⁸

Las tratantes en gallinería contrataban criadas, llamadas también pesadoras, para atender los puestos. En esta primera mitad del siglo XVII estos contratos se escrituraban y gracias a ello conocemos el número y condiciones de estas asalariadas. Lamentablemente, esta información no es facilitada por las fuentes del Setecientos. En 1650, las gallineras contratan a 24 criadas y 1 criado. Algunas se hacen con los servicios de tres, como Catalina Ramírez, casada; María Juárez, proveedora de las Descalzas Reales; Jerónima de Sosa, casada, e Isabel Hernández, viuda. En esta época, la distinción entre criada doméstica y dependiente es muy borrosa. Los contratos escritos estipulan que a las criadas gallineras se les ha de dar cama, comida, vestido, curarle las enfermedades si no excedían de 20 días o eran casos contagiosos, y darles entre 16 y 20 reales al mes “para que sirvan todo lo que fuese necesario dentro y fuera de la casa”. Las empleadas se comprometían a despachar en los puestos de sus amos dando buena cuenta de las ventas que realizasen.¹⁹⁹

¹⁹⁷ *Ibidem*, pp. 671-72.

¹⁹⁸ AHN, Consejos, lib. 1.230, f. 77.

¹⁹⁹ Algunos ejemplos de estos contratos, en AHN, Consejos, lib. 1.235, ff. 310-322.

Curiosamente, a partir de mediados del XVII, en las listas de tratantes en gallinería comienzan a aparecer más nombres masculinos que femeninos. En 1651 el registro de machos contabiliza 35 hombres y 12 mujeres, que en 1669 se convierten en 51 y 9 respectivamente. Aumenta el número de tratantes, pero disminuye la proporción de féminas, al menos en los listados.²⁰⁰ No obstante, en agosto de 1673, son dos mujeres, Catalina Gómez y Ana María Palomeque las que, en nombre de los demás “tratantes en huevos y gallinería de la plaza Mayor”, protestan ante la Sala de Alcaldes porque el corregidor las ha multado con 10 ducados por no tener huevos que vender, aun cuando no están obligadas a ello. Sus casas fueron registradas sin hallar huevo ninguno, por lo que solicitan la devolución de “las prendas y alhajas que les sacaron por razón de dicha condenación”. La Sala manda revocar el auto del corregidor y que se devuelvan las prendas, excepto a María Hernández, en cuya casa se encontraron huevos que no había sacado a la plaza.²⁰¹

Entre 1702 y 1715, los gallineros registrados, entre tratantes y cebadores, son una media de 23, y de mujeres sólo 5. Su estado civil únicamente se indica cuando se trata de una viuda, por lo que suponemos que el resto son casadas. En este período destacan por el número de machos que poseen María Martínez de Coca, con 10; Ana María Fernández, viuda, con 8; y Antonia Fernández de Rivadeneira, con 7. Esta última tiene 4 puestos en la plaza Mayor atendidos por otras tantas criadas, al igual que Lucía Roco, viuda. María Martínez de Coca, con 4 puestos y 8 criadas, supera en el número de éstas al total de tratantes. Aunque la titularidad del oficio se masculiniza, el trabajo en los puestos sigue recayendo en las mujeres, con sólo un criado registrado entre las que sirven a Lucía Roco. Son apellidos que más adelante aparecen con nombres de pila masculinos.²⁰²

Una parte del oficio aparece organizado en gremio en 1741. Son 12 miembros obligados a los gastos y contribuciones del mismo y al pago de alcabalas. De ellos 4 son mujeres: Ana Laso e Inés de Ocaña, cuyo estado civil no figura, más las viudas de José Arniaga y Manuel Arroyo. Otra parte del oficio lo componen 8 tiendas de pollería que no están incorporadas al gremio. Entre sus titulares hay 3 mujeres, dos están casadas y una viuda.

²⁰⁰ AHN, Consejos, libs. 1.236, f. 263 y 1.254, f. 21.

²⁰¹ AHN, Consejos, lib. 1.258, f. 278.

²⁰² AHN, Consejos, lib. 1.287, f. 399; 1.293, ff. 501 y ss.; 1.294, f. 415; 1.295, ff. 175 y ss.; 1.296, ff. 440 y ss.; 1.297, ff. 428 y ss.; 1.298, ff. 521 y ss.; 1.301, ff. 548 y ss.; 1.302, f. 416.

Tienen sus tiendas en el portal de Santa Cruz, la Red de San Luis, la calle del León, la calle Estudios y en las llamadas Cuatro Calles (esquinas de San Antón, cuartel del Barquillo). Por último, están las personas avecindadas en la corte que tratan con aves, caza y huevos sin contribución alguna. Este grupo es el más numeroso, con 26 integrantes, de los que sólo 5 son mujeres (dos viudas). No obstante, hay algunos titulares ausentes, probablemente en los lugares de aprovisionamiento de Meco y “otras tierras de Castilla”, y son las mujeres quienes atienden los puestos. Es muy posible que este sea el caso también en los dos grupos anteriores.²⁰³

En 1754 el gremio “de gallinería y polleros” revisa sus ordenanzas. Entre los 16 firmantes no hay ninguna mujer, ni aparecen los mismos nombres listados en 1741, pero sí cinco de sus familiares; y se han incorporado otros cinco de los que en esta fecha estaban fuera de la corporación. De este documento se desprende que la mayor preocupación del colectivo agremiado es la competencia que les hacen las personas que revenden aves sin pertenecer a él. El primer capítulo prohíbe a los “chalanés” la venta de “pavos, pollas, pollos, gallinas, patos y gansos” vivos o muertos, a no ser que tengan tienda abierta, para que estén sujetos a las “quiebras y gabelas”, bajo pena de 20 ducados la primera vez que sean sorprendidos. Se estipula, además, que han de tener machos de carga, dejar en depósito 800 reales –más tarde rebajados a 200- y no poner una pollería enfrente o al lado de otra. El segundo capítulo indica que no son sólo los chalanés quienes hacen comercio ilícito de aves, sino también algunos hosteleros, pasteleros, figoneros, corraleros y los mozos que ayudan a descargar a los arrieros. A todos estos se les prohíbe entrar en la gallinería de la plaza Mayor antes del mediodía, así como salir a las puertas de la ciudad y las cinco leguas en contorno a ajustar las aves con los arrieros que las conducen.²⁰⁴

Entre 1772 y 1776 se acomete otra reforma de las ordenanzas. Esta vez son 17 individuos, todos varones; persisten 8 de los firmantes de 1754 y el resto, salvo dos, son familiares de aquéllos (hijos, hermanos o primos hermanos). Alegan que las normas vigentes les son gravosas y perjudiciales; con ellas no pueden cumplir debido a “lo calamitoso de los tiempos” y a los continuos litigios y crecidos gastos, que les

²⁰³ AHN, Consejos, lib. 1.329, f. 185.

²⁰⁴ AHN, Consejos, leg. 662: “Ordenanzas que han de guardar los individuos del gremio de polleros con tienda abierta pública en esta Corte”.

mantienen en “la mayor estrechez y miseria”. Quieren llamarse “polleros de tienda abierta pública en esta corte”, para que no se les confunda con los tratantes. Las tiendas las surten de lo que compran a los arrieros en la plaza después del mediodía o lo que traen aquellos con los que contratan dentro de las cinco leguas. Se repiten las mismas prevenciones contra los chalanés, pasteleros, hosteleros, figoneros y corraleros. En 1776 hay tres viudas de miembros del gremio: Francisca Gil, Margarita Galiote y Ana María López. Se evidencian asimismo las diferencias de fortuna entre los agremiados: algunos no pueden mantener caballerías, motivo por el que son multados por las autoridades. Solicitan que se les exima de este requisito alegando que con ello se igualan las oportunidades entre los individuos y se da trabajo a los arrieros que llegan de los pueblos comarcanos. Se quejan también de que, además de los tres maravedíes por carga que se les hace pagar a los arrieros que contratan en las puertas de la ciudad, se les pone otro impuesto cuando llegan al Peso Real.²⁰⁵ No es hasta 1802 que el Consejo de Castilla sanciona favorablemente las modificaciones solicitadas.²⁰⁶

Como en el abasto de fruta y verdura, en el de gallinería y huevos tienen un papel destacado los campesinos del alfoz. En 1800 hay en la plaza Mayor, callejuela de San Jacinto a Santa Cruz, tres puestos de las llamadas pichoneras de Leganés, que venden pichones, palominos y demás volatería. En la venta exclusiva de huevos, las mujeres siguen siendo protagonistas. En la segunda mitad del Setecientos, los vecinos de Fuencarral tienen privilegio para comprar este producto a los arrieros y trajineros que pasan por el pueblo y después traerlos a vender a la corte dentro de las veinticuatro horas desde su adquisición.²⁰⁷ Este cometido lo desempeñan las mujeres. De los 12 puestos de huevos que hay en 1800 en la plaza Mayor, portal de Mauleros, sólo uno está a cargo de un varón, que es proveedor de los Reales Hospitales; el resto son mujeres, entre ellas 8 casadas y 3 viudas.²⁰⁸ La mayoría son de Fuencarral. En la Red de San Luis hay 3 puestos más, de los que 2 pertenecen a vecinas de esa localidad. Junto a ellas venden 5 paisanas que traen fruta de temporada, todas casadas, y otras 5 del mismo estado en la plazuela de San Ildefonso con licencias temporales. En 1802, las hueveras

²⁰⁵ *Ibídem.*

²⁰⁶ AGS, Consejo Supremo de Hacienda. Junta de Comercio y Moneda, legajo 325, exp. 7.

²⁰⁷ AHN, Consejos, lib. 1.379, ff. 813-822.

²⁰⁸ AHN, Consejos, leg. 2.877, exp. 2.

de Fuencarral en la plaza Mayor son 8, todas casadas, participando asimismo en este ramo 3 matrimonios.²⁰⁹

Las autoridades de Corte y Villa observan con preocupación que, en determinadas épocas, la oferta de huevos desciende cuando existe una gran demanda del público en general, pero especialmente de los conventos, hospitales, figones, hostelerías, pastelerías y confiterías. En 1778 tiene lugar una de estas coyunturas bajistas. Se sospecha que las vecinas de Fuencarral, para evitar vender en los puestos a los precios que tienen fijados, una vez que entran en la ciudad van directamente a ofrecer su producto a los pasteleros, conventos, etc., los cuales “no reparan en precios”. Un vecino de esa aldea intenta hacer méritos proponiendo al Consejo de Castilla un remedio para atajar semejante “abuso”. Pondría en el mismo Fuencarral un interventor, precedido de un edicto ordenando a todos los “arrieros y mujeres” a pasar por su casa para sacar una “guía” en la que se anotasen las cargas destinadas al abasto de Madrid, guía que habrían de presentar en el Repeso mayor o repesos menores, que les proporcionaría el correspondiente certificado. Los conductores pagarían al interventor 8 maravedíes por cada carga mayor y 4 por la menor, al tiempo de hacer el asiento en el libro con el nombre de los arrieros y mujeres. El informe del fiscal de la Sala de Alcaldes, sin embargo, es claro y conciso:

“los huevos no se aumentan ni abaratan con estas opresiones y apremios ridículos, de que resultaría estafar a los pobres vecinos de Fuencarral, sujetarles a denuncias y ahuyentar esta especie de abasto de cuya industria viven algunos vecinos en parte. El verdadero modo de abaratar los huevos es aumentar las gallinas, sabiéndose que por su escasez se traen desde los Pirineos, a causa del gran consumo de las comunidades, que comen de vigilia, y de los que gastan los cocineros y reposteros en las mesas de los ricos, que se entregan a la gula”.²¹⁰

La gallinería es, como hemos visto, un ramo del abasto cuyo trato a comienzos del XVII está a cargo de mujeres casi en su totalidad, la mayoría casadas; los nombres masculinos comienzan a superar a los femeninos a partir de mediados de esa centuria, situación que se prolonga hasta finales del siglo XVIII y comienzos del XIX. Sólo en la venta de

²⁰⁹ AHN, Consejos, leg. 2.095, exp. 26.

²¹⁰ AHN, Consejos, leg. 702, exp. 46.

huevos la titularidad femenina sobrepasa con creces a la masculina. Esta evolución puede deberse a que, siendo en principio casadas la práctica totalidad de las gallineras, los oficiales que hacían los registros de machos decidieran asignar la titularidad a sus maridos, y de ahí el surgimiento de nombres masculinos en el oficio. También puede que los varones sustituyeran a las mujeres en los viajes a los lugares de provisión, mientras ellas permanecían en los puestos de venta al público. Lo que no ofrece duda es que, a medida que Madrid aumenta en población, la gallinería experimenta la concurrencia de agentes muy diversos, entre chalanes, trajineros y revendedores, que componían un mercado sumergido, lo que llevó a los tratantes a agremiarse y pasar de tener sólo puestos en la plaza Mayor y plazuelas, a abrir tiendas de pollería.

Carne y menudos

En Madrid hay, desde inicios de la Edad Moderna, dos mercados paralelos de carne, uno regulado por las autoridades de Villa, con sede en la Carnicería de la plaza Mayor y resto de plazuelas, y otro que funciona como mercado libre, el Rastro. Este último constituye un microcosmos en la sociedad y la economía urbanas, cuya gestación debe mucho al trabajo de las mujeres; de ahí que le reserve especial atención en el siguiente capítulo. En lo que sigue, me ocuparé del primero de los mercados referidos, aunque, en última instancia, ninguno de ellos puede entenderse si no es en la confluencia que se consume a mediados del Setecientos, con consecuencias reseñables en la actividad femenina.

La carne en el Madrid moderno es un producto caro, cuyo consumo se ve sometido a una notable carga impositiva, lo que la hace prácticamente inasequible a las familias trabajadoras pobres. La de carnero es la más apreciada y la más consumida, pero también más cara que la de vacuno. Durante el primer tercio del siglo XVIII, el consumo de ambas representa una media de 100-110 gramos por habitante y día, pero en el último cuarto del siglo, se percibe una clara tendencia a la reducción del consumo, más de un 30 por ciento en relación al primer tercio. El carnero va progresivamente perdiendo preeminencia a favor del vacuno. Si en las primeras décadas del XVIII aquél supone más de un 70 por ciento del consumo, en 1765 prácticamente empata con el

vacuno, y en las primeras décadas del XIX este último se convierte en la principal carne que se despacha en las carnicerías.²¹¹

Los trabajadores pobres de Madrid consumen sobre todo los despojos de las reses (tripas, callos, menudos, mondongos ...) de precio más asequible. Carne y menudos poseen vías diferentes de distribución. A los segundos prestaré más atención en el capítulo siguiente. Desde la instalación de la Corte, la provisión de carne se organiza a través de contratas que las autoridades de Villa establecen con unos sujetos particulares llamados obligados. Éstos se comprometen a proveer determinadas cantidades anuales al precio fijado en el concurso que previamente se realiza, y que normalmente gana quien ofrece el precio más bajo. Los obligados organizan una red de proveedores en las ferias y mercados de ganado, conducen los rebaños hasta las dehesas carniceras, extramuros de la ciudad, en espera de ser sacrificado. En el Madrid del Setecientos funcionan dos mataderos, uno junto a la Puerta de Toledo y otro en el Rastro, ambos en el extrarradio meridional. Una vez que las reses son despojadas de la piel y las entrañas, los obligados las reparten en las tablas que, para su venta al público, se fijan en la Carnicería de la plaza Mayor y resto de plazuelas.²¹²

Las tablas de carne están a cargo de los tablajeros, que la cortan, pesan y despachan al público al por menor, a cambio de una remuneración por libras despachadas, ajustada con el obligado. En 1690, sabemos que, entre los tablajeros, la representación femenina es mayoritaria: 5 varones y 7 mujeres.²¹³ Esta proporción se invierte en las décadas siguientes. En 1715, la Sala de Alcaldes acusa de fraude a los “tratantes y tablaieras” (estas últimas son las del Rastro, y aquí el femenino es absoluto, como veremos en otro lugar). Dicha acusación se lee en la Carnicería Mayor a 18 personas, dos de ellas mujeres. Hay otras tablas en Antón Martín, calle Alcalá, Red de San Luis, Santo Domingo, plazuela del Gato y San Ildefonso, a cuyos dependientes -dos de ellos mujeres- se notifica que deben asistir a los puestos todos los días.²¹⁴ Cinco años después, en 1720, los así llamados “maestros y tablajeros” de la Carnicería Mayor otorgan un poder para pleitos. Lo firman 27 titulares de tablas, de los que 6 son mujeres.

²¹¹ J. U. Bernardos Sanz, “El abastecimiento y consumo de carne en Madrid durante la segunda mitad del siglo XVIII. Una interpretación de la crisis ganadera en Castilla”, J. Hernando, J. M. López y J. A. Nieto (eds), **La Historia como arma de reflexión...** op. cit., pp. 191-214.

²¹² Bernardos Sanz, **No sólo de pan...**, op. cit. pp. 404-406.

²¹³ AHPM, prot. 9.124, f. 116: 2 octubre 1690.

²¹⁴ AHN, Consejos, lib. 1.299, f. 606.

Es significativo que ellas no están presentes en la reunión, sino representadas por parientes, también tablajeros: María Polo por su marido Juan Pareja; Toribia de Ardura por su hermano Andrés; Francisca Martínez por su tío José Fernández; Francisca Pareja por Francisco Suárez su marido; María Bautista por Lorenzo su hermano; y Manuela Rufina por Nicolás Martínez, cuya relación no se explicita. Ninguno de los nombres de las tablaieras coincide con los de 1715.²¹⁵

En 1720 hay cinco apellidos –Ardura, Fernández, Martínez, Pareja y Bautista-, que comparten quince tablajeros y tablaieras, lo que pone de manifiesto, como en otros ramos del abasto, la importancia del parentesco y las alianzas matrimoniales en la reproducción del oficio. Por ejemplo, los hermanos Juan y Francisca Pareja poseen sendas tablas; a su vez Francisca está casada con Francisco Suárez, otro tablajero. Por otro lado, es la primera vez que se hace mención a los “maestros” tablajeros, también llamados “maestros cortantes”. La carne es el único ramo del abasto que adopta las categorías ocupacionales y la estructura de oficio propias de las industrias artesanas. No sólo hay maestros y oficiales, sino también una tendencia a que el oficio se convierta en patrimonio masculino.

En 1726, Francisca Martínez, que en 1720 aparece representada por su tío, sigue soltera. Junto con María Estévez, viuda, y el matrimonio formado por Antonio Zapata y María Fernández, ninguno de los cuales figura entre los tablajeros de 1720, otorgan obligación de pago al obligado del abasto, Manuel Morales, por la carne que le están debiendo y la que les reparta el año venidero. Se vislumbran los apuros económicos de algunos tablajeros, que se ven precisados a asegurar al obligado, mediante fe pública, el cumplimiento de los pagos afianzando sus bienes. Los apellidos Zapata y Ardura los veremos también tratando en menudos.²¹⁶

La Junta de Abastos toma las riendas del abastecimiento de carne en 1743. El nuevo reglamento de tablas conduce a la sustitución de los tablajeros existentes por maestros foráneos, tanto en la vaca como en el carnero, asignándoseles un salario diario de 30 reales, en vez de un tanto por libra despachada, suma con la que deben cubrir los gastos

²¹⁵ AHPM, prot. 14.206, f. 483: 27 diciembre 1720.

²¹⁶ AHPM, prot. 15.289, f. 926: 11 y 12 de julio 1726.

de contratación de mano de obra auxiliar.²¹⁷ Se generaliza, además, el deber de escriturar anualmente la obligación de pago a la dirección del abasto del género entregado, poniendo como fianza sus patrimonios. Los maestros foráneos que vienen a sustituir a los anteriores proceden del reino de Valencia. Desconocemos los motivos de esta decisión, pero la llegada de los valencianos provoca una reacción adversa en el mundo del mercado (oficiales del repeso, trabajadores y público), situación que denuncia el administrador de la provisión de carne de la Junta, Cristóbal Fernández de Arce, en 1743: “desde que empezó esta gente asisten a los repesos por las tardes los capitulares regidores, como si estos tablajeros fueran los únicos que pesaran todos los abastos de Madrid, de cuyos casos se infiere la pasión con que se les quiere molestar, poniéndoles por este medio en la precisión de que, hostigados con tan crecidos dispendios y ultrajes, abandonen sus oficios y vuelvan a obtenerlos las personas a quienes antes se les dispensaban y toleraban mayores faltas ...”.²¹⁸

Los tablajeros valencianos resisten estas embestidas y se consolidan como una comunidad de oficio bien integrada, que anualmente se obliga a pagar y dar fianza por la carne que recibe del administrador del abasto, y donde las mujeres sólo ocupan un lugar subsidiario como transmisoras de las tablas. Al contrario que en los otros ramos del aprovisionamiento que hemos visto hasta aquí, la mano de obra femenina está incluso ausente entre el personal auxiliar, que corre enteramente a cargo de “oficiales cortantes” y mozos, al menos nominalmente. En la escritura de obligación de 1779, los tablajeros hacen explícito que despacharán y pesarán diariamente “los hombres por sus propias personas, y las mujeres por medio de sus hijos u oficiales”.²¹⁹

Unos años antes, en 1772, los “maestros tablajeros” se reúnen para tratar asuntos comunes y deciden actuar jurídicamente contra las multas abusivas a que se veían sometidos por las desavenencias entre la Sala de Alcaldes y el Ayuntamiento. Los carniceros habían acordado con este último que, siempre que se verificase una falta en los pesos, se les exigiría un real por cada onza, el doble la segunda vez, y que a la tercera se diese cuenta a la Junta de Abastos. Sin embargo, los alcaldes no se daban por enterados, pese a que la competencia del abasto recaía en la Villa. Son 31 los tablajeros

²¹⁷ Bernardos Sanz, *No sólo de pan...*, *op. cit.*, p. 454.

²¹⁸ AGS, Gracias y Justicia, leg. 806.

²¹⁹ AHPM, prot. 18.517, s/f.: 12 agosto 1779.

que se mancomunan, de los que sólo 3 son mujeres. Y, en efecto, la sustitución realizada en 1744, a raíz del reglamento citado, se nota en la presencia de nombres nuevos; pero al menos cinco apellidos de las familias anteriores permanecen: los Ardura, Intriago, Rubio, Esteban y Martínez, aunque este último puede tratarse de un homónimo. Entre los treinta y un tablajeros reunidos, están María Esteban y Juan Intriago, probablemente hijos de José Esteban y Juan Intriago respectivamente, que ya figuraban en 1720; la misma relación filial deducimos de Antonio y Fernando Rubio, aunque puede que fuesen hermanos, ya que, si bien las tablas pasaban de padres a hijos, en ausencia de éstos, iban a parientes. En esta junta hay asimismo un descendiente de Manuel Morales, obligado del abasto de carne en la década de 1720. Pero también vemos a los valencianos incorporados a partir de 1743: los Pic –o Pich–, Garro, Juan, Doménech, Alós, Badía, Celda, Dales, Llanos, Eguía y Plaza.²²⁰

En 1779 ya han fallecido algunos miembros de la primera generación de carniceros valencianos. La junta que celebran en agosto de ese año desvela aspectos interesantes sobre las vías de transmisión de las 14 tablas, entre vaca y carnero, que hay en la Carnicería Mayor, calle de Alcalá y resto de plazuelas. Vicente y Gregorio Juan la heredan de su padre, al igual que Manuela Llanos, cuyo marido sólo concurre a la junta “en virtud de la licencia que presta” para el otorgamiento de la escritura. Francisca Dulac sucede en la tabla a su primer marido, Agustín Montoro, y se vuelve a casar con un tablajero levantino pariente de éste, Juan Bautista Montoro y Dales. A la junta se presentan tres matrimonios: Vicente Dales y Juana Bautista Doménech; Francisco Pich el menor y Feliciano Garro; y Manuel Linares y Agustina Eguía. Esta última, que posee una tabla concedida por el Ayuntamiento, no había concurrido hasta entonces a la obligación; pero entre todos acuerdan que se incorpore con ellos, en virtud de que “el marido es hijo de valenciano”. Asisten asimismo dos viudas de tablajeros, la citada Manuela Llanos, cuya hermana Francisca está casada con Francisco Pich el mayor, y cuyo hermano Tomás posee otra tabla en 1772; e Isabel Juan, viuda de Ramón Badía. Tres varones más se añaden a esta nómina: Vicente Celda, Pero Juan Plaza y Francisco Pich y Alós. Como vemos en la reiteración de apellidos, hay una estrecha integración de parentesco y paisanaje en la comunidad de tablajeros valencianos; pero también una

²²⁰ AHPM, prot. 18.300, f. 1: 17 enero 1772.

clara postura de apropiación del oficio por parte de los varones, que se agudiza en las décadas siguientes.²²¹

El derecho que tienen las viudas a heredar la tabla cuando el marido fallece sin hijos o si éstos son menores de edad, se ve amenazado por los “oficiales”. En 1782, estos oficiales, muchos de ellos descendientes de los que llegaron de Valencia cuatro décadas atrás, solicitan al Consejo de Castilla que, cuando quede una tabla vacante por fallecimiento del titular, y si éste no deja hijos o nietos, se les prefiera a ellos por encima de las viudas. El Consejo se inclina por favorecer a los oficiales y emite un auto el 26 de junio de ese año, declarando sin ningún efecto la norma anterior y mandando que, en lo sucesivo, se prefiera al oficial tablajero de mayor mérito, siempre que no haya hijo, hija, nieto o nieta del maestro que fallezca, alegando que con ello se propicia “la opción de los oficiales tablajeros a la maestría”.²²² Dos años después, los tablajeros elevan un recurso defendiendo la preferencia de sus viudas basándolo en el “estado de miseria y desamparo” en el que quedan si se las priva de este recurso.²²³

A partir de entonces, comienza una lucha interna por la sucesión de las tablas, entre tablajeros y oficiales y en el seno de estos mismos. En 1793, sigue habiendo viudas titulares: María Uceta, cuyo marido había sido Francisco Pich; Manuela Llanos, representada por su hijo Ramón de Ramón, habido de su segundo matrimonio con Joseph Ramón –el primero lo contrajo con otro tablajero, Agustín Montoro-; Antonia Celda, representada por el oficial Manuel Linares, marido de Agustina Eguía; e Isabel Juan, por Antonio Fuster, posiblemente su oficial. La otra mujer presente en esta lista es Feliciano Garro, que sigue casada con Pedro Pich.²²⁴

Dos años después, en 1795, el oficial Francisco Dulac, probablemente sobrino de Francisca Dulac, a la que vimos en la lista de tablajeros de 1779, presenta un recurso al Consejo de Castilla, porque Antonio Sacristán, que regentaba una tabla en la Red de San Luis, ha fallecido y es su esposa, Francisca Hernández, la que le sucede. Dulac alega que dicha sucesión vulnera la orden del Consejo de 1782 que daba preferencia a los oficiales sobre las viudas. Sin embargo, el nombramiento por parte del

²²¹ AHPM, prot. 18.517, s/f: 12 agosto 1779.

²²² AHN, Consejos, leg. 964, exp. 8.

²²³ AHN, Consejos, leg. 1.198, exp. 32.

²²⁴ AHN, Consejos, leg. 1.464, exp. 3.

Ayuntamiento de Sacristán y su mujer para la tabla en cuestión se había realizado en 1779, antes de que se emitiera la citada disposición, y se había hecho en calidad de “*in solidum* a cada uno”, lo que da derecho a Francisca a seguir regentándola. El fiscal, en su informe, ratifica que las viudas no tienen derecho a continuar en la posesión de las tablas, ya que “no pudiendo como no puede ejercer por sí esta profesión”, tendrían que arrendarlas o emplear nuevos subalternos, que “tiranizarían al público para sacar la pensión que les señalen ...”. Para el Consejo, por tanto, la tabla de Sacristán ha quedado vacante por no haber dejado descendientes y debe ser concedida a Francisco Dulac. Con objeto de indemnizarla, el director de abasto de carnes propone que éste se obligue a pagar a Francisca 7 reales diarios.²²⁵

Mientras se sustancia este recurso, en 1796, Francisca muere, pero hay otros pretendientes a la tabla además de Dulac, entre ellos Manuel Sacristán, hermano o sobrino del fallecido Antonio Sacristán. Los tablajeros suelen solicitar tablas vacantes cuando éstas suponen una mejora respecto a las que poseen, dejando que las suyas las ocupen otros compañeros. A Dulac no le concede el Ayuntamiento la tabla de la Red de San Luis, que había pertenecido a Sacristán y su mujer, sino al apoderado de los tablajeros, Manuel Gonzalo, que servía en el Rastro, lo cual provoca nuevos recursos de aquél y otros carniceros. El director del abasto propone que la tabla del Rastro se conceda a Francisco Dulac por su buena conducta y porque en 1784 se le había nombrado para una tabla de carnero en la plaza Mayor a la que tuvo que renunciar por orden del Consejo a favor de Joseph Linares, en virtud de instancia de su abuelo, Manuel Linares. El mismo director sostiene que, de todas formas, Dulac habría tenido derecho a la tabla de Sacristán, a pesar de la reclamación de su viuda, ya que, cuando el Ayuntamiento acordó concedérsela al matrimonio en 1779, lo hizo en virtud de que en esa época los maestros tablajeros daban fianzas particulares –como arriba vimos– a la administración del abasto, y hallándose las mujeres mancomunadas con sus maridos, incluirlas ofrecía mayor seguridad, ya que sus bienes también podían servir de aval en caso de quiebra. Si el Concejo había cedido tablas a otros matrimonios, como el formado por Antonio Doménech y Feliciano Garro, era porque se intentaba únicamente “dejarlas *obligadas pero no agraciadas*” en el caso de sobrevivir a sus maridos, extremo que, a su juicio, se debería haber dejado claro en la designación para que ahora

²²⁵ *Ibidem.*

las viudas “no dijese como dicen que se las ha engañado”, con un nombramiento que “sólo puede producirles perjuicio pero no provecho ni utilidad”. En efecto, estas mujeres tenían motivos sobrados para sentirse estafadas y abandonadas en un difícil trance como era para ellas la viudez.²²⁶

La ofensiva contra las viudas se extiende a las hijas de los tablajeros, que, en principio, tienen el mismo derecho que sus hermanos varones a suceder a sus padres en la posesión de las tablas. Sin embargo, la discriminación de género opera igualmente para ellas, especialmente si se casan con hombres que no son del oficio. En 1796, Vicenta Martínez, viuda de un agente de negocios, pelea por una tabla de vaca de la plaza Mayor, vacante tras la muerte de su padre que la había tenido durante 54 años. El Ayuntamiento se la concede a su hermano Francisco por ser el único hijo varón, alegando que si Vicenta ha tenido la desgracia de enviudar con cuatro hijos pequeños, “es digna de compasión, pero de nada más”.²²⁷

La evidencia indica que la venta de carne dependiente de la administración del abasto es un caso singular en dos aspectos. En primer lugar, aunque los tablajeros no constituyen gremio formal, ya que son una especie de contratistas-asalariados de la Administración, se dotan de una estructura organizativa similar a la artesana en cuanto a la categoría ocupacional. Es el único ramo del abastecimiento en que los titulares de puestos reciben el título de maestros, en este caso “maestros cortantes”, como se autodenominan los valencianos; y los que despachan lo hacen en calidad de “oficiales”. Los tablajeros también se juntan para tratar los asuntos del oficio y nombran apoderados, como en otros ramos del aprovisionamiento urbano; pero es significativo que la comunidad valenciana se reúna como grupo distinguido en el oficio. En segundo lugar, una progresiva disminución del protagonismo femenino, tanto en la titularidad de las tablas como en la mano de obra contratada. De hecho, las tablas de carne son, junto a las de tocino, las únicas que, en el Setecientos, no se sirven de criadas o vendedoras para el despacho, sino de trabajadores varones. Por otro lado, la llegada de los carniceros valencianos en 1743 refuerza la apropiación masculina del oficio, especialmente mediante la presión ejercida desde su base, con el apoyo de las autoridades del Consejo.

²²⁶ AHN, Consejos, leg. 964, exp. 8.

²²⁷ AHN, Consejos, leg. 1.754, exps. 14-16.

Debido a su estrecha regulación y vigilancia, el sector del abastecimiento ha dejado suficiente evidencia documental como para poder aventurar una estimación cuantitativa, aunque dicha estimación ha de limitarse al corto período 1799-1802, pues para fechas anteriores sólo se dispone de recuentos parciales. E incluso los recuentos de 1799-1802 presentan ciertas carencias. Así, la matrícula de 1799, realizada por orden del Corregidor, registra los puestos fijos en las calles y plazuelas de la ciudad –excluida la plaza Mayor aunque no sus portales–, indicando el género, el nombre del vendedor, la fecha de su licencia y el otorgante de la misma. El problema es que no están todas las calles, sólo las que presentaban mayor concentración de vendedores, y tampoco todos los puestos, ya que, al ser las licencias el objeto de la pesquisa, los surtidos por la administración del abasto (carne, pescado, tocino ...) quedan al margen.

En junio de 1800, se efectúa la matrícula general de la plaza Mayor por orden de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte, con el propósito de conocer los puestos de comestibles, distinguir las clases de arrieros, trajineros y revendedores, anotar su nombre, estado civil, si tienen licencia y de quién. Dos años después, otra matrícula general de la plaza Mayor, a instancia de la misma autoridad, da fe de “los arrendatarios que obtienen los cajones”. Esta última matrícula lleva anexa otra que la hace extensiva a los 10 cuarteles en que estaba dividida entonces la ciudad. Se trata de una fuente rica por cuanto ofrece datos cualitativos de los vendedores, que están ausentes en otros recuentos. El inconveniente en este caso es que los escribanos de cada uno de los distritos adoptan criterios diferentes de registro, lo que hace complicado compararlos, y dejan lagunas en cuanto a los géneros comercializados en determinados barrios. Esto sucede con la plazuela del Rastro, que sólo ofrece una larga lista de nombres propios –la más nutrida después de la plaza Mayor–, pero no de géneros ni otros datos personales de sus vendedores, no pudiéndose tampoco cotejar con la matrícula de 1799, que no incluye dicha plaza.

Estas son las fuentes en que se basa la estimación propuesta. En concreto, he tomado como referencias la matrícula de la plaza Mayor de 1800 y las correspondientes a calles

y plazuelas de 1799 y 1802.²²⁸ Algunos datos se solapan en las tres fuentes. Por ejemplo, la primera y la segunda enumeran los puestos de los portales de la plaza Mayor y otros en zonas aledañas. Algo similar sucede con los callejeros de 1799 y 1802. Estos tienen la virtud de que, al concentrarse en zonas diferentes de la ciudad, amplían el cuadro de la misma; pero también contienen información solapada. Por tanto, dado que en el corto espacio de tres años hay una alta probabilidad de permanencia de los mismos puestos y titulares, se ha hecho preciso cotejar nombre por nombre y género por género en las tres, tomando como referencia el callejero de 1799, para restar los casos repetidos, que ascienden a 55. De este modo, obtenemos una imagen espacial de los puestos de aprovisionamiento en el Madrid de finales del Antiguo Régimen y su distribución por sexos.

Las tres matrículas incluyen cajones de artículos no comestibles, normalmente quincalleros, afiladores y remendones. De hecho, en la matrícula de 1799, estos puestos suponen más de la mitad de total; sin embargo en las de 1800 y 1802 su número es residual: el 4,2% en el primer caso y al 10,3% en el segundo. Sumando las tres matrículas, el porcentaje total de puestos de no comestibles es del 16,3%. Como vemos en la tabla 5, el callejero de 1799 arroja 385 puestos (incluidos comestibles y no comestibles), de los que 142 son de titularidad femenina (36,8%). En los 180 de alimentos y bebidas, este porcentaje aumenta ligeramente al 37,7%. Cifras similares revela la matrícula de la plaza Mayor de 1800: con un total de 807 puestos (781 de comestibles), 290 o sea el 35,9% pertenecen a mujeres. La matrícula por cuarteles de 1802 muestra, por el contrario, un porcentaje mayoritario de puestos de titularidad femenina, 294 de 552, es decir, el 53,2%, que asciende ligeramente al 55,5% si descartamos los 55 puestos de artículos no comestibles.

Tabla 5. Porcentaje de puestos de titularidad femenina en la ciudad (1799-1802)

| Matrículas | Total puestos | De mujeres | % |
|-----------------------|----------------------|-------------------|----------|
| 1799 | 385 | 142 | 36,8 |
| 1800 Sólo P. Mayor | 807 | 290 | 35,9 |
| 1802 | 552 | 294 | 53,2 |

Fuente: Elaboración propia a partir de AHN, Consejos, legs. 2.878, 2.877/2, 2.095/26.

²²⁸ La matrícula de 1799, en AHN, Consejos, legajo 2.878; la de 1800 de la plaza Mayor, en AHN, Consejos, legajo 2.877, exp. 2; la matrícula de 1802, en AHN, Consejos, legajo 2.095, exp. 26.

Al desagregar por cuarteles (véase tabla 6), comprobamos que los puestos regentados por mujeres sobrepasan la mitad en Barquillo, San Isidro y Lavapiés, tres de los cuatro con mayor volumen de población trabajadora. Estos dos últimos, en el sur, albergan una de las constelaciones del abasto más importantes de la ciudad, en torno a las plazas de Antón Martín, Lavapiés y Rastro. A medida que nos acercamos al centro de la ciudad (cuarteles de San Martín, Plaza Mayor y San Jerónimo), epicentro del abastecimiento, la titularidad femenina disminuye, pero, salvo en San Jerónimo, en ningún caso baja del 37%.

Tabla 6. Porcentajes de puestos de titularidad femenina en los 10 cuarteles en 1802

| Cuarteles | Total puestos | De mujeres | % |
|-----------------------------------|----------------------|-------------------|-------------|
| Palacio | 33 | 16 | 48,4 |
| Afligidos | 46 | 22 | 47,8 |
| Barquillo | 27 | 19 | 70,3 |
| Maravillas | 49 | 25 | 44,8 |
| Plaza Mayor (no incluye plaza) | 54 | 20 | 37 |
| San Jerónimo | 11 | 3 | 27,2 |
| San Martín | 89 | 34 | 39 |
| San Isidro | 203 | 109 | 53,6 |
| San Francisco | 14 | 6 | 42,8 |
| Lavapiés | 109 | 55 | 50,4 |
| Totales | 635 | 309 | 48,6 |

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos consignados en AHN, Consejos, leg. 2.095/26.

¿Cuántos puestos de comestibles había en Madrid a final de siglo? Sumando plaza Mayor, plazuelas y calles, obtenemos un total de 1.425, de los que el 42,6% están dirigidos por mujeres. A esta magnitud hay que sumar a) los efectivos de la venta ambulante; b) el hecho de que los empresarios y muchos trabajadores autónomos del abasto contrataban dependientes o se ayudaban de familiares, y c) que en la mayoría de los casos, no eran los titulares de los puestos sino sus mujeres quienes los atendían. Por tanto, tomando como referencia el 37 por ciento de mujeres activas que calculé para el último tercio del XVIII, y aplicándolo a las 81.042 mujeres del estado secular censadas en 1804 en Madrid, resulta que el abastecimiento ocupaba en la ciudad por encima de un 5 por ciento de la población femenina activa.

Los puestos de verdura y fruta, que son mayoritarios en todos los lugares de mercado, suponen más del 30 por ciento. En la matrícula de 1799 les siguen en importancia numérica los de las botoneras (22%) y la otra mitad se reparte entre pan, gacetas, melones, abanicos, quincalla, agua y bollos, vidriado, cucharas, aguardiente, avellanas, yesca, cintas, calcetas, monteras, herretes, escapularios, bragueros, figuras de barro, peines, gorras, objetos de plomo y ramilletes. La matrícula de la plaza Mayor de 1800 revela asimismo la preeminencia de la verdura y la fruta en la venta femenina, pues ambas representan el 57,9% de los 290 puestos encabezados por mujeres (incluidos los de artículos no comestibles). Es también destacada la presencia de las pichoneras de Leganés, con sus puestos de volatería (10,3%), las pescaderas (8,6%) y las botoneras (5,5%), repartiéndose el escaso veinte por ciento restante los potajes, menudos, pan, huevos, tocino, ternera, legumbres, algarrobas, cintas, bollos, quincalla, herretes, cordones, vidriado, abanicos, cucharas y cominos. No hay duda de que la matrícula por cuarteles de 1802 sobrestima los cajones de fruta y verdura, dado que el fin de este recuento era sobre todo averiguar el número de puestos de venta –y licencias- de estos mantenimientos; de ahí que representen casi el 80 por ciento de los de titularidad femenina. El veinte por ciento restante corresponde a legumbres, castañas, huevos, cintas, quincalla, callos, tocino, guisos, arroz con leche, aguardiente, agua de cebada, sangre cocida, bollos, jabón, pañuelos, muselinas, cucharas, lienzo e hilos gallegos, plata, cacharros y un número no especificado de puestos de aves, huevos y caza.

Son en total 304 mujeres vendedoras las matriculadas por cuarteles en 1802 (para 294 puestos), de las que conocemos su estado civil en 204 casos: predominan las casadas (68,62%), seguidas de las viudas (29,41%). El número de hijos sólo se indica para 16 mujeres, la mitad de las cuales carece de ellos, tres tienen uno y las cinco restantes entre dos y seis. Las titulares solteras componen un escaso 1,96 por ciento. Ahora bien, como vimos en el caso de la fruta y la verdura, se constata la presencia de niñas y jóvenes solteras atendiendo los puestos junto a sus padres, no así el estado civil y la edad de las criadas contratadas. En cuanto a las titulares, la edad -indicada en 184 casos- arroja una media de 44 años. Tiran al alza de esta media las octogenarias como Rosa Parra, de 89 años, que vende frutas verdes y secas en las Cuatro Esquinas de San Antón (Barquillo); y a la baja las jóvenes como Gregoria Morales, hortelana de Carabanchel, casada de 28 años, con puesto en la Red de San Luis, así como el caso llamativo de Felipa Carro, casada con 16 años, que tiene un puesto de castañas en la plazuela de San Martín (en el

cuartel homónimo). No obstante, la evidencia indica que el abastecimiento es un nicho de actividad que atrae a mujeres casadas de mediana edad. Lo corrobora la muestra que vimos en el apartado de la verdura de 130 mujeres solicitantes de puestos, donde las casadas son mayoría, con un 55,6%, y la media de edad se aproxima a los 50 años.

Una parte de estas trabajadoras, especialmente las tratantes y algunas dependientes del abasto, podemos considerarlas empresarias ya que emplean a más de tres asalariados en los puestos que poseen en las distintas plazas. Pero son una minoría. La mayor parte de las trabajadoras del mercado son autónomas, poseen un solo puesto por el que pagan una tasa anual al Ayuntamiento, un arriendo a los tratantes o no pagan nada, como sucede con las fruterías que tienen cedidos los cajones por los días de su vida, o las mujeres a las que se les subarriendan o prestan “de limosna”. En mayo de 1785, la visita que promueven los tenderos de aceite y vinagre a las aguardenterías y otros puestos revela casos como el de las tres Marías de la plaza de Antón Martín. El veedor las encuentra vendiendo queso y huevos en sus respectivos puestos, de los que no son titulares, pero sí dueñas del género. Aquí es difícil dilucidar si los propietarios han arrendado los cajones a estas mujeres o se los han cedido temporalmente y, por tanto, el género les pertenece; o si son asalariadas y afirman que la mercancía es suya por tenerlo convenido con el titular.²²⁹

Las empresarias, pero también algunas trabajadoras autónomas, se sirven de asalariadas. Ya he explicado que, para el XVIII, no tenemos datos de su número ni apenas referencias a sus condiciones de trabajo, pero son especialmente visibles en los ramos de la verdura, la fruta, el pescado y los menudos. Es probable que más importante en términos cuantitativos fuese el trabajo recíproco de las esposas e hijas, por no mencionar la venta ilegal y ambulante. Son cinco, por tanto, los patrones de relación laboral, algunos de los cuales pueden aparecer solapados o confundidos en una sola trabajadora:

- 1) Las mujeres que son titulares de los puestos y contratan asalariadas para la venta (empresarias).
- 2) Las que son titulares y al mismo tiempo vendedoras (autónomas).
- 3) Las que venden, sin remuneración, en los puestos de sus maridos (recíprocas).
- 4) Las que venden para otros a cambio de un jornal (asalariadas).

²²⁹ AHN, Consejos, leg. 969/2-11: Se trata de María Castillo, María Junco y María Botija.

- 5) Las subarrendadas o que tienen los puestos cedidos temporalmente y las vendedoras ambulantes sin licencia o con una temporal (autónomas precarias).

En general, la actividad femenina en el sector del abastecimiento presenta una evolución negativa a lo largo del Setecientos. Esta tendencia la marcan especialmente aquellos oficios que comienzan siendo ejercidos por mujeres, como la gallinería, pero acaban monopolizados por los varones, al menos en el nivel empresarial; mientras en otros, como el tocino, mantienen el protagonismo en este nivel pero lo pierden en el asalariado a favor de la mano de obra masculina. En la carne, su actividad declina en todos los niveles de relación laboral, hasta el punto de afirmarse que las mujeres “no lo pueden ejercer”. Sin embargo, como mostraré mas adelante, la carnicería fue un oficio femenino en Madrid durante los siglos XVI, XVII y parte del XVIII, especialmente en el mercado del Rastro. Aquí el proceso de masculinización de las tablas de carne fue más lento, iniciándose a mediados del Setecientos. Pero otro oficio asociado, el de los menudos, observa por el contrario una presencia lineal: comienza y acaba siendo, al menos hasta el último tercio de la centuria, esencialmente femenino, tanto en el Rastro como en el resto de plazas. Las 12 tablas de menudos de carnero y criadillas que se matriculan en la plaza Mayor en 1800 son de titularidad femenina.²³⁰

Cap. 9. El Rastro: un motor femenino de la economía urbana

Por Rastro se entendía en la Baja Edad Media el mercado franco de ganado menor que tenía lugar semanalmente en las ciudades castellanas. El de Madrid se hallaba entonces en el arrabal de Santa Cruz, al este de la ciudad, y en él se comercializaban carneros vivos o en canal directamente al público. En general, era competencia del Concejo el suministro de carne a las carnicerías de la Villa, situadas a fines del siglo XV en las plazas de San Salvador (actual plaza de la Villa), San Ginés y el Arrabal (futura plaza Mayor). El Concejo externalizaba la gestión de este suministro en los obligados, pero el Rastro quedaba fuera de este sistema, funcionaba paralelamente como un mercado libre, no sujeto a regulación de precios ni compelido a asegurar una mínima provisión. La única condición era que los carneros no se pudieran vender en cantidades inferiores a los cuartos. Como mercado de ganado, el Rastro estaba estrechamente asociado a las instalaciones del matadero y, por tanto, situado en las cercanías del mismo, siempre

²³⁰ AHN, Consejos, leg. 2.877, exp. 2.

fuera de la trama urbana. A medida que ésta se fue expandiendo, Rastro y matadero se desplazaron hacia el arrabal meridional, las zonas de Lavapiés y Puerta de Toledo. En el último tercio del XVI, la que ya se conocía como plazuela del Rastro se había convertido en uno de los mercados de subsistencias más importantes de la ciudad y el primero en la carne de ovino. A partir de entonces funcionaron en la ciudad dos mataderos muy próximos, uno en el Rastro y otro en Puerta de Toledo.²³¹

Plano 5. El área del Rastro en el siglo XVIII



En torno al comercio de ganado menor, en el espacio del Rastro se desarrolla una compleja integración de los oficios de la carne, desde los relacionados con el sacrificio de las reses en el matadero (mayordomos, matarifes, desolladores, etc.), pasando por los encargados del despiece y venta de la carne y sus subproductos (tratantes, triperos, menuderos, etc.), hasta las industrias que tenían como materia prima alguna parte del animal (pellejeros, curtidores, fabricantes de velas de sebo, jabón, cuerdas para instrumentos musicales ...). De hecho, en la vía principal del Rastro estaban ubicadas las tenerías de los curtidores, de ahí el primer nombre que toma como calle de las

²³¹ Más información, en Bernardos Sanz, *No sólo de pan...*, *op. cit.* pp. 150-154.

Tenerías (después, Ribera de Curtidores). El inmenso desnivel geográfico de la zona, que pasaba de los 648 metros de altitud del Cerrillo del Rastro (actual plaza de Cascorro), a los 613 de la ronda de Toledo, facilitaba el viaje cuesta abajo de los desperdicios de las industrias que allí se concentraban.²³²

La provisión de los carneros y el comercio de su carne corren a cargo de las familias tratantes en la forma que después explicaré. Ellas suministran al público, a los conventos e iglesias, y cubren su propio consumo, ejerciendo estas funciones en un mercado que permanece libre hasta 1676, cuando el Consejo de Castilla determina que la administración del abasto de las carnes no sólo comprenda las carnicerías mayores y menores de la Villa, sino también la del Rastro. A partir de entonces, las familias tratantes no pudieron adquirir ganado por sí mismas, limitándose a recibir de dos fieles nombrados al efecto las cantidades de carne para su despacho a unos precios tasados por la administración del sistema de abastecimiento y previo pago de una fianza de 500 ducados. Este primer gran paso en la regulación del Rastro –el segundo vendría en 1743– altera la función profesional de las familias tratantes, pero apenas la dinámica del mercado ni su compleja estructura de relaciones socio-laborales. El Rastro seguiría siendo un peculiar micro-mundo en el sector del aprovisionamiento y de la industria de las pieles.

La integración de los oficios del Rastro se produce a través de relaciones familiares, paisanaje y vecindad, ya que la mayor parte de los trabajadores y trabajadoras residen en esta zona del arrabal meridional, que crece con el aporte de la inmigración de la pobreza a la capital. Desde sus orígenes, la escasa regulación institucional de la actividad comercial del Rastro convierte a la familia en el elemento clave de la organización del trabajo y acceso al oficio; lo cual facilita la participación de las mujeres, incluso con un destacado papel en la gestión de los negocios y el trabajo, en los puestos de venta en la plaza. Tal fue el caso, entre otros, de las tratantes del Rastro y las menuderas. En lo que sigue examinaré ambos colectivos, su organización y evolución durante los siglos XVII y XVIII.

²³² Sobre los oficios del Rastro entre los siglos XVI y XVII, Prieto Palomo, **El abastecimiento...**, *op. cit.*; y un análisis de los curtidores, en Zofío Llorente, **Las Culturas del trabajo...**, *op. cit.*, pp. 435-761.

Los tratantes del Rastro, o familias ocupadas en el suministro y distribución de carne de carnero, parece que en su origen fueron matarifes y desolladores; posteriormente ocuparon las escarpías, que era como se llamaban los puntos de distribución de los carneros en el mismo espacio del Rastro. El oficio se organizaba mediante una división del trabajo por sexo que asignaba a los varones el desplazamiento a las ferias de ganado para la compra del mismo y su conducción a las dehesas extramuros de la ciudad, mientras las mujeres se ocupaban de la preparación y despacho de la carne en las escarpías; un patrón similar al referido más arriba para los tablajeros de tocino. La necesidad de mano de obra en unos oficios duros y considerados viles, la falta de regulación institucional y de conocimientos específicos para desarrollar el trabajo, facilitaban que muchas personas de ambos sexos, aun sin una firme red de relaciones en la ciudad, pudiesen acceder a la base de estas profesiones e incluso promocionarse. Teresa Prieto analiza casos como el de Francisca Sánchez, que a finales del XVI comenzó como criada en una escarpía y acabó siendo tratante.²³³

En 1625 había 55 tratantes en el Rastro. Su acceso a la profesión se realizaba normalmente a través de la herencia o el matrimonio. Este último representaba la mejor modalidad empresarial, en la cual los maridos recorrían ferias y mercados en busca de carneros, mientras ellas, en Madrid, vendían la carne, hacían los pagos, pedían y concedían préstamos y gobernaban a los criados. La única restricción que tenían las mujeres en el oficio era concurrir por sí mismas a las ferias. Por tanto, si faltaba un hombre en la familia, ya fuera hijo o yerno, las viudas se veían compelidas a confiar esta tarea a otros colegas varones, previa entrega del dinero; a la vez, éstos, en ausencia de mujeres en sus familias, se veían forzados a contratar “ayudaderas” que se ocupasen de despachar el género. Mujeres y hombres podían ser propietarios de escarpías, aunque para la transmisión de las mismas se prefería a una mujer, como demuestra Teresa Prieto, lo que sugiere una especie de manda matrilineal de las escarpías similar a la que operaba en la Galicia occidental respecto a la casa y la tierra. En el caso de las viudas, no había ningún impedimento legal para que administraran a su antojo sus haciendas; y para las casadas, en la práctica, tampoco, por cuanto sus maridos, antes de marchar a las

²³³ Prieto Palomo, *El abastecimiento...*, *op. cit.*, pp. 540-549.

ferias, les otorgaban poder general para las gestiones que requirieran formalización ante escribano. Los 69 testamentos de tratantes varones y 68 de mujeres, que la autora referida analizó, ponen de manifiesto que las personas de confianza de las mujeres no estaban ni mucho menos circunscritas al ámbito doméstico; es más, la categoría “colegas” es más abundante en los testamentos de las féminas.²³⁴

La plaza era, por tanto, el lugar de trabajo de las tratantes del Rastro y su personal dependiente, mozos y criadas. En 1667 la Sala de Alcaldes promulgó un auto por el cual sabemos que otro previo del Corregidor permitía a los tratantes que las reses que llegaban muertas fuesen utilizadas para su propio consumo. De este ganado muerto se aprovechaba el pellejo y la carne, que los tratantes solían convertir en cecinas a las que se llamaba “salones”. Sin embargo, la Sala revocaba el auto del Corregidor y prohibía esta práctica, dando pie a que las guardias de los arrendadores de millones y sisas así como los ministros de justicia extorsionasen a los tratantes que seguían observándola. La alta magistratura cortesana comunica la nueva orden a 30 “tratantas y mujeres de tratantes del Rastro”, cuyos nombres se relacionan junto a los de sus maridos, salvo en el caso de las siete viudas y dos criadas que reciben dicho mandato en nombre de un tratante viudo para el que trabajan. Sus apellidos revelan la implicación de varios miembros de una misma familia en el oficio, así como las alianzas matrimoniales entre los tratantes. El apellido Gallo –o Gayo– lo vimos más arriba relacionado con las tablas de tocino durante el último tercio del Setecientos. Probables ascendientes son las que aquí figuran como Francisca y Catalina Gayo. Esta última está casada con Francisco de Vargas, cuya hermana, Eugenia, posee otra escarpia.²³⁵

Cuando en 1676 el suministro de carne de carnero en el Rastro pasa a depender de la administración del abasto, quedando éste en igualdad de condiciones respecto de las otras carnicerías, son 41 “tratantas” del referido espacio urbano las que permanecen con el título de tablajeras al frente de las que a partir de entonces ya no se llamarán escarpías sino tablas. Sus maridos no podrán ir a los mercados de ganado para proveerlas, sino que recibirán las reses en canal de los fieles de la administración, como señalé más arriba. Desconocemos qué impacto tuvo esta medida en el colectivo de tratantes y qué caminos profesionales tomaron los varones, excluidos en teoría de la actividad. Casi

²³⁴ *Ibídem*, p. 525.

²³⁵ AHN, Consejos, lib. 1.252, pp. 171-174.

cuatro décadas después, en 1704, las tablaejas dan poder a procuradores para pleitear con el obligado de las carnicerías sobre los aparejos de carnero que se matan en el Rastro. Su número ha aumentado ligeramente, ahora son 45, pero 43 las tablas, ya que dos son compartidas. Algunos apellidos de 1667 persisten: los Vargas, Rodríguez, de la Cruz, Eugenia, Robledo, Dueñas, Mudarra, García, de la Peña y Martín.²³⁶

En 1715, la Sala comunica a los carniceros un decreto sobre fraudes en el peso. La lista de las tablaejas del Rastro que reciben la notificación ya no incluye los nombres de los maridos. En 20 casos, se trata de las mismas mujeres que ejercían en 1704, algunas con otras parientes femeninas en el oficio, como Antonia, Josefa, Juana y Manuela de la Cruz; Isabel y Juana Bailona; María y Teresa Moncoy; Ana y Manuela Sevillano; Ana y María Paredes . Entre los nuevos apellidos aparece Del Valle (Manuela), que vimos en las tablas de tocino y de pescado en la segunda mitad del XVII.²³⁷ El referido bando de la Sala previene asimismo a los tablaejeros en general de que faltar un solo día a la tabla –o que ésta dejase de ponerse, extremo que no queda claro- se penalizará con 200 azotes y 6 años de Galera, sin que sirva ninguna excusa. Curiosamente, la Galera, como sabemos, era una cárcel sólo de mujeres, pero el decreto también se comunica a los tablaejeros de la plaza Mayor y plazuelas, que son varones casi todos ¿Sería que eran sus esposas o criadas quienes atendían realmente las tablas? Hay datos que indican que las “denunciaciones y prisiones” se hacían a quien despachaba, aunque no fuese la titular, por mucho que ésta tuviera la responsabilidad subsidiaria.

Las tablaejas del Rastro están al pie del negocio durante toda la jornada, que comienza a las tres de la mañana en verano –las cinco en invierno- se interrumpe a las once y se reanuda a las dos, hasta las “avemarías”. Cada una necesita contratar a seis criados: tres hombres, uno para que cuelgue la carne y dos para que la dividan y partan los despojos; y tres mujeres, una para partir, pesar y distribuir las piezas en la tabla (porque ellas se ocupan de contar y percibir el dinero), y las otras dos para vender los despojos o menudos. Es decir, las tablaejas del Rastro dan empleo directo a más de 250 personas. En 1735, el salario que perciben estos empleados incluye la comida más un jornal diario que para unos es de 3 reales y para otros más de 6, sin que sepamos el criterio que rige la diferencia; estipendios que son más altos de lo normal, según refieren las tablaejas,

²³⁶ AHPM, prot. 11.648, f. 248.

²³⁷ AHN, Consejos, lib. 1.299, pp. 606-609.

porque, de otro modo, “no hallarían gente que quisieran acomodarse a este infeliz ejercicio”.²³⁸ Aun así, las relaciones no siempre son armoniosas. En 1732, Josefa Rodríguez y Francisca García se querellan contra dos mozos cuarteadores, ya que, por haberlos despedido, se habían presentado en el puesto a las tres de la mañana, habían arrojado al suelo la carne para dársela a los perros que traían consigo, y proferido insultos y amenazas.²³⁹

En estos primeros años de la década de 1730 parece incrementarse el conflicto entre unos tablajeros escasamente remunerados, que han de vender el género a las posturas establecidas, observar otros bandos del mercado y apechar con multas y prisiones por supuestas faltas; y unas autoridades resueltas a sacar todo el dinero posible de estas denuncias, a lo que contribuye aún más el decreto de 1735 ordenando redoblar la vigilancia en los Repesos. En esta coyuntura, las 42 tablaieras del Rastro exponen al Consejo de Castilla que, siendo el colectivo con mayores gastos y más trabajo, reciben menos asignación que los tablajeros de la Carnicería mayor y plazuelas. A ellas sólo se les paga 2 maravedíes por cada libra de carne que venden, mientras que a los demás se les asignan 4. A los gastos que tienen que arrostrar de salarios y mantenimiento de herramientas, se suma el pago a la Villa de 8 ducados por el puesto, del que están exentos los otros tablajeros. Solicitan, por consiguiente, que se les pague lo mismo que al resto de sus colegas. El Consejo termina aceptando que a las tablaieras del Rastro se les iguale en remuneración a los dueños de las otras carnicerías; en lo tocante a las penas por faltas en el peso, ordena que sólo se tengan por faltas aquellas que se produjesen dentro de las carnicerías o en el paso a los Repesos, pero no fuera de esos recintos, pues las justicias no deben “salir a paraje desviado a buscar los delitos”. Frase en la que subyace el reconocimiento del acoso a los tablajeros.²⁴⁰

A partir de 1743, cuando la Junta de Abastos toma las riendas del abastecimiento cárnico, asistimos a la reorganización profunda de las tablas que vimos en el capítulo anterior. En ese año hay en el Rastro 40 puestos de carne, 15 de menudos y 14 de tocino y pescado. En la nómina de sus titulares sólo hay 4 varones.²⁴¹ Un nuevo reglamento conduce al relevo de los tablajeros existentes en todas las plazas, incluida la del Rastro,

²³⁸ AHN, Consejos, lib. 1.322, ff. 20-26.

²³⁹ AHPM, prot. 16.378, f. 306: 21 junio 1732.

²⁴⁰ AHN, Consejos, lib. 1.322, ff. 20-26.

²⁴¹ AHN, Consejos, lib. 1.331, ff. 607-625.

por los maestros cortadores valencianos; aunque, como señalé más arriba, algunas familias anteriores permanecen. En el Rastro, las tablaejas son asimismo sustituidas por 10 tablajeros que se rigen por el mismo reglamento que en el resto de carnicerías. Este fue el golpe final a una institución femenina que había sido central en el mundo del Rastro desde sus orígenes, como “tratantas” primero y como “tablaejas” después ¿Qué fue de estas trabajadoras? Las fuentes callan. Al parecer, al ser propietarias de las tablas, recibían un montante anual en concepto de alquiler.²⁴²

Más arriba señalé que los carniceros valencianos no fueron bien recibidos, según informa el administrador general del abasto de carnes, Cristóbal Fernández de Arce, en 1743. La única satisfecha con la nueva ordenación sería la propia Junta, que declaraba el “beneficio que ha experimentado el público en la providencia tomada con aprobación de V. M. en haber facilitado viniesen a pesar la carne al Rastro tablajeros de la ciudad de Valencia y de la reducción del número excesivo que había de tablas, en que se ahorran más de dos mil reales al día”.²⁴³ Cuando unas décadas después estos mismos titulares señalen que el oficio no lo podía ejercer una mujer, seguramente aún no se habría borrado de la memoria colectiva que muchas mujeres del Rastro habían demostrado todo lo contrario durante siglos.

El “gremio de mondongueras”

No corrió la misma suerte otro oficio femenino del Rastro asociado al de la carne: el de menudos, despojos o mondongos. Como expuse más arriba, la carne de carnero era un producto caro, de difícil acceso para las economías de los más débiles, razón de que los menudos se convirtieron en un componente básico de la dieta de las clases populares, muy demandado también por los bodegoneros. Ya vimos que las tablas de carne reservaban dos mesas para vender los despojos tanto en las del Rastro como en las ubicadas en otras áreas de la almendra central. Pero hubo desde la Baja Edad Media personas que se especializaron en ir a los mataderos a comprar al por mayor o “levantar” los menudos de los carneros que se sacrificaban y venderlos al peso en mesas sitas alrededor de las carnicerías. José U. Bernardos afirma que estas personas eran mujeres. Cuando en marzo de 1561, Felipe II pregunta al Ayuntamiento de Madrid

²⁴² Bernardos Sanz, **No sólo de pan...**, *op. cit.*, p. 454.

²⁴³ AGS, Gracia y Justicia, leg. 806.

acerca del abastecimiento de carnes en la futura corte, éste informa que el reparto de los despojos sólo ha servido de “pendencia y embarazo”, porque “se crían con ello unas 20 o 30 mujeres vagabundas que no sirven de otra cosa más que de estar todo el día en el contorno del rastro en unas mesillas vendiéndoles”. Las autoridades intentaban poner trabas al trabajo femenino en los alrededores del Rastro. En 1597 el Consejo prohibía que los tratantes tuviesen “ayudaderas” bajo pena de cien azotes y dos años de destierro, amparándose en que hacían subir el precio del producto y que esta gente era “vagabunda y de mal vivir”. Pero estas medidas no fueron efectivas y chocaban con la realidad cotidiana del trabajo en el mundo del Rastro: tratantes y tratantas siguieron con sus ayudaderas y las mujeres con su trato en menudos.²⁴⁴

No era insignificante el comercio de menudos y los ingresos que aportaba a la Villa, ya que en 1610 los alcaldes trataban con más respeto a las “vagabundas” llamándolas “menuderas”. Una de las condiciones de la obligación de carne era que se pusieran puestos en las carnicerías “para que las menuderas vendan las tripas y menudos”.²⁴⁵ En 1642 se nombraban 16 mujeres en la Carnicería mayor, 3 en Red de San Luis, 3 en Antón Martín y 3 en Santo Domingo. Aunque trabajaban para el obligado, no se libraban del acoso de las autoridades del mercado; algunas fueron multadas por el fiel del Repeso mayor con 4 reales por suponer que ejercían sin licencia.²⁴⁶ Aparte de esta vía de provisión a través de los obligados, funcionaba paralelamente la iniciativa privada de mujeres que iban a los mataderos municipales a por los menudos que sobraban, pagando las alcabalas y otros impuestos, para venderlos tanto en el Rastro como en el resto de carnicerías. En ese año de 1642, cinco mujeres, en representación del colectivo, pedían a la Sala de Alcaldes que les levantara la prohibición de vender, pues tenían permiso del Consejo. La alta magistratura madrileña no pudo sino ceder a la petición.²⁴⁷

A mediados del siglo XVII el mercado del Rastro seguía siendo libre; se mataban los carneros que los tratantes traían para que sus mujeres vendieran la carne y probablemente también los despojos, en mesas aparte, como harían como tablaejas a partir de 1676, según vimos más arriba. Pero estaba, además, el referido grupo femenino

²⁴⁴ Prieto Palomo, *El abastecimiento...*, *op. cit.*, p. 297.

²⁴⁵ Bernardos Sanz, *No sólo de pan...*, *op. cit.* p. 104.

²⁴⁶ AHN, Consejos, lib. 1.227, ff. 169 y 391.

²⁴⁷ *Ibidem*, ff. 200-204.

que levantaba los menudos en el matadero del Rastro, algunas de cuyas integrantes lo hacían también en el de Villa y Corte. La regulación de 1676 no las afectó y siguieron levantando las “suertes” de menudos. En las primeras décadas del XVIII dichas suertes aparecen ya fijadas en 16, por lo que es esta la cantidad de familias que encontramos a partir de entonces en el trato, organizadas como cuerpo de oficio. A partir de aquí, el protagonismo masculino comienza a ser mayor, aunque el gremio se mantiene con mayoría de efectivos femeninos hasta bien entrada la década de 1770. La menudera que se casa comparte su “suerte” de menudería con el marido, que se incorpora con ella a la corporación, y probablemente también al oficio, en el caso menos habitual de que contrajera nupcias con alguien ajeno a él.

Las “casas mondongueras” de las 16 familias que controlan este comercio se ubican en el entorno de la plazuela del Rastro y es en ellas donde los dependientes contratados por las menuderas procesan los despojos del siguiente modo:

“...inmediatamente de alzarse (...) los vientres o menudos, y sin intermisión de tiempo alguno (...) verterles en el vaciadero y extraer de ellos toda su inmundicia, y sucesivamente les han de pasar a sus casas y lavarles una y otra vez con distintas aguas hasta dejarles bien depurados y con el mayor aseo; y hecho este trabajo, les han de dejar con toda limpieza en seco, hasta la hora de media noche, en la cual, prevenida la hoguera necesaria se han de introducir en una caldera grande y mantenerles el tiempo necesario para darles el temple correspondiente; a efecto de mondar y limpiar, sazónándoles, de modo que al amanecer estén ya perfectamente aderezados”.²⁴⁸

Estas 16 familias del Rastro adoptan una organización gremial, que al parecer había tenido unas viejas ordenanzas de las que posteriormente se pierde la pista, dotándose de unas nuevas, aprobadas por el Consejo de Castilla en 1771. Por eso, cuando en la década de 1780, Eugenio Larruga informa sobre el “gremio de mondongueras” no usa el término en sentido amplio, como sinónimo de oficio, sino en sentido estricto. El femenino, sin embargo, es genérico, ya que hay varones practicándolo, aunque ellas son mayoría; en realidad, los miembros del gremio son matrimonios, viudas, viudos y

²⁴⁸ Prieto Palomo, *El abastecimiento...*, *op. cit.*, p.429.

solteras, como veremos después. Algunas de estas familias están emparentadas con las tablaejas y otras personas que operan en el entorno del Rastro. En 1717, tres María Fernández, las tres viudas y “tratantas en el gremio de menuderos”, dan poder para pleitear en nombre de las demás viudas en una demanda que han puesto a los otros integrantes de la corporación “sobre maravedíes y otras cosas”.²⁴⁹

Los miembros del gremio contratan anualmente con el obligado de las carnicerías la compra de los menudos a unos precios que varían según las partes (“pescuajos” (*sic*), vejigas, añojos, entresijos ...). Hay evidencia de que también levantaban los llamados “cabos” o manitas de los cerdos sacrificados. El género lo pagan semanalmente, y si alguno falla en el levantamiento de la suerte que le corresponde, el resto de colegas se hace cargo de ella. Al mismo tiempo, se comprometen a vender al obligado de las velas todo el sebo que extraigan de los menudos, así como las cordillas a los fabricantes de instrumentos musicales. En 1733, un maestro de este oficio, el italiano Nicolas Sibestro, se queja ante los alcaldes porque las mondongueras autorizadas para venderle las cordillas no lo quieren hacer y le han dicho a su criado que “son antes los gatos que no las cuerdas”. Ellas alegan que el maestro no les quiere pagar el precio que consideran justo, pero ruegan a la Sala que no proceda contra ellas, pues están dispuestas a entregarle siete docenas de cordillas cada una, y piden asimismo que la obligación se reparta entre las 16 que componen el gremio. Son cuatro casas mondongueras las que tienen asignada la provisión al maestro Sibestro, las dirigidas por Juana Bailona, María de la Cruz, María López y María Otero. Los apellidos Bailona y de la Cruz los hemos visto ya entre las tablaejas del Rastro.²⁵⁰

Las menuderas van a los mataderos a alzar los menudos, pero probablemente no los tocan; a partir de su compra, los criados y criadas se encargan del resto. No podemos dar cifras exactas, como en el caso de las tablaejas, pero son varios los dependientes que contrata cada casa mondonguera. Las arriba mencionadas afirman que, al pago de los menudos, se añade el “costo de mozos y criadas para recogerlos y lavarlos”. En el mismo matadero, los mozos se encargan de poner los menudos alzados en unos pellejos, que los obligados debían suministrar, para transportarlos hasta la casa mondonguera en unas seras. Allí las criadas y “criados de caldera” se encargan del lavado, mientras otros

²⁴⁹ AHPM, prot. 15.024, f. 34: 2 junio 1717.

²⁵⁰ AHN, Consejos, lib. 1.320, ff. 241-247.

barren hacia el arroyo las inmundicias que produce esta operación, actividad que les está prohibido realizar durante el día. Ahora bien, aunque en el Censo de Artes y Oficios de 1757 el apartado de menuderos añade a “los mozos que los despachan” (sin indicar su número), no hay duda de que la venta al público de los menudos era una actividad femenina casi en su totalidad. En las escrituras del gremio apenas se menciona este asunto. Tan sólo en la contrata, que hacen con el obligado de la carne en 1770, se hace referencia a que “los propios individuos, sus criados y personas que destinaren para el despacho de los menudos han de poder venderlos libremente en todos los puestos públicos y a cualquier horas del día, a los precios establecidos ...”.²⁵¹ Ya vimos que la matrícula de puestos de la plaza Mayor de 1800 indica que los 12 de criadillas y menudos están todos atendidos por mujeres y suministrados por Josef Morales “que tiene este ramo en el Rastro”.²⁵²

Morales es el apellido de una de las tablaejas del Rastro activas entre 1704 y 1714; también del marido de una menudera del gremio en la década de 1720, del obligado de la carne en esa década y del responsable del abasto de menudos del Rastro en 1800. No es un caso aislado. Aunque pueden ser homónimos, los apellidos repetidos indican que estas familias tratan tanto en carne como en menudos, ramos afines, que a su vez se vinculan con curtidores, mayordomos del matadero y otros oficios que conforman la integración socio-laboral del Rastro. En el gremio de menuderas, las suertes pasan de padres a hijos o, en ausencia de éstos, al cónyuge, los hermanos o sobrinos. Si los hijos son menores, es la viuda o el viudo quien continúa en el trato. La persistencia de los mismos apellidos depende obviamente del predominio de la descendencia masculina. Debido a la costumbre en los siglos modernos de escribir sólo el primer apellido, es imposible rastrear la línea femenina de sucesión de las suertes, a no ser que tengamos la improbable fortuna de dar con las escrituras que indican el nombre de los padres (testamentos, dotes) para los dieciséis individuos en varias generaciones. Entre 1720 y 1770, aparte de los Pérez, García y Fernández, atraviesan todo ese período los Zapata, Arias y de la Cruz. En la década de 1760 resurgen en la corporación apellidos de larga tradición en la carnicería como Ardura, del Valle y Dulac.

²⁵¹ AHPM, prot. 18.514, s/f: 27 julio 1770.

²⁵² AHN, Consejos, leg. 2.877.

En el gremio de menuderas hay mujeres y hombres o, para ser más exactos, matrimonios, viudas, viudos y, en menor medida, solteras o solteros. Su asistencia a las juntas delata un patrón irregular. A unas, normalmente las que discuten temas importantes que requieren acuerdo general, acuden ambos cónyuges. Cuando se trata de aspectos más rutinarios, como los apoderamientos al repartidor gremial para que pague o cobre, suelen ir los maridos, sobre todo si es para nombrar a los cargos (apoderado, repartidor, etc.), que invariablemente recaen en los varones. Viudas, viudos y solteras concurren por sí o en representación de otros miembros, normalmente menores tutelados. A la junta de 3 de julio de 1760 asisten siete matrimonios, un viudo, dos viudas y una soltera; en total 8 hombres y 10 mujeres, que representan 11 casas mondongueras.²⁵³ A la de 17 de marzo de 1768, en la que se decide quién ocupará una suerte vacante, asiste todo el gremio: 4 hombres y 10 mujeres, una por sí y en representación de su hermana, que representan a 15 casas mondongueras. La plaza vacante se le adjudica a Tomasa Arias, hija de menuderos.²⁵⁴ En la del 22 de junio, se decide sobre otra vacante, esta vez por fallecimiento de Francisca de la Paz, para la cual se nombra a su hijo Ramón Victoria, quien, como menor, será representado por su padre. A esta reunión acuden 2 hombres y 9 mujeres, de las que 3 son viudas, 4 casadas (una en representación de su marido ausente) y 2 solteras.²⁵⁵ En la junta de 27 de julio de 1770 se reúnen 8 matrimonios, un padre con su hija, 3 varones de los que desconocemos su estado, 1 viuda y 2 solteras, una de las cuales asiste también en representación de su sobrino; en total, las 16 casas mondongueras.²⁵⁶ En la junta plenaria convocada ocho años después, continúan los mismos miembros excepto dos: Antonia Ardura, casada, de quien no sabemos si falleció o había quebrado, cuyo lugar ocupa Felipe Fernández; y Andrés de la Cruz, que es sustituido por su hija menor, Margarita.²⁵⁷

Como en otros oficios del abastecimiento, la menudería presenta una marcada “endotecnia”. Los menuderos se casan dentro del oficio la mayor parte de las veces y la viudez no dura mucho, dado que enlazar con alguien con experiencia en el trato –y a poder ser con buena dote o capital- es la mejor garantía para la buena marcha de la

²⁵³ AHPM, prot. 19.406, f. 64, 3 julio 1760.

²⁵⁴ AHPM, prot. 17.496, f. 20, 17 marzo 1768.

²⁵⁵ AHPM, prot. 17.496, f. 67, 22 junio 1768.

²⁵⁶ AHPM, prot. 18.514, s/f., 27 julio 1770.

²⁵⁷ AHPM, prot. 18.517, f. 80, 1 julio 1778.

empresa. En las décadas de 1760 y 1770, para las que tenemos más información, las viudas superan en número a los viudos siguiendo la tendencia de la población general, en un gremio donde, además, las mujeres son mayoría. Entre otros, podemos citar los casos de María Cobos, casada en primeras nupcias con Francisco Arias y en segundas con Manuel del Valle, familias ambas con varios miembros en el oficio; Francisca de Torres, desposada con Cayetano de Torres y con Juan Dulac; y Feliciano del Prado, una de las más prósperas del grupo, que casa primero con Manuel Felipe de la Cruz, miembro de una importante saga de menuderos, y después con Antonio de Castro, a su vez viudo, cuñado de otra menudera, Teresa Rodríguez. Pero también hay viudas que no vuelven a contraer matrimonio y siguen solas en el negocio, como María Pérez. En 1760 está casada con Manuel Arias; ocho años después ya es viuda y se mantiene en dicho estado al menos una década más, compartiendo la suerte con su hija Francisca. Las solteras son minoría en el gremio, pero con iguales derechos y deberes que el resto de colegas, salvo que no son elegibles para los cargos gremiales por su condición femenina, no por su estado. Las dos que están activas en el gremio en las décadas referidas, María Ignacia Romano y Paula Pereira, ejemplifican bien las diferencias de fortuna dentro del colectivo.

María Ignacia Romano es fruto del segundo matrimonio de Alejandro Romano con María Fernández Peñamil, ambos menuderos de origen asturiano. Fernández es una de las tres Marías citadas más arriba, que en 1717 pleitean con otros miembros del gremio. En esa fecha ya es viuda de Romano y su única hija, María Ignacia, es aún menor. Contrae nupcias de nuevo con Fernando de la Paz, del que tiene otra hija, Francisca. En 1726 vuelve a enviudar, sigue en el oficio y ejerce, además, como tutora y curadora de dos huérfanos de otro matrimonio de menuderos. A su muerte, sus hijas María Ignacia y Francisca heredan, por distintas vías, una suerte de menudería cada una y se incorporan al gremio. Mientras que durante su vida profesional Francisca se casa fuera del oficio, María Ignacia, que ya está en activo en 1740, permanece soltera hasta que fallece en 1786. Parece que supo llevar bien el negocio, si tenemos en cuenta que de su padre no heredó ningún inmueble –de su madre no he hallado el testamento–, pero ella deja tres casas a su único heredero, Ramón Victoria, hijo de su hermana Francisca, ya fallecida,

que sucede a ésta en el gremio. Dos de estas casas se ubican en el Rastro y Lavapiés; la otra en la parroquia de San Ginés.²⁵⁸

La otra soltera, Paula Pereira, es el modelo de la trabajadora-empresaria cuyos ingresos no alcanzan sino para llevar una vida más o menos desahogada; al menos consta que no hizo quiebra como otros colegas. Nacida en Madrid, de padres gallegos, no hay datos acerca de la vía a través de la que ingresa en el oficio. No descarto que la suerte de menudos le llegase por un legado de algún amo o ama para quien pudiera haber servido en un principio, ya que hay antecedentes. No obstante, siendo de número reducido e inamovible, las suertes estaban muy disputadas, al igual que las tablas de carne después de 1743, pues siempre había más aspirantes que vacantes, y la última decisión, en definitiva, le competía al gremio tomarla en junta. Este era el principal motivo de fricción en el seno de la comunidad de menuderos. Entre 1786 y 1787, los fallecimientos de María Ignacia Romano, María del Rosario Fernández y la misma Paula, suscitan controversia en el gremio en cuanto a la adjudicación de las vacantes, hasta el punto de recurrir a la mediación del Teniente de corregidor. Una de las aspirantes, María del Valle, es rechazada, a pesar del criterio del cargo concejil, por lo que su marido eleva una súplica al Consejo de Castilla alegando que María tiene más derecho por ser hija de menuderos.²⁵⁹

Paula Pereira es de la misma generación que María Ignacia Romano. Desconocemos la fecha de su ingreso en el gremio, pero es asidua a las juntas a partir de 1760. En este año dicta su testamento, aunque no fallece hasta 1787. Por él sabemos que, al igual que María Ignacia, su familia más directa está constituida por su propia hermana, por la que siente un profundo cariño, y sus sobrinas. Pero, a diferencia de aquélla, que deja instrucciones muy precisas sobre la sucesión de sus propiedades y a qué han de destinarse en caso de fallecer su heredero, Paula se limita a repartir su mejor vestuario entre sus sobrinas, mejorando a la más pequeña, y 440 reales a una amiga viuda; no firma su testamento porque no sabe, no se detiene en dar instrucciones para el entierro,

²⁵⁸ AHPM, prot. 18.432, f. 491: “Testamento que otorgó doña María Ignacia Romano Fernández Peñamil”, 19 junio 1779.

²⁵⁹ AHN, Consejos, leg. 39.821, exp. 4.

lo deja a la voluntad de su hermana, heredera de sus bienes y albacea junto a dos colegas del oficio, Juan de Torres y José Ardura.²⁶⁰

Todas las casas mondongueras se localizan en el entorno de la plazuela del Rastro (barrios de Mira el Río, San Isidro, La Comadre, San Cayetano y Huerta del Bayo), como indiqué al principio. No es seguro que, además de lugar de trabajo, fuesen también residencia de las familias menuderas; pero, sin duda, éstas vivían en el vecindario al igual que los tratantes y tablaejas y la mayoría de sus dependientes. La mondonguería de Feliciano del Prado está en la calle de la Ruda, donde también mora su colega, Manuel Zapata; pero ella reside en la de Mira el Río. María del Rosario Fernández posee dos casas, una en la calle del Peñón y otra en la de San Pedro, barrio de San Cayetano. María Ignacia Romano, como vimos, tiene otras dos en la plazuela del Rastro y en la calle La Comadre. Los mozos y criadas, cuando no se alojan en la propia mondonguería, como sugiere la referencia a camas destinadas a ellos, alquilan y a menudo comparten cuartos en la zona. Por ejemplo, en 1779, uno de los mozos de María Ignacia Romano, Antonio Maíz, vive con su compañero en la calle de Mira el Río, frente al llamado cerrillo del Rastro, donde unos años después habita junto a otro mozo Ángel Feito, que asiste en una tabla de carne.²⁶¹ Aunque el acceso a la base de estos oficios es muy abierto, acogiendo a buena porción de inmigrantes, las relaciones de parentesco y paisanaje son una vía segura. El apellido Feito, por ejemplo, tiene representantes en todos los niveles de la jerarquía del oficio: aparte del mozo referido, el marido de una menudera y quien puja para el levantamiento de los bofes de carnero y vaca en 1796.²⁶²

En resumen, la contratación de los menudos en los mataderos y su venta al público son actividades que, al menos desde el siglo XVI, emprenden las mujeres y adquieren una notable entidad en el entorno del Rastro, junto al ramo de la carne. Fueron ellas quizás las primeras en entrever el potencial de negocio que suponía la demanda creciente de despojos entre las clases populares, a medida que el precio de la carne se incrementaba. La menudería, como la gallinería, comenzó siendo una actividad conjugada en femenino en la documentación administrativa y, en el caso de las menuderas o mondongueras, fue

²⁶⁰ AHPM, prot. 16. 691, f. 95: “Testamento que otorgó Paula Pereira, de estado soltera”, 2 junio 1760.

²⁶¹ AHPM, prots. 24.814, f. 70: “Declaración de pobre otorgada por Antonio Maíz, soltero”, 17 marzo 1779; y 24.818, f. 128: “Testamento de Ángel Feito”, 30 mayo 1784.

²⁶² AHN, Consejos, leg. 1.754, exp. 5.

así hasta bien entrado el siglo XVIII. Cuando a inicios de esta centuria aparece como cuerpo de oficio, el protagonismo de los esposos, hijos y hermanos de las menuderas aumenta, reforzado por el hecho de que la familia, como en los demás ramos del abastecimiento, es el puntal de la organización del trabajo, acceso y transmisión del oficio. El “gremio de mondongueras”, como lo llama Larruga, destaca como una corporación atípica en el panorama laboral-empresarial del Madrid del Setecientos. A lo largo de todo el período, las mujeres se mantienen en mayoría dentro del gremio; las casadas, asociadas a sus esposos y asistiendo a la mayor parte de las juntas en igualdad de condiciones, sin ninguna restricción salvo la de ser elegidas para los cargos corporativos. Al no disponer de sus ordenanzas, renovadas en 1771, desconocemos si éstas estipulaban algo sobre las viudas o las solteras; pero en el resto de la documentación no hay rastro de disposiciones, frecuentes en otras instituciones de esta naturaleza, tales como la obligación de que el marido se incorporase al gremio como condición para que su esposa pudiese permanecer en él.

No obstante, el mundo del Rastro no se agota en el matadero y los oficios de la carne y los menudos, que sin duda fueron el motor de su desarrollo como espacio distintivo de la ciudad. El Rastro forma parte de la red administrativa del abastecimiento de la capital, dotado de su propio Repeso; de modo que, antes de 1743, las más de 40 tablas de carne y el doble de menudos conviven con las de pescado y tocino, los cajones de fruta, verdura y otros mantenimientos, sin contar la venta ambulante que se entremezcla en sus calles. En 1776 hay 24 cajones sólo de verdura y fruta. A finales de siglo, se matriculan en la plazuela y su entorno 203 puestos de todos los géneros, en los que ya no se incluyen las decenas de tablaejas. De ellos, más de la mitad (53,6%) son de titularidad femenina. Si nos ceñimos a la plazuela, hallamos 92 puestos, de los que 59 – el 64,1 por ciento – pertenecen a mujeres. Como señalé más arriba, la matrícula no especifica el género de cada uno de estos puestos; pero hay 53 a la mano izquierda de dicha plaza vendiendo fruta, manufacturas, quincalla y libros.²⁶³ Superpuesto a estos dos mercados, el derivado del matadero y el del abasto, se abre camino en la plaza del Rastro un tercero, que esta vez no tiene que ver con los mantenimientos, sino con artículos manufacturados, mayormente usados; y tampoco está relacionado con regulaciones administrativas, sino con la iniciativa de los vecinos de estos barrios del

²⁶³ AHN, Consejos, leg. 2.095, exp. 26

sur, que abren espacios colectivos de intercambio como forma de supervivencia. Volveré sobre ello en el próximo capítulo.

Seberas y traperas

En el barrio del Rastro hay una calle, la de Los Cojos (actual Capitán Salazar Martínez), pegada al matadero municipal y el albergue de San Lorenzo, entre la Puerta de Toledo y la calle Arganzuela (véase plano 5, p. 224). Es el epicentro de dos de las actividades de reciclaje más importantes de la ciudad: la recogida de sebo y de trapo. Ambos materiales de deshecho son la materia prima de varias industrias. El sebo lo es de las fábricas de velas, jabón y untes para coches; el trapo, de los molinos de papel. En la calle citada hay, de hecho, almacenes donde se agolpa el trapo recogido para su venta a los papeleros. Las familias que allí residen se dedican a la recogida de estos productos. Aunque, como vimos más arriba, las casas mondongueras debían vender el sebo sobrante a los obligados de las velas, ello no alcanzaba a cubrir toda su demanda. Las vecinas de la calle de Los Cojos y otras aledañas se dedican a recorrer la ciudad, con una cesta en el brazo, voceando a los criados de las casas para que les den el sebo sobrante de las cocinas y llevarlo a vender a las fábricas.

Conocemos la actividad de estas trabajadoras porque, en 1787, llaman la atención del Corregidor. A este le escandaliza que estas mujeres, algunas jóvenes, se ganen la vida con una actividad que exige deambular por las calles. Por ello, el 15 de junio de ese año ordena al cabo de Recogimiento de Pobres que las vigile y prenda. Las acusa, además, de hacer la competencia a los “compradores y abastecedores para el surtido de dicho género”. El 19 de junio, el cabo detiene a 8 seberas de varias edades: entre ellas, María Díaz, soltera de 19 años, hija de un curtidor; Francisca Álvarez, de 18, casada con un traperero; Isabel García, de 20, soltera, hija de un zapatero de viejo; y Antonia Serrano, de 18, casada con un traperero: oficios todos ellos abundantes en la zona del Rastro. El resto de las detenidas son mayores, una de 50 años cuyo cónyuge se halla en presidio. Todas ellas declaran que compran el sebo donde “se las llama”, llevándolo a vender a la Administración del Abasto de la Villa u otras fábricas donde se les paga mejor. Ese mismo día son puestas en libertad con la condición de que no vuelvan a andar por las calles a buscar sebo y se apliquen “según sus edades a labores honestas *en sus casas* con

que puedan *buscar su manutención cuidando al propio tiempo de sus familias*”.²⁶⁴ Las mujeres pobres deben tener un trabajo remunerado, pero uno que las mantenga dentro del hogar.

Apenas un mes más tarde, las industrias de velas de sebo acusan la falta de suministro. Los administradores del abastecimiento de este producto informan que, desde hace catorce o quince años, al menos 22 mujeres les entregan regularmente el sebo que recogen, sin notarse fraude alguno, “antes sí hemos observado ser sujetas de buena conducta”. Los mismos fabricantes se quejan de carecer de dicho material desde la prohibición de las seberas, por lo que no pueden cumplir con los encargos de suministrar velas a las tropas de la guarnición de la Corte, las guardias de Corps, las Casas de Correos y las Reales Caballerizas. Piden, por consiguiente, que se dé licencia a algunas de estas mujeres. El Corregidor lo desestima. Responde a los productores que se busquen otras fuentes de suministro, porque lo prioritario es que dichas mujeres tengan “los *destinos femeniles* honestos que les corresponden en sus respectivos estados, asistiendo a sus casas y al *cuidado* de sus padres, maridos o hermanos, sin el riesgo de perderse a sí mismas y a otras”.²⁶⁵

Privadas de su medio de vida, las seberas desafían la prohibición, lo que provoca una sucesión de detenciones. La Sala de Alcaldes media en el asunto y pide un informe al fiscal del Consejo de Castilla, que en esas fechas es Campomanes. El político asturiano opta por armonizar el interés particular con el público y propone que se regule la actividad de las seberas haciendo un registro de ellas, dándoles licencias para ejercer, previo pago de una cantidad, y manteniéndolas bajo vigilancia. Propone un plazo de 15 días para que las seberas acudan a matricularse a la misma Sala, dando sus nombres, edad, estado, dirección y oficio del marido. En principio, una de las condiciones es que hayan cumplido los 20 años. Se les debe advertir que han de comunicar a la Subsecretaría de Gobierno cualquier cambio que realicen de domicilio, estado u “otra novedad”, teniendo en cuenta que estarán vigiladas por los alcaldes y alguaciles de sus respectivos barrios y cuarteles. La contravención de cualquiera de estas normas se

²⁶⁴ Énfasis mío, AHN, Consejos, lib. 1.378, f. 269.

²⁶⁵ *Ibidem*, f. 276.

penaría con “fuertes sanciones, la privación del ejercicio y la reclusión en San Fernando por el tiempo que la Sala tenga por conveniente...”.²⁶⁶

En su respuesta al fiscal, la Sala envía una propuesta de regulación y afirma que el motivo de haber emprendido acciones contra las seberas es el descuido familiar en que incurrén, ya que “la miseria en que viven envueltas estas gentes” y su falta de “economía y gobierno” les familiariza con “el vicio a que se ven precisados a recurrir para asegurar el sustento”. Éstas, además, salvo el rato que andan las calles gritando, viven en una continua “ociosidad”, juntándose “con otras de su especie o de hombres”. Como colofón de ese discurso denigratorio de las mujeres y la pobreza del que nos ocupamos en la primera parte, el supremo tribunal cortesano sostiene que la causa última de tanto inconveniente es la maldad intrínseca de las mujeres en general y de las pobres en particular, que, “siendo malas por sí” pueden contaminar el vecindario y contribuir a que otras “pierdan la honestidad”.²⁶⁷

Campomanes no entra a valorar estas consideraciones, sino que baja al terreno práctico para intentar suavizar las condiciones impuestas a las seberas. Propone que los derechos que han de pagar por la licencia se moderen, que las multas se reduzcan a la mitad y que la pena de reclusión para las infractoras se rebaje de 2 años a 6 meses.²⁶⁸ Finalmente, el 12 de febrero de 1788 se formaliza la matriculación de las seberas y se opta por observar la antigua norma de excluir de la venta en la calle a las solteras menores de 40 años. En esta primera matrícula se inscriben un total de 32 mujeres, cuya media de edad es de 48,5 años. Hay entre ellas 23 casadas y 9 viudas. El oficio de los maridos, en los 20 casos que se añade este extremo, muestra el predominio de los traperos (9), seguidos de peones de albañil (3), oficiales zapateros (2), jornaleros (2), oficial zurrador (1), carretero (1), soldado (1) y pajarero (1). Todas estas familias viven en la calle de los Cojos (9), Arganzuela (5) y las aledaños de Sombrerete, San Bernabé, Zurita, Comadre, Ribera de Curtidores y Huerta del Bayo.

Vemos, por tanto, que buena parte de las seberas están casadas con o son hijas de traperos, otra actividad inicialmente perseguida. Desde las primeras décadas del XVIII,

²⁶⁶ *Ibidem*, f. 293.

²⁶⁷ Énfasis mío, *Ibidem*, f. 296.

²⁶⁸ *Ibidem*, f. 300.

se detecta la presencia de hombres y mujeres que salen por las noches con una talega al hombro y un palo largo con “garabatillo” en la punta, con el que registran los desperdicios del suelo y en los basureros públicos y privados. Para las autoridades, se trata de vagabundos. En agosto de 1722 la Sala de Alcaldes ordena que ningún hombre ni mujer “con el nombre de traperos ni buscattrapos salgan de sus casas a ninguna hora de la noche hasta que sea de día claro que se les pueda ver y reconocer”, alegando que alborotan a los perros, ocasionan “inquietudes” y son cómplices en hurtos.²⁶⁹ En 1726 las rondas de los alcaldes realizan varias detenciones. La del amanecer encuentra en la calle Duque de Alba a Francisco Rodríguez; en la calle Imperial a dos mujeres, María Santos González y Manuela Sanz, ambas casadas; y en la calle de Toledo a María Sánchez, soltera, junto a su hermana. Se les encarcela e impone una multa de 20 ducados a cada uno para salir en libertad. Sin duda, una suma astronómica para estas personas, que se defienden alegando que su actividad es lo único que les permite alimentar a sus hijos. Los magistrados, finalmente, acuerda rebajar la multa a 2 ducados. Aún así, supone una considerable merma para sus economías, ya que se trata de trabajadores muy pobres, como constatan los alguaciles cuando prenden al trapero Agustín de Soto un año después y le multan con 20 ducados. Van a su domicilio para embargar bienes por una suma equivalente y se encuentran con que no hay “nada que pueda valer cosa alguna”.²⁷⁰

La recogida de sebo y trapo parece servir de guía a una división del trabajo por sexo en el seno de estas familias. Mientras que el acopio del primero se muestra como una actividad ejercida sólo por las mujeres, de la recogida del segundo, a la que se añade el hierro viejo y otros metales, se ocupan los hombres. Aunque en la primera mitad del Setecientos hemos visto a mujeres detenidas por ejercer esta actividad, más tarde son los varones las cabezas más visibles en ella, llegando a organizarse en gremio. Sus ordenanzas de la primera década del siglo XIX demuestran que el oficio comienza a ser considerado un servicio municipal. A cambio de su reconocimiento público, los traperos se comprometen, entre otras cosas, a recoger los perros y caballerías muertos y llevarlos a los muladares así como a devolver los objetos de valor o documentos que hallasen en

²⁶⁹ AHN, Consejos, lib. 1.309, f. 347.

²⁷⁰ AHN, Consejos, libs. 1.313, ff. 224 y 337; y 1.314, ff. 234 y 315.

sus búsquedas.²⁷¹ No obstante, siguió habiendo mujeres en la recogida de trapo, probablemente las esposas de los traperos y de otros trabajadores pobres, como sugieren algunos expedientes de la Comisión de Vagos. En los difíciles primeros años del XIX, hay algunas que suplican a la Sala que les dejen recoger trapo para salvar el hambre, sin que las molesten los traperos.²⁷²

No sabemos a cómo pagaban los administradores del abasto y las fábricas a las seberas la libra de este material, pero probablemente les daban una miseria, ya que las proveedoras son vecinas de uno de los barrios más pobres de la ciudad y denostadas por las clases acomodadas. Mientras que la recogida de trapo parece ser una actividad más lucrativa, la de sebo no ayuda a salir de la extrema pobreza, especialmente si se tiene edad avanzada. En 1783, el marido de Josefa Juzgado, anciano de 83 años, es detenido por la ronda cuando pedía limosna en las tiendas de San Ginés, y enviado a San Fernando. Las autoridades objetan a su libertad, que Josefa pide, porque ella se dedica a buscar sebo por las casas de la villa y venderlo a su abasto, cuya “industria produce tan poco que apenas le supe para comer”, cuanto menos para mantenerle a él.²⁷³ Se trata de un oficio que podríamos considerar como parte de las estrategias de supervivencia de los trabajadores pobres, pero contribuye a la economía urbana por cuanto es parte del suministro de importantes fábricas, de las que depende la iluminación incluso de las Reales Caballerizas o las Guardias de Corps. Sin embargo, es infravalorado y, al igual que la venta ambulante y otros trabajos perseguidos, escorado al terreno del delito y el pecado, como parte del dispositivo de control de la población pauperizada de Madrid.

Cap. 10. Artesanas y comerciantes: las industrias de la ropa y su distribución

El término “ropa” se utiliza aquí en sentido amplio, englobando la indumentaria exterior e interior, el ajuar de cama (sábanas, colchas, mantas...) y de casa (cortinas, manteles, servilletas, toallas...). La factura de estas prendas constituye la fase última del proceso de producción textil, que se inicia con la preparación de la materia prima (lana, seda,

²⁷¹ AVM, Secretaría, 2-242-20: “Ordenanzas formadas para el régimen y gobierno del gremio de traperos de esta corte ...” (1818). Los traperos eran llamados también mauleros, quizás por confusión con los que vendían retales de telas en la plaza Mayor (en el portal de Mauleros). Diego de Torres Villarroel describe al “Maulero Garrapata” llevando “bajo el sobaco derecho un gran cestón, y en la mano izquierda (...) un cachiporro de seis cuartas, con un garfio, en ademán de escarpia, en el remate”: **Los traperos de Madrid. Pronóstico de 1760**, Madrid: Joachim Ibarra, 1759, p. 3.

²⁷² AHN, Consejos, lib. 1.394, f. 840.

²⁷³ AHN, Consejos, leg. 39.823, exp. 1.

lino, cáñamo, algodón), continúa en la hilatura, el tejido y otras maniobras según el tipo de material (tundidos, batanados, tintes) y acaba en la confección. Hay acuerdo entre los historiadores de la Edad Moderna en que el crecimiento económico de las ciudades se debió en buena medida a la industria confeccionista, en la que el trabajo femenino tuvo un papel fundamental. Como sabemos, Madrid cumple con creces este patrón.

La ropa salida de los talleres, aun la de calidad ordinaria, era un producto caro, que no sólo cumplía una función práctica (protección del cuerpo) sino también simbólica (signo de posición social) y económica (reserva de valor y sustituto del dinero), esta última especialmente importante entre las clases subalternas, como apunté en la primera parte. Es útil tenerlo en cuenta porque ayuda a desentrañar la organización del trabajo y las formas de distribución de estos productos, así como entender por qué las prendas tenían una vida tan longeva y azarosa: se hacían o compraban nuevas, se usaban, se cosían, se rehacían, se remendaban, si es que por el camino no se donaban, trocaban, revendían, empeñaban o robaban; hasta que se transformaban en trapos para limpiar, atar, filtrar o dar al trapero, que las ponía a disposición de los molinos de papel.

A pesar de la rebaja de costes que facilitaron las innovaciones textiles del siglo XVIII en Europa, vestir “decentemente” implicaba un gasto que no estaba al alcance de todo el mundo, especialmente de ese cuarenta por ciento, aproximadamente, de trabajadores que en el Madrid del Setecientos vivía en el umbral de la pobreza. La polarización social de una ciudad cortesana condujo a la especialización productiva en los oficios de la confección –las llamadas obra de nuevo y de viejo-, dirigidas a demandas diferenciadas, así como a la proliferación de mercados de segunda mano, que, tanto en la corte española como en otras capitales europeas, no fue ni mucho menos un sector marginal del mercado urbano.²⁷⁴

Al igual que otras industrias, en la confección es difícil escindir la manufactura del comercio. La mayoría de las unidades de producción son también lugares de venta y muchos productores son asimismo vendedores. Por otro lado, la elaboración y acabado

²⁷⁴ En otras regiones del Viejo continente se ha avanzado más en el estudio de estos mercados. Véase, por ejemplo, Beverly Lemire, “Consumerism in Preindustrial and Early Industrial England: The Trade in Secondhand Clothes”, *The Journal of British Studies*, 27/1 (1988), pp. 1-24; y de la misma autora, “Peddling Fashion: Salesmen, Pawnbrokers, Tailors, Thieves and the Second-hand Clothes Trade in England, c. 1700-1800”, *Textile History*, 22/1 (1991), pp. 67-82; Miles Lambert, “Cast-off Wearing Apparell’..., *op. cit.*

de las prendas, que se lleva a cabo en el obrador del sastre, la ropera, la modista o costurera, requiere la incorporación de complementos (botones, cordones, cintas, pasamanos, encajes, bordados ...) que son producidos en talleres especializados donde los adquieren tanto los confeccionistas como el público. La propia confección llegó a disgregarse en ámbitos especializados atendiendo al tipo de prenda (calceteros, casulleros, cotilleros, manteros, coleteros...). En este mercado de productos y de trabajo hay, como en otros sectores, dos niveles: el legal, regulado y organizado corporativamente; y el informal, no regulado pero a menudo perseguido por considerarse ilegal; no obstante, ambos funcionan de manera interrelacionada y en los dos el trabajo de las mujeres es una pieza clave. Su estatuto laboral conoce una transformación en el último tercio del XVIII, que examinaré con más detalle en la tercera parte.

En el siglo XVIII Europa experimenta un incremento de la producción, variedad y consumo de prendas de vestir, lo cual se ha explicado como consecuencia de la rebaja de los precios de los textiles y el aumento de la demanda. En una ciudad cortesana como Madrid, aunque no podemos asegurar que dicha rebaja se produjera, pues no contamos con estudios al respecto, es evidente que en la segunda mitad de la centuria la variedad de prendas se incrementa en todos los sectores sociales, aunque en distinto grado.²⁷⁵ La ropa nueva e incluso la usada siguen teniendo un precio elevado para los trabajadores pobres, que en buena parte se ocupan en oficios textiles y de confección, de cuyos talleres y fábricas están llenos los barrios del sur. Ello explica el desarrollo del reciclado y el intercambio de ropa usada en espacios que las capas populares abren al afecto en distintas plazas, como parte de sus estrategias de supervivencia o adaptación a la merma de los salarios reales. Del mismo modo, las industrias de la confección ofrecen una oportunidad a los artesanos que cuentan con suficientes medios de producción: son los comerciantes de paños, lienzo, sedas y los roperos, fabricantes-mercaderes, quienes dan el tono al centro comercial de la ciudad, la plaza Mayor, y logran acumular capital.

²⁷⁵ Como demuestran los ajueres de la población trabajadora analizados en V. López Barahona y J. A. Nieto Sánchez, "The Costumes of Popular Classes in Eighteenth-Century Madrid", comunicación presentada a la **X European Social Science History Conference**, Viena, 23-26 de abril de 2014.

La sociedad moderna hereda del período medieval dos formas de producción de prendas de vestir: la doméstica dirigida al autoconsumo, que en el siglo XVIII pervive especialmente en el medio rural; y la producción mercantil de los talleres de sastrería que confeccionan la ropa a medida, bajo pedido de un cliente que aporta la tela y los complementos, previo paso por las tiendas. Desde el establecimiento de la Corte, la crema de los sastres madrileños viste a los privilegiados, pero el grueso de la confección se desarrolla en un archipiélago de pequeños talleres en los que se emplea el maestro y su familia y, a lo sumo, uno o dos oficiales. El sector se polariza, diluyéndose el principio corporativo de desigualdad limitada. Algunos sastres comienzan a generar estrategias de maximización de beneficios y se transforman en una poderosa elite mercantil urbana, de modo que, en 1625, el 40 por ciento de los mancebos y oficiales trabajan para cuatro maestros sastres.²⁷⁶ Otros se benefician de la mano de obra temporal y no cualificada de los llamados añeros y meseros así como de la femenina, algo que ya tuvimos ocasión de comprobar en el capítulo 3.

Por otro lado, también desde 1561, para las demandas más modestas surgen vías alternativas de aprovisionamiento de ciertas prendas de vestir nuevas a través de la producción doméstica a cargo de mujeres, que comercializan sus productos en mercados populares llamados almonedas o baratillos. En 1588 vemos a las camiseras de lienzo instalando puestos en la Puerta del Sol, pese a las prohibiciones. En realidad, como en otras capitales europeas, la hechura de prendas de lienzo se desarrolla en Madrid como un oficio marcadamente femenino aunque no llega a cristalizar en corporación, como en París.²⁷⁷ En 1612, en la misma plaza se aglomeran las mesas de “ropería vieja y nueva” y “mujeres que dicen ser cosedoras”.²⁷⁸ La Sala de Alcaldes ordena la renovación del “pregón del baratillo”. Las infracciones se castigan con vergüenza pública -escarpia y argolla se alzan al efecto-, y prisión en caso de reincidencia.²⁷⁹

²⁷⁶ Nieto Sánchez, **Artisanos y mercaderes...**, *op. cit.*, pp. 146-147.

²⁷⁷ AHN, Consejos, lib. 1.197, f. 247.

²⁷⁸ AHN, Consejos, lib. 1.201, f. 221.

²⁷⁹ Sobre los baratillos en el Madrid de los siglos XVI y XVII, J. A. Nieto Sánchez, “Mercados marginales: baratillos y exclusión social en Madrid durante el siglo XVII”, en S. Castillo y P. Oliver (coords.), **Las figuras del desorden. Heterodoxos, proscritos y marginados**, Madrid: Siglo XXI/Asociación de Historia Social, 2006 (ejemplar en CD).

Al gremio de sastres no se le escapa el volumen comercial de esta industria doméstica y venta de ropa vieja y nueva dirigida a los sectores con menor poder adquisitivo. Pronto en su seno se singularizan, por un lado, los *sastres roperos de viejo* o ropavejeros, especializados en la rehechura, composición y comercialización de ropa usada, entre los que hay un grupo de *mauleros* dedicados a la venta de retales, quienes dan nombre a uno de los portales de la plaza Mayor. Por otro lado, la elite del gremio, los *sastres roperos de nuevo*, advierte que la lentitud del proceso de confección de prendas nuevas, a medida, y su elevado precio, no se adaptan bien al *boom* de la demanda de uniformes, hábitos, libreas, prendas iguales y en crecido número, que la corte genera; ni a las necesidades y capacidad adquisitiva de una creciente clase media compuesta de hidalgos de mediano pasar, funcionarios de escala menor, criados de la Casa Real, artesanos prósperos, tenderos, pretendientes, etc. De ahí que decidan embarcarse en una oferta de prendas estandarizadas, listas para llevar, dando paso a una producción más barata que la hecha a medida, para un público anónimo. Así es como surge el *pret-a-porter* de la época, aunque quizás esta no fuese más que su manifestación empresarial, pues hemos visto que desde el último tercio del siglo XVI hay noticia de mujeres lenceras ofreciendo camisas hechas y probablemente también otras prendas. Sin embargo, a diferencia de esta producción doméstica y perseguida que se comercializa en baratillos, las tiendas de los roperos de nuevo se ubican en el corazón comercial de Madrid (portal de Roperos en calle Mayor lindante a la plaza y las calles adyacentes de Boteros, Amargura y Toledo). Lope de Vega se hace eco de la novedad que representan en la capital hispánica estos establecimientos, donde “se pone a mesa puesta quien a los sastres no aguarda”, en aquella “calle milagrosa donde sin tomar medidas visten a tantos”.²⁸⁰

Durante algún tiempo, la historiografía europea sostuvo que esta industria de la ropa lista para llevar (*ready-to-wear clothing*) nació en Inglaterra a finales del XVII. Estudios posteriores demostraron que el fenómeno también se había desarrollado en las ciudades de Italia y los Países Bajos en los siglos XVI y XVII, ejemplos a los que

²⁸⁰ La primera cita, en José Antonio Maravall, **La cultura del Barroco**, Barcelona: Ariel, 1990, p. 192; la segunda en el mismo autor, **La literatura picaresca desde la historia social (siglos XVI y XVII)**, Madrid: Taurus, 1986, p. 688. Para este especialista, las roperías son una manifestación del surgimiento en la Edad Moderna de la producción en serie, que experimentan también otras industrias como la pintura o la imprenta.

podemos añadir el caso de Madrid.²⁸¹ Los roperos de nuevo -31 maestros en 1625- se benefician de la demanda de uniformes para el ejército durante la Guerra de los Treinta Años, suscribiendo contratos con la Administración para el surtimiento de importantes partidas. Entre 1637 y 1648, las 11 contratas añaden 4.255.574 reales a sus arcas.²⁸² El éxito de las roperías atrae al oficio a personas ajenas a él dispuestas a invertir, que en décadas posteriores desaparecen. Pero también otorga a este grupo de sastres suficiente influencia y capacidad económica como para organizarse en corporación independiente en 1636, con el nombre de “gremio de mercaderes de ropería”. Una denominación más acorde con su carácter de mercaderes-fabricantes, que combina la producción de mayor escala con la venta al detalle.²⁸³

Por supuesto, esta aventura empresarial entraña cambios en la organización del oficio. Los roperos de nuevo establecen tallas y modelos estandarizados para hombres, mujeres y niños; adelantan capital para hacer acopio de las telas al por mayor –de calidades medias y ordinarias-, surtiéndose en las propias tiendas y lonjas de paños de la ciudad o a través de factores ubicados en diversas zonas industriales. La hechura de las prendas -o partes de las mismas para su posterior ensamblaje- la externalizan en diferentes talleres de sastrería u otras unidades domésticas, creando una especie de división técnica del trabajo y una cadena de subcontratación de mano de obra. Así es como los roperos consiguen rebajar los costes de producción y, por tanto, el precio final de las prendas, que ofrecen en sus tiendas con facilidades de pago mediante un sistema de crédito y plazos. Estamos, por tanto, ante un empresariado de la industria y comercio del vestido, una clase media laboral arraigada en el corazón comercial de Madrid, agente destacado

²⁸¹ Sobre el surgimiento de las prendas listas para llevar en otras regiones europeas, D. Roche, **La Culture des apparences. Une histoire du vêtement (XVIIe-XVIIIe siècles)**, París: Fayard, 1989; Carlo M. Belfanti, “Le calze a maglia: moda e innovazione alle origini dell’industria della maglieria (secoli XVI-XVII)”, **Società e Storia**, 69 (1995), pp. 481-501; Beberly Lemire, **Dress, Culture and Commerce. The English Clothing Trade before the Factory, 1660-1800**, Basingstoke: Macmillan, 1997; Harald Deceulaer, “Entrepreneurs in the Guilds: Ready-to-wear Clothing and Subcontracting in late Sixteenth- and early Seventeenth-century Antwerp”, **Textile History**, 31/2 (2000), pp. 133-149; Margaret Spufford, “The cost of Apparel in Seventeenth-Century England and the Accuracy of Gregory King”, **Economic History Review**, 53 (2000), pp. 677-705; y J. de Vries, **La revolución industrial. Consumo y economía doméstica desde 1650 hasta el presente**, Barcelona: Crítica, 2009.

²⁸² Esta cifra es cinco veces superior al total pagado por 3.308 personas en el impuesto extraordinario de 1625, y supera en un millón la fortuna del regidor más acaudalado de Madrid durante todo el siglo XVII.

²⁸³ V. López Barahona y J. A. Nieto Sánchez, “La ropa estandarizada: Innovaciones en la producción, comercio y consumo de vestuario en el Madrid del siglo XVII”, **Sociología del Trabajo**, 71 (2011), pp. 118-135.

en la vida social de la parroquia de San Ginés, con la representación y prestigio de que dota al gremio su cofradía de Ntra. Sra. de la Cabeza.²⁸⁴

Las familias roperas movilizan un sustancial volumen de trabajo, que, por desgracia, no abunda en las fuentes. En este renglón conviene distinguir la actividad de transformación realizada dentro de las tiendas (que eran también obradores y residencia de la familia) y fuera de ellas. Como en el resto de oficios artesanos y comerciales, la tienda está dirigida por el cabeza de familia –el maestro ropero–, aunque en la práctica también las roperas casadas y sin duda la viudas desempeñan esta función directiva. En el mancebo delegan todo lo relativo al despacho de la tienda, la relación con el público y el manejo de los libros contables. Cuando hay más de uno de estos empleados, se nombra a un “mancebo mayor”. Este puesto de capataz o encargado siempre es ocupado por un varón, normalmente asalariado, con unos ingresos que oscilan entre los 9 y 12 reales diarios a mediados del XVIII, más el vestido. A veces reside en la propia tienda y en muchos casos establece compañía con los dueños –normalmente por 4 o 5 años– recibiendo un porcentaje de las ganancias netas anuales.²⁸⁵

La nómina de los llamados trabajadores “de casa” se alarga a los aprendices, oficiales y, sobre todo a partir del siglo XVIII, oficialas, así como a criadas, que son en unos casos criadas domésticas y en otros “de tienda”. El cometido de estas últimas es dar de comer y cuidar la ropa de los mancebos y demás empleados, y quizás también la limpieza del local. En cuanto al matrimonio ropero, apenas hay información que permita discernir si uno o ambos cónyuges, además de dirigir, participan en la elaboración de ropa. Los pocos datos disponibles sugieren que pudo darse dicha participación. Por ejemplo, en la escritura de compañía que suscriben en 1719 los matrimonios Matías Merino y María de Montes, de una parte, y Francisco Enche y Catalina Rodríguez, de otra, una de las condiciones es que estos últimos hayan de asistir, “con su familia” a la tienda para la “manufactura y hacer y obrar todo lo que en ella se necesitase”.²⁸⁶ Claro que, en este caso, Enche y Rodríguez no aportan ningún capital a la compañía, en la que tan sólo se

²⁸⁴ Véase María Belén Basanta Reyes, “La parroquia de San Ginés de Madrid”, **Cuadernos de Arte e Iconografía**, IX (2000), pp. 17-18.

²⁸⁵ El mancebo de Manuel Ochaíta gana en 1764 un jornal de 12 reales. Contrae matrimonio con la hija de éste y forma compañía con su suegro por la cual tiene derecho a su vez a la cuarta parte de las ganancias de la tienda. El matrimonio es la principal vía de ascenso en el oficio para los mancebos: AHPM, prot. 19.139, f. 278: “Compañía Manuel Ochaíta y Pedro San Martín”, 2 enero 1764.

²⁸⁶ AHPM, prot. 15.288, f. 166, 9 junio 1719.

dedican a la administración de la tienda, propiedad de Merino y Montes. No obstante, la misma María de Montes hace referencia en su testamento a “la oficiala que me asiste”, lo que indica su implicación en el trabajo. Son datos aislados que, por otro lado, dejan claro que buena parte de los dependientes llamados “de casa” (criadas, aprendices, sastres, oficialas, mancebos) son parientes o paisanos de los roperos, como es común en todos los gremios mercantiles.²⁸⁷

El trabajo externo, que tampoco despunta en las fuentes, presenta mayor complejidad. Desde el siglo XVII, los roperos se valen de maestros sastres –no más de dos por ley- y oficiales -de sastre o ropero-, que a su vez emplean a “sus familias” (mujeres, hijos, criados). Los contratos encomiendan a los oficiales de ropería “coser, hacer y ejecutar vestidos y demás géneros que fueran necesarios para el surtido de su tienda, así en ella como en otra cualquier parte sin que sea visto por la visita de los maestros sastres”. Es importante la precisión “en otra cualquier parte”, pues abre la posibilidad de que los encargos se realicen en las casas-taller del sastre u oficial contratado. Los inventarios de Pedro de Medina, en 1769, y de Manuel José Gallego y Bárbara Mingoranz, en 1790, hacen referencia a “ropas en casa de los oficiales” y “diferentes ropas que tienen los oficiales para hacerlas”. Es probable que este sea uno de los motivos por los cuales no hemos hallado referencias a “oficiales de casa”, así como se hace a “oficiala”, según vimos, lo que apunta al trabajo externo de los primeros, que implica el de los miembros de sus unidades domésticas.²⁸⁸

La mano de obra que ocupa la industria de ropería de nuevo transita dentro y fuera del marco gremial, de modo que, al trabajo de los sastres y la subcontratación que promueven, se suma el extra-gremial de mujeres, niños y artesanos empobrecidos. Cuando a mediados del siglo XVIII se reforman las ordenanzas de los sastres, su procurador señala que los roperos se valen de “obradores de mujeres, muchachos o medios mancebos, donde se ejecuta la más de la obra”.²⁸⁹ El trabajo femenino es constante desde la centuria precedente, cuando sabemos de lenceras que confeccionan camisas para las roperías, mientras que otras costureras se afanan en hacer ojales y otras partes de las prendas. En el siglo XVIII volvemos a tener alguna noticia de un “obrador

²⁸⁷ AHPM, prot. 17.560, f. 799, 1 diciembre 1750.

²⁸⁸ AHPM, prots. 19.140, ff. 198 y ss; y 19.145, ff. 103 y ss.

²⁸⁹ AHN, Consejos, leg. 490, s/f (enmienda al capítulo 10 de las ordenanzas del gremio de sastres).

de mujeres”. Este trabajo sumergido revela la conexión de la industria formal, agremiada, con la informal, más abundante, del batallón de mujeres y hombres que en Madrid se afanan en los oficios de la aguja. En la década de 1780, Larruga afirma que los roperos de nuevo mantienen a “más de 4.000 personas de ambos sexos dentro de la Corte” y su influencia se extiende “a los pueblos de sus contornos hasta 20 o 30 leguas”.²⁹⁰

A diferencia de los grandes comerciantes de los Cinco Gremios, provenientes en su mayoría de la cornisa cantábrica y Navarra, los mercaderes de ropería proceden de un entorno geográfico más cercano a la capital, localidades de la provincia de Madrid y Castilla la Nueva con tradición de industria textil (Valdaracete, Getafe, Ocaña, Leganés, Brihuega, Cifuentes ...). La estructura del oficio reposa en unos grupos familiares que trabajan y se reproducen a través de relaciones de parentesco, paisanaje y amistad. Este es un patrón característico del mundo laboral, especialmente de sus estratos superiores, en una sociedad feudocorporativa articulada por relaciones de patronazgo. En el caso de los roperos, como de otros oficios urbanos, el parentesco hay que entenderlo en sentido amplio, incluyendo vínculos de segundo y tercer grado e incluso la familia política, lo que dota a sus unidades domésticas de una estructura más colateral que paterno-filial. Los matrimonios dentro del oficio son la norma, dando lugar a la formación de redes sociales que vinculan a un número más o menos elevado de unidades familiares.²⁹¹ Estas redes tienden a asegurar cierta protección frente a los riesgos de quiebra –nada infrecuentes–, facilitar la integración en el oficio de parientes o allegados, mantener las tiendas capitalizadas y su transmisión dentro de la comunidad. Con este fin se forman compañías, se firman acuerdos, obligaciones, cesiones y poderes, se conciertan matrimonios y se generan dotes.²⁹²

Las ordenanzas del gremio de ropería, más volcadas a los detalles técnicos de la confección de la ropa que a la propia organización interna, no estipulan nada acerca de las mujeres, extremo que se rige por la costumbre. En este aspecto, la ropería se asemeja

²⁹⁰ Larruga, **Memorias...**, *op. cit.* vol. I, p. 342.

²⁹¹ Al igual que en otros oficios artesanos, como ha subrayado J. C. Zofio, “Reproducción social y artesanos. Sastres, curtidores y artesanos de la madera madrileños en el siglo XVII”, **Hispania**, LXXI/237 (2011), pp. 87-120.

²⁹² Véase, por ejemplo, el acuerdo suscrito por los roperos Manuel Crespo, Pedro Plácido de Medina y Fabián de Tordesillas, estos dos últimos sobrino y yerno respectivos de Cristóbal de Lucio y Gertrudis Fernández, de edad avanzada, para asegurarles una vejez tranquila tras haber quebrado: AHPM, prot. 19.140, ff. 131-145, 8 julio 1768.

más a las corporaciones mercantiles que a las de artesanos, por cuanto las viudas de maestros roperos continúan con el negocio y como miembros del gremio sin ningún impedimento, y las hijas heredan las tiendas en igualdad de condiciones que los hijos. El gremio no se reúne a menudo, siendo varones quienes acuden a las juntas, ya que las viudas suelen apoderar a sus mancebos para representarlas en ellas, como acostumbran también las viudas de los Cinco Gremios Mayores. Las casadas no son miembros nominales del gremio, cargo que corresponde al cabeza de familia, pero ejercen el oficio y a menudo aportan, mediante dote o herencia, una tienda al matrimonio; de ahí que a veces encontremos que cada uno de los cónyuges conserva su propio mancebo. Las roperas poseen la misma pericia e identidad de oficio que sus consortes, como evidencia que se llamasen a sí mismas -y otros las denominasen- “mercaderas de ropería” e incluso “individuas del gremio de ropería”, así como los poderes que sus esposos les confieren para dirigir el negocio. Por ejemplo, Manuel de Quirós, debido a su edad y achaques, apodera a su segunda esposa, Manuela López, para que dirija el negocio “por la mucha experiencia que tiene en el referido comercio”.²⁹³

Algunas roperas, casadas y viudas, llegan a ser personajes relevantes en la comunidad comercial de la plaza Mayor. En la primera mitad del siglo, Valdaracete aporta varios miembros prominentes, como Bernardo García Ochoa y su pariente, la citada María de Montes, que llegan a conformar la red social más vasta e influyente de la ropería madrileña. Bernardo, hombre religioso y respetado, ostenta el cargo de tesorero del gremio y tiene un puesto análogo en el Hospital General. María proviene de una familia muy extensa, pues su madre se casa sucesivamente con dos hermanos y de cada uno tiene varios hijos. Algunos de sus numerosos tíos y sobrinos se ocupan en oficios de la confección y llegan a trabajar para las tiendas de ella y su marido, Matías Merino, miembro de otra amplia red familiar oriunda de Getafe. Nuestra protagonista mantiene relaciones con esta densa nube de parientes de primer, segundo y tercer grado, cuñados y resto de familia política, como pone de relieve su testamento, otorgado en 1750.²⁹⁴ De los cuatro hijos que tiene de su matrimonio con Merino, del que enviuda en 1740, solo le sobrevive María Antonia Merino, casada con el ropero Pedro Felipe Fernández y fallecida sin descendencia un año después de su madre. En estas circunstancias, las tiendas que María Antonia hereda se transmiten a otra red familiar, dado que su viudo se

²⁹³ AHPM, prot. 18.897, f. 168, 31 agosto 1755.

²⁹⁴ AHPM, prot. 17.560, f. 799, 1 diciembre 1750.

vuelve a casar y, al morir sin hijos, deja una en herencia a su segunda esposa, Manuela Calderón, que se mantiene al frente de la misma durante bastante tiempo.²⁹⁵

No obstante, durante su trayectoria profesional, el matrimonio Merino-Montes promociona a parientes o allegados que se convierten asimismo en prósperos comerciantes, sobre todo a través del establecimiento de compañías. Por ejemplo, en julio de 1727, Francisca Bachiller, joven huérfana de la localidad de Valdaracete relacionada con María de Montes, es dotada por ésta y su esposo para su boda con el viudo Manuel García, a su vez cuñado de María. Poco después, los Merino-Montes toman en traspaso la tienda quebrada de su pariente Francisco Enche, en la calle de la Amargura, y ceden su gestión a Francisca y su esposo mediante la constitución de otra compañía.²⁹⁶ Francisca Bachiller enviuda a los pocos años y permanece en ese estado al frente del negocio durante más de cuatro décadas. Su carrera fue exitosa. Cuando fallece, en 1775, regenta dos tiendas contiguas en la calle de la Amargura, una de ellas de su propiedad, cuyos géneros se tasan en 219.010 reales, y ha casado a su única hija, María García, con el ropero Pedro Plácido de Medina, miembro de la otra prominente red familiar del gremio, que se mantiene activa durante todo el siglo.²⁹⁷

El caso de los Montes-Merino es singular en la documentación del gremio, pues si bien la mayoría de compañías en el oficio se establecen entre colegas varones o entre el maestro o la viuda con su mancebo, aquéllos las suscriben con otros matrimonios, aparte del arriba referido. María Montes, apodada La Rubia, debió de alcanzar bastante popularidad en el barrio y el oficio, puesto que, bastantes años después de su fallecimiento, los sastres y oficiales que habían trabajado para ella -no para su marido- todavía la recuerdan; incluso a la tienda de su yerno, Pedro Felipe, se la conoce como “la del yerno de la Rubia”. En la segunda mitad de la centuria no he detectado un personaje femenino tan destacado como ella o su protegida, Francisca Bachiller; pero

²⁹⁵ En su testamento de 1751, María Antonia Merino, más acaudalada que su madre por la herencia que recibe de su otro progenitor, reparte sus haberes entre su numerosa familia consanguínea y política. En legados a diferentes institutos religiosos destina 18.370 reales, así como diferentes joyas a la Virgen patrona de Valdaracete y de otras localidades cercanas. Funda, además, una capellanía y memorias de misas con la renta de la casa y bodega que hereda de su madre, en la calle de Calatrava: AHPM, prot. 18.503, f. 379, 10 septiembre 1751.

²⁹⁶ AHPM, prot. 15.019, f. 752, 5 febrero 1728; la dote de Francisca, en prot. 15.019, f. 544, 3 julio 1727.

²⁹⁷ En 1780, María García y Pedro Plácido de Medina traspasan las dos tiendas heredadas de Francisca al ropero Antonio Peña: AHPM, prot. 19.143, f. 373, 15 febrero 1780; f.444, 6 junio 1780; f. 437, 17 junio 1780; f. 463, 19 junio 1780. .

hubo otras roperas prósperas, como María Antonia de la Torre, hija y viuda de roperos, que vuelve a enlazar con otro miembro del gremio llevando la sustanciosa dote de 326.919 reales, incluida la tienda, situada en la calle Montera.²⁹⁸ La citada Manuela Calderón, segunda esposa del yerno de la Rubia, continúa una década más, desde el fallecimiento de éste, dirigiendo la tienda, hasta que su quebrantada salud la obliga a traspasarla a otro colega.²⁹⁹

En general, llama la atención la buena relación que mantienen los cónyuges roperos, tanto en sus primeras como en sus segundas o terceras nupcias, ya que no hay indicio de tensiones o conflictos. Los poderes mutuos para dictar testamento son entre ellos la pauta dominante. Cuando no hay herederos forzosos (hijos vivos ni ascendientes), se nombran uno a otro. De haber hijos menores, ellos las nombraban a ellas tutoras y curadoras de los mismos y a menudo albaceas y testamentarias. Se puede decir que, dentro de la desigualdad inherente al sistema patriarcal dominante, lo que primaba en el oficio de ropería eran unas relaciones más igualitarias en el matrimonio que aseguraban no sólo la prosperidad y reproducción del negocio familiar, sino también la capacidad empresarial de las mujeres.

Los casos de ascenso social en la comunidad de roperos son raros, más bien se puede afirmar que están más expuestos al descenso, pues no es infrecuente que hagan quiebra, aunque la red social dentro del oficio se ocupe de amortiguar las consecuencias. El único caso de ascenso que he podido documentar es el de Micaela de Medina y Lucio, la menor de los 9 hijos de Pedro de Medina, patriarca de la otra red social que domina el oficio hasta bien entrado el Setecientos. Es una familia muy numerosa, contrariamente a lo que es la pauta general en el gremio, por lo que Micaela recibe en herencia media tienda. En 1769, la cede a su hermano, Pedro Plácido, que posee otra, y con una dote más que notable para los estándares de los roperos -226.791 reales-, se casa con Domingo Antonio de Posadillo, miembro de los Cinco Gremios Mayores.³⁰⁰

En realidad, parece que las familias roperas no aspirasen sino a mantener su *status quo* en el seno de la comunidad mercantil de la Plaza Mayor y su entorno. Al ser la

²⁹⁸ AHPM, prot. 20.251, f. 117, 12 julio 1791. Su primer marido había sido elegido para alcalde del barrio de San Luis en 1783.

²⁹⁹ AHPM, prot. 19.140, f. 330, 3 octubre 1769.

³⁰⁰ AHPM, prot. 19.140, f. 261, 4 febrero 1769.

producción y el comercio detallista de donde derivan sus beneficios, y a pesar de las diferencias de fortuna existentes dentro de la corporación, sus capitales se mueven entre 80 y 90.000 reales, con escasa inversión en vales, censos, acciones y algo más en inmuebles y fundación de capellanías, entre los más acaudalados.³⁰¹ El gremio posee, sin embargo, un considerable capital social, favorecido en parte por la pertenencia de algunos de sus más influyentes individuos a la servidumbre de la Casa Real. Por ejemplo, Matías Merino era “ayuda de la Sausería de la Reina Nuestra Señora”; y su yerno, Pedro Felipe Fernández, “criado de Su Majestad en su Real Furriería”. Ya vimos también a Bernardo García Ochoa ocupando un cargo en la tesorería del Hospital, de ahí que muchas de las enfermeras de esta institución le debiesen diversas sumas por ropa - para ellas y para el centro- que sacaban de su tienda. No ocupa la cima del comercio urbano, pero estimula el mercado interno al proveerse de paños nacionales, dar trabajo directo e indirecto a un amplio número de personas, y surtir una demanda muy amplia. Tras la crisis finisecular y la guerra, la comunidad de mercaderes de ropería crece en número y la localización de sus tiendas se extiende hacia las calles de Montera y la Puerta del Sol, llegando en 1836 a englobar 65 familias.³⁰²

Ahora bien, las familias roperas se mueven en un sector que, en Madrid, genera multitud de oficios y relaciones laborales, por lo que no son inmunes a la competencia. La mayor proviene de las bolsas de producción de vestuario fuera de los cauces legales, surgidas por iniciativa de mujeres que, en la década de 1730, ofrecen batas hechas y vestidos bien acabados, sin que “les falte requisito para ponérselos y usarlos”, y los venden “públicamente a vista, ciencia y paciencia de los roperos”, según estos denuncian al Consejo de Castilla. Además, estas confeccionistas se hacen publicidad poniendo “tablillas en sus balcones pintando en ellas estas piezas y colgándolas en las mismas ventanas”.³⁰³ Lamentablemente, no hay evidencia que nos oriente en cuanto a la identidad de estas productoras domésticas, cómo organizaban el trabajo, qué tipos de prendas confeccionaban y a qué público iban dirigidas. Pero, sin duda, su industria constituía un auténtico quebradero de cabeza para los roperos.

³⁰¹ Ello les permitía un nivel de vida holgado, aunque sin excesos. Sus ajueres domésticos reflejan un mobiliario abundante (escaparates, mesas, sillas, escritorios, espejos, vajillas, etc.), y, por supuesto, un variado vestuario a la moda. Los libros están prácticamente ausentes, probablemente debido a un bajo nivel de alfabetización, si tenemos en cuenta que muchas roperas no sabían firmar, si bien esta tendencia revierte a medida que avanza el siglo XVIII.

³⁰² AHN, Fondos Contemporáneos, Delegación de Hacienda, leg. 18.114.

³⁰³ AHN, Consejos, leg. 464, exp. 18, f. 39.

A mediados del siglo XVIII, la corte está inundada no sólo de ropa hecha, sino también de una oferta de “moda”; de ahí que sus artífices se llamen modistas. Se trata de una actividad ejercida sobre todo por mujeres, que, en cierto modo, no compite directamente con las tiendas de ropería de nuevo. A diferencia de éstas y de los sastres, las modistas confeccionan exclusivamente “obra de mujer”; pero, además, responden a una demanda selecta, adicta a la moda, que busca la distinción en el vestir y que por ello no encaja en los patrones estandarizados de las roperías. Su clientela proviene de las clases medias ascendentes que adoptan los dictados de la moda francesa, principalmente, para vestirse y decorar sus casas. Estas familias son el vivero de los llamados *petimetres* y *petimetras*, que a finales de siglo se convierten en *currutacos* y *madamitas*; protagonistas de lo que Roche llamó la “cultura de las apariencias”. Las modistas, por tanto, están asociadas al lujo, tema controvertido en la España del Setecientos.³⁰⁴ Ellas son en buena medida responsables de la introducción de nuevas prendas de vestir femeninas de inspiración extranjera, como las batas, deshabillés, cabriolés, francesitas, polonesas, bostonesas, etc., amén de una miríada de complementos (escofietas, bonetes, bolsillos y adornos varios). Algunas de estas prendas llegan a tener tanta aceptación, que se convierten en oficios especializados como los de bateras y escofieteras.³⁰⁵

El gremio de roperos también se adapta al cambio de tendencias, como muestran sus inventarios; sin embargo, quizás la atención personalizada (a menudo a domicilio) de estas confeccionistas y sus constantes innovaciones en la hechura de las prendas las hiciese más atractivas a los grupos sociales descritos. Lo confirma el comentario de un escritor anónimo, para quien las modistas son preferibles a los sastres: “ya sea porque en ellas encontramos aquel cierto modo de interpretarnos el gusto en las modas (...) o bien por arte político que tienen para tratarnos”.³⁰⁶ Un aspecto que abunda en el

³⁰⁴ Un profundo análisis sobre la controversia del lujo en España, en Fernando Díez, **Utilidad, deseo y virtud...**, *op. cit.*, pp. 103-164. Un interesante estudio sobre *petimetras*, *majas* y moda en la España moderna, Rebecca Haidt, **Women, Work and Clothing ...**, *op. cit.*.

³⁰⁵ Son las *merchandees de modes* (modistas), las *mantuamakers* (bateras) y *milliners* (escofieteras) en otras ciudades europeas; véase el reciente trabajo de Deborah Simonton, “Milliners and Merchandes de Modes: Gender, creativity and skill in the workplace”, en D. Simonton, M. Kaartinen y A. Montenach (eds.), **Luxury and Gender in European Towns, 1700-1914**, Nueva York: Routledge, 2015, pp. 19-38. Mientras las bateras confeccionan batas —un tipo concreto de vestido femenino—, las escofieteras se especializan en la factura de tocados y adornos hechos con cintas, encajes, pasamanos y otros materiales finos.

³⁰⁶ HD/BNE, **Diario de Madrid**, 30 octubre 1803, p. 2.

atractivo de las modistas, bateras y escofieteras es que buena parte de ellas son francesas, lo que en sí constituye un valor añadido para la clientela. Larruga critica esta actitud por ser la causante de que las oficiales españolas que emplean estas confeccionistas no ganen “ni una tercera parte de jornal” que las extranjeras.³⁰⁷ No es extraño, pues, que algunas practicantes nacionales afrancesen su nombre o lo precedan con el título de “madama”. Parece que, en un principio, las prendas que producen no se ofrecen en tiendas, sino en sus casas, cuando no acuden ellas mismas o sus criadas a entregarlas a domicilio, guardadas en vistosas cajas de cartón, a imagen y semejanza de las que usaban sus colegas parisinas.³⁰⁸

En el último tercio del XVIII, la política tendente a la abolición de los gremios facilita la apertura de tiendas de modistas, donde, además de vestidos, es probable que también vendieran telas importadas, ya que las ordenanzas de los Cinco Gremios Mayores prohíben “a las bateras, escofieteras y modistas la venta y comercio de géneros al vareado, bajo la pena de comiso y de doscientos ducados de multa; debiendo las referidas bateras y escofieteras trabajar precisamente en ellas y sus oficiales las batas, desavillés, escofietas, juegos de ellas y demás invenciones de géneros, de telas y ropa de las fábricas de España”. Claro que esta disposición, como indica Larruga, “no tiene ninguna observancia en el día, ni tampoco la han solicitado los gremios”.³⁰⁹ La referencia a los oficiales, aunque en realidad son oficiales, indica que estas confeccionistas son trabajadoras autónomas que cuentan con personal dependiente, aparte de sus criadas. Como en otros oficios, entre las modistas se dan diferencias de fortuna y de capital relacional, despuntando un grupo que se ocupa en vestir a las personas reales y otros miembros de la Corte. En 1761, la batera Magdalena Lombardo, soltera, francesa, vive con otra del mismo oficio en un cuarto que es propiedad de la batera de la reina, seguramente la empleadora de ambas.³¹⁰

³⁰⁷ Según este autor, las leyes que prohibían la importación de ropa favorecieron la beneficiosa eclosión de estos ramos del lujo en la corte; no obstante -puntualiza- “no se puede tolerar sin indignación ver entrar en la casa de la modista una Señora a mandar hacer una bata; y prevenir ante todas cosas, ni la toque ninguna Española, sino Madama Rosa”: Larruga, *Memorias...*, *op. cit.*, t. IV, pp. 200-203.

³⁰⁸ Una tienda de cajas de cartón en la calle de Atocha expone como prueba de la calidad de sus productos el que “lo han experimentado todas las modistas y buena parte del Comercio”: AD/BNE, *Diario de Madrid*, 6 diciembre 1804, p. 3.

³⁰⁹ Larruga, *Memorias...* *op. cit.*, tomo I, p. 201.

³¹⁰ AHPM, prot. 24.802, f. 266, 6 noviembre 1761.

El éxito de la industria de la moda atrae a los varones a estos oficios, de modo que hay sastres que se reconvierten a modistas y bateros, así como hijas de maestros sastres que transforman el tradicional taller de sastrería en fábrica de batas y otras prendas de moda. Es revelador a este respecto el testamento del toledano José Brunete, otorgado en 1782, que se define “maestro sastre y batero” en la corte, con tienda en la plazuela de San Martín. En realidad, la “batera y modista” es su hija, Faustina, soltera, de 28 años, que trabaja en el taller dirigiendo a varias oficialas. El padre se deshace en elogios y agradecimientos hacia ella, con cuya “industria, trabajo y costura” se pudieron pagar 2.000 reales de deudas, sufragar las carreras de boticario y dibujante de sus dos hijos mayores, mantener su casa “con alguna decencia” y ahorrar la nada despreciable suma de 34.000 reales.³¹¹

Faustina Brunete es una próspera empresaria de la industria de la moda, que ejerce legalmente bajo el paraguas de la maestría de su padre y la propiedad del taller. Pero no todas las modistas disponen de estos recursos, por lo que su industria se mantiene como una actividad no regulada. En Madrid, al menos durante el Setecientos, no constituyen gremio reconocido, a diferencia de sus homólogas parisinas. Sin embargo, actúan como tal: toman oficialas y aprendizas e incluso en ocasiones escrituran los contratos de aprendizaje, lo que indica la prosperidad de algunos negocios de modistería. Entre 1776 y 1788, el matrimonio formado por Simón Mathieu y Juana La Roche, seguramente de origen francés, suscriben 6 escrituras de aprendizaje. Ambos se definen “modistas” y ella también aparece como “escofietera” y “maestra”, es decir, la que se ocupa de la instrucción de las aprendizas. La clientela selecta para la que trabajan les obliga a trasladarse de vez en cuando a los Reales Sitios. En cuatro de las seis escrituras, las aprendizas tienen apellidos que sugieren el origen galo o catalán de alguno de sus progenitores. Sólo en dos casos se explicita el oficio paterno, uno es peluquero y el otro, plumista de la Real Cámara.³¹² No obstante, el hecho de que en 1810 María Serrano afirme estar “examinada y aprobada por el gremio de modistas” indica que, posiblemente por influjo del nuevo gobierno francés, éstas alcanzasen cierta formalización.³¹³

³¹¹ AHPM, prot. 19.444, f. 119, 6 noviembre 1782.

³¹² AHPM, prots. 20.307, f. 285, 1 noviembre 1776; 20.308, f. 9, 4 febrero 1778; 20.309, ff. 20, 22 enero 1780, y 53, 22 abril 1780; 20.313, f. 28, 16 enero 1788.

³¹³ HDI/BNE, **Diario de Madrid**, 14 agosto 1810, p. 3.

El oficio, como arriba señalé, se sitúa en el centro de una controversia en torno a la moda y el lujo, en la que el trabajo es un tercer factor. Es en los discursos que producen estos encendidos debates donde las modistas son más visibles, aunque a través de las lupas de tratadistas, periodistas y moralistas. Unos, los adversarios del consumo suntuario, las representan como seres moralmente sospechosos, “instrumentos del lujo y de otras cosas peores”.³¹⁴ Curiosamente, en la imagen que de ellas se crea, heredan de los sastres la fama de embusteras, diestras en el arte de persuadir a las damas para que practiquen determinados consumos. Se las reprueba por ser las “madres del lujo” e introducir constantes cambios en las hechuras, como hace la “modificadora república de las bateras parisienses”.³¹⁵ Otros, favorables a la ostentación, también reservan reproches a las modistas por el gasto que suponen a los maridos y por incitar al derroche. En 1797 un lector del *Diario de Madrid* dirige esta pregunta: “¿Cómo quieren Vmds. que no haya Currutacos, ni Madamitas de nuevo cuño, si hay modas, y modistas, y padres que tienen complacencia en prodigar sus haberes para invertirlos en las manufacturas y fruslerías, que estas inventan y acopian de países extranjeros?”.³¹⁶

Las modistas y bateras hacen la competencia a los maestros y oficiales sastres. Uno de ellos protesta airadamente sobre el contenido de una carta anónima publicada en la prensa, en la que se “realza a las señoras modistas extranjeras” y se afirma que los sastres son perjudiciales al Estado debido a que su poca aplicación ha abierto el camino para que las foráneas se lleven tantos intereses. El maestro replica que se les hace un ultraje a los de su profesión que se especializan en la “delicada obra de mujer”. Alega que estas modistillas, sin poseer los principios del arte, llegan a la corte, abren obrador y se arrojan el título de “maestras de obra de mujer”; cuando, en realidad, no saben cortar los patrones y así los defectos de sus trajes los presentan como innovaciones de la moda. Merece la pena extractar la cita:

“... cuando se pone la regenta o catedrática a cortar algún vestido, escoge entre ellos el que halla más a proporción, y cortando largo y ancho, y deformemente, y en seguida cortando varias tajadas de tela ... y en los intermedios probando a sus

³¹⁴ HD/BNE, *El Corresponsal del Censor*, 1 enero 1786-12 diciembre 1788, n. 17, p. 6.

³¹⁵ HD/BNE, *Correo de Madrid (o de los Ciegos)*, 21 abril 1787, n. 52, p. 7.

³¹⁶ HD/BNE, *Diario de Madrid*, 12 julio 1797, p. 2. Véase también la “Carta del marido de una petimetra a los maridos de otras sobre la obra intitulada: Muestra de Trajes y muebles decentes, y de última moda”, en HD/BNE, *Diario de Madrid*, 26 enero 1791, p. 2.

oficialas, y dejando ensanchas donde no vienen al caso (...) pues señora, con la mayor facilidad se lo hallan hecho, si la manga viene grande, pliegues en ella (...) de modo que, cuando sacan una desproporción llevan más seguridad en la admisión de parte de la señora parroquiana, pues aquella rareza se la gradúan de una novedad de mucho mérito, y más si dice la batera que acaba de llevar otros ejemplares a la señora A, señora B”

En esta réplica también sale a relucir la situación de penuria que afecta a muchos menestrales, especialmente en los críticos primeros años del siglo XIX, lo cual refuerza su oposición al trabajo femenino, que es un fenómeno imparable y en aumento en el ramo de la confección. El maestro reprocha a aquellas personas que juzgan el mérito de la manufactura de las modistas y bateras sólo por haber visto en sus obradores “a sus oficialas mucha camisa, mucho gorrito en la cabeza, lazos, flores (...), y a nuestros oficiales muchos andrajos”. El maestro se lamenta de los más de quinientos oficiales que hay con sus familias pasando penalidades por la falta de trabajo, mientras las modistas extranjeras nadan en abundancia y prosperidad “debido a la aprensión”. No obstante, el autor de la réplica salva el orgullo profesional afirmando que, con todo, hay “señoras juiciosas que, desengañadas, conocen la diferencia de nuestras obras, y nos prefieren”.³¹⁷

No todas las modistas, bateras y escofieteras eran francesas, quizás sólo las que dirigían los negocios más prósperos. Nada más acabar el motín de 1766, las autoridades emiten el siguiente bando: “Se advierte a todas las Bateras y Escofieteras que están de asiento en Madrid, dentro de tres días salgan de la corte y de no hacerlo así se tomará otra determinación”; pero en las copias impresas originales hay una nota a mano advirtiendo que falta el “extranjeras”, lo que indica que el bando sólo las vinculaba a ellas.³¹⁸ Desconocemos lo que motivó esta orden de expulsión. Quizás algunas participaran activamente en el motín. No obstante, ello no impidió que las modistas, bateras y escofieteras, extranjeras y nacionales, fuesen uno de los colectivos laborales femeninos más pujantes en Madrid durante el resto del siglo, convirtiéndose, en la centuria

³¹⁷ HD/BNE, **Diario de Madrid**, 20 octubre 1803, pp. 1-3.

³¹⁸ AGS, Gracia y Justicia, legajo 1.009.

siguiente, en uno de los oficios más practicados por las vecinas de la capital. La acción estatal tuvo mucho que ver en esta evolución, como veremos en la tercera parte.³¹⁹

Las costureras

La confección de vestuario es un proceso que se compone básicamente de tres fases: trazar los patrones sobre la tela, de acuerdo a unas medidas, y cortarlos; coser o ensamblar las partes, y rematar. Para la primera tarea se precisa habilidad en el dibujo, cálculos aritméticos y destreza con las tijeras. Las otras dos requieren manejar con precisión y soltura la aguja y el hilo. Normalmente, quien sabe cortar sabe coser, pues el proceso de aprendizaje, formal o no, suele comenzar con el entrenamiento en la aguja, para concluir adquiriendo los secretos del corte. Es en este punto cuando se está en condiciones de alcanzar la maestría en el arte. En el Madrid de Setecientos, el ramo de la confección presenta unos patrones de interconexión entre la división sexual y técnica del trabajo. Aunque un solo artífice puede realizar todo el proceso de producción, en las economías de escala, como la de los roperos de nuevo, determinados trabajadores se especializan en la realización de una tarea concreta o incluso en la confección de partes de la prenda que serán ensambladas en otro lugar. Las ojaleras —u ojaladeras—, por ejemplo, reciben el nombre de su especialización. En estos talleres las mujeres son siempre empleadas para la costura y el acabado de las prendas, nunca para el corte.

La maestría formal únicamente pueden alcanzarla los varones encuadrados en los gremios de sastres y roperos de nuevo, lo que quiere decir que sólo ellos están legalmente capacitados para trazar y cortar patrones, aunque, como hemos visto, la confección desborda el marco corporativo y las modistas también cortan, ejerciendo una maestría *de facto*. Y al igual que éstas, muchas mujeres, como las que exasperan a los roperos poniendo tablillas anunciadoras en sus balcones. Sin duda, ellas también dominan el arte del corte, aunque no lo hayan aprendido en el taller de un sastre. Hemos visto asimismo a féminas cosiendo para maestros sastres y roperos, y no lo hacen bajo la categoría de oficialas; casos como el de Isabel Rodríguez, que en 1722 trabaja para un

³¹⁹ Véase, por ejemplo, Adela Núñez Orgaz, “Las *modistillas* de Madrid, tradición y realidad (1884-1920)”, en A. Bahamonde y L. Otero (eds.), **La sociedad madrileña durante la Restauración. 1876-1931**, Madrid: Alfoz, 1989, vol. II, pp. 436-450.

sastre que le debe algunas obras.³²⁰ Sepan o no los secretos del corte, son, como dije, invariablemente empleadas para coser y rematar las prendas. Estas mujeres no sólo componen una parte del asalariado de los maestros, sino que también trabajan de forma autónoma para particulares. Toda esta amplia y variada mano de obra sumergida de la confección es la que cae bajo la denominación de “costureras”. Este es, no obstante, un término que comienza a generalizarse –o al menos a hacerse más visible en las fuentes– a partir del último tercio del Setecientos y sobre todo en las primeras décadas de la centuria siguiente. Vimos, en efecto, mujeres que a comienzos del siglo XVII decían ser “cosedoras”, pero pasan desapercibidas en la documentación administrativa hasta las fechas referidas.³²¹

La categoría costurera entraña una gran versatilidad. Por un lado, la costura no sólo se aplica a la confección de vestuario y ropa en general, sino también a su reparación y mantenimiento. Esta última fase representa, en los siglos modernos, el más prolongado viaje de la ropa, como prueba la industria y el comercio que genera, probablemente superior en volumen al de la confección. Aquí las costureras también entran en juego. Por otro lado, ya sea en la obra de nuevo o en la de viejo, para talleres o para particulares, la costura es un oficio que las mujeres ejercen, por lo general, en sus propios domicilios o en los de sus clientes. En este último caso, está íntimamente asociada al servicio doméstico por cuanto es una de las habilidades que en muchas casas se exige a las criadas, e incluso en las más acomodadas la costurera es un miembro más de la servidumbre. Es un caso similar al de la lavandería. De hecho, muchas artesanas ejercen en determinadas casas confeccionando ropa para el mercado so capa de ser criada.³²²

A partir de 1784, podrán ejercer abiertamente en los talleres de confección como oficiales. Esperanza Adorno, casada con un maestro zapatero, ha estado doce años como oficiala en casa de un sastre, unos pocos años más en el obrador de un maestro golillero, y aun por la noche trabaja en su cuarto.³²³ Cuando en 1803 las autoridades ordenan salir de la corte a las mujeres casadas con maridos ausentes, afloran los recursos de algunas

³²⁰ AHPM, prot. 24.791, f. 79, 16 julio 1722.

³²¹ No he explorado las fuentes literarias para este caso, pero llama la atención que en los periódicos tampoco hallemos referencias a costureras hasta el último tercio del XVIII y éstas bastante escasas.

³²² Sarasúa, **Criados, nodrizas...**, op. cit., pp. 206-208.

³²³ AHN, Consejos, leg. 39.926, exp. 2.

empleadas en la costura como oficialas, por ejemplo, Josefa Arcos, esposa de un oficial sastre, que trabaja para un maestro del mismo oficio; y de otras que se emplean en la costura para particulares, compaginándola con otras tareas como lavar, hacer medias y planchar, caso de Antonia García, mujer de un cochero, que vive en una buhardilla de la calle de la Cruz. María Ochoa tramita su divorcio y mientras tanto está “sirviendo y trabajando a su oficio de costurera”. Juliana Camacho, casada con un soldado, se dedica “a trabajar en casas de costura cuando la falta donde asistir”.³²⁴

En Madrid hay un ejército de costureras que realizan labores en sus casas para clientes, al igual que las lavanderas. Cuando no son asalariadas, su trabajo es autónomo pero, en general, muy precario, inestable y mal pagado, especialmente si se dedican a la reparación. Muchas casadas no sólo cosen y remiendan la ropa de su familia sino también la de otros vecinos a cambio de una mísera remuneración: por ejemplo, en 1772, una mujer le ha hecho una camisa a un mozo asturiano por 4 reales.³²⁵ En 1785, un cocinero francés debe a la esposa de su testamentario 48 reales “por la compostura de su ropa durante bastante tiempo”.³²⁶ La costura de reparación, muy asociada al planchado, es el oficio que ejerce un batallón invisible de mujeres pobres, que apenas les alcanza para sobrevivir. Como en el caso de las lavanderas, las costureras a menudo se ven compelidas a completar con sus ingresos con la mendicidad o el socorro caritativo, al igual que sus homólogas parisinas.³²⁷

Sin embargo, algunas costureras, sobre todo las especializadas en las prendas de lino (lenceras), poseen un reconocimiento tácito de su maestría por cuanto son normalmente llamadas para tasar la “ropa blanca” de los inventarios de bienes que se realizan para particulares. Cada partida del ajuar (vestidos, cacharros de cocina, mobiliario) es normalmente valorada por un maestro del ramo (sastre, calderero, carpintero, etc.). En el apartado de textiles, la ropa blanca siempre se considera aparte y no entra en la competencia del sastre, sino de una mujer a la que se califica de diversos modos. Por ejemplo, en el inventario que, en 1716, se realiza de los bienes de un lanero, se indica que “por lo tocante a ropa blanca y otras cosas”, la tasadora es Manuela de Castro,

³²⁴ Estos casos, en AHN, Consejos, legajo 9.461.

³²⁵ AHPM, prot. 24.809, f. 61: “Declaración de pobre de Domingo López”, 10 marzo 1772.

³²⁶ AHPM, prot. 24.818, f. 167: “Declaración de pobre de Pedro Balat, 11 abril 1785.

³²⁷ Crowston describe las pésimas condiciones en que vivía el nutrido segmento de costureras y otras trabajadoras de la confección en París: Clare Haru Crowston, **Fabricating Women: The Seamstresses of Old Regime France, 1675-1791**, Durham, N. C.: Duke University Press, 2001, p. 83.

“persona entendida para ello”. En 1756, la ropa blanca de la menudera Feliciano del Prado es tasada por Antonia Pérez, “costurera en esta Corte”.³²⁸

Hemos visto hasta aquí cómo los oficios agremiados de la confección coexisten y se relacionan con los no agremiados, en los que tanto en el nivel empresarial como en el asalariado y, sobre todo, en el autónomo precario, las mujeres son mayoría. Su exclusión del canal formal del aprendizaje que las corporaciones de oficio proporcionan provoca el desarrollo de bolsas de producción autónoma libre de regulación, que utiliza un importante volumen de mano de obra femenina. Esta industria sumergida, invisible en los censos y favorecida por el deterioro de las condiciones de vida de las clases populares, también tiene su asiento en las casas de algunos oficiales sastres y roperos. Ello atenta, por un lado, contra las ordenanzas gremiales y compite con la producción de sus talleres; pero, por otro lado, se acopla a los intereses de maestros y mercaderes-fabricantes por el potencial de subcontratación y trabajo domiciliario que representan.

Ropavejeras, prenderas y baratilleras

Un esquema similar de relaciones laborales y mercado dual de trabajo presentan los oficios dedicados al reciclaje y venta de prendas usadas. Hay un sector formal, agremiado, de propietarios de tiendas, y otro extragremial de venta callejera fija o ambulante. En el primer grupo se hallan los ropavejeros, que son gremio desde 1674. Agregados a este esta corporación están los mauleros, que en el siglo XVIII desaparecen como especialización dentro del gremio, y su función, la venta de retales, es asumida por los ropavejeros, en cuyas ordenanzas, revisadas en 1743, se dice que el género correspondiente a su oficio es “toda ropa usada y retazos de todo género de telas”. Otros agregados son los prenderos, que no son sastres sino sólo comerciantes de ropa y todo tipo de menaje casero.³²⁹ Esta diversidad interna no es sino reflejo de la complejidad que adquiere el mercado de segunda mano en la capital. Más numerosos y prósperos, los prenderos dirimen las tensiones internas con los ropavejeros formando su propia corporación en 1749, con el nombre de *gremio de tratantes en ropas usadas y todo menaje de casa*. El Consejo de Castilla aprueba la nueva constitución a condición de que, en el capítulo de la ropa, se limiten a la compra-venta de “vestidos viejos, sin

³²⁸ AHPM, prot. 15.015, f. 98, 2 octubre 1716; prot. 17.153, f. 793, 4 mayo 1756.

³²⁹ AVM, Secretaría, 2-242-12: “Ordenanzas de maestros sastres roperos de viejo de esta Corte”.

poderlos reducir a otras formas distintas para revenderlos, debiéndose entender que no han de poder desbaratar las casacas para hacer chupas de ellas ...”; es decir, meterse en el terreno de los ropavejeros.³³⁰

Como maestros sastres, los roperos de viejo operan en casas-tienda con sus familias y muy escaso personal dependiente. En 1757, el Catastro de la Ensenada registra 30 maestros y sólo 2 aprendices. En el gremio sólo se admiten las viudas de maestros, con las restricciones conocidas, y a las juntas acuden varones exclusivamente. Algunos son de origen francés.³³¹ No he localizado información de casos concretos de ropavejeras, ni tampoco referencias a mujeres que trabajasen para estas tiendas, como lo hacen para las de sastres y roperos de nuevo. Caso distinto es el de las prenderas, mucho más visibles por ser un oficio puramente mercantil, a cuya corporación pueden pertenecer las mujeres casi en igualdad de condiciones que sus colegas varones.

Desde sus inicios, el oficio de prendería tuvo una importante participación femenina. A mediados del XVII no se llamaban prenderas sino “corredoras de prendas”. Las personas que querían vender alguna ropa o alhaja de su uso, se la confiaban a la corredora, que se encargaba de la transacción al precio que fijaba el cliente y dueño de la prenda. Aunque no se hace explícito, probablemente la intermediaria se quedase con una comisión. También había hombres en este trato, pero hay más evidencia de mujeres. En 1660, la viuda Magdalena Zamudio, vecina de la Puerta de Guadalajara, ejerce este oficio, al igual que Ana Rodríguez, también viuda, que solicita permiso para poner “tienda de correduría” en la calle de las Carretas, donde ha alquilado un cuarto de casa. A cambio de la licencia se obligaba a entregar una fianza –que le presta un mercader- y mantener un libro donde había de anotar todo el género que se le entregara.³³² Esta última es una norma que tuvieron que observar los prenderos en lo sucesivo. También había recibido la Sala de Alcaldes peticiones de licencias para alquilar vestidos, tapices y otras alhajas. Una fue hecha por un ropero –no se especifica si de viejo o de nuevo- en 1656; otra fue cursada en el mismo año por María Marche, esta sí, viuda ropera de

³³⁰ AVM, Corregimiento, 1-51-38: “Ordenanzas del gremio de tratantes en ropas usadas y todo menaje de casa”.

³³¹ M^a Dolores Ramos Medina, “Algunas sagas comerciales francesas en el Madrid de la segunda mitad del Seiscientos”, **Espacio, Tiempo y Forma**, 12 (1999), pp. 223-247.

³³² AHN, Consejos, lib. 1.245, ff. 19-20 y 240-241.

viejo; y dos años después solicitó otra Juan de Astorga, con puesto en la Puerta del Sol.³³³

Las fuentes indican que los corredores de prendas vendían y alquilaban, unos en tiendas y otros en puestos, diferencia que perdura y es clave en la conformación del gremio a mediados del XVIII. Sabemos el número de tiendas de prendería que había en Madrid en 1712, y su ubicación, ya que las autoridades prohíben la venta de armas de fuego en estos establecimientos, prohibición que se comunica a cada uno de los prenderos, nombre que se ha hecho ya de uso más común. Las notificadas son 41 tiendas, de las que 18 (el 43,9 por ciento) pertenecen a mujeres y están concentradas en la calle Montera, la plaza de la Cebada, la Carrera de San Jerónimo y sobre todo la plaza del Rastro.³³⁴ Las prenderías de Madrid no son casas de empeño, como las *pawnshops* inglesas. Esta función, como ya vimos, la desempeñan el Monte de Piedad y una amplia gama de agentes privados, entre los que pueden estar los regentes de estos negocios aunque no sea su cometido principal, que es la compra-venta de ropa y objetos usados. En principio, las prenderías hacen de intermediarias entre los que quieren vender alguna prenda, mueble o pieza de menaje y el comprador. El establecimiento vende el artículo y le paga al dueño el precio previamente acordado.³³⁵

Cuando la prendería adquiere el estatuto de gremio en 1749, la única condición para pertenecer a él es tener tienda abierta en la corte, lo cual excluye a quienes comercian en puestos, que suelen colocarse en portales y zaguanes. La típica cláusula sobre las viudas de agremiados les permite permanecer al frente del negocio; pero, si se vuelven a casar, el marido ha de incorporarse al gremio. Las solteras son admitidas con la misma condición. En 1751, son 65 individuos los que se reúnen en junta plenaria para hacer una derrama con la finalidad de sufragar los pleitos pendientes. Sólo hay 6 mujeres en esta lista, la mitad son viudas de miembros fallecidos.³³⁶ Los mismos 65 individuos registra el Catastro de 1757 y agrega otros 28 que ejercen fuera de él, pero no los desagrega por sexos. El vaciado de las cartas de incorporación al gremio desde 1750 a 1830 —con alguna laguna en la década de 1780— indica que el porcentaje de mujeres es

³³³ AHN, Consejos, lib. 1.246, f. 144.

³³⁴ AHN, Consejos, lib. 1.297, ff. 186-211.

³³⁵ Sobre las *pawnshops* inglesas, véase B. Lemire, ‘Consumerism in Preindustrial...’, *op. cit.*, pp. 1-24.

³³⁶ AHPM, prot. 18.001, f. 46: “Repartimiento ejecutado por los Repartidores del Gremio de tratantes en ropas usadas de esta Corte”, 9 noviembre 1751.

muy bajo, el 8,06 por ciento.³³⁷ Este dato contrasta con el obtenido para las tiendas de 1712 –aún agregadas a los ropavejeros-, que, como arriba indiqué, arroja casi un 44 por ciento de participación femenina ¿A qué se debe esta enorme diferencia? Probablemente tenga que ver la propia agremiación, que elimina del registro a las casadas. La década de 1760 es la que presenta mayor número de incorporaciones femeninas -9 en total-, que en las décadas siguientes desciende considerablemente, hasta que en 1810 vuelve a experimentar una subida notable.

En noviembre de 1763 ingresa en la corporación Catalina Fernández, soltera de avanzada edad. Tiene su tienda en la Red de San Luis, donde también la había tenido otro prendero para el que ella había trabajado. A estos actos de admisión sólo concurren los cargos gremiales (apoderado, veedor, repartidores y tesorero), la persona que solicita la entrada y -por supuesto- el escribano. Catalina, como todos los aspirantes, solicita la incorporen para:

“comerciar pública y no secretamente, vender y comprar como lo hacen los demás individuos del expresado gremio, y para que no se le ponga embarazo alguno, desde el presente día en adelante, en el ejercicio de tratanta se allana a contribuir y pagar todas las cantidades de maravedíes que anualmente u en otra forma se la repartan por Reales derechos de alcabalas, cientos, quiebras, gastos y demás gabelas las pagará sin excusa ni dilación alguna”.³³⁸

El caso de Catalina indica también que las tiendas contratan personal dependiente; pero, lamentablemente, no he hallado datos al respecto. En 1766 se incorporan dos viudas: María Bufanda, con tienda en la calle Preciados, propiedad del convento de las Descalzas Reales; y María Castaño, que la tiene en la calle Atocha.³³⁹ Dos años después, ingresa Lucía Blanco, soltera de 24 años y padres difuntos, con tienda en la calle Montera, a quien se le recuerda en el mismo acto que, si se casa, su marido se debe incorporar al gremio. Unos meses más tarde solicita la admisión otra soltera, Manuela

³³⁷ Agradezco este dato a José Nieto.

³³⁸ AHPM, prot. 17.494, f. 544: “Carta de incorporación del Gremio de tratantes en ropas usadas a Catalina Fernández...”, 3 noviembre 1763.

³³⁹ AHPM, prot. 17.495, s/f: “Carta de incorporación de María Antonia Bufanda”, 29 julio 1766; y s/f, “Carta de incorporación de María Castaño”, 29 agosto 1766. .

Díaz de la Maza, de 34 años, con tienda en la calle del Olivo.³⁴⁰ Todas ellas quedarán borradas del gremio si contraen matrimonio, ya que será su consorte quien la sustituya, aunque la tienda les pertenezca. Una de estas prenderas casadas es María Añorbe. En junio de 1780 dicta sus últimas voluntades. Su única propiedad son los géneros que hay en su tienda de la calle Silva, en la que trabaja con su marido. A él le confía, como albacea y heredero, el pago de las deudas que ha contraído y el cobro de los préstamos que ha hecho.³⁴¹ Otra prendera dada de baja en el mismo año es Ángela Rodríguez, viuda y heredera de un miembro del gremio, pues contrae nuevas nupcias con un criado del Patriarca. Su dote incluye la tienda, cuyos géneros se tasan en 15.995 reales.³⁴²

El oficio en general revela una estructura muy polarizada. Su vértice son las tiendas agremiadas y su base los puestos, de número probablemente superior, que conectan con la venta ambulante y los mercados populares. En un portal de la calle de la Magdalena tiene su prendería Bernarda Collar, viuda en segundas nupcias con un hijo, compartida con otra mujer.³⁴³ Esta es la parte sumergida del iceberg de la prendería, donde las féminas poseen mayor peso numérico, que tiene fronteras borrosas con la venta ilegal que se practica en el Rastro y otras plazas de Madrid, como veremos después. Pero incluso en la punta visible de este iceberg, el gremio, se aprecian notables diferencias. En la década de 1760, Gabriel Bover es, sin duda, el prendero más acaudalado de la capital de España. Mallorquín de origen, está casado en segunda nupcias y no tiene hijos. Su tienda, situada en la parroquia de San Millán, cerca del Rastro, debía de ser un gran almacén, a juzgar por el enorme volumen y variedad de artículos que comercializa. Su capital se eleva a 171.324 reales, una cifra que no alcanzan algunos mercaderes de ropería, ni el común de sus colegas de de corporación, si comparamos con la cifra anterior con los 16.000 reales en que se tasa el género de la tienda de Ángela Rodríguez. Bover no necesita sacar puestos a las plazas, a diferencia de otros individuos del gremio, como veremos. En 1760 dicta su testamento, nombrando heredera a su mujer, pero

³⁴⁰ AHPM, prot. 17.496, f. 104: “Carta de incorporación otorgada por los oficiales del gremio de tratantes en ropas usadas a favor de Lucía Blanco”, 20 agosto 1768; y f. 167, “Carta de incorporación otorgada por los oficiales del gremio de tratantes en ropas usadas a favor de Manuela Díaz”, 3 diciembre 1768.

³⁴¹ AHPM, prot. 24.814, f. 158: “Declaración de pobre otorgada por María Añorbe”, 13 junio 1780.

³⁴² AHPM, prot. 20.249, s/f: “Carta de pago y recibo de dote que otorgó Antonio de la Iglesia a favor de Ángela Rodríguez...”, 30 diciembre 1780.

³⁴³ AHPM, prot. 24.818, f. 59: “Declaración de pobre de Bernarda Collar”, 17 febrero 1783.

treinta años después sigue en activo. Su poder económico se traduce en influencia dentro del gremio, ya que ocupa el cargo de apoderado. ³⁴⁴

La prendería se sustenta en una amplia base de trabajo no agremiado, carente de tiendas y prácticamente invisible en las fuentes, donde hay motivos para sospechar una importante contribución femenina, sobre todo si tenemos en cuenta que el gremio, reducido a los propietarios, expulsa a las mujeres casadas, contrariamente a lo que ocurre en el de menuderos. Sin duda, fuera del oficio de prendería pero en estrecho contacto con él, las mujeres de todas las edades y estados participan en los baratillos o mercados populares de ropa y objetos usados, cuyo núcleo es el Rastro, pero que tiene extensiones en otras plazas, como la de Santo Domingo. En la década de 1790, la almoneda –como se llamaba también a los baratillos– de la citada plaza era descrita como una de “mancos, tullidos, paralíticos y tuertos” porque todo era “colchones jaspeados de remiendos (...) velones sin mecheros, candiles viudos (...) clavos sin cabeza, cuchillos sin punta”. ³⁴⁵

Si hay un espacio singular en el que ropavejeros y prenderos llevan a cabo sus tratos, ese es el Rastro. Recuérdese que en los barrios de Mira el Río, La Latina, San Isidro Nuevo, San Cayetano y Huerta del Bayo, que conforman el entorno del Rastro, reside la tercera parte de la población de Madrid en 1787 y se ubica la mayor concentración de talleres de toda la ciudad, especialmente del cuero, el textil y la construcción. ³⁴⁶ Buena parte de sus moradores se emplean en el abastecimiento, las tenerías, las fábricas de velas, papel de estraza y cartón; en los almacenes de trapo agolpados en la calle de los Cojos, donde hemos visto a las seberas; en los talleres de tirados de oro y bordados; en las fábricas de paños, lienzo, mantas y pasamanerías; sin olvidar la industria sumergida

³⁴⁴ Sus mercancías, muchas de las cuales son objetos de valor, incluyen pinturas, tallas, espejos, dorados, muebles, vihuelas, vidrios y porcelanas, biombos, cofres y arcas, utensilios de cocina, cobre, ropa de todo tipo, joyas, cintería, frascos y hasta rosolís, chocolate, legumbres, carbón y aceite, entre otros: AHPM, prot. 18.998, f. 105: “Capital de los bienes de Gabriel Bover, otorgado por Josefa Vázquez, su mujer”, 15 septiembre 1758; y f. 459: “Testamento y última voluntad de Gabriel Bover...”, 27 julio 1760.

³⁴⁵ Eugenio Villalba, **Visita de las ferias de Madrid**, Madrid, 1790, pp. 6-7.

³⁴⁶ J. Espinosa, J. A. González, J. Jurado y J. A. Nieto, “Consolidación y límites de la ciudad en el siglo XVIII”, en V. Pinto y S. Madrazo (dirs.), **Madrid. Atlas histórico...**, *op. cit.*, pp. 205-206. La división de la ciudad en 8 cuarteles realizada en 1768 sitúa el Rastro en el cuartel de San Francisco, como se puede ver en el Plano1 (página 34). Con la reorganización en 10 cuarteles de 1802, se insertó, junto a la parte occidental de Lavapiés, en el nuevo cuartel de San Isidro, como puede comprobarse en J. L. de Pablo Gafas, “Las circunscripciones civiles en la Edad Moderna, siglos XVI-XIX”, en S. Madrazo y V. Pinto (dirs.), **Madrid. Atlas histórico...**, *op. cit.*, pp. 126-131.

y el trabajo domiciliario que no reflejan los censos.³⁴⁷ Sin embargo, la inestabilidad de estos sectores, debido a causas que examiné en el capítulo 2, genera un alto índice de paro, subempleo y empobrecimiento entre los trabajadores, muchos de los cuales se debaten entre la supervivencia y la indigencia.

Para aliviar su precaria situación, ponen en práctica una economía de la improvisación en la que tienen cabida actividades como el contrabando de productos, aprovechando el mal estado de la cerca, y la compra-venta de artículos usados o del propio ajuar, modo de proveerse de menaje y ropa a precios asequibles. Adquirir vestuario nuevo en las roperías queda fuera de su alcance. Ni siquiera el género usado de algunas prenderías resulta asequible. Tomemos, por ejemplo, la camisa, una prenda interior básica en ambos sexos, que suele confeccionarse en lienzo. En 1758, en la prendería de Gabriel Bover, la camisa más barata, una muy vieja de mujer, se tasa en 5 reales, suma equivalente al jornal de un peón de albañil³⁴⁸. En 1780, una camisa de mujer de lienzo de La Coruña, usada pero “casi nueva”, cuesta 18 reales en la prendería de Ángela Rodríguez, mientras que en la ropería de Francisco Casimiro de Medina se puede comprar otra nueva por 15 reales, precios que representan tres o cuatro jornales del mismo peón.³⁴⁹

Los domingos, cuando no hay mercado de abastos, se instalan en el Rastro mesas y tinglados de ropa y menaje usados, sin descartar mercancías nuevas. A mediados del siglo XVIII, este mercado es ya un referente en la ciudad y sus alrededores.³⁵⁰ Hay dos formas legales de participar en él. Una permite a toda persona vender públicamente sus propias pertenencias en caso de necesidad. La otra consiste en las almonedas de los ajuares de personas fallecidas sin testar, para las cuales las autoridades conceden permisos puntuales. Sin embargo, bajo el paraguas de estas dos figuras legales, mucha gente se implica en estos intercambios como única forma de actividad, o lo hace para complementar unos ingresos insuficientes.³⁵¹

³⁴⁷ Nieto Sánchez, **Historia del Rastro** ... *op. cit.*, pp. 36-37.

³⁴⁸ AHPM, prot. 18.998, f. 150, 15 septiembre 1758.

³⁴⁹ AHPM, prots. 20.249, s/f, 30 diciembre 1780 y 19.143, f. 452, 6 junio 1780, respectivamente.

³⁵⁰ No es un fenómeno exclusivo de Madrid, sino algo inherente a las economías urbanas de la Edad Moderna, que tuvo manifestaciones en otras ciudades, caso de Waterlooplein en Ámsterdam, el mercado judío y el de Portobello en Londres, el Las Pulgas de París, el Porta Portense en Roma o de la feria de Ladra en Lisboa.

³⁵¹ Las almonedas se realizaban originalmente en la plaza de Santa Cruz, en los muros de la cárcel de corte. AHN, Consejos, libs. 1.226, f. 248; y 1.231, f. 513.

Este mercado popular compite con ropavejeros y prenderos, cuyas tiendas abundan en el barrio. Recordemos que, en 1712, de las 45 prenderías repartidas por toda la ciudad, hay 9 en las plazas de Duque de Alba y la Cebada y las calles Estudios y Cuervo, y 7 en la plazuela del Rastro. Ropavejeros y prenderos arremeten contra la venta ilegal que prolifera en torno suyo. En 1751 lo hacen contra un grupo de vendedoras ambulantes que un domingo andaban mercadeando en la plazuela del Rastro. En la redada caen tres Marías: la viuda María Escudero, vecina de la plaza Mayor, que declara lo hace “para alimentarse”; la viuda María Martínez, pasamanera, residente en la calle San Dámaso, cuya mercancía procedía del pago de una deuda; y María Navarro, vecina de la calle del Peñón, que vende ropa por “el corto jornal que su marido gana”. Ninguna tiene licencia y dos de ellas son reincidentes, con varias multas a sus espaldas. Les embargan el género, todo él “de estado muy usado”. A María Navarro la penalizan con 88 reales, que no puede pagar, por lo que ingresa en la cárcel. Para María Escudero la pena es 22 reales. Declarada en rebeldía, la amenazan con prisión si no comparece ante el tribunal. La justicia la busca infructuosamente por su buhardilla de la calle Mayor. El aguardentero de la esquina dice que para poco por su cuarto “a causa de tener que andar buscando su vida por ser una pobre viuda”. Cuando la localizan, se halla enferma y sin dinero. El escribano que le toma declaración observa que no hay bienes en el cuarto “que poder recoger por prenda de dicha multa a causa de ser todos de muy corta entidad”. Cuando se recupera de sus achaques, un alguacil la espera para llevarla a la cárcel, donde pasa dos días, hasta que, probablemente a través de un préstamo, consigue 11 reales que entrega a la Sala.³⁵²

Una década después, los ropavejeros piden a la Sala de Alcaldes más control sobre una venta ilegal que está arruinando al gremio, “en especial en la plazuela del Rastro, así en días feriados como festivos”. El mercado de segunda mano ha alcanzado tal complejidad, que la alta magistratura toma el asunto con cautela. Aunque permite la visita solicitada por los roperos de viejo, les prohíbe “mezclarse con los que venden [ropas] propias para remedio de sus necesidades”.³⁵³ El mercado de objetos de segunda mano es un sector en expansión, al igual que la venta ambulante de comestibles; constituyen una respuesta de los trabajadores pobres al deterioro de las condiciones de

³⁵² AHN, Consejos, libro 1.350, f. 160.

³⁵³ *Ibidem*.

vida que preludia el motín de 1766. Unas condiciones que no mejoran en los decenios posteriores, mientras los prenderos prosiguen su lucha contra la venta callejera de hombres y mujeres. Sostienen que las casadas no hacen otra cosa que “adquirir ropas y demás cosas para venderlas en los domingos y otros días festivos por las referidas calles, plaza Mayor y particularmente el Rastro como si fuese mercado público”. Se corre también el rumor de que muchas de estas prendas las adquieren de personas fallecidas, cuando no son robadas. El fiscal de la Sala de Alcaldes confirma en julio de 1776 que en plazuela del Rastro se venden muchas ropas “tal vez contagiadas, unas y otras delincuentemente adquiridas” y estima beneficiosa una inspección en los días festivos.³⁵⁴

Sin embargo, los prenderos también comercian con la ropa de los enfermos contagiados y fallecidos en el convento de San Juan de Dios, procedente de las testamentarías dejadas como limosnas. De ahí que tengan que ceder en la concesión de la venta de objetos usados a los vecinos que no concurren de forma profesional. En mayo de 1782 se fija un bando que abre la puerta a la venta circunstancial de alhajas o muebles a los vecinos que soliciten la licencia del alcalde de Cuartel. Pero esta medida no libra a los pobres de las extorsiones de los “regidores menos juiciosos del Ayuntamiento”. En esta década se recrudece la persecución de la venta ilegal por parte de regidores, alcaldes y superintendente de policía. Los abusos de autoridad y corruptelas llegan a ser tan evidentes, que el Consejo de Castilla se ve obligado a fallar a favor de las múltiples apelaciones de las personas agraviadas, como la que elevan María de la Torre y María Nicolasa Galdiano, la primera casada y vecina de la calle de la Ventosa, y la segunda viuda y domiciliada en la de la Paloma. Ambas van al Rastro a vender cordones, cinta casera, agujas, alfileres y ligas de estambre, que llevan en cestas. Los oficiales del Regimiento les embargan este género, tasado en 180 reales; pero, según se comprueba después, estos mismos ministros lo han vendido todo por 36 reales. El Consejo ordena que se les devuelvan sus cestas con los artículos sustraídos.³⁵⁵

Por las visitas del gremio de prenderos sabemos que en el Rastro se comercia con todo tipo de ropas usadas, ordinarias y de lujo. En la que tiene lugar el 4 de febrero de 1787, se confisca la mercancía a 22 vendedores, de los que 13 son mujeres. Curiosamente,

³⁵⁴ AHN, Consejos, libro 1.364, f. 688.

³⁵⁵ AHN, Consejos, lib. 1.373, f. 145, y leg. 2.809, exp. 32.

algunos prenderos, infringiendo sus propias ordenanzas, también ponen puestos allí, ya que en esta nómina se incluyen dos individuos de dicha corporación y la hija de otro, que son multados. La mayor parte de los vendedores que caen en la redada son vecinos del Rastro y calles aledañas. Algunos de sus puestos están bien surtidos, pero la mayoría sólo cuentan con unas pocas prendas y cacharros. Por ejemplo, el de Josefa Gómez, residente en el pasadizo del Rastro, tiene una camisa de lienzo, otras tres del mismo tejido para niño, un peinador, un delantal, medio pañuelo de cotanza, una chupa de paño de color corteza y una rodilla de estopa (rodete que se pone en la cabeza para transportar cargas). María Palacios, vecina de la calle Lavapiés, tiene dos pares de hebillas de plata grandes, dos camisas para hombre, dos deshabillés de bayetón blanco, y unos calzones de paño color de pasa. Bernarda Meléndez, domiciliada en calle Hileras, vende un baquero de algodón para niño, seis chalecos de cotonía, unas mangas de ante, una linterna chica y dos moldes de hierro. Eugenia Maluenda ofrece una bacía de barbero, dos candeleros de metal, dos palmatorias, unos calzones de barragán negros, unos andadores para niño, una sotana, unas enaguïtas, y un pedazo de galón de oro falso. A todos se les requisan los géneros hasta que paguen una multa cada uno de 44 reales por cabeza. Algunos presentan alegaciones. La referida María Palacios, casada con un cirujano, declara que está llena de deudas, entre ellas la que tiene con su casero, y que no es revendedora, ya que las alhajas son suyas como certifica el alcalde de Barrio. Juan Espinosa tiene a su mujer e hijo de diez meses enfermos, por lo que bajó al Rastro a vender un poco de ropa suya vieja para remediar algo sus necesidades.³⁵⁶

A finales del siglo, el desarrollo del mercado de segunda mano del Rastro convence a las autoridades de las consecuencias adversas de mantenerlo en la ilegalidad, y deciden regular lo que era ya una situación *de facto*. A partir de entonces, se conceden distintas licencias, al igual que se había hecho con la comercialización de alimentos desde antiguo. Para la venta en cajones, propiedad municipal, la licencia implicaba el pago de una tasa, mientras que por un puesto no se pagaba nada. Quienes vendieran sus propios ajuares, sólo necesitaban notificárselo a su alcalde de Barrio y éste debía recabar informes sobre su conducta antes de expedir el permiso correspondiente. Pero la venta sin estos requisitos seguiría siendo perseguida al considerarse ilegal.³⁵⁷

³⁵⁶ AHN, Consejos, leg. 2.807, exp. 27.

³⁵⁷ Nieto Sánchez, **Historia del Rastro...**, *op. cit.*, p. 64.

Hemos visto hasta aquí que la confección y el textil en general, especialmente en las fases de acabado, representan en el Madrid del XVIII una de las principales fuentes de empleo para las mujeres, aunque la presencia masculina en el sector es importante, sobre todo en el mercado de trabajo controlado por los gremios. Paralela pero no independientemente de éstos tiene lugar la actividad no regulada, de más amplio espectro, promovida especialmente por artesanas independientes que, como los maestros y fabricantes, se sirven para sus obradores del trabajo de otras mujeres, como aprendizas o incluso oficiales, adoptando la estructura de oficio vigente en el mundo del trabajo urbano. No son sólo modistas, bateras, escofieteras y costureras, sino también encajeras, bordadoras, pasamaneras y otras artesanas. Tanto en la ciudad como en el campo, esta actividad y las relaciones bajo las cuales se lleva a cabo se transforman a partir del último tercio del siglo; sus implicaciones económicas, políticas e ideológicas las analizo a continuación. El tema merece una atención especial porque arroja luz sobre el papel del trabajo femenino e infantil en el despegue industrial capitalista, incluso en una ciudad y una región que no estuvieron a la cabeza de este proceso.

PARTE III. Relaciones de género y de producción en la industria textil madrileña.

Cap. 11. Un nuevo canal de aprendizaje: las escuelas-taller

Empleo el término “escuelas-taller”, para designar los establecimientos de producción textil, concebidos como centros de aprendizaje para pobres asistidos, huérfanos, niñas y mujeres adultas de las clases populares de la ciudad y el campo.¹ Resaltamos así la doble vertiente laboral y formativa de estos establecimientos, que ya encontramos en Castilla durante el siglo XVI, aunque es en el XVIII, especialmente en su tercio final, cuando experimentan una notable expansión bajo distintas denominaciones: *escuelas de niñas*, *escuelas gratuitas*, *escuelas patrióticas*, *escuelas de hilazas* o simplemente *escuelas*. En el resto de Europa, con similares características, se las llama *charitable schools*, *spinnig schools*, *lace schools* y *mistresses' houses*...². Las escuelas-taller que aquí vamos a analizar podemos considerarlas el germen, en su vertiente formativa, de las “escuelas de niñas” que conocieron su auge en el siglo XIX, y en su vertiente laboral, del archipiélago de pequeños obradores de costureras, sombrereras, camiseras, bordadoras, pasamaneras, etc., que salpica el paisaje industrial de Madrid en este período.³

Hay varias razones que avalan la importancia de las escuelas-taller. En primer lugar, estas instituciones son un elemento clave en el programa reformista-conservador de los gobiernos borbónicos, estrechamente vinculado con el proyecto de abolición de los gremios. En segundo lugar, arrojan luz sobre los factores extraeconómicos que participan en las relaciones de producción, concretamente el papel de los estereotipos de

¹ Otros autores los han llamado “escuelas-fábricas”, que traduce el mismo concepto. Véase José Rodríguez Lavandeira, “La política económica de los Borbones”, en M. Artola (ed.), **La economía española al final del Antiguo Régimen**, vol. IV (**Instituciones**), Madrid: Alianza, 1982, pp. 107-183/132; y Juanjo Romero Marín, “Estado, trabajadores y empleo femenino en los orígenes de la industria en la España contemporánea”, **Mélanges de la Casa de Velázquez**, 40/2 (2010), pp. 95-115.

² Hay referencias, por ejemplo, en Crowston, “Women, Gender and Guilds ...”, *op. cit.*, pp. 16-18. A las *mistresses' houses* y las *lace schools* se refiere Karl Marx en **El Capital...**, *op. cit.*, libro I, vol. 2, pp. 567-69.

³ Sobre las escuelas de niñas, Carmen Sarasúa, “Aprendiendo a ser mujeres: las escuelas de niñas en la España del XIX”, **Cuadernos de Historia Contemporánea**, 24 (2002), pp. 281-297; y sobre el magisterio en estos centros, Sonsoles San Román Gago, “La maestra española de la tradición a la modernidad”, **Educação & Sociedade**, año XXI, 72 (2000), pp. 110-142; M^a José Sánchez Rodríguez, “La formación de la maestra. Un recorrido histórico a través de la legislación educativa española (siglos XVIII-XIX)”, **Tonos. Revista electrónica de estudios filológicos**, 9 (2005).

género en la organización social del trabajo. No en vano, uno de los principales objetivos del programa reformista consiste en organizar la producción según unos criterios estrictos de división sexual. En tercer lugar, las escuelas-taller de niñas y adultas, excluidas del canal de aprendizaje que monopoliza el sistema gremial, introducen el debate de la cualificación de la mano de obra femenina.

Con la ley de 1779, que legaliza el aprendizaje de las mujeres en los oficios textiles, las escuelas-taller de promoción estatal se presentan como una vía de aprendizaje alternativo al gremial con un doble objetivo: la enseñanza moral de las niñas, definiendo un modelo concreto de mujer, y su especialización laboral sólo en aquellas “maniobras propias de su sexo”, que no por casualidad son las textiles. De este modo se pretende que la especialización no conlleve aumentos salariales, ni que la cualificación derivada del aprendizaje les abra las puertas de la maestría en igualdad de condiciones con los varones. En el último tercio del siglo XVIII, las mujeres pueden ser, por derecho, *aprendizas* y *oficialas*, pero no *maestras* de en sus oficios, sino sólo de su enseñanza en las escuelas-taller. La reglamentación de estos centros convertirá a las maestras de niñas en el primer oficio femenino titulado, sujeto a prueba de examen en la corte, aunque con los problemas que veremos más adelante.⁴

Sobre las escuelas-taller que funcionaron en los ámbitos rural y urbano, la bibliografía es escasa y uniforme, ya que se centra en las *escuelas patrióticas* que estuvieron al cargo de la Sociedad Económica Matritense, a las que hice referencia en el capítulo 4; se basa en la documentación de la propia institución y se apega al discurso de los grupos privilegiados que en ella se congregaban. De ahí que estos autores coincidan en que estas escuelas-taller atajaban “la tradicional ociosidad femenina”, fueron pioneras en la formación profesional y la “incorporación de las mujeres de las clases humildes al trabajo productivo” y lograron el “reconocimiento y valoración social al trabajo de la mujer”.⁵ Estas conclusiones, al no haber sido contrastadas con otros datos sobre el

⁴ El otro oficio desempeñado por mujeres que estaba formalizado era el de las comadronas, como vimos en el capítulo 7.

⁵ Dolores Palma García, “Las escuelas patrióticas creadas por la Sociedad Económica Matritense de Amigos del País en el siglo XVIII”, **Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea**, 2 (1984), pp. 37-55; Josefina Méndez Vázquez, “Las escuelas de la Matritense regidas por la Junta de Damas, protomodelos de escuelas de formación profesional para mujeres en la España preindustrial”, en Flecha

mundo del trabajo, alteran la realidad, hasta el punto de ocultar el hecho demostrado de que, en 1775, las mujeres, especialmente las humildes, llevaban mucho tiempo incorporadas al trabajo dentro y fuera del mercado, como hemos visto hasta aquí. Cuando recorremos la distancia que separa el discurso de la realidad, la “ociosidad” femenina desvela su carácter de artificio retórico al servicio de unos intereses de clase y de género.⁶

Desde luego, no hay duda de que el fenómeno de las escuelas-taller es mucho más complejo de lo que se desprende de los estudios referidos. En lo que sigue mostraré una perspectiva más amplia de las escuelas-taller y el papel que desempeñaron en la formación de un mercado de trabajo para las industrias textiles, que fueron punta de lanza de posteriores desarrollos industriales.

Las escuelas-taller de promoción estatal

Las escuelas-taller no son una innovación de la política de Carlos III, ni de las instituciones del Estado absolutista. A lo largo del siglo XVIII coexistieron dos tipos. Las hubo que surgieron de la iniciativa privada de artesanas, como las vistas en el capítulo anterior, que se ayudaban de niñas cuyos padres pagaban por su enseñanza. Ya en 1650 hay una encajera que se define “maestra de niñas” y en 1703 tenemos referencia de otra en la calle Barquillo⁷. En estas escuelas, ubicadas en las casas de las propias trabajadoras, primaba el aprendizaje del oficio, aunque el trabajo de las niñas contribuía a la producción de la maestra, que en todo caso era de pequeña escala y orientada a la subsistencia personal y/o familiar. Por desgracia, estas escuelas-taller particulares, que no estaban legalmente reconocidas aunque sí permitidas, apenas han dejado rastro documental antes del último tercio del siglo XVIII. Pero es importante tenerlas en cuenta porque muchas de estas maestras no reguladas serán las que

García, Núñez Gil y Rebollo Espinosa (eds), **Mujeres y Educación. Saberes, prácticas y discursos en la historia**, Sevilla: Miño y Dávila, 2005, p. 341; Olegario Negrín Fajardo, **Educación popular en la España de la segunda mitad del siglo XVIII**, Madrid: UNED, 1987, p. 119; Paloma Pernil Alarcón, **Carlos III y la creación de escuelas gratuitas en Madrid**, Madrid: UNED, 1989, p. 169.

⁶ Como ya advertiera Montserrat Carbonell Esteller en “Hecho y representación sobre la desvalorización del trabajo de las mujeres (siglos XVI-XVIII)”, **Actas de las III Jornadas de Investigación Interdisciplinaria. Mujeres y hombres en la formación del pensamiento occidental**, tomo II, Madrid, UAM, 1989, pp. 157-171.

⁷ AHPM, prot. 8.440, f. 169, 9 junio 1650; y prot. 24.786, f. 80.

concurran a las escuelas-taller de las Sociedades Económicas y las Diputaciones de Caridad o de Barrio a partir de 1775.

El otro tipo de escuelas-taller es el que llamo de iniciativa estatal porque son gestionadas por órganos de la administración o por agentes privilegiados, esto es, compañías comerciales y mercaderes-fabricantes que gozan del favor real y las subvenciones o franquicias de la Junta de Comercio y Moneda a partir de 1679. Las primeras escuelas-taller de este tipo, de las que tenemos referencia en Madrid, están ligadas a la política de pobres inspirada por Pérez de Herrera, quien, como otros autores del siglo XVI, aboga por el empleo industrial de la población pauperizada asistida en hospitales y hospicios. En 1597, la Corona autoriza al tapicero Pedro Gutiérrez para instalar ocho telares en el colegio de niñas huérfanas de Santa Isabel, donde ocupa a 21 de ellas. Seis años después, la institución acuerda con dos mercaderes la entrega de 24 niñas devanadoras para sus talleres de pasamanería, donde debían estar ocho meses de aprendizaje y cinco años de contrato de trabajo.⁸ Esta iniciativa real no tiene continuidad, pero los colegios de huérfanos y los hospicios conocerían la implantación de diversas escuelas-taller en los siglos siguientes.⁹

El Estado promueve la creación de estos establecimientos para surtir de mano de obra a las fábricas privilegiadas. El empleo “útil” de los pobres, fórmula óptima y racional del socorro o caridad preconizada por los humanistas y seguida por los ilustrados, es la base ideológica que justifica el trabajo compulsivo de estos pobres. Por ello, en 1691, la fabricante flamenca de encajes e hilo de seda, María de Veny, solicita a la Junta de Comercio que le facilite mujeres, “que se hallan en diferentes hospitales de esta Corte, y otras perdidas por falta de empleo”, para ponerlas de aprendizas durante cuatro años, sin remuneración, y el resto del tiempo con “la paga correspondiente a sus obras”.¹⁰

Tras la Guerra de Sucesión, la nueva dinastía apuesta por las Reales Fábricas o manufacturas centralizadas de productos de lujo, para cuyos talleres se trae maestros

⁸ AHN, Clero, leg. 16.305, lib. 1º, ff. 148-154.

⁹ Véase Larruga, **Memorias...**, *op. cit.*, tomo II, pp. 239-241; Concepción de Castro, “Orden público, política social y manufactura en el Madrid de Carlos III”, S. Madrazo y V. Pinto (coords.), **Madrid en la época moderna...** *op. cit.* pp. 11-25.

¹⁰ Larruga, **Memorias...**, *op. cit.*, tomo II, p. 398.

extranjeros. La joya de la Corona es la de paños finos de Guadalajara, que funciona desde 1719. Esta macro-fábrica descentraliza la hilatura en *escuelas de hilazas* dispersas en el entorno rural castellano-manchego y la provincia de Soria, alcanzando la cifra de 168 en 1791.¹¹ Este trabajo se combina con redes de hilatura domiciliaria en régimen de *Verlagssystem*. En Madrid y su entorno rural se abren escuelas de hilazas que surten a la factoría alcarreña y sus sucursales de Brihuega y San Fernando, así como a otras fábricas privilegiadas de tejidos de seda, lana, lino, cáñamo y algodón que, como vimos en el capítulo 2, se instalan en Nuevo Baztán, Valdemoro, Vicálvaro y Morata de Tajuña. A finales del siglo, esta última, a cargo del fabricante catalán José March, tiene escuelas-taller en la propia localidad, algo que también ocurre en Colmenar Viejo, Vallecas y pueblos manchegos como Villatobas.¹² La fábrica de Valdemoro, dirigida por la madrileña Compañía de Lonjistas, reparte lana para su hilatura en más de veinte escuelas-taller de la Tierra de Madrid y La Mancha, compitiendo incluso con la fábrica de Guadalajara.¹³

La mano de obra de estas escuelas es reclutada por las autoridades a través de la coacción a las familias pobres para que envíen a sus miembros más jóvenes a trabajar en ellas, a pesar de que es un trabajo duro y apenas remunerado. Emplear útilmente la fuerza de trabajo de los pobres internados o de las mujeres y niños pauperizados, que pueblan los vecindarios, es parte de las prerrogativas que se concede a las fábricas tocadas por las franquicias. En la corte, son cada vez más los maestros y mercaderes-fabricantes que solicitan estas ayudas y abren escuelas. Una parte de los beneficiarios son artesanos procedentes de Flandes, Irlanda, Francia y Cataluña. En estas escuelas-taller, las hilazas ceden su lugar a los procesos de acabado y artículos de alto valor añadido. En 1755, Agustín Jansens y Catalina Guelle, bordadores, emplean a unas 50 muchachas pobres en su obrador de la calle Montera. Por esas fechas, la escuela de Miguel Archer y Catalina Sanso, sita en la calle Jacometrezo, se centra en la producción

¹¹ Sobre esta Real Fábrica, Agustín González Enciso, **Estado e industria en el siglo XVIII: la Fábrica de Guadalajara**, Madrid: Fundación Universitaria Española, 1980.

¹² AGS, Secretaría y Superintendencia de Hacienda, leg. 791. Sobre la fábrica de los March, Paloma Corella, “Coyuntura económica e Ilustración. La fábrica de tejidos e hilados de Morata de Tajuña (Madrid) a fines del siglo XVIII”, en S. Torreguitart Búa (coord.), **Jornadas sobre el Real Sitio de San Fernando de Henares y la Industria en el siglo XVIII**, San Fernando de Henares: Real Sitio de San Fernando de Henares, 1997, pp. 243-257.

¹³ AGS, Secretaría y Superintendencia de Hacienda, leg. 793.

de encajes. A comienzos de la década de 1770, la fábrica de paños finos de la viuda de Esquena posee cinco escuelas para niñas, con 5 tornos de hilar en cada una.¹⁴

La Sociedad Económica Matritense, por su parte, inaugura en 1776 varias *escuelas patrióticas* en los vecindarios, donde se pretende “socorrer enseñando” a las niñas y niños pobres la “industria popular”, los principios de la religión y las buenas costumbres. Cuatro de ellas se dedican a la hilatura y se abren tres más de tejido, encaje y bordado, las dos primeras ubicadas el colegio de Los Desamparados y la tercera en la plazuela de Leganitos. Tres años después, la Matritense funda el Montepío de Hilazas, que también ubica en el colegio citado. A cada una de estas escuelas se le asigna un socio-curador para su gobierno, y la enseñanza se pone a cargo de una maestra o maestro nombrados por la Sociedad. A partir de 1787 las escuelas patrióticas pasan a ser competencia de la Junta de Damas de Honor y Mérito, asociada a la Matritense. Una década después, los centros que mantiene esta asociación son cuatro, sitos en las céntricas parroquias de San Ginés, San Sebastián, San Martín y San Andrés. A estos se añaden la Real Escuela de bordados, otra ubicada en el Buen Retiro, dedicada a diversas clases de costura; y la llamada “de flores de la Reina”, que produce dichos ornamentos para el consumo de la Casa Real.¹⁵ En principio, las escuelas patrióticas van dirigidas a los jóvenes de ambos sexos, aunque desde la segunda mitad de la década de 1780 sólo se hace referencia a las niñas.¹⁶

¹⁴ Larruga, *Memorias...*, *op. cit.*, tomo II, pp. 396-401; y tomo I, p. 275. En 1769, la bordadora Catalina Guelle, natural de París, se halla viuda sin hijos, se vuelve a casar en Madrid con un compatriota soltero, Juan Bautista Nougayrol, cuyo capital es muy inferior al suyo, motivo por el que le mejora en la cantidad de 60.000 reales y le nombra heredero de sus bienes en caso de no haber descendencia: AHPM, prot. 20.195, f. 305: “Escritura de dotación otorgada por doña Catalina de Guelle...”, 14 noviembre 1769.

¹⁵ ARCM, Diputación Provincial de Madrid, leg. 8.880-017.

¹⁶ Las Damas han atraído el interés de quienes han escrito sobre las escuelas, la política educativa de Carlos III o la participación femenina en la Ilustración. Por ejemplo, Ana Rueda Roncal, Pilar Ríos y Esperanza Zábalo, “Carlos III y la Junta de Damas”, *Actas del Coloquio Internacional Carlos III y su siglo*, Tomo II, Madrid: UCM, 1988, pp. 683-698; Paula Demerson, *Catálogo de las socias de honor y mérito de la Junta de Damas Matritense (1787-1811)*, Madrid: Instituto de Estudios Madrileños, 1971; y de la misma autora, *María Francisca de Sales Portocarrero (condesa de Montijo) Una figura de la Ilustración*, Madrid: Editora Nacional, 1975. No niego que las Damas “abrieran brecha en la sociedad androcéntrica”, como concluye Méndez Vázquez en “Las escuelas de la Matritense ...” p. 341; pero pongo en duda que fuesen “excelentes conocedoras de la materia” de la industria, como sostiene Demerson, para ser árbitros de las instancias que llegaban a la Junta de Comercio. Hechos como no recomendar a un artesano porque “no era lo suficientemente conocido” o hacer un pedido de 5 libras de hilo, como todo fomento, a las 427 hilanderas zamoranas, no parecen avalarlo: M. Demerson, *María Francisca de Sales...* *op. cit.*, p. 167.

Con los mismos fines se establecen las *escuelas gratuitas* a cargo de las Diputaciones de Caridad de cada barrio, que están activas a partir de 1780 expresamente dirigidas a las niñas. Aunque la idea inicial es instalar una escuela en cada uno de los 64 barrios, la escasa dotación presupuestaria las deja reducidas a una escuela gratuita por cada dos. En estos establecimientos las jóvenes se dedican a los oficios de la aguja (costura de todo tipo, bordado) o al tejido de cintas, pasamanerías, medias y calcetas; sin olvidar el catecismo y los modales. El arzobispado de Toledo, al que pertenece el arciprestazgo de Madrid, también abre dos escuelas-taller para niñas en los cuarteles de San Francisco y Afligidos.

Vistas en su conjunto, las escuelas-taller de iniciativa estatal abarcan diversas fases del proceso de producción textil, especialmente la hilatura (que absorbe la mayor proporción de establecimientos), el tejido (cintas, pasamanerías, telas estrechas, ligas, calcetas, encajes) y la confección y acabado de las prendas (costura, bordado). Las calidades oscilan entre las ordinarias (paños y lienzos bastos de lana, lino, cáñamo y esparto) y las finas (paños, lienzos, sedas e hilos de oro y plata). Desconocemos si de las escuelas-taller salen artículos hechos con mezclas de fibras que ocuparían gamas intermedias de calidades. Sabemos, sin embargo, que las Sociedades Económicas promueven la introducción del algodón, que ya está presente en fábricas privilegiadas de la propia ciudad y su entorno, cuyas hilazas salen de las escuelas-taller de los Desamparados y del Hospicio del Ave María, también llamado de Corte.

En ambos niveles –fases y calidades–, las escuelas-taller observan, por lo general, la pauta de la división del trabajo vigente entre el campo y la ciudad. Aquél produce materias primas, hilazas y tejidos, y ésta los transforma en prendas de vestir y complementos; aquél se orienta a las calidades ordinarias y ésta a las finas. Hemos visto que la mayoría de escuelas de hilazas se ubican en el medio rural, mientras que en la ciudad predominan las de costura, bordado, encaje, cordonería.... Ello no obsta para que, en el marco más amplio de las industrias textiles, hallemos fases de acabado y calidades altas en el medio rural (como los encajes finos del Campo de Calatrava) y

primeras fases y calidades medias-bajas en el urbano, caso de los telares de lienzo que sobreviven en Madrid en el último tercio del XVIII.¹⁷

Aunque en la producción textil de la corte el predominio corresponde a los oficios de la confección y elaboración de complementos, es decir, a las fases de acabado, todavía en la segunda mitad de la década de 1780 hay al menos 80 tejedores de lienzo (hombres y mujeres) no agremiados, que manejan 46 telares en 15 talleres.¹⁸ También existe un gremio de laneros dedicado al comercio de este género así como a su preparación para ser hilado; y unas tiendas de espartería donde se trenza esta fibra para la elaboración de seraje y otros enseres, a pesar de que esta industria está bien implantada en las vegas del Henares y del Tajuña. No es acertado, por tanto, que el trabajo del lino y el cáñamo fuese desconocido en Madrid capital, como sostiene Palma García,¹⁹ probablemente dando crédito a la Matritense; otra cosa es que los 46 telares de lienzo referidos no aguantaran la competencia del Montepío de Hilazas y las escuelas-taller del Hospicio.²⁰ A estos artesanos y artesanas los ignora la Matritense cuando reintroduce en la capital los primeros procesos de transformación en las escuelas-taller de los internados, de donde salen hilados de lana basta, lino y algodón, al tiempo que mantiene otras escuelas de galones, medias y calcetas.

Esta apuesta inicial de la Matritense por las primeras fases del proceso textil y las calidades bastas responde a la influencia del discurso de Campomanes sobre la industria popular, donde se postula que las “manufacturas groseras” han de ser la “piedra angular de la industria española”.²¹ Ello debido a que los trabajadores del campo y la ciudad, principales consumidores –y productores- de estos artículos, componen la mayoría de la población y, por ende, el grueso de la mano de obra y de la demanda. Pero la Matritense, como veremos, no tarda en proyectar el traslado de estas hilaturas y tejidos a los pueblos de la Tierra, donde los jornales de las hilanderas son inferiores, quedando

¹⁷ Sobre la industria manchega del encaje, Carmen Sarasúa, “La industria del encaje en el Campo de Calatrava”, **Arenal, Revista de Historia de las Mujeres**, 2 (1995), pp. 151-174.

¹⁸ Larruga, **Memorias...**, *op. cit.*, tomo II, p. 342.

¹⁹ Palma García, “Las escuelas patrióticas...”, *op. cit.*, p. 30.

²⁰ Ello se desprende del comentario de Larruga, aunque, como firme defensor de las fábricas patrióticas, descarta que el declive de los tejedores de lienzo se deba a la competencia de aquéllas: **Memorias...**, *op. cit.*, tomo II, p. 342.

²¹ Conde de Campomanes, **Discurso sobre el fomento...** *op. cit.*, p. 65.

las escuelas patrióticas, bajo la dirección de la Junta de Damas, especializadas en la elaboración de bordados, encajes, adornos y flores artificiales, que surten a la nobleza y la misma Casa Real. El nuevo énfasis en el lujo sigue fiel a las directrices marcadas por Campomanes, para quien el fomento de las manufacturas bastas no implica el descuido de la producción suntuaria: “El consumo del rico, que refluye dentro del Estado, y anima la industria popular, es (...) muy conveniente, porque la más opulenta ocupa a la menesterosa y aplicada”.²² De hecho, las escuelas-taller de promoción estatal que operan para los fabricantes privilegiados de la ciudad se orientan a este tipo de producción. A los ejemplos vistos más arriba podemos añadir la fábrica de sedas dirigida por Salvador González con fondos de la Dirección de Rentas de Expolios y Vacantes, que abre dos escuelas-taller de niños y niñas en régimen de internado.²³

En cualquier caso, ya se trate de producción basta o fina, el trabajo centralizado en las escuelas-taller se combina a menudo con el trabajo disperso de las redes de *Verlagssystem*, que pueden limitarse al vecindario capitalino o extenderse a las localidades de la Tierra de Madrid y fuera de ella. En 1785, el Montepío de Hilazas reparte lino y algodón para hilar entre unas 700 mujeres para que lo tejan los niños de los Desamparados.²⁴ La fábrica de tejidos de lana que opera a cargo de la Dirección de Rentas, en la calle de Mira el Río, tiene escuelas-taller ubicadas en las cercanías de Madrid y da trabajo domiciliario de hilatura a varios cientos de mujeres en la ciudad. La fábrica del Hospicio se surte para sus telares del estambre que suministran las hilanderas de San Fernando.²⁵ El matrimonio Prost, fabricante de guantes, trae maestra de Francia para que varias muchachas aprendan a coserlos y bordarlos y más tarde los trabajen en sus casas.²⁶ Incluso los gremios se animan a abrir sus propias escuelas-taller. En 1781, los maestros cordoneros forman compañía comercial y establecen una para niños y niñas, a los que se emplea en la producción de galones, trenzas, cordones y lazos, así

²² *Ibídem*, p. 253.

²³ Larruga, *Memorias...*, *op. cit.*, tomo II, pp. 79-82. Esta fábrica estaba ubicada en la calle de la Inquisición o Corralón de los Mostenses.

²⁴ De Castro, “Orden público y manufactura...”, *op. cit.*, p. 24

²⁵ Larruga, *Memorias...*, *op. cit.*, tomo II, p. 300

²⁶ *Ibídem*, tomo V, p. 28.

como en el bordado de medias de seda que se exportan a América.²⁷ El trabajo en la escuela-taller, que sirve también de almacén general del gremio, se combina con el que realizan las mujeres en sus casas, pues el objetivo de las escuelas-taller institucionales es que las niñas, tras su paso por ellas, continúen produciendo en sus hogares.

La política estatal del fomento de la industria incentiva asimismo la invención o introducción de maquinaria para incrementar la productividad, pero esto apenas ha dejado huella en los restos documentales de la Junta de Comercio. Sabemos, por ejemplo, que en 1789, Joaquín Torralba, maestro de torcer seda en la calle del Rubio de Madrid, solicita una franquicia, que incluye la entrega de cuatro niños del Hospicio o los Desamparados, por haber inventado una máquina con 16 devanadoras y 16 husos - ¿una *Spinning Jenny* de las que abundan ya en Inglaterra?-, que ahorra costes en la manufactura “por la mucha menos gente que se ocupa en esta operación”. En el Hospicio hay otra escuela-taller, financiada por el rey y dirigida por el maestro mediero Sebastián Rius, donde, según el visitador de fábricas, se aplican máquinas similares para tejer medias y devanar seda, movidas cada una por un “mozo”. De este modo “se excusa entregar la seda a las mujeres”.²⁸ ¿Cómo conciliaban los reformadores la aplicación de maquinaria, que reduce mano de obra, con la ocupación de la excedente? Probablemente esta cuestión no llegara a plantearse debido a la escasa implantación de aquélla en el conjunto de la industria textil de Madrid y Castilla la Nueva, que seguía produciendo artesanalmente con las herramientas tradicionales. Quizás la innovación técnica más extendida a lo largo del XVIII sean los tornos de hilar. La Real Fábrica de Guadalajara los introduce en sus talleres y escuelas de hilazas dispersas, y el gobierno contempla su aplicación en todas las escuelas-taller, como de hecho se emplean en el Hospicio, la Galera y otros internados. También pretende implantarlos en las casas de las hilanderas domiciliarias, ya que, en teoría, permiten producir más hilaza y de mayor finura que las tradicionales ruecas. Las hilanderas domésticas, sin embargo, se muestran renuentes a

²⁷ *Ibidem*, tomo II, pp. 202-211. Varios años después, eran más las escuelas abiertas por la Compañía de Cordoneros, como se desprende de la noticia sobre entrega de premios aparecida en el **Mercurio de España** de junio de 1787, p. 83 (HD/BN).

²⁸ AGS, Consejo Supremo de Hacienda, Junta de Comercio y Moneda, leg. 392, exp. 5.

sustituir éstas por los tornos, debido al elevado precio de estos últimos, la facilidad con que se averían y quizás también el mayor espacio que ocupan en sus pequeños cuartos.²⁹

La producción de las escuelas-taller se destina en unos casos al surtimiento de fábricas centralizadas, como los hilos que alimentan los telares de Guadalajara y del Hospicio; en otros, queda a beneficio de los maestros que dirigen la enseñanza, por ejemplo, los cordoneros citados más arriba; o buscan salida directa al mercado, como sucede con los encajes de las escuelas patrióticas o las medias que tejen las niñas de la escuela gratuita de Mira el Río. Los datos de que disponemos sobre los canales de distribución de los artículos fabricados en estas escuelas-taller son un tanto confusos. En unos casos, la venta se realiza con la mediación de un agente comercial, por ejemplo, para los tejidos, cintas y otros géneros de la escuela-taller que mantiene el Montepío de Hilazas en el colegio de niñas de Atocha.³⁰ Sin embargo, en las escuelas-taller de los Desamparados, también a cargo del citado Montepío, la producción se comercializa directamente en los propios locales, como sucede en otras escuelas gratuitas y patrióticas, a tenor de lo que informan los periódicos de la época. Por ejemplo, en la escuela gratuita del barrio de La Comadre, la maestra vende, por orden de los diputados, camisas de lienzo, calcetas, medias y fajas, sin cargar la hechura;³¹ en la del barrio de Mira el Río, se ofrecen al público flores de lienzo fino bien trabajadas para ramilletes de mano.³²

El volumen de lo comercializado en las escuelas-taller de las Diputaciones de barrio debía de ser más bien escaso, e incluso es probable que los mercaderes urbanos advirtieran la competencia que podría ocasionarles el aumento de dicho volumen. Ambas cosas sugiere el proyecto que presenta en 1783 Luis Álvarez de Mendieta, alcalde de Casa y Corte responsable del cuartel del Barquillo, al Consejo de Castilla. En él propone dar a las niñas de las escuelas gratuitas de su circunscripción materiales suficientes, a través de un montepío privado, para que confeccionen camisas y calcetas,

²⁹ De ello se hace eco Larruga en referencia a la industria de Santa Cruz de Mudela: tomo XVII, p. 270. Además de los motivos expuestos para el rechazo de los tornos, había otros que señala Juanjo Romero en “Estado, trabajadores y empleo...”, *op. cit.*, p. 100.

³⁰ De Castro, “Orden público y manufactura...”, *op. cit.*, p. 23.

³¹ HD/BNE, **Diario curioso, erudito, económico y comercial**, 4 julio 1786, p. 3.

³² HD/BNE, **Diario de Madrid**, 15 enero 1789, p. 4. Unos meses después, se publica el mismo anuncio especificando que las flores son “muy imitadas a las extranjeras”: HD/BNE, **Diario de Madrid**, 13 agosto 1789, p. 3.

y que la maestra las despache directamente al público. En el informe que eleva la Matritense sobre el asunto, se apunta como único y no menor inconveniente la oposición que dicha venta podía suscitar en el potente gremio de lenceros.³³

En teoría, el producto de la comercialización de los artículos de las escuelas-taller institucionales se invierte en la adquisición de materiales para su provisión, y esta ausencia de ánimo de lucro se hace explícita a menudo en la publicidad que hacen las escuelas gratuitas de la venta en sus locales. Por ejemplo, la citada escuela de La Comadre señala que el producto de las hechuras se invierte “en el alivio de sus pobres niñas”³⁴, y la maestra de la escuela de San Basilio ofrece las obras a precio de coste “para invertirlo en materiales”.³⁵ No obstante, el lucro privado se aprecia en otros casos. Por ejemplo, la escuela de encajes y blondas que la Junta de Damas instala en el Hospicio en 1790 a cargo de la maestra Agustina Castilla, señora bien relacionada con la alta sociedad madrileña, vende la vara de blonda a 54 reales, de los que entrega 16 a la administración del Hospicio, quedándose ella con el resto.³⁶

El proyecto del alcalde Álvarez de Mendieta, al que hicimos mención, es positivamente valorado por la Matritense, ya que el problema que supondría la venta de las camisas en la escuela se podría subsanar si prosperase otro plan, consistente en conceder a las escuelas gratuitas la hechura de las camisas y calcetas para el ejército, con los fondos del Banco Nacional de San Carlos, que sería el encargado de su distribución. Parece que dichas propuestas no llegaron a materializarse. Es mucha la cantidad de proyectos que podemos medir y pesar, pero no ocurre lo mismo con el volumen real de producción de las escuelas-taller institucionales con los datos de que disponemos, y menos compararlo con el de otros establecimientos industriales del período (talleres artesanos, industria doméstica dispersa, fábricas particulares). Sin embargo, los problemas que aquejan especialmente a las escuelas gratuitas y patrióticas indican que dicho volumen debía de ser escaso, como ya se ha señalado, y en ocasiones de difícil comercialización. Los fondos caritativos de que se surten las Diputaciones de Barrio, insuficientes e

³³ Como sabemos, uno de los Cinco Mayores: AHN Consejos, leg. 2.804, exp. 9.

³⁴ HD/BNE, **Diario de Madrid**, 25 febrero 1790, pp. 3-4.

³⁵ HD/BNE, **Diario de Madrid**, 23 mayo 1800, p. 3.

³⁶ De los 16 reales que recibe el centro, éste le entrega 4 a las niñas que han hecho las blondas. Este dato y las tensiones entre el director del hospicio y dicha maestra, en AHN, Consejos, leg. 1.404, exp. 2.

El aprendizaje en las escuelas-taller de promoción estatal no deriva de una relación contractual, verbal o escriturada, entre dos partes, el maestro y los padres del menor, como sucede en los talleres artesanales o tiendas de comerciantes. Las relaciones económicas entre agentes teóricamente libres e iguales ceden aquí su preeminencia a las relaciones de dominación donde la parte subordinada, el pobre, está obligada a aceptar el empleo que se le ofrece y el orden moral que éste implica. Ya lo dice Campomanes: “los mendigos y ociosos serán los primeros aprendices *por fuerza o de grado* en estos talleres...”.³⁷ El trabajo en las escuelas-taller posee un carácter compulsivo de intensidad variable según el tipo de establecimiento. Los jóvenes internos en los hospicios y colegios, así como las mujeres en las cárceles y correccionales, no tienen mucho margen de elección: es fuerza laboral embridada. Cierta dosis de obligatoriedad también impregna el empleo de las niñas y niños pobres en las escuelas-taller de pueblos y barrios. El gobierno insta a las autoridades locales a la “recogida” de pobres, especialmente de los niños que “andan vagando por las calles”, y dichas autoridades ejercen presión sobre las familias para que envíen a sus hijas a las escuelas, posiblemente como condición para ser merecedoras del título de “pobres verdaderos” y por tanto, de asistencia. En agosto de 1785, María Otáñez, esposa de un carpintero, afirma que manda a su hija a la maestra de la Diputación “por dirección y mandado” de los diputados del barrio de Niñas de Leganés. Esto no contradice que algunas familias lo hicieran voluntariamente.³⁸

Según la norma de mayo de 1783, reguladora del funcionamiento de las escuelas, las niñas han de estar cuatro horas por la mañana y cuatro por la tarde, variándolas según las estaciones, sin que en ningún caso se puedan disminuir. Al contrario, en 1780, los diputados del barrio de la Trinidad habían previsto una jornada de casi diez horas, en los meses de verano, “no impidiéndose trabajar más (...) pues en ello darán muestra de su aplicación”.³⁹ De igual duración es el horario estival que recomienda la condesa de

³⁷ Énfasis mío: Negrín Fajardo, **Educación popular...** *op. cit.*, p. 99.

³⁸ AHN, Consejos, leg. 1.004, exp. 6.

³⁹ AHN, Consejos, leg. 728, exp. 2.

Benavente para la escuela patriótica de bordados que se proyecta reabrir en 1787.⁴⁰ Más prolongadas son las jornadas previstas en las escuelas-taller de fabricantes privilegiados donde niñas y niños trabajan como internos. En la de sedas de Salvador García y Josefa Font, las chicas se dedican a “las labores del arte” (devanar seda, urdir telas, tejer cintas, rasos, tafetanes ...) de sol a sol, con una parada para comer. Por la noche se aplican a labores caseras (coser, hacer calceta ...), mientras se les lee la vida del santo del día. Aparte de esto, hacen turnos para guisar, fregar, barrer, hacer las camas y lavar la ropa. Los días festivos van a misa, confiesan todos los meses y rezan el rosario por la mañana y por la tarde. Este régimen no difiere sustancialmente del que se aplica a las mujeres y muchachos encerrados en hospicios y correccionales.⁴¹

Durante su jornada laboral, las niñas y niños realizan un trabajo productivo que se enmascara en la enseñanza para justificar su magra o nula remuneración. En la Matritense y las Diputaciones de Caridad, las retribuciones de las niñas son el secreto mejor guardado. Hay multitud de alusiones al “beneficio”, el “socorro” o los “premios” que obtienen de su enseñanza, pero ninguna traducción en cifras. Cuando la Junta de Damas toma posesión de las escuelas patrióticas a comienzos de la década de 1790, emite informes en los que habla de los elevados costes de producción de las dedicadas a hilatura debido, entre otras cosas, al “excesivo estipendio” que hasta entonces habían recibido las educandas “para motivar su asistencia”. Es posible que el referido “excesivo estipendio” consistiese en ese medio real diario para las niñas –y un real para las adultas- que al poco de abrirse las escuelas patrióticas de hilados tuvo que ofrecer la Matritense para que no quedasen vacías. En la misma orden que se notifica a los socios curadores se les faculta para aumentar o disminuir dicha cantidad según valorasen la aplicación de cada trabajadora.⁴² En el nuevo reglamento que las Damas elaboran en 1791, se suprime “la costumbre de pagar a las niñas un sueldo fijo por las hilazas (...) por considerarla una práctica negativa que fomentaba la codicia”. Se afirma, además, que las niñas eran retribuidas por encima del valor de su trabajo, pero no se aportan

⁴⁰ González Mateos, “Una escuela madrileña de bordado”, **Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo**, I (1946), pp. 58-81/66.

⁴¹ A los varones no se les aplica a estas “labores caseras”: Larruga, **Memorias...**, *op. cit.*, tomo II, p. 82.

⁴² Palma García, “Las escuelas patrióticas...”, *op. cit.*, p. 44.

datos. Lo que las señoras proyectan es gratificar sólo a aquellas que produzcan hilazas por encima de una media mensual que ellas mismas han calculado sin indicar cómo.⁴³

Todo apunta a que la Matritense primero y la Junta de Damas después desestiman, en principio, una asignación fija para las niñas, optando por jerarquizarlas según su productividad y adaptación a la disciplina. La escuela de hilos finos que abre la referida sociedad económica en 1785 prescribe en su reglamento que a las niñas se les entreguen 15 “premios” al año en total: cinco de 140 reales para las “sobresalientes”, otros cinco de 130 para las “buenas” y otros tantos de 110 para las “medianas”. Cada escuela debía presentar a las candidatas y éstas superar un examen en presencia de los socios-curadores y otros notables, que hallaban en estas ceremonias públicas la ocasión de publicitar los frutos de la caridad bien entendida; porque caridad es lo que las niñas –y no todas- reciben a cambio de una producción que se comercializa y de la que a menudo se lucran terceras partes. Las niñas más afortunadas, calificadas sobresalientes, buenas o medianas, llevarían a casa entre 140 y 110 reales al año.⁴⁴ Las no elegidas no recibían nada. Una fórmula similar se aplica en la escuela patriótica de bordados de la Junta de Damas. En 1788 eligen como maestro de ella a un bordador bien relacionado con la nobleza, José Nieto, que se compromete a poner los materiales, enseñar a 25 niñas y gratificar a las más aplicadas con un real diario durante el segundo año, dos reales el tercero, cuatro el cuarto, y si se quedan en el obrador como oficiales, pagarles por pieza concluida “su justo valor”. Es decir, la gratificación empieza a gotear a partir del segundo año y sólo a las niñas que produzcan más.⁴⁵

El 27 de abril de 1780, la Diputación del barrio de Mira el Río (cuartel de San Francisco) crea su escuela gratuita de “coser, hacer calceta y otras labores”. Reúne a 45 niñas. En diciembre de ese año, su “socorro” ha consistido en haberlas dotado de las herramientas necesarias y su “beneficio”, en el reparto de “siete camisas, siete jubones,

⁴³ Méndez Vázquez, “Las escuelas de la Matritense...”, *op. cit.*, p. 337.

⁴⁴ Palma García, “Las escuelas patrióticas...”, *op. cit.*, pp. 49-50. Estos certámenes se publicaban en la Gaceta de Madrid, con el nombre y edad de las niñas candidatas, pero no se ha hecho todavía un cálculo de cuántas concurrieron a los mismos entre 1777 y 1807, año en que cesaron, para establecer alguna comparación con los 33.500 reales que gastó la Matritense entre 1776 y 1787 en premios en metálico y en tornos. Lo que sí se ha calculado es que esta cifra arroja una inversión media por escuela y año de 760 reales, que, como dice el autor del cálculo, no es excesivamente alta: Negrín Fajardo, **Educación popular**..., *op. cit.*, p. 178.

⁴⁵ González Mateos, “Una escuela madrileña...”, *op. cit.*, pp. 72-73.

zapatos, medias y 186 reales en dinero de sus labores”. Es decir: de haber permanecido las 45 niñas, cada una habría obtenido en ocho meses 4,13 reales más algún retazo de las prendas y el calzado referidos, a cambio de un trabajo a jornada completa y por una producción -las calcetas- que realizan “con tanto primor, que se las compran a porfía pagándolas a 10 reales el par”. Aparte de esto, las chicas han manufacturado algunas cintas para el maestro pasamanero que está a cargo de la escuela y “se queda con la utilidad de las labores que se tejen”. Hay 14 mujeres pobres del vecindario a las que la escuela ha repartido materiales para hilar y hacer calcetas, cuya retribución tampoco se indica.⁴⁶

Que las niñas no percibían nada o apenas nada por su trabajo queda implícito en estos informes. En 1784, las escuelas gratuitas del cuartel del Barquillo les dan, como “premio y estímulo a su aplicación”, unas ropas que han confeccionado ellas mismas, con lo que “se ha logrado vestirlas a menos coste”. Las escuelas no reciben fondos regulares y ello dificulta la provisión de materiales y la retribución de muchachas y maestras. Ya hemos visto cómo el alcalde de este cuartel somete a la consideración del Consejo un plan que no sólo solucionaría el problema de la provisión de materiales, sino también el de pagar a las niñas a “buenos precios” las camisas y calcetas. La Matritense, sin embargo, recomienda que no se les dé nada por la hechura de fajas, calcetas y medias para cubrir de este modo lo que desperdician durante su aprendizaje, “hasta que perfeccionadas en ellas hagan lo que se las considere por estas pérdidas...”⁴⁷ Un año después, aún se especula con la posibilidad de que si la Dirección del Banco Nacional concediera a las escuelas gratuitas el trabajo de las camisas y calcetas para el ejército, se hallaría “el fondo necesario para que las niñas ganen lo que trabajen”.⁴⁸

Este problema no sólo afecta a las escuelas gratuitas del Barquillo. El citado reglamento de 1783 no establece ninguna norma, más allá de los consabidos premios, para la retribución de las niñas, por lo que este extremo se deja al arbitrio de las Diputaciones. La del barrio de la Trinidad proyecta dar “un telar para que trabajen en sus casas” a las

⁴⁶ AHN, Consejos, leg. 728, exp. 1.

⁴⁷ AHN, Consejos, leg. 2.804, exp. 9.

⁴⁸ *Ibidem*. De este proyecto parece que partió la orden de hacer una averiguación de lo que cada escuela podría aportar, pero no hemos encontrado evidencia de ella.

“que hayan cumplido con su obligación y estén bien instruidas”. A veces acude al rescate de la insolvencia de las Diputaciones alguna persona que costea premios. Así, en la escuela gratuita del barrio de La Comadre, “por ser el más infeliz”, una señora, que, como es habitual para despejar sospechas de ostentación, prefiere permanecer en el anonimato, reparte 24 varas de lienzo para confeccionar camisas y ofrece varios premios a las mejores. Gana el concurso Tiburcia Villar, de 9 años, que recibe la camisa y 20 reales de vellón. El resto se contenta con 2 reales y 1,5 la maestra. Por las fajas, calcetas, medias y dechados, la bienhechora premia a Teresa Sarmiento, de 9 años, con 8 reales; a María del Rosario, de 8, con otros tantos; y a María Olivares, de 5 años, con 4.⁴⁹

Estos “oficios patrióticos” no mermaban mucho el bolsillo de las clases pudientes y, sin embargo, les reportaban importantes beneficios simbólicos. La ideología que presenta el trabajo y la remuneración de las niñas de las escuelas como socorro caritativo, extrayéndolo así de la esfera mercantil, oscurece el hecho de que en las escuelas-taller se produce –poco o mucho– para el mercado, ya que el objetivo de los gobiernos ilustrados es que los artículos salidos de ellas sustituyan las importaciones a un coste mínimo.⁵⁰ Los premios, como hemos visto, son de muy escasa entidad y sólo llegan a las niñas más adelantadas, para así incentivar la competencia entre ellas y por ende su productividad. Pero las ceremonias que la Matritense y las Diputaciones de Caridad organizan para la entrega de estos premios constituyen oportunidades idóneas para la representación social de las clases privilegiadas, que de este modo publicitan los buenos resultados de la “caridad bien entendida”.⁵¹

En estas ceremonias, las niñas y niños elegidos como candidatos a premio deben realizar una labor en presencia de una nutrida concurrencia de altos cargos políticos, diputados, párrocos, señoras y señores de las sociedades patrióticas; deben asimismo responder a las preguntas que éstos les hacen sobre la materia que trabajan y sobre los

⁴⁹ AHN, Consejos, leg. 728, exp. 2.

⁵⁰ Complementariamente, una Real Cédula de 1778 prohíbe la importación de “gorros, guantes, calceta, faja y otras manufacturas de lino, cáñamo, lana y algodón, redecillas de todos géneros, hilo de coser ordinario, cinta casera, ligas, cintas y cordones”: AHN, Consejos, lib. 1.366, f. 489.

⁵¹ Véase el elogio que les dedica Nicolás Fernández de Moratín, **Noticia de los premios distribuidos a las discípulas en las cuatro escuelas de Madrid en el primer semestre de este año de 1778, con una égloga, que leyó en alabanza de las discípulas premiadas ...**, Madrid: Joachim Ibarra, 1778.

principios de la religión. Después, chicos y chicas escuchan los discursos de las autoridades presentes, asisten a la misa con la ropa nueva que se les entrega, adornada a veces con cintas y ramilletes de mano, para ser reconocibles entre el público asistente; salen en procesión y se les da una comida o merienda y alguna limosna, a ellas o a sus padres cuando van a recogerles.

El 25 de septiembre de 1785, “en obsequio del augusto nombre de la Princesa”, se organiza el examen de las niñas de la escuela gratuita del barrio de La Comadre, uno de los más pobres de la capital, que está bajo la protección del rey. A esta ceremonia solemne acuden un miembro del Consejo de Castilla, en nombre del conde de Floridablanca, los socios de la Matritense, los diputados de la Villa de Madrid, los representantes de la Junta General de Caridad, el vicario de Madrid, el párroco, los prelados de las órdenes religiosas y otras “personas de distinción”, entre ellas las ocho señoras encargadas de calificar las labores de las niñas. El padre comendador de la Merced Calzada concede al director de la escuela dos prebendas de 1.100 reales cada una para sortearlas entre las huérfanas, al tiempo que algunos asistentes añaden limosnas “para las necesitadas”. Dos días después, el director de la escuela reparte estas dádivas entre las discípulas en presencia de una señora que había asistido al acto, la cual viste a ocho niñas y a otras les da calzado y algunas prendas, “edificando su notoria caridad con las pobres de este barrio”.⁵²

El 22 de julio de 1786, celebraban junta general los socios de la Matritense, para la distribución de premios a 19 discípulas de las cuatro escuelas patrióticas que más se habían distinguido en el hilado de lino, lana y algodón en el primer semestre del año. En el despacho del director de la Sociedad, el marqués de Peñafiel, se juntan para la ocasión el arzobispo de Toledo, su auxiliar, dos regidores del Ayuntamiento de Madrid, dos diputados del Común, el Síndico personero, el vicario eclesiástico, los párrocos y otros notables. Tras el discurso del director, exaltando la utilidad de estos establecimientos, el secretario procede a nombrar a las elegidas, que, acompañadas de sus maestras y los socios curadores, reciben los premios (que no se explicitan). Tanto el arzobispo como Campomanes, Gobernador interino del Consejo, añaden algunas

⁵² HD/BNE, *Mercurio de España*, septiembre de 1785, p. 88.

limosnas. Los 550 reales sobrantes se reparten entre las pupilas y las maestras que no han sido premiadas, para “animar su aplicación”.⁵³

Hay algunas Diputaciones de Caridad que destacan por la frecuencia con que sacan a las niñas a misas y procesiones, como ocurre en los barrios de la Trinidad y San Isidro, que mantienen una escuela gratuita en la calle de los Remedios. En agosto de 1789, para conmemorar “los días de la Reina difunta”, las niñas acuden a una misa por la salud de sus majestades en la capilla de la Merced Calzada, tras la cual se da de comer a 52 de ellas.⁵⁴ Unos meses antes, con ocasión del Domingo de Ramos, en el barrio de los Capuchinos de la Paciencia, una “mano oculta” viste a 24 niñas pobres, que acuden, acompañadas del alcalde de Barrio y la maestra de la escuela, a la iglesia de los referidos religiosos para la ceremonia de bendición de ramos, tras lo cual se les reparte una limosna.⁵⁵

Durante las fiestas que se organizan con motivo de la coronación de Carlos IV los días 21, 22 y 23 de septiembre de 1789, se elige a 208 niñas y niños de las escuelas gratuitas para apostarlos a la entrada del Jardín Botánico, donde habría de pasar la comitiva en su recorrido por las calles de la capital hasta el Palacio Real. A este grupo se añaden otras 90 niñas de las escuelas de los barrios de la Trinidad y San Isidro, que son vestidas para la ocasión por los Cinco Gremios Mayores. Custodiados por la tropa, los párvulos se ordenan en semicírculo portando una vela encendida cada uno. Al paso de la comitiva, exclaman con sus “tiernas y sencillas voces” la gratitud a la nueva familia real, tras lo cual se les ofrece una merienda-cena en los invernaderos del Jardín, mientras algunas personas de “alto carácter, honrando su pobreza y virtud, los animaban a continuar su aplicación y adelantamiento”.⁵⁶

El ritual de la caridad forma parte del aparato propagandístico y de la distinción de las clases privilegiadas, distinción que, en una sociedad vertebrada por relaciones de patronazgo, se hace visible en los criados, que son vestidos de librea, e incluso en las

⁵³ HD/BNE, *Mercurio de España*, agosto de 1786, p. 79.

⁵⁴ HD/BNE, *Diario de Madrid*, 25 agosto 1789, p. 3.

⁵⁵ HD/BNE, *Diario de Madrid*, 17 marzo 1788.

⁵⁶ HD/BNE, *Mercurio de España*, septiembre 1789, p. 70.

niñas pobres, que van a las escuelas-taller patrocinadas por sus más señeros representantes. A este respecto, es ilustrativo el intento de ponerles marcas visibles, que las diferencien de las niñas pobres de sus barrios que no van a las escuelas. En marzo de 1787, Mariano Colón de Larreátegui, alcalde de Corte y Superintendente de Policía, transmite los deseos del rey de que las alumnas de la escuela de Mira el Río lleven un escudo bordado con su “augusto nombre”, pendiente de una cinta azul y blanca -que deben hacer las propias niñas- para que con ello “puedan distinguirse de las vagas y mendigas”.⁵⁷

En suma, el aprendizaje y la producción que llevan a cabo las niñas en las escuelas-taller de promoción estatal ocupa jornadas completas, que se extienden a las ceremonias de representación, a menudo bajo una férrea disciplina, a cambio de limosnas o retribuciones que raramente superan el real diario, y que en ningún caso se explicitan en el reglamento de estos centros, ni en los informes de las instituciones que los tienen a su cargo.

Otro secreto bien guardado es lo que percibían las trabajadoras domiciliarias. La “suscripción caritativa de linos”, que establece en 1778 el Montepío de Hilazas, reparte esta fibra a unas 700 mujeres y niñas pobres de la capital, pero éstas han de abonar su importe, presentar un fiador o, en su defecto, dejar algo en prenda. Y, claro, los locales de la Matritense parecen los del Monte de Piedad, abarrotados de “ropas y trastos de casa y cocina” que, cuando las mujeres los necesitan, los reemplazan por otros. El informe que llega al Consejo sobre el estado de cuentas de la suscripción, cuyos fondos -66.000 reales- habían sido donados por el soberano, su real familia y otras “personas deseosas del bien público”, refleja los gastos realizados en materiales y trabajo, que ascienden a 44.969 reales, de modo que sólo quedan en caja 22.031. Aunque no se especifica la partida correspondiente a la retribución de las hilanderas, la Matritense considera que este es uno de los problemas que afectan a la suscripción por el mayor precio que se les paga en la corte. La solución que propone es ir despidiendo a las hilanderas pobres de los barrios y desplazar la producción a otros lugares donde la mano

⁵⁷ HD/BNE, *Diario curioso...*, 24 marzo 1787.

de obra es más barata. En otras fábricas reales, como la de tejidos de lana de Mira el Río, tampoco hallamos referencias de lo que se abona a las trabajadoras domiciliarias.⁵⁸

Es posible que en las escuelas-taller de los fabricantes privilegiados las remuneraciones fuesen ligeramente superiores, dado que tenían motivos para asegurarse un aporte constante de mano de obra. En 1783 establece en Madrid un taller de bordados el francés Enrique Suleau, que cuatro años después es distinguido con el título de “Real Fábrica y Escuela para la enseñanza de Niñas”. Según lo que su responsable informa a la Junta de Comercio, el centro emplea a 8 oficiales “efectivas”, 8 aprendizas y 10 aprendices, pero no todos los de la misma categoría ganan igual. De las oficiales, dos reciben 10 reales diarios y el resto de 6 a 8; de las aprendizas, una cobra 7 reales, otra 6, otra 5 y dos sólo un real; de los aprendices, siete de ellos cobran 4 reales, y de los tres restantes, uno percibe 2, otro según lo que trabaje y otro faena sólo por la comida.⁵⁹ Claro que las retribuciones máximas expresadas para oficiales y aprendizas, que exceden a las de muchos oficiales, hay que tomarlas con cautela, dado que estamos ante informes cuyo fin es justificar la obtención o el mantenimiento de las franquicias. La compañía de cordoneros dice haber empleado a 160 personas, entre oficiales, oficiales, niñas y “mujeres” domiciliarias y gastado en sus jornales 53.946 reales en 8 meses. Algunas no debieron percibir nada o casi nada, ya que la media resultante arroja la exigua cifra de 1,4 reales diarios.⁶⁰

Además de las nulas o escasas remuneraciones por jornadas completas de trabajo, los malos tratos que a menudo soportan las niñas son otro factor que desincentiva a las familias a enviarlas o mantenerlas en las escuelas-taller. Pero, de entre los maltratos, sólo los casos más graves se sancionan. Por ejemplo, en 1783, Teresa Marina, maestra en la escuela gratuita de los barrios de la Cruz y Monjas de Pinto, es depuesta por la Sala de Alcaldes debido a las denuncias probadas de los padres de las niñas por el “rigor y la impiedad” con que las trataba.⁶¹ El caso de Tomasa Suárez, maestra en el barrio de

⁵⁸ AHN Consejos, leg. 2.803, exp. 39, f. 18. Según refiere Larruga, en la corte se paga a 4,5 reales la libra de hilo de lana fina, y en los “pueblos industrioses” 1,6 reales “cuando más”: Larruga, *Memorias...*, *op. cit.*, tomo II, p. 276.

⁵⁹ AGS, Consejo Supremo de Hacienda, Junta de Comercio y Moneda, leg. 322, exp. 44.

⁶⁰ Larruga, *Memorias...*, *op. cit.*, tomo II, p. 202.

⁶¹ AHN, Consejos, leg. 817, exp. 18.

Niñas de Leganés, no acaba en despido sino en amonestación, a pesar de que los golpes que propina a las niñas o cruzarles la cara con el dedal puesto, les produce lesiones de consideración. Sabemos que en las escuelas se usa la palmeta, para golpear en manos y muñecas, y también es frecuente poner a barrer a las niñas el local y la habitación de la maestra.⁶² Son quejas frecuentes que los vecinos expresan a los alcaldes de Barrio y éstos a los celadores de las escuelas. En 1792, la madre de una niña de 5 años presenta su segunda demanda ante el alcalde del barrio de La Comadre por maltrato de su maestra.⁶³ Parece que esta práctica se acercaba más a la norma que a la excepción, si tenemos en cuenta que las Diputaciones a menudo la incluyen –aunque a veces de manera infundada- en la nómina de excusas cuando quieren despedir a una maestra que ha caído en desgracia.

Largas jornadas, por escasos estipendios y dura disciplina provocan deserciones en las escuelas-taller de los barrios. El de la Trinidad, por ejemplo, abre en 1780 dos escuelas gratuitas, una de pasamanería con cinco niñas en una buhardilla de la calle Barrionuevo, y otra de tejidos con 14 telares que manejan otras tantas jóvenes; pero -se lamentan los diputados- a los tres meses algunos padres las han sacado con “varios frívolos pretextos”.⁶⁴ La Diputación del barrio del Humilladero, a fines de 1786, acusa a las familias de no colaborar con la escuela gratuita, ya que muchas muchachas la dejan “sin decir nada, sólo porque las madres las quieren tener consigo para que las ayuden a los depravados ejercicios de revender por las calles”. Piden que el alcalde de Cuartel imponga un “castigo ejemplar” para contener lo que consideran excesos.⁶⁵ La misma tónica se observa en las escuelas patrióticas de la Matritense. A fines de 1785, la de encajes sólo tiene tres niñas; la maestra comunica que sus discípulas abandonan la escuela por falta de incentivo económico, “ya que son pobres y sus padres necesitan la paga para vivir”.⁶⁶ En la década siguiente, en las escuelas patrióticas de hilados, las niñas rechazan los tornos que se les ofrecen como premio cuando acaban su largo aprendizaje y prefieren a cambio una cantidad en metálico, aunque sea inferior al valor

⁶² AHN, Consejos, leg. 1.004, exp. 6.

⁶³ AHN, Estado, leg. 3.011, exp. 1: “Diario del alcalde del barrio de la Comadre, Pedro Regalado García Fuertes”, apunte del 24 de septiembre de 1792.

⁶⁴ AHN, Consejos, leg. 728, exp. 2.

⁶⁵ Pernil Alarcón, **Carlos III y la creación...**, *op. cit.*, p. 179.

⁶⁶ Negrín Fajardo, **La Educación popular...**, *op. cit.*, p. 193. ,

de aquéllos.⁶⁷ El medio real que se asigna a las aprendizas de las escuelas patrióticas de hilados para retenerlas no logra los efectos deseados. Según el censor de la Matritense, en un informe de 1787, el declive de las escuelas se debe a que algunas muchachas y mujeres quieren “ganar dinero en poco tiempo y poco trabajo”, otras son “abandonadas y holgazanas” porque así las crían sus familias.⁶⁸

Los mismos problemas se detectan en las escuelas-taller pertenecientes a las fábricas privilegiadas del medio rural. La Real Fábrica de Guadalajara mantiene continuas disputas con las justicias de los pueblos para que incentiven la “industria popular” y llenen de niñas las escuelas de hilazas. Pero, en 1786, las autoridades de Torrelaguna informan que “no hay niñas que enseñar por tenerlas sus madres destinadas a otras labores”; las de Corral de Almaguer (Toledo) aseguran que su escuela de hilazas, que lleva funcionando varios años, tiene que cerrar por falta de trabajadoras. Estos y otros representantes locales coinciden en pedir aumentos en las remuneraciones o “premios” para estimular la permanencia de las hilanderas. Así, las autoridades de Aranjuez son explícitas al afirmar que no pueden sujetar a “los muchachos” por el poco estipendio que reciben, ni convencer a sus padres de que les obliguen a asistir. En los mismos términos se pronuncian las justicias toledanas de Dos Barrios, Ocaña y Añoover de Tajo, donde los progenitores sacan a sus hijas de las escuelas “para los trabajos del campo en que interesan más”.⁶⁹ En la escuela-taller dependiente de la fábrica de José March en Morata de Tajuña (Madrid), éste ofrece a las niñas un real diario “para mayor obligarlas”, pero se queja de que, en vez de agradecerle su patriótica generosidad, las madres le insultan por el poco estipendio que les paga.⁷⁰

Las deserciones responden en muchos casos al elevado coste de oportunidad que representa para estas familias mandar a sus menores a las escuelas, donde pasan todo el día, no ganan nada y se les priva del trabajo de un miembro que contribuye a la

⁶⁷ Méndez Vázquez, “Las escuelas de la Matritense...”, *op. cit.*, p. 336.

⁶⁸ Palma García, “Las escuelas patrióticas...”, *op. cit.*, p. 46.

⁶⁹ AGS, Secretaría y Superintendencia de Hacienda, legs. 778, 779 y 780.

⁷⁰ AGS, Secretaría y Superintendencia de Hacienda, leg. 791. Sobre la fábrica de Guadalajara y sus escuelas de hilazas profundicé en V. López Barahona, “Pobreza, trabajo y control social: las hilanderas de las Reales Fábricas de Guadalajara”, en S. Castillo y P. Oliver (coords.): **Las figuras del desorden. Heterodoxos, proscritos y marginados**. Actas del V Congreso de Historia Social de España, Madrid: Siglo XXI, 2006, anexo en CD.

economía familiar. En los barrios del Humilladero y Puerta de Toledo, donde una gran parte del vecindario se dedica a la venta callejera y a la recogida de sebo y trapo, las madres sacan a las niñas para que les ayuden en su trabajo diario. En el medio rural, las tareas agrarias exigen plena dedicación en determinadas épocas del año. Los jóvenes de Vicálvaro y Vallecas desertan de la escuela-taller cuando llega la temporada de la cosecha. De esto se quejan los responsables de esta fábrica real, que funciona con los fondos de Expolios y Vacantes, en septiembre de 1786. Aquí unos 30 jóvenes de ambos sexos cardan, hilan y tejen en régimen de internado, a cambio de su mantenimiento –e instrucción religiosa-, pero la mitad de ellos se han escapado o sus padres los han sacado “con violencia”, y los que permanecen se han vuelto tan “resabiados, violentos, alterados y consentidos, que ni el halago, premio o castigo es capaz de hacerles cumplir las tareas diarias con aplicación y cuidado ...”.⁷¹

Aunque algunas fábricas abren escuelas para emplear a niños de ambos sexos, las niñas y las mujeres constituyen el grueso de mano de obra y el colectivo principal al que van dirigidos esos centros; una mano de obra que, encuadrada en las escuelas-taller, entra en un circuito de instrucción y producción controlado directamente por el poder central. Este es lo importante. La reordenación laboral que contempla el reformismo ilustrado pasa por profundizar en la división del trabajo basada en la diferencia sexual. Al declarar los oficios textiles “femeninos” y “populares”, se pretende erosionar el control gremial sobre la producción y el mercado de trabajo. Al mismo tiempo, rebaja los costes laborales. Además, la calificación de estas industrias populares de “artes sedentarias”, “fáciles” y subsidiarias, contribuye a fijar a las mujeres en el ámbito doméstico, para que no descuiden su principal tarea, que ha de ser el trabajo gratuito en la (re)producción de la fuerza de trabajo. La paulatina reclusión de las mujeres de las clases populares en el ámbito doméstico responde a las preocupaciones poblacionistas de los economistas políticos, quienes vislumbran una relación directa entre el aumento del capital y la fuerza laboral. Las medidas liberalizadoras del aprendizaje y trabajo femeninos, encaminadas a aflojar el corsé gremial, refuerzan a la postre la subordinación de las mujeres, ya que dicha liberalización se circunscribe a los trabajos definidos como “propios de su sexo”. Y esta es una pieza fundamental del andamiaje

⁷¹ AHN, Consejos, leg. 39.841, exp. 2.

ideológico que apuntala el proyecto de reformas que se acelera en el último tercio del siglo XVIII.

El fomento de la 'industria popular' y el discurso de la 'ociosidad' femenina.

Sin duda, la expresión más acabada del programa de reformas borbónicas la hallamos en los discursos sobre *La Industria Popular* y *La Educación popular de los artesanos y su fomento*, que publica en 1774 y 1775 Pedro Rodríguez de Campomanes desde su posición de hombre de Estado.⁷² Por estas fechas, en el campo castellano aún sobrevive descapitalizada la industria textil artesanal de base doméstica que se compagina con las tareas agrícolas, como vimos en el capítulo 2. En la provincia de Madrid, destacábamos los núcleos de Chinchón, Colmenar de Oreja, Valdemoro, Colmenar Viejo, Fuenlabrada y Getafe, dedicados a la pañería, mientras que en pueblos de las vegas del Tajo, Henares y Tajuña se transforman las fibras del esparto y el cáñamo. En la Alcarria y la Mancha hay comarcas especializadas en paños, lienzos y encajes (la Sisa, la Sagra, la Mancha Baja, la Mesa de Ocaña, el Campo de Calatrava). Aunque el autoconsumo se mantiene en estas industrias domésticas, la necesidad de ingresos monetarios desvía el grueso de sus manufacturas al mercado.⁷³ En unos casos, estos “fabricantes sin fábrica” se encargan de acercarlas a las ferias y mercados; en otros se las venden a un agente comercial.⁷⁴ Estamos, en efecto, ante el *Kaufsystem* o industria doméstica dispersa, en la que los productores manejan sus propios medios de producción y controlan todo el proceso de trabajo.

⁷² Véase el análisis que sobre el pensamiento de este autor realiza Carmen Sarasúa en “Una política de empleo antes de la industrialización: paro, estructura de la ocupación y salarios en la obra de Campomanes”, en F. Comín y P. Martín Aceña (coords.), **Campomanes y su obra económica**, Madrid: Instituto de Estudios Fiscales, 2004, pp. 171-191.

⁷³ La importancia del autoconsumo la señala Eugenio Larruga, que escribe en la década de 1780: “En la Mancha, raro es el pueblo en que no se hallen vecinos particulares que no echen paños bastos para el surtimiento de sus casas”: Larruga, **Memorias...**, *op. cit.*, tomo XVII, p. 292.

⁷⁴ Quienes venden su propia producción suelen ser pequeños fabricantes. Los de paños bastos de Horche (Guadalajara) no tienen tierra y se ocupan en el sector terciario: AHN, Consejos, leg. 895, exp. 39. Sin embargo, para los de Herencia (Ciudad Real) el trabajo del campo es su actividad principal y aprovechan los períodos de inactividad para acercar a los mercados las telillas, paños y ceñidores que sus mujeres elaboran, trayendo de vuelta otros artículos necesarios a sus unidades domésticas: Nieto Sánchez, **La Protoindustrialización...**, *op. cit.*, pp. 425-426.

En estas industrias domésticas una buena parte de la producción la realizan mujeres.⁷⁵ La pauta predominante de división del trabajo mantiene en manos femeninas las primeras fases de transformación (lavado, cardado, hilado, estambrado, urdido ...) así como determinados tipos de tejidos y la confección de ropa y enseres. Complementariamente, los varones se encargan del transporte, la comercialización, el manejo de instrumentos pesados como los telares para paños anchos, las tijeras de tundir o los batanes y, por supuesto, de portar el título de “fabricante”.⁷⁶ En Castilla la Nueva, una minoría de estos “fabricantes” son pequeños propietarios de tierras y una mayoría arrendatarios, jornaleros, arrieros y buhoneros, cuyas unidades domésticas producen a pequeña escala.⁷⁷ De mayor importancia es el volumen de producción de las fábricas dedicadas a la pañería, que surten mercados más amplios y cuyos titulares, organizados en gremio, contratan mano de obra externa –contratación de la que suelen encargarse las mujeres- para algunas fases del proceso de producción, especialmente la hilatura. En este caso hablamos de un *Kaufsystem* desarrollado que articula redes de trabajo domiciliario dentro y fuera de la comunidad.⁷⁸ Dichas redes también funcionan, como vimos más arriba, para las Reales Fábricas de Guadalajara y otras privilegiadas promovidas por el capital mercantil (urbano o rural), que es el principal beneficiario de las ayudas de la Junta de Comercio.

Este es el modelo que, bajo el rótulo de la *Industria Popular*, presenta Campomanes como la forma de estimular el crecimiento económico y garantizar el orden social, ya que la integración de la agricultura y la manufactura evita la emigración a las ciudades;

⁷⁵ No en balde estamos ante esas “tecnologías femeninas” de que nos habla Maxine Berg en **La era de las manufacturas...**, *op. cit.*, p. 156.

⁷⁶ Esta división no es estricta: encontramos hombres en los oficios que desempeñan las mujeres (cardado, peinado e hilatura) y, al revés, mano de obra femenina en aquellos oficios en los que la participación masculina es mayor, (determinados tejidos, batanados, tintes). La división del trabajo varía según el tipo de manufactura y el sistema de producción.

⁷⁷ Tengamos en cuenta que en Castilla la Nueva, especialmente en Toledo y Ciudad Real, predominaba la propiedad latifundista y, por tanto, la mayoría de los campesinos trabajaba tierras ajenas; motivo por el cual el porcentaje de jornaleros –en torno al 67 por ciento- se aproximaba al de algunas provincias andaluzas: Alberto Marcos Martín, **España en los siglos XVI, XVII y XVIII. Economía y sociedad**, Barcelona: Crítica, 2000, p. 621.

⁷⁸ Por ejemplo, en 1778, el “gremio de fabricantes de bayetas y paños del lugar” de Novés (Toledo) se compone de 30 unidades domésticas, de las que sólo una está encabezada por un labrador. Abastecen los mercados de Andalucía, Extremadura, Galicia y las dos Castillas, sus redes de trabajo se extienden por 22 localidades del contorno dando ocupación a unas 1.700 personas, la mayoría hilanderas. De similares características son los tejedores de Ajofrín y Sonseca. Véase J. A. Nieto Sánchez, “Nebulosas industriales...”, *op. cit.*

alienta la producción agraria, con lo que se garantiza un abastecimiento fluido; aumenta la producción industrial, lo que beneficia a las arcas del Estado y la sustitución de importaciones; y absorbe la mano de obra excedente (los “ociosos y menos robustos en las hilazas, tejidos y demás faenas de las primeras materias”).⁷⁹ El ilustrado asturiano conoce los problemas que aquejan a su elogiada “industria popular” en el campo castellano: el endeudamiento con los acaparadores de las materias primas,⁸⁰ la creciente carga fiscal que soportan,⁸¹ y la competencia de las Reales Fábricas.⁸² Todo ello facilita la dependencia de los productores del capital mercantil. Así encontramos unidades domésticas en las que algunos miembros se dedican a la propia fábrica y otros a producir para un *Verleger* (mercader-fabricante). Otras pierden sus recursos productivos, engrosando las filas del proletariado textil rural o emigrando a la capital en busca de oportunidades. El declive del *kaufsystem* es uno de los factores que hunden la demanda de trabajo en el sector textil e hinchán las bolsas de desempleo. Dice Campomanes: “vemos ocioso todo el mujeriego y a los niños y niñas en todos o los más pueblos donde no hay fábricas”.⁸³

El político asturiano conoce estos problemas pero no los aborda. Su apuesta teórica por el *kaufsystem* le hace ver con malos ojos la injerencia del capital mercantil, porque “reduciría los vecinos y fabricantes a meros jornaleros”.⁸⁴ Sin embargo, esto es lo que está pasando cuando escribe los *Discursos* y es a estos acaudalados comerciantes a los que el Estado privilegia. Campomanes no propone que a las “fábricas populares” se las estimule con la concesión directa de las franquicias que las instituciones reales otorgan

⁷⁹ Conde de Campomanes, *La Industria...*, *op. cit.*, p. 99.

⁸⁰ El referido gremio de tejedores de Novés se queja en 1778 de que sólo cuatro o cinco de sus miembros pueden hacer acopio de lana suficiente para mantener sus telares activos todo el año; los veinticinco restantes “se ingenian buscando ganaderos que se las fien poniendo sus plazos para el pago”. Para saldar sus créditos a tiempo y asegurarse los del año siguiente, a veces se ven obligados a devolverlos con las telas pero a menos de lo que tienen de coste. El gasto y trabajo empleados en esta manufactura se traduce, por tanto, en “una decadencia de caudales, que ni para comer les alcanza”: AHN Consejos, leg. 1.240, exp. 2. En la misma situación se hallan las fábricas de frisas, sayales y bayetas de Colmenar Viejo: Larruga, tomo XVI, pp. 149-179; las de lienzo de Alcaraz: *Ibidem*, tomo XVII, p. 264; las de jerga de Getafe y Fuenlabrada: *Ibidem*, tomo II, pp. 300-305; y hasta las de paños de Toledo, que dan ocupación a 3.000 personas: AGS, Consejo Supremo de Hacienda, Junta de Comercio y Moneda, leg. 359, exp. 12.

⁸¹ Esto también lo reflejan los fabricantes de Novés en su informe de 1778 a la Junta de Comercio, afirmando que no pueden soportar el reciente aumento de alcabalas y cientos y la imposición de un nuevo gravamen municipal de 2 reales por la saca de cada tela: AHN, Consejos, leg. 1.240, exp. 2.

⁸² No se ha hecho todavía un estudio de la repercusión que tuvieron las aventuras fabriles de la Corona, grandes acaparadoras de materias primas y mano de obra hilandera, sobre el *kaufsystem* local.

⁸³ Conde de Campomanes, *La Industria...*, *op. cit.*, p. 28.

⁸⁴ *Ibidem*, p. 71.

a otro tipo de fabricantes. La solución que ofrece es que a las unidades domésticas que producen sólo parte del año, y a los jornaleros desocupados durante los períodos de baja actividad agraria, se les entreguen materias primas y herramientas para que sus familias las transformen en manufacturas textiles. Es decir, propone que las sociedades económicas, juntas de caridad y autoridades civiles y religiosas, público al que van dirigidos los discursos, actúen como *Verleger*, tutelen y “socorran” a las fábricas populares suministrándoles enseñanza, herramientas y materiales, que han de salir de los bienes de propios u otros fondos públicos y de donaciones particulares.⁸⁵ En este punto Campomanes da vagos consejos sobre la creación en los pueblos de pósitos de fibras textiles “dándolas fiadas a estas familias y tomándoseles el importe a descuento de las manufacturas que trabajasen”.⁸⁶ Este préstamo, que no llevaría interés, se complementaría con el adelanto de fondos que podrían hacer los comerciantes a cuenta de la obra (un *putting-out* encubierto).⁸⁷ El castillo en el aire del *kaufsystem*, pues, se desmorona quedando sólo en pie la proletarización de los productores textiles a beneficio del Estado y del capital mercantil.

La retórica de la industria popular no es más que una cortina de humo que envuelve la verdadera propuesta de los discursos: una reforma del mundo del trabajo, que pasa por encauzar la mano de obra de pobres, mujeres y niños hacia donde ya estaba en la mayor parte de las localidades rurales, las industrias textiles, y apartar de ellas a los hombres, que “se deben dedicar a artes más activas y complicadas, o a trabajar en el campo, y a la guerra”.⁸⁸ Esto implica eliminar el control gremial sobre estos oficios transformándolos en “industria popular”, es decir, en “oficios fáciles” que “se ejercen por pura imitación, y sin aprendizaje o examen formal”, que son justamente “los que ejercen las mujeres en muchas partes” y los más convenientes “para destinar huérfanos y pobres de solemnidad, quienes de esta manera podrán más prontamente salir de la miseria”.⁸⁹

Campomanes sitúa, por tanto, los principales obstáculos del desarrollo industrial en la existencia de gremios, que han encarecido la mano de obra en los oficios textiles por

⁸⁵ *Ibídem*

⁸⁶ *Ibídem*, p. 29.

⁸⁷ *Ibídem*, p. 245.

⁸⁸ *Ibídem*, p. 238.

⁸⁹ *Ibídem*, p. 234.

haber excluido a las mujeres; y en un elemento subjetivo, la ociosidad femenina. Una ideología de fuerte arraigo, que transmuta un hecho económico como el desempleo o el subempleo, derivado de un tipo concreto de relaciones de producción, en una característica moral achacable al propio individuo. Por ello, y para animar el celo de las clases acomodadas en la ocupación de las pobres, Campomanes abre su ensayo sobre la Industria Popular sentenciando, sin sonrojo, que “el sexo más débil de los dos en que están divididos los mortales se halla en lastimosa ociosidad”. Claro que en esto introduce jerarquías y matices. Sus paisanas asturianas y cántabras son un paradigma de la mujer laboriosa y útil al Estado. Pero a medida que descendemos de latitud, aumenta el grado de ociosidad femenina, debido a la influencia de las “heces asiáticas y africanas”.⁹⁰ Ya Madrid supone un problema alarmante, como recuerda Larruga: “Siempre ha sido mucha la desidia y falta de aplicación en las mujeres de la capital para aquellas obras que son características de su sexo y genio”.⁹¹

El argumento que atraviesa todo el discurso se apoya en este postulado: las mujeres que no se emplean “útilmente” son una carga, “aunque necesaria”, para sus maridos y para el Estado. Pero éste les brinda la oportunidad de dejar de ser unas parásitas “sin salir de sus labores caseras” y prestar un servicio a la nación ¿Cómo? Empleándose en las “fábricas populares” que son las más apropiadas a las “fuerzas y decoro de su sexo”, produciendo sin un momento de respiro mientras cuidan del ganado, de la huerta, del puchero o de la cuna, día y noche, y ocupando a su prole en ello: en el campo, “es útil el huso para las mujeres y niñas que guardan el ganado, porque aprovechan ese tiempo”; en la casa, “es más útil el torno” que les facilitaría el buen patricio.⁹² En definitiva, la Industria Popular se reduce a aquellos oficios textiles que deberían ejercer en exclusiva las mujeres por tratarse de “artes sedentarias en las que no es necesario gran esfuerzo

⁹⁰ Veamos, en el extremo meridional, la superlativa “ociosidad” de las mujeres de Villaluenga del Rosario (Cádiz) en la época en que se escriben los *Discursos*: mientras sus maridos trabajaban en los cortijos de Jerez como jornaleros, ellas tejen jergas, costales y lienzo, que previamente han cardado, rastrillado, estambrado, hilado y urdido; tiñen la lana con palo brasil y otras hierbas locales; pintan lienzo que usan para hacer guardapiés; con los tejidos de lana, hacen mantas para la gente del campo, aparejos de caballerías y costales para granos; y con la lana negra de su propio ganado, después de cardada, tejen rajás o medios paños bastos para vestidos del vecindario, que probablemente ellas también confeccionan: AHN. Consejos, leg. 1.028, exp. 2.

⁹¹ Larruga, *Memorias...*, *op. cit.*, tomo I, p. 396. Esta idea contrasta con lo que hemos visto en capítulos anteriores, pues, en el Madrid de la época, sin una industria textil tan pujante como la de Barcelona, había multitud de mujeres ocupadas en los oficios “propios de su sexo”.

⁹² Conde de Campomanes, *La Industria...*, *op. cit.*, p. 32.

corporal y piden aseo”, como son la preparación de las materias primas, la hilatura, el tejido, la confección, el bordado y los “géneros de calle Mayor”, es decir: botonaduras, ojales, cordones y redecillas, pinturas de abanicos, encajes, blondas y puntas; medias y calcetas; listonería y cintas.⁹³ A estas ocupaciones llama la naturaleza al “delicado sexo mujeril”, porque son fáciles, recogidas y aportan un gran beneficio al erario público. De este modo, las mujeres se emplearían “honestamente” para “ayudar” al sustento de sus respectivas familias y “cesaría el gravamen actual con que casi todo el sexo vive a costa de los hombres”.⁹⁴

Así pues, el problema que tiene hundida la industria nacional, la ociosidad femenina, encuentra su antídoto en la Industria Popular. Ocupar útilmente a las mujeres ociosas, cuya holgazanería es “más perjudicial que la de los hombres”, hará brillar el currículo de quien aspire a una buena relación con el gobierno; justificará las subvenciones recibidas de la Junta de Comercio, como expresa entre otros muchos, Josefa Laguardia, viuda de Josef Migueli, fabricante de torzales, cordones y flecos, cuyo logro ha sido el haber recogido en el barrio del Barquillo a “infinidad de muchachas que estaban abandonadas y desnudas”, de modo que “unas gentes que eran perjudiciales a la sociedad” se han convertido en útiles y laboriosas.⁹⁵ Para la Junta de Damas, la función de las escuelas se justifica porque las niñas “están recogidas la mayor parte del día” y se evita estén holgazaneando, o pidiendo limosna por las calles, porque se las acostumbra al trabajo y “se pueden sacar buenas hilanderas”.⁹⁶

La legitimidad de este proyecto reposa sobre una concepción del trabajo textil como “propio” del sexo femenino, no sólo por motivos económicos, que produce más y más barato, sino también por motivos políticos e ideológicos, porque, debidamente encauzado en la red de escuelas-taller, produce “mujeres”, formadas en la laboriosidad que, como futuras madres y educadoras, transmitirán a sus hijos. El adoctrinamiento moral de las niñas es tan importante como el aumento de su contribución a la riqueza nacional a través de un trabajo incansable y apenas remunerado. Relaciones de

⁹³ *Ibídem*, p. 237.

⁹⁴ Conde de Campomanes, **La Industria**..., *op. cit.*, pp. 42-43.

⁹⁵ AGS, Consejo Supremo de Hacienda, Junta de Comercio y Moneda, leg. 316, exp. 38.

⁹⁶ Negrín Fajardo, **La Educación popular**..., *op. cit.*, p. 134.

producción y de dominación –por líneas de clase y de género- se entrecruzan en el programa económico-político de reformas de la segunda mitad del XVIII.

Los discursos de Campomanes constituyen el libro de cabecera de los buenos patricios que ahora, en sus ratos libres, estudian cómo blanquear los lienzos, hacer tintes más permanentes, sacar hilazas más finas..., se especializan en todo tipo de puntos de costura y bordado, doctorándose en materias que ya no envilecen, porque así lo prescribe la Real Cédula de 1783. La “industria popular” se convierte en objeto de discursos y sesudos análisis. Miguel Jerónimo Suárez, archivero de la Junta de Comercio en 1775, aporta una definición de lo que llama “ramos caseros” de la industria popular: “aquellos cuyo mecanismo menos complicado, y más conforme a los talentos de una pobre madre de familia, y a la tierna comprensión de sus hijitas, necesita de *menos inteligencia* y de *menos fondos* para su práctica y adelantamiento”. De esta suerte son “los trabajos del telarito de cintas, los de hilar el cáñamo, lino y algodón (...) los que corresponden al blanqueo de los lienzos e hilos, la hechura de las medias de capullo...”.⁹⁷ Para los señores de la Matritense, la industria popular es “aquel género de ocupación lucrosa, que ni corresponde a la agricultura, *ni a los oficios* y termina en aquellas *obras menores y fáciles* que la gente puede hacer en temporadas, días y horas desocupadas sin faltar a sus primeras ocupaciones”.⁹⁸ Los trabajos que comprende no son, pues, oficios, debido a su supuesta simplicidad y carácter subsidiario. El mismo Campomanes lo ratifica en su memoria sobre el establecimiento de escuelas patrióticas: la “industria abraza a todas aquellas artes, o maniobras fáciles, que contribuyen a preparar las primeras materias, y dan ocupación al pueblo ocioso, y particularmente a las mujeres y niñas; esto es, aquel trabajo sedentario que *no merece el nombre de oficio*”.⁹⁹

Esta reconceptualización de los oficios textiles saca a la luz las contradicciones que subyacen en las escuelas-taller, donde, como hemos visto, las niñas y niños han de pasar por unos aprendizajes de entre cuatro y cinco años, que justifican la escasa o nula remuneración y los desperdicios de materiales que, según la Matritense, se producen.

⁹⁷ Énfasis mío, AHN, Consejos, leg. 1.027, exp. 7.

⁹⁸ Énfasis mío, Palma García, “Las escuelas patrióticas...”, *op. cit.*, p. 40.

⁹⁹ Énfasis mío, Negrín Fajardo, **La educación popular**..., *op. cit.*, p. 94.

Esto en unos oficios fáciles que no son oficios y, por tanto, no requieren aprendizaje formal. Tomemos el ejemplo del bordado. Con motivo de la solicitud del maestro Tolosa de abrir una escuela de niños y niñas, la Sociedad Económica de la capital opina que esta enseñanza debería quedar en “la clase de industria popular” y, por tanto, solo para las niñas, ya que “las mujeres se contentan con menos estipendio, son más fijas de domicilio y tienen menos recursos de industria”. En una ciudad como Madrid, con una fuerte implantación de la estructura tradicional de oficio, los esfuerzos –vanos en buena medida- se dirigen a convertir los del ramo textil en “industria popular”. De este modo, “no sería necesaria una formal instrucción que prescribiese a *los* jóvenes el tiempo y circunstancias previas para recibirse de maestros”.¹⁰⁰ No hacen falta, por tanto, maestros que reciban aprendices, pero sí escuelas donde las niñas se ejerciten en esas “labores que por lo regular no se aprenden por principios y reglas teóricas (...) sino se transmiten por la tradición y *ejemplo de las Maestras*”.¹⁰¹ De ello se deduce que la instrucción que reciben las jóvenes en dichos centros educativos y laborales por parte de estas maestras no es equivalente a un aprendizaje formal y, por tanto, no está sujeta a grados de cualificación. La única formalidad reside, como expresa la propia Matritense, en “la formación de ordenanzas para mejor régimen y gobierno de las Escuelas y dirección metódica de la enseñanza y labores de las mujeres...”.

Cap. 12. La reglamentación de las escuelas-taller y el magisterio femenino.

En enero de 1783, Josef Canseco, secretario de la Matritense y diputado eclesiástico de la escuela gratuita de Mira el Río, se dirige a Floridablanca para que regule el magisterio de las “escuelas del delicado sexo mujeril cuyos principios es la suma de todas sus Ciencias”. El motivo real de esta petición es el crecido número de escuelas particulares que hacen competencia a las patrióticas y gratuitas. El motivo aducido es que hay muchas maestras que “sin más instrucción que unos medianos principios de

¹⁰⁰ Como señalé en otro capítulo, el arte de bordadores no constituía gremio como tal. En la década de 1770, estaba compuesto por unos 140 individuos, de los que sólo 7 tenían obradores y el resto eran considerados oficiales. Entre estos últimos había 6 oficialas que, según Tolosa, ganaban lo mismo que sus colegas: AHN, Consejos, leg. 1.051, exp. 18.

¹⁰¹ Negrín Fajardo, **La educación popular...**, *op. cit.* p. 254.

coser”, ponen unas tablillas en sus ventanas y, con lo que contribuyen unas pocas niñas o las Diputaciones, se aseguran “una vida ociosa”.¹⁰²

Algunas de estas maestras llevan muchos años ejerciendo. En sus casas reciben niñas cuyos padres pagan por su enseñanza, ya como externas, ya como “medio pupilas” o “pupilas” (internas), a menudo con la condición, en este último caso, de que aporten la cama.¹⁰³ Otras, sin embargo, no cobran por la enseñanza a cambio de quedarse con la labor.¹⁰⁴ De este colectivo salen las que a partir de 1778, cuando se crean las Diputaciones de Caridad, comienzan a aceptar a las niñas pobres que éstas les envían antes de que se establecieran las gratuitas en 1780, y también, como dijimos al comienzo, las que concurren a las oposiciones para el magisterio en estos nuevos centros. Bárbara Fernández, por ejemplo, lleva enseñando desde 1756 en la calle de San José, y la Diputación del barrio de San Basilio la nombra maestra de la escuela gratuita.¹⁰⁵ Josefa Bustos tuvo abierto su centro desde 1760, y en 1784 había servido a varias Diputaciones antes de ser nombrada para la escuela gratuita de los barrios de Leganitos y el Rosario. La francesa María Juliana Mislín tiene su escuela desde 1750 en la calle de León. Tras su fallecimiento en 1772, la sustituye María de Parga, que desde el establecimiento de las Diputaciones ha acogido a las niñas pobres que éstas le han confiado.¹⁰⁶ En el cuartel de Palacio, las maestras elegidas para los barrios de La Encarnación, San Juan y Los Caños del Peral son las mismas que ya estaban situadas en ellos.¹⁰⁷

El secretario de la Matritense solicita a Floridablanca el envío de inspectores y examinadores a las escuelas particulares. Campomanes, desde su cargo de Fiscal, lo desestima porque suspender a las “maestras dispersas” supondría acabar con la enseñanza de las niñas. Esta sugerencia la recoge el proyecto de reglamento que en 17 de enero de 1783 remite la Matritense al Consejo para la elección de maestras. Dicha

¹⁰² AHN, Consejos, leg. 856, exp. 9.

¹⁰³ Véase, por ejemplo, el anuncio de una maestra de bordar y hacer encajes finos, en HD/BNE, **Diario noticioso...** 11 febrero 1758, p. 4. Y otro del 20 de mayo del mismo año de una maestra en la plaza de Antón Martín, que incluso enseña a las pupilas los rudimentos cristianos y “todas las habilidades que son necesarias a una mujer”: HD/BNE, *Ibidem*, 20 mayo 1758.

¹⁰⁴ Caso de una maestra de la calle Jacometrezo, HD/BNE, *Ibidem*, 20 febrero 1759, p. 3.

¹⁰⁵ AHN, Consejos, leg. 860, exp. 6.

¹⁰⁶ AHN, Consejos, leg. 1.027, exp. 6.

¹⁰⁷ AHN, Consejos, leg. 868, exp. 11.

normativa tiene por objetivo fomentar la “buena educación” de las jóvenes en los “rudimentos de la fe católica, en las reglas del bien obrar, en el ejercicio de las virtudes, y en las labores propias de su sexo (...) como que es la raíz fundamental de la conservación y aumento de la Religión y *el ramo que más interesa a la Policía y Gobierno Económico del Estado*”. Para tan patriótico fin, la norma establece que las maestras que dirijan la enseñanza en estos centros serán “rigurosamente examinadas” de doctrina cristiana, labores y lectura, ya que entre sus deberes está enseñar a las niñas a leer si éstas se lo piden. Las Diputaciones nombrarán a las maestras examinadoras y recabarán informes de la buena vida y costumbres de las opositoras y sus maridos, si están casadas.¹⁰⁸ Una vez en el cargo, seguirán recibiendo a las niñas de pago, pero a las pobres las enseñarán de balde, dando el Montepío algunas materias primas para que se le devuelvan elaboradas. Por tanto, ninguna persona que no sea admitida y aprobada por las Diputaciones podrá enseñar ni ejercer de maestra pública en la corte; aunque tampoco se impedirá que, con los requisitos expresados, se establezcan “otras particulares”.¹⁰⁹

El 11 de mayo de 1783 se promulga una Real Cédula por la que se establecen las escuelas de niñas en el país, que contiene un reglamento vinculante para las gratuitas y patrióticas e igualmente para las particulares o “dispersas”. Muchas maestras acuden a examinarse para obtener el título que concede el Consejo de Castilla y poder continuar en sus escuelas. Ello no impide que, meses después, llegue al Consejo la queja de otro diputado del barrio de Mira el Río, por haberse abierto en él tres escuelas “sin aprobación alguna”. Se envía una inspección y los comisionados descubren que María Clara Paradela, viuda de 50 años, enseña a 24 niñas a coser, pero no dispone del título legal porque, pese a haber sido examinada por la maestra de la Diputación y solicitado varias veces el título acreditativo, los diputados que se lo debían expedir aún no lo han hecho; Úrsula Rodríguez Miranda, soltera de 54, costurera que se mantiene con su oficio y lo que le reportan 6 aprendizas, está asimismo examinada por la maestra de la Diputación, pero en un año no ha recibido el diploma ni la licencia que le ofreció la Sociedad Matritense; María Pando, en la calle de la Ruda, soltera, es otra costurera que

¹⁰⁸ También el rey designa directamente a las maestras examinadoras, como hace con doña María Felipés para la escuela gratuita de Mira el Río, que, como dijimos, se pone bajo su regia protección.

¹⁰⁹ Capítulo 6 del reglamento: AHN, Consejos, leg. 856, exp. 9.

enseña a unas 12 niñas en idénticas condiciones que las anteriores, aprobada pero sin título.¹¹⁰ Toda maestra que haya sido aprobada en el examen de la Diputación tiene derecho a obtener un título que reconoce su capacidad para enseñar su oficio a las niñas. Pero los títulos no llegan. Antes de 1808, el Consejo de Castilla recibe numerosas peticiones de maestras reclamándolos. La mencionada María de Parga, por ejemplo, lo solicita en 1784 y no lo obtiene hasta 1792.¹¹¹

La reglamentación de las escuelas de niñas fragmenta a este colectivo de trabajadoras autónomas. Un pequeño núcleo de maestras examinadoras, dotadas de Real Título, despunta entre las tituladas. Por otro lado está el mayor número de las examinadas pero sin título y de las no examinadas, que de pronto se ven en la ilegalidad o al menos con el temor a la denuncia y el cierre de sus escuelas. Algunas maestras que colaboraban con las Diputaciones antes de la Real Cédula de mayo de 1783 solicitan ser examinadas y consiguen sus titulaciones. Pero otras se ven relegadas. Vicenta Espinosa, por ejemplo, ejerce desde 1779 con “escuela de niñas de salario” en la calle de la Palma, a donde en 1781 la busca su alcalde de Barrio para que continúe con la Diputación manteniendo a 12 muchachas pobres, surtiéndoles gratuitamente de todos los materiales, a cambio del alquiler del cuarto y algunos otros “socorros” que le ofrecen. Cumplida su parte, cuando concursa para la escuela gratuita de esa Diputación y la del barrio de San Ildefonso, se halla con que eligen a otra. A ella se le permite continuar con su escuela librándole el título, pero en 1784 esto último tampoco se ha cumplido. Se considera, por tanto, expuesta a que la maestra de la gratuita, si lo considera oportuno, solicite el cierre de su escuela, “para que las discípulas que con tanto trabajo ha enseñado vayan a dejarla utilidad”.¹¹²

Esta jerarquización del magisterio se produce también en el medio rural. En muchas localidades se establecen escuelas de niñas por las autoridades o algún notable del lugar, mientras funcionan otras particulares. En octubre de 1784 recibe el Consejo el reglamento que Vicente Remón, alcalde de la villa de Herencia, en Ciudad Real, ha redactado para la escuela de niñas que funciona a su costa en dicha localidad, que es

¹¹⁰ AHN, Consejos, leg. 2.808, exp. 16.

¹¹¹ AHN, Consejos, leg. 1.027, exp. 6.

¹¹² AHN, Consejos, leg. 965, exp. 5.

famosa por su industria de hilados de lana, tintes, ligas de estambre, fajas bastas y finas, ceñidores y cíngulos que elaboran las mujeres. En su capítulo sexto prohíbe todas las demás “escuelas públicas y secretas que no fuesen erigidas y creadas bajo las reglas prescritas por la R. C. expedida en el asunto”. Con ciertas matizaciones, el reglamento se aprueba en noviembre de 1785.¹¹³ Alguna queja por la incompetencia de la maestra nombrada por el alcalde, o denuncia de parte de éste de otras escuelas secretas, debió de llegar al Consejo, ya que en 1791 éste envía una comisión a inspeccionar. Los informantes encuentran que las maestras de esas “otras escuelas” son más idóneas y, por tanto, no las han prohibido hasta recibir órdenes superiores.¹¹⁴

Vallecas tiene asimismo su escuela gratuita. En 1803 su maestra, María Claudia Alonso, solicita la expedición de su título y que se cierren las escuelas de Manuela Pedrero y Juana Vinuesa por carecer de él. La primera tiene permiso de una autoridad provincial para continuar con las jóvenes que estaba enseñando antes de la instalación de la escuela gratuita. La segunda es una pobre viuda de avanzada edad que hasta hacía dos años había ejercido como maestra, por lo que se ha tenido miramiento con ella “para no exponerla a mendigar para su preciso sustento, lo que sin duda se verificará de privarla de semejante destino”.¹¹⁵ En 1805, Vicenta García, maestra en Mota del Cuervo (Cuenca), expone que no ha podido ir a la corte a examinarse porque cuida de sus padres ancianos y pobres, y ante el temor de verse suspendida, solicita hacer la prueba correspondiente en Quintanar de la Orden (Toledo), El Toboso (Toledo) o Pedro Muñoz (Ciudad Real).¹¹⁶

En otros pueblos industriosos, las escuelas-taller de iniciativa estatal intervienen el mercado de trabajo, al prohibir la incorporación de mujeres a las manufacturas locales sin haber pasado previamente por el filtro formativo de la escuela. En Getafe, tiene instalada una fábrica de bordados Francisco García, que en 1799 se surte de varios obradores dispersos de bordadoras, tanto en esta localidad como en Madrid.¹¹⁷ Las justicias locales abren una escuela gratuita, a costa de los caudales de propios, para la

¹¹³ AHN, Consejos, leg. 933, exp. 6.

¹¹⁴ *Ibidem*.

¹¹⁵ AHN, Consejos, leg. 2.147, exp. 7.

¹¹⁶ AHN, Consejos, leg. 2.463, exp. 26.

¹¹⁷ AGS, Consejo Supremo de Hacienda, Junta de Comercio y Moneda, leg. 315, exp. 38.

cual nombran una maestra que acude a la corte a examinarse. Con este motivo, el Consejo manda a la justicia y al párroco de Getafe que fomenten entre las familias de la aldea el envío de sus hijas a la nueva escuela y prohíban la admisión de las niñas en la fábrica de bordados sin que, por certificación de dicho cura y la maestra, conste “hallarse completamente instruidas en costura y doctrina cristiana, únicos y principales objetos de la juventud de este sexo”.¹¹⁸ Conviene hacer mujeres antes que obreras.

Un apartado especial merece el control ideológico que emana de las escuelas-taller. Los artículos del reglamento de 1783, sobre el contenido de la enseñanza, establecen como prioritaria la formación religiosa de las pupilas a través de la práctica diaria de las oraciones por el método del catecismo, junto a las máximas de pudor y buenas costumbres. Este currículo muestra el esfuerzo por inculcar los principios de la moral dominante en la fuerza laboral, contrarrestando determinados rasgos de la cultura popular como el aspecto desaseado de los más pobres, los gestos desafiantes hacia la autoridad, la desenvoltura de las jóvenes o su lenguaje plagado de ironías y dobles sentidos. Por ello, se ordena a las maestras que obliguen a las niñas a ir limpias y aseadas a la escuela y se mantengan con modestia y quietud, ocupadas en sus labores, no permitiéndoles emplear “palabras indecentes, equívocas, ni de aquellas que se dicen propias de las Majas”. Estas enseñanzas han de ir incorporadas a la disciplina del trabajo constante en las “industrias populares”, comenzando por las labores más fáciles, que, según los redactores del reglamento, son “faja, calceta, punto de red, dechado, dobladillo y costura”, y continuando por las más complicadas como “coser más fino, bordar, hacer encajes, cofias o redeillas, sus borlas, bolsillos, cintas caseras de hilo, de hilaza de seda, galón, cinta de cofias y todo género de listonería”.¹¹⁹

Los rezos y labores de las muchachas constituyen el principal contenido de la enseñanza. La lectura, que prescribe el artículo 11, queda relegada a un tercer plano, ya que la maestra deberá enseñarla sólo si la niña lo solicita.¹²⁰ Que este es un elemento

¹¹⁸ AHN, Consejos, leg. 1.912, exp. 1.

¹¹⁹ Capítulo octavo del reglamento: AHN, Consejos, leg. 856, exp. 9.

¹²⁰ La formación intelectual se reserva para los varones en las “escuelas de primeras letras”, donde también había maestros, organizados en la cofradía de San Casiano, que debían obtener un título para ejercer oficialmente. El Colegio Imperial de los Jesuitas, en la calle de Toledo, tenía asimismo escuelas gratuitas para niños pobres. Véase Juan Francisco Martín de las Mulas y Beatriz Tremiño, “La enseñanza

más bien cosmético lo demuestra el número de maestras analfabetas que son examinadas y aprobadas y el de jóvenes que salen de las escuelas sin haber adquirido esta destreza. En 1784, María Leocadia Serrano, vecina de la corte, solicita su título para establecerse en Torrijos (Toledo), de donde es natural, y estar cerca de su familia. Tanto los informes de su habilidad, tras pasar el examen, como los de su conducta y la de su marido, son positivos. El único inconveniente es que no sabe leer, pero el alcalde de Corte cree que “esta falta, que se nota en algunas otras maestras, podrá suplirla su anciano suegro, que vive en su compañía y lee decentemente”.¹²¹ En 1802, María González, tras pasar toda su infancia y juventud trabajando en las escuelas-taller, incluso con categoría de ayudanta, tampoco sabe leer y escribir.¹²²

Lo que importa a la policía y al gobierno es formar a las esposas, madres y criadas que la economía política requiere para generar una mano de obra abundante, sana, sumisa, laboriosa y deferente, la cual esté asimismo en condiciones de aportar “en sus ratos libres” y “sin salir de sus ocupaciones caseras”, fuerza de trabajo subsidiaria, flexible y de bajo coste, a las industrias textiles. Importa, en definitiva, asegurar la producción de los “*habitus* conformes”, que constituyen parte de las condiciones de reproducción del orden social y del propio aparato de producción.¹²³

Las condiciones de trabajo de las maestras de niñas

El reglamento de 1783 establece un protocolo para la elección de maestras en el que se regula con detalle lo que éstas han de enseñar y cómo. Pero pasa de puntillas sobre lo que han de recibir a cambio. El artículo décimo “sobre los emolumentos de las

en la Edad Moderna, siglos XVI-XIX”, en V. Pinto y S. Madrazo (dirs), **Madrid. Atlas histórico...**, *op. cit.*, pp. 340-349.

¹²¹ AHN Consejos, leg. 860, exp. 6.

¹²² AHN Consejos, leg. 2.045, exp. 42. Aunque no hemos profundizado en ello, en la documentación consultada hay memoriales dirigidos al Consejo de Castilla escritos y firmados por las maestras. Todo indica que, entre las alfabetizadas, una gran parte pertenece a lo que podríamos llamar aristocracia artesana, como aquellas francesas, irlandesas y catalanas que son contratadas para las Reales Fábricas o los hospicios de Corte y San Fernando, si bien hay maestras más modestas que al menos saben firmar. En los casos de las pertenecientes a familias pobres, el nivel de alfabetización disminuye. Por ello, aunque en lo sustancial es correcto etiquetar esta etapa histórica como la de la “maestra analfabeta”, como hacen los estudios de historia de la educación, creo que habría que introducir matices: San Román Gago, “La maestra española...”, *op. cit.*

¹²³ Bourdieu, **El Sentido Práctico...**, *op. cit.*, pp. 218-19.

maestras” estipula que mantengan las acostumbradas alumnas de pago “y a las pobres las enseñen de balde”, ya que el Montepío de la Matritense aportará los materiales necesarios para que los devuelvan trabajados. El Fiscal del Consejo advierte la desventaja que esta disposición supone para las maestras y manda que la Administración General de Caridad ayude a las Diputaciones para que “a lo menos cada una logre 50 pesos de ayuda de costa anual, además de lo que paguen las niñas pudientes”.¹²⁴ Pero esta norma no se aplica siempre. En la práctica, cada institución remunera de forma distinta a la maestra, cuyo salario incluye una parte monetaria y otra en especie. Esto se ve claramente en el caso de las escuelas gratuitas a cargo de las Diputaciones de Caridad, al tiempo que en ellas también se percibe un declive de estas retribuciones a lo largo del siglo.

Desde que se abren las escuelas gratuitas en 1780, hasta la Real Cédula de 1783, cada una gratifica de distinta forma a sus maestras, incluso dentro del mismo cuartel. En el de Palacio, a María Merino, en los barrios de Puerta de Segovia y Santa María, se le paga el alquiler del cuarto y 4 reales diarios; a Francisca Sánchez, en los de Sacramento y San Nicolás, su habitación y 3 reales diarios; a Manuela Alonso, en los barrios de La Encarnación y Doña María de Aragón, sólo 4 reales, y a Agustina Gómez, en los de San Juan y Caños del Peral, únicamente 3. Lo que se alega para no pagar el alquiler a estas dos últimas es que son barrios con pocos pobres y estas maestras ya estaban afincadas en ellos.¹²⁵ En el cuartel de San Francisco, a la maestra del barrio de Huerta del Bayo, uno de los más miserables de la capital, como sabemos, se le asignan 4,5 reales diarios, sin mención al alquiler, y, según el informe del alcalde, en su escuela enseña a 50 niñas.

La norma fijada por el Fiscal del Consejo de pagar anualmente 750 reales, más el alquiler del local, no se cumple generalmente. Después de aprobado el reglamento, el cuartel de Afligidos es una excepción: la maestra de Monterrey y Monserrate recibe esa asignación (incluida la habitación) más 2 reales diarios, en consideración a que todas la educandas que tiene son pobres. Claro que, en este mismo cuartel, está situada la escuela que mantiene el arzobispo de Toledo, lo cual disminuye el número de

¹²⁴ AHN, Consejos, leg. 856, exp. 9. Cincuenta pesos equivalen a unos 750 reales de vellón.

¹²⁵ AHN, Consejos, leg. 868, exp. 11.

establecimientos que han de sostener las Diputaciones con sus fondos.¹²⁶ Casi todas las demás maestras apenas rozan los 750 reales anuales. En 1784, la del barrio de Niñas de Leganés, Tomasa Suárez, acusada de malos tratos, percibe la mitad, aunque, según los diputados, éstos le añaden 30 reales mensuales.¹²⁷ En 1787, la Diputación del barrio del Carmen reconoce que a la maestra, Manuela Murillo, no se le gratifica con los 50 pesos anuales preceptivos y que el estipendio que le pagan es “inferior al de las niñas pudientes”.¹²⁸ La maestra del barrio de La Comadre, María Merino, recibe 2 reales diarios en 1792, más el alquiler del cuarto, a pesar que es una de las escuelas con mayor número de alumnas pobres.¹²⁹

Esta versatilidad en el estipendio de las maestras también se nota en las escuelas patrióticas dependientes de la Matritense, aunque aquí nos movemos en principio en remuneraciones más altas. En 1780, la escuela de encajes que pone la Sociedad en la Casa de los Desamparados retribuye a la directora, según los estatutos, con 3.000 reales al año, que es una cantidad elevada, aunque ésta pone todos los utensilios. Dicha escuela fracasa y cierra en 1787. La de hilos finos, que comienza a funcionar en 1785, asigna 8 reales diarios a la maestra y 4 a su madre (probablemente ayudanta), más las gratificaciones por cada alumna premiada.¹³⁰ Tres años después, la Junta de Damas ofrece 9 reales diarios más la habitación a las maestras y maestros que quieran examinarse para la escuela patriótica de bordados.¹³¹ Pero, cuando las Damas asumen el control a principios de la década de 1790, el nuevo reglamento para las escuelas de hilazas establece que la maestra recibirá la cuarta parte de los premios que se concedan a las niñas.¹³² Las ayudantas de las maestras, que suelen ser sus hijas o alguna alumna aventajada, percibirán 3 reales diarios, al menos eso declara María González, que ocupa este puesto en la escuela patriótica de San Andrés. Cuando en 1793 queda vacante la plaza de maestra en esta escuela, la dotación ha bajado a 5 reales diarios, además de la casa y otras “adehalas” que no se especifican.¹³³

¹²⁶ AHN, Consejos, leg. 1.027, exp. 4.

¹²⁷ AHN, Consejos, leg. 1.004, exp. 6.

¹²⁸ AHN, Consejos, leg. 1.003, exp. 8.

¹²⁹ AHN, Consejos, leg. 1.462, exp. 21.

¹³⁰ Palma García, “Las escuelas patrióticas...”, *op. cit.*, pp. 48-49.

¹³¹ HD/BNE, **Diario de Madrid**, 22 septiembre 1788, p. 3.

¹³² Méndez Vázquez, “Las escuelas de la Matritense...”, *op. cit.*, p. 337.

¹³³ HD/BNE, **Diario de Madrid**, 6 mayo 1793, p. 2, y **Diario de Madrid**, 8 febrero 1794, p. 3.

La disminución de la parte monetaria del salario, observable en las escuelas patrióticas, las pone en situación equiparable a las gratuitas, que, en los últimos años del siglo, parecen haber estabilizado la cantidad pagada a sus maestras por la enseñanza a las niñas pobres entre 4 y 5 reales diarios. En ese mismo año de 1793, la Diputación del barrio de la Panadería, por dimisión de la maestra anterior, estipula para la entrante cuatro reales diarios más la habitación, lo mismo que ofrece la de Niñas de Leganés unos meses después.¹³⁴ En sucesivos anuncios para plazas de maestra, las patrióticas no especifican las condiciones, y las gratuitas, por el contrario, añaden referencias a otros incentivos. Por ejemplo, en el barrio de San Cayetano, a los 4 reales diarios más la habitación, se suma “lo que la Diputación añada según los progresos”.¹³⁵ En Vicálvaro, la nueva maestra percibirá 5 reales diarios, la habitación y “el cuarto del Santo que dan el Sábado las Niñas de los vecinos pudientes”.¹³⁶ En el barrio de la Buenadicha, se ofrece lo acostumbrado -4 reales diarios más la habitación-, recordando que la maestra añadirá lo que le reporten las niñas pudientes.¹³⁷

La dotación anual más alta que hemos hallado no corresponde, como cabría esperar, a una maestra de la capital, sino a la de Getafe, María Ibáñez. El Consejo le asigna en 1799 cien ducados (1.100 reales) sobre los caudales de propios. Otra cosa es que realmente los percibiera, porque los incumplimientos abundan. En otras localidades rurales, el estipendio de las maestras es bastante inferior e igualmente irregular. La de Vallecas, María Claudia Alonso, aún no goza en 1802 del sueldo asignado y no tiene “más que el que contribuyen los padres de las niñas”.¹³⁸ El alcalde de Herencia proyecta dar a la maestra de su escuela 500 reales de vellón al año más habitación. La maestra de Mota del Cuervo, Ana Vicenta García Ressa, que lleva más de veinte años en el cargo, también cobra de los propios, pero sólo 220 reales anuales, así que no sorprende que lo tenga que redondear con su “trabajo extraordinario” para mantener a sus padres “constituidos en suma pobreza”.¹³⁹

¹³⁴ HD/BNE, *Diario de Madrid*, 28 noviembre 1793, p. 2.

¹³⁵ HD/BNE, *Diario de Madrid*, 27 julio 1795, p. 3.

¹³⁶ HD/BNE, *Diario de Madrid*, 28 abril 1796, p. 2.

¹³⁷ HD/BNE, *Diario de Madrid*, 22 marzo 1798, p. 3.

¹³⁸ AHN, Consejos, leg. 2.147, exp. 7.

¹³⁹ AHN, Consejos, leg. 2.463, exp. 23.

Es imposible calcular el ingreso medio de las maestras públicas dado que la parte en especie -el alquiler del cuarto- varía, no hay evidencia suficiente de lo que percibían por las niñas de pago, ni qué porcentaje representaban éstas en sus escuelas, ni lo que obtenían de los extras, como la venta de los artículos fabricados en la escuela; y menos aún de los encargos que tomaban de particulares (maestros, fabricantes o consumidores). Sabemos que incluso las maestras de las escuelas gratuitas a cargo de las Diputaciones de Barrio compaginaban la enseñanza con la producción por encargo, como indican los frecuentes anuncios aparecidos en los diarios de la época. Por ejemplo, la maestra de la Diputación de Santiago y San Justo, en la calle del Espejo, “enseña y cose para afuera todo género de ropa blanca” y también acoge internas.¹⁴⁰ En casa de la maestra de niñas del barrio de la Comadre, se hace “todo género de labores de dechados, ligas, bolsillos, ropa blanca a la española, francesa e inglesa” y se reciben pupilas.¹⁴¹

La dificultad que entraña la valoración del ingreso medio de las maestras particulares y públicas, se diluye en buena medida en el caso de las que trabajaban en las escuelas-taller de promoción estatal ubicadas en los internados (colegios, hospitales, hospicios, correccionales), donde la composición del alumnado era más homogénea y estable, sin presencia –muy probablemente- de aprendices externos de pago. También en este renglón de maestras podemos observar una disminución de los salarios, que coincide con la que ha sido estimada para las maestras del colegio de Santa Isabel.¹⁴² En los hospicios de Corte y San Fernando, las autoridades conceden sustanciosas dotaciones a las maestras, entre las que abundan las de origen francés y catalán. Pero, los apuros económicos de ambas instituciones, debidos a una mala administración, producen recortes a menudo drásticos en dichas dotaciones a partir de 1771. Veamos unos ejemplos:

En 1767, Pablo de Olavide, que dirige los hospicios de Corte y San Fernando, contrata a María Francisca Olivos Moragull, maestra de bordar, lavar encajes y costura fina, con el

¹⁴⁰ HD/BNE, *Diario curioso...*, 10 mayo 1787.

¹⁴¹ HD/BNE, *Diario de Madrid*, 4 octubre 1795, p. 2.

¹⁴² Llopis Agelán y García Montero, “Precios y salarios en Madrid...”, *op. cit.*

encargo de que enseñe a las jóvenes del primer establecimiento las habilidades para poder servir en casas de distinción. La maestra recibiría dos raciones de pobre para ella y una criada, el alquiler de un cuarto, todo el beneficio de las labores en el primer año, descontando lo que hubiese gastado el centro en hilos, agujas, lienzo, etc., y a partir de ese año entregaría la mitad a sus administradores. Tras haber cumplido con su compromiso, en octubre de 1771 la Junta de Hospicios le suspende la ración de pobre y el alquiler del cuarto porque proyecta cerrar la escuela. También se despide a Serafina Coll, maestra de blondas y otras labores, que había comenzado su enseñanza en San Fernando en 1766, cuando se funda este correccional, a solicitud del conde de Aranda, bajo las siguientes condiciones: habitación en el mismo centro, la mitad de las utilidades que rindiesen las muchachas y 12 reales diarios por cada vara de blondas que excediese su valor de un real, y dos maravedíes por el resto. La propia maestra, en el memorial que eleva al Consejo pidiendo amparo, calcula que salía a unos 20 reales diarios, cantidad equiparable a la que perciben los maestros de la fábrica de Guadalajara en 1789. Tras ocho años en el cargo, la trasladan al hospicio de Corte rebajándole sus estipendios a 12 reales. En 1774 prescinden de sus servicios y al año siguiente su puesto lo ocupa una de sus discípulas “con el solo gravamen de un real diario por la enseñanza”. No obstante, Serafina, tras varios recursos, consigue que la Junta de Comercio le permita abrir “fábrica de blondas, encajes y otros géneros” con el escudo de armas reales, pero se le deniega una asignación fija diaria para admitir a niñas pobres.¹⁴³

Es asimismo complicado establecer comparaciones, en lo que a retribuciones se refiere, entre las maestras públicas y particulares. Ya hemos visto que ambos grupos desarrollan las mismas actividades: toman aprendizas como pupilas o medio-pupilas, venden en su casa la producción y realizan encargos. A veces las particulares, para equipararse a las públicas, añaden la enseñanza del catecismo y la lectura, incluso a veces la de un idioma extranjero, que suele ser el francés, como en el caso de la esposa de un profesor de este idioma, que se ofrece como maestra de niñas de 4 a 10 años para enseñarles “doctrina, francés, coser, leer, bordar, hacer calceta” por 30 reales al mes, y toma pupilas y medio-

¹⁴³ AGS, Secretaría y Superintendencia de Hacienda, leg. 699, exp. 1.

pupilas por 4 y 2 reales diarios respectivamente.¹⁴⁴ Algunas de estas maestras están aprobadas por las Diputaciones, la Matritense o la Junta de Comercio.¹⁴⁵

Ya vimos que el reglamento de 1783 para las escuelas de niñas repercute en el amplio segmento de maestras particulares o “secretas” o “dispersas”, como las llama Campomanes, por cuanto se ven precisadas a examinarse y sacar un título, para seguir tranquilas con su enseñanza. Las que logran la plaza en una escuela-taller pública se convierten en una especie de funcionarias de la Junta de Caridad y la Sociedad Matritense, pero desprovistas de las condiciones que normalmente disfrutaban los servidores del Estado, en forma de pensiones vitalicias, etc., y sujetas a remuneraciones inestables.¹⁴⁶ Por otro lado, la calificación que reciben a través de los exámenes no acredita sus habilidades en el *arte* sino la capacidad de enseñarlo públicamente, y a menudo sólo en la escuela para la que opositan, dado que es frecuente que, si lo hacen para otra, las vuelvan a examinar. Es también recurrente que los títulos se demoren o que se les nieguen como forma de presión. Por ejemplo, en 1784, el arzobispo de Toledo, que sostiene una escuela para los barrios de la plazuela del Gato y San Marcos, no acepta que a sus maestras se las examine y despache el título “para que con este motivo no se consideren perpetuas en este cargo y sin libertad para poderlas remover a los barrios donde más convengan”.¹⁴⁷ Un argumento similar esgrime Olavide cuando justifica el despido de María Francisca Olivos Maragull en 1771: la maestra “no es más que una mera criada o dependiente de la Casa, a la cual se puede despedir en el día que no se considere útil o se mude la idea en los fines o asuntos para que se recibió”.¹⁴⁸ La misma receta se aplica en el despido de la veterana Isabel de Osuna, maestra de la escuela de hilazas para la Real Fábrica de Guadalajara en la Galera de Madrid, que, en

¹⁴⁴ HD/BNE, **Diario curioso** ..., 28 noviembre 1786, p. 3. La suma cobrada a las pupilas por esta maestra contrasta con la que demandan, tres décadas antes, los encajeros Agustín Jansens y Catalina Guelle para su fábrica privilegiada, que asciende a 60 reales y 30 para las medio-pupilas: HD/BNE, **Diario noticioso** ..., 16 abril 1758, p. 4. Estos son los dos únicos casos hallados que hacen explícito el precio del aprendizaje. Otra maestra que, además de las labores referidas, enseña francés y a “hacer moda, flores y batas”, en HD/BNE, **Diario de Madrid**, 24 marzo 1791, p. 2.

¹⁴⁵ Véase el anuncio de una maestra de la calle Majaderitos, que está aprobada por la Diputación: HD/BNE, **Diario de Madrid**, 31 diciembre 1799, p. 3; y de otra de la calle Alcalá, que lo está por el Consejo: **Diario de Madrid**, 5 abril 1800, p. 4.

¹⁴⁶ Tienen, sin embargo, derecho al beneficio simbólico del tratamiento de doñas, que se les aplica sin excepción en la documentación administrativa.

¹⁴⁷ AHN, Consejos, leg. 1.027, exp. 4.

¹⁴⁸ AGS, Secretaría y Superintendencia de Hacienda, leg. 699, hatillo 1.

1796, tras cuarenta años de servicio, se encuentra anciana, en la calle, con un marido enfermo que mantener y sin sus cinco reales diarios.¹⁴⁹

El perfil social de las maestras de niñas.

La fragmentación que propicia el reglamento de 1783 en el colectivo de maestras se entrecruza con diferencias socio-económicas y de estatus que generan competencia y conflictos de intereses. Hemos visto las tensiones entre las maestras con título y las no tituladas, que se solapan con las que se producen entre las maestras públicas y las particulares. Ciertos conflictos corporativos se vislumbran en peticiones como la que realizan en 1794 las maestras del cuartel de Afligidos, cercano al Palacio real, entre las que hay algunas con título de examinadoras. Solicitan al Consejo que amplíe la real cédula de 1783 con tres condiciones para las que concurran a los exámenes en las escuelas gratuitas: ser mayor de 20 años, haber sido dos años ayudantas u oficiales en dichas escuelas y aportar “información de limpieza de sangre, buena vida y costumbres, y sin nota de infamia o ejercicio de ministerio vil o mecánico”, a imitación de los maestros de primeras letras. Consideran que se debe primar el “buen porte” o comportamiento a las habilidades. También piden que se cese a las que ejercen sin la correspondiente licencia, petición que se desestima, pero se ordena que se vuelva a notificar a las personas que “tuvieren escuelas públicas o secretas de niñas sin permiso” se abstengan de continuar en ellas.¹⁵⁰

No hay duda de que el número de maestras de niñas de todas clases en la capital asciende a varios centenares a finales del siglo. De ellas, las maestras públicas constituyen minoría. Las escuelas gratuitas y patrióticas son unas 50, a las que habría que añadir 13 que, según el censo de 1787, trabajan en los colegios de niñas. Tampoco podemos precisar la cifra de las que prestan sus servicios en las escuelas-taller de las fábricas privilegiadas. Nuestra investigación ha registrado casi un centenar de maestras, pero sólo conocemos diferentes datos (origen, estado civil, número de hijos, oficio del

¹⁴⁹ AGS, Secretaría y Superintendencia de Hacienda, leg. 782, hatillo 1. Nótese el descenso que ha sufrido el jornal desde la década de 1770, cuando algunas maestras del Hospicio doblaban cuando menos esa cantidad.

¹⁵⁰ AHN, Consejos, leg. 856, exp. 9.

padre o marido) de 35, que ejercen en la capital y provincias colindantes e incluyen algunas particulares.¹⁵¹ El prototipo es una casada con un hijo; su edad, que sólo conocemos en 10 casos, se acerca a los 40 años, como vemos en la tabla 7. Su adscripción social, si nos atenemos a los oficios de sus maridos o padres, apunta hacia la pequeña burguesía urbana y los asalariados de la ciudad y el campo.¹⁵²

Tabla 7. Maestras de niñas por estado civil, edad y número de hijos (1780-1810)

| Estado civil | Solteras | Casadas | Viudas | Total |
|--------------|----------|---------|--------|-------|
| | 9 | 19 | 7 | 35 |
| Edad | | | | |
| 15-19 | 1 | | | 1 |
| 20-29 | 1 | 1 | | 2 |
| 30-39 | 1 | | 1 | 2 |
| 40-49 | 1 | 2 | 1 | 4 |
| 50-59 | 1 | | | 1 |
| No consta | | | | 25 |
| Nº Hijos | | | | |
| 0 | | 1 | 1 | 2 |
| 1 | | 3 | 1 | 4 |
| 2 | | 1 | | 1 |
| 3 + | | | 1 | 1 |
| Indeterm. | | 1 | 1 | 2 |
| No consta | | | | 25 |

Fuente.- Elaboración propia a partir de los datos consignados en, AHN, Consejos, legs. 728, 817, 860, 867, 868, 933, 965, 1.003, 1.004, 1.027, 1.462, 1.525, 1.912, 1.966, 2.051, 2.095, 2.147, 2.437, 2.439, 2.463, 2.500, 4.033; y AGS, Secretaría y Superintendencia de Hacienda, legs. 699/1 y 782/1.

El predominio de las casadas contrasta con el discurso de los diputados de Barrio, que expresa reparos a su contratación especialmente en el caso de que tengan hijos menores o perspectivas de tenerlos. Los motivos aducidos son tanto económicos como morales. Por un lado, se alega que las maestras con marido y prole necesitan un cuarto más amplio, lo que encarece el gasto de alquiler. Por otro, se considera que sus hijos pequeños podrían distraer a las niñas, servirles de “juguete”. Y, en el caso de que la

¹⁵¹ En este cómputo no se incluyen las de escuelas de hilazas dependientes de las Reales Fábricas de Guadalajara.

¹⁵² Estos oficios son los siguientes: capataz de caminos; dependiente de la Real Capilla, peluquero y espadero; peluquero; escribiente; cochero; maestro de primeras letras; teniente-capitán retirado; oficial de guarnicionero; tejedor de medias y albañil; dependiente de rentas; jornalero (rural); empleado del Resguardo; empleado ropería del Hospital; maestro herrador (rural); fabricante de bizcochos; empleado del hospital; maestro cardador (rural) y teniente del ejército.

maestra o su ayudanta estuviesen en estado de gestación, “sería pernicioso ejemplo” para ellas.¹⁵³ Tener niños es una excusa cuando no se quiere elegir a una candidata por motivos menos confesables. Rafael Beser y Folch, capellán mayor del Oratorio de Espíritu Santo, facilita a los diputados de los barrios de Guardias de Corps y Afligidos el informe sobre la conducta de una de las maestras que concurren al examen para la escuela, María Antonia García, esposa de un tejedor de medias en paro que se ocupa como peón de albañil. Expone el religioso que, si bien su “tenor de vida no disuena de una regular y cristiana conducta”, muestra un “genio vivo, sentimientos comunes, bastante plebeyos y poco cultos”. Además, tiene un niño varón, y la práctica de veinte años de confesionario le ha convencido de lo perniciosa que es la cohabitación de los sexos en la tierna edad, porque “pareciendo que todo es candidez, se engañan”.¹⁵⁴

En 1783, Francisca Carrera es igualmente descartada en la elección para los barrios del Humilladero y Puerta de Toledo, alegando que tiene familia numerosa –dos hijos, dos hijas y un nieto-, a pesar de que había logrado la máxima calificación en el examen. Francisca, natural de Granada, ha venido a la corte a seguir dos pleitos de su hijo, acaba de enviudar de un dependiente de la Real Capilla, que era también maestro espadero y peluquero; y tiene contactos suficientes para hacer prosperar el recurso que eleva al Consejo, ya que es amiga del alcalde de Corte, Mariano Colón, que lo es del cuartel donde tiene lugar la elección. El asunto, que enfrenta a este último con dos de los diputados eclesiásticos, acaba en manos del Fiscal tras casi un año de cruce de informes y acusaciones. A los diputados se les destituye y Francisca toma posesión de su cargo. La perjudicada es Rosa Cándida Pérez, la maestra elegida en primer lugar, que lleva todo ese tiempo en activo. Podemos imaginar el contratiempo que su destitución supondría, teniendo en cuenta que estaba casada con un escribiente que lleva dos años “desacomodado”.¹⁵⁵

¹⁵³ Esto alegan los diputados de los barrios del Humilladero y Puerta de Toledo para no dar la plaza a Francisca Carrera en julio de 1783: AHN, Consejos, leg. 860, exp. 11.

¹⁵⁴ AHN, Consejos, leg. 1.027, exp. 4.

¹⁵⁵ AHN, Consejos, leg. 860, exp. 11.

Las Diputaciones del cuartel de Afligidos son por estas fechas una jaula de grillos, pero algo dicen sobre el perfil social de las maestras y sus relaciones con los empleadores.¹⁵⁶ Las de Leganitos y El Rosario mantienen una contienda en torno al salario de la maestra, que ella rechaza por escaso; la de Guardias de Corps toma partido por una maestra escofietera francesa, Basilia de la Hoz, a pesar de que se niega a sujetarse a examen porque son de sobra conocidas sus habilidades entre los mercaderes. A su vez, los diputados de Guardias de Corps acusan a los de Afligidos, con los que comparten escuela, de favorecer a Josefa Sánchez, viuda, buscando “una examinadora de su facción”, a pesar de no tener las cualidades de Bárbara de Ocaña, mujer de un oficial guarnicionero. El Consejo, finalmente, ordena que se vuelva a convocar examen, pero esta vez se desestima a algunas de las candidatas “por su porte y conducta”, y por evitar a las que consideran más merecedoras “mezclarse con unas mujeres cuyo exterior y prospectum (*sic*) manifestaba claramente su desenvoltura y poca crianza”. Se descarta asimismo a aquellas casadas con hijos, entre las que se hallan Bárbara de Ocaña y María Antonia García.¹⁵⁷

Los diputados quitan y ponen maestras a su antojo cuando los fondos no llegan para pagarles lo convenido o cuando, por otros motivos, se las quiere apartar de la enseñanza. En estos casos, que no son infrecuentes, los informes de los diputados atribuyen defectos personales y profesionales a las maestras, como estar medio ciegas, tratar mal a las niñas, observar una conducta poco honesta en su modo de vestir y tener a las muchachas atrasadas en sus tareas, cargando sobre ellas la culpa de que las escuelas no prosperen. En julio de 1792, María Merino, soltera de 45 años, es objeto de estas acusaciones, incluida la de ser vieja y ciega. Lleva 12 como maestra en los barrios de la calle de Segovia y Santa María cuando intentan obligarla a firmar su jubilación, manteniéndole los dos reales diarios que percibe. María pide al Consejo se compadezca de su miserable situación al haber quedado sin cuarto donde vivir y puesta en entredicho su reputación profesional. Desmiente asimismo las calificaciones vertidas sobre ella y

¹⁵⁶ Este cuartel se compone de los siguientes barrios: Guardias de Corps, Afligidos, Montserrat, Niñas de Monterrey, Plazuela del Gato, San Marcos, Leganitos y El Rosario.

¹⁵⁷ AHN, Consejos, leg. 1.027, exp. 4.

sostiene que el verdadero motivo de su despido es que los diputados quieren nombrar otra maestra “de su facción”.¹⁵⁸

En el pleito que se entabla en 1804 entre la Diputación del barrio de Niñas de la Paz y la maestra Josefa Moreno, a la que se nombra para la escuela gratuita el 3 de junio de 1791, se formulan los mismos cargos, exceptuando el de ser vieja y ciega, y añadiendo alusiones a su presunta prostitución. En este caso hay una mujer joven, casada con un fabricante de bizcochos, que ha sido objeto del acoso sexual de uno de los diputados, que inicialmente la había favorecido, y que, despedido por el rechazo, emprende una campaña de desprestigio conducente a despojarla de su magisterio. Tras un tiempo de demora en el pago de sus salarios, la Diputación cierra la escuela aduciendo falta de fondos. La Junta de Caridad recuerda a los diputados que sólo el Consejo de Castilla tiene potestad para decidir sobre el futuro de la escuela. En posteriores informes, los diputados explican que en realidad la maestra observa mala conducta, es prostituta y su marido un “hombre falto de instrucción” que sólo se ocupa “en el ejercicio de fabricar bizcochos”, acusaciones que provocan la airada reacción –por escrito- de éste y el alboroto del barrio. Al Consejo llega el anónimo de un diputado desvelando la verdadera causa del despido, en el que se describe a Félix Ruiz de Aguilar, promotor del mismo, como “hombre que [a toda] mujer del barrio que no asienta a sus torpezas la persigue con levantarla las mayores calumnias”. Josefa logra conservar su puesto.¹⁵⁹

Las “labores propias de su sexo” implican a las mujeres de todas las clases sociales, y la institución del magisterio femenino en las escuelas-taller refleja esta situación. Las señoras de la nobleza y de los grupos acaudalados, reunidas en la Junta de Damas, como “naturales” conocedoras de la materia, se encargan de proteger y dirigir estos establecimientos, ejerciendo de empleadoras y árbitros en los exámenes de las candidatas. Estas últimas son, por sí mismas, trabajadoras autónomas, pertenecientes a la clase media urbana –militar, funcionarial y artesana-, quizás la mayor parte de las

¹⁵⁸ AHN, Consejos, leg. 1.462, exp. 21.

¹⁵⁹ AHN, Consejos, leg. 2.439, exp. 21. El expediente de esta maestra revela otros datos personales: tiene un hijo al cuidado de una nodriza rural, los diputados la recriminan por vestir falda corta (por encima del tobillo, al estilo de las majas); se implica en varios pleitos civiles, uno por defender a una joven recién salida de San Fernando, otro por los malos tratos de su marido; y hay un amigo del matrimonio que parece hacer la función de cortejo.

públicas, y a la de trabajadores pobres que sobreviven del salario o el trabajo autónomo precario. Algunas niñas a las que enseñan son pudientes, porque sus padres pueden pagar por su enseñanza, y otras no. En los informes de las Diputaciones de Caridad hay alusión a que determinados progenitores no quieren llevar a sus hijas a las escuelas gratuitas por no mezclarse con las niñas pobres, lo cual casa con que algunas maestras particulares especifiquen en sus anuncios que habrá separación física entre ambas o que sólo se admitirá a las pudientes.¹⁶⁰ Es decir, las diferencias socio-económicas entre las maestras y entre las niñas condicionan su relación con el mercado de trabajo y el tipo de vínculos laborales bajo las cuales desempeñan su actividad.

Cap. 13. Las relaciones laborales en el textil madrileño

¿Cómo se engranan las escuelas-taller en la organización social del trabajo? ¿Qué cambios introduce en las trabajadoras la liberalización de su aprendizaje y ejercicio? ¿Qué efectos tiene la formación laboral impartida por las escuelas-taller en la cualificación de la mano de obra femenina? El estado actual de la investigación no permite dar respuestas definitivas a estas preguntas, pero sí detectar algunas tendencias que invitan a contemplar el trabajo de las mujeres en la industria textil.

En el capítulo 3 vimos cómo los gremios prohibieron el aprendizaje femenino, cortándole el paso a la maestría. Pero esta forma de expropiación del oficio no implicó el abandono de las mujeres de las actividades productivas, sino su relegación a la esfera doméstica como trabajadoras recíprocas, autónomas o empresarias al enviudar, asalariadas para maestros y fabricantes, y trabajadoras forzadas en cárceles y hospicios. El trabajo de las niñas pobres en las escuelas-taller públicas de pueblos y barrios introduce un nuevo tipo de relación laboral que reduce los costes de producción, al subsumir el trabajo en el aprendizaje y ser desplazado –idealmente– del circuito mercantil al terreno de la caridad, lo cual constituye también su talón de Aquiles, pues

¹⁶⁰ Por ejemplo, una escuela de encaje en la calle de Tarrasco (*sic*): HD/BNE, **Diario noticioso...**, 28 septiembre 1772, p. 4; otra en la calle del Espejo, a cargo de Catalina Pariente, miembro de la Real Sociedad Económica de Granada, sólo admite niñas pudientes: HD/BNE, **Diario de Madrid**, 15 mayo 1794, p. 3.

ya hemos visto los problemas de reclutamiento y permanencia de esta mano de obra en las escuelas gratuitas y patrióticas, así como en las escuelas de hilazas.

Veamos cómo trabajan las artesanas (entendidas en sentido amplio como productoras de manufacturas textiles) para los gremios, los fabricantes y las instituciones estatales y para-estatales, según el tipo de relación con los medios de producción.

Maestras, fabricantes y maestras de niñas

Comencemos por la cúpula del trabajo urbano: los talleres de maestros y fabricantes. En 1782, la pasamanera María Polonia Bazán, viuda de maestro, solicita licencia a la Sala de Alcaldes para continuar con los mismos oficiales y aprendices que tenía su difunto marido, sin necesidad de poner maestro examinado, ya que ella puede desempeñar esta función. Nótese que la petición se realiza cuando se acaba de publicar la Real Cédula que permite el aprendizaje femenino en estos oficios y está a punto de ver la luz la que posibilita su libre ejercicio. Sin embargo, la Sala sólo le prorroga por un año el tiempo para cumplir el requisito de las ordenanzas.¹⁶¹ En 1789, los recursos presentados por la viuda de un guantero dan lugar a la Real Orden que permite a las artesanas de este estado mantener abiertos sus talleres aunque se casen con alguien ajeno al oficio.¹⁶² A pesar de ello, todavía en 1815, Regina López, que se define “maestra de sastre”, pide permiso a la Junta de Comercio para mantener su tienda abierta, ya que la maneja en los mismos términos que su difunto marido, incluida la contrata suscrita con la Junta de Hospitales “para hacer toda la obra concerniente a la plaza de toros”. Regina adjunta a su memorial copias de las cédulas a favor de las viudas de artesanos y del trabajo de las mujeres. En este caso, se concede lo solicitado.¹⁶³

Entre los fabricantes que gozan de las franquicias de la Junta de Comercio, y están capacitados para admitir aprendizas abriendo escuelas-taller, las viudas no están sujetas a las mismas restricciones, pero cumplen funciones similares a las de la esposa de un

¹⁶¹ AHN, Consejos, Libro 1.370, f. 357.

¹⁶² AGS, Consejo Supremo de Hacienda, Junta de Comercio y Moneda, leg. 326, exp. 7.

¹⁶³ AGS, Consejo Supremo de Hacienda, Junta de Comercio y Moneda, leg. 394, hatillo 1, exp. 3. La Junta de Hospitales tenía asignados ciertos ingresos provenientes de las corridas de toros.

maestro gremial. Así vemos que son ellas las que se ocupan de la enseñanza de las niñas y niños, como ocurre en la fábrica de sedas de Salvador González. Larruga es explícito: “toda esta instrucción está a cargo de Doña Josefa Font, consorte de dicho González”.¹⁶⁴ La misma pauta se sigue en la fábrica de guantes de Prost, en la de medias de seda de Pedro Chaquet y Margarita Barranquet o en la del bordador José Nieto, quien en las condiciones de su contrato para dirigir la escuela patriótica de la Matritense, se especifica que la enseñanza de las niñas la llevarán a cabo su esposa, Isabel Pérez, y su nuera, María Rada.¹⁶⁵ En 1785, Margarita Barranquet, ya viuda de Pedro Chaquet, queda al frente de la fábrica, pero, como es habitual, también se tiene que hacer cargo de las cuantiosas deudas. Solicita a la Junta de Caridad –de la que depende el colegio de los Desamparados, donde habían tenido escuela- que la ayuden a cubrir el débito, apoyándose en que ella misma había enseñado a varias “muchachas a hilar en su casa y en el Barrio de San Francisco por mucho tiempo, excitando su aplicación y esmero con premios que les ha dado de su propio bolsillo”. Campomanes informa favorablemente su petición.¹⁶⁶

Este magisterio *de facto* de las artesanas urbanas presenta continuidad con el que ejercen las protagonistas del *Kaufsystem* rural, que no sólo producen sino que también contratan y dirigen la mano de obra. El mismo Campomanes lo refleja en su *Viaje a Extremadura*, en referencia a los ya mencionados fabricantes de paños y bayetas de Novés (Toledo), organizados en gremio, cuyas esposas “gobiernan las personas empleadas mientras los fabricantes acopian las lanas y dan salida a sus tejidos”.¹⁶⁷ Del mismo modo, los maestros cardadores encargados de las escuelas de hilazas dependientes de la Real Fábrica de Guadalajara delegan en sus mujeres e hijas la dirección de dichas escuelas.

La norma de 1784, permitiendo el ejercicio libre de las mujeres en los “artefactos propios de su sexo”, viene a reconocer una situación de hecho –de un hecho secular-, como es su participación activa en la industria textil urbana y rural bajo los distintos

¹⁶⁴ Larruga, **Memorias**..., *op. cit.*, tomo II, p. 82.

¹⁶⁵ González Mateos, “Una escuela de bordados...”, *op. cit.*, pp. 72-73.

¹⁶⁶ AHN, Consejos, lib.1.374, f. 489.

¹⁶⁷ AHN, Consejos, leg. 1.240, exp. 2.

tipos de relación laboral que hemos esbozado; pero no deriva en ningún cambio en las ordenanzas de estos oficios, que siguen poniendo trabas a la maestría femenina, mientras los empresarios se sirven de oficiales y “mujeres” en o para sus talleres, de la misma forma que los fabricantes para sus “escuelas de niñas” y redes de *Verlagssystem*. Sin embargo, sí abre un espacio a las viudas de maestros para presionar a los gremios, como vimos más arriba, y a las fabricantes en general para ejercer de manera independiente.

Entre 1784 y 1785, el Consejo de Castilla expide dos cédulas, una que concede franquicias a las manufacturas de medias de seda fina, filadiz y algodón; y otra permitiendo el trabajo de tejidos de lino y cáñamo “sin distinción de clases ni sexos, como ya se hace en algunos Pueblos de estos Reinos, y sin sujeción a las ordenanzas gremiales (...) pero celándose en todas que tengan la bondad intrínseca que les corresponde”.¹⁶⁸ En 1793 aparece otra Real Cédula orientada a seguir eliminando los controles corporativos, que declara extintos todos los gremios de torcedores de seda, y “libre este arte, común a todas las personas de ambos sexos que quieran dedicarse a él”.¹⁶⁹

Estas normativas dan alas a las artesanas con ciertos recursos productivos para situarse fuera del control gremial y titularse públicamente “maestras” y “fabricantas”. Por ejemplo, en 1805, Ignacia Mayol, que ya ha tenido en funcionamiento 8 telares de seda, solicita las franquicias como “maestra de pasamanería”; paralelamente, María García, que mantiene tres telares, dirige su instancia en calidad de “fabricanta de medias de seda”.¹⁷⁰ Por su parte, Ana Rodríguez se ha empleado desde los 7 años en el tejido de cintas de seda, oficio en el que siempre ha trabajado y “ganado su jornal *en casa de varios maestros fabricantes* de esta corte”. En 1804 tiene 34 años, está casada y vive en

¹⁶⁸ Énfasis mío, AHN, Consejos, lib. 1.374, f. 382.

¹⁶⁹ AHN, Consejos, lib. 1.383, f. 801. En Valencia, ciudad con una importante industria sedera, el Colegio de torcedores se opone a la libertad de fabricación y venta de los productos de su competencia, pero no al trabajo femenino siempre que se desarrolle bajo el control de los gremios, como se había venido realizando, de hecho, durante mucho tiempo, en unas condiciones muy ventajosas para los maestros: “Hasta aquí las mujeres tejían las cintas para los maestros del Arte, pagándolas *un precio muy ínfimo* por las hechuras y apropiándose ellos toda la ganancia. Pero como en el día ya pueden las mujeres vender sus obras, o trabajar de su cuenta, piden una *justa recompensa* a su labor” (énfasis mío): Díez, **Viles y mecánicos...** *op. cit.*, pp. 161-162.

¹⁷⁰ AGS, Consejo Supremo de Hacienda, Junta de Comercio y Moneda, leg. 318, exp.1.

la calle de Rodas. Ha instalado un telar en su domicilio y proyecta poner otro para enseñar a su hija de 13 años, lo que la autoriza definirse como “fabricanta del arte de la seda” y solicitar a la Junta de Comercio franquicias para sus telares, que le conceden por un año.¹⁷¹

Otras fabricantas más privilegiadas, como la piamontesa Gabriela Guelle, que mantiene junto a su marido un taller de encajes con centro de formación, presenta en 1799 ante la Sala una solicitud para poner “escuela pública de niñas educandas y abrir tienda de modista”. Una vez obtenida, pide a los alcaldes un documento acreditativo de que puede ejercer este magisterio y, con ello, evitar que “la molesten las de su clase” (las otras maestras tituladas) mientras encuentra casa adecuada para instalar el nuevo establecimiento.¹⁷² Este y otros ejemplos muestran la competencia entre maestras-fabricantes tituladas y no tituladas, y el control que aquéllas ejercen sobre éstas, del mismo modo que hacen los maestros y oficiales sobre los trabajadores no agremiados.

Sin embargo, el objetivo de las leyes liberalizadoras del trabajo femenino no va tanto dirigido a las propietarias de talleres agremiados, las fabricantas y artesanas autónomas, como a la fuerza de trabajo más abundante de la base social, cuyo cauce formal de aprendizaje no pasa por el obrador gremial, sino por una alternativa al mismo representada por las escuelas-taller, a través de la cual se forjan aprendizas y oficialas – asalariadas para todo tipo de empleadores-, pero no maestras en sus respectivas habilidades, sino sólo para impartir clases en aquellos centros, si es que logran alcanzar dicho estatus.

Aprendizas, oficialas y “mujeres”

La norma de 1779, que permite el aprendizaje de niñas y jóvenes en los oficios textiles, también viene a reconocer una situación de hecho, pues hemos visto en décadas anteriores a costureras, encajeras y otras artesanas tomar aprendizas, cuyos padres pagan por su enseñanza. Sin embargo, no todas las familias pueden costear el

¹⁷¹ Énfasis mío, AGS, Consejo Supremo de Hacienda, leg. 316, exp. 44. Estas ayudas sólo se conceden a los telares de pasamanería.

¹⁷² AHN, Consejos, Lib. 1.389, f. 1.241.

aprendizaje de sus hijos en el taller de un maestro o una maestra, de ahí que las oportunidades de aprendizaje para las niñas y jóvenes más pobres se escoren hacia la red asistencial de los internados (hospicios, colegios, algunas fábricas estatales) y las escuelas-taller públicas. Hay muy pocas escrituras de aprendizaje femenino protocolizadas en el siglo XVIII y la mayor parte de ellas corresponden a familias más o menos pudientes. Las condiciones de los contratos varían en función de las capacidades y expectativas de las partes. Por ejemplo, el matrimonio de modistas formado por Simón Mathieu y Juana la Roche, acuerda en 1778 con la madre de María Uniaquíán tomarla como aprendiz durante 4 años. En los dos primeros, su progenitora dará un real diario para arrostrar la manutención, además de vestirla y calzarla. En 1780, el acuerdo al que llegan con la madre de Catalina Fernández es que ésta pague 3 reales diarios, igualmente por los dos primeros años de los cuatro acordados, además de cama, ropa limpia y calzado. Sin embargo, el padre de Victoria Viant, con quien contratan ese mismo año, sólo tendrá que vestirla y calzarla, ya que el alimento corre por cuenta de la maestra.¹⁷³

En el Madrid del último tercio del XVIII, las familias que no pueden costear un aprendizaje tienen la posibilidad de poner a sus hijas e hijos en una fábrica-internado, como la ya referida de Salvador González y Josefa Font en la calle del Álamo, de la que salen tejidos de seda. Como maestro y director del centro, González recibe un salario fijo de 18 reales diarios, incluidos domingos y festivos, más 3 reales por aprendiz y 2 por aprendiz que el Colector le envíe, para cubrir su manutención (posteriormente la cifra se iguala a 3 reales). Hasta el mes de abril de 1787, a las aprendizas que trabajan en los telares de cintas se las gratifica con 1,5 reales diarios.¹⁷⁴ Sin embargo, los 23 contratos de aprendizaje (22 niñas y 1 niño), que García suscribe entre junio y diciembre, no contemplan retribución monetaria y todos coinciden en sus términos. Las pupilas han de aprender no sólo “haciendas y tareas propias de una mujer pobre de

¹⁷³ AHPM, prots. 20.307, f. 285, 1 noviembre 1776; 20.308, f. 9, 4 febrero 1778; 20.309, f. 20, 11 enero 1780; 20.309, f. 53, 22 abril 1780; y 20.313, f. 29, 16 enero 1788. Lamentablemente, en ninguna de estas escrituras se especifica la edad de la aprendiz.

¹⁷⁴ De los aprendices no se indica: AHPM, prot. 19.819, f. 61: “Escritura de declaración de la pertenencia de una fábrica de tejidos de seda en esta Corte a favor de la Colecturía General de Expolios ...”, 19 abril 1787. Esta fábrica había pertenecido a Salvador González y su esposa, Josefa Font; pero sufrieron, como otros artesanos, el desalojo del local y posteriormente un litigio con un socio capitalista. Abrumados por las deudas, ceden la fábrica a la Colecturía para poder saldarlas, quedándose González como maestro asalariado: Larruga, *Memorias...*, *op. cit.*, tomo II, p. 79.

honrada familia” -extremo omitido en el caso del varón-, sino también todas las “manufacturas de la seda” que son “capaces de las fuerzas mujeres”, caso de la “cintería y todos los tejidos anchos lisos, y no de hierros”. Además, recibirán alimento, vestido, calzado, lavado y cama, así como tratamiento de enfermedades, si no son contagiosas. Ni las aprendizas, ni sus padres o tutores podrán pedir “recompensa por vía de salario o pago de lo que trabajaren y tejieren”.

Unos meses más tarde, en marzo de 1788, el Colector ha proporcionado a la fábrica-internado 13 aprendices y 41 aprendizas, aunque el matrimonio González-Font también las toma externas. De los 23 aprendizajes que se protocolizan el año anterior, 7 los suscriben viudas, 3 viudos, 2 los tíos de la menor y el resto matrimonios. Vemos, por tanto, que algo más de la mitad de las pupilas son huérfanas de uno o ambos padres. Todas son nacidas en Madrid y lugares de Toledo, con edades que oscilan entre los 9 y 17 años, aunque la moda es de 12, siendo el período de aprendizaje de 5, 6 o 7 años, según la edad.¹⁷⁵

Otros padres sin recursos, a veces persuadidos por alcaldes o diputados de Barrio, mandan a sus hijas con fabricantes particulares. Por ejemplo, en 1785 el padre de Vicenta García, la pone en casa del botonero Juan Bautista Perrod, en la calle Bordadores, obligándose a que su hija permanezca allí un año para aprender el oficio. Vicenta abandona el obrador a los pocos meses, con consentimiento de su progenitor, por lo que Perrod le denuncia, pues los responsables legales del menor tenían la obligación de devolverlo a casa del maestro en caso de deserción. El alcalde de Cuartel amenazó al padre con poner a su hija en el Hospicio si no la restituía al taller. Este alegó que, en cierto modo, Perrod tampoco había cumplido su parte, pues “rápidamente la puso a cierta maniobra sin querer enseñarla más”, la maltrataba de palabra y no ganaba “la más mínima cosa”, al contrario, gastaba “la poca ropa que tenía”. Como era pobre de solemnidad y no podía mantenerla, aconsejado por el alcalde de Barrio, la había puesto

¹⁷⁵ Los contratos de aprendizaje, en AHPM, prots. 19.819, f. 163: 25/6/87, f. 165: 26/6/87, f. 167: 25/6/87, f. 169: 25/6/87, f. 171: 25/6/87, f. 173: 25/6/87, f. 175: 19.818, f. 179: 3/7/87, f. 181: 8/7/87, f. 191: 10/7, f. 195, f. 197, f. 211: 31/8/87, f. 219: 7/9/87, f. 223: 10/9/87, f. 225, f. 227, f. 241: 6/10/87, f. 243: 8/10/87, f. 267: 16/12/87, y f. 269: 17/12/87.

a servir en casa de un agente de negocios, “donde se halla en la actualidad y muy estimada de sus amos”.¹⁷⁶

En realidad, el aprendizaje tenía que ver con el servicio doméstico, ya que de los aprendices se esperaba que estuviesen a lo que se les mandara, en esa confusión de casa como espacio de residencia y de producción; de modo que podían darse aprendizajes encubiertos en un contrato de servidumbre doméstica y viceversa. Por ejemplo, en 1802, la maestra de encajes y encajera de Su Majestad, María Rosa Compoint, contrata dos aprendizas, Juana Andreu y Mariana Toro, con su padre y abuela respectivos. Los términos son idénticos. La maestra se compromete a enseñar el arte del encaje en el término de 6 años, alojar, alimentar, vestir, calzar y dar ropa limpia a la joven, “como si fuese hija suya”. La aprendiz, no sólo se obliga a realizar las tareas propias del oficio, sino también “lo que se ofrezca a su maestra, sea decente”. Al arbitrio de esta última queda asimismo la retribución monetaria, según juzgue los progresos de la joven.¹⁷⁷

Los maestros agremiados del sector textil no toman aprendizas, pero pueden legalmente, a partir de 1784, contratar oficiales, en lo que constituye otro reconocimiento de una realidad cotidiana, aunque disputada por las hermandades de oficiales, que la norma no altera sustancialmente. Como hemos visto, en Madrid, a lo largo de la Edad Moderna, las artesanas textiles trabajan como asalariadas o subcontratistas para los maestros agremiados, unas con el título de oficiales, otras con el de “mujeres”. Recordemos que, en 1750, la ropera María de Montes se refiere a “las oficiales de casa”. En la década de 1780 hallamos casos como el de Esperanza Adorno, casada con un zapatero de obra prima, que ha trabajado durante doce años como “oficiala en casa de un maestro sastre”, algunos más en casa de un maestro golillero, y por las noches en su cuarto.¹⁷⁸ En los últimos años del siglo, Josefa de Arcos, casada con un oficial sastre, es una “excelente oficiala” del obrador sartorial de un maestro muy conocido. En esos años hay también

¹⁷⁶ AHN, Consejos, leg. 39.833, exp. 2. Este es un ejemplo de que las condiciones de las aprendizas eran tan precarias, que el servicio doméstico seguía contemplándose como una mejor alternativa. Perrod debió fallecer poco después de este pleito, ya que, dos años más tarde, su viuda, Livoria Navarro, había aumentado el caudal de la tienda con sus “fatigas, trabajo y asistencia” hasta que la enfermedad se lo termina impidiendo y establece compañía con un oficial tirador de oro: AHPM, prot. 19.117, f. 138, 29 octubre 1787.

¹⁷⁷ AHPM, prot. 22.682, ff. 32 y 36, 25 abril 1802.

¹⁷⁸ AHN, Consejos, leg. 39.826, exp. 2.

asalariadas en los pequeños talleres de fabricantes y maestras de niñas que a su vez trabajan para otros empresarios. Por ejemplo, la barcelonesa Margarita Súñer y Justí se ocupa de bordar junto a su hija pequeña y algunas “oficialas”, para la fábrica de Santos Peralta y Félix Manzano en la calle del Carmen.¹⁷⁹

Algunas de estas oficialas han pasado su infancia en las escuelas-taller de promoción estatal. En 1805 sabemos de tres que trabajaron en la patriótica de San Andrés, a quienes la Junta de Damas expidió certificado “para que puedan trabajar como oficialas en cualquier obrador de Maestro”.¹⁸⁰ La promoción al magisterio, sin embargo, se presenta más difícil para las hijas de las familias pobres. María Carreras, por ejemplo, natural de Almagro, es una joven soltera hija de un jornalero, que vive con éste y sus hermanas. Domina el arte del encaje y ha pasado varios años en la escuela del barrio de Los Ángeles, cuyos diputados, según informan, han intentado varias veces “fomentarla para que pudiera ser útil al público”, pero no lo han logrado por falta de medios. También los señores del Consejo la han ilusionado con una plaza de maestra, a la vista de las obras que les había presentado, pero sin resultado alguno. En 1793, decide pedir permiso para poner escuela de encajes y blondas. La Junta de Damas la convoca a examen encontrándola sumamente hábil. Los informes del alcalde de Cuartel la avalan: es “inclinada al continuo trabajo”. Finalmente obtiene el permiso para tener escuela abierta en cualquier parte del reino.¹⁸¹

Hay más peticiones de este tipo de las que no siempre conocemos el resultado. En 1799, Rafaela Benavente pide su título de maestra de niñas para el barrio de la Buenadicha, en el cuartel de las Maravillas. Es soltera, tiene 24 años y vive con su madre viuda. Es pobre de solemnidad y su padre había servido en el Resguardo de la corte. Los informes dicen que es “una joven timorata de mucho recato y notoria honradez”, pero en el expediente no figura la resolución del Consejo.¹⁸² En 1800, Juana Díaz Mariscal, soltera, ha estado de interina en la escuela gratuita del barrio de las Monjas de Pinto por haber sido una de las alumnas más aventajadas desde la apertura de la misma en 1783.

¹⁷⁹ Estos últimos casos, en AHN, Consejos, leg. 9.461.

¹⁸⁰ ARCM, Diputación Provincial de Madrid, leg. 8.880-017.

¹⁸¹ AHN, Consejos, leg. 1.525, exp. 17.

¹⁸² AHN, Consejos, leg. 1.912, exp. 19.

Es decir, Juana ha pasado un “aprendizaje” de 17 años. Solicita que la examinen y expidan el título. El alcalde de Cuartel, una vez probada su gran habilidad y “bellas prendas que ha adquirido en las escuelas de las Diputaciones”, recomienda se le dé el título para que el público vea que “se atiende a las que aprovechan en ellas”, lo que indica que ésta no debía de ser la opinión más generalizada.¹⁸³

En los primeros años del siglo XIX, en medio de una aguda crisis, al Consejo siguen llegando solicitudes de títulos para abrir escuelas por parte de las trabajadoras, que se han ocupado desde su infancia en las escuelas-taller pero no han logrado promocionarse a maestras. Es el caso de María González, de 27 años, natural de Madrid, casada con un empleado en la ropería del Hospital, que vive de alquiler en la calle de los Carros. En abril de 1801 pide que se le reconozca su maestría a través del preceptivo examen, pues ha sido ayudanta o “pasanta” en la escuela patriótica de San Andrés e interina en ella hasta que la plaza salió a concurso, pues pese a que se presentó para cubrirla la elegida fue otra. Lo más que consigue es que la Junta de Damas le otorgue el título de ayudanta, con un jornal de 3 reales y las obligaciones que le imponen las señoras curadoras. Al no recibir respuesta, en febrero de 1802 vuelve a dirigirse al Consejo, “con la mayor sumisión”, exponiendo que desde su tierna infancia se ha esmerado y aplicado en todas las labores de costura, bordado y otras que se requieren en una maestra, como puede certificar. Pero, a pesar de estar calificada por los exámenes y recomendaciones con la nota más alta, no halla su justa recompensa, por lo que siente que no han servido de nada “las muchas tareas y continuos malos ratos que ha sufrido para tener el conocimiento de las insinuadas labores”. Vuelven a pedirse informes de la buena conducta de ella y su marido. La única tacha que tiene María, añade el alcalde de Cuartel, es que no sabe escribir. Al cabo de más de un año desde su primera solicitud, le expiden su título de maestra de niñas.¹⁸⁴

Como vemos, algunas de las jóvenes que pasan su infancia trabajando en las escuelas-taller consiguen la titulación a duras penas para ejercer como trabajadoras autónomas, abriendo sus propias escuelas particulares, en las que producen normalmente bajo pedido de clientes o como subcontratistas de fabricantes o mercaderes-fabricantes. Otras

¹⁸³ AHN, Consejos, leg. 1.966, exp. 10.

¹⁸⁴ AHN, Consejos, leg. 2.095, exp. 42.

ejercen sin título. En anteriores apartados vimos algunos ejemplos de costureras, cinteras, bordadoras, encajeras, etc., que trabajan en sus casas, venden allí su producción y toman aprendizas o “pupilas” de pago para redondear ingresos y contar con mano de obra auxiliar. La mayor parte de estas maestras no salen de la pobreza. Si opositan para las escuelas gratuitas y patrióticas, es posible que vean aumentados sus ingresos –al menos, el alquiler del cuarto lo tenían, generalmente, garantizado-, pero a cambio de convertirse en trabajadoras dependientes de la administración, sin los beneficios correspondientes a este estatus laboral. Todas ellas añaden un plus de cualificación, que no se exige al magisterio masculino en el marco gremial, ya que no sólo se examinan de su habilidad profesional, sino también de catecismo, de lectura –a veces- y de buena vida y costumbres, sin que ello repercuta en remuneraciones más altas que, por ejemplo, las que perciben los maestros que se ponen al frente de los talleres de las Reales Fábricas o el citado Salvador González.

Otras jóvenes empleadas en las escuelas-taller, quizás la mayoría entre las pertenecientes a las familias pobres, que en el Madrid del XVIII rondan el 40 por ciento de la población laboral, no llegan a obtener título de maestras de niñas, ya que éste no sólo depende de que demuestre su habilidad en un examen, sino también de los informes sobre su conducta, es decir, del juicio que sobre ellas hacen los representantes de las clases privilegiadas. Por otro lado, no todas poseen herramientas propias (no les han tocado en los premios) ni medios para alquilar un local que sirva de escuela, dado que probablemente los cuartos donde viven no reúnen las mínimas condiciones. Estas jóvenes acaban vendiendo su fuerza laboral a cambio de un salario como oficiales en el taller de algún maestro o mercader-fabricante, como trabajadoras domiciliarias para estos mismos, a cambio de un precio por pieza, o bien por su cuenta, como autónomas precarias, engrosando las filas del miserable gremio de costureras que confeccionan camisas a sus clientes por 4 reales o les remiendan la ropa por menos, como vimos en el capítulo 10.

Son estas aprendizas, oficiales y “mujeres”, trabajadoras domiciliarias que carecen incluso de título ocupacional, el nutrido ejército laboral de la industria textil. Ellas están entre las más de 230 personas de ambos sexos que, en 1783, emplean los hermanos

Gómez de Velasco para su obrador de galonería y tejidos de oro y plata; y son mayoría entre las 500 bordadoras que, por esas fechas ocupa Tomás Ubón, fabricante de “medias de seda, de la banda y cordonería”, destinadas al mercado americano.¹⁸⁵ En 1803, el ya citado Francisco García, “fabricante de toda clase de bordados en blanco”, que también exporta a América, emplea en la capital a 164 mujeres, 40 de ellas en su emplazamiento matriz de la calle de San Juan, y las 124 restantes repartidas en sus propias casas-taller, pequeñas unidades compuestas de un número de operarias que oscila de una a catorce. En la sucursal de Getafe ocupa a otras 40 mujeres, repartidas en trece obradores con cuatro o cinco operarias en cada uno, bordando mantillas al cuidado de una encargada, nombrada por García.¹⁸⁶ En la difícil coyuntura de principios del Ochocientos, unas 450 jóvenes se afanan en las siete escuelas patrióticas dirigidas por la Junta de Damas.¹⁸⁷ Entre 1803 y 1804, el trabajo domiciliario aumenta notablemente.¹⁸⁸ En esta última fecha Madrid cuenta ya con 2.500 hilanderas censadas y un buen elenco de tejedoras, costureras, bordadoras, encajeras, modistas, sombrereras, guanteras, calceteras, pasamaneras, cinteras ..., diestras en sus oficios, que hacen la competencia a la mano de obra masculina por su equiparable o superior habilidad e inferior coste.¹⁸⁹

No podemos precisar si las trabajadoras formadas en las escuelas-taller institucionales tenían una ventaja comparativa en el mercado de trabajo, porque su mano de obra se considerara más cualificada. Aquí chocamos no sólo con la ausencia de datos suficientes sobre los salarios de las operarias textiles, sino también con la contradicción inherente a las ideas en que se fundan las escuelas-taller institucionales. Según éstas, los oficios textiles que se consideran “propios de su sexo” son, precisamente, los que ejercen las mujeres sin aprendizaje formal porque son fáciles, y por ello mismo es lícito despojarlos del estatuto de oficio. Sin embargo, esto no casa con las frecuentes

¹⁸⁵ Larruga, **Memorias...**, *op. cit.*, tomo II, pp. 197-199.

¹⁸⁶ AGS, Consejo Supremo de Hacienda, Junta de Comercio y Moneda, leg. 315, exp. 38.

¹⁸⁷ El Montepío de Hilazas, que también mantiene dicha institución, reparte lino entre las mujeres pobres del vecindario para ser hilado, blanqueado, devanado, urdido, encanillado, y tejer cintas y balduques. El número de sus operarias disminuye paulatinamente desde las 264 de 1800 a las 110 de 1806, quizás debido a que el exiguo estipendio que recibían decrece a la par, hasta los 8 reales al mes. De hecho, en julio de este último año se cierra el Montepío: ARCM, Diputación Provincial de Madrid, leg. 8.880-017. Agradezco a Jesús Agua de la Roza haberme facilitado esta referencia.

¹⁸⁸ AGS, Consejo Supremo de Hacienda, Junta de Comercio y Moneda, legs. 315, exp. 7; 316, exp. 52; y 319, exp. 31.

¹⁸⁹ El censo de 1804, en A. Bahamonde Magro y J. Toro Medina, **Burguesía, especulación y cuestión social en el Madrid del siglo XIX**, Madrid: Siglo XXI, 1978, p. 4.

alegaciones de los socios de la Matritense sobre los materiales que supuestamente se desperdician en el aprendizaje de las niñas en las escuelas, ni con que éstas tengan que pasar años –hemos visto un caso de hasta 17- asistiendo para “instruirse” y “salir enseñadas”, para que puedan ejercer por sí mismas en sus casas. La contradicción se diluye si tenemos en cuenta que el objetivo de las escuelas-taller no era que de ellas salieran obreras formalmente cualificadas, sino principalmente “mujeres”, según los principios de la moral dominante engarzados en los postulados de la economía política. En realidad, la cualificación o descualificación tiene mucho que ver con la división sexual del trabajo, entendida no sólo como reparto de tareas sino también como acceso diferencial a los recursos productivos, entre los cuales uno es la destreza y su reconocimiento formal, un capital simbólico añadido que tiene efectos en el salario. La asimilación de determinadas industrias textiles al conjunto de tareas domésticas asociadas al rol femenino –las “labores propias de su sexo”- asegura la abundancia de mano de obra diestra, versátil y de ínfimo coste, que fragmenta el mercado de trabajo.

Trabajadoras forzadas

Una línea divisoria del mercado de trabajo madrileño, como señalé en el capítulo 2, es la que distingue trabajadores libres y no libres. Si la libertad de los primeros -entendida como capacidad de elegir- es, de entrada, restringida, sobre todo para los asalariados, la de los segundos es nula o casi nula. No libres son los esclavos y esclavas, propiedad de sus amos; lo que de ellos se mercadea no es sólo su fuerza de trabajo, sino su persona entera. Los penados y penadas – y los internados en general- son jurídicamente libres, pero privados de libertad y tutelados por los tribunales de justicia. Es el caso de los reclusos en el Hospicio de Corte, San Fernando, la Galera, etc. En los colegios de huérfanos, como Santa Isabel o Los Desamparados, la tutela estatal se justifica en la minoría de edad de los internos. Podría considerarse que el trabajo que realizan estos jóvenes asistidos es parte de su formación profesional y, por tanto, no cabría en la categoría trabajo forzado. No obstante, el interno -sea asistido o penado- debe aceptar el trabajo o la enseñanza que se le imponen, por lo que parece legítimo considerarlo trabajo embridado. Cierta dosis de obligatoriedad también conlleva, como más arriba expliqué, el trabajo en las escuelas-taller de barrios y pueblos, por cuanto la voluntad de

las familias o su capacidad de elección están a menudo mediatizadas por las autoridades locales. Entre la libertad y la esclavitud hay, por tanto, estados intermedios, que se corresponden con los que separan el trabajo libre y forzado.

La cifra de personas esclavizadas en el Madrid del Setecientos se desconoce, pero era lo suficientemente significativa como para dejar huella documental. Abundan las escrituras de compra-venta, cesiones y donaciones de esclavos y esclavas, que también hallamos incluidos, como cualquier otro bien mueble, en inventarios, dotes y capitales. Hay asimismo cartas de libertad, para los cautivos más afortunados, aunque obtenidas a veces tras largos años de servicio; y anuncios en los periódicos del amo que vende o el liberto que se ofrece como criado, ya en el mercado libre.¹⁹⁰ El fenómeno de la esclavitud conoce un significativo repunte en el Setecientos a nivel mundial, y por supuesto en las colonias del Imperio español. Sólo Carlos III posee, en 1767, cerca de 20.000 esclavos, hombres, mujeres y niños, diseminados por los virreinos americanos y la propia Península Ibérica, donde cuenta con 1.500 esclavos.¹⁹¹ Pero el rey no es el único que se ha hecho con estos infelices “en justa y buena guerra”; en la lista le acompañan la nobleza, el alto clero, los militares de graduación, los altos funcionarios y los grandes comerciantes; en definitiva, las clases privilegiadas y acaudaladas, que tienen en su poder a cerca del 95 por ciento de la mano de obra cautiva radicada en la capital .

En Madrid, los esclavos proceden sobre todo del Magreb, el Caribe, el África subsahariana y los países del Imperio Otomano, si bien conforme nos aproximamos a las postrimerías del Setecientos, 7 de cada 10 son negroafricanos o afroamericanos.¹⁹² De distintas edades, muchos son vendidos y comprados sucesivamente antes de recalar en la corte.¹⁹³ La segregación sexual en este mercado de trabajo se asemeja al libre; de

¹⁹⁰ Sobre este tema profundiza Sarasúa en **Criados, nodrizas...**, *op. cit.*, pp. 115-133.

¹⁹¹ J. M. López García, ““Habiendo tenido su hijo la desgracia de salir mulato”. La Casa de los Negros (1759-1784)”, en J. Hernando, J. M. López y J. A. Nieto (eds.), **La Historia como arma de reflexión...**, *op. cit.*, pp. 79-95.

¹⁹² López García, “La esclavitud en Madrid a finales...”, *op. cit.*, p. 196.

¹⁹³ Por ejemplo, la mulata Catalina Mestre, de unos 25 años, fue comprada en Puerto Rico por el capitán Josef Bono, quien en 1793 la traspasa a un brigadier destinado al Campo de Gibraltar, llamado Francisco Mestre. En 1797 la vende a un comisario de los reales ejércitos y tesorero de la Aduana de Sevilla, que al poco vuelve a traspasarla a un caballero de Madrid. Este se la cede a su vez a una dama, de cuyo mayordomo la compra en 1800, por 4.500 reales, don Cipriano Casabona: AHPM, prot. 22.935, f. 79.

hecho, la mayoría de los esclavos varones del soberano en la Península se emplean en los arsenales navales, las minas y las infraestructuras terrestres.¹⁹⁴ Sin embargo, salvo excepciones, los esclavos de las casas nobiliarias, hombres y mujeres, aterrizan en el servicio doméstico. Ellos son destinados al cuidado personal del amo, pero también a sus caballerizas, la conducción de carruajes, la portería o tareas más cualificadas. Ellas se aplican sobre todo a los trabajos domésticos. Los principios de la religión y las “tareas propias de su sexo” –incluidas, por supuesto, las de la aguja, la rueca o el telar– también forman parte del curriculum de las niñas esclavas.¹⁹⁵ Y ya vimos que, cuando el amo decide desprenderse de su propiedad, pero no puede o no quiere venderla, se la cede al Hospital General, a la Pasión, al de San Juan de Dios o a la Cárcel de Corte –que también recibe esclavos donados–, para que asistan a los enfermos y los pobres.¹⁹⁶

De la población ingresada en colegios, hospicios y cárceles podemos ofrecer algunas cifras. El censo de 1787 anota 3.099 personas de ambos sexos –excluido el colegio de Nobles–. De ellas, 1.361, el 43,9 por ciento, son mujeres y niñas. Y buena parte de las 946 féminas que hay en el Hospicio de Corte y el correccional de San Fernando –más las 29 de la Galera– eran trabajadoras libres reducidas a forzadas durante su estancia en la reclusión. Las manufacturas textiles ocupan un lugar destacado en las tareas a que se las aplica como parte de su régimen disciplinario, de modo que, en algunos casos, seguirán desempeñando el mismo oficio que tenían antes de ingresar, pero lo harán en peores condiciones. Para el reformismo borbónico, los internados ofrecen la oportunidad de ser laboratorios de pobres “útiles”, escuelas de la disciplina laboral que se pretende extender al conjunto de la población trabajadora.

El Hospicio de Corte –o del Ave María– es el último recurso para padres que no pueden alimentar a sus hijos, viudas, ancianos o impedidos, los cuales solicitan el ingreso voluntario como única opción de supervivencia. También hay internos forzosos, unos

¹⁹⁴ López García, “Habiendo tenido su hijo la desgracia...”, *op. cit.* p. 84.

¹⁹⁵ En 1737, un capitán de la armada devuelve a su dueño, otro militar, a Ana Nicolasa, negra criolla, que había tenido en su casa de Madrid para enseñarle “la doctrina cristiana, servidumbres y demás Ministerios de las señoras mujeres”: AHPM, prot. 16.961, f. 150. En 1806, a la niña mulata de 8 años, Nicolasa Torneo, la vende doña María Antonia Terry tras haberla instruido en “la religión católica y en las tareas y labores propias e imprescindibles a su sexo”: AHPM, prot. 22.312, f. 130.

¹⁹⁶ Por ejemplo, en 1720, el negro Manuel Santos está sirviendo a los presos de la cárcel de Corte. Los responsables del centro solicitan al Consejo ropa para cubrir su desnudez: AHN, Consejos, leg. 1.307.

recogidos por las rondas policiales y otros enviados por sus tutores, como las jóvenes criadas a las que me referí en el capítulo 4. En cualquier caso, los internos hábiles son ocupados en tareas de mantenimiento de la casa y en las fábricas textiles del hospicio, con sus escuelas-taller. En mayo de 1768 está recluida María Josefa Bécar, de 12 años, “destinada a hilar, coser, blanquear medias y empapelar alfileres, procediendo muy bien en todas partes”. Su madre la había ingresado con solo un año por no poderla mantener. Posteriormente, su madrina posteriormente la reclama, pero se le niega hasta que la niña cumpla los doce, pues para las fábricas de este centro es valiosa, ágil y dócil mano de obra infantil.¹⁹⁷ En la década de 1780 funcionan en esta institución al menos 20 telares para paños, bayetas, estameñas y sayales.¹⁹⁸ Howard, en su visita al centro, lo describe como una “especie de prisión o manufactura”.¹⁹⁹

Las condiciones insalubres en que viven los internos favorecen la propagación de enfermedades, a la par que reducen la productividad. En 1768, las jóvenes internas del Hospicio de Corte se quejan de que la escasez de agua, la falta de espacio para hacer ejercicio y su precaria salud les impide trabajar con normalidad.²⁰⁰ Los niños caen enfermos con frecuencia. José Sevilla, que había sido ingresado por su hermana en 1776 por no poderlo mantener, lo reclama cinco años después, ya que se ha casado y tiene medios para mantenerle. Las autoridades de la institución no dudan en aprobar la solicitud, pues, aunque se le puso en la fábrica de lienzo, “no ha servido ni puede servir de utilidad ninguna por hallarse enfermizo habitualmente”.²⁰¹ Los traslados al hospital suelen ser aprovechados para evadirse, como hace en 1777 el niño Ramón Feyto, que trabaja en la “fábrica de lanas”. Al año siguiente le vuelven a recluir por desertor y le destinan a la “fábrica de cardadores, con poco adelantamiento”. Su madre, una viuda ciega y pobre, lo reclama porque se ha vuelto a casar.²⁰²

Además de las fábricas de paños, lienzo y medias, y la escuela de encajes de Agustina Castilla, las internas del Hospicio de Corte tienen otras ocupaciones. A comienzos de la

¹⁹⁷ AHN Consejos, leg. 49.667/1

¹⁹⁸ Según informa Larruga, *Memorias...*, *op. cit.*, tomo II, p. 241.

¹⁹⁹ Cfr. Pedro Trinidad Fernández, *La defensa de la sociedad. Cárcel y delincuencia en España (siglos XVIII-XX)*, Madrid: Alianza Editorial, 1991, p. 44.

²⁰⁰ AGS, Secretaría y Superintendencia de Hacienda, leg. 698.

²⁰¹ *Ibidem*

²⁰² AHN Consejos, leg. 39.821/7

década de 1790, hay una interna que ejerce como ayudante de la rectora y maestra de la fábrica de hilados de estambre, que gana 20 reales al mes. Se trata de un trabajo cualificado al que se remunera con un precio muy inferior al de una maestra libre.²⁰³ Las seis celadoras, la tornera y la portera del patio reciben 6 reales al mes; la panadera, 1 cuarto de real al día (7 reales al mes); la maestra de costura y la de la fábrica de lienzos (también internas), 8 reales manuales. En esta fábrica, las trabajadoras perciben 20 maravedíes por cada libra que hilen de lino; si es de cáñamo, 18 y si es de estopa, 12. Por devanar cobran 4 maravedíes si es estopa y 2 si es lino. Por torcer, 16 maravedíes la libra.²⁰⁴

Para 1804 tenemos datos más precisos sobre los internos e internas en las fábricas del Hospicio, pues se conserva la contabilidad del mes de julio de ese año. En los hilados, por ejemplo, que surten a la fábrica de paños, figuran tres categorías: “hilanderos”, “hilanderas” e “hilanderas reclusas”. Es difícil discernir si las dos primeras corresponden a trabajadores externos o a internos voluntarios, o si la tercera se refiere a las penadas o a las que esperan allí ser enviadas a la Galera. En cualquier caso, los 14 “hilanderos”, por 58 libras de hilo, cobran 28 reales (2 reales cada uno) en 6 días de trabajo. Las 9 “hilanderas”, por 29 libras, 18 reales (2 cada una) en el mismo período. Estas cifras indican, primero, que no hay diferencia salarial por sexo y, segundo, que la producción diaria de hilo por cabeza oscila entre 0,5 y 0,7 libras, al igual que la de las 23 “hilanderas reclusas”. Estas han hilado 69 libras en esos 6 días y recibido 10 reales, lo que no alcanza a medio real semanal para cada una. La diferencia con los 2 reales de aquéllos es notable; aunque nos movemos en retribuciones monetarias ínfimas en ambos casos.²⁰⁵

Otras labores de las internas del Hospicio de Corte incluyen el cuidado y limpieza del refectorio y la enfermería. En los primeros años de 1790, Ángela Alonso y dos

²⁰³ Apenas hay información sobre las rectoras de los hospicios. La de San Fernando, en la década de 1780, gana 3,5 reales al día, más la ración de comida que se da a las internas y 1.650 reales anuales. Conocemos la identidad de María Ruiz, soltera, natural de Zaragoza, que en 1783 ya no ejerce como rectora y dicta sus últimas voluntades en el Hospital de La Pasión. Cobra una pensión de 3 reales diarios, vive en la calle Huertas y deja algunas ropas y trastos viejos a sus vecinas pobres: AHPM, prot. 24.818, f. 257, 15 septiembre 1783.

²⁰⁴ AHN Consejos, leg. 1.404, exp. 26.

²⁰⁵ Para la comparación he tomado la misma calidad de hilo, en este caso, para paños catorcenos: ARCM, Diputación Provincial de Madrid, leg. 5.144. Agradezco esta referencia a Jesús Agua de la Roza.

compañeras, destinadas al refectorio, suplican que se les aumenten los cuatro maravedíes diarios que recibe cada una, ya que se encuentran “desnudas, sin amparo ninguno y en extrema necesidad” por el “mucho trabajo y corto sueldo”. Pero su petición se desestima. Las 6 enfermeras asistentes y la enfermera mayor, con título de boticaria, también solicitan aumentos. Esta última percibe medio real diario y las asistentes 6 maravedíes, todas con su ración: 20 onzas de pan, diez de carne, dos de garbanzos y medio cuartillo de vino (se les suministra en crudo y ellas mismas lo preparan). Las autoridades reconocen que estas mujeres vigilan día y noche a las convalecientes, pero rechazan sus peticiones aduciendo que alcanzan mayor beneficio que las otras reclusas, ya que “al tiempo de calentar los caldos de los enfermos y las aguas para las sangrías y demás, guisan su puchero sin costarles nada la lumbre”.²⁰⁶

En el correccional de San Fernando, en 1786 hay seis celadoras con sus ayudantas y una celadora mayor; 24 costureras, una despensera, una asistente de la rectora, 8 lavanderas, 12 barrenderas y aguadoras, 58 enfermeras y sus 8 asistentes y 2 demandaderas, cuyas remuneraciones no constan. En ese año las reclusas ascienden a 442, de las que 102 se ocupan en los tornos de hilar para la fábrica de lienzos, 18 como calceteras, otras tantas como hilanderas de hilo de coser, 24 hilanderas de lana y 66 de estambre, más las maestras respectivas.²⁰⁷ Las internas se levantan a las 6 de la mañana y bajan a misa; a las 7 se reparten los desayunos y después se aplica cada una a su labor, bajo la vigilancia de la rectora y sus ayudantes. Se las llama a comer a las once y media (los hombres a las doce). Tras la comida vuelven a sus destinos. A las 8 o 9, según la estación, se las da de cenar y se retiran a sus celdas. Si estas normas reflejan la realidad, podemos calcular la jornada laboral en unas 10 horas, aunque las referencias al trabajo nocturno apuntan a eventuales alargamientos.²⁰⁸

²⁰⁶ AHN, Consejos, leg. 4.938. Compárense estas retribuciones con las del personal contratado: el ropero gana diariamente 3,5 reales más la ración que se da a las internas; el portero general, 6 reales; el maestro de las fábricas de lienzos y lanas, 10 reales y 22 maravedíes. En lo que respecta al personal fijo, las remuneraciones oscilan entre los 8.800 reales anuales del administrador y los 300 de cada uno de los tres capellanes: AHN Consejos, leg. 9.437.

²⁰⁷ AHN, Consejos, leg. 49.812. Vimos que, en los Hospicios de Corte y San Fernando, en la década de 1770, se despide a las maestras, a quienes en principio se ofrecen buenas condiciones, y en su lugar se pone a internas, que trabajan por la décima parte de su salario.

²⁰⁸ AHN, Consejos, leg. 49.812.

Las condiciones de sub-alimentación, insalubridad y dura disciplina en que viven las internas de San Fernando hacen más penoso el trabajo. Larruga lo sabe cuando advierte que los hospicios “no deben tener resabios de cárcel, ni cosa que haga odiosas unas casas que han de ser universalmente recibidas como escuelas de educación e industria y plantel de vecinos útiles y laboriosos”.²⁰⁹ En 1788 se proyecta instalar 30 o 40 telares y se estima que hay sitio para 70, si se quitan los 19 que sirven para el vestuario de la casa. El proyecto se descarta debido al informe desfavorable de su administrador y el consejo de Campomanes de que se abran escuelas de hilazas en los pueblos colindantes.²¹⁰ El trabajo en el hospicio no resulta rentable, entre otras cosas, porque las hospicianas lo detestan. El informe de 1782 sobre la instalación de una fábrica de lienzos descarta asimismo establecerla en dicho establecimiento “según su actual constitución, pues la poca libertad que [las reclusas] tienen hace miren con aborrecimiento las maniobras a que se las aplica”. Añade que si se permitiera salir del centro a algunas mujeres, “porque no es de creer que todas sean mal inclinadas”, podría conseguirse que se aplicaran, ya que el alivio de salir a la calle “tal vez las templaría el odio con que miran la sujeción del encierro, y la aversión con que ejecutan las maniobras a que se las destina.”²¹¹ Para las reclusas, el torno es como el cepo.

Otros factores que inciden en la desmotivación para el trabajo en estas instituciones son la corrupción que impera entre los encargados de la vigilancia en los talleres y la baja retribución de las trabajadoras. El motín que las internas de San Fernando protagonizan en agosto de 1792 tiene como principal causa el fraude que realiza la rectora con las labores del estambre y el cáñamo, de las cuales se queda con la mejor parte achacando su falta a las trabajadoras que, de este modo, ven recortadas sus exiguas remuneraciones. Problemas similares aquejan a las reclusas de la Galera. En 1767 se alborotan porque el portero no les paga toda su labor y la Sala cursa órdenes al alcaide para que lo haga puntualmente bajo pena de 4 años de prisión.²¹² En 1786, las

²⁰⁹ Larruga, **Memorias**..., *op. cit.*, tomo II, p. 242.

²¹⁰ AGS, Secretaría y Superintendencia de Hacienda, leg. 784.

²¹¹ AHN, Consejos, leg. 2.803, exp. 39.

²¹² AHN, Consejos, lib. 1.389, f. 619.

destinadas a los tornos se amotinan debido a las largas jornadas de trabajo y a que muchas están tan débiles y enfermas que no soportan la fatiga.²¹³

Las presas de la Galera, cuya administración depende de la Junta de Hospitales, están a cargo de la hechura y mantenimiento de la ropa blanca del Hospital General y La Pasión al menos hasta 1787, cuando la hechura se contrata con el Hospicio de Corte. Desde 1755-58 se instala en este centro una escuela de hilazas para surtir a la Real fábrica de Guadalajara. En esos años la Galera tiene problemas de espacio, no sólo porque está abarrotada -141 reclusas-, sino también porque se han instalado los tornos.²¹⁴ La escuela de hilazas se mantiene hasta 1795. En ese año el rey concede un indulto general por el fin de la guerra con Francia y la escuela se cierra. En otro capítulo vimos que su maestra, Isabel de Osuna, es despedida; pero antes eleva un memorial en el que afirma haber advertido al intendente de Guadalajara de que las hilazas sufrirían retrasos, ya que, de las pocas internas que habían quedado a consecuencia del indulto, unas tienen que emplearse en la ropa del Hospital, y otras “las tienen las Señoras de las Sociedades ocupadas en hacer otras labores”.²¹⁵

Cuando en 1788 la Junta de Damas asume el cuidado de las internas de la Galera, pone especial énfasis en que todas las tareas les serán retribuidas. Cada domingo la tesorera hará el balance en presencia del alcaide y se pagará por prorrateo. El entusiasmo inicial por su labor caritativa, y el afán de demostrar el adelanto que son capaces de conseguir con las reclusas, llevan a las damas a realizar una prueba. Eligen a 156 mujeres de las tres cárceles (Villa, Corte y Galera) y las ponen a confeccionar diferentes prendas. En cinco meses, de febrero a junio, hacen 40 pares de medias, 98 de calcetas, 373 bolsillos de torzal de seda, 236 pares de mitones, 36 varas de trencilla fina para relojes y 230 varas de fleco; hilan 14 libras de estambre, 551 de lino y 14 de cáñamo; tuercen 44 libras de esta última fibra; cosen 17 camisas y bordan 83 jornales. Estos trabajos se

²¹³ AHN, Consejos, lib. 1.375, f. 1.181. Es curioso que, mientras las reclusas de Madrid, tanto en la Galera como en San Fernando, protagonizan diversos motines y alborotos en distintas décadas del siglo, no hay evidencia de ellos entre los presos de San Fernando. Probablemente se debiera, en primer lugar, a que los varones internos en este centro eran normalmente niños, adultos de edad avanzada o impedidos; y, en segundo lugar, porque la cárcel seguía siendo para ellos un depósito procesal donde recalarían hasta ser destinados a obras públicas, arsenales, etc. Sin embargo, el índice de fugas es mayor entre los varones.

²¹⁴ AHN, Consejos, lib. 1.345, f. 34.

²¹⁵ AGS, Secretaría y Superintendencia de Hacienda, leg. 782.

valoran en 5.074 reales, que se les paga a las trabajadoras al contado; es decir, cada una recibe 32,52 reales, que suponen 6,5 mensuales, equivalentes a la paga diaria de un oficial. Estos artículos los destinan las benefactoras a la venta “a precios equitativos”. La condesa de Montijo, secretaria de la asociación, informa que, además, las presas han seguido cosiendo la ropa del Hospital sin retribución, como previenen los estatutos. En la quincena siguiente, la Junta pone a trabajar a más mujeres, 207, pero el premio se rebaja: reciben 5.232 reales, 25,27 por presa, es decir, una adehala de 4,21 reales al mes.²¹⁶

El trabajo forzado no es tan abundante como el libre, pero produce una parte de los bienes y servicios que entran en la esfera del intercambio. En el caso de la población reclusa, el trabajo refuerza el contradictorio significado de bendición y castigo divinos con que se representa en los discursos morales. La contradicción se solventa con la clasificación de los pobres en virtuosos y viciosos. Los primeros, recogidos en los hospicios por voluntad propia o ajena, se ven asistidos por la caridad ilustrada que consiste en la instrucción laboral, de la que deben estar agradecidos. Los segundos se ven justamente castigados con la fatiga del trabajo.²¹⁷ La doble dimensión económico-política y moral del trabajo forzado sirve de bisagra a la dialéctica de las relaciones de producción y dominación en el contexto carcelario y asistencial, ámbitos difíciles de deslindar.²¹⁸

²¹⁶ Demerson, **María Francisca de Sales**..., *op. cit.*, pp. 188-89

²¹⁷ Como sostienen Dario Melossi y Massimo Pavarini, **Cárcel y Fábrica. Los orígenes del sistema penitenciario (siglos XVI-XIX)**, Madrid: Siglo XXI, 1987, p. 54.

²¹⁸ Michel Foucault, **Vigilar y Castigar. El nacimiento de la prisión**, México: Siglo XXI, 1976, pp. 32-33.

Conclusiones

En estas páginas he intentado arrojar luz sobre la parte femenina del mundo del trabajo en el Madrid del XVIII, invisible en las estadísticas y obscurecido por la pátina de la “ociosidad” con que la revistió el discurso ilustrado. Los datos cualitativos, sin embargo, sugieren que la actividad laboral femenina no se restringía al trabajo doméstico no pagado, ya que la economía urbana en general, y las economías familiares en particular, dependían de la producción para el mercado tanto de hombres como de mujeres. En la Villa y Corte había asimismo una significativa proporción de viudas con cargas familiares y de casadas que debían sostener a sus familias por la ausencia, incapacidad o desempleo del marido. Una mirada al mundo laboral desde la parte femenina pone de relieve que la unidad de análisis no es tanto el individuo como el grupo doméstico.

El mercado de trabajo al que concurren hombres y mujeres presenta, ya desde el siglo XVII, las líneas de fragmentación por sexo y cualificación, que caracterizan la centuria siguiente. Se produce, por un lado, una segregación horizontal, que cierra el paso de las mujeres a las profesiones liberales y otros ámbitos de actividad, como la construcción o el transporte, mientras se lo abre a los empleos no cualificados que son extensión de sus obligaciones familiares (servicio doméstico, lavandería, lactancia, cuidado de enfermos, posada, restauración), así como al comercio detallista, fijo y ambulante, la industria textil y la confección. Por otro lado, se configura una segregación vertical en la que las mujeres ocupan los niveles inferiores de la jerarquía de los oficios. Es en el siglo XVII, cuando se consolida y amplía la organización gremial de la producción manufacturera, que, con el apoyo de las instancias gubernamentales, emprende una cruzada contra la maestría femenina. Al mismo tiempo el Estado toma medidas para controlar socialmente a las trabajadoras pobres, especialmente las más jóvenes, encarrilándolas hacia la servidumbre doméstica, ámbito que se considera idóneo para el aprendizaje de las tareas que integrarán su rol de esposas y madres, principal “trabajo” de las mujeres en la ideología que fragua los modelos de género hegemónicos.

Estos rasgos generales no difieren de los que hallamos en otras ciudades peninsulares y europeas del período. El capitalismo mercantil produce la segmentación del mercado de trabajo y la acción institucional apuntala este objetivo. Así vemos cómo los tres sectores

referidos –servicios no cualificados, comercio detallista, especialmente en el ramo de la alimentación con su industria de procesamiento, y manufacturas textiles- son los que albergan mayores efectivos de trabajadoras. Otro tanto ocurre en Barcelona, donde las manufacturas textiles de paño y algodón conforman la principal fuente de empleo de las mujeres y de buena parte de las pobres acogidas en el hospicio de la Misericordia entre 1762 y 1805.¹ En Santiago de Compostela, la actividad femenina urbana se centra en el servicio doméstico, la industria y la venta de alimentos, así como la manufactura y comercio de textiles.² Y lo mismo se ha demostrado para Zaragoza contemporánea.³ Fuera de la península, en Londres la mayor parte de las trabajadoras son tenderas, vendedoras ambulantes, confeccionistas, empleadas en las manufacturas textiles y criadas domésticas.⁴ En Nantes son especialmente visibles en la venta y los oficios de la aguja.⁵ Las tratantes, mercaderes o comerciantes de la clase media laboral trabajaban asimismo en el negocio familiar –a veces en uno independiente del marido- y mantienen una presencia significativa como trabajadoras autónomas y empresarias independientes, tanto en Madrid como en otras ciudades españolas y europeas.⁶

A medida que acercamos el foco a espacios, períodos y oficios concretos, se aprecian con mayor nitidez las divisiones del trabajo dentro de los sectores, y las diferencias en esas divisiones según tiempo y lugar; pero en todas las regiones europeas, las corporaciones de oficio de la Edad Moderna se consolidaron como instituciones patriarcales, a semejanza de la familia, y elaboraron normativas que obstaculizaron la participación femenina para arrinconarla al ámbito doméstico, pilar fundamental de la actividad económica en muchos sectores. A ello no fue ajena la acción de la Reforma y la Contrarreforma, que confluyeron en reforzar la centralidad de la familia patriarcal y el papel de la mujer en ella.⁷ Estas regulaciones tuvieron un gran impacto sobre la

¹ Carbonell i Esteller, **Sobreviure a Barcelona...**, *op. cit.*, p. 152.

² Serrana María Rial García, **Mujer y actividad económica...**, *op. cit.*, pp. 433-434.

³ Ramiro Moya, **Mujeres y trabajo...**, *op. cit.*, p. 331.

⁴ Amy Louise Erickson, “Married women occupations in eighteenth-century London, **Continuity and Change**, 23/2 (2008), pp. 267-307.

⁵ Nancy Locklin, **Women’s Work and Identity in Eighteenth-Century Brittany**, Ashgate: Aldershot, 2007, p. 63. .

⁶ Véase una buena síntesis en Àngels Solà Parera, “Las mujeres como productoras autónomas en el medio urbano (siglos XIV-XIX)”, en C. Borderías (ed.), **La Historia de las mujeres: perspectivas actuales**, Barcelona: Icaria/AEIH, 2009, pp. 225-267. Para las ciudades holandesas, Danielle van den Heuvel, **Women and Entrepreneurship: Female Traders in the Northern Netherlands, c.1580–1815**, Amsterdam: Aksant, 2007.

⁷ Véase Natalie Zemon Davis en “Women in the Crafts in Sixteenth-Century Lyon”, en Barbara Hanawalt (ed), **Women and Work ...**, *op. cit.*, pp. 167-197.

actividad femenina desde la Baja Edad Media hasta el siglo XIX; aunque si descendemos a regiones y períodos concretos, apreciamos diferencias en el control corporativo sobre los oficios y el estatuto de las mujeres.

La relación gremios-trabajo femenino ha sido uno de los aspectos más analizados por la historiografía y es un tema de debate a nivel internacional, que, como expliqué en el capítulo 3, tiende a introducir cierta confusión entre corporación y ocupación, pues una cosa es la posición de las mujeres en los gremios y otra su implicación en la actividad económica, de la que estos organizaban sólo una parte. Si en los años 80 y 90 del pasado siglo la historiografía percibía un declive de la participación de las mujeres en el marco gremial, investigaciones posteriores han resaltado las oportunidades que las corporaciones ofrecían a las viudas y solteras de alcanzar un estatus laboral independiente, así como las nuevas posibilidades que abría el siglo XVIII, con sus revoluciones “industriosas” y “de consumo”. Es decir, la tesis del declive se ha matizado e incluso revertido.⁸

No obstante, creo conveniente, por los motivos expresados, distinguir la posición de las mujeres en los gremios artesanos de su implicación en actividades productivas. En lo concerniente a la relación mujeres-gremios, el modelo de Madrid se asemeja más a las ciudades inglesas y alemanas -analizadas por Erickson, Sharpe, Ogilvie y Wiesner- que a la vecina Francia. Aunque París también experimentó el cierre patriarcal de las corporaciones, algunos oficios del textil ejercidos sólo por mujeres alcanzaron el estatuto gremial, lo cual se ha insertado en esas ventajas que trajo el siglo XVIII para ellas. Fue un logro, sin duda, que las trabajadoras textiles de las principales ciudades francesas formasen corporación, con la ayuda de la política *colbertista*; pero no deja de ser un fenómeno que profundiza la segmentación horizontal del mercado de trabajo, consolidando ciertos oficios como femeninos o masculinos.

En Madrid no hubo, durante el siglo XVIII, ninguna actividad manufacturera que ejercieran las mujeres en exclusiva, ni siquiera en el sector textil y la confección, donde también encontramos sastres, bateros, modistas, bordadores, tejedores de lienzo, etc. Tampoco hubo, por tanto, corporaciones femeninas, con la duda que cabe respecto a la

⁸ Crowston, **Women, Gender and Guilds** ... *op. cit.*, pp. 3-5.

posible agremiación de las modistas a comienzos del XIX. Los gremios artesanos obstruyeron la maestría femenina, de modo que las casadas con un maestro se vieron reducidas al trabajo recíproco, a la “maestría silenciosa” y, en el mejor de los casos, a la codirección del negocio familiar. Las viudas tuvieron que encarar ciertas condiciones para permanecer como miembros de los gremios, que no se imponían a los varones, mientras que las hijas solteras estaban ausentes de los registros de dichas asociaciones. A diferencia de otras capitales europeas, en Madrid no podemos valorar si esta situación de desventaja en el marco gremial supuso un retroceso respecto a épocas anteriores, ya que no contamos con estudios sobre la Baja Edad Media. Lo cierto es que, desde el siglo XVII hasta las dos últimas décadas de la centuria siguiente, la situación desventajosa de las mujeres en las corporaciones artesanales apenas varía.

Tras el motín de 1766, el Estado absolutista hace de la política laboral un objetivo prioritario y del trabajo femenino su clave de bóveda, lo que convierte dicha política en un instrumento de control social, especialmente sobre las mujeres pobres. La industria textil constituye un sector estratégico en el que se intenta incrementar la fuerza laboral rebajando sus costes y liberándola del control gremial. Para ello, al tiempo que se legisla contra la importación de textiles extranjeros, para estimular la producción y el consumo de manufacturas nacionales, se emiten las normas de 1779 y 1784 que liberalizan el aprendizaje y el ejercicio de las mujeres en los oficios considerados “propios de su sexo”. Al mismo tiempo se crea una red de escuelas-taller en internados, barrios y pueblos, como alternativa al aprendizaje gremial, en las que se enseña a las niñas los oficios textiles como parte de su rol “femenino”. La rebaja de los costes laborales se justificaba despojando a las manufacturas textiles de su estatuto de oficio, trasmutándolo en “industria popular”, es decir, parte de la actividad doméstica de las mujeres. El Estado apelaba a las féminas para que hicieran un bien a la patria ejercitándose en esta industria, mientras la rebajaba a un estatus inferior, peor remunerado y socialmente desvalorizado. En este sentido, no parece que las condiciones de este segmento laboral mejoraran. Las escuelas-taller fueron fábricas de obreras diestras pero mal pagadas.

La liberalización del trabajo femenino puso esta mano de obra donde ya estaba, al servicio de la iniciativa privada de maestros y fabricantes así como de las industrias estatales, sólo que ahora legalmente. No afectó a todas las operarias del textil por igual.

Las que contaban con medios de producción consiguieron que se aflojara el corsé corporativo levantando algunas restricciones a las viudas, y otras, en oficios no agremiados, tuvieron la oportunidad de dirigir negocios independientes y con derecho a solicitar ayuda de la Junta de Comercio. Pudieron por derecho propio llamarse *fabricantas* y maestras. Sin embargo, las trabajadoras dependientes (asalariadas, destajistas, forzadas), la mayor parte de la fuerza laboral, vieron probablemente reducidas sus remuneraciones y endurecidas sus condiciones laborales en las escuelas-taller o los obradores domésticos dispersos, que emergen claramente en los primeros años del siglo XIX trabajando para un mercader-fabricante. Como han señalado algunos estudiosos del proceso de industrialización en España, “la mano de obra que abasteció las primeras fábricas textiles, también en el caso de las mujeres, tenía su origen en el mundo manufacturero anterior y respondía a una segmentación creada ya en la era preindustrial”. Una división sexual del trabajo que fue facilitada por la acción estatal.⁹

Harina de otro costal es la relación mujeres-actividad económica, en la que es necesario profundizar más. Con todo, podemos apreciar unas tendencias en los sectores que hemos explorado. En el caso del servicio doméstico, no cabe duda que la corte propicia un elevado índice de masculinidad y, aunque no contamos con fuentes cuantitativas que desagreguen por sexo, podemos sostener que experimenta una progresiva feminización, ya que a mediados del XIX aparece claramente como una actividad de mujeres. El mismo proceso de feminización se observa en la lavandería. Hemos visto que en el Setecientos persistían algunos lavaderos, pero las mujeres componían la mayor parte de esta nutrida fuerza laboral invisible e infravalorada. Eran pocas entre las propietarias y arrendatarias de lavaderos y bancas, pero muchas entre las asalariadas y autónomas precarias.

La confección conoció un notable desarrollo fuera del marco gremial, de la mano de costureras, modistas, bateras y escofieteras, muchas de las cuales ejercían también como maestras de niñas. La proliferación de esta industria, que competía con los gremios de sastres, roperos y otros de la confección, abrió oportunidades a trabajadoras autónomas

⁹ La cita, en Romero Marín, “Estado, trabajadores y empleo femenino...”, *op. cit.*, p. 108. Véase también Mercedes Arbaiza, “Orígenes culturales de la división sexual del trabajo en España (1800-1935)”, en C. Sarasúa y L. Gálvez (eds.), *¿Privilegio o eficiencia?...*, *op. cit.*, pp. 189-215, donde en la página 191 su autora sostiene que “las características del mercado de trabajo industrial hunden sus raíces en las prácticas laborales adoptadas por las clases populares artesanas en etapas anteriores a la industrialización” (p. 191).

con ciertos recursos, que a su vez emplearon a otras como aprendizas y oficialas. En este sentido, las modistas no formaban una corporación de oficio pero actuaban como tal, salvo que no conocemos que fundaran ninguna cofradía o hermandad. La erosión del control gremial favoreció más a las trabajadoras extra-gremiales, al serles más tolerada su actividad, que a las esposas, hijas y viudas de maestros, aunque vimos casos de mujeres que, bajo el paraguas paterno, dirigieron sus talleres. El comercio de ropa y complementos textiles nuevos y usados permaneció pujante a lo largo del XVIII, pero también en este ámbito hallamos pocas mujeres entre los empresarios, tanto en la obra de nuevo como en la de viejo, y muchas en los niveles inferiores de autónomas precarias y asalariadas.

El abastecimiento y la distribución de alimentos es el sector donde hemos detectado un mayor declive en la posición de las mujeres. Oficios que empezaron siendo femeninos, como la gallinería o la carnicería, acabaron convertidos en gremios masculinos, donde ellas tuvieron poca presencia a pesar de las menores restricciones que contemplaban sus ordenanzas. Aquí sí he podido aventurar algunas cifras y éstas señalan que en las plazas de mercado la presencia femenina era mayoritaria, pero en cambio a nivel empresarial las mujeres perdieron protagonismo, incluso en el mercado del Rastro, salvo en el reducido gremio de menuderas. En el tocino, por el contrario, mantuvieron su posición en este nivel pero lo perdieron en el asalariado. Entre los chalanés, atravesadores y vendedores ambulantes, con o sin licencia, tanto de alimentos como de comida preparada, las mujeres fueron especiales protagonistas, si bien muchas de las que realizaban sus operaciones en las calles sufrieron una creciente persecución policial.

Aunque en todos estos sectores hemos visto féminas que lograron un estatuto laboral independiente y tuvieron medios para adelantar sus negocios, la mayor parte dependió para su subsistencia y la de sus familias del empleo asalariado o autónomo precario, que a menudo se hallaba en sectores diferentes, no siempre era continuo, ni remunerado regularmente, lo que ayuda a explicar la pluriactividad que caracteriza a estas trabajadoras. La política de control social sobre los pobres fue responsable de que estas mujeres y sus hijos se convirtiesen temporalmente en mano de obra no libre, con su reclusión en las instituciones penales o asistenciales, aspectos difíciles de deslindar en la práctica. Y no debemos olvidar, por último, que en el Madrid del XVIII, una parte del

servicio doméstico estaba compuesto por esclavas, algunas de las cuales también acabaron dedicándose a atender a las enfermas en los hospitales.¹⁰

La participación femenina en la actividad económica del centro neurálgico del Imperio español del Setecientos presenta, por tanto, claros y oscuros, dependiendo de la parte que enfoquemos. Y, en períodos cronológicos más amplios, nos falta información sobre el tránsito de la Edad Media y la Moderna para aventurar cualquier valoración. María Asenjo sugiere que, en la Castilla bajo-medieval, la mano de obra femenina desempeñó un importante papel en las tareas de asentamiento y repoblación, y que el medio urbano ofreció a las mujeres un ambiente propicio para participar directamente en la producción y la distribución de mercancías; pero esta situación se fue transformando en los siglos sucesivos, no volviéndose a encontrar una integración semejante hasta el siglo XX.¹¹ Una observación que no se contradice con mi impresión de que, en Madrid, al menos hasta el último tercio del XVII, a pesar de la crisis y de la consolidación del sistema gremial, hubo más mujeres en oficios especializados y en el gran comercio, que en la centuria siguiente. Con todo, la evolución, en términos generales, no es lineal de ascenso o declive, sino de transformaciones que, en el caso de las actividades textiles, consolidaron un proletariado femenino para abastecer a los talleres manufactureros y las futuras fábricas mecanizadas. En este sentido, el trabajo de las mujeres es una pieza clave de los mecanismos de la acumulación originaria que abrió paso a la industria capitalista, aunque en el Madrid moderno este proceso fue más lento que en otras capitales.

Casi todos los estudios históricos sobre el trabajo femenino, incluido este, se enfrentan con la aparente contradicción de que, en el contexto de unas estructuras económicas y jurídicas patriarcales, con sus controles sobre el trabajo y la propiedad de las mujeres, hay evidencia de que no sólo accedieron al mercado laboral, sino que a veces llegaron a alcanzar un estatus económico independiente y reconocido. Algo tiene que ver en ello la resistencia femenina a dichas normas patriarcales, pero también el hecho de que el

¹⁰ Otras aún corrieron peor suerte, pues fueron liberadas por sus amos cuando debido a su avanzada edad o sus graves minusvalías ya sólo representaban una carga para ellos y terminaron muriendo en la más absoluta miseria: López García, “La esclavitud en Madrid...”, *op. cit.*, p. 201.

¹¹ María Asenjo González, “Participación de las mujeres en las compañías comerciales castellanas a fines de la Edad Media. Los mercaderes segovianos”, en A. Muñoz Fernández y C. Segura Graiño (eds.), **El trabajo de las mujeres en la Edad Media hispana**, Madrid: Asociación Cultural Al-Mudayna, 1988, pp. 223-234.

propio sistema económico exigía un mercado de trabajo amplio y segmentado, que no podía reducirse a la población masculina, buena parte de la cual también se vio afectada por la descualificación, la inseguridad y la temporalidad laboral que caracterizó a las trabajadoras pobres del Setecientos.

BIBLIOGRAFÍA

Agua de la Roza, Jesús: “Infancia y pobreza en el Madrid del Setecientos”, en J. Hernando, J. M. López, y J. A. Nieto (eds.), **La Historia como arma de reflexión. Estudios en homenaje al profesor Santos Madrazo**, Madrid: UAM, 2012, pp. 21-35.

Alloza, Ángel: **La vara quebrada de la justicia. Un estudio histórico sobre la delincuencia madrileña entre los siglos XVI y XVIII**, Madrid: Libros de la Catarata, 2000.

Alonso, Luis Enrique: “Sobre el estatuto teórico del trabajo doméstico en la economía política marxista”, en **Actas de las I Jornadas de Investigación Interdisciplinaria, Nuevas Perspectivas sobre la mujer**, Seminario de Estudios de la UAM, Madrid, 1982, pp. 191-200.

Alvar Ezquerro, Alfredo: **El nacimiento de una capital europea. Madrid entre 1561 y 1606**, Madrid: Turner/Ayuntamiento de Madrid, 1989.

Amorós, Celia: **Tiempo de Feminismo. Sobre feminismo, proyecto ilustrado y postmodernidad**, Madrid: Cátedra, 1997.

Arbaiza, Mercedes: “Orígenes culturales de la división sexual del trabajo en España (1800-1935)”, en C. Sarasúa y L. Gálvez (eds.), **¿Privilegio o eficiencia? Mujeres y hombres en los mercados de trabajo**, Alicante: Universidad de Alicante, 2003, pp. 189-215.

Asenjo González, María: “Participación de las mujeres en las compañías comerciales castellanas a fines de la Edad Media. Los mercaderes segovianos”, en A. Muñoz Fernández y C. Segura Graiño (eds.), **El trabajo de las mujeres en la Edad Media hispana**, Madrid: Asociación Cultural Al-Mudayna, 1988, pp. 223-234.

Asenjo González, María: “Las mujeres y el trabajo en las ciudades de la Corona de Castilla (siglos XIII-XV) Integración marginación”, **Atti delle “Settimane di Studi” e altri Convegni**, 21. **La Donna nell’economia secc. XIII-XVIII**. Prato, 1990, pp. 553-561.

Asenjo Sanz, Félix: **Aproximación a la historia de la industria textil rural. Colmenar Viejo en el siglo XVIII**, Ayuntamiento de Colmenar Viejo, 1984.

Atienza, Ignacio: “De lo imaginario a lo real: la mujer como señora/gobernadora de estados y vasallos en la España del siglo XVIII”, en Georges Duby y Michelle Perrot (dirs.), **Historia de las mujeres en Occidente**, vol. 3, Madrid: Taurus, 1993, pp. 669-687.

Bahamonde Magro, Ángel y Toro Mérida, Julián: “Mendicidad y paro en el Madrid de la Restauración”, **Estudios de Historia Social**, 7 (1978), pp. 353-384.

Bahamonde Magro, Ángel, y Toro Medina, Julián: **Burguesía, especulación y cuestión social en el Madrid del siglo XIX**, Madrid: Siglo XXI, 1978.

Bahamonde Magro, Ángel y Otero Carbajal, Luis Enrique: “Madrid, de capital imperial a región metropolitana. Cinco siglos de terciarización”, **Papeles de Economía Española**, 18 (1999), pp. 18-30.

Barbeito Carnero, Isabel: **Cárceles y mujeres en el siglo XVII**, Madrid: Castalia, 1991.

Basanta Reyes, María Belén: “La parroquia de San Ginés de Madrid”, **Cuadernos de Arte e Iconografía**, IX (2000), pp. 17-18.

Belfanti, Carlo .M.: “Le calze a maglia: moda e innovazione alle origini dell’industria della maglieria (secoli XVI-XVII)”, **Società e Storia**, 69 (1995), pp. 481-501

Benhabid, Seyla: “Desde las políticas de la identidad al feminismo social: un alegato para los noventa”, en E. Beltrán y C. Suárez (eds), **Las ciudadanas y lo político**, Madrid: Instituto Universitario de Estudios de la Mujer, UAM, 1996.

Bennett, Judith M. y Froide, Amy M. (eds), **Single Women in the European Past 1250-1800**, Filadelfia: University of Pennsylvania Press, 1999.

Berg, Maxine: **La era de las manufacturas**, Barcelona: Crítica, 1987.

Berg, Maxine: “Women’s work, mechanisation and the early phases of industrialisation in England”, en P. Joyce (ed.), **The Historical Meaning of Work**, Cambridge: Cambridge University Press, 1987, pp. 64-96.

Berg, Maxine: “What difference did women's work make to the industrial revolution?” **History Workshop**, 35 (1993), pp. 22-44.

Bernardos Sanz, José Ubaldo: “Mercado y abastecimiento, 1561-1850”, en V. Pinto y S. Madrazo (eds.), **Madrid. Atlas Histórico de la ciudad. Siglos IX-XIX**, Barcelona: Lunwerg, 1995, pp. 232-243.

Bernardos Sanz, José Ubaldo: **No sólo de pan... ganadería, abastecimiento y consumo de carne en Madrid (1450-1805)**, Tesis doctoral inédita, Universidad Autónoma de Madrid, 1997.

Bernardos Sanz, José Ubaldo: “El abastecimiento y consumo de pescado en Madrid durante el Antiguo Régimen”, Comunicación presentada al **VII Congreso de la Asociación de Historia Económica**, Zaragoza, 2001

Bernardos Sanz, José Ubaldo: **Trigo castellano y abasto madrileño. Los arrieros y comerciantes segovianos durante la Edad Moderna**, Valladolid: Junta de Castilla y León, 2003.

Bernardos Sanz, J. U.; Hernando, J.; Madrazo G., y Nieto, J. A: “Energy consumption in Madrid, 1561 to c.1860”, en G. Massard-Guilbaud y S. Mosley (eds.), **Common**

Ground. Integrating the Social and Environmental in History, Newcastle upon Tyne: Cambridge Scholars Publishing, 2011, pp. 311-39.

Bernardos Sanz, José Ubaldo: “El abastecimiento y consumo de carne en Madrid durante la segunda mitad del siglo XVIII. Una interpretación de la crisis ganadera en Castilla”, J. Hernando, J. M. López y J. A. Nieto (eds), **La Historia como arma de reflexión. Estudios en homenaje al profesor Santos Madrazo**, Madrid: Universidad Autónoma de Madrid, 2012, pp. 191-214.

Beynon, Huw: “Class and historical explanation”, en M. L. Bush (ed.), **Social Orders & Social Classes in Europe since 1500: Studies in Social Stratification**, Londres y Nueva York: Longman, 1992, pp. 230-249.

Black, Christopher F.: **Early modern Italy. A Social History**, Londres: Routledge, 2001, p. 89.

Bock, Gisela: “La historia de las mujeres y la historia del género: aspectos de un debate internacional”, **Historia Social**, 9 (1991), pp. 55-77.

Bolufer Peruga, Mónica: “Actitudes y discursos sobre la maternidad en la España del siglo XVIII: la cuestión de la lactancia”, **Historia Social**, 14 (1992), pp. 3-22.

Borderías, Cristina, Carrasco, C. y Alemany, C. (comp.), **Las mujeres y el trabajo. Rupturas conceptuales**, Barcelona, Icaria/FUHEM, 1994.

Bourdieu, Pierre: “Les stratégies matrimoniales dans le système de reproduction”, **Annales ESC**, 27 (1972), pp. 1.105-1.127.

Bourdieu, Pierre: **El Sentido práctico**, Madrid: Taurus, 1991.

Bourdieu, Pierre: **La dominación masculina**, Barcelona: Anagrama, 2000.

Bravo, Jesús: **Familia busca vivienda. Madrid, 1670-1700**, Madrid: Fundación Matritense del Notariado, 1992.

Brithenthal, Renate, Stuard, Susan y Wiesner, Merry (eds.), **Becoming Visible. Women in European History**, Boston: Houghton Mifflin Company, (3ª ed.), 1998.

Butler, Judith: **El género en disputa: el feminismo y la subversión de la identidad**, México: Paidós, 2001.

Callahan, William: **La Santa y Real Hermandad del Refugio y Piedad de Madrid (1618-1832)**, Madrid: Instituto de Estudios Madrileños, 1980.

Candau Chacón, María Luisa: “Literatura, género y moral en el Barroco hispano: Pedro de Jesús y sus consejos a “Señoras y demás damas”, **Hispania Sacra**, LXIII, 127 (2011), pp. 103-131.

Candela Soto, Paloma: **Cigarreras madrileñas: trabajo y vida (1888-1927)**, Madrid: Tecnos, 1997.

Capella Martínez, Miguel y Matilla Tascón, Antonio: **Los Cinco Gremios Mayores de Madrid. Estudio crítico-histórico**, Madrid: Cámara de Comercio e Industria, 1957.

Capella Martínez, Miguel: **La industria en Madrid. Estudio histórico crítico de la fabricación y artesanía madrileñas**, 2 vol., Madrid: Artes gráficas y ediciones, 1962.

Carasa Soto, Pedro: “La historia y los pobres: de las bienaventuranzas a la marginación”, **Historia Social**, 13 (1992), pp. 77-99.

Carbajo Isla, María F.: **La población de la villa de Madrid desde finales del siglo XVI hasta mediados del siglo XIX**, Madrid: Siglo XXI, 1987.

Carbonell i Esteller, Montserrat: “Hecho y representación sobre la desvalorización del trabajo de las mujeres (siglos XVI-XVIII)”, **Actas de las III Jornadas de Investigación Interdisciplinaria. Mujeres y hombres en la formación del pensamiento occidental**, tomo II, Madrid, UAM, 1989, pp. 157-171.

Carbonell i Esteller, Montserrat: **Sobreviure a Barcelona. Dones i assistència al segle XVIII**, Vic: Eumo Editorial, 1997.

Carbonell i Esteller, Montserrat: “Using Microcredit and Restructuring Households: Two Complementary Survival Strategies in Late Eighteenth-Century Barcelona”, **International Review of Social History**, 45 (2000), pp. 71-92.

Castro, Concepción de: **El pan de Madrid. El abastecimiento de las ciudades españolas del Antiguo Régimen**, Madrid: Alianza, 1987.

Castro, Concepción de: “Orden público, política social y manufactura en el Madrid de Carlos III”, S. Madrazo y V. Pinto (coords.), **Madrid en la época moderna. Espacio, sociedad y cultura**, UAM/Casa de Velázquez, 1991, pp. 11-25.

Cavillac, Michel (ed.), **El Amparo de Pobres de Pérez de Herrera**, Espasa-Calpe, Madrid, 1975.

Cepeda Gómez, Paloma: “La situación jurídica de la mujer en España durante el Antiguo Régimen y Régimen Liberal”, en M. C. García Nieto (ed.), **Ordenamiento jurídico y realidad social de las mujeres**, Actas de las cuartas Jornadas de Investigación Interdisciplinaria, Seminario de Estudios de la Mujer, Madrid: UAM, 1986, pp. 181-193.

Chinchetu Pérez, Felisa: “El trabajo de las mujeres en el espacio económico: situación actual y perspectivas”, M. D. Ramos y M. T. Vera (eds.) **El Trabajo de las Mujeres. Pasado y presente**, Seminario de Estudios Interdisciplinarios de la Mujer, Universidad de Málaga, tomo I, Málaga: Diputación de Málaga, 1996, pp. 25-44.

Clark, Alice: **Working Life of Women in the Seventeenth Century**, Londres: Routledge and Son, 1919.

Coffin, Judith G.: "Gender and the Guild Order: The Garment Trades in Eighteenth-Century Paris", **The Journal of Economic History**, 54/4 (1994), pp. 768-793.

Corella, Paloma: "Coyuntura económica e Ilustración. La fábrica de tejidos e hilados de Morata de Tajuña (Madrid) a fines del siglo XVIII", en S. Torreguitart Búa (coord.), **Jornadas sobre el Real Sitio de San Fernando de Henares y la Industria en el siglo XVIII**, San Fernando de Henares: Real Sitio de San Fernando de Henares, 1997, pp. 243-257.

Correcher Tello, M^a Isabel: **La revuelta del cuartel de mujeres del hospicio de San Fernando de 1786: aspectos jurídicos y sociales**, Alcalá de Henares: Ayuntamiento de Alcalá de Henares/Centro asesor de la Mujer, 1998.

Crowston, Clare H.: "Women, gender and guild in early-modern Europe: an overview of recent research", **International Review of Social History**, 53 (2008), pp. 19-44

Cruz, Jesús: **Los notables de Madrid. Las bases sociales de la revolución liberal española**, Madrid: Alianza, 2000.

Cruz Yabar, M^a Teresa: **La tapicería en Madrid (1570-1640)**, Madrid: Instituto de Estudios Madrileños/CSIC, 1996.

Dalla Costa, Mariarosa: **El poder de las mujeres y la subversión de la comunidad**, México/Madrid: Siglo XXI, 1975.

Davidoff, Leonora: **Between two Worlds: Historical perspectives on gender and class**, Cambridge: Polity Press, 1995.

Davin, Anne: "Feminism and Labour History", en R. Samuel (ed.), **People's History and Socialist Theory**, London: Routledge & Kegan Paul, 1981, pp. 176-187.

Deceulaer, Harald: "Entrepreneurs in the Guilds: Ready-to-wear Clothing and Subcontracting in late Sixteenth-and early Seventeenth-century Antwerp", **Textile History**, 31/2 (2000), pp. 133-149.

Delphy, Christine: **Close to Home: a materialist analysis of women's oppression**, Londres: Hutchinson, 1981.

Delphy, Christine: **Por un feminismo materialista. El enemigo principal y otros textos**, Barcelona: La Sal, edicions de les dones, 1982.

Demerson, Paula: **Catálogo de las socias de honor y mérito de la Junta de Damas Matritense (1787-1811)**, Madrid: Instituto de Estudios Madrileños, 1971.

Demerson, Paula: **María Francisca de Sales Portocarrero (condesa de Montijo) Una figura de la Ilustración**, Madrid: Editora Nacional, 1975.

Díez, Fernando: **Viles y mecánicos. Trabajo y sociedad en la Valencia preindustrial**, Valencia: Alfons el Magnànim, 1990.

Díez, Fernando: “La crisis gremial y la organización de la producción y del trabajo en la sedería valenciana (Finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX)”, en López, V. y Nieto, J. A., **El trabajo en la encrucijada. Artesanos urbanos en la Europa de la Edad Moderna**, Madrid: Libros de la Catarata, 1996, pp. 134-152.

Díez, Fernando: **Utilidad, deseo y virtud. La formación de la idea moderna del trabajo**, Barcelona: Península, 2001.

Dobb, Maurice: **Teorías del valor y de la distribución desde Adam Smith. Ideología y teoría económica**, Buenos Aires: Siglo XXI, 1975.

Domínguez, Mariluz y Oquendo, Luis: “Si me permiten hablar...”, **Escritos**. Revista del Centro de Estudios del Lenguaje, 26 (2002), pp. 51-65.

Dumont, Dora: “Women and Guilds in Bologna: The Ambiguities of 'Marginality'”, **Radical History Review**, 70 (1998), pp. 4-25.

DuPlessis, Robert S.: **Transiciones al capitalismo en Europa durante la Edad Moderna**, Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 2001.

Edholm, Felicity; Harris, Olivia, y Young, Kate: “Conceptualizing Women”, **Critique of Anthropology**, 3 (1977), pp. 101-130.

Erickson, Amy Louise: “Married women occupations in eighteenth-century London”, **Continuity and Change**, 23/2 (2008), pp. 267-307.

Escobar, Jesús: **La plaza Mayor y los orígenes del Madrid barroco**, San Sebastián: Nerea, 2007.

Espinosa Romero, Jesús, *et al*: “Consolidación y límites de la ciudad en el siglo XVIII”, en V. Pinto & S. Madrazo (dirs), **Madrid. Atlas Histórico de la ciudad. Siglos IX-XIX**, Barcelona: Lunwerg, 1995, pp. 194-209.

Fairchilds, Cissie: **Domestic enemies: servants and their masters in Old Regime France**, Baltimore: J. Hopkins University Press, 1983.

Farr, James R.: **Artisans in Europe, 1300-1914**, Cambridge: Cambridge University Press., 2000.

Fernández Cortizo, Camilo: “Emigración estacional, explotación campesina y comportamientos familiares: Los canteros de la Galicia sudoccidental (siglo XVIII)”, en F. Chacón Jiménez y Ferrer i Alós (eds.), **Familia, casa y trabajo**, Universidad de Murcia/Seminario Familia y elite de poder en el Reino de Murcia. Siglos XV-XIX, Murcia, 1997, pp. 261-274.

Fernández Hidalgo, Ana María: “La seguridad ciudadana en Madrid durante el siglo XVIII: La Superintendencia General de Policía y la Comisión Reservada”, **Anales del Instituto de Estudios Madrileños**, XXXIII (1993), pp. 321-365.

Ferrer Alòs, Llorenç: “Familia y grupos sociales en Cataluña en los siglos XVIII y XIX”, en F. Chacón Jiménez, J. Hernández Franco, A. Peñafiel Ramón (eds.), **Familia, grupos sociales y mujer en España, (s. XV-XIX)**, Murcia: Universidad de Murcia, 1991, pp. 119-135.

Fontaine, Laurence: **History of Pedlars in Europe**, Londres: Polity Press, 1996.

Fontaine, Laurence y Schlumbohm, Jürgen: “Household Strategies for Survival: An Introduction”, **International Review of Social History**, 45 (2000), pp. 1-17.

Fontaine, Laurence (ed.): **Alternative Exchanges. Second-hand circulations from the sixteenth century to the present**, International Studies in Social History, 10, Oxford/Nueva York: Berghahn Books, 2008.

Fontaine, Laurence: **L'économie morale, pauvreté, crédit et confiance dans l'Europe préindustrielle**. París: Gallimard, 2008.

Fortunati, Leopoldina: **L'arcano della riproduzione. Casalinghe, prostitute, operati e capitale**, Venecia: Marsilio Editori, 1981.

Foucault, Michel: **Vigilar y Castigar. El nacimiento de la prisión**, México: Siglo XXI, 1976.

Gállego, Julián: **El pintor, de artesano a artista**, Granada: Diputación Provincial de Granada, 1976.

García Barreno, Pedro R.: “El Hospital General de Madrid (Parte III): de Campomanes y Floridablanca a nuestros días”, **Arbor: Ciencia, pensamiento y cultura**, 613 (1997), pp. 93-130.

García González, Francisco: “Más allá del padrón: El espejismo de la familia nuclear”, en F. Chacón y Ll. Ferrer i Alòs (eds.), **Familia, casa y trabajo**, Universidad de Murcia/Seminario Familia y elite de poder en el Reino de Murcia. Siglos XV-XIX, Murcia, 1997, pp. 331-344.

García Olloqui, M^a Victoria: **Luisa Roldán, la Roldana: nueva biografía**, Sevilla: Guadalquivir, 2000.

García Sánchez, Miguel Ángel: “Mujeres pobres y sociabilidad en el Madrid moderno. El Hospital de la Pasión, 1565-1700”, **Torre de los Lujanes**, 52 (2004), pp. 203-232.

González de Amezúa y Mayo, Ángel: “El bando de policía de 1591 y el Pregón general de 1613 para la Villa de Madrid”, **Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo**, 38 (1933), pp. 141-179.

González Enciso, Agustín: **Estado e industria en el siglo XVIII: la Fábrica de Guadalajara**, Madrid: Fundación Universitaria Española, 1980.

González Mateos, M^a Victoria: “Una escuela madrileña de bordado”, **Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo**, I (1946), pp. 58-81.

Grupo' 73, **La economía del Antiguo Régimen. El señorío de Buitrago**, Madrid: UAM, 1973, pp. 113-121.

Guillamón, Francisco Javier: **Las reformas de la administración durante el reinado de Carlos III (Un estudio sobre dos reformas administrativas de Carlos III)**, Madrid: Instituto de Estudios de la Administración Local, 1980.

Gullickson, Gay L.: “Amor y poder en la familia protoindustrial”, en M.Berg (ed.), **Mercados y manufacturas en Europa**, Barcelona: Crítica, 1995, pp. 184-209.

Gutiérrez Aguilera, Selina: “Mujeres trabajadoras. La subsistencia en el Buenos Aires del siglo XVIII”, **El Futuro del Pasado**, 3 (2012), pp. 67-90.

Haidt, Rebecca: **Women, Work and Clothing in Eighteenth-century Spain**, Oxford: Voltaire Foundation, University of Oxford, 2011.

Haft, Daryl M.: **Women at work in preindustrial France**, Pennsylvania State University, 2007

Hall, Catherine: **White, Male and Middle Class. Explorations in Feminism and History**, Oxford: Polity Press/ Blackwell, 1992.

Hanawalt, Barbara A.(ed.), **Women and Work in Preindustrial Europe**, Indiana University Press, 1986.

Harris, Olivia y Young, Kate: “Engendered structures: some problems in the analysis of reproduction”, en J. S. Kahn, y J. Llobera (eds), **The Anthropology of Pre-capitalist Societies**, Londres: Macmillan, 1981, pp. 109-147.

Hartmann, Heidi: “The Unhappy Marriage of Marxism and Feminism: Toward a more Progressive Union”, **Capital and Class**, 3/2 (1979), pp. 1-33.

Hernández Benítez, Mauro: “El cierre de las oligarquías urbanas en la Castilla moderna: el Estatuto del concejo de Madrid (1603)”, **Revista Internacional de Sociología**, 45/1 (1987), pp. 179-198.

Hernández Benítez, Mauro: “Carlos III, un mito progresista”, en Equipo Madrid, **Carlos III, Madrid y la Ilustración**, Madrid: Siglo XXI, 1988, pp. 1-23.

Hernández Benítez, Mauro: **A la sombra de la corona. Poder local y oligarquía urbana (Madrid, 1606-1808)**, Madrid: Siglo XXI, 1995.

Hernández García, Ricardo: **La industria textil de Astudillo en el siglo XVIII**, Palencia: Cálamo, 2002.

Hernández Sánchez, Fernando: “La Corte envidiable” (Delincuencia y represión en el Madrid de Carlos III, 1759-1788)”, en Equipo Madrid, **Carlos III, Madrid y la Ilustración. Contradicciones de un proyecto reformista**, Siglo XXI, Madrid, 1988, pp. 331-353.

Herrero García, Miguel: **Oficios populares en la sociedad de Lope de Vega**, Madrid: Castalia, 1977.

Heuvel, Danielle van den: **Women and Entrepreneurship: Female Traders in the Northern Netherlands, c.1580–1815**, Amsterdam: Aksant, 2007.

Heuvel, Danielle van den: “Partners in marriage and business? Guilds and the family economy in urban food markets in the Dutch Republic”, **Continuity and Change**, 23/2 (2008) pp. 217-236.

Hill, Bridget: **Women Alone: Spintners in England, 1660-1850**, Yale University Press, 2001.

Hitchcock, Tim: **Down and Out in eighteenth-century London**, Londres y Nueva York: Hambledon and London, 2004.

Hoff, Joan: “Gender as a postmodern category of paralysis”, **Women's History Review**, 3/2 (1994), pp. 149-168.

Honeyman, Katherina y Goodman, Jordan: “Women’s Work, gender conflict, and labour markets in Europe, 1500-1900”, **Economic History Review**, 4 (1991), pp. 608-628.

Hudson, Pat y Lee, William R. (eds.), **Women’s Work and the Family Economy in Historical Perspective**, Manchester University Press, 1990.

Hufton, Olwen H.: **The Poor of Eighteenth-Century France, 1750-1789**, Oxford: Clarendon Press, 1974.

Hufton, Olwen H.: “Mujeres, trabajo y familia”, en G. Duby y M. Perrot (eds), **Historia de las mujeres**, vol. 3. Del Renacimiento a la Edad Moderna, Madrid: Taurus, 2006, pp. 33-74.

Humphries, Jane y Sarasúa, Carmen: “Off the Record: Reconstructing Women’s Labour Force Participation in the European Past”, **Feminist Economist**, 18/4 (2012), pp. 39-67.

Iradriel Murugarren, Paulino: “Familia y función económica de la mujer en actividades no agrarias”, **Coloquio Hispano-francés sobre la condición de la mujer en la Edad Media**, Madrid: Universidad Complutense/Casa de Velázquez, 1986, pp-223-259.

Izquierdo, María Jesús: “Uso y Abuso del Concepto de Género”, en M. Vilanova (comp.), **Pensar las Diferencias**, Barcelona: Universitat de Barcelona/Institut Català de la Dona, 1994, pp. 31-54.

Jiménez Mancha, Juan: **Asturianos en Madrid. Los oficios de las clases populares (Siglos XVI-XX)**, Gijón: Muséu del Pueblu d’Asturies, 2007

Jurado, J; Marín, F. J.; de los Reyes, J. L., y del Río, M. J.: “Espacio urbano y propaganda política: las ceremonias públicas de la monarquía y Ntra. Sra. de Atocha”,

en S. Madrazo y V. Pinto (dirs), **Madrid en la época moderna: Espacio, sociedad y cultura**, Madrid: UAM/Casa de Velázquez, 1991, pp. 219-263.

Jurado Sánchez, José: “La Corte y las instituciones de la monarquía”, en V. Pinto & S. Madrazo (dirs.), **Madrid. Atlas Histórico de la ciudad. Siglos IX-XIX**, Barcelona: Lunweg, 1995, pp. 260-267.

Jütte, Richard: **Poverty and Devience in Early Modern Europe**, Cambridge: Cambridge University Press, 1994.

Kriedte, Peter; Medick, Hans, y Schlumbohm, Jürgen: **Industrialización antes de la industrialización**, Barcelona: Crítica, 1986

Kuhn, Annette y Wolpe, Annmarie: **Feminism and Materialism**, Londres: Routledge & Keagan Paul, 1978.

Lacarra Lanz, Eukene: “Representaciones de las mujeres en la literatura española de la Edad Media (escrita en castellano)”, en I. Zavala (coord.), **Breve historia feminista de la literatura española (en lengua castellana)**, Barcelona: Anthropos, 1995, pp. 21-68.

Lambert, Miles: ‘Cast-off Wearing Apparell: The consumption and distribution of second-hand clothing in northern England during the long Eighteenth century’, **Textile History**, 35/1 (2004), pp. 1-26

Lanza García, Ramón: “Trabajadores y pretendientes. Notas sobre la inmigración a Madrid en el siglo XVII y principios del XVIII”, en A. Marcos Martín (ed.), **Hacer Historia desde Simancas. Homenaje a José Luis Rodríguez de Diego**, Valladolid: Junta de Castilla y León, 2011, pp. 467-490.

Lemire, Beverly: “Consumerism in Preindustrial and Early Industrial England: The Trade in Secondhand Clothes”, **The Journal of British Studies**, 27/1 (1988), pp. 1-24.

Lemire, Beverly: “Peddling Fashion: Salesmen, Pawnbrokers, Tailors, Thieves and the Second-hand Clothes Trade in England, c. 1700-1800”, **Textile History**, 22/1 (1991), pp. 67-82.

Lemire, Beverly: **Dress, Culture and Commerce. The English Clothing Trade before the Factory, 1660-1800**, Basingstoke: Macmillan, 1997.

Lis, Catharina y Soly, Hugo: “An irresistible phalanx”; journeymen associations in Western Europe, 1300-1800”, en C. Lis, J. Luccasen y H. Soly (eds.), **Before the Unions: Wage Earners and Collective Action in Europe, 1300-1850**, International Review of Social History, 39, 1994, Supplement 2, pp. 11-52.

Lis, Catharina y Soly, Hugo: **Pobreza y capitalismo en la Europa preindustrial (1350-1850)**, Madrid: Akal, 1985.

Llona González, Miren: “La construcción de la identidad de la clase obrera en el País Vasco. Género y respetabilidad de clase, dos realidades inseparables”, **Vasconia**, 35 (2006), pp. 287-300.

Llopis Agelán, Enrique y García Montero, Héctor: 'Precios y salarios en Madrid, 1680-1800', **Investigaciones de Historia Económica**, VII/2 (2011), pp. 295-309.

Llopis Agelán, Enrique y Sánchez Salazar, Felipa: "La crisis de 1803-1805 en las dos Castillas: subsistencias, mortalidad y colapso institucional", texto presentado al **XVI Seminario de Historia Económica**, Bernardos (Segovia), 16 junio 2014.

Locklin, Nancy: **Women's Work and Identity in Eighteenth-Century Brittany**, Ashgate: Aldershot, 2007.

López Barahona, Victoria: **Las trabajadoras madrileñas de la Edad Moderna**, trabajo de investigación inédito para la obtención del Diploma de Estudios Avanzados, Universidad Autónoma de Madrid, 2004

López Barahona, Victoria y Nieto Sánchez, José Antolín: "Industria doméstica y demanda cortesana: el vidrio de Alcorcón en la Edad Moderna", en **Actas del II Congreso del Instituto de Estudios Históricos del Sur de Madrid "Jiménez de Gregorio"**, Madrid: Instituto de Estudios Históricos del Sur de Madrid "Jiménez de Gregorio", 2004, pp. 169-176.

López Barahona, Victoria: "Pobreza, trabajo y control social: las hilanderas de las Reales Fábricas de Guadalajara", en S. Castillo y P. Oliver (coords.): **Las figuras del desorden. Heterodoxos, proscritos y marginados**. Actas del V Congreso de Historia Social de España, Madrid: Siglo XXI, 2006, anexo en CD.

López Barahona, Victoria: **El Cepo y el Torno. La reclusión femenina en el Madrid del siglo XVIII**, Madrid: Fundamentos, 2009.

López Barahona, Victoria y Nieto Sánchez, José Antolín: "La ropa estandarizada: Innovaciones en la producción, comercio y consumo de vestuario en el Madrid del siglo XVII", **Sociología del Trabajo**, 71 (2011), pp. 118-135.

López Barahona, Victoria: "Estrategias de supervivencia y redes informales de crédito entre las clases populares madrileñas del siglo XVIII", en J. Hernando, J. M. López y J. A. Nieto (eds.), **La Historia como arma de reflexión. Estudios en homenaje al profesor Santos Madrazo**, Madrid: Universidad Autónoma de Madrid, 2012, pp. 37-50.

López Barahona, Victoria y Nieto Sánchez, José Antolín: "Dressing the Poor. The Provision of Clothing among the Lower Classes in Eighteenth-Century Madrid", **Textile History**, 43/1 (2012), pp. 24-43.

López Barahona, Victoria y Nieto Sánchez, José Antolín: "The Costumes of Popular Classes in Eighteenth-Century Madrid", comunicación presentada a la **X European Social Science History Conference**, Viena, 23-26 de abril de 2014.

López Castán, Ángel: "El arte de guadamacileros de Madrid en el siglo XVI. Estudio histórico artístico y jurídico de su organización corporativa", **Boletín del Museo e Instituto "Camón Aznar"**, XVI (1986), pp. 89-101.

López Cordón, M^a Victoria: “La conceptualización de las mujeres en el Antiguo Régimen: los arquetipos sexistas”, **Manuscripts**, 12 (1994), pp. 79-107.

López García, José Miguel (dir.): **El impacto de la Corte en Castilla. Madrid y su territorio en la época moderna**, Madrid: Siglo XXI/EUROCIT, 1998.

López García, José Miguel: **El Motín contra Esquilache. Crisis y protesta popular en el Madrid del siglo XVIII**, Madrid: Alianza Editorial, 2006.

López García, José Miguel: ““Habiendo tenido su hijo la desgracia de salir mulato”. La Casa de los Negros (1759-1784)”, en J. Hernando, J. M. López y J. A. Nieto (eds.), **La Historia como arma de reflexión. Estudios en homenaje al profesor Santos Madrazo**, Madrid: Universidad Autónoma de Madrid, 2012, pp. 79-95.

López García, José Miguel: “La esclavitud en Madrid a finales del Antiguo Régimen”, en R. Franch Benavent, F. Andrés Robres y R. Benítez Sánchez-Blanco (eds.), **Cambios y resistencias sociales en la Edad Moderna: Un análisis comparativo entre el centro y la periferia mediterránea de la Monarquía hispánica**, Madrid: Sílex, 2014, pp. 193-202.

López Iglesias, Florentino A.: “Oficios y actividades de las mujeres ovetenses en el Antiguo Régimen”, en M. Ortega y M. J. Matilla (eds.), **El trabajo de las mujeres. Siglos XVI-XX**, VI Jornadas de Investigación Interdisciplinaria sobre la mujer, Madrid: UAM, 1996, pp. 117-126.

Luna, Lola G.: **El sujeto sufragista, feminismo y feminidad en Colombia, 1930-1957**, Cali: La Manzana de la Discordia, Centro de Estudios de Género, Universidad del Valle, 2004.

Madrazo, Santos: **El sistema de transportes en España, 1750-1850**, tomo I, Madrid: Turner/Colegio de Ingenieros de Caminos, 1984.

Madrazo, Santos; Bernardos, José Ubaldo; Hernando, Francisco Javier, y de la Hoz, Carlos: “La Tierra de Madrid”, en S. Madrazo y V. Pinto, **Madrid en la época moderna: Espacio, sociedad y cultura**, Madrid: UAM/Casa de Velázquez, 1991, pp. 27-68.

Madrazo, Santos: “Los servicios urbanos: el transporte en la ciudad”, en S. Madrazo y V. Pinto (dirs), **Madrid. Atlas Histórico de la ciudad. Siglos IX-XIX**, Barcelona: Lunwerg, 1995, pp. 254.

Madureira, Nuno Luís: **Mercado e Privilégios. A Indústria Portuguesa entre 1750 e 1834**, Lisboa: Estampa, 1997

Maravall, José Antonio: **La cultura del Barroco. Análisis de una estructura histórica**, Barcelona: Ariel, 1975.

Maravall, José Antonio: “Trabajo y exclusión. El trabajador manual en el sistema social español de la primera modernidad”, en A. Redondo, (ed.), **Les problèmes de**

l'exclusion en Espagne (xvie-xviiè siècles). Idéologie et discours, París: Publications de La Sorbona, 1983, pp. 135-159.

Maravall, José Antonio: **Poder, honor y élites en el siglo XVII**, Madrid: Siglo XXI, 1984.

Maravall, José Antonio: **La literatura picaresca desde la historia social (siglos XVI y XVII)**, Madrid: Taurus, 1986.

Marcos Martín, Alberto: **España en los siglos XVI, XVII y XVIII. Economía y sociedad**, Barcelona: Crítica, 2000.

Marcos Martín, Alberto: "Viejos en la ciudad. La estructura de edad de la población en los núcleos urbanos españoles del Antiguo Régimen", en F. García González (coord.), **Vejez, envejecimiento y sociedad en España, siglos XVI-XXI**, Cuenca: Universidad de Castilla La Mancha, 2005, pp. 67-100.

Marcos Martín, Alberto: "Carità e società nella Spagna moderna", en **Assistenza e solidarietà in Europa, Secc... XIII-XVIII, Atti della "Quarantaquattresima Settimana di Studi", 22-26 aprile 2012**, Florencia: Firenze University Press, 2013, pp. 399-417.

Marfany, Julie: **Land, Proto-Industry and Population in Catalonia, c. 1680-1829. An Alternative Transition to Capitalism?** Surrey: Ashgate, 2012.

Marín Perellón, Francisco José: "La morfología del casco en la edad moderna: ejes y plazas", en V. Pinto y S. Madrazo (dirs), **Madrid. Atlas histórico de la ciudad. Siglos IX-XIX**, Barcelona/Madrid: Lunweg/Fundación Caja Madrid, 1995, pp. 94-103.

Martín Casares, Aurelia: "Free and Slave Domestic Service Legislation, Gender and Social Practice in Spain", en A. Fauve-Chamoux (ed.), **Domestic Service and the formation of European Identity. Understanding the Globalization of Domestic Work, 16th-21st centuries**, Berna/Berlín: Peter Lang, 2004, pp. 189-209.

Martín Casares. Aurelia y Vincent, Bernard: "Esclavage et domesticité dans l'Espagne moderne", en M. Cottias, A. Stella, y B. Vincent (coords.), **Esclavage et dependences serviles. Histoire compare**, París: L'Harmattan, 2006, pp. 127-137.

Martín de las Mulas, Juan Francisco y Tremiño, Beatriz: "La enseñanza en la Edad Moderna, siglos XVI-XIX", en V. Pinto y S. Madrazo (dirs), **Madrid. Atlas histórico de la ciudad. Siglos IX-XIX**, Barcelona: Lunweg, 1995, pp. 340-349.

Martínez Galindo, Gema: **Galerianas, corrigendas y presas. Nacimiento y consolidación de las cárceles de mujeres en España (1608-1913)**, Madrid: Edisofer, 2002.

Martínez Ruiz, Enrique: **La seguridad pública en el Madrid de la Ilustración**, Madrid: Ministerio del Interior, 1988.

Marx, Karl: **El Capital**, libro I, vol. 3, México: Siglo XXI, 1976.

Matilla Tascón, Antonio: “El primer catastro de la villa de Madrid”, **Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos**, tomo LXIX/ 2 (1964), pp. 463-523.

Mayordomo Rico, Maribel: “Precursores: del trabajo de las mujeres y la Economía Política”, **VII Jornadas de Economía Crítica**, Universidad de Castilla-La Mancha, Albacete, 3-5 de febrero, 2000, pp. 1-25 (disponible en formatos CD-Rom y Pdf).

Meijide Pardo, Antonio: **La emigración gallega intrapeninsular en el siglo XVIII**, Madrid: CSIC, 1960.

Meillassoux, Claude: **Mujeres, graneros y capitales**, México: Siglo XXI, 1977.

Melossi, Dario y Pavarini, Massimo: **Cárcel y Fábrica. Los orígenes del sistema penitenciario (siglos XVI-XIX)**, Madrid: Siglo XXI, 1987.

Mendels, Franklin: “Proto-industrialization: the first phase of the industrialization process”, **Journal of Economic History**, XXXII (1972), pp. 241-261.

Méndez, Lourdes: “Una connivencia implícita: “perspectiva de género”, “empoderamiento” y feminismo institucional”, en R. Andrieu y C. Mozo (coords), **Antropología Feminista y/o Género. Legitimidad, poder y usos políticos**, Sevilla: El Monte, 2005, pp. 203-226.

Méndez Muñoz, Guadalupe: “Oficios de la mujer en Madrid, en el siglo XVII: las gallineras”, **Anales del Instituto de Estudios Madrileños**, XXVII (1989), pp. 667-676.

Méndez Vázquez, Josefina: “Las escuelas de la Matritense regidas por la Junta de Damas, protomodelos de escuelas de formación profesional para mujeres en la España preindustrial”, en Flecha García, Núñez Gil y Rebollo Espinosa (eds), **Mujeres y Educación. Saberes, prácticas y discursos en la historia**, Sevilla: Miño y Dávila, 2005, pp. 331-341.

Mies, Maria: **Patriarchy and Accumulation on a World Scale: Women in the International Division of Labour**, Londres: Zedpress, 1986.

Molina, Cristina: “Género y poder desde sus metáforas. Apuntes para una topografía del patriarcado”, en S. Tubert (ed.), **Del sexo al género. Los equívocos de un concepto**, Madrid: Cátedra/Universidad de Valencia/Instituto de la Mujer, 2003, pp. 123-159.

Montagut Contreras, Eduardo: “Comadronas en el Madrid de fines del Antiguo Régimen”, **Torre de los Lujanes**, 18 (1991), pp. 173-183.

Moor, Tine De y van Zanden, Jan Luiten: “Girlpower. The European Marriage Pattern (EMP) and labour markets in the North Sea region in the late medieval and early modern period”, **The Economic History Review**, 63/1 (2010), pp. 1-33.

Moral Roncal, Antonio Manuel: **Gremios e Ilustración en Madrid (1775-1836)**, Madrid: Actas Editorial, 1998

Morange, Claude: "De manola a obrera (la revuelta de las cigarreras de Madrid en 1830. Notas sobre un conflicto de trabajo)", **Estudios de Historia Social**, 12-13 (1980), pp. 307-321.

Mousnier, Roland: **Les Hiérarchies sociales de 1450 à nos jours**, París: Presses universitaires de France, 1969.

Muldrew, Craig: "Interpreting the market: the ethics of credit and community relations in early modern England", **Social History**, 18/2 (1993), pp. 163-183.

Muñoz Fernández, Alicia y Segura Graíño, Cristina (eds.): **El trabajo de las mujeres en la Edad Media hispana**, Madrid: Asociación Cultural Al-Mudayna, 1988.

Muraro, Luisa: "La diferencia como corte simbólico en la investigación histórica: límites y potencialidades", en P. Pérez-Fuentes (ed), **Subjetividad, cultura material y género. Diálogos con la historiografía italiana**, Barcelona: AEIHM/Icaria, 2010, pp. 48 y 51.

Musgrave, Elisabeth, "Women and the craft guilds in eighteenth-century Nantes", en G. Crossick (ed.), **The Artisan and the European Town, 1500-1900**, Aldershot: Ashgate, 1997, pp. 151-171.

Narotzky, Susana: **Trabajar en familia. Mujeres, hogares y talleres**, Valencia: Alfons el Magnànim, 1988.

Narotzky, Susana: **New directions in economic anthropology**, Londres: Pluto Press, 1997.

Nash, Mary: "El mundo de las trabajadoras: identidades, cultura de género y espacios de actuación", en J. Paniagua, J.A. Piqueras y V. Sanz (eds.), **Cultura social y política en el mundo del trabajo**, Valencia: Centro Francisco Tomás y Valiente UNED Alzira-Valencia/Fundación Instituto de Historia Social, 1999, pp. 47-67.

Navascués Palacio, Pedro: "Sobre titulación y competencias de los arquitectos en Madrid (1775-1825)", **Anales del Instituto de Estudios Madrileños**, 11 (1975), pp. 123-136.

Negrín Fajardo, Olegario: **Educación popular en la España de la segunda mitad del siglo XVIII**, Madrid: UNED, 1987.

Newton, Judith L., Ryan, P. y Walkowitz, J. R. (eds.), **Sex and Class in Women's History. Essays from feminist studies**, Londres: Routledge & Kegan Paul (History Workshop series), 1983.

Newton, Judith: "Family Fortunes: 'New History' and 'New Historicism'", **Radical History Review**, 43 (1989), pp. 5-22.

Nieto Nuño, Miguel (ed.), **Diario del Conde de Pötting. Embajador del Sacro Imperio en Madrid (1664-1674)**, Madrid: Ministerio de Asuntos Exteriores, 2 vols., 1990.

Nieto Sánchez, José A.: **La organización social del trabajo en una ciudad preindustrial europea: las corporaciones de oficio madrileñas durante el feudalismo tardío**, Memoria de licenciatura inédita, Madrid: UAM, 1993.

Nieto Sánchez, José Antolín: **La Protoindustrialización en Castilla, 1350-1850**, Tesis doctoral inédita, Universidad Autónoma de Madrid, 1999.

Nieto Sánchez, José Antolín: “Nebulosas industriales y capital mercantil urbano. Castilla la Nueva y Madrid, 1750-1850”, **Sociología del Trabajo**, 39 (2000), pp. 85-108.

Nieto Sánchez, José A.: **Historia del Rastro. Los orígenes del mercado popular de Madrid, 1740-1905**, Madrid: VisionNet, 2004.

Nieto Sánchez, José Antolín: **Artisanos y mercaderes. Una historia social y económica de Madrid (1450-1850)**, Madrid: Fundamentos, 2006.

Nieto Sánchez, José Antolín: “Mercados marginales: baratillos y exclusión social en Madrid durante el siglo XVII”, en S. Castillo y P. Oliver (coords.), **Las figuras del desorden. Heterodoxos, proscritos y marginados**, Madrid: Siglo XXI/Asociación de Historia Social, 2006 (ejemplar en CD).

Nieto Sánchez, José Antolín: “La formación de un mercado de trabajo dual: las artesanías madrileñas en la Edad Moderna”, en P. Díaz, G. Franco y M. J. Fuente, **Impulsando la historia desde la historia de las mujeres. La estela de Cristina Segura**, Huelva: Universidad de Huelva, 2012, pp. 269-278.

Nieto Sánchez, José Antolín y Zofío Llorente, Juan Carlos: “El acceso al aprendizaje artesano en Madrid durante la Edad Moderna”, en S. Castillo (coord.), **Mundo del trabajo y asociacionismo en España**, Actas del VII Congreso de Historia Social de España, Madrid: AHS/Libros de la Catarata, 2014, anexo en CD.

Núñez Orgaz, Adela: “Las *modistillas* de Madrid, tradición y realidad (1884-1920)”, en A. Bahamonde y L. Otero (eds.), **La sociedad madrileña durante la Restauración. 1876-1931**, Madrid: Alfoz, 1989, vol. II, pp. 436-450.

Ogilvie, Sheilagh y Cerman, Markus (eds.), **European Proto-industrialization**, Cambridge: Cambridge University Press, 1996.

Ogilvie, Sheilagh: “How Does Social Capital Affect Women? Guilds and Communities in Early Modern Germany”, **American Historical Review**, 109/2 (2004), pp. 325-359.

Ortega, Margarita y M^a Jesús Matilla (eds.), **El trabajo de las mujeres. Siglos XVI-XX**, VI Jornadas de Investigación Interdisciplinaria sobre la mujer, Madrid: UAM, 1996.

Ortega López, Margarita: “Protestas de las mujeres castellanas contra el orden patriarcal privado durante el siglo XVIII”, **Cuadernos de Historia Moderna**, 19 (1997), pp. 65-89.

Ortiz Gómez, Teresa: “Protomedicato y matronas. Una relación al servicio de la cirugía”, **Dynamis**, 16 (1996), pp. 109-120.

Ortiz Gómez, “From hegemony to subordination. Midwives in Early Modern Spain”, en M. Hilary (ed.), **The Art of Midwifery**, Londres: Routledge, 1993, pp. 95-114.

Pablo Gafas, José Luis de: “La Sala de Alcaldes de Casa y Corte, 1561-1834”, en V. Pinto Crespo y S. Madrazo Madrazo (dirs.), **Madrid. Atlas histórico de la ciudad. Siglos IX-XIX**, Barcelona: Lunverg, 1995, pp. 276-282.

Pablo Gafas, José Luis de: “Las circunscripciones civiles en la Edad Moderna, siglos XVI-XIX”, en S. Madrazo y V. Pinto (dirs.), **Madrid. Atlas histórico de la ciudad. Siglos IX-XIX**, Barcelona: Lunverg, 1995, pp. 126-131.

Pablo Gafas, José Luis de: **Justicia, gobierno y policía en la Corte de Madrid: La Sala de Alcaldes de Casa y Corte (1583-1834)**, tesis doctoral inédita, Universidad Autónoma de Madrid, 2000.

Pallol Trigueros, Rubén: **La ciudad sin límites. Transformación urbana, cambio social y despertar político en Madrid (1860-1875)**, Madrid: Los Libros de la Catarata, 2013.

Palma García, Dolores: “Las escuelas patrióticas creadas por la Sociedad Económica Matritense de Amigos del País en el siglo XVIII”, **Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea**, 2 (1984), pp. 37-55.

París Martín, Álvaro: “Mecanismos de control social en la crisis del Antiguo Régimen: la Superintendencia General de Policía”, en A. Jiménez Estella y J. Lozano Navarro (eds.), **Actas de la XI Reunión Científica de la Fundación Española de Historia Moderna**, vol. I, Granada: Universidad de Granada, 2012, pp. 838-851.

Pascua Sánchez, María José de la: **Mujeres solas. Historias de amor y de abandono en el mundo hispánico**, Málaga: Diputación de Málaga, 1998.

Pateman, Carol: **The Sexual Contract**, Cambridge: Polity Press, 1988.

Pérez Baltasar, M^a Dolores: **Mujeres marginadas. Las casas de recogidas de Madrid**, Madrid: Gráficas Lormo, 1984.

Pérez Sarrión, Guillermo: “Intereses financieros y nacionalismo: la pugna entre mercaderes banqueros españoles y franceses en Madrid, 1766-1796”, **Cuadernos de Historia Moderna**, 7 (2008), pp. 31-72.

Peris Barrio, Alejandro: **La artesanía en la provincia de Madrid: evolución histórica y localización espacial**, Madrid, tesis doctoral inédita, UCM, 1988.

Pernil Alarcón, Paloma: **Carlos III y la creación de escuelas gratuitas en Madrid**, Madrid: UNED, 1989.

Pike, Ruth: **Penal servitude in Early Modern Spain**, Madison/Londres: University of Wisconsin Press, 1983.

Pinto Crespo, Virgilio: “La Iglesia, organización y presencia”, en V. Pinto Crespo y S. Madrazo Madrazo (dirs.), **Madrid. Atlas histórico de la ciudad. Siglos IX-XIX**, Barcelona: Lunwerg, 1995, pp. 296-323.

Piñero Rodríguez, Jesús Javier: **Inmigración, pobreza y condiciones de vida en el Madrid de la guerra de Sucesión: Un estudio de las declaraciones de pobreza de los hospitales General y de La Pasión (1701-1715)**, Trabajo de fin de Master, inédito, Universidad Autónoma de Madrid, 2012.

Plaza Santiago, Francisco Javier de la: **Investigaciones sobre el Palacio Real nuevo de Madrid**, Valladolid: Universidad de Valladolid, 1975.

Pol, Lotte van de: **La puta y el ciudadano**, Madrid: Siglo XXI, 2005.

Power, Marilyn: “Social Provisioning as a starting point for Feminist Economics”, **Feminist Economics**, 10/3, 2004, pp. 3-19.

Prieto Palomo, M^a Teresa: **El abastecimiento en Madrid y el sistema de obligados (1560-1630)**, tesis doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid, 2003.

Ramiro Moya, Francisco: **Mujeres y trabajo en la Zaragoza del siglo XVIII**, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2012.

Ramos Medina, M^a Dolores: **Casas de negocios y comerciantes en el Madrid de los Austrias (1634-1700)**, Madrid: UNED, 2004.

Ramos, M^a Dolores: “Historia Social: un espacio de encuentro entre género y clase”, en G. Gómez-Ferrer Morant (ed.), **Las Relaciones de género**, Madrid: Marcial Pons, 1995, pp. 85-102.

Ramos, M^a Dolores: “Reflexiones sobre el pensamiento italiano de la diferencia sexual: su influencia en la historia de las mujeres en España”, en Pilar Pérez-Fuentes Hernández (ed.), **Subjetividad, cultura material y género. Diálogos con la historiografía italiana**, Barcelona: AEIHM/Icaria, 2010.

Ramos, M^a Dolores y Vera, M^a Teresa (eds.): **El trabajo de las mujeres. Pasado y presente**, Seminario de Estudios Interdisciplinarios de la Mujer, Universidad de Málaga, tomo I, Málaga: Diputación de Málaga, 1996.

Rapp, Ryana, Ross, Ellen y Brithental, Renate: “Examining Family History”, **Feminist Studies**, 5 (1979), pp. 174-200.

Redclift, Nanneke: “The Contested Domain: Gender, Accumulation and the Labour Process”, en N. Redclift & E. Mingione (eds.), **Beyond Employment. Household, Gender and Subsistence**, N. York: Basil Blackwell, 1985, pp. 92-125.

Reddy, William: "The concept of class", M. L. Bush (ed.), en **Social Orders & Social Classes in Europe since 1500: Studies in Social Stratification**, Londres y Nueva York: Longman, 1992, pp. 13-25.

Reyes Leoz, José Luis de los: **Madrid, laboratorio de pobres**, tesis doctoral inédita, Universidad Autónoma de Madrid, 2003.

Reyes Leoz, José Luis de los: "La nueva fábrica del hospital general de Madrid en el siglo XVIII", en J. Hernando, J. M. López y J. Nieto (eds.), **La Historia como arma de reflexión. Estudios en homenaje al profesor Santos Madrazo**, Madrid: Universidad Autónoma de Madrid, 2012, pp. 61-78.

Rial García, Serrana M^a: **Mujer y actividad económica en la Galicia moderna**, tesis doctoral inédita. Universidad de Santiago de Compostela, 2002.

Ringrose, David: **Madrid y la economía española, 1560-1850. Ciudad, Corte y País en el Antiguo Régimen**, Madrid: Alianza, 1985.

Risco, Antonio: "Espacio y control social: la Superintendencia General de Policía para Madrid y su rastro (1782-1808)", en S. Madrazo y V. Pinto, **Madrid en la época moderna: Espacio, sociedad y cultura**, Madrid: UAM/Casa de Velázquez, 1991, pp. 97-127.

Rivera Garretas, María-Milagros: "Sexuar la historia probando con el feudalismo", en P. Díaz Sánchez, G. Franco Rubio, M.J. Fuente Pérez (eds.), **Impulsando la historia desde la historia de las mujeres**, Huelva: Servicio de publicaciones de la Universidad de Huelva, 2012, pp. 49-60.

Rivera Garretas, M^a. Milagros: "La historia viviente", en P. Pérez-Fuentes Hernández (ed.), **Subjetividad, cultura material y género. Diálogos con la historiografía italiana**, Barcelona: AEIHM/Icaria, 2010, pp. 62-63.

Rocha, María Manuela: "Entre nosaltres n'hi ha prou amb la paraula: les xarxes de credit no formal des d'una perspective històrica", **Recerques**, 39 (1995), pp. 171-190.

Roche, Daniel: **La Culture des apparences. Une histoire du vêtement (XVIIe-XVIIIe siècles)**, París: Fayard, 1989.

Rodríguez Casado, Vicente: **La política y los políticos en el reinado de Carlos III**, Madrid: Rialp, 1962.

Rodríguez Lavandeira, José: "La política económica de los Borbones", en M. Artola (ed.), **La economía española al final del Antiguo Régimen**, vol. IV (Instituciones), Madrid: Alianza, 1982, pp. 107-183.

Rodríguez Rodríguez, José M.: **La discriminación salarial de la mujer en España**, tesis doctoral inédita, Universidad Autónoma de Madrid, 1990.

Romero Marín, Juanjo: "La Maestría Silenciosa: Maestras artesanas en la Barcelona de la primera mitad del siglo XIX", **Arenal**, 4/2 (1997), pp. 275-294.

Romero Marín, Juanjo: “Estado, trabajadores y empleo femenino en los orígenes de la industria en la España contemporánea”, **Mélanges de la Casa de Velázquez**, 40/2 (2010), pp. 95-115.

Ros Massana, Rosa: **La industria textil lanera de Béjar (1680-1850), La formación de un enclave industrial**, Valladolid: Junta de Castilla y León, 1999.

Rubin, Gayle: “The traffic in women: notes on the political economy of sex”, en R. Reiter (ed.), **Toward an Anthropology of Women**, Nueva York: Monthly Review Press, 1975, pp. 157-210.

Rueda Roncal, Ana; Ríos, Pilar, y Zábalo, Esperanza: “Carlos III y la Junta de Damas”, **Actas del Coloquio Internacional Carlos III y su siglo**, Tomo II, Madrid: UCM, 1988, pp. 683-698.

Sacks, Karen: “Engels revisited: Women, the Organization of Production and Private Property”, en R. Reiter (ed.), **Toward an Anthropology of Women**, N. York: Monthly Review Press, 1975, pp. 211-234.

Samuel, Raphael: “Historia Popular, Historia del Pueblo”, en R. Samuel (ed.), **Historia Popular, Historia del Pueblo**, Barcelona: Crítica, 1984, pp. 15-47.

San Román Gago, Sonsoles: “La maestra española de la tradición a la modernidad”, **Educação & Sociedade**, año XXI, 72 (2000), pp. 110-142.

Sánchez Escobar, Fernando: **Con el último aliento. Las declaraciones de pobreza en los Hospitales General y de la Pasión de Madrid (1767-1808)**, Madrid: Bubok, 2012.

Sánchez Madariaga, Elena: “De “la caridad fraternal” al “socorro mutuo”: las hermandades de socorro de Madrid en el siglo XVIII”, en S. Castillo, **Solidaridad desde abajo. Trabajadores y socorros mutuos en la España contemporánea**, Madrid: UGT, 1994, pp. 31-50.

Sánchez Madariaga, Elena: **Cofradías y sociabilidad en el Madrid de la Edad Moderna**, Tesis doctoral inédita, Universidad Autónoma de Madrid, 1996.

Sánchez Rodríguez, M^a José: “La formación de la maestra. Un recorrido histórico a través de la legislación educativa española (siglos XVIII-XIX)”, **Tonos. Revista electrónica de estudios filológicos**, 9 (2005).

Sarasúa, Carmen: **Criados, nodrizas y amos. El servicio doméstico en la formación del mercado de trabajo madrileño, 1758-1868**, Madrid: Siglo XXI, 1994.

Sarasúa, Carmen: “La industria del encaje en el Campo de Calatrava”, **Arenal, Revista de Historia de las Mujeres**, 2 (1995), pp. 151-174.

Sarasúa, Carmen: “Leaving home to help the family? Male and female temporary migrants in eighteenth and nineteenth-century Spain”, en P. Sharpe (ed.), **Women**,

Gender and Labour migration. Historical and Global perspectives, Londres: Routledge, 2001, pp. 29-59.

Sarasúa, Carmen: “Aprendiendo a ser mujeres: las escuelas de niñas en la España del XIX”, **Cuadernos de Historia Contemporánea**, 24 (2002), pp. 281-297.

Sarasúa, Carmen y Gálvez, Lina: “Mujeres y hombres en los mercados de trabajo ¿Privilegio o eficiencia?”, en C. Sarasúa y L. Gálvez (eds.), **¿Privilegios o eficiencia? Mujeres y hombres en los mercados de trabajo**, Alicante: Universidad de Alicante, 2003, pp. 9-33.

Sarasúa, Carmen: “El oficio *más molesto, más duro*: El trabajo de las lavanderas en la España de los siglos XVIII al XX”, **Historia Social**, 45 (2003), pp. 53-77.

Sarasúa, Carmen: “Una política de empleo antes de la industrialización: paro, estructura de la ocupación y salarios en la obra de Campomanes”, en F. Comín y P. Martín Aceña (coords.), **Campomanes y su obra económica**, Madrid: Instituto de Estudios Fiscales, 2004, pp. 171-191.

Sarasúa, Carmen: “¿Activos desde cuándo? La edad de acceso al mercado de trabajo en la España del siglo XVIII”, en J. M. Borrás Llop (ed.), **El trabajo infantil en España (1700-1950)**, Barcelona: Icaria, 2013, pp. 63-89.

Sarasúa, Carmen: “El peso de las manufacturas en la estructura del empleo española del siglo XVIII”, **XI Congreso Internacional de la AEHE** (Madrid, septiembre 2014).

Sarti, Raffaella: **Vida en familia. Casa, comida y vestido en la Europa moderna**, Barcelona: Crítica, 2003.

Sarti, Raffaella: “Domestic Service as a Bridging Occupation” y “Who are servants? Defining Domestic Service in Western Europe (16th-21st centuries)”, en S. Pasleau y I. Schopp (eds.), **Proceedings of the “Servant Project”**, vols. 2 y 3, Liège: Université de Liège, 2006, pp. 3-59.

Schmidt, Ariadne: “Women and Guilds: Corporations and Female Labour Market Participation in Early Modern Holland”, **Gender and History**, 21/1 (2009), pp. 170-189.

Schwarz, Leonard D.: **London in the age of industrialisation: entrepreneurs, labour force and living conditions, 1700-1850**, Cambridge University Press, 1992.

Scott, James C.: **Los dominados y el arte de la resistencia**, Tafalla-México: Txalaparta, 2003.

Scott, J. W.: “El género: una categoría útil para el análisis histórico”, en J. S. Amelang y M. Nash, **Historia y Género: las mujeres en la Europa Moderna y Contemporánea**, Valencia: Edicions Alfons el Magnànim, 1990, pp. 23-56.

Seed, John: “From ‘middling sort’ to middle class in late eighteenth and early nineteenth-century England”, en M. L. Bush (ed.), **Social Orders & Social Classes in**

Europe since 1500: Studies in Social Stratification, Londres y Nueva York: Longman, 1992, pp. 114-135.

Seminario de Historia de la acción social, **De la beneficencia al bienestar social. Cuatro siglos de acción social**, Madrid: Consejo General de Colegios Oficiales de Diplomados en Trabajo social y Asistentes sociales/Siglo XXI, 1986.

Sewell, William H. Jr.: **Trabajo y revolución en Francia. El lenguaje del movimiento obrero desde el Antiguo Régimen hasta 1848**, Madrid: Taurus, 1992.

Simonton, Deborah: "Milliners and Merchandes de Modes: Gender, creativity and skill in the workplace", en D. Simonton, M. Kaartinen y A. Montenach (eds.), **Luxory and Gender in European Towns, 1700-1914**, Nueva York: Routledge, 2015, pp. 19-38.

Solà, Àngels, "Las mujeres como productoras autónomas en el medio urbano (siglos XIV-XIX)", en C. Borderías (ed.), **La Historia de las mujeres: perspectivas actuales**, Barcelona: Icaria/AEIHM, 2009, pp. 225-267.

Sola Corbacho, Juan Carlos: "El papel de la organización familiar en la dinámica del sector mercantil madrileño a finales del siglo XVIII", **Historia Social**, 32 (1998), pp. 3-21.

Soubeyroux, Jacques: "Le "motín de Esquilache" et le peuple de Madrid", **Caravelle**, 31 (1978), pp. 59-74.

Soubeyroux, Jacques: "Pauperismo y relaciones sociales en el Madrid del siglo XVIII" (1), **Estudios de Historia Social**, 12-13 (1980), pp. 2-227.

Soubeyroux, Jacques: "El encuentro del pobre y la sociedad: asistencia y represión en el Madrid del siglo XVIII", **Estudios de Historia Social**, 20-21 (1982), pp. 7-225.

Spufford, Margaret: "The cost of Apparel in Seventeenth-Century England and the Accuracy of Gregory King", **Economic History Review**, 53 (2000), pp. 677-705.

Steedman, Carolyn: "The servant's labour: the business of life, England, 1760-1820", **Social History**, 29/1 (2004), pp. 1-29.

Stoller, Robert: **Sex and Gender**, Nueva York: Science House, 1968.

Tausiet Carlés, María: "Comadronas-brujas en Aragón en la Edad moderna: mito y realidad", **Manuscrits**, 15 (1997), pp. 377-392.

Tilly, Louise y. Scott, J. W.: **Women, Work and Family**, N. York: Routledge, 1978.

Thompson, Edward P.: **La formación histórica de la clase obrera en Inglaterra**, vol. I, Barcelona: Crítica, 1989.

Thompson, John B.: **Studies in the theory of Ideology**, Cambridge: Polity Press, 1984.

Torras Elias, Jaume: “Gremio, familia y cambio económico. Pelaires y tejedores en Igualada, 1695-1765”, en J. Nieto y V. López (eds.), **El trabajo en la encrucijada. Artesanos urbanos en la Europa de la Edad Moderna**, Madrid: Libros de la Catarata, 1996, pp.115-133.

Torras Elias, Jaume: **Fabricants sense fàbrica. Els Torelló, d'Igualada (1691-1794)**, Vic: Eumo Editorial, 2006.

Torres, Juan y Gálvez, Lina: **Desiguales. Mujeres y hombres frente a la crisis financiera**, Barcelona: Icaria, 2010.

Torres Santana, M^a Elisa: “Las vendederas de Lanzarote y el abastecimiento cotidiano de la isla en el siglo XVII”, en J. L. Pereira Iglesias, J. M. Bernardo Ares y J. M. González Beltrán (coords.), **V Reunión Científica de la Asociación Española de Historia moderna**, vol. 2, 1999, pp. 457-470.

Trinidad Fernández, Pedro: “Penalidad y gobierno de la pobreza en el Antiguo Régimen”, **Estudios de Historia Social**, 48-49 (1989), pp. 7-64.

Trinidad Fernández, Pedro: **La defensa de la sociedad. Cárcel y delincuencia en España (siglos XVIII-XX)**, Madrid: Alianza Editorial, 1991.

Truant, Cynthia: “The Guildswomen of Paris: Gender, Power, and Sociability in the Old Regime”, **Proceedings of the Annual Meeting of the Western Society for French History**, 15 (1988), pp. 130-138.

Tubert, Silvia: “La crisis del concepto de género”, en S. Tubert (ed.), **Del sexo al género. Los equívocos de un concepto**, Madrid: Cátedra/Universidad de Valencia/Instituto de la Mujer, 2003, pp. 7-37.

Utanda Moreno, Luisa: **Geografía agraria de la comarca “Las Vegas”**, Aranjuez: Ediciones Doce Calles, 1996.

Vallejo, Sergio: “Las cigarreras de la Fábrica Nacional de Tabacos de Madrid”, en L. E. Otero y A. Bahamonde (eds.), **Madrid en la sociedad del siglo XIX**, vol. II, Madrid: UC, 1986, pp. 135-149.

Vara Ara, M^a Victoria: “Crisis de subsistencia en el Madrid de comienzos de siglo, 1800-1805”, en L. E. Otero Carvajal y A. Bahamonde Magro (eds.), **Madrid en la Sociedad del siglo XIX**, vol. II, Madrid: Siglo XXI, 1986, II, pp. 245-266.

Varela, Julia: **El nacimiento de la mujer burguesa**, Madrid: La Piqueta, 1997.

Vicente Valentín, Marta: “El treball de les dones en els gremis de la Barcelona moderna”, **L'Avenc, Revista d'Historia**, 142 (1990), pp. 36-39.

Vicente Valentín, Marta: “Mujeres artesanas en la Barcelona moderna”, en VV.AA., **Las mujeres en el Antiguo Régimen. Imagen y realidad (s.XVI-XVIII)**, Barcelona: Icaria, 1994, pp. 59-90.

Vicente Valentín, Marta: "Images and Realities of Work: Women and Guilds in Early-Modern Barcelona", en A. Saint-Saëns & M. Sánchez (eds), **Spanish Women in the Golden Age: Images and Realities**, Westport: Greenwood publishing Group, 1996, pp. 127-139.

Vilar, Pierre: "El "motín de Esquilache" y las "crisis del antiguo régimen"", **Revista de Occidente**, 107 (1972), pp. 199-249.

Vilar, Pierre: **Iniciación al vocabulario del análisis histórico**, Barcelona: Crítica, 1982.

Vries, Jan de **La revolución industrial. Consumo y economía doméstica desde 1650 hasta el presente**, Barcelona: Crítica, 2009.

Ward, Kathryn: **Women Workers and Global Restructuring**, Ithaca, NY: ILR Press, Cornell University, 1990.

Wiesner, Merry: "Guilds, Male bonding and Women's Work in Early Modern Germany", **Atti delle "Settimane di Studi" dei Istituto Internazionale di Storia Economica**, Prato: Istituto Internazionale di Storia Economica "F. Datini", 1990, pp. 655-669.

Wiesner, Merry: "¿Buhoneras insignificantes o mercaderes esenciales? Las mujeres, el comercio y los servicios en Nuremberg durante la Edad Moderna", en J. S. Amelang y M. Nash (eds.), **Historia y género: las mujeres en la Europa Moderna y Contemporánea**, Valencia: Alfons el Magnànim, 1990, pp. 177-189.

Woolf, Stuart: **Los pobres en la Europa moderna**, Barcelona: Crítica, 1989.

Woolf, Stuart: "The Southern European Family Again. Some Perspectives of Research", en F. Chacón Jiménez y Ferrer i Alós (eds.), **Familia, casa y trabajo**, Universidad de Murcia / Seminario Familia y élite de poder en el Reino de Murcia. Siglos XV-XIX, Murcia, Universidad, 1997, pp. 37-47.

Yanagisako, Junko: "Family and Household: the Analysis of Domestic Groups", **Annual Review of Anthropology**, 8 (1979), pp. 161-205.

Zemon Davis, Natalie: "'Women's History' in Transition: The European Case", **Feminist Studies**, 3/3-4 (1976), pp. 83-103.

Zemon Davis, Natalie: "Women in the Crafts in Sixteenth-Century Lyon", en Barbara Hanawalt (ed), **Women and Work in Preindustrial Europe**, Indiana University Press, 1986, pp. 167-197.

Zofío Llorente, Juan Carlos: **El trabajo en la manufactura madrileña en la segunda mitad del siglo XVI: El artesanado en una ciudad preindustrial y cortesana**. Memoria de licenciatura inédita, Universidad Complutense de Madrid, 1997.

Zofío Llorente, Juan Carlos: "Trabajo y socialización. Los aprendices en Madrid durante la segunda mitad del siglo XVI", en E. Martínez Ruiz (dir), **Madrid, Felipe II y**

las ciudades de la Monarquía. Las ciudades: capitalidad y economía, tomo II, Madrid: Actas, 2000, pp. 521-535.

Zofío Llorente, Juan Carlos: **Las Culturas del trabajo en Madrid, 1500-1650. Familia, oficio y sociabilidad en el artesanado preindustrial**, Tesis doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid, 2001

Zofío Llorente, Juan Carlos: **Gremios y artesanos en Madrid, 1550-1650**, Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2005.

Zofío, Juan Carlos: “Reproducción social y artesanos. Sastres, curtidores y artesanos de la madera madrileños en el siglo XVII”, **Hispania**, LXXI/ 237 (2011), pp. 87-120.

FUENTES IMPRESAS

Campomanes, Conde de: **El fomento de la industria popular y la educación popular de los artesanos**, Oviedo: Grupo Editorial Asturiano, 1991.

Cruz, Ramón de la: “La Petra y La Juana”, en **Doce Sainetes**, Barcelona: Labor, 1972.

Fernández de Moratín, Nicolás: **Noticia de los premios distribuidos a las discípulas en las cuatro escuelas de Madrid en el primer semestre de este año de 1778, con una égloga, que leyó en alabanza de las discípulas premiadas ...**, Madrid: Joachim Ibarra, 1778.

Jovellanos, Gaspar Melchor: **Carta dirigida al conde de Floridablanca sobre posadas secretas**, Colección de varias obras en prosa y verso, tomo II, Madrid: Imprenta de D. León Amarita, 1830.

Larruga y Boneta, Eugenio: **Memorias políticas y económicas sobre los frutos, comercio, fábricas y minas de España**, Madrid: Imprenta de Antonio Espinosa, 1788, tomos I, III, VII, IX.

Torres Villarroel, Diego de: **Los traperos de Madrid. Pronóstico de 1760**, Madrid: Joachim Ibarra, 1759.

Towsend, Joseph: **Viaje por España en la época de Carlos III (1786-1787)**, Madrid: Turner, 1988.

Villalba, Eugenio: **Visita de las ferias de Madrid**, Madrid: Blas Román, impresor de la Real Academia de Derecho Español y Público, 1790.

FUENTES PRIMARIAS

Archivo Histórico Nacional (AHN)

Consejos

Legajos:

269/2-3-5-9-11, 461, 464/18, 490, 662, 671/24, 702/46, 728/1-2, 817/18, 856/9-13, 860/6-11, 867, 868/11, 895/39, 923/16, 933/6, 964/8, 965/5, 969/2-11, 1.003/8, 1.004/6-26, 1.027/4-6-7, 1.028/2, 1.051/18, 1.198/32, 1.240/2, 1.285/1-4, 1.307, 1.404/2, 1.462/19-21, 1.464/3, 1.525/17, 1.689/16-24, 1.754/5-14-16, 1.912/1-19, 1.966/10, 2.045/42, 2.051, 2.095/26-42, 2.147/7, 2.437, 2.439/21, 2.463/23, 2.500, 2.803/39-49, 2.804/9, 2.808/16, 2.809/32, 2.877/2-29, 2.878, 4.033, 4.938, 8.440, 9.433; 9.435, 9.437, 9.461, 9.471; 39.819/5, 39.821/4-5-7, 39.823/1-2-8, 39.826/2, 39.835/5, 39.841/2, 39.842/1, 39.926/2, 49.667/1, 49.671, 49.676, 49.677, 49.679, 49.684, 49.812, 51.495.

Libros:

1.197, 1.199, 1.200, 1.201, 1.206, 1.214, 1.224, 1.226, 1.227, 1.230, 1.231, 1.233, 1.235, 1.236, 1.245, 1.246, 1.249, 1.252, 1.254, 1.258, 1.280, 1.285, 1.287, 1.289, 1.292, 1.293, 1.294, 1.295, 1.296, 1.297, 1.298, 1.299, 1.301, 1.302, 1.304, 1.309, 1.310, 1.313, 1.314, 1.320, 1.322, 1.329, 1.331, 1.345, 1.350, 1.351, 1.352, 1.364, 1.365, 1.366, 1.370, 1.373, 1.374, 1.375, 1.378, 1.379, 1.383, 1.389, 1.394, 1.420,

Estado, legajo 3.011/1.

Fondos Contemporáneos, Delegación de Hacienda, legajo 18.114.

Clero, legajo 16.305, lib. 1º.

Archivo General de Simancas (AGS)

Consejo Supremo de Hacienda. Junta de Comercio y Moneda,

Legajos: 315/1-7-38, 316/38-44-52, 318/1, 319/27-31, 322/10-44, 325/7, 326/7, 330/30, 359/12, 392/5, 394/1,

Gracia y Justicia, legajos 785, 804, 806, 808, 1.009,

Secretaría y Superintendencia de Hacienda, legajos 698, 699/1, 778, 779, 780, 782/1, 784, 791, 793.

Archivo Histórico de Protocolos de Madrid (AHPM)

Protocolos:

9.124, 11.648, 14.206, 14.435, 15.015, 15.016, 15.019, 15.024, 15.288, 15.289, 15.337, 15.396, 15.552, 15.891, 16.293, 16.296, 16.378, 16.691, 16.961, 17.394, 17.490,

17.491, 17.493, 17.494, 17.495, 17.496, 17.497, 17.500, 17.560, 18.001, 18.248, 18.300, 18.432, 18.503, 18.514, 18.517, 18.752, 18.897, 18.998, 19.030, 19.138, 19.139, 19.140, 19.143, 19.406, 19.442, , 19.444, 19.554, 19.608, 19.814, 19.818, 19.819, 20.195, 20.249, 20.251, 20.261, 20.307, 20.308, 20.309, 20.313, 21.152, 21.512, 22.312, 22.935,

Hospital General y La Pasión, protocolos:

24.786, 24.787, 24.789, 24.791, 24.792, 24.795, 24.797, 24.799, 24.788, 24.802, 24.805, 24.806, 24.808, 24.809, 24.810, 24.814, 24.818, 24.822, 24.823, 24.826, 24.836.

Archivo de la Villa de Madrid (AVM)

Corregimiento, legajo 1-51-38,

Secretaría, legajos 1-176-1, 1-177-1, 1-177-2, 1-177-3, 1-177-4, 2-242-12, 2-242-20, 3-282-1, 3-432-6,

Biblioteca Nacional de España/Hemeroteca Digital (BNE/HD)

Diario Noticioso... 16 abril 1758; 16 mayo 1758; y 28 septiembre 1772.

Diario Curioso... 4 julio 1786; 28 noviembre 1786; 24 marzo 1787; y 10 mayo 1787.

Mercurio de España: diciembre 1782; junio 1785; septiembre de 1785; agosto de 1786; y 17 marzo 1788.

Diario de Madrid: 17 marzo 1788; 22 septiembre 1788; 15 enero 1789; 13 agosto 1789; 25 agosto 1789; 25 febrero 1790; 26 enero 1791; 24 marzo 1791; 6 mayo 1793; 28 noviembre 1793; 8 febrero 1794; 15 mayo 1794; 27 julio 1795; 4 octubre 1795; 28 abril 1796; 12 julio 1797, 22 marzo 1798; 31 diciembre 1799; 5 abril 1800; 23 mayo 1800, 20 octubre 1803, 30 octubre 1803;; 8 mayo 1804; 6 diciembre 1804; y 14 agosto 1810;

El Corresponsal del Censor, 1 enero 1786-12 diciembre 1788, nº 17.

Correo de Madrid (o de los Ciegos), 21 abril 1787, nº 52.

Archivo de la Real Chancillería de Valladolid (ARCHV).

Pleitos criminales: cajas 325-327; 453-1; 122-7;

Pleitos civiles: caja 686-3.

Archivo Regional de la Comunidad de Madrid (ARCM)

Diputación Provincial de Madrid, legajos 5.124/01, 5.144, 8.880-017.

ÍNDICE DE TABLAS Y PLANOS

| | |
|--|--------|
| Tabla 1. Criadas en Madrid: naturaleza, estado civil y número de hijos (1700-1802) | p. 147 |
| Tabla 2. Las enfermeras de la Pasión por estado civil, Naturaleza y número de hijos (1700-1785) | p. 162 |
| Tabla 3. Lavanderas: estado civil, naturaleza y número de hijos (1717-1793) | p. 171 |
| Tabla 4. Vendedoras de la plaza Mayor en 1800 clasificadas por estado civil, edad y número de hijos | p. 192 |
| Tabla 5. Porcentaje de puestos de titularidad femenina en la ciudad (1799-1802) | p. 219 |
| Tabla 6. Porcentajes de puestos de titularidad femenina en 10 cuarteles en 1802 | p. 220 |
| Tabla 7. Maestras de niñas por estado civil, edad y número de hijos (1780-1810) | p. 322 |

| | |
|--|--------|
| Plano 1. Vías primarias de Madrid y división por cuarteles de 1768 | p. 34 |
| Plano 2. La plaza Mayor en el siglo XVIII | p. 51 |
| Plano 3. Plazas de abastos de Madrid y lugares de venta de alimentos en el siglo XVIII | p. 52 |
| Plano 4. Zonas de lavaderos en Madrid, 1750-1800 | p. 166 |
| Plano 5. El área del Rastro en el siglo XVIII | p. 224 |
| Plano 6. Localización de las escuelas gratuitas a cargo de las Diputaciones de Barrio mencionadas en el texto | p. 288 |